C. A. SAINTE-BEUVE

RETRATOS DE MUJERES

VERSIÓN CASTELLANA DE

JAVIER BUENO

Lily Sosa Newton
Femiuaria
consorcio de bibliotecas
BIBLIOTECA
LILY SOSA de NEWTON

BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPHOS

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Copyright by

Malabia 1379

Buenos Aires

MADAMA DE SÉVIGNÉ

Los críticos, y particularmente los extranjeros, que en estos últimos años han juzgado más severamente nuestros dos siglos literarios, están de acuerdo en reconocer que lo que dominaba, lo que les prestó más brillantez y adorno, era la espiritualidad ingeniosa de la conversación y de la sociedad, la idea que tenían nuestros abuelos del mundo y de los hombres, la buena inteligencia desligada de convencionalismos ridículos, la encantadora delicadeza de sentimientos, la gracia, la picardía y la finura más exquisita del lenguaje. En efecto, ese fué, con las salvedades que cada cual hace, y en las que pueden ir envueltos dos o tres nombres, como los de Bossuet y Montesquieu, ese fué hasta casi 1789 el carácter distintivo, el sello bien marcado de la literatura francesa que la diferenció de las otras literaturas de Europa. Esta gloria de la que casi han llegado a hacerle un reproche a nuestra nación, es bastante bella y fecunda para quien sabe entenderla e interpretarla.

En los comienzos del siglo XVII, nuestra civilización, y por consiguiente nuestro idioma y nuestra literatura, no tenían nada de maduro ni de asegurado. Europa, al quedar libre de las convulsiones religiosas, y a través de las fases de la guerra de los Treinta años, comenzaba

laboriosa un nuevo orden político, en tanto que en Francia aún no se habían apagado los chispazos de sus discordias civiles. En la Corte y en algunos salones, unas cuantas flores del ingenio estaban ya en moda; pero sin que germinase todavía nada grande ni original, y se vivía hasta la saciedad, de las novelas españolas y de los cuentos pastoriles y sonetos de Italia. Sólo después de Richelieu y de la Fronda, bajo el reinado de la reina madre y del duque de Mazarino, de las fiestas de Saint-Mandé y de Vaux, de los salones del hotel de Rambouillet [1], o de las antecámaras del joven rey, salieron como por un milagro tres ingenios excelentes, tres genios diversamente dotados; pero los tres de un gusto ingenuo y puro, de una perfecta sencillez, de una riqueza afortunada, llenos de gracia y de delicadeza indígenas, y destinados a abrir una nueva era brillante y de gloria, en la que nadie les sobrepasó. Molière, La Fontaine y Madama de Sévigné pertenecen a la generación literaria que precedió a la en que Racine y Boileau fueron los maestros, distinguiéndose los unos de los otros en rasgos que obedecieron a la naturaleza de sus genios y a la época en que vivieron. Se observa, por las formas que adoptan sus talentos, que no nacieron muy lejanos de la Francia anterior a Luis XIV, de la añeja lengua y del viejo ingenio francés; que en ellos obraron por mucho la educación y las lecturas, y que si fueron menos considerados que otros escritores por los extranjeros, es debido a lo que hay de más íntimo, indefinible y más encantador para nosotros en sus expresiones y en sus maneras de hacer. Así hoy, con razón, nos afanamos por rectificar y poner en su lugar muchos

[1] En *Memoire pour servir à l'Histoire de la Société polie* (1835), Monsieur Roederer ha seguido de muy cerca y desenredado todo lo que se refiere al hotel de Rambouillet, con una predilección y una minuciosidad que no estorba, según nosotros, ni a la veracidad ni al agrado que produce su libro. Sería preciso, sin embargo, menos erratas en los nombres y en las fechas.

juicios hechos hace veinte años, por los profesores del Ateneo; y si se declara guerra sin cuartel a muchas reputaciones injustas, en revancha, nunca sabríamos venerar demasiado a estos tres escritores inmortales que dieron a la literatura francesa un carácter original, y que le aseguraron hasta hoy una fisonomía única entre todas las literaturas. Molière ha extraído del espectáculo de la vida, del juego animado de las dislocaciones y de las ridiculeces humanas, todo lo que se puede concebir de más alto y de más fuerte en poesía. La Fontaine y Madama de Sévigné, en un escenario más restringido, tuvieron un sentimiento tan fino y tan exacto de las cosas y de la vida de su tiempo, cada uno a su manera; La Fontaine más cercano a la naturaleza, Madama de Sévigné más unida a la sociedad; y este sentimiento tan exquisito y refinado se refleja tan vivamente en sus escritos, que ambos alcanzan el mismo nivel muy poco por debajo del de su ilustre contemporáneo. Queremos ahora hablar de Madama de Sévigné y parece que todo está dicho. En efecto, los detalles están casi agotados; pero creemos que hasta el día ha sido observada demasiado aisladamente, como se ha hecho con La Fontaine, con el que tiene tanta semejanza. Hoy, que estamos lejos de aquella sociedad, de la que Madama de Sévigné nos mostró su faceta más brillante, y que se dibuja más netamente a nuestra vista en conjunto, es mucho más fácil, a la vez que más necesario, asignarle a la ilustre escritora su categoría, su importancia y sus frutos. Sin duda por no haber observado esto, y por no haber tenido en cuenta la diferencia de época, varios distinguidos escritores de nuestros días parecen inclinados a juzgar con tanta ligereza como rigor a uno de los más deliciosos ingenios que han existido. Nos consideraríamos dichosos si este artículo ayudase a disipar algunas de esas prevenciones injustas.

Se ha vituperado con saña los excesos de la *Regencia;* pero, antes de la regencia de Felipe de Orleáns, hubo otra

no menos disoluta, no menos licenciosa y más atroz todavía por la crueldad que se unió al escándalo, especie de transición horrible entre las demasías de Enrique III y las de Luis XV. Las malas costumbres de la Liga, que habían germinado bajo Enrique IV y Richelieu, no siendo suprimidas, volvieron a florecer. El escándalo fué entonces tan monstruoso como lo había sido en la época de los *mignons*, y como lo fué más tarde en los tiempos de los *roués;* pero en lo que se asemeja esta época al siglo XVI, y la diferencia de la del XVIII, es sobre todo en los asesinatos y envenenamientos, estas costumbres italianas debidas a los Médicis, y el furor insensato de los duelos, herencia de las guerras civiles. Tal aparece para el lector imparcial la regencia de Ana de Austria; tal es el fondo tenebroso y sangriento sobre el que se dibujó una mañana la Fronda que hemos convenido en llamar *una broma a mano armada.* La conducta de las mujeres de entonces, las más distinguidas por su nacimiento, su ingenio y su belleza, parece fantástica, y se llega a creer que los historiadores las han calumniado. Pero como un exceso trae consigo otro contrario, el pequeño número de las que escaparon de la corrupción se echaron en los brazos de la metafísica sentimental y se hicieron *preciosas,* y de ahí vino el hotel de Rambouillet [1]. Este fué un asilo de las buenas costumbres en el seno de la alta sociedad. En cuanto al buen gusto, también dió su fruto, puesto que Madama de Sévigné apareció.

La señorita María de Rabutin-Chantal, nacida en 1626, era hija del barón de Chantal, duelista desenfrenado, que en un día de Pascua abandonó la mesa de la Eucaristía para ir a servir como testigo al famoso conde de Bouteville. Educada por su tío, el buen abad de Coulanges,

[1] Se ha escrito mucho en estos últimos tiempos acerca del hotel de Rambouillet; se podrían anotar además de la de Roederer, cuatro o cinco historias pequeñas. Me parece que en todas ellas acaba el hotel de Rambouillet antes de lo que en realidad fué. Aparece en completo apogeo y con su mayor brillo al comienzo de la Regencia (1643-1648).

recibió desde muy temprano una instrucción sólida, y aprendió, al cuidado de Chapelain y de Ménage, el latín, el italiano y el español [1]. A los diez y ocho años se casó con el marqués de Sévigné, muy poco digno de ella, y que después de haberla descuidado mucho, murió en duelo en 1651. Madama de Sévigné, libre a esta edad, con un hijo y una hija, no pensó más en un nuevo matrimonio. Amaba con locura a sus hijos, sobre todo a la niña, y si tuvo otras pasiones no se le conocieron. Era una rubia risueña, nada sensual, muy alegre y amiga de chanzas. Las chispas de su ingenio pasaban y brillaban en sus pupilas inquietas; y como ella misma lo dijo, en sus *paupières bigarrées,* se hizo *preciosa* y pasó por el mundo amada, buscada, cortejada [2], sembrando en su derredor pasiones desventuradas, a las que prestaba poca atención, y conservando generosamente como amigos a los que no quería como amantes. Su primo Bussy; su maestro Ménage; el príncipe de Conti, hermano del gran Condé; el subintendente Fouquet, perdieron los suspiros que le dirigían; pero fué inquebrantablemente fiel a este último en su desgracia, y cuando cuenta su proceso a M. Pomponne, hay que ver con cuánta ternura le llama nuestro *querido desgraciado.* Joven todavía, y bella sin pretensiones, no tenía más ideal en el mundo que amar a su hija, y no quería más dicha que la de verla brillar agasajada [3]. Mlle.

[1] Los talentos más fuertes y los más originales no llegan a ser perfectos si no han estado sujetos a una disciplina y no se han educado en una buena retórica; Madama de Sévigné se educó así al cuidado de Ménage y Chapelain.

[2] Madama de La Fayette le escribía: "Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando la rodean; en fin, el regocijo es el estado verdadero de su alma, y nada hay más contrario a ella que la pena". Madama de Sévigné tenía lo que se llama *buen humor, humor* en el exacto sentido del vocablo, un *buen humor* a cada instante vario y colorido por su imaginación tan viva.

[3] Tenemos un encantador retrato de Madama de Sévigné *joven,* por el abad Arnaul, y preciso es que fuese su belleza esplendorosa y rica de color, para conseguir que el buen abad tuviese todo el talento de la familia. "Fué en este viaje —dice en sus *Memorias* (año 1657)—cuando Madama de Sévigné me hizo conocer a la ilustre marquesa de Sévigné, su sobrina. Todavía me parece verla tal como se me presentó la primera vez

de Sévigné figuraba, desde 1663, en los brillantes bailes de Versalles, y el poeta oficial que ocupaba el lugar que ocuparon Racine y Boileau después, a partir de 1672, Benserada, hizo más de un madrigal en honor de esta *pastora,* de esta *ninfa,* que una madre idólatra llamaba *la hija más bonita de Francia.* En 1669, M. de Grignan obtuvo su mano, y seis meses después se la llevó a la Provenza, donde como teniente general mandaba en ausencia de Monsieur de Vendôma. Desde entonces separada de su hija, a la que no vió sino irregularmente con intervalos muy largos, Madama de Sévigné buscó un consuelo en una correspondencia no interrumpida hasta su muerte en 1696, y que comprende un espacio de veinticinco años, y cuyas lagunas son las reuniones poco duraderas de la madre y la hija. Antes de esta separación de 1671, no se tiene de Madama de Sévigné más que un corto número de cartas dirigidas a su primo Bussy y otras a M. de Pomponne acerca del proceso de Fouquet. Sólo a partir de esa fecha se sabe perfectamente su vida privada, sus costumbres, sus lecturas, y hasta las más pequeñas alteraciones de la sociedad en que vivió y de la que fué el alma.

Y, en efecto, desde las primeras páginas de esta correspondencia, nos encontramos en otra sociedad diferente de la de la Fronda y de la Regencia, reconocemos que lo que se llama la sociedad francesa está bien definida. Sin duda (y a falta de otros datos de aquel tiempo las memorias de Madama de Sévigné dan fe), sin duda los horribles desórdenes y las orgías groseras llegaron hasta esta nueva nobleza a la que Luis XIV le impuso como precio el favor que le otorgó, la dignidad, la elegancia y la cortesía; sin duda, bajo esa superficie brillante y ese dorado de *carrousel,* hay bastantes vicios que pudieron degenerar en una

---

que tuve este honor, llegando en el fondo de su carroza abierta, entre su hijo y su hija, como los poetas presentan a Latona entre el joven Apolo y la joven Diana, tal era el encanto que ofrecían la madre y los hijos. ¡Es ella! Un genio, una belleza, una gracia a pleno sol, en carroza abierta, y radiante entre sus dos bellos hijos."

nueva regencia, sobre todo cuando la beatería del final del reino podría haberlos hecho fermentar. Pero en el mundo las conveniencias sociales son observadas; la opinión comienza a zaherir todo aquello que es innoble y crapuloso. Además, al mismo tiempo que la brutalidad y el desorden han perdido todo aquello que tenían de escandaloso, la decencia y el buen ingenio han ganado en sencillez. El calificativo de *preciosa* ha pasado de ser moda, aun cuando se recuerda con sonrisas que lo estuvo, ya no existe. Ya no se diserta como antes hasta la saciedad acerca del soneto de Job o de Urania, sobre la carta de *Tendre* o sobre el carácter del *Romano;* pero se *charla,* se habla de las noticias de la Corte, de los recuerdos del sitio de París o de la guerra de la Guyana; el señor cardenal de Retz cuenta sus viajes, La Rochefoucauld moraliza, Madama de La Fayette explaya sus reflexiones sinceras, y Madama de Sévigné les interrumpe para citar una palabra de su hija, una sutileza de su hijo, una distracción del bueno de Hacqueville o de Monsieur de Brancas. Apenas si podemos, en 1829, con nuestras costumbres de ocupaciones positivas, representarnos fielmente esta vida de agrado y de charla. El mundo va tan deprisa en nuestros días, y tantas cosas están a un mismo tiempo en escena, que no nos sobran los minutos para mirarlas y apoderarnos de ellas. Los días, para nosotros, pasan en el estudio, las veladas y las discusiones serias, en las conversaciones amistosas, y las *charlas* casi no existen o definitivamente no existen. La nobleza de nuestros días, que ha conservado más las costumbres de los dos últimos siglos, parece que no lo ha podido conseguir sino a cambio de permanecer extraña a las costumbres y a las ideas de ahora [1]. La época de que hablamos, lejos de ser

[1] Después de escritas estas páginas he tenido la ocasión de observar, con agrado, que se exageraba mucho acerca de la ruina del ingenio en la conversación en Francia; sin duda no es lo que caracteriza a la sociedad, pero hay preciosos restos, rincones de tiempos pasados. Así se tiene el placer de gozar como de una vuelta de aquéllos o como de un misterio.

un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso o político, era más bien este género de vida el más propio para observarle; bastaba a veces una ojeada sin moverse cada cual de su sitio, y luego el resto del tiempo vagar a su gusto y al de sus amigos. La conversación, desde luego, no era todavía como lo fué en el siglo XVIII en los salones abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un negocio, una pretensión; no se atendía indispensablemente al giro; la estantería geométrica, filosófica y sentimental no estaba aún en vigor; pero se charlaba de sí, de los otros, de poco y de nada. Eran, como decía Madama de Sévigné, conversaciones indefinidas: "Después de comer —escribía a su hija—, fuimos a charlar a uno de los bosques más agradables del mundo, y hasta las seis sostuvimos charlas tan buenas, de tanta ternura, tan amables, tan halagadoras para ti y para mí, que estuve encantada [1]". En medio de este movimiento de la sociedad, tan fácil y tan sencillo, tan caprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta recibida, ambas insignificantes en el fondo, eran un acontecimiento al que se entregaban con placer, y del que se apresuraban a tomar parte los demás. Las cosas más pequeñas adquirían valor por su forma y su presentación; era el solo arte que sin darse cuenta y con negligencia entraba hasta en la vida. Recordemos la visita de Madama de Chaulnes a los *Rochers*. Mucho se ha dicho acerca de si Madama de Sévigné cuidaba mucho sus cartas y que al escribirlas pensaba si no en la posteridad, cuando menos en la sociedad de entonces, cuyo aplauso buscaba. Escribió muchas al correr de la pluma, diciendo cuanto más podía; y cuando no tenía mucho tiempo, ni siquiera las leía antes de enviarlas. "Verdaderamente —dice—, entre amigos se debe dejar un poco correr li-

[1] La señorita de Montpensier, de la misma edad de Sévigné, pero que era menos flexible que ella, escribía a Madama de Motteville sobre un ideal de vida retirada con héroes y heroínas de diferentes formas: "También nos son precisos todos los asuntos y toda clase de personas para la conversación, que a gusto de usted y al mío es el mayor placer del mundo y el solo de mi agrado".

bremente la pluma como ella quiere; la mía tiene siempre la brida sobre el cuello". Pero hay otros días en que tiene más tiempo y se siente de mejor humor, y entonces, naturalmente, cuida, arregla, compone casi tanto como La Fontaine una de sus fábulas, y así resultan cartas como la dirigida a M. de Coulanges sobre el matrimonio de su hija, y la que escribió sobre el pobre Picard, a quien echaron porque no quiso *marchitar*. Estas cartas brillantes de forma y de arte, en las que no había demasiados secretos pequeños, ni historias contadas de uno a otro, caían con estrépito en aquella sociedad, y todos querían leerlas. "No quiero olvidar lo que me ha ocurrido esta mañana —escribió Madama de Coulanges a su amiga—. Me dijeron: "señora, ahí está un lacayo de Madama de Thianges"; ordené que lo hiciesen pasar. He aquí lo que tenía que decirme: "Señora, de parte de Madama de Thianges, quien le ruega que le envíe la carta del *caballo* de Madama de Sévigné y la de la *pradera*". Sus cartas hacen todo el ruido que merecen, como veis; cierto que son deliciosas y vos sois como esas cartas". La correspondencia, pues, como la conversación tenía una gran importancia; pero ni la una ni la otra eran artificiales: para ambas se dejaban guiar por el ingenio y por el alma. Madama de Sévigné elogia constantemente a su hija por sus cartas: "Tienes pensamientos y giros incomparables". Y cuenta que ha leído aquí y allá ciertos párrafos escogidos a gentes que son dignas de ellos: "algunas veces he dado también su pequeña ración a Madama de Villars; pero se conmueve ante las ternuras y las lágrimas brotan de sus ojos".

Si se ha reconocido en Madama de Sévigné la ingenuidad de sus cartas, no se le ha otorgado menos la sinceridad del amor hacia su hija; y en esto se olvida también la época en que vivió, y cómo en una vida de lujo y de holganza, las pasiones pueden parecer fantasías lo mismo que las manías pueden llegar a ser pasiones. Idolatraba a su hija, y al entrar en el mundo se la conoció así. Arnauld d'Andilly la llamaba por esto una *bonita pagana*. El ale-

jamiento no había hecho sino exaltar su ternura; no tenía casi otra cosa en que pensar; las preguntas y los cumplidos de todos los que veía llevaban su pensamiento al mismo punto; este caro y casi único afecto de su corazón, había acabado a la larga por ser para ella un freno, del que tenía tanta necesidad como de su abanico. Realmente, Madama de Sévigné era perfectamente sincera, de carácter abierto y enemiga de falsedades; es casi una de las pocas personas que podríamos llamar *verdaderas,* y ella habría inventado esta palabra para aplicársela a su hija, si La Rochefoucauld no la hubiese encontrado antes para aplicársela a Madama de La Fayette; pero no por esto encontraba menos placer en calificar así a quien ella amaba. Cuando se ha analizado y mirado por todas partes este amor inagotable de madre, se está de acuerdo con la observación de M. de Pomponne: "¿Parece que Madama de Sévigné ama apasionadamente a Madama de Grignan? ¿Queréis que os diga lo que hay entre líneas en sus cartas? *Lo que hay es que la ama apasionadamente*". Sería realmente mostrarse ingrato el zaherir a Madama de Sévigné por esta legítima e inocente pasión, que nos permite seguir paso a paso la vida de la mujer más espiritual durante los veintiséis años de la más adorable época de la más adorable sociedad francesa [1].

La Fontaine, pintor del campo y de los animales, no desconocía por completo la sociedad, y a menudo ha hecho su retrato con finura y malicia. Madama de Sévigné, a su vez, se complacía con el campo; muchas veces iba a pasar largas temporadas a Livry en casa del abad de Coulanges o a su finca de los *Rochers* en Bretaña, y es muy curioso observar los aspectos que conoció de la na-

[1] M. Walckenaer (*Memorias* sobre Madama de Sévigné) observa con justeza que tenía tan desarrollado el sentimiento maternal, como no lo fué el sentimiento filial por quedarse huérfana muy niña. Todo el apasionamiento de su corazón estaba en reserva y recayó en su hija. Viuda muy pronto en los más hermosos años de su juventud parece que no amó a ningún amante. ¡Qué ahorro, qué tesoro de amor! Su hija lo heredó todo.

turaleza y cómo la pintó. Se observa, desde luego, que, como nuestro fabulista, leyó muy pronto la *Astrea,* y que en su juventud había soñado con las sombras mitológicas de los Vaux y de Saint-Mandé. Le gustaba pasearse bajo los rayos de la *bella amada por Endymión,* y pasar largas horas a solas con las *hamadryadas;* sus árboles están decorados con inscripciones e ingeniosas divisas, como en los pasajes del *Pastor fido,* del *Aminta: "Bella cosa far niente,* dice uno de mis árboles: *amor odit inertes,* contesta el otro, y no sabe a cuál de los dos hacer caso". Y más allá: "Mis inscripciones no se deforman, las visito a menudo y veo que casi han agrandado, y dos árboles vecinos dicen a veces cosas contrarias: *La lontananza ogni gran piaga salda,* y *Piaga d'amor non si sana mai.* Hay cinco o seis que se contradicen". Estas reminiscencias un poco ingenuas y pastoriles y de novelas, son naturales en sus pinceles y hacen salir de ellos muy agradablemente inscripciones nuevas y frescas. "He venido aquí (a Livry) a acabar los bellos días, y a decir adiós a las hojas; todavía están todas en los árboles, no han hecho sino cambiar de color; en vez de estar verdes, son áureas de tonos diversos, matices que componen un brocado de oro rico y magnífico, que querríamos cambiar por el verde, aunque solo fuese por el cambio". Y cuando estaba en los Rochers: "Sería dichosa si hubiese en estos bosques una hoja que cantase; ¡ah! es tan bonita una hoja que canta". ¡Y cómo nos pinta *el triunfo del mes de mayo* cuando el *ruiseñor, el mochuelo* y *el jilguero abren la primavera en nuestros campos!"* ¡Cómo nos hace sentir y casi tocar *estos bellos días de cristal de otoño, en los que no hace ni calor ni frío!* Cuando su hijo, para atender a sus locos despilfarros hizo talar los antiguos bosques de Burón, se apenó y se afligió por todas las *druydas* fugitivas y sus *silvos* desposeídos. Ronsard no se ha dolido mejor de la tala del bosque de

Gastine, ni M. de Chateaubriand de la de los bosques paternos.

Porque muy a menudo se ve en Madama de Sévigné un humor alegre y alocado, se haría mal en tacharla de frívola y de poca sensibilidad. Estaba seria, pero triste durante sus estancias en el campo, y los sueños ocuparon un gran lugar en su vida. Solamente, es preciso escucharla, no soñaba bajo esas avenidas largas y sombrías del gusto de Delphine o como la amante de Osvaldo: este sueño no se había inventado todavía [1]; fué preciso el 93 para que Madama de Staël escribiese su admirable libro *Influencia de las Pasiones en la Dicha.* Hasta entonces su soñar fué una cosa más fácil, más sencilla, más individual y del que podía darse mayor cuenta: era pensar en su hija, ausente en Provenza; en su hijo, que estaba en *Candía,* en el ejército del rey, en sus amigos alejados o en sus muertos. Era decir: "Mi vida ya la conocéis, se desliza con cinco o seis amigas, cuya sociedad me place, y en los deberes a que cada cual está obligado, y esto ya no es poco. Pero lo que me irrita es que no hacemos nada durante los días que pasan, y entonces nuestra vida se compone de días en los que se envejece y se muere. Esto lo encuentro mal". La religión regular y precisa que gobernaba la vida, contribuía mucho entonces a atemperar este libertinaje de sensibilidad y de imaginación que después no ha conocido freno. Madama de Sévigné se alejaba cuidadosamente de esas ideas, sobre las que se debe pasar *deslizándose;* quería que la moral fuese cristiana y más de una vez tacha a su hija de estar tocada del cartesianismo [2]. Cuando en medio

[1] "Los goces del espíritu marcan nuestra fuerza" escribía en estos tiempos Ninón a San Evremond.

[2] Se han discutido mucho los méritos de Madama de Grignán y es que su madre la perjudicó a nuestros ojos con demasiadas alabanzas. Es muy difícil papel el de ser demasiado amado ante los indiferentes. El hijo un poco libertino nos es más agradable. Yo creo que la alegría y la reflexión de Madama de Sévigné estaban divididas entre sus dos hijos. El uno tenía la gracia, pero no la solidez de su razón, y la otra poseía esta reflexión demasiado rígida, sin templar, y nada encantadora ni interesante.

de los accidentes de la vida, tiene que bajar la cabeza, se refugia en una especie de fatalismo providencial que sus ligaduras con Port-Royal y sus lecturas de Nicole y de San Agustín le habían inspirado. Este su carácter religioso y resignado aumentó con la edad, y a veces, se trasluce en su lenguaje algo muy sensato y de una ternura más seria. Hay, sobre todo, una carta a M. de Coulanges sobre la muerte del ministro Louvois, en la que llega a la sublimidad de Bossuet, así como en otros tiempos y con otros motivos llegaba a la nota cómica de Molière.

Monsieur de Saint-Surin en sus estimables trabajos sobre Madama de Sévigné no pierde ocasión de compararla con Madama de Staël, en cuya comparación sale gananciosa Madama de Sévigné. Nosotros creemos que hay interés y provecho en este paralelo, pero que no debe tener como consecuencia, un detrimento para la una ni para la otra. Madama de Staël representa toda una sociedad nueva; Madama de Sévigné representa una sociedad que desapareció, y de ahí esas prodigiosas diferencias, que podrían hacernos creer que consistían en diferencia de ingenio y de sentimientos. Sin embargo, y sin pretender negar la profunda disparidad de sus dos almas, pues una sólo conoció el amor maternal y la otra todas las pasiones, hasta las más generosas y las más viriles, se encuentra en ellas, observándolas desde cerca, muchas cualidades que les son comunes, y cuyo desarrollo desigual no ha obedecido sino a la diferencia de época. ¡Qué naturalidad llena de gracia ágil, qué páginas radiantes de ingenio se encuentran en Madama de Staël cuando otros sentimientos no se interponen, y cuando deja dormir a su filosofía y a su política! Pero ¿es que a Madama de Sévigné no se le ocurre también filosofar y disertar? ¿De qué le servirían sus *Ensayos de Moral* del Sócrates cristiano y de San Agustín? Porque esta mujer, que ha sido tachada de frívola, lo leía todo y leía bien. Si no

se gusta de las sólidas lecturas —dice—, el espíritu y el ingenio son anémicos. Leía a Rabelais y la *Historia de las Variaciones,* Montaigne y Pascal, Cleopatra y Quintiliano, San Juan Crisóstomo y Tácito y Virgilio, no traducidos, sino *en toda la majestad del latín y del italiano.* Cuando llovía, leía varios *in-folio* en *doce días.* Durante la cuaresma se complacía en ir a *Bordaloue.* Su conducta con Fouquet en la desgracia hace pensar en lo que hubiese sido su abnegación durante el período revolucionario. Si se muestra un poco vanidosa y vanagloriada cuando el rey baila una noche con ella, y cuando le hace un cumplido en Saint-Cyr después de *Esther,* ¿qué otra persona de su sexo se habría mostrado más filósofa en su lugar? La propia Madama de Staël, ¿no decía que habría hecho cualquier cosa por arrancar una palabra o una mirada al conquistador de Egipto y de Italia? Cierto: una mujer que en relación desde su juventud con los Ménage, Godeau y Benserade se defendió de sus sátiras y de sus burlas, con sólo su buen sentido; que esquivó, bromeando, las pretensiones más refinadas y más seductoras de Saint Evremond y de Bussy; una mujer que, amiga y admiradora de Mlle. de Scudery y de Madama de Maintenón, supo mantenerse a igual distancia del sentimentalismo novelesco de la una y de la sequedad excesiva de la otra; fué ligada con Port-Royal y alimentado su espíritu con las obras de esos *Señores,* no tomó menos de Montaigne ni olvidó a Rabelais, que no quiere otra inscripción para lo que ella llama *su convento* que *Santa Libertad* y *Haz lo que quieras,* como en la abadía de *Telémaco;* una mujer de bello alocamiento, que pasa casi sin rozarlas, sobre ciertas ideas, y que toma las cosas por el lado familiar, da pruebas de una profunda energía, y de una originalidad de talento extraordinaria.

Hay un solo motivo por el que no se puede menos de sentir que Madama de Sévigné se haya abandonado a sus costumbres burlonas y frívolas, por el que rehuse-

mos entrar en sus chanzas, y el que, después de haber buscado todas las razones atenuantes, no se puede llegar a perdonar, es cuando cuenta a su hija con tanta risa la rebelión de los labriegos bretones y las severidades empleadas para suprimirla. En tanto que se limita a reírse de los Estados, de los *gentileshombres* labriegos y de sus galas que aturdían, y de todas las demás locuras del *porvenir* de Bretaña después de comer, está bien; es una buena y legítima broma, y en ciertos pasajes, recuerda los pinceles de Molière; pero cuando llega a las *tranchées* de Bretaña, y al *cólico de piedra*, que quiere decir que el gobernador M. de Chaulnes, queriendo dispersar el pueblo con su presencia fué rechazado hasta su casa a pedradas, cuando llega al momento en que Monsieur Forbin se presenta con sus seis mil hombres contra los amotinados, y que aquellos pobres diablos, en cuanto perciben las tropas reales se desbandan por los campos y se ponen de rodillas entonando el *Mea culpa* (que es el solo vocablo que conocen del francés), cuando para castigar a Rennes trasladan su Parlamento a Vannes, que se cogen a la ventura veinticinco o treinta hombres para ahorcarlos, que se saquea toda una grande calle echando de sus casas mujeres enfermas, viejos y niños, prohibiendo que fuesen recogidos bajo pena de muerte, cuando se martiriza y se obliga, y que obligados y martirizados se les ahorca, en medio de estos horrores hechos contra inocentes o singularmente contra extraviados, se sufre viendo cómo Madama de Sévigné se divierte como de costumbre. Se querría que mostrase una indignación ardiente, fuerte y generosa, y sobre todo, se querría borrar de sus cartas líneas como estas: "Los amotinados de Rennes han huído, y así los buenos sufrirán los castigos que merecieron los malos; pero yo encuentro esto en su lugar, en tanto que los cuatro mil soldados que están en Rennes a las órdenes de M. de Forbin y de Vins no me impidan mis paseos por el bosque, que tiene una

altura y una belleza extraordinaria". Y más allá: "Han cogido sesenta lugareños y mañana comienzan a ahorcarlos. Lo que ocurre en esta provincia será un buen ejemplo para las demás, y les enseñará a respetar a los gobernadores y a los gobernantes, a no colmarlos de injurias y a no tirar piedras a sus jardines". Y por último: "Me hablas con mucha gracia de nuestras miserias; ya ni siquiera somos atropellados, y un caso sólo se da en ocho días para entretener la justicia; la *cuelga* (horca) me parece un saneamiento". El duque de Chaulnes, que provocó todas estas venganzas porque tiraron piedras a su jardín, y al que colmaron de injurias de las que la más dulce y la más familiar era *gran cochino,* no desmereció ni un ápice en la amistad de Madama de Sévigné, siguió siendo para ella y para Madama de Grignán *nuestro buen duque,* y cuando fué nombrado embajador en Roma y marchó a su puesto, quedó la Bretaña *sumida en la tristeza.* Realmente hay materia para grandes reflexiones sobre las costumbres y la civilización del gran siglo; pero nuestros lectores nos ahorrarán este trabajo. Sentimos solamente que en esta ocasión, el corazón de Madama de Sévigné no se haya elevado por encima de los prejuicios de su época. Digna era de ello, pues su bondad igualaba a su belleza y a su gracia. A menudo recomienda hombres condenados a las galeras a M. de Vivonne o a M. de Grignán. El más interesante de sus protegidos es seguramente un gentilhombre de la Provenza cuyo nombre no se conoce: "El pobre muchacho —dice— estaba muy apegado a M. de Fouquet; estaba convencido de que cumplía un deber haciendo llegar a Madama de Fouquet una carta de su marido; por ello ha sido condenado a diez años de galeras, y eso es terrible. Usted sabe que es uno de los más honrados muchachos que puede haber, y tan adecuado para las galeras como para coger la luna con los dientes".

El estilo de Madama de Sévigné ha sido tantas veces

juzgado acertadamente, analizado y admirado, que sería difícil encontrar hoy un elogio que fuese a la vez nuevo y adecuado; y, por otra parte, no estamos propicios a rejuvenecer de nuevo los lugares comunes de los críticos. Nos bastará una sola observación: se pueden achacar los grandes y bellos estilos del siglo de Luis XIV a dos procedimientos diferentes, a dos maneras de hacer opuestas. Malherbe y Balzac fundaron en nuestra literatura el estilo sabio, castigado, pulido, trabajado, en cuyos comienzos se llega del pensamiento a la expresión, lentamente, por grados, a fuerza de intentos y de tachaduras. Este es el estilo que Boileau aconsejó siempre; quería que rehiciesen las obras veinte veces, que se las puliese y volviese a pulir sin cesar; él mismo se vanagloria de haber enseñado a Racine a hacer difícilmente versos fáciles. Racine, en efecto, es el más perfecto modelo en poesía y Flechier fué menos afortunado en su prosa. Pero al lado de este género de literatura, siempre uniforme, académico, está el otro por el contrario libre, caprichoso y *móvile,* sin método tradicional y de acuerdo con la diversidad del talento y del alma. Montaigne y Regnier habían dado ya admirables pruebas, y la reina Margarita una encantadora en sus memorias de familia, obra de algunas horas después de los *dîners.* Es el estilo abandonado, de ancho cauce, abundante, el que sigue más propicio a las ideas, un estilo de primera intención y que salta de la pluma para hablar como Montaigne o el de La Fontaine y el de Molière, el de Fenelón, de Bossuet, del duque de San Simón y de Madama de Sévigné. Esta última los sobrepasa en esto: *dejar trotar su pluma con la brida al cuello,* y en el camino esparce con profusión colores, comparaciones, imágenes, y el ingenio y el sentimiento se desbordan por todas partes. Fué así, sin quererlo y sin darse cuenta, uno de los escritores de primera fila de nuestra lengua.

"El sólo artificio que yo me atrevería a sospechar en

Madama de Sévigné —dice Madama Nécker— es el emplear a menudo términos generales, y por consiguiente un poco vagos, que se parecen por la manera como los coloca, a esos vestidos amplios que cambian de forma según el gusto de una mano hábil." La comparación es ingeniosa; pero no hay que ver un gran artificio en esta manera de hacer que era común en la época. Antes de ajustarse exactamente a las ideas, el lenguaje las rodea con una amplitud que les presta acomodo y una gracia singular. Cuando ya ha pasado un siglo de análisis de la lengua, que la ha trabajado y recortado por el uso, el encanto indefinible se halla perdido; el artificio está realmente en querer volver atrás.

Y ahora, si en todo lo que precede les parece a algunos espíritus descontentadizos que hemos llevado demasiado lejos la admiración de Madama de Sévigné, que nos permitan que les hagamos esta pregunta: ¿La han leído? Y entendemos por leer, no recorrer al azar algunas de sus cartas, no limitarse a dos o tres que gozan del renombre de clásicas, la del matrimonio de Mademoiselle, la de la muerte de Vatel, la de M. de Turenne, y la de M. de Longueville; que entren paso a paso en los diez volúmenes de cartas (sobre todo aconsejamos la edición de Monmerqué y de Saint-Surin), que las sigan todas, sin *divisiones*, como ella dice, hacer con ella como con *Clarisse Harlowe*, cuando tengan quince días de descanso y de lluvia en el campo. Después de esta prueba muy poco terrible, que se agreguen a nuestra admiración si tienen valor para ello y si desde luego se acuerdan de las lecturas todavía.

MAYO, 1829.

DE LA NOVELA ÍNTIMA

O

MADEMOISELLE DE LIRÓN [1]

Por muy agitados que sean los tiempos en que se vive, por muy corrompidos y áridos que se les pueda juzgar, son seguros ciertos libros exquisitos que encuentran el medio de nacer; hay siempre corazones selectos que los producen silenciosamente en la sombra, y otros corazones esparcidos aquí y allá para recogerlos. Estos son libros que no parecen libros, y que muchas veces no lo son; son sencillos y discretos destinos sembrados por el azar en los senderos, fuera del gran camino polvoriento de la vida, y que al separarse de éste, y al acercarse a ellos, se apoderan de nosotros con los perfumes suaves de sus flores silvestres, cuyas especies se creían desaparecidas. La forma bajo la que se realizan estos delicados sentimientos de algunas almas, es variable y bastante diferente. A veces se encuentran en un cajón, después de una muerte, cartas que no debían ver nunca la luz del día. Otras, el

[1] Los que tengan en cuenta la fecha de este artículo (julio, 1832) notarán que es la primera vez que se habla de la *Novela íntima*, de cuyas palabras se ha abusado tanto después.

amante que sobrevivió (pues el amor es quien inspira estos tesoros ocultos), el amante que sobrevivió, se consagra a un recuerdo fiel, e intenta en su pena, valiéndose de la armonía y del arte, trasmitir este recuerdo y eternizarlo. Entrega a los lectores ávidos de esta clase de emociones, alguna historia un poco alterada; pero que bajo el disfraz de estas apariencias, se conoce que una verdad muy honda le anima. Otras, el amante guarda para él su secreto y prepara para los tiempos en que ya no exista, una confidencia, una confesión que de buena gana titularía, como Petrarca uno de sus libros, *Su secreto.* Y por último, otras veces es un testigo, un depositario de la confidencia, quien la revela, cuando los protagonistas muertos aún conservan el calor de la vida o están ya helados al cabo de los años. Hay ejemplos de todas estas especies entre las producciones nacidas del corazón; y estas formas de salir a la luz son insignificantes y no tienen importancia, con tal de que no ahoguen la verdad y dejen al ojo del alma penetrar hasta el fondo. Si se nos exigiese dar nuestra opinión, diríamos que, aparte la forma ideal, armoniosa, única, en la que un arte divino se apodera del sentimiento humano y lo eleva hasta dibujarlo en los cielos, como Rafael pintaba en el Vaticano, como Lamartine hizo para *Elvira,* aparte de este caso incomparable y glorioso, todas las formas intermediarias perjudican más o menos, según lo que se alejen del detalle puro y sencillo de las cosas pasadas. Lo mejor, según nosotros, es sujetarse estrechamente a la verdad, y que el objetivo de no novelar no nos ciegue [1], omitiendo algu-

[1] "Todas las historias de Astrea tienen un fondo verdadero, pero el autor las ha *novelado,* si se puede usar esta palabra." Patru es quien dice esto (*Obras diversas,* tomo II), en sus curiosos estudios sobre la obra D'Urfé. El sentido que da a la palabra *novelar* es el de *idealización,* de *ennoblecimiento* y de *quintaesencia de las cosas reales,* su traducción a la luz de la luna. Así, en lugar de hablar de la impotencia de su hermano mayor, D'Urfé dice que el pretendido amante es una muchacha disfrazada de hombre, y que la enfermedad secreta que cogió por abnegación la princesa de Condé habla de una belleza que se estropea la cara con la punta de un diamante.

nas con buen gusto, pero prescindiendo escrupulosamente de añadir nada. También las cartas escritas en el momento de pasión y todos los actos sucesivos, son inapreciables y tienen en su desorden un encanto singular. Son conocidas las de una portuguesa, que desgraciadamente son muy cortas y que están incompletas. Las de Mlle. de Lespinasse, largas, bien explícitas y cada vez más fogosas como la pasión que las inspiró, tendrían más dulzura si el hombre a quien están dirigidas (M. de Guibert) no la impacientase y no la hiriese con la gravedad afectada y pedante que se le supone, y por su egoísmo, que es bien patente. Las cartas de Mlle. Aissé, las menos conocidas de todas las cartas de mujeres, son las más encantadoras, no tan sólo por ellas mismas, sino también por lo que las rodea.

El autor de Mlle. Justine de Lirón (M. E. Delécluze), que conoce esta literatura amable e íntima mucho mejor que nosotros, acaba de añadir una emocionante historia, que aunque nos ofrece bajo la forma de novela, guarda en cada línea las huellas de la realidad observada y sentida. Para el que se complace con estas ingeniosas y tiernas lecturas; para el que ha tenido una mirada sentimental, como el piloto la tiene para la orilla, para aquella sociedad desde hace ya mucho tiempo fabulosa de las La Fayette y las Sévigné; para quien ha perdonado mucho a Madama de Maintenón por sus cartas tan emocionantes, tan sensatas y tan unidas; para quien, de buena gana, habría coincidido con Mlle. de Montpensier en aquel retiro quimérico y divertido, cuya descripción hace a Madama de Motteville, en el que había toda clase de placeres solitarios, honestos, y toda clase de conversaciones permitidas, en el que habría pastores, carneros, ausencia del amor, un mallo, y en la vecindad, no muy lejano, un convento de carmelitas situado en un bosque, y establecido según la reforma de Santa Teresa; para quien más tarde acompaña con la mirada del alma a Mlle. de Launay, muy joven y pobre interna del convento, al antiguo y un poco

triste castillo de Silly, enamorada del joven conde y haciendo partícipe de su despecho a Mlle. de Silly en una avenida del bosque, a lo largo de un plantío de carminos detrás del cual se encuentra el conde y puede escucharlo todo; para quien se ha acostumbrado a la sociedad más seria de Madama de Lambert, y a sus disertaciones nutridas de cristianismo y de antigüedad con Sacy; para quien ha seguido a Mlle. Aissé hasta Ablón, en donde todas las mañanas salía a cazar pájaros; a Diderot a casa de Holbach, en Granval; a Jean-Jacques a los pies de Madama de Houdetos, en el bosque, para quien, por último, busca contra el fracaso y la pesadez de nuestros días un alivio, un refugio pasajero cerca de las almas amantes y delicadas de las antiguas generaciones, cuyo lenguaje sencillo está ya lejos de nosotros, como así su género de vida y sus placeres; para éste, Mlle. de Lirón no tiene más que presentarse, es la bienvenida: se la comprenderá, se la amará; a pesar de su carácter que nos sorprende, de sus maneras un tanto irregulares, de su acento a veces provinciano; a pesar de la impropiedad de algunas de sus frases, que la *corte* no ha podido pulir (puesto que ya no había *corte*), se notará lo mucho que vale, y le encontraremos hermanas. Ya le hemos encontrado tres; una, ya nombrada: Mlle. Aissé; las otras dos, Cecilia y Calixta, de las *Cartas de Lausanne*. Mlle. de Lirón no niega su parentesco. Aunque un poco razonadora, permanece siempre tan inocente como es posible serlo hoy, y lo que ella acepta desde luego lo ama como es preciso amar.

Mademoiselle de Lirón, es una muchacha de veintitrés años que vive en Chamalières, cerca de Clermont-Ferrand, en Auvernia, con su padre, el señor de Lirón, cuya vejez alegra y cuya casa gobierna, atendiendo a los menores detalles, vigilando con prudencia los bienes, las cosechas, los prados y la educación de su primito Ernesto, que tiene cuatro años menos que ella, y que hace otros tantos ha venido del Seminario de Clermont a instalarse en casa de su

tío y tutor. El padre de Ernesto estaba en las embajadas; el señor de Lirón cree que lo más natural es que su sobrino pertenezca a ellas; ya está en edad de ingresar, y piensa en uno de sus antiguos amigos, M. de Thiézac, quien a su vez, viéndose en los límites de un prudente celibato, piensa que le convendría Mlle. de Lirón y llega a Chamalières después de haber pedido su mano. Mas, Ernesto está enamorado de su prima; ésta ama también a su primo, pero, más bien es un amor de madre y con gusto le trata como a un hijo. Mlle. de Lirón aun siendo aldeana, tiene un espíritu maduro y culto, un carácter firme y prudente, un corazón que ha pasado por todas las pruebas: ha sufrido y ha reflexionado. Un año antes de que Ernesto viniese del colegio a habitar el castillo, parece ser que alguien que Mlle. de Lirón amaba murió en un poco de tiempo que estuvo ella ausente; a su vuelta llevó luto y coincidía esta época con la famosa batalla de B... (¿acaso Bautzen?) en la que perecieron tantos oficiales franceses.

¿La heroína ha amado ya? ¡Cómo! ¿Ernesto no es el solo, el único? ¿Habrá tenido un rival en el corazón y quién sabe si en los brazos de su encantadora prima? ¡Y si fuese así! Dios mío, ¿qué hacer? El historiador verídico de Mlle. de Lirón podría contestar como Mlle. de Launay decía de una de sus inclinaciones poco duraderas: "Yo la habría suprimido si hubiese escrito una novela. Yo sé que la heroína no debe tener más que un amor por un solo ser perfecto y para siempre; pero la verdad no es más que como puede ser, y no tiene otro mérito que el de ser como es; sus irregularidades son a menudo más agradables que la perpetua simetría que se encuentra en las obras de arte."

Es así, a propósito de irregularidades, que esta pequeña aldea de Chamalières, conjunto singular de propiedades particulares, casas, prados, arroyos, castañares y nogales, el todo encerrado entre muros bastante bajos, cuyas sinuo-

sidades caprichosas forman un laberinto, se presenta a nuestra vista como el más exacto y alegre paisaje.

Mademoiselle de Lirón ha amado ya; esto ha hecho que sea una mujer, que sea fuerte, capaz de contenerse, de resoluciones y de buen juicio; esto ha hecho que no dé un paso en las locas fantasías de una muchacha y que tenga presente que Ernesto no le es igual en edad, que apenas si ha comenzado su carrera, y que si se entregase ciegamente al amor de este muchacho, este amor no sería para siempre, ni siquiera para largo tiempo. No cree ni remotamente en un porvenir alegre de vida campestre, de dominación amorosa ni de pastorías en aquellas bellas praderas de hierbas olorosas regadas por un arroyo, o entre las rocas tenebrosas del valle de Villar, que está a dos pasos, no sueña con su Ernesto a su lado para toda la vida. Pero, paseándose con él por una larga avenida de castaños, saboreando las primeras emociones del adolescente sentados en un banco de esta misma avenida, le prepara para la llegada de M. de Thiézac, a quien esperan aquel mismo día. Le aconseja que se aproveche de su importante protección para entrar en el mundo, y le anuncia, con seriedad y confianza, que está decidida a casarse con M. de Thiézac, "pues —dice— mi padre, que es viejo y valetudinario, puede morir. Si ocurre esa desgracia me encontraré en el caso de una muchacha de dieciséis años, obligada a manejarse por sí misma sin tener tiempo para conciliar las conveniencias con sus gustos. Esto no quiero que suceda".

La exaltación de Ernesto, su rabieta, su despecho irritado, sus lágrimas, el detalle del pañuelo, gracioso en su sencillez un poco vulgar, es lo que el narrador ha sabido pintar mucho mejor que podríamos adivinarlo. Bástenos decir que la firmeza amistosa de Mlle. de Lirón tuvo en jaque aquel día y el siguiente a Ernesto, que la frase *tú no eres más que un niño*, lanzada a propósito contra el amor propio del primo, acabaron de decidirle; que M. de Thiézac llega en una litera con un proyecto de contrato

de matrimonio y un nombramiento para Ernesto y es recibido con todos los honores, y que Ernesto anuncia en voz muy alta, con orgullo, su repentina resolución de marcharse al día siguiente, muy temprano, a París. Pero, por la noche, cuando todos se han retirado a sus habitaciones, cuando el reposo reina en toda la casa, y Mlle. de Lirón, después de haber hecho su acostumbrada inspección entra en su cuarto, no sin pensar en el pobre Ernesto, a quien teme haber afligido con su última brusquedad, ¡qué ve! El propio Ernesto está allí, ha venido para decirle adiós, para reprocharle su dureza, para verla una vez todavía, y marcharse luego maldiciéndola... Pero Ernesto no sale de allí hasta la mañana, ebrio de dicha, bendiciendo a su prima, olvidando su reloj en aquel cuarto sagrado, prometiendo, bajo juramento inviolable, que no volvería hasta que pasase un año, durante el cual trabajaría por su porvenir en el mundo. Ernesto había entrado en la habitación siendo niño y salía siendo hombre.

Aquella misma mañana el señor de Lirón recibió al despertar una carta de su hija, en la que ésta anunciaba que después de haber reflexionado seriamente, creía un deber suyo rechazar la mano de M. de Thiézac y las ventajas con que éste quería honrarla.

Pasa un año. Y aquí es la ocasión de decir que Mlle. de Lirón era bella y en qué grado superlativo, pues esta belleza se alterará al mismo tiempo que su salud, hasta entonces tan perfecta; y cuando Ernesto la vuelve a ver pasado el plazo prescripto, a pesar de su amor y de sus cuidados cada vez más tiernos, ella leerá en sus ojos involuntariamente que ya no es la misma. Mlle. de Lirón es blanca como la leche; tiene los cabellos negros, los ojos de un azul de mar, género de belleza bastante común entre las mujeres del Cantal, donde su madre ha nacido. Era un poco gruesa, lo que no es despreciable, pero que perjudica un poco al ideal. Sin embargo, alabo de todo corazón al verídico historiador que nos muestra a Mlle. de

Lirón *un poco gruesa*, puesto que lo estaba en los comienzos de esta aventura; pero yo querría que se hubiese equivocado al recordarlo al final, cuando le practicaron una sangría con dificultad en la última enfermedad. A la larga, los sufrimientos debieron enflaquecer a Mlle de Lirón. Mademoiselle Aissé, que murió, es verdad, de una tisis pulmonar, y no de un aneurisma al corazón, había llegado a estar muy flaca, como ella misma lo dice: "Estoy extremadamente flaca; mi cambio no parece tan grande cuando estoy vestida. No estoy amarilla, pero sí muy pálida; no tengo feos los ojos; con un peinado echado sobre la frente estoy aún bastante bien; pero mi desnudo no es tentador, y mis pobres brazos, que aun cuando estaba buena han sido siempre feos y aplastados, parecen ahora dos palos de tambor". Si Mlle. Aissé, aun en sus mejores tiempos, ha sido siempre *un poco flac*, ciertamente le puede ser permitido a Mlle. de Lirón el haber sido *un poco gruesa*. Además, esto nos vale al comienzo de la historia una bonita escena doméstica de pastelería, en la que vemos ir y venir en la pasta las manos blancas y con hoyuelos y los brazos desnudos hasta el hombro de Mlle. de Lirón. Pero, lo repito, yo desearía que al final, en medio de los salones y de la sublimidad de sentimientos que dominan, no se hiciese mención de este insignificante detalle en tan noble personaje; la llama de la lámpara debía ser más débil a medida que lucía. Yo me imagino, para acordar mi deseo con la exactitud bien reconocida del narrador, que él debió de saber por un testigo que la sangría en el pie fué muy dificultosa y atribuyo esta dificultad a que el pie permaneció gordo, siendo así que la sangría es lenta y penosa precisamente por la razón contraria. Sea como quiera, la noche de la visita y de la marcha de Ernesto, Mademoiselle de Lirón, pálida, en camisa, casi sobrecogida de temor, con sus hermosos cabellos cubriendo su rostro y sus ojos centelleantes por mil emociones; Mlle. de Lirón, en este momento, estaba en el colmo de su belleza y entra-

ba en los linderos del ideal. Así la vió Ernesto y así quedó grabada su imagen en su corazón.

Puesto que conocemos el retrato de Mlle. de Lirón, puesto que me he atrevido a citar un pasaje de Mlle. Aissé enferma, que aun cuando sólo os da una idea incompleta de su persona nos permite entrever cuán viva y graciosa fué esta amable circasiana comprada como esclava, traída a los cuatro años a Francia, que fué codiciada por el Regente y poseída por d'Aydie; puesto que estoy en los rasgos físicos de las bellezas que recuerda Mlle. de Lirón, y en el aire de familia que les es común, no quiero olvidar la *Cecilia* de las *Cartas de Lausanne,* esta muchacha tan verdadera, tan franca, tan sensata, educada con ternura por su madre, y cuya historia inacabada no dice sino que se enamoró sinceramente de un lord viajero, buen muchacho, pero demasiado niño para comprenderla, y que ella triunfó probablemente de esta pasión desigual por la firmeza de su alma. Aparte de esto, Cecilia tiene detalles de contraste y de semejanza con Mlle. de Lirón. Escuchemos a su madre, que nos la pinta: "Es bastante alta, bien hecha, ágil, tiene las orejas perfectas, y quererle impedir que baile es como querer impedir a un gamo que corra... Figuráos una frente bonita, una nariz bonita, los ojos negros, un poco hundidos, no muy grandes, pero muy brillantes y de mucha dulzura; los labios un poco gruesos y muy rojos, los dientes sanos, un hermoso cutis de morena, el color de las mejillas sonrosado, un cuello que engorda, a pesar de todos mis cuidados, una garganta que sería bonita si fuese un poco más blanca; el pie y la mano pasables; he aquí a Cecilia... Pues bien, sí, un guapo mozo de Saboya, vestido de muchacha, esto es. Pero no os olvidéis, para hacer una idea de lo bonita que es, de cierta transparencia en su tez, yo no sé qué de satinado y de brillante que se asemeja a una transpiración: es lo contrario del mate del empañado, es el satinado de la flor roja de los guisantes olorosos. He

aquí bien a mi Cecilia; ¡si no la reconocéis al encontrarla en la calle, la culpa será vuestra!" Ahí, todo lo que Mlle. de Lirón tiene de hermoso por su blancura, Cecilia lo tiene por tez morena; lo que la una tiene de común con las mujeres del Cantal, la otra lo tiene con los muchachos de Saboya; el cuello visiblemente engordado de Cecilia es lo que da carácter de realidad a la descripción, como el ser un poco gruesa añade un rasgo característico al retrato de Mlle. de Lirón.

Porque no se nos aparecen poetizadas como Laura o como Medora, no son menos adorables las dos, y nos estimaríamos menos afortunados si consiguiéramos enamorarlas o poseer a una de las dos, no importa cuál.

Pero, en todo esto, ha pasado un año. Ernesto, secretario de la Embajada de Roma, ha recibido orden de regresar; marcha mañana a París y de allí corre a Chamalières. Cornelia es una bella y joven condesa romana que está enamorada de Ernesto. Ernesto le ha confesado lealmente que no podía concederle su corazón, pero Cornelia no ha dejado de amarle. No es un héroe de novela, Ernesto; le hemos conocido adolescente, vivo, impetuoso, de fisonomía espiritual, ni guapo ni feo; ha llegado a ser hombre, dedicado a los negocios públicos, moderadamente asequible a las distracciones de la vida, fiel a su querida y tierna Justina, pero no insensible para con Cornelia. Ernesto es un hombre tan distinguido como amable: Mlle. de Lirón ha querido hacerle así y lo ha conseguido. En algunos momentos, sobre todo más tarde, yo querría que fuese otro; no lo querría tan abnegado, tan sumiso, tan apegado a la almohada de su amiga moribunda. Ernesto en todo eso es perfecto, su delicadeza impresiona, merece que ella le diga llorando, apretándole una mano: "¡Oh, tú entiendes este lenguaje, tú sabes amar!" Ernesto es perfecto, pero no es ideal; mas después de este amargo y religioso dolor de una amiga muerta por él, muerta entre sus brazos; después de esta santificadora agonía en que otro

amante habría ido a encerrarse en un claustro para rogar eternamente por el alma de su amada, él entra por grados en el mundo y encuentra medio con el tiempo de obedecer a la que ha vuelto para amarle como una madre, y acaba de casarse para ser *razonablemente dichoso.* El caballero d'Aydie me satisface más. En él los dolores son de tal manera irremediables y a la vez fecundos, como los que a pesar de lo frágil de nuestra naturaleza y de negarlos la experiencia, nosotros nos obstinamos en concebir eternos, débiles, inconstantes, mediocres; nosotros mismos, queremos el sacrificio heroico de los seres que han inspirado grandes pasiones y que han sido causa de grandes infortunios; nos los imaginamos como fijos en esta tierra, en un estado de sublimidad a donde el impulso de su noble pasión los llevó. Pero no estábamos más que en su salida de Roma.

Cuando Ernesto, aprovechando su permiso, llega a Chamalières, encuentra al señor de Lirón muy decaído a consecuencia de un ataque y Mlle. Justina enferma desde hace cerca de un año. Quiere ocultar bajo su aspecto de indiferencia y de alegría sus temores por los dos. El nuevo estado de los dos amantes, el embarazo de ambos durante los primeros días, el tic-tac del reloj, que aun continúa colgado en el cuarto de ella, la cena de los dos en un solo plato [1], esta segunda noche que pasan victoriosamente y que deja intacta y única la del 23 de junio, las razones por las que Mlle. de Lirón no quiere ser ni la mujer ni

[1] Algunas personas han criticado esta comida de Ernesto y de Mlle. de Lirón. Para mí, lo confieso, en esta comida muy frugal aunque apetitosa, que una privación grande preside, no tiene nada de chocante, como me ocurre en la encantadora correspondencia de Diderot con ciertas declaraciones *sobre los quince malos días en los que Mlle. de Voland paga un vasito de vino y una pata de perdiz que sobran;* y tampoco es el caso epicúreo de Ninón vieja cuando escribe al viejo Saint Evremond: "¡Qué envidia me causan los que van a Inglaterra y cómo deseo el placer de comer una vez más con vos! ¿No es grosería el desear una comida? El espíritu tiene grandes ventajas sobre el cuerpo; sin embargo, el cuerpo suministra pequeños placeres que consuelan el alma en sus tristes pensamientos." Aquí, en el *tête-à-tête* de los dos amantes, el sabor de realidad dado por el pequeño festín se aumenta por el sacrificio.

la querida de Ernesto, la confesión que ella hace de su primer amante, esta vida de castidad en la que hay manos besadas, lágrimas que caen en las manos y admirables diálogos, por último la enfermedad que avanza, la promesa que ella obtiene de él de que se casará, la agonía y la muerte, todo esto forma la mitad del volumen patético y púdico en el que el alma del lector navega entre las emociones más verdaderas y más nobles. Escuchemos a Mademoiselle de Lirón en esta segunda noche. Lo que dice no puede traer consigo ni rubor ni arrepentimiento: "¡Ay, amigo mío, créeme: es preciso dejar a la dicha que venga de buen grado; la dicha no se la hace! ¿Has intentado tú siendo niño poner un pie en la huella que dejó el otro? Eso no se logra, pues siempre se estropean los bordes. Somos bien dichosos. Poco ha faltado para que estropeásemos hoy nuestra hermosa dicha del año pasado. Créeme, dejemos, pues, intacto nuestro 23 de junio. El destino lo dispuso así, Dios lo ha querido; así su recuerdo no nos traerá más que alegría."

Si Ernesto hubiese vivido en una época cristiana, quiero creer que no se habría casado después de la muerte de su amiga y que habría entrado en algún convento o, al menos, en la Orden de los caballeros de Malta. Si Mlle. de Lirón hubiese existido en esa otra época, se habría inquietado sin duda por su falta como Mlle. Aissé, y hubiera exigido otro confesor mejor que su propio amante, habría procurado despertar sus remordimientos. Es, al contrario, un rasgo perfecto y natural de la mujer de nuestro tiempo, cuando dice: "Sabes, Ernesto, durante tu ausencia y con la esperanza de aminorar la pena que yo sentía por no verte, he hecho muchos esfuerzos para ser devota de Dios. Pero es preciso que lo confiese —añadió con una de esas sonrisas angelicales que se sorprenden en los labios de los enfermos resignados—, no he podido. Me avergüenzo, pero te lo digo: Todavía, ahora, veo que entre la devoción y el amor no hay el espacio que puede ocupar un

cabello; pero yo no he podido franquearle. ¡Ay! ¿Es preciso que todo te lo diga? Ese libro que ves ahí (mostraba la *Imitación de Cristo),* ha hecho mis delicias; lo he leído noche y día. Dios me lo perdonará, así lo espero, pues que lo confieso sinceramente: en cada línea yo sustituía su nombre con el tuyo. Sí, mi vocación, el objeto de mi vida, era sin duda amarte, y lo que me lo hace creer es que todo lo que yo he hecho para probártelo no excita en mi alma el más pequeño remordimiento."

Hemos oído a algunas personas de recto juicio, reprochar a Mlle. de Lirón el ser en la segunda mitad de su historia diferente de la Mlle. Lirón de la primera; el haberse modificado, convertido en platónica y en cierta manera espiritualizado, debido a su aneurisma; de tal manera que no reconocemos en ella a la misma persona que amaba la pastelería con tanta gracia y que tuvo un amante. Este reproche no nos parece fundado. El cambio tan sensible operado en Mlle. de Lirón, a medida que leemos en su corazón y que su buena salud se altera, no es difícil de concebir, como no lo son los cambios ocurridos en otras mujeres a causa de una rápida invasión del amor. Los indiferentes exclaman con un aire de sorpresa: "¡A fe mía que nunca hubiera supuesto esto!" Y sin embargo, en la historia de Mlle. de Lirón, como en la vida actual, esto ocurre; esto, es preciso confesarlo, existe todos los días. Respecto a las circunstancias de la reincidencia y a la objeción de que había tenido ya otro amante, no son mayores obstáculos o, más bien, no los temeré, para declarar que es, creo, uno de los puntos mejor observados y que está más de acuerdo con la experiencia más refinada del corazón. Toda mujer organizada para amar, toda mujer no coqueta y capaz de concebir una pasión (hay pocas, sobre todo en Francia), es susceptible de un segundo amor, si el primero se inicia en ella siendo muy joven. El primer amor, el de los diez y ocho años, por ejemplo, suponiéndole tan ardiente y tan avasallador co-

mo se le quiera suponer, y rodeándole de las circunstancias más favorables para él, no se prolonga nunca hasta los veinticuatro. Entonces hay un intervalo, un sueño del corazón, durante el cual se preparan nuevas pasiones y se amontonan deseos definitivos. Mlle. de Lespinasse, después de haber llorado amargamente y haberse consagrado en el pensamiento a su Gustavo, se deja enamorar por Monsieur de Guibert, le ama con los remordimientos de ser infiel a su primer amante, y muere inocente y consumida entre las llamas y los suspiros.

Si Mlle. de Lirón no fuese para nosotros sino una encantadora composición literaria; si no la amásemos como a una persona a quien hubiésemos conocido con sus defectos y su lenguaje singular, le responderíamos ciertas palabras que podrían parecer extrañas a oídos no acostumbrados a escucharlas. No querríamos que dijese a su amigo: "Vous connaissez *les êtres.* — Mets ton épaule près de l'oreiller, afin que *je m'accote* sur toi. — Dans toutes les actions de ma vie, il y a toujours eu quelque chose qui *ressortissait* de la maternité." Mlle. de Clermont, en Chantilly, no se expresó así hablando con M. de Meulan; pero Mlle. de Lirón era provinciana; el acento y sus expresiones familiares quedaron tan grabados en la memoria de los que la conocieron, que juzgaron necesario transmitírnoslos.

Réstanos, para rendir un completo homenaje a Mlle. de Lirón, decir algunas palabras de los dos opúsculos emocionantes en los que hemos reunido toda su aventura. Debemos alabarla, mejor que alabar lo que a ella le parece divertido, lo que la atrae secretamente, modesta y misteriosamente desde la mesita de caoba de la biblioteca instalada cerca de su almohada, allí donde antes estaba el oratorio. Las *Cartas de Lausanne,* publicadas en 1788 por Madama de Charrière[1], y hoy muy raras, se componen

[1] He hablado más tarde y con más detalles sobre Madama de Charrière, en el artículo separado que se puede leer en el presente volumen.

de dos partes. En la primera, una mujer de la clase escogida establecida en Lausanne; la madre de la bonita Cecilia cuyo retrato hemos citado, escribe a una amiga suya, que vive en Francia, los detalles de su vida, el pequeño mundo que ve, los pretendientes de su hija y las preferencias de esta querida niña que ella adora, todo con detalles infinitos y con un pincel que pone luz en cada cara de su vivienda. El enamorado preferido es un joven lord, que viaja con uno de sus parientes, que es su tutor. Ama a Cecilia; pero no como un hombre ya hecho ni con serios propósitos, y así su madre quiere curarla de este amor y ella misma también lo desea. Abandonan Lausanne para ir al campo, y se disponen a visitar la pariente que habita en Francia; esta es la primera parte. La segunda contiene letras del tutor del joven lord a la madre de Cecilia, en las que cuenta su novelesca historia y la de la bella Calixta. Calixta, que había conservado este nombre por haber debutado en el teatro con *The fair Penitent*, vendida por una madre enamoradiza a un lord, había tenido pronto arrepentimiento, y observaba una vida irreprochablemente decente y elevada por sus talentos y su gracia. Pero conoció al mozo que escribe estas cartas, y le amó. No se podría pintar mejor el encanto, el pudor de este amor correspondido, de sus abandonos y de sus luchas, de la resistencia sincera de la amante y de la sumisión plañidera del enamorado. "Un día le dije: No puedes decidirte a entregarte y al mismo tiempo querrías haberte entregado ya. —Eso es verdad —me contestó, y esta confesión no me hizo obtener nada y tampoco me invitó a pedir. No creáis que todos nuestros momentos fuesen crueles y que nuestro estado no tuviera ciertos encantos; los tenía y provenían de su misma extravagancia y aun de las privaciones... Sus caricias, si digo la verdad, me producían más miedo

así como acerca de Mlle. Aissé (ver *Ultimos Retratos*, el tomo III de *Retratos Literarios*, edición de 1864). Esta vez no ha sido un primer intento.

que placer; pero la familiaridad que había entre nosotros era tan deliciosa para el uno como para el otro. Tratado algunas veces como un hermano, o más bien como una hermana, este favor me era precioso." Es, como se ve, sobre poco más o menos, la situación de la segunda noche de Ernesto y Mlle. de Lirón; pero aquí no había habido la primera, y las mismas razones de paciencia no existían. El padre del mozo se opuso al matrimonio con Calixta; a esta oposición siguieron mil males, cuyo final fué la muerte de Calixta. No se puede leer este final sin sentirse los ojos anegados en *lágrimas que ciegan,* según una bella frase que he encontrado.

Las *Cartas de Lausanne* son uno de los libros queridos por las gentes de buen gusto y de sensibilidad, una de esas lecturas frescas y sanas en las que a través de pequeñas negligencias, se encuentran esos pensamientos que *saltaron del corazón al papel.* Así lo dice el historiador de Mademoiselle de Lirón.

En cuanto a Mlle. de Aissé, hay más y mejor. Son verdaderas cartas escritas a una amiga confidente, destinadas a morir poco después de nacer, y encontradas y publicadas por la nieta de la amiga. M. de Ferriol, embajador de Francia en Constantinopla, compró en 1698 a un vendedor de esclavos, una preciosa niña que apenas tenía cuatro años. Era circasiana e hija de un príncipe, según le aseguraron. La trajo a Francia y la hizo educar muy bien; abusó de ella, según parece, cuando la creyó en edad oportuna, y al morir, le dejó una renta de 4.000 libras. Mademoiselle Aissé vivía en casa de Madama de Ferriol, cuñada del embajador y hermana de Mádama de Tencin. D'Argental, que se carteaba con Voltaire y Pont-de-Veyle, era hijo de Madama de Ferriol y amigo de infancia de Mlle. Aissé. Aunque Madama de Ferriol, mujer exigente, seca y agria, no tuvo para con Mlle. Aissé esos ciudados que inspira la bondad de alma, la joven griega, como la llamaban, era el ídolo de una amable sociedad que no era severa; Mlle.

de Parabère, Madama du Deffand, lady Bolingbroke, la buscaban y se la disputaban. El Regente la codició, y a pesar de los *buenos oficios* de Madama de Ferriol, se estrelló contra la virtud de Mlle. Aissé; pues aun cuando siendo niña M. de Ferriol había abusado de ella, no marchitó ni la delicadeza ni la virginidad de su corazón. El caballero d'Aydie fué la roca contra la que se rompió este corazón. El caballero era agradable por su ingenio y por su figura, sensibilidad ligeramente novelesca; era caballero de la Orden de Malta; pero había tenido un gran éxito en la Corte: la duquesa de Berry le había distinguido y honrado como corresponde a una princesa. Se acercó a Mlle. Aissé y se inflamó en su alma una pasión que desde entonces fué su única ocupación y el solo objeto del resto de su vida. Ella participó desde el principio de esta pasión, y por escrúpulo quiso huir, pero no pudiendo, cedió. El caballero quería hacerse relevar de sus votos de Malta y casarse con ella; pero Aissé se opuso, siempre mirando a la consideración mundial de su amante y la salvación de su alma. Esto mismo se ve en las cartas latinas de Eloísa a Abelardo, oponiéndose a ser la mujer del teólogo; pues aun cuando entonces estaba permitido, no era muy honroso para las gentes de sotana y prefirió ser solamente su querida, con objeto de que la mancha recayese sobre ella y no tocase al nombre de su ilustre amigo. Mademoiselle Aissé opuso análogos razonamientos a su caballero. Tuvo de él una niña que parió en secreto, gracias a Lady Bolingbroke, y esta dama colocó a la criatura en el convento de Lens como sobrina suya. Habían acaecido estos sucesos, cuando una amiga de Madama de Ferriol, Madama de Calandrini de Génova, vino a París y entabló una estrecha amistad con Mlle. Aissé. Esta señora era una persona de virtud y de religión; Mlle. Aissé le confió todo su pasado, sus escrúpulos aun frescos, y los remordimientos que sentía por su amor invencible. Madama de

Calandrini le dió buenos consejos, le hizo prometerle que a su marcha le escribiría a menudo, y estas cartas preciosas son las que poseemos. Nunca la sociedad de aquel tiempo fué mejor descrita. Nunca se ve un alma que somete su amor a la religión exhalar suspiros más profundos ni perfumes más incorruptibles. Su estilo delata al siglo XVII y a la mejor sociedad de entonces. En una palabra: es un tesoro, para *esos buenos ingenios que conocen las entrañas* de que Mlle. Aissé habla en un pasaje.

La sociedad se muestra aquí y allá en algunas líneas, en una rápida degradación, y en su frivolidad mezcla de horrores. Los amantes que cada mujer toma y deja en un mismo día; los furores en el teatro por o contra la Lemaure y la Pelissier; el duque de Epernon, que por su manía de cirugía va trepanando a derecha y a izquierda y mata a la gente para satisfacer su capricho de operador; la repentina moda de las *découpures,* como más tarde la del *parfilage;* pero que llegó a tal punto, que se recortaban estampas que valían cien libras cada una. "Si esto continúa llegarán a recortar los Rafael." La forma en que acogen los rumores de guerra: "Hablan de guerra; nuestros caballeros la desean mucho, y nuestras damas se afligen medianamente; hace mucho tiempo que no saboreamos el aliño de los temores y de los placeres de las campañas; estas señoras desean ver cómo estarán de afligidas durante el tiempo de ausencia de sus maridos." Se oyen todos esos relatos fieles, se asiste a la descomposición del gran reino, al despilfarro de los sentimientos, del honor y de la fortuna pública, se exclama con la generosa Mlle. Aissé: A propósito, hay un horrible asunto que pone los pelos de punta; es demasiado infame para poder ser escrito, pero todo lo que ocurre en esta Monarquía anuncia muy bien su desaparición. ¡Cuán prudentes son ustedes al mantener las leyes y al ser severos! Se comparte con ella el virtuoso consuelo que ofrece a su amiga para sus privaciones y sus pérdidas: "Por muy grandes

que sean las desgracias que proporciona el azar, son mucho más crueles las que uno mismo se proporciona. ¿Cree usted que una religiosa expulsada y que un *cadet* cardenal (los Tencin) son dichosos colmados de riquezas? De buena gana cambiarían su pretendida dicha por vuestros infortunios".

Sin embargo, la salud de Mlle. Aissé se altera por momentos; su pecho es presa de una tisis mortal. Se decide a cumplir las prácticas religiosas. El caballero consiente en una admirable carta de sacrificio y de sencillez que él mismo le entrega. Ahora bien, para buscar a un confesor es preciso ocultarse de Madama de Ferriol, molinista (secta) enredadora, que haría de esta conversión, un asunto de partido. Mlle. Aissé recurre a Mlle. du Deffand y a la buena Madama de Parabère, quien la ayuda de todo corazón: "Veo que estáis sorprendida de la selección que he hecho de mis confidentes; ellas son mis guardas; y sobre todo, Madama de Parabère, que casi no me abandona un momento, y siente hacia mí una amistad que me asombra con sus cuidados, sus bondades y sus regalos. De ella y de sus gentes y de todo lo que posee, dispongo como ella misma, y aún más; se encierra en mi casa conmigo privándose del resto de sus amistades, me sirve sin aprobarme ni reprenderme y me ha ofrecido su carroza para enviar en busca del Padre Boursault, etc...." Lo que nos emociona tanto como la piedad y la ternura de las que Mlle. Aissé es edificante modelo, es el inconsolable dolor del caballero en sus últimos momentos. Todo el mundo se apiada de él y todos quieren asegurarle que su amante no morirá. Cree que a fuerza de liberalidades comprará de nuevo la vida de su única amiga, y da toda su casa, *hasta la vaca* para la que *ha comprado heno*: "Da al uno, para que su hijo pueda aprender un oficio; al otro, para que pueda tener adornos de piel y cintas; a todo aquel que se encuentra y se presenta delante de él, llegando casi hasta la locura". ¡Sublime locura, en efecto; locura,

sobre todo, puesto que es constante, y que la existencia entera del caballero fué consagrada al recuerdo de la difunta y al cuidado de la niña hija de sus amores! Pero nosotros somos más razonables aparentemente que lo eran las gentes casi bajo el reinado de Luis XV; sabemos conciliar maravillosamente la religión de los muertos con las conveniencias del momento; tenemos propósitos solemnes y acciones positivas; lo real nos consuela buenamente de lo invisible, y he aquí por qué el historiador de Mlle. de Lirón no ha sido más que verídico, y nos hace saber que Ernesto llega a ser *razonablemente dichoso.*

JULIO, 1837.

MADAMA DE SOUZA

Un amigo, que, después de haber conocido mucho el mundo, del que está completamente retirado, y que juzga ahora de lejos, casi desde la orilla de este rápido torbellino en que nos agitamos, me escribía recientemente a propósito de mis opiniones sobre las obras contemporáneas: "Todo lo que usted dice de nuestros *sublimes* me interesa mucho. ¡Realmente, lo son! Lo que les falta es calma y frescura, algo como una pura y hermosa agua que refresque nuestros palacios recalentados." Esta calidad de frescura y de delicadeza, esta limpidez en la emoción, esta sobriedad en la palabra, esos matices dulces y reposados, al desaparecer casi por completo en todos los órdenes de la vida actual y de todas las obras imaginativas que se producen, llegan a ser tanto más preciosos cuanto más hacia atrás hay que mirar para encontrarlos, y así las obras en las que hallamos sus últimos reflejos. No tendríamos razón si creyésemos que es debilidad y pérdida de ingenio el lamentar la desaparición de estas bellas cualidades, de estas flores que, según parece, no han podido nacer más que en la última estación de una sociedad hoy destruída. Las pinturas matizadas de que hablamos, suponen un gusto y una cultura de alma que la civilización democrática no podría abolir sin inconvenientes para ella misma, si un

día renaciese de nuestras costumbres nuevas algo análogo. La sociedad moderna, cuando esté un poco más asentada y desembrollada, deberá tener también su calma, sus rincones de frescura y de misterio, sus abrigos propicios a los sentimientos perfeccionados, algunos bosques un poco antiguos, algunas fuentes ignoradas. Permitirá, en su conjunto de apariencia uniforme, mil distinciones de pensamientos y muchas formas raras de existencia interior, sin lo cual estaría muy por bajo de la civilización precedente, y no satisfaría más que muy medianamente a toda una familia de almas.

En los momentos de marcha o de instalación incoherente y confusa, como lo son los tiempos presentes, es natural que se vaya a lo más importante, que nos ocupemos de lo más grande de la maniobra aun en la misma literatura, y aunque prevalezca la costumbre de golpear fuerte, de apuntar muy alto y de gritar con trompetas y con portavoz. Las gracias discretas vendrán a la larga, y con una fisonomía que será la apropiada para sus nuevas vecindades; quiero creerlo así; pero esperando lo mejor, seguramente que no será mañana cuando se formen sus sentimientos y su lenguaje. Entretanto, se nota la falta, y a veces se sufre por ella, y por eso se acoge uno en ciertas horas de fastidio a los perfumes del pasado. He aquí cómo la otra mañana volví a leer *Eugenio de Rothelin, Adela de Sénange,* y por qué hablo hoy de ellos.

Una muchacha que sale por la primera vez del convento, donde pasó toda su infancia; un bello lord elegante y sentimental, de los que se encontraban, en 1780, en París, que la halla en una situación un poco embarazosa y que le aparece como su salvador; un viejo marido, sensible, bueno, paternal, nunca ridículo, que se casa con la muchacha solamente para librarla de una madre egoísta y asegurarle un porvenir; todos los acaecimientos, los más sencillos de cada día entre estos tres seres que, por un concurso natural de circunstancias, no deben separarse

hasta la muerte del viejo; las escenas del parque, del jardín, los paseos por el agua, las charlas en derredor del fuego, la vuelta al convento y las visitas a las antiguas amigas; un palique inocente, variado, en el que hay relámpagos de pasión; el bienhechor que se une como para bendecir el progreso del amor; después, por miedo a demasiada uniformidad en los tonos dulces, la sociedad al fondo y el perfil de las gentes, las ridiculeces y las intrigas indicadas; más de un original o de un tonto dibujado de un solo trazo muy alegre y al pasar; la vida real, en una palabra, reducida a un círculo escogido; una pasión creciente que se desborda como las aguas de Neuilly, bajo las cortinas de verdura y se desliza en deliciosas laxitudes; huracanes pasajeros, sin ráfagas fuertes, parecidos a las lluvias del mes de abril; la más difícil situación honesta llevada hasta el fin, sin la menor alternativa, con una facilidad que no degenera nunca en abandono, con una nobleza sin exageración, con indulgencia para todo lo que no es indelicado; tales son los méritos principales de un libro en el que no hay una sola palabra que altere su armonía. Lo que corre por él y lo que le anima es el genio de Adela, genio amable, alegre, ágil, alado como un pájaro, caprichoso y natural, tímido y sensible, rojo de pudor, fiel, pasando de la risa a las lágrimas, lleno de calor y de niñerías.

Fué en la víspera de la Revolución, cuando fué compuesto este libro, en el año 93 en Londres; en medio de calamidades y de obstáculos el autor lo publicó. Esta Adela de Sénange apareció con sus vestidos de fiesta, como una virgen de Verdún que escapase de la degollina, e ignorante de la suerte de sus compañeras.

Madama de Souza, entonces Madama de Flahaut, antes de casarse muy joven con el conde de Flahaut que tenía cincuenta y siete años, había sido educada en un convento de París. Sin duda ese es el convento que ha pintado en *Adela de Sénange*. Había un hospital, anexo al convento

y con algunas educandas; las que observaban mejor conducta, y como recompensa, iban a este hospital todos los lunes por la noche a servir a los pobres y a rezar con ellos la oración. Muy joven perdió a sus padres; los recuerdos del convento fueron sus recuerdos de familia; esta primera educación influyó, como veremos, en su manera de pensar. Casada, habitaba el Louvre, y concibió la idea de escribir por el fastidio que le producían las discusiones políticas, cada vez más animadas a medida que se acercaba la Revolución. Era muy joven, según decía, para tomar parte con agrado en aquellos asuntos, quería hacerse un *interior*. En la novela de *Emilia y Alfonso,* la duquesa de Candale, casada recientemente, escribió a su amiga Mademoiselle d'Astey: "Me he hecho un pequeño retiro en uno de los rincones de mi cuarto; he colocado una sola silla, mi piano, mi arpa, algunos libros, una mesa muy bonita, sobre la que tengo mis dibujos, y mi escritorio. Allí he trazado una especie de círculo ideal que me separa del resto de las habitaciones. Cuando alguien viene a verme salgo en seguida para evitar que entren en él; y si por casualidad avanzan hacia mi refugio, apenas puedo contener mi mal humor; querría que se fuesen". Madama de Flahaut debió de hacerse en su cuarto del Louvre, un retiro muy semejante al de Madama de Candale; mucho más, cuanto que no se conoce que tuviese intimidad con nadie. Si se quería franquear su círculo ideal, si se le hablaba de política, contestaba que estaba muy intranquila porque Monsieur de Sénange había sufrido un ataque de gota. En *Eugenia y Matilde,* en donde ha pintado los primeros acaecimientos de la Revolución, de los que fué víctima una familia noble, se puede atribuirle una parte de la sensación que produjeron estos sucesos cuando dice que se siente aburrida por esta Revolución cuando no desolada [1]. *Adela de Sénange* fué, pues, escrita sin ningún

[1] Se leen detalles bastante interesantes acerca de la vida de Madama de Flahaut en esta época, en la *Mémoire* del americano Gobernador de

apresto literario, con el sencillo objeto de un pasatiempo íntimo. Un día, sin embargo, el autor, cediendo a un impulso de confianza, que le hizo dejar franco su refugio ideal, propuso a un amigo la lectura de sus escritos delante de un número reducido de personas. Este ofrecimiento no fué muy apreciado, pues aun cuando se le creía un ingenio muy agradable, se ignoraba que fuese un escritor. *Adela de Sénange* no tuvo editores; pero también a *Pablo y Virginia,* como sabemos, le costó trabajo encontrar uno. La Revolución recorriendo rápidamente sus fases, Madama de Flahaut abandonó París, y luego Francia, el 2 de septiembre, y M. de Flahaut fué prisionero y luego víctima. A fuerza de oro y de diamantes prodigados por la familia y sus amigos a uno de sus carceleros, logró evadirse y vivía en un escondrijo seguro. Mas alguien le dijo que su abogado había sido preso como sospechoso de darle asilo, y M. de Flahaut, para salvar al inocente, abandonó su escondite a las seis de la mañana y se presentó en la Comuna denunciándose. Pocos días después fué guillotinado. Muerto Robespierre, Madama de Flahaut se marchó a Inglaterra con su hijo, y luego fué a Suiza, esperando poder entrar en Francia; pero los obstáculos no habían desaparecido. Rodando siempre alrededor de esta Francia prohibida para ella, permaneció algún tiempo en Hamburgo, y en esta ciudad conoció a M. de Souza, con quien se casó en 1802. En este intervalo, publicó *Emilia y Alfonso,* en 1799; *Carlos y María,* en 1801.

Carlos y María es una bonita y emocionante novela un poco del gusto de Miss Burney. El paisaje de los parques elegantes, las costumbres, las ridículas ladies cazadoras o sabias, la languidez sentimental y pura de los amantes componen un cuadro acabado que denota cómo la estancia en Inglaterra ha inspirado a su autor. Un crítico de mucho

---

Morris que llegó a París en febrero de 1789 y que muy pronto le fué presentado. (Ver el tomo I de la edición francesa, págs. 236, 241, 257, 269, sin olvidar la 250.)

ingenio y competente en delicadezas, M. Patin, en un juicio que escribió sobre Madama de Souza [1], dice que prefiere la novela de *Carlos y María* a todas las demás. A mí me gusta; pero no participo de esa predilección. Hay, me atrevo a decirlo, como en las novelas de Miss Burney, demasiada confusión de matices rojos, blandos hasta fundirse, pálidos y rubicundos. Madama de Souza dibuja de ordinario con más vigor, y sus colores son más varios. En *Carlos y María* se encuentra esta frase ingeniosa, frecuentemente repetida: "Las faltas de que nos envanecemos se parecen a la fealdad engalanada: se las ve en todo su esplendor".

Si el viaje a Inglaterra, el cielo y el campo de esta comarca echaron un tinte lechoso, vaporoso, sobre esta novela de *Carlos y María,* se encuentra en el de *Eugenia y Matilde,* que apareció er 1811, reflejos no menos sorprendentes de la naturaleza del Norte, de los prados de Holanda, de las radas del Báltico, en las que se prolongó el destierro de Madama de Flahaut. "El verde, en los climas del Norte, tiene un triste particular, y el color igual y suave poco a poco os proporciona reposo, y os calma... Este aspecto del campo no causa ninguna sorpresa, y deja al alma en el mismo estado en que la halló; cualidades que tienen encantos y mucho más si se es desgraciado. Sentadas en el campo, las dos hermanas se abandonaban a sus ensueños, se perdían en vagos pensamientos, y sin que hubiesen sido distraídas, volvían más en calma". Un poco más allá, M. de Revel, para distraer a su familia, se complacía en hacerle admirar los ricos pastos del Holstein, los hermosos árboles que bordean el Báltico, este mar cuyas aguas pálidas no difieren en nada de las de los numerosos lagos que embellecen este país, y el césped siempre verde que se pierde bajo las olas. Estaban sorprendidos de esta fisonomía extraña que cada cual encuentra en la naturaleza en los climas lejanos de aquel en que nació. La riente pers-

[1] *Répertoire de Litterature,* y, además, en sus *Mélanges* (1840).

pectiva del lago de Ploen les facilitaba en cierto modo la respiración. No poseyendo nada, aprendieron, como el mendigo, "a hacer una diversión del paseo y a gozar de los bienes acordados a todos". Madama de Souza, de ordinario se detiene poco a describir la naturaleza, y si lo hace aquí con complacencia, es por un recuerdo profundo y consolador. La alegre Adela de Sénange, que no conocía más que las avenidas de Neuilly y los poblados de su isla, hela aquí casi convertida en hermana de la soñadora Valeriana en los bordes del Báltico.

Adela de Sénange, en efecto, en el orden de las concepciones novelescas que han llegado a la realidad viva, es bien la hermana de Valeriana, como lo es también de Virginia, de Mlle. de Clermont, de la princesa de Clèves; como Eugenio de Rothelin es un noble hermano de Adolfo, de Eduardo, de Lepreu, del caballero de Grieux, tan pecador y tan perdonado; dejo a un lado al gran René, en su soledad y en su predominio. ¡Dichoso aquél que por su misma potencia, o valiéndose de los medios que le rodean, y gracias al ideal, o gracias a un recuerdo, haga la creación de un ser digno de la compañía de los que he nombrado; dichoso aquel que añadiese un hermano o una hermana a esta familia menos admirada que querida, pues no moriría por completo!

Eugenio de Rothelin, publicado en 1808, parece a algunos buenos jueces la más exquisita obra de Madama de Souza y superior a *Adela de Sénange.* Si fuere preciso emitir opinión y escoger entre producciones casi igualmente encantadoras, nos encontraríamos en situación muy embarazosa; pues si *Eugenio de Rothelin* nos presenta el talento de Madama de Souza en su ingeniosa perfección, *Adela* nos hace ver su manantial más puro y, por decirlo así, el surtidor que más alto sube. Sin embargo, como obra de arte perfecta, como poder de compositor, como creación por observación, como fantasía y como pintura, *Eugenio* es mejor prueba que *Adela.* Aplicando aquí lo que he

tenido ocasión de decir en algún sitio acerca del autor de *Indiana* y de *Valentina,* cada alma un poco sensible que se atreviese a escribir sin artificios, tiene en ella misma materia para una bella novela. Con una situación fundamental, que es la nuestra, situación que se disfraza, que se difumina un poco con los accesorios, hay medio de interesarse en pintar como en las memorias confidenciales, y de interesar con nuestra emoción a los otros. Lo difícil es reincidir cuando se ha dicho la primera palabra, cuando se ha exhalado bajo una forma más o menos traidora que perfuma al escaparse. En *Adela de Sénange* la vida se divide en dos épocas, un convento donde ha sido educada en plena dicha durante varios años, y un matrimonio feliz, aunque desigual por la edad. En *Eugenio de Rothelin,* el autor no atiende tanto a su misma personalidad, ni tampoco es una pintura infantil en la que los trazos se escapan y se fijan en el lienzo sin un previo estudio. Hay, por el contrario, un contorno firme, más acabado, de un sujeto que no se asemeja al propio autor; la observación del mundo ocupa un buen lugar, sin que la nota de ternura falte; el afecto y la ironía se nivelan con medias tintas discretamente empleadas. La pasión ingenua, coqueta a veces, sin cesar atrayente, de Athénais y de Eugenio, se destaca sobre un fondo inquietante de misterio; aun cuando se aloja a lo largo de las terrazas del jardín o en las galerías cubiertas de cristales, en una mañana de sol, se teme a M. de Rieux ausente, se entrevé la cara melancólica y severa del padre de Eugenio; y si entran en el salón, la ternura de los dos amantes se convierte en una guirnalda que rodea la butaca tan amable y a la vez tan temible de la vieja mariscala que chancea, sonríe y hace preguntas acerca de la dicha, teniendo en la mano un La Bruyère abierto.

Marie-Joseph Chenier, ha escrito acerca de Madama de Souza, con la elegante precisión que le caracteriza, algunas líneas de elogio, aplicables particularmente a *Euge-*

nio: "Estas bonitas novelas —dice— no presentan el desarrollo de las grandes pasiones; no se debe buscar en ellas un profundo estudio de la especie humana; pero se está seguro de encontrar en ellas, y en todas sus páginas, observaciones muy finas sobre la sociedad, cuadros verdaderos y muy acabados, un estilo adornado con medida, la corrección de un buen libro y la fluidez de una conversación florida..., el ingenio, que no dice nada vulgar, y el buen gusto, que no dice nada que esté de sobra". Pero independientemente de esta clase de alabanzas, que pertenecen a todos los maestros literarios, es preciso decir, de *Eugenio de Rothelin,* que en él está pintado el aspecto de un siglo, un aspecto brillante, casto, poético, que no se está habituado a encontrar. Bajo este aspecto, la bonita novela cesa de ser una obra individual y aislada para adoptar una significación superior o, cuando menos, más grande

Madama de Souza es un espíritu, un talento apegado al siglo XVIII. Ha visto maravillosamente, y la amó, aquella sociedad en la que el tono, la costumbre, la educación, la vida en fin, estaban admirablemente distribuídas. No se busque la influencia que ejerció en ella Juan Jacobo o cualquier otro célebre escritor, como podríamos hacer con Madama de Staël, Madama de Krudner, Madama Cottin o de Montolieu, Madama de Flahaut era más del siglo XVIII que todas ellas y no se dejó llevar por el entusiasmo a regiones desconocidas. Se instruyó por la sociedad, por el mundo, y se ejercitó su vista y sus sentimientos en un horizonte trazado. Se había formado bajo la última mitad del reinado de Luis XIV, y bajo la influencia de Madama de Maintenón, una escuela de finura, de sabias contenciones, de prudencia decente, hasta en las pasiones de los jóvenes, de autoridad amable que poseía sin fracaso la vejez. Se era piadoso, se era mundano y se tenía ingenio; pero todo regulado y mitigado por las convenciones sociales. Se puede seguir las huellas de esta sociedad, desde Madama de Maintenón, Madama de Lambert, Madama de

Deffand (cuando se hubo corregido), Madama de Caylus y las muchachas que interpretaban *Esther* en Saint-Cyr, hasta la mariscala de Beauveau, que se supone, parece, es el original de la mariscala de Estouteville en *Eugenio de Rothelin,* y hasta la marquesa de Créquy, que murió centenaria según nos cuentan, y cuyas Memorias temo que estén estropeadas por algún escritor [1]. Madama de Flahaut, que era joven cuando murió este siglo, conservó siempre una parte heredada de sus cualidades, pero siempre modificándolas y acomodándolas a la nueva Corte en que vivía.

Otros escritores han pintado el siglo XVIII en sus aspectos burlones y de revueltas, en sus desigualdades o en sus desórdenes. Voltaire se ha burlado de él, Juan Jacobo le ha exaltado primero y le ha deprimido después; Diderot, en su *Correspondencia,* nos hace amarle como un conjunto de brillantez y de galantería, y Crébillon hijo nos presenta sus conversaciones alambicadas y sus costumbres licenciosas. El autor de *Eugenio de Rothelin* nos pinta este siglo como es, con sus exquisitas flores, con su brillo ideal y armonioso; *Eugenio de Rothelin* es la novela caballeresca del siglo XVIII, como *Tristán de Leonois,* u otra novela del siglo XIII, era la caballeresca de entonces, lo que *el pequeño Jehan de Saintré* o *Galaor* fueron en el XV; es decir, algo poético y ampuloso, pero de bello conjunto. Eugenio es el modelo que debía haber imitado todo hombre bien nacido de aquel tiempo, es un Grandisson sin insipidez y sin aburrimiento, y no llega a ser el retrato un poco solemne que la mariscala le ha asignado, ni tampoco uno de los que traza Mlle. de Montpensier. Eugenio, en medio de esta sociedad llena de convencionalismos y de miramientos, tiene sus envidias y sus regocijos, sus locu-

[1] En un pasaje de bondad equívoca, el autor de estas memorias, a propósito de la exquisitez de la alta sociedad, dice que no se puede negar al autor de *Adela de Sénange* un desconocimiento casi absoluto. Pero aun cuando los motivos sobre los que se apoye para hacer esta afirmación me fuesen de una exageración visible, no me parecería más fundada, pues, según mi opinión, no se puede observar mejor una sociedad que cuando se forma parte de ella.

ras de un momento. Un día estuvo a punto de comprometer a su dulce amiga Athenais por su afán al juego. "¡Cómo! ¡Afligirme! —le decía—, y lo que es aun peor atreverse a perder la palabra. ¡Eugenio tener un obcecamiento! ¡No lo habría creído nunca!" Eugenio tiene a menudo obcecamientos y Athenais sus imprudencias, pero no por ellos son menos queridos. La mariscala maneja la acción moralizadora, y usa de ella con tacto y nunca sin razón; Athenais y Eugenio son el capricho y la poesía que apenas pueden permitir que se les regularice, pero que acaban por obedecer, no sin lograr una mirada cariñosa del maestro. En la última escena, *en una de aquellas avenidas que se pierden de vista,* cuando Madama de Estouteville avanza apoyada en el brazo de Eugenio, creo ver en la pareja el resumen de toda la novela. Si alguna vez el autor supo unir la observación del moralista con la animación y la vida del pintor, si ha elevado la novela hasta el poema, en *Eugenio de Rothelin* lo consiguió plenamente. ¿Qué importa que el pintor de su noble héroe se haya propuesto hacer un modelo para las generaciones de entonces? Ha sabido sacar de un pasado reciente un tipo ni realizado ni previsto, un tipo que decora el recuerdo de aquellos tiempos. La aparición de *Eugenio* fué saludada con una cuarteta por Madama de Houdetot.

Después de *Eugenio de Rothelin,* réstanos por hablar todavía de dos novelas de Madama de Souza, más desarrolladas que sus dos obras maestras y que también son excelentes: *Eugenia y Matilde* y *La Condesa de Fargy.* El convento tiene un gran papel en estas dos composiciones, como lo tiene en *Adela de Sénange.* Hay seguramente, en la vida y en la manera de pensar de Madama de Souza algo más importante que el haber leído a Juan Jacobo o La Bruyère, el haber visto la Revolución francesa, el haber emigrado y sufrido y el haber asistido a la pompa del Imperio; este algo importante es el haber sido educada en un convento. Me atrevería a conjeturar que esto fué

lo más importante en su vida y el fondo más inalterable de sus sueños. La moral y la religión de sus libros son exactas y puras, sin que vea el claustro por el lado de los ardores místicos, ni tampoco por la expiación de las Eloísas y de las La Vallières. La autora de *Lelia,* que también fué educada en un convento, que le dejó una impresión profunda, ha expuesto de distinta manera su tranquilidad ferviente. Pero he dicho que la autora de *La Condesa de Fargy* y *Eugenia y Matilde* pertenece en un todo al siglo XVIII. El convento, para ella, fué alegre, simpático e inolvidable como Saint-Cyr; una jaula de palomas amigas, la curiosidad de una criatura inocente que desea volar. "La parte del jardín que pomposamente llamaban el *bosque,* no era más que un grupo de árboles situados delante de una casita, separada completamente del convento, aunque encerrada dentro de las tapias; pero es costumbre de las hermanas religiosas que se complacen en dar nombres pomposos a las cosas que poseen, pues acostumbradas a las privaciones, las menores propiedades les parecen considerables". En el convento de Blanca, el convento de Eugenia, en el momento de la dispersión de las comunidades por la Revolución, hay escenas elocuentes; y esta priora que aprovecha gozosa de la ausencia de Eugenia para gobernar la casa, aunque esto no fué más que un día, es una figura de una profunda observación.

La Condesa de Fargy se compone de dos partes, la parte de observación y de experiencia, en la que figuran Madama de Nançay y su viejo amigo. M. de Entrangue, y la historia sentimental del marqués de Fargy y su padre. Esta última me gusta menos, y en general, aparte de *Eugenio de Rothelin* y de *Adela de Sénange,* el aderezo sentimental es menos original que la observación y que las picantes charlas de todas las demás novelas de Madama de Souza. Esos tipos de guapos mozos melancólicos, como el marqués de Fargy, como el español Alfonso y como el polonés Ladislao de *Eugenia y Matilde,* caen en lo nove-

lesco en tanto que el resto es la vida real retratada con una gran observación. Madama de Souza ha querido pintar con la unión del viejo M. de Entrangue y la de Madama de Nançay, sus antiguas amistades, que subsistieron cincuenta años hasta la muerte. Como salían del convento para casarse en matrimonio de conveniencia, bien pronto el corazón demostraba sus deseos; se formaban entonces los lazos de su elección, unos lazos únicos y duraderos. Esto ocurría allí donde las conveniencias sociales reinaban y donde dominaba el ideal del siglo XVIII, que en realidad no fué universalmente adoptado. El simpático M. de Entrangue siempre reñido por Madama de Nançay, siempre adulado por Blanca, y que sin querer, por casualidad favorece los proyectos de ésta, es un personaje que se quiere y que hemos conocido, aunque ya no vemos casi ninguno semejante. Madama de Nançay ha vivido también, contrariada y buena, y que con un poco de buena maña se dejaba dominar sin darse cuenta: "Madama de Nançay entró en su casa dispuesta a reñir a todo el mundo; ella no ignoraba que era un poco susceptible, pues cada cual en su vida ha tenido ocasión de conocerse a sí mismo, o, cuando menos, tiene una idea aproximada".

Eugenia y Matilde, que ya hemos citado mucho, es, aparte de *Eugenio y Adela*, el más largo y el mejor sostenido de todos los libros de Madama de Souza. En él presenta la vida íntima de una familia noble durante los años de la Revolución. Eugenia, que se ha visto abandonada en el convento y que se convierte en el ángel tutelar de los suyos, atrae y fija en ella todas las miradas; su largo vestido negro, sus cabellos cubiertos con una gasa, su fisonomía tan dulce y su gran cruz de abadesa tan noblemente llevada. Hay un sentimiento muy bien adivinado cuando estando en una de las avenidas del bosque lleva en brazos al pequeño Víctor, el hijo de su hermana. El chiquitín rodea con sus bracitos el cuello de su tía y acerca su carita a la de Eugenia para resguardarse del frío del

otoño. Entonces la abadesa siente su corazón invadido por la ternura maternal y en este momento se encuentra dichosa. Lo que Eugenia ha sentido muy en el fondo de su alma, no se puede expresar con palabras y sólo la melodía puede traducirlo [1].

LA PROMENADE D'EUGÉNIE

Eugénie Parle

Dors, cher Enfant, je sens ta main légère
A mon cou nu mollement s'attacher,
Je sens ton front en mon sein se cacher;
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Ta pauvre mère, hélas! es tout effroi
Pour son Edmond que son amour rappelle;
Se dérobant, il est allé fidèle
Mêler sa vie aux périls de son roi.

A mon cou nu pos ta main légère;
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Tant de malheur peut-il fondre à plaisir,
Quand le matin rit dans la vapeur blanche,
Quand le rayon qui mourait sur la branche
Est en passant si tiède à ressaisir?

A mon cou nu pose ta main légère;
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Mais, dès qu'ainsi ton doux soin m'est rendu,
D'ou vient, Enfant, que ta bouche innocente
Soulève en moi le soupir. et qu'absente
J'aille peut-être au rêver défendu?

Eveille-toi! je sens ta main légère
A mon cou nu de trop près s'attacher,

[1] El esbozo de inspiración candorosa que proponemos a cualquier compositor es éste. (Creo preferible para los lectores dejar esta poesía tal como la escribió Sainte-Beuve, pues seguramente perdería encanto al traducirla. [N. del T.])

Ce front trop tiède en mon sein se cacher;
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

Ton cœur fidèle a son signe et son vœu:
Edmond l'honneur; Mathilde Edmond lui-même;
Mais ces soupirs, tressaillement que j'aime,
Sont-ils de moi, d'une vierge de Dieu?

De mon cou nu lève ta main légère;
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

M'est-il permis le baiser de l'enfant,
Ce vague oubli qu'en le berçant prolonge
Ma solitude, et, la nuit, dans un songe
L'enfant Jésus reparu plus souvent?

De mon cou nu lève ta main légère;
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

Mais non, mon Dieu n'est pas un Dieu cruel;
Par ce front pur, en cette claire allée,
Tenterait-il sa servante exilée?
Dieu des petits et de Ruth et Rachel!

Dors, cher Enfant; je sens ta main légère
A mon cou nu de plus près s'attacher,
Ton frais baiser en mon sein se cacher;
Dors, cher Enfant; je suis encor ta mère!

(Para los lectores que no puedan, para desgracia suya, saborear esta tierna composición, la traduzco, tratando de que conserve toda su armonía y toda su delicadeza [N. del T.])

EL PASEO DE EUGENIA

Habla Eugenia

Duerme mi niño; con tu mano suave
Tiernamente abrazas mi cuello,
Tu carita se oculta en mi pecho;
Duerme mi niño; ¡yo soy tu madre!

Tu pobre madre ¡ay! todo temor
Por Edmundo que su amor llama;

Por su fiel, emprendió la marcha
Y los peligros del rey compartió.

En mi cuello desnudo pon tu manecita;
Duerme niño mío; ¡soy tu madrecita!

Tanta desgracia sin duda huirá
Ante el blanco vapor de mañana,
Cuando el sol que calienta las ramas
A calmar los dolores vendrá.

En mi cuello desnudo pon tu manecita;
Duerme niño mío; ¡soy tu madrecita!

Si a mis dulces cuidados te dieron,
¿Por qué, niño, tu boca inocente
Me trae un suspiro... y ausente
Sueño el sueño que prohibieron?

Despierta niño; con tu mano suave
Tiernamente rodeas mi cuello,
Tu carita se oculta en mi pecho;
Despierta niño; ¡yo no soy tu madre!

Tu corazón tiene deseos y amor,
Edmundo la honra, y Matilde a él;
Pero, mis suspiros, mi anhelar aquel,
¿Deberá tenerlos la Virgen de Dios?

Rodeas mi cuello con tu mano suave;
Despierta ya niño; ¡yo no soy tu madre!

¿Me fué permitido el beso del niño?
Al mecerle siento tan dulces ensueños...
¿Acaso en la noche, con todo silencio
El niño Jesús se me ha aparecido?

Rodeas mi cuello con tu mano suave;
Despierta ya niño, ¡yo no soy tu madre!

Mas no; Dios no puede ser cruel.
¿Por esta frente tan pura y tan serena,
Acaso fuese tentada tu sierva?
¡Dios del niño, de Ruth y de Raquel!

Duerme mi niño; con tu mano suave
Tiernamente rodeas mi cuello,
En mi pecho se ocultan tus besos;
Duerme mi niño, ¡aun soy tu madre!

En *Eugenia y Matilde,* es donde acaso esté más retratada personalmente Madama de Souza. Nunca he leído sin emoción una página que pido permiso para citar, para hacerla sobresalir. Es el grito del corazón de muchísimas madres bajo el Imperio, y Madama de Souza no pudo evitar el exhalarlo. Madama de Revel, desgraciada en su vida íntima, se compadece de las madres que sólo tienen hijas, porque tan pronto como éstas se casan, por el nombre y por sus intereses quedan separadas de sus familias. Por la primera vez después del nacimiento de Matilde, siente no haber tenido un hijo: "¡Insensata! —exclama Madama de Souza interrumpiendo sus quejas—, ¡cuántas más graves y más vivas hubieran sido sus inquietudes! ¡Pobres madres! Vuestros hijos absorben durante su infancia todos vuestros pensamientos, constituyen todo vuestro anhelo y cuando creéis obtener la recompensa de tantos años viéndolos dichosos, se os escapan. Su juventud, sus locas pasiones les atraen y les extravían. Vosotras os sentís presas de angustias que hasta entonces os eran desconocidas.

"¡Pobres madres! No hay un solo movimiento en los corazones de vuestros hijos que no haga latir los vuestros. El niño de ayer es hoy un hombre; quiere ser libre, se cree dueño de sí mismo y pretende marchar solo por el mundo. ¡Hasta que él haya aprendido la experiencia, vuestros ojos no encontrarán el sueño al ver que no vuelven! Estaréis despiertas mucho tiempo antes que ellos y no podréis demostrar los tiernos cuidados que os inspira vuestro afecto inagotable. ¡Cuántas mañas encantadoras tendréis que poner en juego para ocultar vuestra vigilancia a esas cabezas jóvenes o independientes!

"De aquí en adelante todo os tranquilizará. ¡Buscad

en la cara del hombre que ha reemplazado el hijo, si compromete su fortuna; mirad a la cara de las mujeres que le sonríen para saber si un amor falso o desgraciado no le arrastra!

"¡Pobres madres! Ya no os debéis a vosotras mismas, siempre preocupadas, contestando a todo el mundo distraídas porque vuestro oído está atento a las palabras del hijo que se encuentra en el cuarto vecino... Su voz se altera... La conversación os inquieta... Acaso está con un enemigo implacable, con un amigo peligroso, en una querella mortal. Este primer año, vosotras lo sabéis, él lo ignora, su dicha y su vida pueden depender de cada minuto, de cada paso. ¡Pobres madres, pobres madres! ¡Vuestra existencia es un temor constante!

"¡Luego marcha al ejército! ¡Dolor que no se puede pintar! Inquietud sin reposo, sin descanso... Sin embargo, si después de su primera campaña vuelve ávido de gloria y satisfecho a vuestro pacífico hogar, si todavía vuelve cariñoso para con los antiguos criados, atento y alegre para con los viejos amigos de la casa, si su mirada serena, su risa infantil, su ternura sumisa os hacen ver que siente el placer de estar a vuestro lado... ¡Oh, madres, dichosas madres, dichosas madres!"

Esto se imprimía en 1811. Bonaparte, según dicen, cuando lo leyó demostró su desagrado [1].

[1] Esto no le ocurría siempre. Una vez, a la vuelta de un viaje a Berlín, Madama de Souza fué a Saint-Cloud para ver a la Emperatriz Josefina. El Emperador estaba en la grada, impaciente por ir a la caza. La vista de una mujer le contrarió pensando que sin duda esto sería la causa de un retraso para la Emperatriz, que él esperaba. Avanzó con el entrecejo fruncido hacia Madama de Souza y al reconocerla bruscamente le preguntó: "¿Venís de Berlín? ¿Simpatizan allí con Francia? Madama de Souza vió el gesto de esfinge temible y se dijo: Si contesto *sí*, creerá que soy tonta, y si contesto *no* podrá tacharme de insolente. — "Sí, señor —contestó al fin—; simpatizan con Francia, como las damas de edad simpatizan con las muchachas jóvenes". La cara del Emperador se iluminó. "¡Oh, muy bien, muy bien!" —exclamó dos veces como felicitándola por lo bien que había sabido escapar del lazo tendido. En cuanto a Madama de Souza, recompensada por esta sonrisa, se complace en citar esta anécdota como prueba de que a veces las frases más ingeniosas son casi siempre espontáneas, "pues —dice— esta respuesta se escapó a pesar de mi voluntad y casi estuve a punto de volverme para ver si alguien me lo había dicho al oído".

No diremos nada de los demás escritos de Madama de Souza, como *Mademoiselle de Tournon* y de *La Duquesa de Guisa,* no porque estén faltas de gracia y de finura, sino porque la observación moral se complica con los asuntos históricos, los cuales se colocan entre el lector y el libro y justifican el efecto. *Mademoiselle de Tournon* es una aventura interesante contada en las Memorias de Margarita de Valois. El autor de *Cinco de marzo,* sólo, ha sabido conciliar, en nuestros días (aunque imperfectamente todavía), la verdad de las pinturas de una época con la emoción de lo novelesco. Se era menos exigente en los tiempos de *La Princesa de Clèves,* y aun menos en los tiempos en que apareció *Mademoiselle de Clermont.* Si esta encantadora novela no hubiese sido hecha con fortuna, se podría intentar hoy que hemos leído en el intencionado *laberinto* de la Princesa Palatina: "La señora Duquesa tenía las tres hijas más bellas del mundo. La que se llamaba señorita de Clermont era muy guapa; pero yo creo que la Princesa de Conti era más adorable. La señora Duquesa puede beber mucho sin emborracharse; sus hijas quieren imitarla, pero muy pronto están ebrias y no saben comportarse como su madre". ¡Oh! bienaventurada ignorancia de la historia, inocencia de los novelistas primitivos, ¿dónde estás?

Los que han tenido el honor de conocer a Madama de Souza encuentran en ella todas esas conveniencias supremas que tan bien pintó; nunca se hallan en sus libros palabras inútiles y que, como desgraciadamente ocurre hoy, se ensayan al azar; un trozo de expresión neto y definido, un acomodamiento del pensamiento ingenioso y sencillo, un trazo sin pretensiones, algo de lo que fué el carácter distintivo del siglo XVIII desde Fontenelle hasta el abate Morellet; pero con un rincón sentimental que sólo es peculiar a las mujeres. Moralista en los repliegues del corazón, cree poco en el gran progreso de hoy, y sería severa con muchos jóvenes aturdidos, si su amable indulgencia le permitiese ser severa. El autor de *Eugenio de Rothelin*

es poco amigo, y se concibe, de los tiempos de agitación ni de las disputas violentas. Un amigo que la interrogaba, en 1814, sobre el estado real de Francia juzgada de otra manera que como lo hicieron los periódicos, obtuvo esta respuesta: que el estado de Francia parecía al de un libro abierto por en medio, que los conservadores leían de izquierda a derecha teniendo prisa por llegar al fin, pero que nadie leía en la página justa". La mariscala de Estouteville, ¿podría decir otra cosa hoy? En una obra bastante reciente se le atribuyó un epígrafe de un estilo injurioso, y Madama de Souza escribió un modelo de rectificación en lo que se reconoce todo su carácter. "M*** *(Janin)* ha sido inducido al error, esa palabra fué atribuída a un hombre de letras que aunque ha muerto ha mucho tiempo, no me permitiré nombrar. Cuanto a mí, nunca he escrito ni dicho una sentencia injusta para todos los siglos y que tan lejos está de la buena educación de una mujer que debe respetarse". El atildamiento escrupuloso de Madama de Souza se asusta ante la idea de que puedan achacarle una indelicadeza de lenguaje.

MARZO, 1834.

Madama de Souza murió en París el 16 de abril de 1836, conservando hasta el último momento toda la lucidez de su ingenio y la indulgencia de su sonrisa. En un volumen *(Lettres de Sismondi,* de *Bonstetten,* de *Madama de Staël,* etc.) se encuentran varias cartas de Madama de Souza dirigidas a la condesa de Albany.

MADAMA DE DURAS

La Restauración, que en su círculo de quince años encierra una época bien circunscrita y en campo vedado tan definido, ofrece a la vista ciertos contrastes, ciertos grupos de opiniones y de personas, ciertas figuras, que pudieron producirse con ventaja en las condiciones de entonces, y que, sin llegar a aceptar el fondo en que se destacan, sorprendemos en nuestra alma la pena que nos produce la desaparición de un ingenio brillante y la armonía pasajera. Hemos tenido más de una ocasión de mostrar en qué circunstancias favorables y por qué diversos sentimientos combinados pudo formarse esta escuela de poesía y de arte, fruto de los últimos años de la Restauración, y que, de no tomarla más que en su origen, independientemente de lo que produzcan después los principales miembros dispersos, merecerá que la honremos. En la historia, en la filosofía, en la crítica hubo también una formación esencial en esta época, y las tres encontraron su progreso, su crecimiento; quien las cultivase. Yo no oigo hablar más que de lo que no era hostil a los principios de la Restauración, de lo que no estaba fuera de ella, atacándola con audacia o mimándola con maña; pero no de todo aquello que en ella se desarrollaba siempre, tratando de modificarla; ni de todo lo que pudo ser

su ornamento y su apoyo, si la misma Restauración, una mañana no hubiese acercado la mecha a la pólvora. En la alta sociedad, este movimiento de ingenio, tan fecundo entonces y tan grandioso en promesas, tenía por centro y por hogares dos o tres salones que llamaban doctrinarios. El tono que dominaba era, ante todo, serio; era el de la discusión generalizada, de la discusión amplia, seguida, política, o literaria, con sus apartes psicológicos; cierta apariencia de estudio hasta en los pasatiempos, y de disertación hasta en los momentos de solaz. Sería preciso agregar a esto tintes que lo corrigiesen, si se creyera que la zona doctrinaria se extendía desde M. Roger-Collard y a través de los salones de Guizot, de Broglie y de Barante hasta M. de Sainte-Aulaire. Pero la Restauración debía traer consigo a la gente de alta categoría, la superficie de la sociedad que favoreció otras combinaciones menos sencillas que estas. Había entre los círculos doctrinarios, estudiosos, razonadores, muy nobles, seguramente, pero, sobre todo, muy fructuosos, y los círculos puramente aristocráticos y frívolos, una separación muy notable, un divorcio obstinado y completo. De un lado, la luz, las ideas modernas; del otro, encanto antiguo, separados por las pretensiones y por mal gusto recíprocos. En alguna parte, sin embargo, la reconciliación debía intentarse. Lo mismo que de las filas realistas salió una voz elocuente que invitaba a la que, en el orden político, invocaba un ideal de monarquía, según la Charte, del otro lado, y con más éxito, se encontró una mujer extraordinaria que operaba en torno de ella una unión maravillosa entre el gusto y el tono de antes y las aspiraciones nuevas. El salón de Madama de Duras, su persona, su ascendiente, todo lo que a ella toca, expresa de una manera inmejorable la época de la Restauración en su aspecto de amplia existencia, cuyo acceso era relativamente fácil, por un conjunto de aristocracia y de afabilidad, serio sin ser pensador, de ingenio alado y nada vulgar, semiliberal y progresivo insensiblemente, por

toda esa mezcla de ilusiones y de transacciones de la que antes sólo notaban el esfuerzo y la tentativa y luego toda su gracia y toda su originalidad. Esto ha sido una de las producciones de la Restauración, como esas islas formadas por las flores en la superficie de un lago y en los sitios en donde convergen corrientes contrarias que no las deshacen. Se ha comparado la construcción un poco artificiosa del edificio de los quince años, a una especie de terraza de San Germán, a cuyo pie pasaba en oleadas el pueblo que acabó por derruirla. Hubo sobre esta terraza un rincón que no fué el menos atrayente por su frescura y su perspectiva, y que merece que se guarde al nombre de Madama de Duras. Este rincón tiene su mención en la historia detallada de estos tiempos. Este salón no tuvo, sin duda, apenas influencia, una influencia pasajera, inmediata; y si la tuvo, se la debió indudablemente a Chateaubriand, que era en él el representante político. Creó poco y dejó menos huellas para el que lo estudia, que los salones doctrinarios de que hablamos, y que eran como centros de disertación y de enseñanza. Esta sociedad ofrecía más bien en un conjunto, y a pesar de sus glorias recientes, un bello y último recuerdo, uno de esos destellos que acompañaban a las esperanzas subsistentes de la Restauración, un reflejo que se ocultaba y que no debía aparecer más. No había apenas nadie más que Madama de Duras que pudiese ser la depositaria de este destello, por sus cualidades, el crédito del Duque de Duras, sus maneras, su ingenio delicado y sencillo, su generosidad, que le llenaba de méritos, por la sangre amante de la libertad, la sangre de Kersaint que corría por sus venas, y que en ciertos momentos, sin poderse contener, coloreaba su frente, y todo esto junto con el tono conciliador y moderado que llegó a ser extraordinario por el supremo imperio del uso.

Sería conocer incompletamente a Madama de Duras si sólo la juzgásemos de ingenio agudo, un alma delicada y sensible, como se podrá creer por la influencia modera-

dora que ejerció en la sociedad, y por la lectura de las dos encantadoras producciones que ha publicado. Era más fuerte, más grande, más dotada de apasionamientos que a primera vista se muestra. En su naturaleza había poderosos resortes, nobles luchas que se hacían dueños en seguida de todos los afectos verdaderos y de los asuntos que le interesaban. Como la época que ella decoró con su presencia, ocultaba bajo la superficie brillante, bajo la dulzura de los barnices, más de una lucha y más de un huracán en su alma.

La duquesa de Duras nació en Brest, diez años próximamente antes de la Revolución. Su padre, el conde de Kersaint, fué uno de los más hábiles hombres de mar, en espera de que la Revolución hiciese de él un ciudadano ilustre y uno de sus mártires. La joven Clara fué admitida desde la edad de siete años en la intimidad familiar de sus padres, y así Madama Duras decía que ella no había tenido infancia, pues desde muy temprano gustaba de la sociedad. Sus afecciones encontraron arraigos sin restricciones en su propio hogar. Los acaecimientos de la Revolución comenzaron pronto a preocupar su imaginación y a producirle emociones nuevas. Se concibe el interés apasionado con que esta alma joven debió seguir desde lejos los esfuerzos y los peligros de su padre. El efecto que le causó la muerte de Luis XVI fué el primer golpe dado a esta sensibilidad tan grande, y luego la muerte de M. de Kersaint, que ocurrió poco después [1]. Era preciso abandonar Francia. La señorita de Kersaint se embarcó para América con su madre, cuya salud estaba muy quebranta-

[1] El papel de Kersaint en la Convención fué grande, intrépido. Siempre en la brecha para protestar contra la iniquidad, para defender a los inocentes y para acusar cara a cara a los hombres sanguinarios. Kersaint mereció por su conducta ser el modelo político de este género. Contrariamente a los que no aprobando la Revolución y no queriendo aceptar nada de una asamblea se retiran o emigran, quedan otros en plena lucha, contestando en voz alta, disputando palmo a palmo y muriendo cuando es preciso, pero profiriendo palabras que repercuten; ausente de ese sistema de emigración hay otro que personifica Kersaint y que podría llevar su nombre.

da y cuya razón se alteró por tanta desgracia. Primero fué a Filadelfia y luego a la Martinica, en donde se puso al frente de las posesiones que allí tenían con una prudencia y una discreción muy superiores a su poca edad. Huérfana y rica heredera, a pesar de las confiscaciones de Europa, volvió a Inglaterra, donde se casó con el duque de Duras. Los recuerdos de esta emigración, de su estancia en Inglaterra, de la muerte del rey, componían el fondo del cuadro en que sobresale su figura. Se complacía en recordarlos y en describirlos. Chateaubriand, en sus Memorias inéditas, después de hacer una pintura acabada de este período de emigración a Inglaterra y de las personas que encontró allí, añade: "Pero, ciertamente, en esta época la señora duquesa de Duras recién casada, estaba en Londres; yo no la conocí sino diez años más tarde. ¡Cuántas veces se pasa por el camino de la vida, al lado de lo que sería nuestro encanto, como el navegante atraviesa las aguas de una tierra predilecta de Dios, dejándola atrás cuando pudo llegar a ella en un día de vela!" [1]

De regreso de Francia en la época del Concordato y trayendo como único desvelo y objeto de su ternura a sus dos hijas, vivió aislada bajo el Imperio, sin aparecer nunca en la Corte, la mayor parte del tiempo en su castillo de Touraine [2], dedicada por completo a la educación de sus niñas, a las obras de caridad para todos aquellos que la rodeaban, y a la vida del hogar. Tan sencilla era, que parece probable pudiese permanecer ignorada. Tenía el don especial de saber adaptarse a cada persona y a todas las cosas, y esto con naturalidad, sin esfuerzo y sin cálculo. Era humilde con los humildes, poco ingeniosa con los insignificantes en mentalidad, no por desdén, sino porque no se le ocurría otra cosa. Contaba que, siendo joven,

[1] Durante esta estancia en Inglaterra, la joven duquesa de Duras, ¿no tuvo que vencer ciertas prevenciones de los nobles emigrados que dudaban de su origen? ¿No debió sentir la impresión de no *encontrarse en su puesto,* ese desacuerdo, que bajo diferentes formas parece haberla preocupado mucho, y que más tarde tradujo en uno de sus interesantes escritos en otro género de desigualdades?

[2] El castillo de Ussé en el Loira.

solían decir de ella: "Clara es buena, pero es lástima que no tenga más talento". La ausencia de pretensiones era su distintivo. Entonces ni pensaba siquiera en escribir. Leía poco, pero buenos libros de todos los géneros, de ciencia algunas veces; los poetas ingleses le eran familiares, y algunos de sus versos le hacían soñar. Uniendo así esta cultura del ingenio con los cuidados de su familia y de su casa, afirmaba que lo uno ayudaba a lo otro, y que salía de una de estas ocupaciones muy preparada para entrar en la otra, y hasta bromeando llegaba a decir que el aprender latín servía para hacer las conservas de frutas. Sin embargo, las más nobles y más gloriosas figuras se agrupaban en torno de ella. Chateaubriand le consagraba sus horas y ella escribía con frecuencia al dictado las hermosas páginas futuras. Desde entonces, según creo, mantuvo con Madama de Staël correspondencia y relaciones, que luego más tarde, a la vuelta de la ilustre desterrada, debían estrecharse. Para los que no han visto más que los retratos, es imposible no encontrar entre estas dos mujeres, cuyas obras son tan diferentes, una gran semejanza física, aunque sólo sea en sus ojos negros y en el peinado. Pero el alma ardiente, la facultad de generosa indignación y de abnegación, la energía de sus sentimientos, era lo que había de común entre ellas, y por lo que la autora de *Eduardo* era la hermana gemela de la autora de *Delphine*.

Si me atreviese a aventurar el contraste, citaría todavía otro nombre, un nombre girondino también, pero plebeyo, el de Madama Roland. En estos cuidados del hogar y de sencillez doméstica, alternando con los pensamientos elevados, ¿cómo no se puede entrever una gran similitud? Bajo las diferencias de educación y de fortuna, podrían encontrarse otras semejanzas. El talento de Madama de Duras era más delicado, seguramente, y menos varonil, acaso menos extenso que el de la compañera de patíbulo de Kersaint; pero en el alma ni el corazón ésta no tenía nada que pudiese envidiarle la primera.

Madama de Duras vino en 1813, por el matrimonio de su hija, a París. La Restauración le causó gran alegría; pero ella la concebía a su manera y debió sufrir violentamente cuando la vió caer, como sentimos ver que se escapa algo que amamos. Su sociedad, gracias a su estancia en París, aumentó y se embelleció cada vez más. Sin hablar de sus salones, de Humboldt, Cuvier, Abel Rémusat, Molé, de todos los personajes que solamente tenían el mérito de ser aristócratas y diplomáticos; sin hablar de Chateaubriand, que acudía todas las noches, eran los habituales de Montmorency, de Villèle, de Barante; Vilemain era hacia el que Madama de Duras se sentía atraída, tanto por su prodigioso ingenio de conversación, como por sus opiniones políticas moderadas de un solo liberalismo que ella podía admitir. Talleyrand encontraba allí, pero con más juventud, una reproducción del círculo de la mariscala de Luxemburgo y de la mariscala de Beauvau, pero se quejaba con galantería de este exceso de juventud, y decía que había sido preciso esperar quince años, por lo menos, para que la semejanza fuese más completa. En medio del brillo de esta sociedad, la salud de Madama de Duras se quebrantó mucho, y ya en 1820 no salía nunca de casa. Su alma había conservado frescura, sensibilidad, y las pasiones puras que se formaron en ella. Frente a los sufrimientos de su enfermedad se dispuso a sufrirlos y hasta llegó a cobrarles cariño. Volveremos a hablar sobre esta fase de Madama de Duras.

Hasta aquí no hay ninguna huella en toda su vida de ensayo literario ni de intención de escribir. El azar la hizo autora. En 1820, una noche, había contado con detalles una anécdota histórica de una muchacha negra educada en casa de la mariscala de Beauvau. Sus amigos, encantados con su relato, le dijeron: "Pero ¿por qué no escribe esa historia?" Al día siguiente, a mediodía, la mitad de la novela estaba escrita. Después le tocó el turno a *Eduardo,* y luego a dos o tres novelitas no publicadas, pero que,

queremos creerlo así, lo estarán bien pronto [1]. De esta manera quería aminorar los sufrimientos del cuerpo pintando los del alma, reflejando al mismo tiempo, en cada una de sus páginas, los altos consuelos hacia los que cada día, secretamente su corazón se encaminaba.

La idea de *Ourika*, de *Eduardo* y, probablemente, la que anima todos los trabajos de Madama de Duras, es la de la desigualdad, ya de naturaleza, ya de posición social; una idea de impedimento, de obstáculo entre el deseo del alma y el anhelo mortal, es algo que falta, que nos roe y que nos impulsa a la ternura, es la fealdad y el color de *Ourika*, el nacimiento de *Eduardo;* pero en todas estas víctimas devoradas y envidiosas, la generosidad triunfa. La autora de tan interesantes relatos se complace en expresar lo imposible, en destrozar los corazones que ella prefiere, en aplastar a los seres queridos que ha formado. Sólo el cielo se abre después para dejar caer el rocío bienhechor. En tanto que en sociedad Madama de Duras no se presentaba más que bajo el aspecto del acuerdo conveniente y el acomodamiento de las opiniones, en sus escritos, se complace en trazar antagonismos dolorosos y el desgarramiento de las almas. Y es que, en su interior, todo era lucha, sufrimiento, obstáculo, deseos en su bella alma, ardiente como el clima de los trópicos, en donde pasó su juventud; llena de huracanes como el golfo de amarguras surcado por Kersaint. Era una de esas almas que tienen instintos indefinidos, vuelos violentos e impetuosos, y que piden a la tierra otra cosa que ésta no tiene. Madama de Duras era una de esas almas que, por muy ingenuamente inmoderadas que sean, como ha dicho el abate Prevost, sienten el ardor extraño hacia un objeto que no saben definir, que aspiran a amar sin límites y sin medida, en las que cada dolor encuentra una presa fácil; una de esas

[1] Estas obras inéditas son *Frère Ange, Olivier* y *Memorias de Sofía.* Las novelas de Madama de Duras fueron el nacimiento de este género: *Aloys* de Custine, *Sainte Perrine* de Valery y *Marguerite* de Barante.

almas prisioneras que se golpean sin cesar contra los barrotes de su jaula de carne.

Las novelas de *Ourika* y *Eduardo* no son pues, según nosotros, más que la expresión delicada y discreta, la pintura moderada y sin fuertes agrios por obra de la sociedad, de algo no sé qué de muy grande que se ocultaba en el pecho de Madama de Duras. Ourika traída del Senegal, como la señorita Aïssé de Constantinopla, recibe también, como la joven circasiana, una educación completa; pero menos dichosa que ésta, es negra. Así también como la señorita Aïssé no quiere casarse con el caballero d'Aydie por no rebajarle, la pobre Ourika, desconocida por Carlos, que no cree en ella más que amistad, se devora presa de una lenta pasión que ella misma ignora y cuyo descubrimiento es tardío. Nada está tan bien retratado como el dolor, y así, la idea fija de Ourika cuando se da cuenta del color de su piel. "Había quitado de mi habitación todos los espejos, llevaba siempre guantes, mis vestidos tapaban mi cuello y mis brazos y había adoptado para salir un gran sombrero con un velo que a veces llevaba también en casa. ¡Ay! Me engañaba a mí misma, y como los niños, cerraba los ojos, creyendo que así no me veían". El salón de la mariscala de Beauvau está descrito maravillosamente por la heredera de sus gustos y de sus tradiciones; los recuerdos del Terror reviven por virtud de sus fieles pinceles. Desigualdad de clase, pasión ignorada, fastidio de la sociedad, emigración, y terror, son las ideas favoritas de Madama de Duras. Cuando a Ourika, hermana en un convento, por inadvertencia se le ocurre citar a Galatea, exclama hablando de la imagen que obstinada la perseguía: "¡Era la de la quimera que me obsesionaba! ¡Oh Dios mío, aún no me habías enseñado a conjurar esos fantasmas; yo no sabía que en ti encontraría la tranquilidad!" Esta exclamación, que interrumpe el relato, nos hace ver que es la propia autora quien expresa su pensamiento hablando por boca de la heroína de su novela.

Eduardo, más extensa que *Ourika*, es el título literario de Madama de Duras. La escena ocurre en la misma época que *Eugenio de Rothelin;* los personajes son igualmente sencillos, puros, de una compañía perfectamente elegante, y vemos uno de los tipos más graciosos de amantes que se han imaginado. Mas aquí no es, como en la encantadora producción de Madama de Souza, un ideal de buena conducta y de dicha, ni tampoco, como creo haberlo dicho, una especie de pequeño Jean de Saintré o de Galaor del siglo XVIII. Sufre, no está conforme con su existencia y tiene el sentimiento de la desigualdad social. Algo de esto se ve en *Eugenio*, cuando el héroe se enamora al principio de Agata, la hija de su buena nodriza; pero los convencionalismos intervienen en seguida y triunfan, y hacen bien en triunfar para mayor dicha de todos. En *Eduardo*, por el contrario, todo es desconsolador y desgarrador; es el mozo plebeyo que se muestra delante de la noble y modesta Natalia en toda la seducción de su timidez, de su sólida instrucción, de su sensibilidad virgen, de su frente que sabe enrojecer; y este mozo es el que más tarde será Barnave u Hoche[1]. En *Eduardo* se ven dos épocas, dos sociedades que luchan entre sí, y la desdicha que cae sobre los amantes es el presagio de un acontecimiento futuro. El efecto de las mismas catástrofes sociales que tienen su repercusión en los libros de Madama de Souza y en los de Madama de Duras, es curiosamente diferente. La una perdió su primer marido y la otra su padre en el patíbulo; las dos sufrieron la emigración; pero las ideas de la primera estaban, por decirlo así hechas ya, sus impresiones grabadas. Si pintó la emigración con sus desgracias fué sólo para describir la sociedad en que fué principal figura. *Adela de Sénange*, escrita antes de la Revolución, apare-

[1] En realidad, Madama de Duras había tomado la primera idea de *Eduardo* y de su situación desigual de la inclinación que demostró por su hija Clara (después duquesa de Rauzan), M. Benoit, hijo del consejero de Estado, muchacho simpático y de excelentes cualidades, pero que en aquella sociedad no le habrían aceptado como marido.

cía en el 93; pero las novelas que la siguieron no difieren de su tono y nunca están entristecidas por tintas melancólicas y fúnebres. Eugenio de Rothelin y Athenais sonríen a la dicha, como si la Revolución no debiese llegar algunos años después. Excepto *Eugenia y Matilde*, las novelas de Madama de Souza pertenecen al siglo XVIII visto desde el Imperio. Las de Madama de Duras, al contrario, pertenecen por completo a la Restauración, son el eco de una lucha aún no acabada, con las huellas de las catástrofes pretéritas. Uno de sus pensamientos más arraigados, era que, para los que sufrieron siendo jóvenes el terror, la bella edad había sido marchita, que no tuvieron juventud y que llevaron hasta la tumba su primera melancolía. Esta pena, que parece fechada en la época del Terror, pero que tuvo otras causas, que se trasmitió a todas las generaciones que vinieron más tarde, es el dolor de Delphine, de René. Madama de Duras la pinta con todos los matices, la persigue en todas sus fases y trata de curarla con Dios. El uso que hace del convento y del cura la diferencia bien marcadamente de Madama de Souza, y hay entre las dos, como separación sobre este punto, una barrera que ha producido el movimiento religioso de *El Genio del Cristianismo* y *Las Meditaciones*. Para Madama de Duras, el convento es un verdadero claustro, rudo, austero, penitente; el cura es un verdadero confesor, y con o dice Ourika, un viejo marinero que conoce bien las tempestades del alma.

El analizar a Eduardo sería señal de mal gusto, y por eso no lo intentaremos. No se puede separar nada de tal tejido, ni hay permiso para bordarle admirándole. Si hay libros que los corazones ociosos y cultivados se complacen en leer una vez todos los años, y que quieren ver florecer en sus memorias como las lilas en la primavera, *Eduardo* es uno de ellos. Entre todas las escenas tan delicadamente descritas y encadenadas, la principal, la que más intensa emoción nos produce, es aquella de una tarde en Fave-

range, durante una conversación acerca del comercio de granos. Eduardo ve en el balcón a Madama de Nevers, cuyo perfil se recorta en el azul del cielo y se confunde en el blanco de un jazmín. Esta escena de flores ofrecidas y devueltas, de llantos ahogados y de cartas de confesión, realiza un sueño adolescente que se reproduce en cada generación sucesiva; no falta nada, en este cuadro bien escogido en el que todo muchacho piensa hacer su primera declaración. Sentimientos, pintura, lenguaje, todo está en esta página adoptada desde luego por millares de imaginaciones y de corazones. Una página que nacida de los tiempos de la *Princesa de Cleves*, o en una literatura menos resuelta, habría sido inmortal.

El estilo de Madama de Duras, que se dispuso tan tarde y sin premeditación a escribir, no se resiente ni de titubeos ni de negligencia. Es *natural* y acabado, sencillo, rápido; un estilo parecido al de Voltaire, pero empleado por una mujer; sin ninguna afectación, sobre todo en *Eduardo;* un tacto continuo, nunca colores inequívocos, y a veces, ni siquiera colores en los fondos ni en las figuras secundarias, y, por último, contornos, muy puros y netos. Siempre pasiones más profundas que como son expresadas, nunca exaltaciones ni exuberancia como no existen en una conversación de gentes de clase elevada.

En tanto que Madama de Duras escribía todas las mañanas estas preciosas novelas, en las que la calidad de la corteza cubre la savia amarga, continuaba recibiendo en sus salones y siendo el encanto de sus concurrentes, a pesar de que su salud se quebrantaba por grados cada día. Tomaba, según se puede sospechar, una parte bastante activa en la política por sus amistades y por sus influencias. Durante el Congreso de Verona, Chateaubriand le escribía casi a diario lo que ocurría y los detalles de este gran juego. Mas, al mismo tiempo, se iba operando en ella una gran transformación de sumisión religiosa y de piedad; nunca había sido hasta entonces lo que llaman

devota; llegaba a los manantiales elevados por reflexión, por la soledad y por todos los dolores que la oprimían. Un día que una persona íntima, en 1824, sorprendió en ella una viva indignación contra los proyectos de Villèle, teniendo en la mano un volumen del conde de Roy sobre el 3 por 100, hablando animadamente con conocimiento de causa, y presagiando la ruptura inevitable con su elocuente amigo, ese día por la mañana había leído y meditado sobre las *Reflexiones cristianas,* que se esforzaba por grabar en su cerebro. Había conservado mucha sangre girondina, impulsos generosos, abnegados, inútiles, que se estrellaban contra los obstáculos que la época presentaba. Como, a propósito de uno de esos ímpetus, un amigo le hiciese observar que tenía derecho de ser tan liberal por ser su padre M. de Kersaint ella contestó: "¡Oh, sí, mi pobre padre! Amaba la libertad como es preciso amarla; pero nunca fué demasiado lejos con la Revolución y quiso defender a Luis XVI". Distinguía cuidadosamente las ideas liberales de las ideas revolucionarias, teniendo horror por las segundas y culto por las primeras. Esto, junto con la costumbre de reprimirse delante de la sociedad, y con la facilidad con que la mujer de clase distinguida recobra su calma, hacía de ella el tipo de modelo de la Restauración.

Esta naturaleza demasiada franca debía algunas veces sorprender en esta época de partidos irritados y en una sociedad de etiqueta, y así, no se salvó de la envidia ni del odio. La odiaban en ciertos círculos fanáticos por el brillo de sus salones, por sus opiniones liberales, por la clase de gentes, decían, que la frecuentaban, y, a veces, sus amigos recibían cartas anónimas odiosas. No ignorando esto, sufría y se esforzaba por separarse de una sociedad en la que las enemistades son tan activas y en cambio las amistades más lentas, e infieles muchas veces. Todas estas pasiones, tan humanamente nobles, estos celos excesivos, políticos o maternales, estas preferencias, estas fugas de un alma que aspira a abrazar mucho, comenzaron a

convertirse poco a poco en oraciones y en lágrimas de paz delante de Dios. Sus sufrimientos físicos, habían llegado a ser por momentos atroces, insoportables; pero los aceptaba pacientemente, se aplicaba de todo corazón a sufrirlos, y en estos dolores puso, si se puede decir así, una pasión última y sublime. En esta ruina sucesiva de su organismo, el corazón solo pareció guardar hasta el final su juventud y su ardor. Casi separada entonces de la gente, rodeada de los cuidados más piadosos por su hija la duquesa de Rauzan, ya en París o en San Germán y finalmente en Niza, donde murió en enero de 1829, se entregó a los pensamientos acerca de la inmortalidad y a conquistar méritos de bienhechora. Su otra hija, la condesa de La Rochejaquelein, la deseada, acudió a Niza y pudo recibir su última sonrisa. Entre las cortas *Reflexiones cristianas* que trazó su mano, la mayor parte hablan de las *pasiones, la fortaleza y la indulgencia.* En la primera, que tiene por título *Velad y orad,* se lee [1]: "Casi todos los dolores morales, esos desgarrones del corazón que trastornan nuestra vida, habrían sido evitados si velásemos; no habríamos permitido entrar en nuestra alma todas esas pasiones, que aun las más legítimas, son causa de la muerte del cuerpo y del alma. Velar es someter lo involuntario". ¡Qué sentimiento melancólico y hondo producen estas palabras en los labios de Madama de Duras! "A medida que se avanza se desvanecen las ilusiones, se ve desaparecer todo lo que es objeto de nuestro cariño. El atractivo de un interés nuevo, los cambios de los corazones, la inconstancia, la ingratitud, la muerte despueblan poco a poco este mundo encantado del que la juventud hizo un ídolo... Amar a Dios es adorar en la fuente las perfecciones que todos esperaban encontrar en las criaturas y que en vano hemos buscado. Ese poco bien que encontramos en el hombre debimos adorarle en Dios." Más lejos, exalta el temor a Dios como aguijón de la pereza y de laxitud, pide fortaleza,

[1] Las *Reflexiones* y *Oraciones* fueron impresas aparte en 1832.

pues, dice, la falta de fortaleza es uno de los más grandes peligros de las conversiones tardías. Pero nos formaremos idea completa de esta moralista cristiana y de su sutileza que va hasta el último repliegue del sentimiento, por su meditación sobre la *indulgencia.*

LA INDULGENCIA

"Perdónalos Dios mío que no saben qué se hacen."

EL EVANGELIO.

Esta frase da a la vez el precepto y la razón de la indulgencia. Hay varias maneras de perdonar; todas son buenas, porque todas son cristianas; pero los perdones son diferentes entre ellos como las virtudes que los inspiraron. Se perdona para ser perdonado, se perdona porque nos creemos obligados al sufrimiento, hay el perdón del humilde, se perdona para cumplir el precepto de devolver el bien por el mal; para ninguno de estos perdones comprende el excusar la falta que nos ha ofendido. El perdón de Jesucristo es el verdadero perdón cristiano. "No saben lo que se hacen." En estas emocionantes palabras hay la excusa del ofensor y el consuelo del ofendido, el solo consuelo para estos dolores morales, en los que, por decirlo así, el mal que nos causaron es secundario. La pena más grande es acusar sin excusa a los que amamos, y la excusa está en "no saben lo que hacen". Destrozaron nuestro corazón; pero no sabiendo lo que hacían, estaban ciegos, sus ojos estaban cerrados, nuestros propios sufrimientos son la prueba de su ignorancia. La piedad está en el corazón del hombre, y sus mayores errores son efectos de su ceguera. ¿Cómo creer que se puede causar con sangre fría y voluntariamente penas que desgarran el corazón y que hacen sufrir mil muertes antes de morir? ¿Cómo creer

que se quiere destrozar un alma que acaso durante años enteros nos ha querido, adorado, perdonado, que nos había hecho su ídolo? Esta es la ingratitud fuente de tantas penas, que consiste en desconocer los sentimientos de que es objeto y que hace al corazón incapaz de pagar en igual moneda, y en esa impotencia, en esa ignorancia encontraremos la excusa. Querer hacer sentir afectos a los que no los sienten es querer dar vista a los ciegos, oído a los sordos. Perdónalos Dios mío que no saben lo que se hacen; perdónalos, sin que tengan que conocer su error para pedir que los perdones; que este perdón no se me cuente como una virtud, puesto que solamente es justicia; pero tened piedad de mi y dadme consuelo. *Amén.*"

No se puede añadir nada a estas bellas palabras. Pero estos diferentes grados del perdón cristiano, ese primer grado, en el que se perdona para ser perdonado, es decir por temor o por esperanza, ese otro grado en el que se perdona porque se cree uno obligado a sufrir, es decir por humanidad, ese, en fin, en el que se perdona para cumplir el precepto de devolver el bien por el mal, es decir por obediencia, estas tres maneras que no son más que el perdón enteramente sublime y desinteresado me traen a la memoria lo que se lee de uno de los Padres del desierto, traducido por Arnauld de Andilly: "He visto una vez —dice el Santo abad del Sinaí—, tres religiosos que habían sufrido juntos y a un tiempo la misma injuria. El primero se sintió turbado; pero como temió a la justicia divina, la aguantó en silencio; el segundo la oyó con regocijo porque esperaba ser recompensado, pero afligiéndose por el injuriador, y el tercero, no viendo sino la falta cometida por un hombre que quería entrañablemente, lloró con desconsuelo. Así se puede ver en estos tres servidores de Dios tres sentimientos distintos; en el uno, el temor al castigo; en el otro, la esperanza de la recompensa, y el tercero, el desinterés y un verdadero y perfecto amor." ¿No admiráis cómo el espíritu cristiano se mantiene fiel

en los que le poseen a través de los siglos, y cómo llega a arrancar del viejo abad del Sinaí y de la noble dama de nuestros días los mismos distingos morales y las mismas aclaraciones?

Así fué coronada una de las vidas más brillantes y más completas, en la que concurrieron la Revolución y el antiguo régimen; en la que el nacimiento, la generosidad, el ingenio formaron su encanto, una vida de sencillez, de elegancia, de sinceros ardores, una vida apasionada y pura, con un final admirablemente cristiano, como se lee en las historias de las mujeres ilustres del siglo XVII; un armonioso conjunto de talentos delicados, naturales, y de muertes edificantes; pero con un carácter nuevo que se parecía mucho a las tempestades de nuestra época y que le da al conjunto un valor singular.

JUNIO, 1834.

Se encontrarán algunas cartas de Madama de Duras en una obra publicada por M. de Falloux: *Madama Swetchine, su Vida y sus Obras* (1869). Todas ellas tienen una gran delicadeza y son muy elevadas. Mas alguien dice: ¿pero es que aun siendo cartas, y, sobre todo, cuando éstas van dirigidas a Madama Swetchine, no se habrá dado el caso de que estén retocadas? He presentado hasta aquí sólo el ideal, nada más que el ideal; ahora quiero, sin embargo, indicar algunas discordancias con pocas palabras. El mundo, cuando no es injusto por completo, tiene una manera seca de pensar al decir que el moralista no debe ignorar nada, aun cuando algo no sea de su agrado. Una persona de la misma época que Madama de Duras, Madama de Boigne, que llevó su espíritu de justicia hasta el rigor, decía: "Madama de Duras ha amado a su marido, después a M. de Angosse, después a Chateaubriand. Ella arregla un poco las cosas y explica su desgracia a su manera en las cartas a Madama Swetchine."

No se debe esperar ver aparecer nada más de las obras inéditas de Madama de Duras, algunas de las cuales ella tenía en mucha estima, llegando hasta nombrar su futuro editor en el testamento. La circunspección excesiva de la familia las ha guardado hasta que pasó el tiempo de publicarlas, puesto que también las obras del ingenio tienen su estación para florecer. De la lectura rápida que me han permitido de una de estas obras *(Olivier)*, he copiado algunos pensamientos que he aquí:

"Hay seres de los que nos sentimos separados por una especie de muro de cristal de esos descritos por las hadas; los vemos, les hablamos, pero no podemos tocarles."

"Hay enfermedades del alma como las del cuerpo; las que matan más certeramente son las que se sufren en vida; hay desesperaciones crónicas (si podemos decirlo así) que roen, devoran y destruyen, pero que no las definimos."

"La falta de armonía en los movimientos del corazón irrita como la falta de afinidad en la música, pero hace mucho más daño".

MADAMA DE STAËL

I

Después de las revoluciones que han cambiado las sociedades, tan pronto como los últimos ecos se callaron, nos complacemos en volver la vista atrás y ver cómo en las cimas que se destacan en el horizonte se aislan y se mantienen serenas como divinidades ciertas grandes figuras. Esta personificación del genio de los tiempos en individuos ilustres, aunque separadamente favorecidos por la distancia, no es, sin embargo, una simple ilusión de perspectiva: el alejamiento engrandece y da relieve a estos puntos de vista, pero no los crea. Existen muchos representantes de un movimiento social; pero al alejarnos, el número disminuye, desaparecen los detalles y sólo queda una sola cabeza que todo lo domina. Corina, vista desde lejos, se destaca mejor en el cabo de Misène.

La Revolución francesa, que en ninguna de sus crisis ha sentido la falta de grandes hombres, ha tenido también sus mujeres heroicas o luminosas, cuyo nombre va unido al carácter de cada una de las fases sucesivas. La sociedad pasada al acabar, ha tenido sus vírgenes y sus cautivos, que fueron coronados con vivos destellos en los calabozos y en los patíbulos. La burguesía, al resurgir, ha producido bien pronto sus heroínas y sus víctimas. Más

tarde, cuando la tempestad se había calmado apenas, salieron grupos célebres de mujeres que han festejado la época de vuelta a la vida social, a la opulencia y a los placeres. El Imperio ha tenido igualmente distinciones en este sexo, pero poca influencia. Se encuentra en la Restauración algún nombre de mujer superior que la representa en el mejor aspecto de sus costumbres y en la distinción moderada de sus matices. Pero estas diversas nombradías, que van unidas a cada una de las fases de la Revolución, vienen en cierta manera a encontrar su puesto y a darse cita en una sola celebridad que las comprende y las concilia todas en un conjunto, que participa de lo que tuvieron de brillante y de abnegado, de delicado y de enérgico, de sentimental o de viril, de imponente, de espiritual y de inspirado, haciéndole resaltar más, reuniendo todos estos dones en el gusto que los hizo valer y que los inmortalizó. Nacida de la capa reformadora de su padre, Madama de Staël se agrega, por su educación y su juventud primera, a los salones de la antigua sociedad. Los personajes entre los que creció y que sirvieron a su precoz ingenio, son todos los que componen el círculo más brillante de los últimos años del pasado. Leyendo hacia 1810, en el tiempo de sus más grandes persecuciones, la Correspondencia de Madama de Deffand y de Horacio Walpole, se encontró singularmente sorprendida ante el recuerdo de aquella sociedad en la que había conocido muchos personajes y todas las familias. Si se hizo notable en su primera actitud por algo sentimental y extremadamente animado, que ciertas envidiosas aristócratas criticaban, fué porque estaba destinada a producir alteración y sorpresa en todas partes donde se hallase. Pero, aun continuando en un círculo pacífico, su vida llegaba a ser uno de los más grandes adornos de la sociedad y prolongaría, bajo una forma menos regular y más grandiosa, la galería de los ilustres salones de la antigua sociedad francesa. Madama de Staël reprodujo

en ella las maneras y el encanto del pasado, pero no se contentó con esta herencia, pues lo que más la distingue como a la mayor parte de los genios, y más a ella que a ningún otro, es la heterogeneidad de su inteligencia, la necesidad de renovaciones, su capacidad para los efectos. Al lado de los éxitos tradicionales y ya clásicos de Madama de Deffand y Madama de Beauvau, que ella continuó a su manera, y con originalidad, no siente menos la energía reciente, el genio plebeyo y la virilidad de las almas republicanas. Los heroísmos de Madama Roland y de Carlota Corday la encuentran dispuesta y hallan acomodo en su corazón, y sus delicadezas para con otras nobles afecciones no pierden nada. Verdadera hermana de Andrés Chenier en el instinto de abnegación, tiene un grito de elocuencia para la reina como él lo tuvo para Luis XVI. Habría venido a defenderla delante del tribunal si hubiese habido probabilidades de salvarla. Bien pronto comenzó a sufrir, y en su libro *Influencia de las pasiones* expresa toda la tristeza del estoicismo virtuoso en estos tiempos de opresión en los que no se puede sino morir. Bajo el período dictatorial, sus escritos, su conversación, sin excluir sus precedentes cualidades, adoptan un tono más severo. Defiende la causa de la filosofía, de la perfectibilidad, de la república moderada y libre, como lo habría podido hacer la viuda de Condorcet. Entonces, próximamente, en el prefacio de la *Literatura considerada en sus relaciones con las Instituciones sociales*, expone este pensamiento tan viril: "Algunas vidas de Plutarco, una carta de Bruto a Cicerón, algunas palabras de Catón en la lengua de Addison, las reflexiones que el odio a la tiranía inspiraron a Tácito... revelan al alma que habrían reprochado los acaecimientos contemporáneos". Y esto no le impide en aquel mismo momento complacerse con las amistades de la antigua sociedad, a medida que reaparecían después del destierro. En seguida aprecia y recoge en su corazón a la

mujer de más nombradía y más boga en aquella época[1], la más adornada de bellas cualidades, la más pura, formando en su derredor una especie de guirnalda, en tanto que las *Cartas de Bruto* permanecen aún entreabiertas y que M. de Montmorency le sonríe piadosamente. Así, por turno, o a la vez, el ingenio de los salones del siglo XVIII, el vigor de nuevas esperanzas y de fuertes empresas, la tristeza del patriotismo estoico, la vuelta de las simpáticas amistades y el acceso a las modernas elegancias se mezclan o se suceden en su alma, tan diversa como completa. Más tarde, cuando de vuelta a Francia bajo el Imperio, en los muy cortos años que ha vivido, hela aquí que comprende en el acto la necesidad de las transacciones necesarias, y sus relaciones más frecuentes, en estos últimos años, con personas como Madama de Duras, acaban de señalar en su existencia todas las tintas características de las fases sociales por que pasó desde el salón filosófico e innovador de su madre, hasta la doctrina realista y liberal de la Restauración. El tomarla desde este punto de vista, la existencia de Madama de Staël, es como un imperio, y como el otro conquistador, su contemporáneo y su opresor, se ocupaba en contemplar y en aumentar. Pero no es con un fin material con el que ella se mueve y agita, no es una provincia, no es un reino, y después otro reino lo que su actividad infatigable gana y amontona; es en el orden del espíritu en el que hace sus conquistas sin cesar, es la multitud de ideas elevadas, de sentimientos profundos, de relaciones envidiables, lo que trata de organizar en ella y en su derredor. Si en sus años de apogeo y de potencia, instintivamente y por efecto de la simpatía y de una curiosidad impetuosa, aspiraba, hay que decirlo en elogio suyo, aspiraba a una corte, a un imperio de inteligencia y de afecto, en el que nada que no fuese importante o galante sería admitido, en donde todas las distinciones de talento, de nacimiento, de

[1] Madama Recamier.

patriotismo y de belleza tuviesen su trono bajo sus miradas, como una emperatriz del pensamiento le gustaba encerrar en sus libres dominios todos los atributos. Cuando Bonaparte la sorprendió, éste odiaba a esta rivalidad que ella afectaba sin siquiera darse cuenta.

El carácter que dominaba en Madama de Staël, la unidad de todos los contrastes que en ella convergían, el ingenio rápido y agudo que circulaba entre todos ellos y que sostenía aquella armazón maravillosa, seguramente era la conversación, la frase improvisada, repentina, que saltaba como manantial de la fuente perpetua de su alma. Esto es lo que propiamente hablando constituía para ella la *vida*, palabra mágica que tanto empleó y que, imitándola, es preciso emplear frecuentemente al hablar de ella. En esto están conformes todos sus contemporáneos. Y aun lo están, en que era algo como un orador de Atenas. Cuando admiráis y os asombráis ante alguna de sus páginas llenas de sutilezas y de pasión, hay siempre alguien que os dice: ¿Qué sería, pues, si la hubierais conocido? Los adversarios, los críticos, que se sirven con gusto de una superioridad para combatir a otra en un individuo demasiado completo a sus ojos [1], que toman acta del talento ya demostrado contra el talento que quieren denegar, rinden en este punto un homenaje interesado a Madama de Staël, un homenaje un poco pérfido, igual, a pesar de todo, al que le rinden sus admiradores. Fontanes, en 1800, terminaba los famosos artículos del *Mercurio* con estas palabras: "Cuando escribía se creía conversando. Los que la escuchan no cesan de aplaudir; yo no la oía cuando la critiqué"... Mucho tiempo los escritos de Madama de Staël se resentían de las costumbres de la conversación. Leyéndoles tan corrientes y con tanta viveza, se diría que la estamos oyendo. Solamente negligencias, maneras

[1] "Sed mos est hominum ut nolint eumdem pluribus rebus excellere", ha dicho Cicerón. Y con mucha más razón cuando en lugar de ser *eumdem* es *eamdem*.

de decir en esbozos, rapideces permitidas en la conversación y muy notadas en las lecturas, advierten que el modo de expresión ha cambiado y hacen desear más detenimiento en quienes las escribió. Mas cualquiera que haya sido en Madama de Staël la superioridad de la conversación sobre su estilo escrito, al menos la que se refiere a sus primeras obras, y que suceda en ella lo que en los grandes hombres, oradores, improvisadores, los Mirabeau, los Diderot, un poco parecidos a los Talma, potentes nombradías que tuvieron el cetro de las que quedaron testimonios escritos inferiores a su acción, y a su gloria, Madama de Staël ha dejado bastantes obras duraderas que atestiguan dignamente de ella y que no bastan para hacernos despreciables las explicaciones de extraños y el cortejo de recuerdos. Acaso, y Chateaubriand lo ha observado en sus juicios sobre ella en la época de su muerte, para hacer sus obras más perfectas habría bastado restarle su talento, la conversación. Tal como la vemos realzada, su parte de escritora es lo bastante hermosa. A pesar de los defectos de su forma, añadía Chateaubriand, ella será un nombre más en la lista de los que no deben morir. Sus escritos, en efecto, con la misma imperfección de muchos detalles, con la sucesión precipitada de incisos y con la soltura de movimientos, interpretan mucho mejor a veces su sutil pensamiento, su alma agitada y llena de anhelos. Luego como arte, corto poema, la novela de *Corina* sola es un monumento inmortal. Artista en grado superlativo por *Corina*, Madama de Staël es eminente como moralista, político, crítico, y escritora de memorias. Su vida es una viva y variada emanación del alma a través de sus escritos, lo que nosotros querríamos intentar su evocación para producir en los demás la impresión que en nosotros se formara. Sabemos cuán delicado y difícil es conciliar esta impresión conjetural y poética con la realidad todavía reciente; cuán los contemporáneos se aferran en oponer alguna particularidad a la imagen

que se quiere concebir de la persona que ellos han conocido. Sabemos todo lo que necesariamente hay en la vida diversa, tumultuosa de infracciones de detalle de un deseo general que se recompone a distancia; pero esto es, ante todo, mucho menos una biografía que una idea, un reflejo de pintura moral sobre la crítica literaria, y yo he reprochado, desde luego, en los rasgos generales de este gran talento, el tener en cuenta muchos detalles y recuerdos minuciosos que no era conveniente expresar.

La señorita Germaine Nécker, educada entre la severidad un poco rígida de su madre, y las emulaciones unas veces joviales y otras elocuentes de su padre, debió naturalmente inclinarse del lado de éstas y fué desde muy temprano una criatura prodigiosa. Tenía su lugar en el salón en un taburete pequeño de madera, cerca de la butaca de Madama Nécker, que la obligaba a permanecer derecha; pero que no podía contener las respuestas a los célebres personajes como Grimm, Thomas, Raynal, Gibbón, Marmontel, que se complacían en rodearla y en plantear problemas que nunca la encontraron desprovista. Madama Nécker de Saussure ha pintado maravillosamente esos graciosos principios en la excelente *notice* que ha escrito acerca de su prima. La señorita Nécker leía libros impropios de su poca edad, iba al teatro; cuando volvía hacía el resumen de lo que había visto, y su juego favorito era recortar personajes de papel y hacerles representar la tragedia. Como Goethe, hizo sus marionetas. El instinto dramático, la necesidad de emoción y de expresión se delataban en todos sus actos. A los once años, la señorita Nécker escribía retratos y elogios según la moda de entonces. A los quince escribió *El espíritu de las leyes* con reflexiones, y en 1781 dirigió á su padre una carta anónima que su estilo traicionó. Pero lo que sobre todo predominaba en ella era esa sensibilidad que hacia el final del siglo XVIII, y principalmente por la influencia de Juan Jacobo, reinó en los corazones jóvenes y que ofre-

cía tan singular contraste con el análisis excesivo y las pretensiones de incredulidad del resto de la época. En esta revancha, un poco desordenada, de las potencias instintivas del alma, el ensueño, la melancolía, la piedad, el entusiasmo por el genio, por la naturaleza, por la virtud y por la desgracia, estos sentimientos que la *Nueva Eloísa* había propagado, se apoderaron fuertemente de la señorita de Nécker e imprimieron en toda la primera parte de su vida y en sus escritos un tono ingenuamente exagerado, que aun haciendo sonreír, no deja de tener encanto. Esto se mostró primero en su entusiasmo por su padre, entusiasmo que el tiempo y la muerte no hicieron decrecer y que tiene su fuente en sus primeros años, hasta el punto de que en ciertos momentos parece envidiosa de su madre. Al contar la vida de M. Necker y su larga estancia en París, joven y aún soltero, Madama de Staël ha dicho: "Algunas veces, hablando conmigo en su retiro, recordaba esta parte de su vida enterneciéndome muy hondamente, ese tiempo en el que yo me lo figuraba tan joven, tan digno de ser amado, tan solo. ¡Ese tiempo en el que nuestros destinos habrían podido unirse si la suerte nos hubiese hecho contemporáneos!" Y más lejos, hablando de su madre: "Le faltaba un ser único, le ha encontrado, con él ha pasado su vida... ¡Dios le ha evitado la pena de sobrevivirle!... Ella mereció ser más dichosa". Este culto de Madama de Staël por su padre, es, con más solemnidad y no menos profundo. el sentimiento igual del que Madama de Sévigné tenía por su hija. Es muy agradable encontrar tan ardientes y tan puros afectos en espíritus tan brillantes. En cuanto a Madama de Staël nos damos cuenta mejor de este calor y de lo duradero de su culto filial, al estudiar su mira sucesiva de todas las ilusiones del corazón y del pensamiento; vemos que un solo ser mortal, uno solo entre los de otros tiempos y de los más arraigados amores, quedó en pie en su memoria, sin apagarse, sin borrarse, sin ninguna disminución ni infideli-

dad para con el pasado, y sobre esta cabeza augusta reposaban inmortales y ya celestes todas las llamas, para otras cosas desvanecidas, de su juventud.

En esta edad de exaltación, el ensueño, las fantasías novelescas, el sentimiento y los obstáculos que encuentra, la facilidad para sufrir y para morir, eran después del culto singular de su padre, las más caras ocupaciones de su alma, de esta alma *tan sensible y tan triste y que no se divertía más que con lo que la hacía llorar.* Se complacía en escribir sobre estos temas de su predilección y lo hacía a escondites, como leía los libros que Madama Necker no había escogido. Yo me la figuro en un gabinete de estudio a la vista de su madre sentada, ella de pie, paseándose con los libros en la mano, leyendo al acercarse a su madre el libro impuesto y al alejarse a pasos lentos alguna novela sentimental, acaso alguna novela de Madama de Riccoboni. Ella decía más tarde que el rapto de Clarisse había sido uno de los acaecimientos de su juventud; frase encantadora que resume todo un modo de emociones primeras, ya sea a propósito de *Clarisse* o de cualquiera otra, y que cada imaginación poética puede repetir. El más precoz de los escritos impresos de la señorita Necker, si realmente fuese ella quien lo escribió, sería el volumen titulado *Cartas a Nanine de Simphal,* que M. Beuchot parece atribuir a nuestra escritora, pero que fué negado en su tiempo (1818). Esta novelita, que no ofrece nada que una persona joven exaltada e inocente no haya podido imaginar, y cuyo fondo no difiere apenas de *Sofía,* de *Mirza,* de *Paulina* y otras de sus primeras producciones, demuestra una gran inexperiencia de estilo y un artificio más grande todavía. Yo no he observado como matiz de la época, como color del paisaje familiar, a las heroínas de catorce años, más que estas palabras de Nanine: "Ayer por la mañana conseguí ir a la tumba; he vertido un torrente de lágrimas preciosas que el sentimiento y el dolor suministran a los desgraciados de mi

especie. Una fuerte lluvia me hizo creer que la naturaleza era sensible a mis penas. Cada hoja parecía llorar conmigo, los pájaros parecían aturdidos con mis gemidos, esta idea se apoderó de tal manera de mi alma, que dirigí en alta voz mis oraciones más vehementes al Padre Eterno. No pudiendo permanecer más tiempo en este desierto, volví a esconder aquí mis tristezas, etc."

Sofía o los Sentimientos secretos, escrito a los veinte años, hacia 1786 o casi antes, es un drama en versos cuya escena pasa en un jardín inglés, en el que hay una urna cineraria, rodeada de cipreses y de árboles fúnebres. Cecilia, niña de seis años, avanzando hacia Sofía, que está triste, que una pasión silenciosa devora, le dice:

¿Por qué te alejas ahora de nosotros?
Mi padre está inquieto.

SOFÍA

¿Tu padre?

CECILIA

Teme que seas presa de la melancolía.
Explícame esta palabra.

¿No es así como la señorita Necker pregunta un día bruscamente a la vieja mariscala de Nouchy lo que pensaba acerca del amor? Loca historia con la que tanto se divertía M. Necker y que su hija se complacía en recordar con frecuencia. Había, si no en las primeras obras de Madama de Staël, por lo menos en su persona, una vivacidad aliada a la tristeza, una petulancia espiritual al lado de la melancolía, una facilidad picaresca para ver en el acto sus propias ridiculeces y para hacer justicia, que la salvaban de toda ñoñería y que atestiguaba el vigor sano de su interior.

En la comedia *Sofía* se encuentran estos encantadores versos que con mucho agrado recuerdan todavía algunas personas contemporáneas del autor. Cuando se los oye

por primera vez nos quedamos sorprendidos de no conocerlos, nos preguntamos dónde Madama de Staël pudo decirlos, y no nos arrepentimos de haber buscado esta bonita perla un poco ahogada:

> Mais un jour vous saurez ce qu'éprouve le cœur,
> Quand un vrai sentiment n'en fait pas le bonheur;
> Lorsque sur cette terre on se sent délaissée,
> Qu'on n'est d'aucun objet la première pensée;
> Lorsque l'on peut souffrir, sûre que ses douleurs
> D'aucun mortel jamais ne font couler les pleurs.
> On se désintéresse à la fin de soi-même,
> On cesse de s'aimer, si quelqu'un ne nous aime;
> Et d'insipides jours, l'un sur l'autre entassés,
> Se passent lentement et sont vite effacés.
>
> (Acte II, scène VIII.)

Las tres novelas publicadas en el 95, y escritas diez años antes, *Mirza, Adelaida y Teodoro y Paulina,* tienen de la misma manera, el propio color que *Sofía,* y su prosa fácil las hace más atrayentes. Son siempre, ya que la escena tenga lugar en Africa entre los negros o en los parques ingleses, infortunios que la sensibilidad envuelve en una nube, amantes que la fatal noticia de una infidelidad reduce al estado de sombras; es una tumba que se levanta en el centro de un bosque. Yo creo, al leer estos desvanecimientos, estas muertes tan prematuras, encontrarme con los personajes bastante semejantes del buen abate Prevost o, más bien, que me paseo realmente en los bosques de Saint-Ouen donde la señorita Necker se perdía en ensueños, en los jardines de Ermenonville donde tantas peregrinaciones fueron a inspirarse. Yo sé bajo qué avenidas han errado, de qué frondosidades han salido llorando Madama de Montolieu, Madama de Cottin y Madama Desborde-Valmore. Este no debía ser para Madama de Staël más que un lugar de permanencia pasajero, una estación de su primera juventud. Más tarde... muy pronto... lastimada por el espectáculo de las pasiones públicas, advertida acaso, también, contra la extrema

expansión de su sensibilidad, en su libro *Influencia de las pasiones* intentará combatirlas, las deseará suprimir; pero su acento acusador es todavía apasionado y su voz, que quiere forzar, parece todavía emocionada. Tanto preparativo estoico acaba de pronto en *Delfina,* y luego queda toda su vida, el genio más arrastrado por las pasiones y el más amante de ellas.

Monsieur de Guibert trazó de la señorita Necker, cuando cumplía veintiún años, un espléndido retrato que cita Madama Necker de Saussure. Este trozo está reputado como traducido de un poeta griego, y expresa bien el gusto de la sociedad de entonces, el del *Joven Anacharsis.* Los retratos del duque y de la duquesa de Choiseul han sido dados, como se sabe, por el abate Barthélemy, bajo los nombres de Arsame y de Thedime. He aquí algunos de los trozos del de *Zulmé,* por M. de Guilbert: "Zulmé no tiene más que veinte años y es la sacerdotisa más célebre de Apolo, es de la que prefiere el incienso y cuyos himnos le complacen más... En sus grandes ojos negros chispea el genio, sus cabellos, de color del ébano, caen sobre sus hombros en bucles ondulantes, sus rasgos son más bien pronunciados que delicados, y se adivina en ella algo más que el destino de su sexo"... Yo he tenido ante mi vista un retrato de la señorita Necker muy joven, y es bien tal como está descrita: cabellos que se esparcen y ligeramente rizados, ojos llenos de confianza y bañados de claridad, la frente alta, los labios entreabiertos, habladores y moderadamente gruesos, como signo de inteligencia y bondad; el cuello y los brazos desnudos, un vestido ligero, una cinta que flota al caer de la cintura, el pecho respirando con ansia, tal podía ser la Sofía de *Emilio,* tal el autor de las *Cartas sobre Juan Jacobo* acompañando al admirable guía en el Elíseo, yendo y viniendo sin cesar unas veces a su lado y otras delante.

Las *Cartas sobre Juan Jacobo,* escritas en 1787, son, a decir verdad, la primera obra de Madama de Staël, y desde

entonces, por fechas, van produciéndose, llenas de elocuencia y de fortaleza, sus disposiciones hasta aquí ensayadas vagamente. Grimm en su Correspondencia [1], da un extracto de esta *encantadora obra,* como él la llama, del cual no fué tirada al principio más que una docena de ejemplares; pero que, a pesar de las reservas infinitas de la distribución, no pudo escapar al honor de una edición pública. Antes de hacer el extracto de este libro, el ingenioso concurrente a los salones de Madama Necker adula y pinta "a esta personita rodeada de todas las ilusiones de su edad, de todos los placeres de la ciudad y de la corte, de todos los honores que merecen la gloria de su padre y su propia celebridad, sin contar con un deseo de agradar a todo el mundo que bastaría para suplir a todos los medios que le dispensó la naturaleza y el destino". Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un homenaje al autor admirado y preferido, al que la misma Madama de Staël se asemeja más inmediatamente. Muchos hay que disimulan con cuidado, merman y critican a los padres literarios de que proceden. ¡Qué noble candor es el de debutar celebrando a quien nos ha inspirado, confesando de manos de quién recibimos la antorcha, del que nos viene ese amplio caudal de bellas palabras que Dante agradecía a Virgilio! Madama de Staël tuvo también en la literatura su pasión final. Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un himno; pero un himno lleno de profundos pensamientos, al mismo tiempo que de agudas observaciones; un himno en tono viril y fuerte, en el que podríamos reconocer a Corina después de bajar nuevamente del Capitolio. Todos los futuros escritos de Madama de Staël en los diversos géneros, novelas, moral y política, se encuentran presagiados en esta rápida y armoniosa alabanza de los de Rousseau, como una grande obra musical se adivina entera al escuchar el preludio. El éxito de estas *Cartas* que respondían a un

[1] Grimm, o acaso su secretario y suplente, el amable Meister que manejaba la pluma por él en estos años.

movimiento de simpatía de aquel tiempo, fué universal.

Grimm da igualmente (pero sacado de un manuscrito que le dieron) un extracto de *El elogio de M. de Guibert* (1789), impreso solamente después en la edición de sus obras completas. El entusiasmo de Madama de Staël por la persona objeto de estos elogios, no es menor que el que demostró por Juan Jacobo, aunque parezca que en este era más fundado; pero en su trabajo siembra ideas políticas nuevas y atrevidas, prodiga demasiado la apoteosis y la creencia en el genio. A través de su exageración patética, que ella cree que es moderada, logra hacernos estimar y lamentar a este personaje muy admirable y envidiado en su tiempo, pero que cayó en el olvido después, y que si ahora sobreviene desde entonces, es por virtud de Madama de Staël. M. de Guibert en su discurso de recepción en la Academia, repitió numerosas veces la palabra *Gloria* delatando así involuntariamente, segun ella misma dijo, su augusta pasión. Yo le estoy reconocido a este espíritu noblemente ambicioso, a este hombre de genio fallido, la concepción de las ideas y los medios de reforma, los estados generales, y la milicia ciudadana; pero mi agradecimiento es mayor por haber augurado, acertadamente y de antemano en los trozos de Zulme, las grandezas futuras de Corina. Los éxitos en literatura y en sociedad, le valieron a Madama de Staël, desde entonces, la burla de algunos espíritus envidiosos, que más tarde veremos unirse contra ella en 1800. Champcenetz y Rivarol, que habían escrito el *Pequeño diccionario de los Grandes Hombres* en 1788, hicieron dos años después otro *Pequeño diccionario de los Grandes Hombres de la Revolución*, y lo dedicaron a la *baronesa de Staël, embajadora de Suecia en la Nación*. Esta dedicatoria fue el tono del diapasón, sostenido después por todos los críticos que fueron llegando. Rivarol y Champcenetz poseían, en efecto, el estilo de la ironía que más tarde los Fiévée, los Michaud y otros, probaron contra Madama de Staël.

Pero, desde entonces, según dice Grimm, el objeto de sus sátiras había sabido colocarse a tal altura que no podían alcanzarle con ellas. Los terribles sucesos de la Revolución francesa vinieron a interrumpir esta primera parte de una vida literaria tan brillantemente acogida, y vino a suspender, según creo yo, con provecho del pensamiento, el torbellino mundano que no le dejaba tregua.

A pesar de su creencia absoluta en M. Nécker, a pesar de la adopción completa y la reivindicación definitiva que hizo de las ideas políticas de su padre en el libro *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, es preciso observar que Madama de Staël, joven, entusiasta, se aventura entonces más lejos que él en el mismo camino. Ella no se atuvo a las combinaciones de la Constitución inglesa; y, en muchos puntos, se adelantó a los realistas constitucionales, tales como Narbonne, de Montmorency y el propio La Fayette. En una palabra, si fuese preciso desde entonces asignar una línea de conducta política a un cerebro tan cruzado y tan balanceado por los afectos, sería mucho menos en el grupo de Malouet, Mounier y Nécker, que en el de los realistas constitucionales del 91, con quien solamente se detuvo, en donde podamos figurarnos a Madama de Staël. Además, tenemos entre sus obras un artículo de periódico, sola expresión escrita de sus opiniones en aquella época. En este artículo juzga a Mirabeau muerto en un tono bondadoso que después ha rectificado [1].

Madama de Staël abandonó París, no sin peligro, después del 2 de septiembre. Pasó el año del Terror en la

[1] Curiosos detalles sobre esta época de la vida de Madama de Staël se pueden leer en el *Memorial* del Gobernador Morris (edición francesa, tomo I, páginas 256-322). Morris es un hombre de ingenio, burlón y que escribe cada noche al volver a su casa, y estos detalles favorecen poco el entusiasmo. Madama de Staël no incurre siempre en error a pesar de su forma exaltada. "25 enero, 1791. A las tres voy a comer a casa de Madama de Staël. Esta no ha vuelto de la calle. Allí encuentro al abate Sieyes, que diserta. Madama de Staël dice que los escritos y las opiniones del abate formarán una nueva era en política como Newton en física".

región de Vaud, con su padre y algunos amigos refugiados, M. de Montmorency y M. de Jauocurt. En las terrazas de Coppet a la orilla del lago de Ginebra, su más asidua meditación era comparar el sol deslumbrador y la paz de la naturaleza con los horrores desencadenados por la mano del hombre. Aparte del grito elocuente de piedad que lanzó por la reina, aparte de una epístola en verso a *La Desgracia*, su talento observó un religioso silencio. Se oían de lejos tan regulares y precipitados como el ruido de las ranas en el lago, los golpes regulares de la máquina del patíbulo. El estado de opresión y de angustia de Madama de Staël en que permaneció durante estos meses funestos, no le permitía en los intervalos de su activa abnegación por los demás, más que el desear su propia muerte, aspirar al fin del mundo y al de esta raza humana tan extraviada. 'Me reprocharía —dice— hasta el pensamiento demasiado independiente del dolor". El 9 termidor esta facultad de pensamiento ha sido más enérgica después del anonadamiento, y el uso más inmediato que hizo, fué el escribir sus *Reflexiones sobre la paz exterior e interior* cuya primera parte está dirigida a *M. Pitt* y la segunda a los *franceses*. Hay en ésta, principalmente, una mezcla de profunda conmiseración y de tranquila justicia, un llamamiento al olvido de todas las opiniones fanáticas, a la conciliación, el temor a todas las reacciones inminentes y a todos los *extremos que pudieran nacer los unos de los otros*, estos sentimientos tan generosos como oportunos que marcan la elevación de alma y de miras. Hay una inspiración de la antigüedad en esta mujer que se lanza a hablar a un pueblo de pie sobre los escombros aún humeantes. Hay, además, una gran sagacidad política y una comprensión exacta de la situación verdadera, en los maduros consejos que se escapan de su acento lleno de pasión; testigo de los éxitos audaces del fanatismo, Madama de Staël le reputa la más temible de las fuerzas humanas, estima que es inevitable en la lucha y necesario

para el triunfo de las revoluciones; pero querría entonces circunscribirle al círculo regular que él se ha formado, puesto que este fanatismo adopta la forma republicana que al fin obtuvo; ella invita a todos los espíritus prudentes, a todos los amigos de la libertad honrada a que, cualquiera que sea el punto de su partida, se reúnan en un nuevo recinto; conjura a todos los corazones que sangran a no sublevarse contra hechos consumados: "Me parece que la venganza (aun siendo necesaria para las penas irreparables) no puede encarnar en ninguna forma de gobierno, no puede desear sacudidas políticas que hacen víctimas tanto en los culpables como en los inocentes". No hay revolución más dichosa, según ella, es decir, que dependa más de los esfuerzos y de los sacrificios inteligentes, que aquella en la que el fanatismo se aplica a establecer un gobierno del que no estamos separados más que por una nueva desgracia, la que no deben consentir los espíritus prudentes. Se ve que trata al fanatismo como una fuerza física, como si hablase de la atracción de la Tierra. ¡Buena prueba de un espíritu sereno después de una ruina! Persuadida de que no escuchan sino los partidarios mixtos, Madama de Staël se muestra preocupada sobre todo en este escrito, en convencer a los franceses de su categoría, los antiguos realistas constitucionales, y quiere atraerlos al orden de las cosas establecidas para que ellos influyan y lo atemperen sin intentar derruirlo. "Es muy diferente —les dice— haberse opuesto a una experiencia tan nueva en Francia como la república, cuando había tantas probabilidades de fracaso, tantas desgracias que soportar para obtenerla; a querer, por una presunción de otro género, hacer correr tanta cantidad de sangre como ya se ha vertido, para llegar al solo gobierno que se juzga posible, la mónarquía". Tales conclusiones pudieron parecer demasiado republicanas a muchos de los que iban dirigidas; de la misma manera que debieron parecer demasiado poco a los republicanos por

convicción. En los otros trabajos que publicó en 1803, Madama de Staël, como veremos, se compenetra cada vez más, con esta forma de gobierno y con las condiciones esenciales que pueden sostenerla. La mayor parte de los principios filosóficos que tendían a su desarrollo bajo la Constitución del año III, bien comprendida y mejor respetada, encontraron un eco en ella durante este período bastante mal apreciado de su vida política y literaria. No fué sino más tarde, y sobre todo hacia el final del Imperio, cuando la idea de la Constitución inglesa se apoderó de ella.

En el volumen de trozos sueltos que Madama de Staël publicó en 1795, se encuentran, entre otros, que datan de su primera juventud, un encantador *Ensayo sobre las ficciones,* escrito más recientemente, y una *Epístola a la Desgracia* o *Adela y Eduardo,* pequeño poema compuesto en la época del Terror. Y es notable que en esta situación anómala, en la que todas las facultades de su talento quedaron como suspensas y aniquiladas, sólo una idea de canto, de poema se le haya ocurrido como entretenimiento y consuelo. Pero es que la poesía en verso responde al sufrimiento más hondo, es la queja instintiva, el armonioso suspiro tan deseado. Ese lenguaje de dulzuras soberanas es el que se apresura a expresar nuestras lágrimas cuando los otros se callan. Pero en este poema en verso como en todos los otros del mismo género, tales como *Juana Gray* y *Sofía,* vale más la intención de Madama de Staël que el resultado. Así, en estos versos respondiendo al sentimiento que la dominaba y que ya hemos indicado, exclama:

Souvent les yeux fixés sur ce beau paysage
Dont le lac avec pompe agrandit les tableaux,
Je contemplais ces monts qui formant son rivage,
Peignent leur cime auguste au milieu de ses eaux:

Quoi! disais-je, ce calme où se plaît la nature
Ne peut-il pénétrer dans mon cœur agité?

años; pero ella no quiere intentarlo, ni aun con el razonamiento; mira al porvenir, separa las ideas generosas de los hombres nefastos y desenloda ciertos principios del crimen en donde se ahogaba. Y aun espera. Su juicio sobre la Constitución inglesa es formal; cree que para siempre podríamos pasarnos en Francia sin ficciones, adoptando el restablecimiento de la aristocracia de nuestros vecinos. Esta la concibe, no por el antagonismo y el equilibrio de los poderes, sino por el concurso en una misma dirección, aunque con grados de velocidad diferentes. En todas las ciencias —dice— se empieza por lo más complicado para llegar a lo más sencillo. En mecánica se tenía el sistema de ruedas de Marly antes del uso de las bombas. "Sin querer hacer de una comparación una prueba, acaso —añade—, cuando hace cien años, en Inglaterra, la idea de libertad reapareció en el mundo, la organización combinada del Gobierno inglés era el más alto grado de perfección a que se puede llegar; pero hoy bases más sencillas pueden dar en Francia, después de la Revolución, resultados parecidos en muchas cosas y mejores en otras". Francia debe, pues, persistir, según ella, en esta gran experiencia cuyo desastre pasó y cuya esperanza es venidera. "¡Dejadnos, dice a Europa, dejadnos en Francia, combatir, vencer, sufrir, morir en nuestras afecciones, en nuestras inclinaciones más queridas, renacer, quizá, en seguida, para el asombro y admiración del mundo!... ¿No sois felices de que una nación toda entera se haya colocado a la vanguardia de la especie humana para afrontar todos los prejuicios y para ensayar todos los principios?" María José Chenier hubiera debido acordarse de la multitud de párrafos inspirados por el genio libre de estos años de esperanzas, mejor que prendarse, como hizo *(Cuadro de la Literatura)*, de una palabra dudosa escapada a propósito de Condorcet. Hacia el fin de la introducción, Madama de Staël vuelve a la influencia de pasiones individuales, a esta ciencia de felicidad mo-

ral; es decir, de un *mal menor,* y termina con enternecedora elocuencia. La necesidad de abnegación y expansión, la piedad nacida de penas sentidas, la prevención y la solicitud para aminorar, si es posible, los dolores de todos y de cada uno, ¿cómo diré? la maternidad compasiva del genio por todos los infortunios de hombres, estalla y desborda en palabras cuyo timbre y acento no se podrían clasificar. En parte alguna, tan visiblemente como en esas páginas, Madama de Staël se ha mostrado como lo que es: un genio cordial y bueno. Había en sus escritos, en su conversación, en toda su persona una emoción saludable, mejoradora, que se comunicaba a los que la leían. Al contrario de los genios altivos de hombre o mujer, de los Lara, de los Lelia (hablo de *Lelia* solamente, y no de vosotras, ¡oh, *Genoveva*! ¡oh *Lavinia*!) [1], nada hay en ella de arrogante ni de irónico contra la pobre humanidad. A pesar de su afición por los tipos arrogantes que tienen aparición en sus novelas, creía en la igualdad de la familia humana. Madama Necker de Saussure nos dice que, aun con respecto a las facultades intelectuales estimaba que en el fondo eran muy poca cosa, una no menos pequeña desproporción original que constituye la superioridad de los talentos eminentes, sobre la medianía de los hombres. Pero que tenga o no teoría, su movimiento natural no espera; su voz, que se hace insinuante, hace llamamiento en seguida a todas las buenas potencias, las inflama en nosotros mismos y las vivifica. El efecto de su palabra siempre es sociable, conciliante, yendo hacia el amor de nuestros semejantes. Expresa, en este libro de *La Influencia de las Pasiones,* muchas ideas que están también en las *Consideraciones sobre la Revolución Francesa,* de M. de Maistre, escritas y publicadas precisamente en la misma fecha; pero, ¡qué diferencia de

[1] Me había dedicado desde un principio, en Jorge Sand, a distinguir el lado delicado, apasionado y a desear verle triunfar del elemento fogoso y declamatorio. Con el tiempo, este hermoso genio, sin debilitarse se iba purificando.

tono! El patricio desdeñoso, el ortodoxo paradojal y duro se place mostrando a sus contemporáneos y a sus víctimas, sus *nietos, que bailarán sobre sus tumbas;* este cerebro poderoso juzga fríamente los desastres y con ofensiva rigidez; Madama de Staël, a través de vaporosas ilusiones, penetra a menudo en las cosas tan avanzadamente como Monsieur de Maistre, pero como un genio emocionado y copartícipe. No analizaré el libro, volvamos a leer solamente el capítulo de *El Amor.* Es la historia íntima a medias palpitante, a medias velada, de todo este corazón de treinta años, tal como le conocemos. Oyense en derredor de sí mismo mil ecos de pensamientos que no se olvidarán jamás; una frase entre otras, se me ha quedado grabada y que repito frecuentemente: *"La vida del alma es más activa que la del cuerpo sobre el trono de los Césares".* Si se me ve detenerme tanto en estos más antiguos escritos de Madama de Staël, en el libro de *La Influencia de las Pasiones,* y pronto en el de *La Literatura,* es que a mí mismo se me apareció en dichas obras Madama de Staël por la primera vez; es que yo los he leído, sobre todo *La Influencia,* no a los veinticinco años, como ella piensa, sino más bien en esta edad, donde todo es sencillo, riguroso, en política, en amor, y en plenas resoluciones solemnes; donde, creyéndose el más infortunado de los seres, se sueña ardientemente en el progreso y felicidad del mundo; a esta edad, cada vez más llena de añoranzas, donde el exceso de esperanzas confusas, de turbadoras pasiones se disimula bajo un estoicismo que se cree eterno y donde se renuncia cómodamente a todo porque se está en vísperas de sentirlo todo. Hoy mismo, estas dos obras de Madama de Staël, *La Influencia de las Pasiones* y el libro de *La Literatura,* me parecen las producciones completamente particulares de una época que tuvo su gloria, de la época del Directorio, o, por mejor decir, de la Constitución del año III. No hubieran podido ser escritos de antemano, ni hubieran podido serlo seguidamen-

te cuando el Imperio. Me representan, bajo aspecto juvenil la poesía y la filosofía exaltadas, entusiastas y puras, de este período republicano, lo análogo en literatura, de una marcha de Moreau sobre el Rin o de algún primer combate en Italia. M. de Chateaubriand, y todo el movimiento reaccionario de 1800, no se habían producido aún. Unicamente Madama de Staël propagaba el sentimiento y espiritualismo poéticos, pero en medio de la filosofía y del siglo.

El libro de *La Influencia de las Pasiones* obtuvo una favorable acogida: *El Mercurio*, aún no restaurado, como lo fué en 1800, dió extractos acompañados de críticas benévolas. Madama de Staël volvió a París por el año 95, y su permanencia en esta ciudad se repitió con frecuencia hasta su destierro. No tendemos a ocuparnos en detalles de su conducta política, de la cual ha trazado la línea principal en sus *Consideraciones sobre la Revolución Francesa*, y sería poco seguro querer suplir con particularidades de origen equívoco lo que ella no ha dicho. Pero, en un fragmento muy distinguido y espiritual sobre Benjamín Constant, que la *Revue des deux Mondes* ha publicado [1], encontramos de Madama de Staël y de sus relaciones de entonces una idea inexacta, pero bastante conforme con un prejuicio muy extendido, por cuyo motivo no podemos dispensarnos de rectificar. El salón de Madama de Staël, en París, era considerado como el centro de una pandilla de descontentos, de hombres cansados del antiguo y nuevo régimen, incompatibles con una república pura y hostiles al establecimiento íntegro que vanamente se iba a ensayar. Benjamín Constant aparecía, por el contrario, con el candor del novicio, inclinado hacia los republicanos moderados, hacia los mismos *patriotas* que le hacían ver en el salón de Madama de Staël como almas sanguinarias. Exactos y bien dirigidos, en lo que concierne a los sentimientos políticos de Benjamín Constant, el

[1] 1833, 1 volumen, pág. 185. El artículo es de Loève-Veimars.

ingenioso escritor no tributó la misma justicia a Madama de Staël. Cualquiera que pudiera ser, en efecto, la mezcla inevitable de su salón, como la de todos los salones de esta época abigarrada, las voces manifiestas que ella agrupaba, no eran en otro sentido que la honrosa y razonable tentativa del establecimiento del año III. Sin detenernos en lo que ella expresa sobre sus *Consideraciones*, que podría sospecharse de arreglo a distancia, nosotros no queremos, como prueba, más que sus escritos del 95 a 1800 y los ostensibles resultados de sus actos. En general, hay dos clases de personas a las que no debe consultarse ni creer cuando se trata de las relaciones y papel que desempeñó Madama de Staël durante este período; por una parte los realistas, que continuaron fieles a sus antiguos rencores; éstos la acusan de alianzas monstruosas, casi de jacobina, de adhesión al 18 fructidor[1], ¡qué sé yo! Por otra parte, de los que no se deben recusar los testimonios sobre este caso, son los convencionalistas más o menos ardientes, quienes, favorables también al 18 fructidor y adherentes después al 18 brumario, han terminado por servir al Imperio. Jamás hallaron esta mujer insumisa más que en las filas opuestas. Los amigos políticos más sinceros de Madama de Staël en esta época deben buscarse en el grupo luminoso y moderado donde figuran Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Cabanis, Garat, Daunou, Tracy, Chenier. Ella los estimaba y los solicitaba. Su unión con

[1] Es una idea bastante generalizada que ella fué partidaria del 18 fructidor y ha hecho decir "que echaba a sus amigos al agua para darse el gusto de pescarlos al día siguiente". En Francia, una palabra feliz es a veces la prueba de un hecho. Y puesto que me gustan estas palabras, yo las pondré aquí tal como las encuentro en los periódicos de la época con sus variantes. "Se decía aun que había echado a todos sus amigos al mar para tener el placer de pescarlos con cañas". Una de las víctimas del 18 fructidor, un respetable deportado (¿Barbé-Marbois?), ante el cual más tarde ella rechazaba con horror la sospecha de haber participado en estas violencias, le contestó: "Ya sé, señora, que no os habéis mezclado en los detalles del viaje, pero habéis dado la señal de marcha". Finalmente Mons. de Talleyrand, que había tomado parte en este golpe de Estado como ministro, parece que dijo en una de sus cortas fórmulas peculiares a él: "Madama de Staël ha hecho el 18, pero no el 19".

algunos de ellos era bastante grande. A partir del 18 brumario, un interés más vivo se produjo; la oposición de Benjamín Constant al Tribunal fué un último lazo de unión. Cuando el libro de *La Literatura,* en 1800, y *Delfina,* en 1803, aparecieron, fué sólo entre esta clase de amigos políticos, como veremos luego, donde encontró celosos defensores contra el desencadenamiento y virulencia del partido contrario. Después de esto, démonos prisa en decirlo, no queremos de ninguna manera hacer a Madama de Staël más circunscrita en materia de pensamiento, más circunspecta en materia de relaciones [1], más exclusiva de lo que realmente ha sido. Fué precisamente lo contrario de *exclusiva.* Al mismo tiempo que un joven y varonil varón se declaraba por esta causa republicana, su espíritu, sus gustos, simpatizaban en mil puntos de contacto con sus opiniones y sentimientos de otro origen de una naturaleza más frívola o más delicada, pero profundamente distinta; es para ella punto de honor y un poco de vanagloria haber logrado de este modo aliar a enemigos mutuos. Si Garat, Cabanis, Chenier, Giuguené, Daunou se reunían a comer en su casa con Benjamín Constant, una vez por semana, o más bien, por *década* (se decía todavía así), los otros nueve días estaban destinados a otros amigos, a otras costumbres de sociedad, a matices del sentimiento que no invadían jamás los tonos más severos. Todo esto, y así lo creo, tenía para ella cierto orden, cierta jerarquía; quizá M. de Montmorency, o cualquier otro de la misma altura no se hubieran encontrado ni por ca-

[1] Un poeta y moralista inglés que alternativamente amable o austero se ha mostrado alguna vez severo para Francia hasta la injusticia, William Cowper, no siempre se ha equivocado cuando definió en cierto escrito a los franceses (en ocasión de la guerra de América): "Este pueblo tiene el humor inquieto e *ingerente (meddling),* que se mezcla en todo — olvidando otras muchas más. Madama de Staël no podía por menos de hacer lo que los demás de esa nación. Así ocurría frecuentemente sorprender a ingleses, holandeses, hombres distinguidos de razas reservadas y prudentes, con sus ansias de expansión y de progreso, cuando la encontraban en sociedad por vez primera". (Véase la página 88 del libro titulado *Notas y recuerdos biográficos del conde de Van Der Duyn,* etc., recogidas y publicadas por el barón de Grovestins, 1852.)

sualidad en su casa el día en que los escritores de la *Década filosófica* comían reunidos. Giuguené se fijaba en esto, acordándose, y no se mostraba muy satisfecho de esas separaciones por turno un poco sospechosas, a pesar suyo, de aristocracia. Sus compañeros le inducían fácilmente a más tolerancia; la amabilidad elevada y el encanto serio de Madama de Staël, lo equilibraban todo.

El libro de la Literatura, considerada en sus relaciones con las instituciones sociales, apareció en 1800, un año próximamente antes que esta otra publicación rival y gloriosa que se presagiaba ya bajo el título de *Bellezas morales y poéticas de la religión cristiana.* Aunque el libro de *La Literatura* no haya tenido desde entonces la repercusión y la influencia directa que se hubiera podido esperar, fué, en el momento de su aparición, un gran acontecimiento para los muchos espíritus, y se libró en torno suyo un violento combate. Procuraremos reconstruir la escena, los accidentes principales, y reanimar algunos actores, del fondo de esos vastos cementerios llamados periódicos, donde yacen casi sin nombre.

Se ha hecho notar con frecuencia el desacuerdo patente entre los principios políticos avanzados de ciertos hombres y sus principios literarios rebeldemente retrógrados. Los liberales y republicanos se han mostrado siempre religiosamente clásicos en teoría literaria, y es del otro lado que ha venido principalmente la innovación poética, la audacia brillante y coronada. El libro de *La Literatura* estaba destinado a prevenir este desacuerdo enojoso, y el espíritu que lo ha inspirado habría ciertamente producido su fruto, si las instituciones de la libertad política necesarias a un desenvolvimiento natural, no hubiesen sido bruscamente cortadas, con todos los pensamientos morales y literarios que tendían a resurgir. En una palabra, las generaciones jóvenes, si hubiesen tenido tiempo de crecer bajo un régimen honradamente directorial o moderadamente consular, hubieran podido desenvolver en

ellas esta inspiración renovada, poética, sentimental y, por consiguiente, de acuerdo con los resultados de la filosofía y luces modernas, mientras que no ha habido movimiento literario si no con ayuda de una reacción católica, monárquica y caballeresca que ha escindido nobles facultades en los modernos pensamientos: el divorcio no ha cesado todavía.

La idea que Madama de Staël no pierde jamás de vista en este escrito, es la del propio genio moderno cada vez que marcha, que vence, que espera; es el perfeccionamiento indefinido de la especie humana. Esta idea nació de Bacon, cuando decía: *Antiquitas sæculi, juventututs mundi;* que M. Leroux *(Revista Enciclopédica,* marzo, 1833) demostró explícita en el seno del siglo XVIII, en más de un párrafo de Fontenelle y de Perrault, y que el XVIII ha propagado en todos sentidos hasta Turgot, que pronunció discursos latinos en la Sorbona, hasta Condorcet, que se inflamaba por ella en vísperas del veneno, esta idea anima enérgicamente y dirige a Madama de Staël: "No pienso ni por un momento, dice, que esta gran obra de la naturaleza moral haya sido abandonada jamás; en los períodos luminosos, como en los siglos de las tinieblas, la marcha gradual del espíritu humano no ha sido interrumpida". Y añade luego: "Estudiando la historia, me parece que se adquiere la convicción de que todos los sucesos principales tienden al mismo fin: la civilización universal"... — "Adopto con todas mis facultades esta creencia filosófica, pues una de sus principales ventajas es inspirar un gran sentimiento de elevación". Madama de Staël no sujeta a la ley de perfectibilidad las bellas artes, que pertenecen más particularmente a la imaginación; pero cree en el progreso, sobre todo en las ciencias, la filosofía, la historia misma y también desde cierto punto de vista la poesía, que de todas las artes, siendo la que está más unida al pensamiento, admite entre los modernos un acento más profundo de ensueño, de tristeza, y un análisis de pasio-

nes desconocido a los antiguos. De este lado se declara su predilección por Ossian, por Werther, por Heloísa de Pope, la Julia de Rousseau y Amedaida en *Tancredo*. Los numerosos expertos en literatura griega muy contestables por la ligereza de los detalles, coinciden en un punto de vista general que queda verdadero a través de los errores o insuficiencias. El carácter imponente, positivo, elocuentemente filosófico de la literatura latina está con firmeza trazado. Se siente que para escribir se ha dirigido antes a Salustio o Cicerón, y que se ha unido a conformidades existentes o posibles con la época contemporánea, con el genio heroico de Francia. La influencia del cristianismo sobre la sociedad, cuando la mezcla de los recién venidos bárbaros y los romanos degenerados, no es del todo desconocida; pero esta apreciación y este homenaje no salen de los términos filosóficos. Una idea nueva y fecunda, muy puesta en práctica en estos últimos tiempos, desarrollada por el sansimonismo y otros, pertenece de propiedad a Madama de Staël, y es que por la Revolución francesa hubo una verdadera invasión de bárbaros, pero *al anterior* de la sociedad, y que se trata de civilizar y de fundir la resultante, un poco embrollada todavía, con una ley de libertad y de igualdad. Se puede cómodamente hoy completar el pensamiento de Madama de Staël: fué la burguesía sola la que hizo la invasión en 1789; el pueblo bajo, que había abierto boquete en 1839, ha sido repelido después diferentes veces, y la burguesía se acantonó vigorosamente. Hoy día, está detenida la invasión, como bajo el emperador Probus u otro parecido. Nuevas invasiones amenazan, por consiguiente, y sólo se trata de saber si esas se podrían dirigir y amortiguar amigablemente, o si no podrá evitarse la vía de la violencia. En todo caso, será preciso que la mezcla resultante llegue a fundirse, a organizarse. Luego es el cristianismo que ha obrado sobre esa masa combinada de bárbaros y romanos; ¿dónde está el Cristianismo nuevo que nos pres-

tará hoy el mismo servicio moral? "¡Felices, grita Madama de Staël, si encontramos, como en la época de la invasión de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo virtuoso, una legislación fuerte y justa, que sean, como la religión cristiana lo ha sido, la opinión en la cual vencedores y vencidos pudieran reunirse!" Más tarde, avanzando en edad, creyendo menos en las invenciones nuevas y en la omnipotencia humana, Madama de Staël no hubiera colocado fuera del antiguo y único cristianismo el medio de regeneración moral por el que hacía votos. Pero la manera como el cristianismo se pondrá a hacer presa sobre la sociedad del porvenir, está velada aún, y para los espíritus meditabundos más religiosos, la inquietud del gran problema no ha disminuído.

Desde que apareció el libro de *La Literatura,* la *Década filosófica* publicó tres artículos o extractos sin firma ni iniciales; análisis muy exacto y muy detallado con anotaciones críticas y algunas discusiones donde el elogio y la exactitud se miden muy bien. Se hace observar que Ossian es más que un tipo incompleto de la poesía del Norte y que el honor de representarla pertenece de derecho a Shakespeare. Se lee, a propósito de los poemas de Homero, esta frase que delata a un literato al corriente de los diversos sistemas: "Madama de Staël admite, sin ninguna duda ni discusión, que estos poemas son la obra del mismo hombre y anteriores a todo otro poema griego. Estos hechos han sido a menudo comprobados, y una de las consideraciones que prueban que pueden serlo todavía es la imposibilidad en que se está de conciliarlos con muchos de los hechos más verificados en la Historia de los conocimientos humanos". La crítica reprocha al libro demasiada falta de plan y de método: "Otro género de faltas, añade, es la demasiada sutileza en ciertas combinaciones de ideas. Se encuentran alguna vez en hechos generales bien palpables y comprobados, causas demasiado ingeniosamente buscadas para ser absolutamente verdaderas, de-

masiado particulares para comprender a los resultados conocidos". Pero alaba altamente la fuerza, la originalidad: "Y estas dos cualidades, dice, gustan tanto más cuanto que se siente que son el resultado de una sensibilidad delicada y profunda, que gusta de buscar en los objetos su lado análogo a las miras más levantadas del espíritu y a los más nobles sentimientos del alma" [1].

La Clef du Cabinet des Souverains, periódico algo mixto, publicado por Panchoucke, dió sobre la obra de Madama de Staël, *Observaciones* debidas al médico literato Roussel, autor del libro *De la Mujer;* pero, sobre todo, un juicio de Daumont o, por lo menos, un análisis bondadoso, ingeniosamente exacto, con juicios insinuados más que expresados, según el estilo discreto de este sabio escritor cuya autoridad tenía tanto peso, y que lleva el sello de perfección todo cuanto escribe [2]. El *Diario de los Debates* (del II *messidor,* año VIII) acogió, truncándolo sin embargo, un artículo amistoso de M. Hochet; pero tres días después, como vuelto de su sorpresa, publicó bajo el título de *Variedades* un artículo sin firma donde no era nombrada Madama de Staël, pero cuyo sistema de perfectibilidad y las desastrosas consecuencias que se le suponen eran vivamente y hasta violentamente combatidas. "El genio que preside actualmente el destino de Francia,

[1] Hemos debido indagar quién podía ser el autor anónimo de estos tres notables *extractos* sin iniciales; no son probablemente de Giuguené, que habló más tarde de Delfina, en la *Década,* pero cuyo estilo es diferente. Nos parece, por otra parte, que si Benjamín Constant hubiese querido escribir entonces sobre el libro *La Literatura,* no hubiera obrado de otra manera. Pero la sola persona sobreviviente de la *Década,* que tuvo a bien iluminarnos sobre esta particularidad de redacción, el respetable M. Amaury Duval, nos ha afirmado que los extractos no eran de Benjamín Constant, y se inclina a creer que fueron remitidos al periódico por M. Marigniez, médico de Montpellier y literato en París, autor de una tragedia de *Zoraí* de la que se hace mención en Grimm; hombre que tenía más mérito real que reputación póstuma. Después he reconocido que estos artículos eran de M. Fauriel, muy ligado en cierto momento con Madama de Staël (véase mis *Retratos contemporáneos,* artículo Faurie)

[2] La carta que Madama de Staël escribió para darle las gracias puede leerse en la página 94 de *Documentos biográficos sobre Daunou,* por M. Taillandier.

se ha dicho ya, es un genio de bondad. La experiencia de los siglos y la de la Revolución están ante sus ojos. No se extravía en vanas teorías y no ambiciona la gloria de los sistemas. Sabe que los hombres han sido siempre los mismos, que nada puede cambiar su naturaleza; y en el pasado es donde va a extraer las lecciones para arreglar el presente... No está dispuesto a sumirnos en nuevas desgracias a causa de nuevos ensayos, persiguiendo la quimera de una perfección que intentan ahora oponer al estado actual y que podría favorecer mucho los proyectos de los facciosos, etc." Pero los más célebres artículos de actualidad sobre Madama de Staël fueron los dos *extractos* de Fontanes en *El Mercurio de Francia.*

La reacción monárquica, religiosa y literaria de 1800 se dibujaba en efecto sobre todos los puntos, y se desplegaba en todas las líneas. Bonaparte favorecía este movimiento porque debía aprovecharse de él, y los hombres del mismo ayudaban todos a Bonaparte, que no les era absolutamente contrario: *El Diario de los Debates* restauraba solemnemente la crítica literaria, y declaraba en un artículo de Geoffroy (30 *prairial,* año VIII) que "la extinción de los partidos, la tranquilidad pública, establecida sobre bases sólidas, y un Gobierno fuerte, bueno y moderado habían por fin dado al pueblo francés el solaz de reconocerse y recoger sus ideas". Dussault, Feletz, Delalot, Fiévée, Saint-Victor, el abate de Boulogne escribían con frecuencia en este periódico. *El Mercurio de Francia* había sido restablecido, o por lo menos regenerado, y fué en el primer número de su renovación cuando apareció el primer artículo de Fontanes contra Madama de Staël. Con Fontanes iban a escribir Laharpe, el abate de Vauxcelles, Gueneau de Mussy, M. de Bonald, M. de Chateaubriand, muchos de los escritores de los *Debates.* Cada número del *Mercurio* era anunciado con pompa por un auxiliar cotidiano que daba largos extractos de él. Se había vuelto a

abrir el Liceo en la calle de Valois, y Laharpe predicaba [1] contra el siglo XVIII y contra la Revolución sus brillantes y sinceras palinodias que los *Debates* del día siguiente y el *Mercurio* de la semana reproducían o comentaban. "El caos formado por diez años de turbas y confusiones se desenreda todos los días", escribían en los *Debates,* y como para remedio a los desórdenes del gusto, los más prolongados de todos y los más rebeldes, se proponía el restablecimiento de la antigua Academia Francesa. M. Michaud, de regreso del destierro a que le había arrojado el 18 fructidor, publicaba sus cartas a Delille *sobre la Piedad* preparando un poema, *Primavera de un Proscrito,* en el cual salía al encuentro de la repatriación. A propósito de la reimpresión, hecha en Londres, del *Poema de los jardines,* comprometían al Virgilio francés a romper un destierro en adelante voluntario, a volver a ver lo más pronto esta Francia digna de él; se le citaba el ejemplo de Voltaire, que refugiado en su tiempo en Londres no había prolongado por su gusto una penosa ausencia. La aparición de *El Genio del Cristianismo,* presentido un año antes, iba a añadir un brillo incomparable a una restauración ya tan esplendorosa, y a rodearla de la sola gloria, después de todo, que alumbra para nosotros, desde la lejanía, lo que de otro modo se hubiera olvidado.

Madama de Staël, que salía de la Revolución, que se inspiraba en la filosofía, que maltrataba el reinado de Luis XIV y soñaba un ideal de establecimiento republicano, debía ser considerada entonces por todos los hombres de este campo como enemiga y adversaria. Desde las primeras líneas Fontanes hizo prueba de una crítica meticulosa, poco benigna. Ensalza el primer escrito de Madama de Staël, consagrado a la gloria de Rousseau:

[1] Un escrúpulo me asalta. No fué en el Liceo mismo, que continuaba fiel al espíritu de la Revolución, donde Laharpe profesaba sus palinodias antifilosóficas, por lo menos las últimas. He oído hablar a los contemporáneos de un local en la calle de Provence, cerca de la calle de Mont-Blanc.

"Desde entonces, los ensayos de Madama de Staël no parecen haber vencido el mismo número de sufragios". Y ataca, desde luego, el sistema de perfectibilidad; muestra a Madama de Staël exaltándose por la perfección sucesiva y continua del espíritu humano en medio de las quejas que ella expone sobre las penas del corazón y sobre la corrupción de los tiempos, bastante parecida en esto a los filósofos de que habla Voltaire.

Qui criaient *Tout est bien*, d'une voix lamentable.

Saca gran partido de esta contradicción, que no es más que aparente. Los partidarios de la perfectibilidad, se concibe, en efecto, vituperan todo lo presente, o, por lo menos, lo atropellan; los incrédulos de la perfectibilidad son menos irascibles hacia las cosas existentes y las aceptan de mejor grado, procurando acomodarse al detalle. Fontanes, persiguiendo esta picante contradicción, adelantaba que todas las veces que el sueño de la perfectibilidad filosófica se apodera de los espíritus, los imperios están amenazados de los más terribles azotes: "El doctor Varrón contaba en su tiempo doscientas ochenta y ocho opiniones sobre el soberano bien... del tiempo de Marius y de Sylla; es una indemnización que se da al espíritu humano". Según Fontanes, que cita a propósito de esto una frase de Condorcet, es a Voltaire a quien se debe esta *consoladora idea* de perfectibilidad. La crítica parte de ahí para aminorar ingeniosamente la cuestión y para reducirla poco a poco a las dimensiones de este verso del *Mundano:*

Oh! le bon temps, que ce siècle de fer!

Es, a su pesar, el mejor resumen y el más elegante que se haya podido hacer de todo lo que ha sido despachado sobre este asunto. El espíritu varonil y serio de Madama de Staël no podía resistir, sobre todo, esta manera burlona, mezquina, jocosa, de tratarlo todo de un verso del

Mundano. Hirviendo de impaciencia escribía familiarmente: "¡Oh!, si yo pudiera hacerme hombre, por pequeño que fuera, cómo arreglaría de una vez a todos esos antifilósofos." El primer artículo del *Mercurio* terminaba en esta *posdata* memorable: "Cuando este artículo iba a imprimirse, la casualidad puso en nuestras manos una obra que no está aún publicada y que tiene por título *Bellezas morales y poéticas de la Religión cristiana*. Se harán conocer algunos fragmentos, donde el autor ha tratado de una manera nueva los mismos asuntos que Madama de Staël". Así se planteaba de golpe la especie de rivalidad entre Madama de Staël y M. de Chateaubriand, que estuvieron desde un principio divididos, sobre todo por sus amigos. Fontanes, promotor y sostén de M. de Chateaubriand atacaba al autor de la *Literatura;* en la *Década,* Giuguené, que debía alabar *Delfina,* atacaba a *El Genio del Cristianismo* y no temía declarar que esta obra, tan desmesuradamente ensalzada con anticipación, se había *eclipsado* al nacer. Pero ya llegaremos a esto sobre notas de esos dos contemporáneos ilustres.

En su segundo artículo, Fontanes venga a los griegos contra la invasión del *género melancólico y sombrío, género peculiar al espíritu del cristianismo y que no obstante, es muy favorable a los progresos de la filosofía moderna.* Según parece Madama de Staël escribió en su primera edición esta frase que después fué modificada: "Anacreonte está *atrasado* de varios siglos en la filosofía que formó su *escuela*". "¡Ah! —exclama Fontanes— ¿qué mujer digna de inspirar sus canciones habla así del pintor del amor y del placer?" En cuanto al *dolor soñador en la soledad* que Madama de Staël reprocha a los griegos, Fontanes pregunta en dónde está mejor descrito que en el protagonista de *Filoctea.* ¿Había ya olvidado la lectura confidencial de *René*?[1] Por lo demás estos artículos están

[1] El más respetable descendiente de los soñadores solitarios es seguramente Bellerofonte. Homero es el primero que ha hablado. Ausonio, el último de los antiguos, ha dicho:

llenos de detalles precisos y atinados. Cuando defiende a Homero contra Ossian, le cuesta trabajo el triunfo, y en esta querella del Norte contra el Sur, se acuerda de que las poesías más melancólicas fueron compuestas hacía más de tres mil años por Job. Se detiene, aplazando, según dice, un amplio examen para cuando las cuestiones más inocentes no sean tratadas como negocios de Estado. Mas, me parece que era Madama de Staël quien debería quejarse de que se tradujesen sus doctrinas filosóficas en opiniones facciosas. Los artículos de Fontanes tuvieron una gran resonancia y excitaron las pasiones más opuestas. Madama Josefina Bonaparte se lo reprochó en ocasión de encontrarle en Morfontaine, pero Bonaparte tomó nota del hábil escritor desde entonces para sus futuras empresas.

¿Es preciso, después de los artículos de Fontanes, citar trozos de Geoffroy que no hacen sino presentar las mismas ideas, con menos urbanidad maliciosa y con menos gracia mundana?

Al publicar la segunda edición del libro de *La Literatura,* que apareció seis meses después de la primera, Madama de Staël intentó refutar lo dicho por Fontanes, y sacar la cuestión del embrolle de detalles en donde se hallaba envuelta. No se vengó personalmente del crítico más que citando con elogio el poema *Día de difuntos en la campiña;* pero protestando contra el falso *buen gusto* que consiste en un estilo vulgar que cubre ideas n ás vulgares aún: "Tal sistema —dice— arriesga menos ante la crítica. Estas frases conocidas desde hace mucho tiempo, son como los asiduos concurrentes a una casa: se les deja pasar sin preguntarles adónde van. Mas no existe ningún escritor elocuente o de grande pensamiento, cuyo estilo no

---

. . . . . .Ceu dicitur olim
Mentis inops, cœtus hominum et vestigia viants,
Avia perlustrasse vagus loca Bellerophontes.

Bellerofonte, con más derecho que Filoctea, es el *René* y el *Oberman* de la fábula griega.

contenga frases que extrañen a los que las hacen por vez primera o a los que ni las ideas ni el corazón les llevaron tan lejos". Como se ve, Madama de Staël no se contentaba con tan poco como Boileau cuando escribía a Brossette: "Bayle es un gran genio. Es un hombre de buena cepa. Su estilo es fuerte, claro y muy neto; se entiende todo lo que dice". Ella pensaba, con razón, que hay una cepa mejor, un estilo más exquisito. Su segunda edición dió lugar a un artículo en los *Debates* como respuesta al precedente trozo del nuevo prefacio: "Todos los buenos literatos convienen en que la forma de nuestro lenguaje ha sido definida y determinada por los grandes escritores del último siglo y del otro. Es preciso distinguir en un idioma lo que pertenece al buen gusto y a la imaginación y lo que es de su competencia. Nada impide hoy inventar nuevas palabras, cuando son completamente necesarias; pero no debemos inventar nuevas figuras bajo pena de desnaturalizar nuestra lengua o de herir su genio". Hubo a estas extrañas aserciones, una respuesta directa de la *Década* que me parece se debe a Giuguené. El crítico filósofo se muestra inducido a la innovación en literatura para refutar al crítico de los *Debates, cuyo espíritu no quiere perfeccionarse.* Si hubiesen existido periodistas en los tiempos de Corneille que hubiesen tenido tal lenguaje, y si Corneille y sus sucesores hubiesen sido bastante tontos para creerles, nuestra literatura no habría adelantado nada de la de Malherbe, Regnier, de Voiture y de Brebeuf. Este hombre quiere continuar el *Año literario* de Fréron, y bien digno es de ello. Se ve que es a Geoffroy, acaso por error, a quien Giuguené le achaca el artículo de los *Debates.* Y, naturalmente, llega a citar una interesante nota de Lemercier añadida al poema de *Homero* que acababa de aparecer. "Los pedantes —decía Lemercier, entonces innovador— epilogan las palabras y no se dan cuenta de las cosas. Cuesta mucho trabajo escribir lo que ellos llaman *negligencia del estilo.* Subligny encuentra

cuatrocientas faltas en la *Andrómaca* de Racine. Estas faltas inmortalizaron los versos en que existían. Otros críticos acusaban a Boileau de no escribir en francés. El genio hace su idioma... ¿Quién ignora que por Ennius y Lucrecia atacaron a Horacio y a Virgilio? Su latín era desconocido la víspera de aparecer sus obras. Se podrá decir, como es costumbre, que esto abre las puertas al mal gusto; pero, para eso, sería preciso que realmente antes estuviesen cerradas". Estas citas ¿no hacen entrever que los hombres del movimiento político y republicano habrían llegado a ser a poco los órganos del movimiento literario, si el desarrollo espontáneo que nacía en ellos no se hubiese estrellado como todas sus esperanzas contra las sacudidas despóticas que se sucedieron?

En la *Biblioteca universal e histórica*, de Le Clerc, editada en 1687 a propósito de *Remarques* de Vaugelas, se encuentra (pues estas querellas del día son de todos los tiempos) una protesta juiciosa y documentada de un anónimo contra los reglamentos rigurosos impuestos a la frase, contra estas restricciones de la metáfora que habían adoptado el carácter de ley. Los espíritus libres en literatura leerán con agradable sorpresa este trozo, de la misma manera que se tiene gran placer en encontrar alguna idea del 89 en Fenelón.

Tengo el placer en este momento, y lo confieso de contestar con frases que no son mías a lo que yo creo poco abierto y poco amplio en las teorías literarias aceptadas por nuestros atrevidos políticos, y que son ya manías, en algunos jóvenes críticos testarudos. Los defensores de un gusto exclusivo y de una lengua siempre igual, representan en literatura el papel de *marmolillos* que cierran el camino. Y es el caso que defienden una causa que cada día tiene menos fuerza. Después de un ataque al muro por un talento que logra abrir una brecha, ellos quieren cerrar y levantan otra pared que luego otros talentos derribarán. Hace treinta años negaban a Madama de Staël

y a Chateaubriand, y hace quince a Lamartine, y hoy se apoderan de ellos como arma contra los escritores que llegan. Ese es un papel que puede tener una utilidad y un mérito, puesto que todo talento tiene necesidad a su tiempo de pasar por pruebas y sufrir la cuarentena; pero es preciso, convengamos, en ello, para este papel de partido de la cuarentena literaria, menos imaginación y pensamientos más restringidos que para representar el papel contrario.

El más notable artículo a que dió lugar el libro *La Literatura,* es una larga carta de Chateaubriand inserta en el *Mercurio de Francia.* La carta está dirigida al ciudadano Fontanes y firmada por el autor del *Genio del Cristianismo,* aunque este libro tan anunciado no había aparecido todavía. El joven autor, con la mayor finura, y haciendo constantes homenajes al talento de quien combate, arremete contra el sistema y los principios profesados por ella. "Madama de Staël da a la filosofía lo que yo atribuyo a la religión. No ignoráis que mi locura es ver a Jesucristo en todas partes, como Madama de Staël quiere ver la perfectibilidad. Siento que Madama de Staël no haya desarrollado religiosamente el sistema de las pasiones; la perfectibilidad no es, según yo, el instrumento de que es preciso servirse para medir las heridas". Y más allá: "Algunas veces Madama de Staël parece cristiana; pero un instante después la filosofía triunfa. Otras veces, inspirada por su sensibilidad natural, deja escapar su alma; pero, de repente, la argumentación se despierta y viene a contrariar los impulsos del corazón... Este libro es una mezcla singular de verdades y de errores. "Los elogios concedidos al talento están sazonados con malicia galante y mundana. "En amor, Madama de Staël ha comentado a *Fedra.* Sus observaciones son exactas y se ve por la lección del escolástico, que ha entendido perfectamente su texto". La carta termina con un doble apóstrofe elocuente. "He aquí lo que yo me atrevería a decirle: Vos

sois sin duda una mujer superior. Vuestra cabeza es fuerte y vuestra imaginación a veces encantadora, y buena prueba es lo que decís de Herminia disfrazada de guerrero. Vuestras expresiones tienen frecuentemente brillo y altura... Mas, a pesar de estas ventajas, la obra está muy lejos de lo que podría haber sido. El estilo es monótono, sin soltura, y muy mezclado con expresiones metafísicas. El sofisma de las ideas nos repele, la erudición no satisface, y el corazón está muy sacrificado al pensamiento... Vuestro talento no está desarrollado más que a medias porque la filosofía lo ahoga. He aquí cómo hablaría yo a Madama de Staël acerca de la gloria. Añadiría... Parece que no sois dichosa: os quejáis con frecuencia en el libro de que los corazones no os escuchan. Y es que hay ciertas almas que buscan en vano las otras almas que nacieron para unirse a ellas. Pero, ¿cómo la filosofía podrá llenar este vacío en nuestros días? ¿Se llena el desierto con el desierto mismo?, etc., etc."

Madama de Staël, accesible y agradecida a todas las admiraciones, deseó conocer al autor de la carta del *Mercurio*, y así, este primer acto de polémica fué el origen de las relaciones que unieron a los dos genios cuyos nombres y cuya gloria estamos habituados a ver juntos. Esta unión no fué, sin embargo, completa, pues sus campos estuvieron siempre deslindados y permanecieron distintos. Los amigos de ambos, con menos precaución, intentaron varias veces que desaparecieran estas diferencias. Ridiculizando *Delfina* en el mismo tono intencionado que el empleado por Chenier contra *Atala*, Michaud escribía: "Vos habéis querido hacer la contrapartida de *El Genio del Cristianismo* dándonos las *Bellezas poéticas y morales de la filosofía*. El pobre Chateaubriand está derrotado y supongo que se dará por muerto". Adorador del genio griego, de las bellezas de Homero y de Sófocles, cantor de Cymodea, de Eudora y de las pompas luminosas del catolicismo, Chateaubriand, artista perfecto, no se dejaba enamorar fá-

cilmente por los personajes, a veces un poco borrosos de color de Madama de Staël. No pasaban inadvertidas para él las preponderancias del pensamiento y de la intención sobre la forma, ni la multitud de ideas ingeniosas, atropelladoras y entrecruzadas que se encontraban en sus escritos como en su conversación. Así, pues, admiraba a Madama de Staël mucho menos que ella le admiraba. De otra parte, sea el azar o el olvido involuntario, acaso también porque fuese embarazoso para ella el hablar, lo cierto es que muy pocas veces Madama de Staël nombra a Chateaubriand en sus obras. Cuando, por las noches, en Coppet, se leían para compararlas *Pablo y Virginia* y el episodio de *Vellada*, Madama de Staël, colocaba con arrebato la fogosa y potente belleza de la sacerdotisa muy por encima de las dulzuras de poco bucólicas, según ella, del otro libro. El célebre artículo que hizo suprimir el *Mercurio* en 1807, le arrancaba también gritos de admiración [1], aunque en sus obras no se encuentran testimonios de ellos. En el prefacio de *Delfina* se habla de *El Genio del Cristianismo* como de una obra *en que los mismos adversarios deben admirar su imaginación original, exuberante y extraordinaria.* Chateaubriand, en un artículo del *Mercurio* sobre M. Bonald, en diciembre de 1802, devolvió en algunas líneas este elogio a Madama de Staël; pero a pesar de estos homenajes recíprocos, permanecieron siempre adversarios [2]. ¿No nos figuramos que estos dos bellos nombres, como dos cimas opuestas; estas dos alturas, un momento amenazadoras bajo las cuales se atacaban y combatían grupos enemigos; no nos parece al alejarnos, desde nuestro punto de vista de posteridad, que se acercan, que casi se unen y se convierten en la doble columna triunfal del comienzo del

[1] Los *Recuerdos* de M. Meneval (tomo I, pág. 29) nos la muestran siendo la lectora obligada de *Atala* y de *René* en la Sociedad de José Bonaparte en Morfontaine (1801-1802).

[2] Chateaubriand está nombrado con elogio, pero muy concretamente, en dos pasajes del libro *La Alemania,* II parte, cap. I, y IV parte, cap. IV.

siglo? Nosotros todos, generaciones que llegaron después de los *Mártires* y de *Corina,* estamos ante estas dos glorias inseparables, bajo el sentimiento filial del cual M. Lamartine se ha hecho el generoso intérprete en sus *Destinées de la Poesie.*

Si hay en el fondo y en los procedimientos de artista grandes diferencias entre M. Chateaubriand y Madama de Staël, nos quedamos sorprendidos luego por las semejanzas tan esenciales que vemos en ambos. Los dos aman la libertad, enemigos de la misma tiranía, capaces de sentir la grandeza de los deseos populares, pero sin abjurar de los recuerdos ni de las inclinaciones de la aristocracia, y los dos trabajan por la vuelta del espíritu religioso, aunque por distintos caminos. Cuando la Restauración se encontraron. Madama de Duras fué una especie de lazo [1], y a M. de Chateaubriand le dijo en su última enfermedad Madama de Staël, estas bellas palabras: "Siempre he sido la misma, vivaz y triste. He amado a Dios, a mi padre y a la libertad". Sin embargo, la política trazó la línea de separación entre ellos entonces, como antes fuera la filosofía. En sus *Consideraciones sobre la Revolución Francesa,* que aparecieron después de su muerte, no nombra a M. de Chateaubriand, y en un trozo de éste inserto en el *Conservador* (diciembre, 1819) se encuentra uno de esos homenajes respetuosos y galantes, pero de una admiración llena de salvedades, un homenaje del perfecto y cortés adversario. Una mujer [2], que por casualidad había encontrado por primera vez a M. de Chateaubriand en casa de Madama de Staël en 1801, y que por segunda vez le halló en el mismo sitio en 1814, fué el lazo de simpatía entre el uno y el otro. En su noble inclinación hacia la

[1] Madama de Staël se complacía mucho con la compañía de Madama de Duras, a quien encontraba la única *persona verdadera en un círculo ficticio.* Yo he visto una carta encantadora que le dirigía el 26 de junio de 1817, es decir, ocho días antes de su muerte, dictada a su hijo Augusto, pues ya no podía escribir. No obstante, de su puño y letra añadió al final: *Muchos elogios de mi parte a René.*

[2] Madama de Recamier.

amiga íntima de esta alma genial, hacia la depositaria de tan encantadores pensamientos, Chateaubriand modificó y amplió sus juicios primeros acerca de un talento y de un carácter mejor conocidos, y así, todas las barreras precedentes cayeron derruídas. El prefacio de los *Estudios Históricos* da fe de esta comunicación más expansiva entre ellos; pero, sobre todo, el monumento último que preparaba, contenía de Madama de Staël un retrato y un juicio, el más grandioso, el más definitivo para su memoria. Hay, entre tantas tristezas esto de bueno, en sobrevivir a sus contemporáneos ilustres siendo ilustre uno mismo. Entonces se puede con dicha coronar su imagen, separar la estatua y solemnizar su tumba. Los elogios sentidos de Chateaubriand a Madama de Staël, su peregrinación a Coppet en 1831 con la amiga que formó el lazo sagrado entre los dos, con la misma que tantas veces le acompañó hasta el fondo del fúnebre asilo, y que sólo por pudor de duelo quiso penetrar sola en el bosque de tumbas; todo esto a la orilla del lago de Ginebra, tan cerca de los lugares celebrados por el pintor de Julia, será a los ojos de la posteridad, memorables y emocionantes funerales. Hagamos constar en honor de nuestro siglo estas piadosas alianzas entre genios rivales, Goethe y Schiller, Scott y Byron, Chateaubriand y Madama de Staël. Voltaire insultaba a Juan Jacobo y sólo la voz del género humano (como decía Chenier) los reconcilió. Racine y Molière, que no se querían, se callaron por conveniencia. Hay, pues, más grandeza poética en esto que nosotros vemos en nuestro siglo.

II

Madama de Staël, cuando la publicación del libro *La Literatura*, entraba en una disposición de alma, en una inspiración abierta y noblemente ambiciosa, que conservó hasta 1811, época en la que se operó en ella un gran cambio. En la disposición anterior más exclusivamente senti-

mental, en que la hemos visto, Madama de Staël no había considerado apenas a la literatura sino como un órgano de la sensibilidad, como una exhalación de la pena. Se desesperaba, se quejaba de ser calumniada, pasaba del estoicismo mal sostenido a la lamentación elocuente, quería amar y quería morir. Mas entonces se dió cuenta de que el mucho sufrir no mata, de que las facultades del pensamiento y las potencias del alma se agrandan con el dolor; de que nunca sería amada como ella amaba, y de que era preciso proponerse un amplio empleo de la vida. Entonces pensó hacer un pleno uso de sus facultades y de su talento, no dejarse abatir y, puesto que aun era tiempo, y que el sol apenas si se inclinaba, su genio se dispuso a marchar con bravura en los años de su edad media. "Levantémonos al fin —exclama en el prefacio de su libro tantas veces citado—, levantémonos bajo el peso de la existencia y no demos a nuestros enemigos y a nuestros amigos ingratos el triunfo de haber derrotado nuestras facultades intelectuales. ¡Ellos obligan a buscar la gloria a los que se habrían contentado con afectos! ¡Pues bien, es preciso llegar a ella!" En efecto, desde entonces, el deseo de gloria se alojó en su corazón, ocupando tanto lugar como el sentimiento. La sociedad había sido siempre mucho para ella; pero ya pensaba en Europa, y ante la presencia de este gran teatro, imaginó grandes empresas. Su bella embarcación, zarandeada por la tempestad al salir del puerto, se impacientó en la espera y se lanzó a alta mar a velas desplegadas. *Delfina, Corina* y el libro *De la Alemania* fueron las conquistas sucesivas de tan gloriosa aventura. Madama de Staël, en 1800, era joven todavía; pero esta juventud de más de treinta años, no era para ella ni una ilusión ni un porvenir; y así, pues, sustituía a tiempo este horizonte con el indefinido de la gloria, pues el primero, ya pálido, se alargó y perpetuó en el otro. *Corina,* y el monumento que siguió a su aparición, marcan el punto dominante de la vida de Madama de Staël. Toda

vida humana un poco grande, tiene su colina sagrada; toda existencia que ha brillado y reinado tiene su *Capitolio.* El Capitolio, el cabo Misène de *Corina,* es también el de Madama de Staël. A partir de aquella época, el resto de juventud que se marchitaba, las persecuciones crecientes, las amistades, fallidas unas y enfriadas otras, y, finalmente, la enfermedad, contribuyeron, como veremos, al mismo tiempo que maduraban su cerebro, a que el genio majestuoso y coronado entrase en los años sombríos. A partir de 1811, sobre todo, mirando al fondo del pensamiento de Madama de Staël, descubrimos por grados el recogimiento que la religión procura, el dolor, la fuerza contenida; y esta alma, hasta entonces violenta como un océano, sumisa también como él, y sujetándose con esfuerzos y con méritos a sus límites. Veremos, al final de esta marcha triunfal, como en las más humildes y piadosas, veremos una cruz. Pero, al salir de estos ensueños sentimentales de las esperanzas y de las decepciones novelescas, nos encontramos en los años de plena acción y de triunfo.

Si el libro *La Literatura* produjo tal efecto, la novela *Delfina,* publicada en 1802, no lo produjo menor. ¡Pensemos en lo que debía ser esta lectura en una sociedad exaltada por las vicisitudes, cuando *El Genio del Cristianismo* acababa de poner a discusión las cuestiones religiosas, hacia la época del Concordato y de la modificación de la ley sobre el divorcio! Benjamín Constant ha dicho que acaso en las páginas consagradas a su padre es en las que Madama de Staël se muestra tal como era; pero esto lo pensamos siempre al leer un libro de ella; en el último que leemos es donde creemos verla mejor retratada. Pero, no obstante, creo que en el libro de *Delfina* es en el que acertamos más. "*Corina* —dice Madama Necker de Saussure— es el ideal de Madama de Staël, y *Delfina* es la realidad durante su juventud". Delfina, para Madama de Staël, era la emocionante personificación de sus años de puro sentimentalismo y de ternura en el momento en que

de tales bagajes se deslucía; un último y desgarrador adiós al pasado, un comienzo del reinado público, la entrada de su gloria y el principio de su representación europea, alguna estatua de Ariadna perdida.

En *Delfina,* la escritora ha querido hacer una novela naturalista, de análisis, de observación moral y de pasiones. Para mí, aun pareciéndome deliciosas casi todas sus páginas, no llega a ser una novela tan naturalista, tan real como yo desearía y como la había hecho esperar la propia Madama de Staël en el *Ensayo sobre las ficciones.* Hay algunos defectos de la *Nueva Eloísa* y esa forma de cartas excesivamente literaria. Uno de los inconvenientes de las novelas por cartas, es el de hacer adoptar a los personajes un tono demasiado de acuerdo con el carácter que se les atribuye. En la primera carta de Matilde, es preciso que su agrio y seco carácter se dibuje, y la vemos rígida ante la devoción. Temiendo que nos equivoquemos, Delfina le contesta hablándole de esa regla rigurosa, necesaria acaso a un carácter menos dulce. Estas cosas no las escriben desde un principio personas que conocen las costumbres de la sociedad como Delfina y Matilde. Leoncio, desde su primera carta a M. Barton, diserta de lleno sobre el prejuicio del honor, que es su carácter peculiar. Estos rasgos no se dibujan en la realidad más que a medida que se suceden los hechos. Lo contrario llevó a la novela más arrebatadora un tono de convencionalismo; y así, en la *Nueva Eloísa,* todas las cartas de Clara de Orbe son forzadamente risueñas y alocadas, y desde la primera línea el regocijo es de rigor. En una palabra, los personajes de las novelas por carta, en el momento en que toman la pluma, se miran constantemente para presentarse al lector en las actitudes más expresivas y según los perfiles más significativos. Esto hace que parezcan grupos entonados, hinchados, clásicos, a menos que no se adopte la profusión y la lentitud, como ocurre en *Clarisa.* Añadid la necesaria inverosimilitud, muy perjudicial para la emo-

ción, de que los personajes se encierran para escribir aun cuando no tengan ni ganas ni tiempo para ello, cuando están en la cama y cuando acaban de sufrir un síncope, etcétera. Pero una vez aceptado este defecto de forma en *Delfina,* ¡cuánta delicadeza y cuánta pasión encontramos en el conjunto! ¡Cuánta sensibilidad y qué penetración de los caracteres! A propósito de los caracteres, observemos que en aquellos tiempos era muy difícil que un autor se abstuviese de hacer los retratos de los personajes. Yo no creo apenas en los retratos de imaginación fecunda, que sean realmente copia fiel; no hallamos más que algunos trazos más o menos numerosos, los cuales, al formar el conjunto con el resto, se transforman. El autor debiera limitarse a indicar, sí, la línea en donde se reúnen su invención y su recuerdo; pero, entonces, debe buscar y nombrar para cada figura un modelo. Si Delfina se parecía tanto a Madama de Staël ¿a quiénes se parecían, si no el imaginado Leoncio, al menos M. de Lebensei, Madama de Cerlebe, Matilde y Madama de Vernón? Alguien ha creído encontrar a Madama de Cerlebe por su gusto por la vida doméstica, por la uniformidad de sus actos, por las infinitas alegrías que sentía en la educación de sus hijos, semejanza con Madama Necker de Saussure. En M. de Lebensei, el gentilhombre de costumbres inglesas, *el hombre más notable por un talento que es difícil de encontrar,* han creído algunos hallar un gran parecido con Benjamín Constant; pero si esto fuese cierto, no lo sería más que en las partes brillantes, y una mitad, por lo menos, de las alabanzas acordadas a las buenas cualidades de M. de Lebensei, no podrían ser destinadas al original más que a título de consejos [1]. En cuanto a Madama de Vernón, el tipo mejor trazado del libro, según Chenier y todos los críticos, es el retrato disfrazado de mujer de uno de nuestros más famosos políticos, de aquel

[1] La otra mitad del carácter de M. de Lebensei se parece a M. de Jaucourt.

cuyo nombre Madama de Staël hizo borrar, el primero, de la lista de los emigrados y que ella ayudó a llegar al poder antes del 18 fructidor, quien a su vez no le pagó esta actividad calurosa, sino con un egoísmo encubierto con delicadeza. Ya, cuando escribía *Delfina,* había tenido lugar este incidente de la comida que se menciona en los *Diez años de Destierro:* "El día — dice Madama de Staël— en que uno de mis amigos dió la señal de oposición en el Tribunal, yo debía reunir en mi casa a varias personas cuya compañía me agradaba mucho, pero que todas eran defensoras del nuevo Gobierno. A las cinco recibí diez cartas excusándose; la primera no me extrañó y ni aun la segunda; pero, a medida que fueron llegando, empecé a turbarme". El hombre a quien ella habia servido tan generosamente se alejaba entonces con una carta muy atenta, de esas en las que nos excusamos de no asistir a una comida. Admitido en el poder, no se preocupó de defender a la que bien pronto iban a desterrar. ¡Qué sabemos! Acaso la justificaban ante el Héroe; pero de esa manera vaga en que Madama de Vernón justificaba a Delfina ante los ojos de Leoncio. Madama de Staël, como Delfina, no pudo vivir sin perdonar, y desde Viena, en 1808, se dirigía a éste como a un antiguo amigo con el que se cuenta, y le recordaba sin amargura el pasado: "Vos me escribíais desde América hace trece años: *Si paso un año más aquí, me muero.* Yo podría decir otro tanto; aquí en el extranjero sucumbo". Y añadía estas palabras, tan llenas de tristeza demente: "Adiós; ¿sois dichoso? Con un talento tan superior; ¿no llegáis algunas veces hasta el fondo de todo; es decir, hasta la pena?" Pero sin atrevernos a decir que Madama de Vernón sea en todo el retrato ligeramente disfrazado; sin querer identificar demasiado con el modelo en cuestión a esta mujer hábil, cuya amabilidad seductora no deja atrás sino impresiones amargas y descontento, a esta mujer de conducta tan complicada y de conversación tan sencilla que hace atrayentes diser-

taciones y algo de ensueño en el silencio, que no tiene ingenio más que para hablar y no para leer ni para reflexionar, y que jugando se libra del aburrimiento, sin ir tan lejos, no podemos pasar sin observarlo un trazo más inocente: "Nadie sabe mejor que yo —dice Madama de Vernón (carta XXVIII, primera parte)— hacer uso de la indolencia; me sirve para derrotar la actividad de los demás. Durante mi vida no han sido cuatro veces siquiera las que me he tomado el trabajo de querer una cosa; pero cuando me he decidido a algo, aun cuando me valga fatiga, nada es obstáculo para mí, y podéis estar seguro de que lo logro". Yo veía en esta frase un rayo aplicable a la indolencia hábil del personaje tan preconizado, cuando una tarde oí a un diplomático de mucho ingenio contestar a quien le preguntaba si iría pronto a ocupar su puesto, "que no tenía prisa, que esperaba". "Era muy joven todavía —añadió— cuando M. Talleyrand me dijo como instrucciones esenciales de mi conducta: *No tengáis celo*". ¿No véis ahí toda la teoría de Madama de Vernón?

Puesto que estamos en lo que puede haber de rasgos naturales en Delfina, no olvidemos uno, entre otros, que revela desnuda el alma abnegada de Madama de Staël. En el desenlace de *Delfina* (hablo del desenlace primitivo, que es el más hermoso), cuando la heroína, después de haber agotado todas las súplicas ante el juez de Leoncio, sabe que el hijo del magistrado está enfermo, exclama en un grito sublime: "¡Pues bien, vuestro hijo, si Leoncio es entregado al tribunal, vuestro hijo morirá, morirá!" Esta frase de Delfina la pronunció realmente Madama de Staël cuando a consecuencia del 18 fructidor corrió cerca del general Lemoine para pedirle gracia en favor de un muchacho que sabía en peligro de ser fusilado y que no era otro que M. de Norvins. El sentimiento humanitario dominaba impetuosamente en su corazón, el cual una vez alarmado, no le dejaba tregua. En 1802, inquieta por la suerte de Chenier, amenazado de ser proscrito, corrió a su casa una mañana muy temprano para ofrecerle asilo,

dinero, pasaporte[1]. ¡Cuántas veces en 1792 y en toda época no se mostró así! "Mis opiniones políticas tienen nombres propios", decía. ¡No!... Sus opiniones políticas eran principios esenciales, pero los nombres propios, es decir, las personas, los amigos, los desconocidos, todo aquel que vivía y sufría, entraba en cuenta en su generoso pensamiento y olvidaba lo que es un principio abstracto de justicia delante de lo que atraía su simpatía.

Cuando apareció *Delfina,* la crítica no pudo contenerse, pues en ella encontró un rico filón. Todas estas opiniones sobre política, sobre religión, sobre el matrimonio, fechadas en 1790 y en 1792 en la novela, eran de una singular oportunidad en 1802 y reavivaron las animosidades. *Le Journal des Débats* (diciembre, 1802) publicó un artículo firmado A., es decir, de M. de Feletz, artículo pérfido, agridulce, lleno de arañazos, pero correctísimo, en el que el crítico de salones se hacía eco de los reproches que pronunció aquella sociedad naciente. "Nada más peligroso ni más inmoral que las teorías expuestas en esta obra... Olvidando las teorías en que ha sido educada la hija de Monsieur Nécker, el autor de las *Opiniones religiosas* menosprecia las *revelaciones;* la hija de Madama de Nécker, la autora de una obra contra el divorcio, hace extensas apologías del divorcio". En resumen, *Delfina* es considerada como "un libro muy malo escrito con mucho ingenio y mucho talento". Este artículo pareció poco suficiente según vemos, pues el mismo periódico insertó pocos días después (el 4 y el 9 de enero de 1803) dos cartas dirigidas a Madama de Staël y firmadas por l'*Admireur,* cuyo autor es M. Michaud. El hombre de talento y de buen gusto, que en su juventud escribió ataques que más tarde le hicieron sonreír, nos excusará de que anotemos tan mortificante virulencia. La primera carta trataba de los personajes de la novela que había sido juzgada inmoral; *Delfina* se ve

[1] Ver la noticia sobre M. J. Chenier a la cabeza de sus obras por Monsieur Daunou.

comparada con la heroína de una novela indecente, la misma que ha servido en nuestros días para compararla con *Lelia*. La segunda carta está consagrada particularmente al estilo, y algunas veces tiene razón, y está escrita en un tono caballeresco bastante agradable: "*¡Qué otro sentimiento del amor! ¡Qué otra vida en la vida!* Cuando los personajes reflexionan dolorosos sobre el pasado, uno exclama: *Yo he destruído mi vida;* otro dice: *He equivocado mi vida;* y el tercero añade, confirmando lo dicho por los otros dos: *Yo creía que yo solo había entendido la vida*[1]. "La *altura de principios, las imágenes basadas sobre las ideas eternas,* el *terreno de los siglos,* los *límites de las almas,* los *misterios de la suerte,* las *damas desterradas del amor,* esta fraseología, en parte sentimental, espiritualista y ciertamente permitida, y en parte ginebrina, incoherente y muy refutable, está externamente criticada. M. de Feletz había anotado un cierto número de incorrecciones de estilo y algunas palabras como *insistance, persistance, vulgarité* que han pasado a nosotros a pesar de su veto. Se pueden encontrar en *Delfina* repeticiones, consonancias, mil pequeñas faltas frecuentes que Madama de Staël no evitaba y en las que el artista escritor no incurre nunca".

Madama de Staël, para quien la palabra rencor no significaba nada, dió amnistía más tarde al autor de *Las cartas de l'Admireur,* cuando se lo encontró en casa de M. Suard, en este salón neutro y conciliador de un hombre de talento, al que le había bastado envejecer un poco y heredar sucesivamente nombradía contemporánea, para llegar a ser importante a su vez. El periódico que M. Suard dirigía entonces, *Le Publiciste,* aunque pudo, según su costumbre molestar a *Delfina* acerca de ciertos puntos de lenguaje y de buen gusto, no entró en la querella, y en

[1] Los imparciales y los curiosos podrán encontrar una justificación de Madama de Staël sobre este punto, y una buena apreciación de *Delfina,* en general, en un libro que ya he citado: *Noticias y recuerdos biográficos* del conde Van Der Duyn (1852).

un artículo muy sentido de M. Hochet se mostró decididamente favorable.

Hacia el mismo tiempo, el *Mercurio* publicó uno firmado F, pero tan acerbo y personal, que el *Journal de Paris*, que por la pluma de M. de Villeterque había juzgado la novela muy severamente, sobre todo desde el punto de vista de inmoral, no pudo menos de publicar otro artículo extrañando el de que una prosa escrita en ese estilo se publicase en el *Mercurio* al lado de lo firmado por Laharpe y con la firma de la inicial de un nombre tan querido de los amigos del buen gusto y de la decencia. Se leía en efecto (y no he escogido el peor párrafo): "Delfina habla del amor como una bacante, de Dios como un cuáquero, de la muerte como un granadero y de la moral como un sofista". Fontanes, que era el que parecía ser el autor por la inicial, escribió al *Journal de Paris* para desvirtuar el artículo, que era efectivamente del autor de *La dote de Suzette* y de *Federico*. ¿No hemos visto en nuestros días un desencadenamiento parecido y casi en los mismos términos contra la mujer más eminente en literatura que ha existido después de la autora de *Delfina*? En los *Debates* del 12 de febrero de 1803, Gastón dió cuenta de un volumen en 8º de 800 páginas (¿sería esto una broma de un folletinista?), titulado *Delfina convertida*, insertando trozos en los que hacen decir a Madama de Staël: "Acabo de entrar en la ruta que varias mujeres han recorrido con éxito; pero no he tomado por modelo ni a la *Princesa de Clèves* ni a *Carolina*, ni a *Adela de Sénange*"... Este libro calumnioso, si existe todavía, en el que la envidia fué hinchada hasta el volumen de 800 páginas, parece ser no más que un conjunto de frases disparatadas sorprendidas en Madama de Staël, zurcidas unas con otras y desnaturalizadas. Madama de Genlis, de vuelta de Altona para predicarnos la moral, hizo insertar en la *Biblioteca de las Novelas* una extensa noticia, en la que, con ayuda de explicaciones equivocadas y de interpreta-

ciones artificiosas, presentaba a Madama de Staël como la apologista del suicidio. Madama de Staël, que, por su parte, citaba con elogio *Mademoiselle de Clermont,* decía como toda venganza: "Ella me ataca y yo la alabo, y en esta forma se cruzan nuestras correspondencias". Madama de Genlis le reprochó más tarde en sus *Memorias* el ser *ignorante,* lo mismo que le había tachado de inmoral. Mas perdonémosla; se arrepintió al final de una novelita titulada *Athenais,* de la que hablaremos. Una influencia amiga, la que acostumbraba hacer milagros tan simpáticos, la había tocado en el corazón [1].

Pedimos perdón, si a propósito de una obra que tanto conmovió como *Delfina,* no nos confinamos de preferencia en las escenas melancólicas de Bellerive en el jardín de los Campos Elíseos, y recordamos los agrios clamores de entonces, levantando el polvo de tantos años, pues es bueno, cuando se quiere seguir y representar una marcha triunfal, caminar con la muchedumbre y ver el carro de triunfo rodeado y aclamado como lo fué. La violencia llama a la represión; los amigos de Madama de Staël se indignaron y la defendieron enérgicamente. De los dos artículos publicados por Giuguené en la *Década,* el primero comenzaba en estos términos: "Ninguna novela ha preocupado tanto al público desde hace mucho tiempo como esta novela. Este es un género de éxito que no es indiferente el obtener, pero que rara vez se está dispensado a expiar. Varios periodistas, de quienes se conoce su opinión sobre un libro según el nombre del autor, se han desencadenado contra *Delfina* o, más bien, contra Madama de Staël como gentes que no saben conducirse... Han atacado a una mujer, el uno con la brutalidad de colegio (Giuguené parece haber imputado a Geoffroy, a quien odiaba, uno de los artículos que hemos mencionado); el otro, con las burlas de un bello ingenio de baja estofa; todos con una jactancia de una cobarde impuni-

[1] Madama Récamier.

dad". Después de numerosas citas de elogios, y llegando al punto de las locuciones forzadas y expresiones neológicas, Giuguené hace observar atinadamente: "No son, propiamente hablando, faltas de la lengua; pero sí vicios del lenguaje, los que a una mujer de tanto ingenio y de tanto talento no le costaría ningún trabajo, si quisiera, evitar". Lo que Giuguené no decía, y que hubiera sido preciso oponer a las banales acusaciones de impiedad y de inmoral que gritaban muy alto los críticos groseros y pedantes, es la alta elocuencia de las ideas religiosas que se encuentran en numerosos párrafos de *Delfina,* como emulación de las teorías católicas de *El Genio del Cristianismo;* así, la carta de Delfina a Leoncio (XIV, parte 3), en la que le invita a las creencias de la religión natural y a la esperanza de inmortalidad; y así también, cuando Monsieur de Lebensei (XVII, parte 4), escribiendo a Delfina combate las ideas cristianas de perfeccionamiento por el dolor, invoca la ley de la naturaleza que debe guiar al hombre y que es el yugo más dulce; pero Delfina no se declara convencida, no cree que el sistema bienhechor que le presentan responda a todas las combinaciones reales del destino, y que la dicha y la virtud sigan un mismo sendero sobre la tierra. Ciertamente que no es el catolicismo de Teresa de Ervins el que triunfa en *Delfina;* la dirección es deísta protestante, de un protestantismo que no difiere apenas del Vicario saboyano; mas entre los fariseos que entonces gritaban contra la impiedad, me es difícil hallar algunos para quienes estas creencias filosóficas y naturales no hubiesen obtenido sobre su verdadera fe una ventaja moral y religiosa inmensa. Respecto a la acusación contra *Delfina* de que atentaba al matrimonio, me parece que, por el contrario, la idea que anima todo el libro es la del deseo de dicha en el matrimonio, un profundo presentimiento de la imposibilidad de ser dichosos de otra manera, una confesión de los obstáculos contra los que con frecuencia nos estrellamos, a pesar de

todas las virtudes y de todas las ternuras, en el desacuerdo social de los destinos. Esta idea de la *dicha en el matrimonio* ha perseguido a Madama de Staël, como las situaciones novelescas agitan y persiguen a los corazones que se ven privados de ellas. En la *Influencia de las Pasiones,* habla con ternura en el capítulo del *Amor* de los viejos esposos todavía enamorados que había encontrado en Inglaterra. En el libro *La Literatura,* cita con gran complacencia ¡los bellos versos con que termina el canto de Thomson sobre la primavera, y que celebran esta perfecta unión, para ella demasiado ideal y demasiado lejana! En un capítulo *De la Alemania,* diserta en tono de moralidad, más intenso cuanto más nos acercamos a la página de las circunstancias secretas que le inspiran. En *Delfina* el cuadro dichoso de la familia Belmont no representa otra cosa que el *Edén* doméstico, siempre envidiado por ella, presa de los huracanes de la vida. M. Nécker, en su *Curso de Moral religiosa,* gusta también hablar de esta dicha garantizada por la santidad de los lazos. Madama de Staël, volviendo frecuentemente sobre este *sueño,* no tenía que ir muy lejos para encontrar imágenes de él; su alma, al salir de su cuerpo, tenía muy cerca en qué posarse; a falta de su propia dicha se acordaba de la de su madre y proyectaba y veía la de su hija [1].

Pero, después de todo, y no obstante toda justificación, *Delfina,* preciso es reconocerlo, es una lectura que turba y que no aconsejaríamos a la inocencia perfecta; aunque también es un alerta salutífera del sentimiento, para las almas que los cuidados de la vida y el desencantamiento árido tienden a invadir. ¡Dichosa turbación que nos tienta a renacer las emociones del amor y la facultad de abnegación de los pocos años!

Como agradecimiento por la buena conducta de la *Década* y por la ayuda que había encontrado en todos los

[1] Madama la duquesa de Broglie, tan prematuramente arrebatada a la dicha de la familia, fué venerada siempre por cuantos la conocieron.

escritores, literatos y filósofos de esta escuela, Madama de Staël ha hablado bien de ellos siempre en sus escritos. Aparte de Chenier, para el que se ha mostrado severa en sus *Consideraciones,* no ha nombrado a ninguno de este grupo literario y filosófico más que honrándolos y como recuerdos de una antigua alianza. Mas su destierro, al final de 1803, sus viajes, su vida de señora feudal en Coppet, sus relaciones aristocráticas, todo esto la hizo abandonarse a otra esfera en la que perdió la inspiración del año III que hemos intentado revivir. Obligada a alejarse de París, dirigióse a Alemania, ejercitándose en aprender el alemán. Visitó Wéimar y Berlín, conoció a Goethe y a los príncipes de Prusia. Entonces amasaba los primeros materiales de la obra y en su segundo viaje en 1807 y 1808 los completó. Lanzarse así de un primer salto a los bordes del Rin, era romper bruscamente con Bonaparte, irritarlo; era romper también con las costumbres de la filosofía del siglo XVIII que acababa de abrazar en una selección tan ruidosa. Así se comportan los grandes genios; cuando se los cree en un extremo se ve que están en el otro polo. Como los activos e infatigables generales, encienden hogueras en las alturas, y se les supone acampados detrás cuando ya están a muchas leguas de aquellos lugares y nos atacan por los flancos. La muerte de su padre la obligó a regresar rápidamente a Coppet. Después del primer duelo de los funerales y de la publicación de los manuscritos de Monsieur Necker, Madama de Staël marchóse nuevamente para visitar Italia. El amor hacia la naturaleza y hacia las Bellas Artes nació en ella bajo este nuevo cielo [1]. Delfina

[1] El gusto por las Bellas Artes fué en Madama de Staël algo adquirido, de exótico, y como una planta que no creció nunca en campo descubierto. Su estado natural de espíritu está muy bien pintado por Goethe en una carta que escribió desde Wéimar, el 27 de febrero de 1804, a su amigo el compositor Zélter, que vivía en Berlín: "El profesor Wolf y el consejero Müller han permanecido quince días en Wéimar; Woss ha pasado algunos días, y he aquí que hace algunas semanas que tenemos la dicha de poseer a Madama de Staël. Esta mujer extraordinaria va pronto a Berlín y yo le daré una carta para ti. Ve en seguida a verla, es muy

confiesa en alguna página que le gusta poco la pintura, y cuando se pasea en sus jardines se entusiasma más con las urnas cinerarias y con las tumbas que con la naturaleza. Pero este ambiente de vapores de otoño que flota sobre el horizonte de Bellerive se aclara ante el horizonte puro de Roma; todos los dones, todas las musas que cortejan a Corina se apresuran a brotar [1].

ROME

Elegie

Au sein de Parthénope as-tu goûté la vie?
Dans le tombeau du monde apprenons à mourir!
Sur cette terre, en vain, splendidement servie,
Le même astre immortel règne sans se couvrir:

En vain, depuis les nuits des hautes origines,
Un ciel inaltérable y luit d'un fixe azur,
Et, comme un dais sans plis au front des Sept-Collines,

S'étend des monts Sabins jusqu'à la tour d'Astur:

Un esprit de tristesse immuable et profond
Habite dans ces lieux et nous suit pas à pas;
Hors l'écho du passé, pas de voix qui réponde;
Le souvenir vous gagne, et le présent n'est pas.

Accouru de l'Olympe, au matin de Cybèle,
Là, Saturne apporta l'anneau des jours anciens:

---

sencilla en su manera de vivir, y tus composiciones musicales le serán seguramente muy agradables, aunque la literatura, la poesía, la filosofía y cuanto se relaciona con ellas le interesan más que las demás artes".

[1] Durante su estancia en Roma (1805) M. Aug.-Wil. de Schlegel, que acompañaba a Madama de Staël, debió dedicarle la Elegía titulada *Roma*, en endecasílabos. Hemos intentado reproducir las siguientes estrofas suprimiendo la historia entera y detallada de Roma, que es la parte principal en la obra alemana y que está escrita en el estilo grave de los *Fastos;* pero el tono del principio y el final que se refiere a Madama de Staël han sido conservados tanto como hemos podido. Es sabido que la *Pyramide de Cestius* indica el cementerio de los protestantes. (Dejo tal como tradujo esta poesía Sainte-Beuve, espero complacer a los lectores que le comprendan, mas para aquellos que no, inserto la traducción en prosa. [*Nota del Traductor*]).

Janus assis scella la chaîne encor nouvelle;
Vinrent les longs loisirs des Rois arcadiens.

Et sans quitter la chaîne, en descendant d'Evandre,
On peut, d'or ou d'airain, tout faire retentir:
Chaque pierre a son nom, tout mont garde sa cendre,
Vieux Roi mystérieux, Scipion ou martyr.

Avoir été, c'est Rome aujourd'hui tout entière.
Janus ici lui-même apparaît mutilé;
Son front vers l'avenir n'a forme ni lumière,
L'autre front seul regarde un passé désolé.

Et quels aigles pourraient lui porter les augures,
Quelle Sibylle encor lui chanter l'avenir?
Ah! le monde vieillit, les nuits se font obscures...
Et nous venus si tard, et pour tout voir finir.

Nous, rêveurs d'un moment, qui voulons des asiles
Sans plus nous émouvoir des spectacles amers,
Dans la Ville éternelle il nous siérait, tranquilles,
Au bout de son déclin, d'attendre l'Univers.

Voilà de Cestius la pyramide antique;
L'ombre au bas s'en prolonge et meurt dans les tombeaux.
Le soir étend son deuil et plus avant m'explique
La scène d'alentour, sans voix et sans flambeaux.

Comme une cloche au loin confusément vibrante,
La cime des hauts pins résonne et pleure au vent:
Seul bruit dans la nature! on la croirait mourante;
Et, parmi ces tombeaux, moi donc suis-je vivant?

Heure mélancolique où tout se décolore
Et suit d'un vague adieu l'astre précipité!
Les étoiles au ciel ne brillent pas encore:
Espace entre la vie et l'immortalité!

Mais quand la nuit bientôt s'allume et nous appelle
Avec ses yeux sans nombre ardents et plus profonds,
L'esprit se reconnaît, sentinelle fidèle,
Et fait signe à son char aux lointains horizons.

C'est ainsi que ton œil, ô ma noble Compagne,
Beau comme ceux des nuits, à temps m'a rencontré;

Et je reçois de Toi, quand le doute me gagne,
Vérité, sentiment, en un rayon sacré.

Celui qui dans ta main sentit presser la sienne
Pourrait-il du Destin désespérer jamais?
Rien de grand avec toi que le bon n'entretienne,
Et le chemin aimable est près des hauts sommets.

Tant de trésors voisins, dont un peuple se sèvre,
Tentent ton libre esprit et font fête à ton cœur.
Laisse-moi découvrir son secret à ta lèvre,
Quand le fleuve éloquent y découle en vainqueur!

De ceux des temps anciens et de ceux de nos âges
Longtemps nous parlerons, vengeant chaque immolé;
Et quand, vers le bosquet des pieux et des sages,
Nous viendrons au dernier, à ton père exilé.

Si ferme jusqu'au bout en lui-même et si maître,
Si tendre au genre humain par oubli de tout fiel,
Nous bénirons celui que je n'ai pu connaître,
Mais qui m'est révélé dans ton deuil éternel!

ROMA

Elegía

¿En el seno de Parténope, has saboreado la vida? ¡En la tumba del mundo aprendemos a morir! Sobre esta tierra, espléndidamente servida, en vano, el mismo astro inmortal reina sin obscurecerse; en vano, desde las noches de nuestro remoto origen, un cielo inalterable luce con un azul siempre igual, y como un dosel sin pliegues se extiende frente a las *Siete Colinas* desde los montes Sabinos hasta la torre de Astur. Un espíritu de tristeza inmutable y profundo habita en estos lugares y nos guía paso a paso; fuera del eco de lo que fué, no se escucha ni una voz; el recuerdo se apodera de nosotros y el presente no existe. Llegado del Olimpo, una mañana de Cibeles allí, Saturno, llevó el anillo de los días remotos, Juno, sentada, afirmó la cadena recién hecha. Vinieron luego las holganzas de los Reyes de la Arcadia. Y sin abandonar la cadena, al bajar del Evandro se puede hacer que todo se conmueva: cada piedra tiene su nombre, todo monte guarda sus cenizas, viejo Rey misterioso, Scipión o mártir. *Haber sido,* ésta es la Roma de hoy; la propia Juno parece mutilada aquí, su frente hacia el porvenir no tiene ni forma ni luz y sólo mira con desolación al pasado. Al-

gunas águilas podrían decirle sus augurios. ¿Qué Sibila le podría contar el porvenir? ¡Ay! El mundo envejece, las noches se hacen más obscuras, y nosotros que llegamos tan tarde para ver cómo todo acaba. Nosotros, soñadores de un momento, que queremos asilos sin causar espectáculos amargos, en la Ciudad Eterna deberíamos esperar tranquilos el declinar del Universo. He aquí de Cestius la antigua pirámide; hasta abajo se prolonga su sombra y muere en las tumbas. La noche se cubre en duelo, y luego explica la escena de desaliento sin voces ni antorchas. Como una campana que vibra lejana, las copas de los pinos resuenan y lloran movidos por el viento. ¡Este es el solo ruido de la naturaleza! Se la creería moribunda, y entre estas tumbas yo soy el solo ser que vive. ¡Hora melancólica en la que todo pierde su color y que dice adiós al astro que luce! ¡Las estrellas no brillan en el cielo todavía y este es el espacio entre la vida y la inmortalidad! Mas cuando la noche se ilumina y nos llama con sus innúmeros ojos ardientes y profundos, el espíritu se encuentra en su puesto como fiel centinela, llama a su Carro que se halla en los horizontes lejanos. ¡Oh, noble Compañera! Tus ojos tan bellos como los de la noche me han encontrado a tiempo. Cuando la duda me embarga, recibo de ti verdad y sentimiento en un rayo sagrado. Aquel que en tu mano siente presa la tuya, ¿podrá desesperar nunca del Destino? Contigo nada hay grande que el bueno no comprenda. El camino agradable está cerca de las sierras. Tantos tesoros vecinos de que un pueblo se envanece, tientan a tu ingenio y festejan a tu corazón. ¡Déjame descubrir sus secretos en tus labios cuando el efluvio elocuente salga vencedor! De aquellos de los tiempos antiguos y de estos de estas edades largo tiempo hablaremos, vengando a cada inmolado, y cuando entremos en el bosque de los piadosos y de los sabios al último a quien nos acercaremos será tu padre desterrado, tan firme y tan sereno, de tanta ternura para con el género humano por olvido de toda ofensa. Bendeciremos al que yo no he podido conocer, pero que se me ha revelado en tu eterno duelo.

De regreso a Coppet, en 1805, y ocupándose de escribir su novela-poema, Madama de Staël no pudo vivir más tiempo lejos de este centro único de París, en el que había brillado y en el que aspiraba a la gloria. Entonces se manifiesta en ella esa inquietud creciente, ese *mal de la capital,* que amengua sin duda la seriedad de su destierro, pero que traiciona la sinceridad apasionada de su corazón. Una orden de la policía la echó a cuarenta leguas de París y sin cejar, instintivamente, como la mosca se choca contra

el cristal zumbando, llegaba a este fatal límite a Auxerre, a Chalons, a Blois, a Saumur. Sobre esta circunferencia que describe, y que quiere romper, su marcha desigual con sus amigos llega a ser una hábil estrategia, podríamos decir una partida de ajedrez que juega contra Bonaparte y Fouché, representados por un prefecto más o menos rigorista. Cuando puede instalarse en Ruán ha ganado algunos puestos en el tablero geométrico. Mas estas ciudades de provincia, ofrecen pocos recursos a un espíritu tan activo, tan envidioso del acento y de las palabras de la verdadera Atenas. El desprecio hacia las pequeñeces y las medianías, la ahogaba; y examinaba y comentaba hasta la saciedad la bonita obra de Picard. La admirable conversación de Benjamín Constant conjuraba con trabajo este ambiente de tristeza: "El pobre Schlegel —decía ella— se muere de fastidio; Benjamín Constant sale del apuro con los animales". Viajando más tarde, en 1808, por Alemania, decía: "Todo lo que veo aquí es mejor, más progresivo y más instruído, acaso, que Francia". En las provincias no decía esto, o es que sólo lo decía de París, que era lo único que existía para ella. Por fin, gracias a la tolerancia de Fouché, que tenía por teoría el hacer el menos mal posible cuando no era útil, pudo instalarse Madama de Staël a dieciocho leguas de París (¡qué conquista!), en Acosta, en una posesión de Madama de Castellane, y desde allí vigiló la impresión de *Corina*. Al enviar las *pruebas* de su obra debió repetir con frecuencia como Ovidio: "¡Ve, libro mío, libro de dicha que vas a la ciudad sin mí!" "¡Oh el arroyuelo de la calle del Bac!" [1] exclamaba cuando le enseñaban el espejo de Leman. En Acosta, como en Coppet, tendía sus brazos hacia esta orilla tan cercana [2]. El año 1806 le pareció demasiado largo para tal

[1] Madama de Staël vivió antes de su destierro en la calle de Grenelle-Saint-Germain, cerca de la calle del Bac.

[2] El gusto por la naturaleza campestre no fué nunca *esencial* en Madama de Staël, y esta idea fija de la calle del Bac le impedía todo regocijo. Paseándose un día por Acosta, con Schlegel y Fauriel, este último demostró gran admiración por un panorama: "¡Ah, mi querido

suplicio y una noche llegó a París previniendo a muy pocos amigos de su viaje. Se paseaba por las tardes y por las noches a la claridad de la luna, no atreviéndose a salir en pleno día. Mas durante esta aventurada excursión le acometió un violento deseo, un capricho imperativo de ver a una noble dama, antigua amiga de su padre, Madama de Tessé, la misma que decía: "Si yo fuese reina, ordenaría a Madama de Staël que me hablase constantemente". Esta señora, entonces de edad muy avanzada, se asustó ante la idea de recibir a Madama de Staël proscrita, y el resultado de todos estos manejos fué que Fouché supo su estancia en París. Fué preciso abandonar la ciudad y no arriesgarse ya más a paseos a la luz de la luna por los muelles del río y por la plaza de Luis XV, tan familiar a Delfina. En seguida, la publicación de *Corina* vino a confirmar y a redoblar los rigores del destierro para Madama de Staël [1]. La encontramos en Coppet, en donde se nos aparece en el centro de su corte majestuosa.

Lo que la estancia en Ferney fué para Voltaire, fué la de Madama de Staël en Coppet; pero con más aureola de poesía y de grandiosa existencia. Los dos reinan en el

---

Fauriel — dijo ella—, usted tiene todavía los prejuicios del campo!" Y al observar que había dicho algo muy extravagante trató de enmendarlo con una sonrisa. Más tarde, bajo el Imperio, hablando un día con M. Molé se extrañaba de que a un hombre de tanto talento le gustase el campo, y dijo: "Si no fuese por respeto a lo humano, no abriría mi ventana para ver el golfo de Nápoles una vez, y en cambio soy capaz de andar cincuenta leguas para ir a hablar con un hombre de ingenio a quien no conociese". De esta manera expresaba la preferencia que sentía por las charlas y las relaciones sociales sobre la naturaleza.

[1] Las pruebas de la dureza con que fué tratada no pueden ser discutidas. Se lee en la *Correspondencia* impresa de Napoleón, al principio de una carta del Emperador a Cambaceres escrita en Ostende el 27 de marzo de 1807, lo siguiente: "He escrito al ministro de Policía que mande a Madama de Staël a Ginebra dejándole la libertad de ir al extranjero cuando le plazca. Esta mujer continúa intrigando. Se ha acercado a París a pesar de mis órdenes. Es una verdadera plaga. Mi deseo es que habléis seriamente con el ministro, pues si no, me veré obligado a que la gendarmería se haga cargo de ella. Vigilad también a Benjamín Constant, y a la primera cosa en que se mezcle le enviaré a Brunswick a casa de su mujer (?). No quiero que formen prosélitos que me obligaran a castigar a buenos ciudadanos". Napoleón finge que considera a Madama de Staël como extranjera y lo mismo fingía para con Benjamín Constant. Esto se reparó durante los Cien Días.

destierro, pero él en su llanura, en su castillo un poco raquítico, rodeado de jardines talados y sin sombra. La influencia de Coppet (*Tancredo* y Amenaida aparte), es la de Juan Jacobo continuada y ennoblecida, que se instala y reina cerca de los mismos lugares que su rival. Coppet se opone a Ferney y casi le destrona. Nosotros, todos de este siglo, juzgamos a Ferney al descender de Coppet. La belleza del lugar, los bosques que le prestan sombra, el sexo del poeta, la gloria de los nombres, los paseos por el lago, las mañanas del parque, los misterios y las tempestades inevitables que suponemos, todo contribuye a que la imagen de Coppet se nos aparezca encantadora.

Coppet, es el Elíseo que todos los corazones hijos de Juan Jacobo hubieran prestado naturalmente a la Castellana de sus ensueños. Madama de Genlis, vuelta de sus primeros errores y queriendo repararlos, probó pintar en una novela titulada *Athenais o el Castillo de Coppet en 1807* [1], las costumbres y algunas complicaciones delicada de esta vida, que desde lejos nos figuramos a través d un encanto. Pero no se debe buscar una pintura fiel e esta producción, desde luego agradable; las fechas so confusas, los personajes agrupados, los papeles con reto ques; M. de Schlegel se torna en grotesco, sacrificad sin gusto ni medida; finalmente el conjunto se present bajo una falsa luz romántica que altera a nuestros ojo tanto la verdadera poesía como la realidad. Para mí, pre feriría algunos detalles precisos, sobre los cuales la ima ginación de los que no los han visto se complacería e soñar lo que pudieron ser. La vida de Coppet era una vid de castillo, frecuentemente había hasta treinta persona extraños y amigos; los más habituales eran Benjamí Constant, M. Auguste Wilhelm de Schlegel, M. de Salvá Monsieur de Sismondi, M. de Bonstetten, los barones d Voght, de Balk, etc., cada uno llevaba una o varias veces M. Mathieu de Montmorency, M. Prosper de Barante,

[1] Imprenta de Julio Didot, 1832.

príncipe Augusto de Prusia, la belleza célebre recién designada por Madama de Genlis bajo el nombre de *Athenais,* una muchedumbre de personas de buena sociedad, conocidas en Alemania o en Ginebra. Las conversaciones filosóficas, literarias, siempre picarescas o elevadas empezaban ya a las once de la mañana, al reunirse para almorzar. Se continuaban durante la comida, en el intervalo de la comida a la cena, la que tenía lugar a las once de la noche, y aun muchas veces se prolongaba hasta después de medianoche. Benjamín Constant y Madama de Staël eran las primeras voces. Era allí donde Benjamín Constant, que nosotros, más jóvenes, apenas no le hemos visto sino estragado, dejando sus chanzas demasiado inveteradas por un entusiasmo un poco artificial, hablador prodigiosamente ingenioso, pero cuyo ingenio había al fin heredado de los otros, facultades y pasiones más potentes [1]; fué allí donde se mostró con pasión y naturalidad, por lo que Madama de Staël le proclamó sin titubeo, el *primer ingenio del mundo.* Era, ciertamente, el más grande de los hombres distinguidos. Por lo menos, el ingenio de los dos siempre estaba de acuerdo; ambos seguros de entenderse. Nada, según los testigos, tan deslumbrador y superior como su conversación trabada en círculo tan escogido, teniendo cada uno la raqueta mágica del discurso y enviándose mutuamente durante horas, sin una falta, el volante de mil pensamientos entrelazados. Pero no hay que creer que todo fuese allí sentimental o solemne; se estaba casi siempre, sencillamente alegre; Corina tenía días de abandono en que se parecía a la *signora Fantastici.* Se representaban frecuentemente en Coppet, tragedias, dramas o piezas caballerescas de Voltaire: *Zaira, Tancredo,* tan preferida de Madama de Staël, o piezas escritas expresamente por ella o por sus amigos. Estas últimas se imprimían algunas veces en París para que pudiesen aprenderse más cómodamente los

[1] En esta disposición de espíritu, más fina y zumbona de lo que fuera de desear fueron escritas por él algunas páginas que se encontrarán en el *Libro de Ciento Uno,* tomo VII.

papeles. El interés que ponían en esos envíos era vivo, y cuando avisaban que había graves correcciones, se expedía a toda prisa un correo, y en ciertas ocasiones un segundo para alcanzar a modificar la corrección ya en marcha. La poesía europea asistía en Coppet en la persona de muchos representantes célebres. Zacharías Werner, uno de los originales de esta corte, y de quien se representaba *Atila* y otros dramas, con gran refuerzo de señoras alemanas, escribía por ese tiempo (1809) al consejero Schneffer (atenuamos dos o tres rasgos, en los que la imaginación del místico poeta, a pesar suyo sensual y voluptuosa, se ha extendido demasiado): "Madama de Staël es una reina, y todos los hombres de inteligencia que viven en su círculo no pueden salir de él porque ella les retiene con una especie de magia. Todos esos hombres no están, como creen locamente en Alemania, ocupados en fórmula; por lo contrario ellos reciben de ella la educación social. Posee de una manera admirable el secreto de ligar los elementos más heterogéneos, y todos los que la rodean, a pesar de estar divididos por opiniones diferentes, están de acuerdo para adorar a este ídolo. Madama de Staël es de estatura mediana, y su cuerpo, sin tener una elegancia de ninfa, posee la nobleza de proporciones... Es bonita, morenita, y su rostro no es literalmente muy bello; pero se olvida todo cuando se ven sus soberbios ojos, en los cuales una gran alma divina no chispea, sino que echa fuego y llamas. Y si ella deja hablar completamente su corazón, como ocurre con frecuencia, se ve cómo vierte todavía todo lo que tiene de grande y de profundo en su ingenio, y entonces es preciso adorarla como sus amigos A. W. Schlegel y Benjamín Constant, etc." No es inútil figurarse al autor galante de esta pintura, Werner, de extraña apostura, atiborrado de tabaco, provisto de una enorme tabaquera, en donde buceaba con abundancia, durante sus largas digresiones eróticas y platónicas sobre la *andrógena;* su destino era correr sin cesar, decía, tras de

la mitad de sí mismo; y de ensayo en ensayo, de divorcio en divorcio, no desesperaba de llegar al fin a reconstituir su todo primitivo. El poeta danés Œlenschlaeger contó detalladamente una visita que hizo en Coppet, y habla del bueno de Werner en este sentido: (Nosotros sacaremos del relato de Œlenschlaeger algunas otras observaciones.)

"Madama de Staël vino bondadosamente ante mí y me rogó que pasase algunas semanas en Coppet, al mismo tiempo que bromeaba con gracia sobre mis faltas en el francés. Me puse a hablarla en alemán; ella comprendía muy bien esta lengua que sus dos hijos hablaban muy bien también. Encontré en casa de Madama de Staël a Benjamín Constant, a Augusto Schlegel, al viejo barón Voght d'Altona, a Bonstetten de Ginebra, al célebre Simón de Sismondi y al conde de Sabrán, el único de toda esta reunión que no sabía alemán... Schlegel estuvo cortés conmigo, pero frío... Madama de Staël no era bonita, pero tenía en el brillo de sus ojos negros un encanto irresistible y poseía en el más alto grado el don de subyugar los caracteres más rebeldes y de conciliar por su amabilidad hombres de antipatía mutua. Tenía la voz fuerte, el rostro un poco varonil, pero el alma tierna y delicada... Por aquel entonces escribía un libro sobre Alemania y nos leía cada día una parte. Se la acusa de no haber estudiado por sí misma los libros de que ella habla en esa obra y de haberse sometido completamente al juicio de Schlegel. Es falso. Ella leía en alemán con la mayor facilidad. Schlegel tenía, es verdad, alguna influencia sobre ella; pero muy frecuentemente difería de la opinión de él, y le reprochaba su parcialidad. Schlegel, por cuya erudición e ingenio siento gran respeto, estaba en efecto imbuído de parcialidad. Colocaba a Calderón sobre Shakespeare; vituperaba severamente a Euther y Herder. Estaba, como un hermano, infatuado de aristocracia... Si se añaden a todas las cualidades de Madama de Staël, que era rica y generosa, no se extrañará que haya vivido en un castillo encan-

tado como una reina, como un hada; y su varilla mágica era tal vez esa varita de árbol que un criado debía colocar todos los días sobre la mesa, al lado de su cubierto, y que ella agitaba durante la conversación". A falta de ramaje del muérdago sagrado, era el abanico o el cuchillo de marfil o de plata o simplemente un pequeño estandarte de papel que agitaba su mano, mano inquieta de soberana. En cuanto al retrato de Madama de Staël, se ve que cuantos lo han descrito están de acuerdo respecto a las líneas principales, desde M. de Guibert hasta Œlenschlaeger y Werner. Dos fieles y verdaderos retratos a pincel nos dispensarían desde luego de todos esos bocetos literarios; el retrato pintado por Madama Lebrún (1807) que nos presenta a Madama de Staël en Corina, la cabeza descubierta, la cabellera rizada, una lira en la mano; y el retrato con turbante, por Gérard, compuesto después de muerta, pero siguiendo de un perfecto recuerdo. Reuniendo algunos bosquejos de diversas plumas contemporáneas, creemos no haber hecho nada inútil; nunca fatigan esas numerosas concordancias cuando se refieren a personas queridas, admiradas y desaparecidas.

La poesía inglesa, que durante la guerra del continente, no había podido asistir a este congreso del pensamiento domiciliado en Coppet, apareció en 1816, representada por Lewis y Byron. Este último, en sus *Memorias,* ha hablado de Madama de Staël de un modo afectuoso y admirativo, a pesar de algunas ligerezas en tono de *Oráculo.* Conviene, estragado como está, en que ella ha hecho de Coppet el lugar más agradable de la tierra por la sociedad que en él recibe y que anima con su talento [1].

[1] Un rasgo especial de la amplia hospitalidad de Coppet era un fondo de orden en medio de tanta variedad y diversión; no se sentía toda la comodidad de la riqueza, ni ninguna de esas profusiones que minan demasiado frecuentemente y degradan de cerca brillantes existencias. Aquí una mano dadivosa hacía la escena fácil y abría amplia participación al drama y a la novela por una prudente economía de medios. En una palabra, gózase, sin ver los resortes, del hábil manejo de una gran fortuna. La hija de M. Necker, en medio de tantos contrastes como asociaba, había todavía asimilado esto de su padre.

Ella, por su parte, le juzga el hombre más seductor de Inglaterra, añadiendo: "Le creo con la suficiente sensibilidad de una mujer" [1].

Pero, lo que no se puede expresar de Coppet en los años más brillantes, es lo que ahora quisiérais recoger, vosotros todos, corazones adolescentes o desengañados, rebeldes, ahora apasionados por el menor de los recuerdos, ávidos de un ideal que no esperáis ya para vosotros, que sois todavía lo que hay de más bello sobre la tierra, después del genio, puesto que podéis admirarlo con lágrimas y presentirlo, es el secreto y los pensamientos entrecruzados de aquellos huéspedes bajo estas frondosidades; son las charlas en pleno día a lo largo de bellas aguas cubiertas de verdura. Un huésped habitual de Coppet, que interrogaba en este sentido mi curiosidad conmovida (no es ninguno de los que he nombrado antes) [2] me decía: "Había salido una mañana del *Château* para tomar el fresco; me había echado sobre la hierba espesa, cerca de un estanque, en un lugar del parque muy solitario, y miraba soñando al cielo. De pronto oí dos voces; la conversación era animada, secreta y se acercaba. Quise hacer ruido para advertir que estaba allí; pero dudé; hasta el punto de que la conversación continuando y estableciéndose a algunos pasos de mí, fué ya tarde para interrumpirles y tuve que escucharlo todo, reproches, explicaciones, promesas, sin mostrarme y sin atreverme a respirar". — ¡Hom-

[1] Cerca del pasaje en que juzga así a Byron, decía como por una asociación natural: "No me gusta el libro de B. Constant, no creo que todos los hombres sean Adolfo, pero sí en los hombres de vanidad". Byron mismo ha dicho en sus Memorias: "Le envío el *Adolfo* de B. C.; contiene verdades sombrías aunque a mi entender es una obra demasiado triste para ser jamás popular. La primera vez que la leí fué en Suiza (1816) por deseo de Madama de Staël"; y añade una palabra contra una suposición falsa que había corrido. El original de Eleonora era Madama de Lindray, la que M. de Chateaubriand en sus Memorias llama la *última de las Ninóns*. — Lo que no quiere decir que no se haya resbalado en más de un trozo aplicable a las relaciones entre el autor y Madama de Staël. Estos personajes de novela son complejos. Sismondi ha dicho demasiado en sus cartas, publicadas, después para no agujerear los antifaces más de lo que hubiera querido.

[2] Hoy puedo nombrarlo, era el compositor Catruffo.

bre feliz! le dije; y, ¿cuáles eran esas dulces voces? ¿qué ha oído? — Y como el delicado escrúpulo del paseante no me contestase más que a medias, me guardé de insistir. Dejemos a la novela, a la poesía de nuestros nietos los frescos coloridos de esos misterios; nosotros somos demasiado vecinos todavía. Dejemos pasar el tiempo, formarse de más en más la aureola sobre esas colinas, las cimas frondosas, murmurar confusamente las voces del pasado, y a la imaginación lejana embellecer un día, según su deseo, las turbaciones, los desgarramientos de almas, en esos edenes de la gloria.

Corina apareció en 1807. El éxito fué instantáneo, universal; pero no es en la prensa que debemos buscar los testimonios. La libertad crítica, lo mismo que literaria iba a cesar de existir; Madama de Staël no podía, por esos años, hacer insertar en el *Mercurio* un interesante, pero sencillo análisis del notable *Ensayo de M. de Barante sobre el siglo XVIII.* Se estaba, cuando apareció *Corina,* en vísperas y bajo la amenaza de esta censura absoluta. El descontento del soberano contra la obra [1], probablemente porque este entusiasmo ideal no tenía fin práctico, bastaba para paralizar los elogios impresos. No obstante, *El Publicista*, órgano moderado de la camarilla de M. Suard y de la libertad filosófica en la jurisdicción del ingenio, dió tres buenos artículos firmados D. D., que debían ser de la señorita de Meulán (Madama Guizot). Desde luego, M. de Feletz, en los *Debates,* continuó su enredo meticu-

[1] "Si hay que creer una anécdota, dice M. Villemain en una de sus bellas lecciones sobre Madama de Staël, el dominador de Francia fué de tal modo herido por el ruido que hacía esta novela, que compuso él mismo una crítica insertada en el *Monitor.* Vituperaba vivamente el interés extendido sobre Oswald y lo achacaba a falta de patriotismo. Se puede leer esta crítica amarga y espiritual". He buscado en vano este artículo que probablemente no lleva el título directo de *Corina.* Dejo el placer de encontrarlo a los admiradores de la literatura napoleónica, que empiezan a descubrir en el héroe *al primer escritor del siglo* (Thiers, Carrel, Hugo, etc.). — Dejemos al César lo que le pertenece, pero no le llevemos todas las coronas.

loso, pero cuidadosamente cortés[1]. M. Boutard alabó y reservó preciosamente las opiniones relativas a las Bellas Artes. Un M. C. (pues ignoro su nombre) hizo en el *Mercurio* un artículo sin malevolencia, pero sin valor. ¡Eh! ¿Qué importa a Madama de Staël esta crítica inmediata? Con *Corina* ha entrado definitivamente en la gloria y en el imperio. Hay un momento decisivo para los genios en que se arraigan de tal manera, que los elogios que se les pueda hacer no interesan más que a la vanidad y al honor de los que se hacen. Se les es deudor de tenerlos que ensalzar; su nombre viene a ser una ilustración en nuestro discurso. Es como un vaso de oro que se pide prestado para adornar nuestra morada. Así fué Madama de Staël a partir de *Corina*. Europa entera la coronó bajo este nombre. *Corina* es verdaderamente la imagen de la independencia soberana del genio, aun en el tiempo de la más completa opresión; *Corina*, que se hizo coronar en Roma, en el Capitolio de la Ciudad Eterna, donde el conquistador que la desterró no pondrá jamás el pie. Madama Nécker de Saussure *(Notice)*, Benjamín Constant *(Mélanges)*, M. J. Chenier *(Tableau de la Littérature)*, han analizado y apreciado la obra de modo que hace inútil nuestra tarea: "*Corina*, dice Chenier, es Delfina todavía; pero perfeccionada, independiente, dejando a sus facultades en pleno vuelo y siempre doblemente inspirada por el talento y por el amor." Sí; pero para *Corina* no es más que una

[1] Desde que tuve el honor (a mi paso por la Biblioteca Mazarina) de conocer a este espiritual representante de la crítica antigua; pude saber cómo podían su bondad real, nobleza y rectitud de corazón conciliarse con esas malicias de pluma y ligeros arañazos tan dolorosos al amor propio de los autores. Cuando M. de Feletz sentía la necesidad de decir algo, nada podía contenerle; tenía esto de crítico periodista. Su defecto al lado de su carácter burlón era el de no tener cuenta de las partes elevadas y serias, lo que le sacaba de tino. Como escritor de sociedad, no profundiza, y cuando hay una broma, la dilata, lo cual le excluía de la amabilidad. Madama de Staël, que por otra parte guardaba poco los resentimientos, odiaba por excepción a M. de Feletz. Un día que le vió entrar en un salón, salió ella por la otra puerta. Su crimen era imperdonable para ella: había hablado mal de M. Nécker (ver las *Mélanges* de M. de Feletz, tomo VI, página 280, y el volumen ulteriormente publicado de *Jugements*, página 352).

distracción brillante una mayor ocasión de conquistar los corazones: "Buscando la gloria, dice a Osvaldo, siempre esperé que ella me haría amar." El fondo del libro nos demuestra esta lucha de potencias, noblemente ambiciosas o sentimentales y de felicidad doméstica, pensamiento constante de Madama de Staël. *Corina* tiene a gala resplandecer por instantes como la vestal de Apolo, le gusta ser, en los casos habituales de la vida, la más sencilla de las mujeres, una mujer alegre, movida, abierta a mil atractivos, capaz sin esfuerzo del más gracioso abandono; a pesar de todos estos recursos externos e internos no escapará a sí misma. Cuando se siente presa por la pasión, *por esta garra de buitre bajo la cual la felicidad y la independencia sucumben*, me gusta su impotencia para consolarse, me gusta su sentimiento más fuerte que su genio, su invocación frecuente a la santidad de los lazos que sólo impiden los bruscos desgarrones, y oírla en el momento de morir, confesar en su canto de cisne: "De todas las facultades del alma que debo a la naturaleza, la de sufrir es la única que he ejercido completamente." Este margen prolongado de Delfina a través de *Corina* me seduce principalmente y me interesa en su lectura; el admirable cuadro que rodea por todas partes las situaciones de su alma ardiente, móvil, severa por añadidura. Estos nombres de amantes, no grabados ahora, sobre la corteza de cualquier álamo, pero inscritos en las paredes de las ruinas eternas, se asocian a la grave historia y se convierten en una parte viva de su inmortalidad. La pasión divina de un ser que no puede creerse imaginario, que se deslizó a lo largo de los antiguos circos, otra víctima que no se olvidará jamás; el genio que la creó es un vencedor más y no el más pequeño de esta ciudad de todos los vencedores.

Cuando Bernardino de Saint-Pierre se paseaba con Rousseau, como le preguntase un día si *Saint-Preux* era él mismo: "No, respondió Juan Jacobo; *Saint-Preux* no es del todo lo que yo he sido, sino lo que hubiera querido

ser." Casi todos los novelistas poetas pueden decir lo mismo. *Corina* es, respecto de Madama de Staël, lo que ella hubiera querido ser, lo que después de todo (y salvo la diferencia del arte a la dispersión de la vida) ella ha sido. De *Corina* no ha tenido tan sólo el Capitolio y el triunfo; tendrá también la muerte por sufrimiento.

Esta Roma, este Nápoles que Madama de Staël pintaba a su manera en su novela-poema *Corina,* M. de Chateaubriand los describía bajo el mismo aspecto en la epopeya de los mártires. En ésta no se interpone ninguna nube de Germania, y entramos con Eudora en la juventud antigua, encontrando en todas partes la sobriedad viril del dibujo, la sencillez espléndida del pincel. Al comparar las diferentes maneras de sentir y de pintar Roma desde que Roma ha comenzado a ser una ruina, no encontramos otro trabajo más docto e ingenioso que el de M. Ampère [1].

¡Roma! ¡Roma de los mármoles, de los horizontes y de los grandes recuerdos, tú debieras prestar apoyo a ideas menos efímeras!

Una persona de talento escribía: "La poesía que jamás me enamora es la que existe en Roma; o se vive con ella, o no se la comprende en absoluto." *Corina* no es más que una variedad del *culto romano,* de ese sentimiento de la Ciudad Eterna con sus distintas épocas y sus diferentes almas.

Una parte encantadora de *Corina,* mucho más encantadora porque no tiene la pretensión de serlo, es aquella en que despunta el ingenio en la conversación por boca del conde de Erfeuil, y en la que vemos asomar a la sociedad francesa. Madama de Staël vitupera a esta sociedad diciendo que no hay en ella nada de interesante; pero entonces es cuando la autora, sin darse cuenta, está más dentro de ella. Puede decirse que lo que Madama de Staël sabe expresar mejor es lo que con más frecuencia desdeña. Como en *Delfina,* hay retratos: Madama de Arbigny, esta

[1] *Revue des Deux Mondes,* 1835, tomos II y III.

mujer francesa que lo arregla y lo calienta todo, es *uno*, como lo era Madama de Vernon. En secreto la llamaban Madama de Flahaut, como asimismo se sabía también de qué elementos diversos se componía la noble figura de Osvaldo, que la escena de la despedida tenía mucho de realidad y que la desesperación de Corina durante la ausencia recordaba otra desesperación.

Aun siendo así, a pesar de lo que hay en *Corina* de charlas y de copia de la sociedad de aquella época, no es precisamente en este libro en el que se puede reprochar a Madama de Staël falta de consistencia y de firmeza en el estilo, ni aglomeración desordenada de pensamientos. Se ha apartado por completo, para la ejecución general de este libro, de la conversación ingeniosa, y de la improvisación escrita, como hacía algunas veces *(stans pede in uno)* de pie y apoyada en el ángulo de una chimenea. Si aun hay imperfecciones de estilo, es debido solamente a extrañas causas. He visto en un ejemplar de *Corina,* anotados con lápiz, una cantidad prodigiosa de *pero* que hacen monótonas las primeras páginas. Sin embargo, un cuidado muy atento preside en todos los detalles de esta soberbia obra. El escritor ha llegado a la majestad mantenida, al nombre [1].

El libro *De la Alemania,* que no apareció hasta 1813, en Londres, estuvo para publicarse en 1810 en París. Estaba sometido a los censores imperiales, como Esmenard, cuan-

[1] Al principio de una reimpresión de *Corina,* en 1839, añadíamos: "A medida que el tiempo pasa el interés que despertaron estas obras subsistentes y duraderas puede variar, pero nunca podrá disminuir. Sus defectos llegan a ser pinceladas que tienen sus encantos, como la expresión de un buen gusto que pasó, pero que volverá a reinar. Algo ha perecido entre lo que aún vive; y ese tinte de tristeza encaja bien en la admiración. Encajará mejor en este momento en el que un reciente recuerdo fúnebre acompaña a esta figura inmortal de Corina, y cuando se piensa inevitablemente al hablar de Madama de Staël que acaban de levantar una tumba. Este libro, que la muerte de un padre envió a meditar a Italia, este libro que apenas tiene treinta años, ha visto ya amortajar a Madama de Staël, a su hija y a su hijo. Se puede volver a leer en presencia de la idea de muerte, pues si no dice el verdadero misterio de las cosas de la vida, por lo menos todo lo que hay en él es bueno, bello y generoso".

do una brusca decisión de la policía evitó que saliese a la luz. Ya conocemos la carta del duque Rovigo, y esta vergonzosa historia. Siendo Alemania cada vez más conocida, y habiendo adelantado mucho desde aquella época, puede parecernos hoy el libro de Madama de Staël menos completo en su parte histórica, y por eso la opinión se muestra más descontentadiza y más dada a reparar sus faltas. Mas, aparte de la iniciativa, de la que nadie entonces había sido capaz, y que Villiers solo, si hubiese tenido tanto talento para escribir como para conversar, habría compartido con ella, no creo que se pueda buscar en otra parte mejor que en este libro la explosión repentina del genio alemán, la descripción de esta época brillante y poética que se puede llamar el siglo de Goethe. La poesía alemana parece que nació y murió con este coloso y su vida fué la de un patriarca, y al desaparecer el genio todo fué descomposición y decadencia. Al abordar a Alemania insistió mucho sobre la parte filosófica, acerca de las doctrinas opuestas a las de los idealistas franceses, distanciándose entonces de la filosofía que adoptó al principio. En esta obra podemos observar en Madama de Staël un creciente cuidado porque sus escritos no fuesen tachados de inmorales. "Un trabajo no es suficientemente moral sino cuando sirve al perfeccionamiento del alma." En la admirable disertación que por obra de un religioso solitario pone en boca de Juan Jacobo, dice que "el genio no debe servir más que para expresar la bondad suprema del alma." Se muestra muy decidida a combatir la idea del suicidio. "Cuando se es muy joven, la degradación no ha comenzado aún, y entonces la tumba no parece más que una imagen poética, un sueño, un grupo de figuras arrodilladas que nos lloran, y no es sino en plena vida cuando se sabe por qué la religión, esta ciencia del alma, ha mezclado el horror de la muerte al atentado contra la propia existencia." Madama de Staël en el período del dolor en que se hallaba entonces, no abjuraba del entusiasmo y

termina su libro celebrándole, pero haciendo esfuerzos para regularle en presencia de Dios. El *Ensayo sobre el suicidio,* que se publicó en 1812 en Estocolmo, fué escrito en 1810, y en él se manifiestan más netamente los signos de la revolución moral que se operaba en el alma de Madama de Staël.

La amargura que le causó la supresión inesperada de su libro fué muy grande. Seis años de estudios y de esperanzas destruídos, un redoblamiento de las persecuciones en el momento en que esperaba una tregua, hicieron que su situación en esta época fuese una prueba decisiva, que la obligó a entrar sin titubear en lo que ya he llamado sus años sombríos. ¡Que siga su marcha, que siga su marcha, desde entonces, a pesar de la gloria que no la abandona nunca, ya no habrá para ella ni momento de descanso al canto en el Capitolio! Hasta entonces, aun las mismas tempestades de la vida, habían tenido reflejos encantadores y atractivos momentáneos, y según su propia expresión tan bonita, había en su vida una *música escocesa.* Pero, a partir de aquella fecha, todo fué más amargo. La juventud, este grande y potente consuelo, había huído. Madama de Staël sentía horror a la vejez y se estremecía ante la idea de que llegase, y un día, en el que no disimulaba esta sensación delante de Madama Suard, ésta le dijo: "Vamos, vamos, vos seréis una vieja adorable." Mas, repito, se estremecía ante tal idea; la palabra *juventud,* tenía a su oído un gran encanto musical; se complacía en intercalarla en sus frases, y algunas como *éramos jóvenes entonces* anegaban sus ojos en llanto. "¿No se ve con frecuencia —exclama— la repetición del suplicio de Mezencio en la unión de un alma todavía viva en un cuerpo destruído como dos enemigos inseparables? ¿Qué significa este heraldo que precede a la muerte, si no es la orden de vivir sin dicha y de abdicar, flor tras flor, cada día de la corona de la vida?" Se abandonaba al pasado más lejano, *lejos de los últimos días que repiten con voz cascada las*

melodías de los primeros. El sentimiento que hizo nacer en M. Roca le devolvió aun en esta época un poco de la ilusión de la juventud, y se complacía en mirar en el espejo mágico de dos ojos jóvenes seducidos por falsas apariencias el mentís a muchos temores. Pero su matrimonio con M. Roca, lleno de heridas, el culto de agradecimiento a que se consagró, su propia salud alterada, contribuyeron a que sus actos fuesen más regulares. *La música escocesa, la música alegre* del principio, fué bien pronto un himno santificado, austero. Faltaba que la religión penetrase desde entonces más en su vida, no solamente en la teoría sino también en la práctica. Más joven, menos acabada, le había bastado ir en ciertas horas de tristeza al otro lado del parque, a la tumba de su padre, a entablar una conversación mística con Benjamín Constant y con M. de Montmorency. Cuando la vida avanza, una vez perdido todo consuelo contra los sufrimientos positivos y crecientes, cuando todo falta y todo se marchita de día en día y se descolora, y las inspiraciones pasajeras no se mantienen, se siente necesidad de una creencia más firme, y Madama de Staël no la buscó sino en donde la podía encontrar, en el Evangelio, en el seno de la religión cristiana. La inconstancia de algunos amigos, el abandono, las mezquinas excusas, los *temores disfrazados al daño del pecho* de los otros, habían tenido una gran influencia en su corazón y la habían contristado. Se veía envuelta en un contagio fatal que ella comunicaba a los seres más amados y entonces se exaltaba al pensar en los peligros. *"Yo soy el Orestes del destierro"*, exclamaba ante los amigos íntimos que se mostraban abnegados con ella. Y añadía: "Estoy en mi imaginación como en la torre de Ugolín." En el espacio demasiado limitado de Coppet y, sobre todo, en su imaginación terrible, quería a la fuerza dominar al aire libre, el espacio inmenso. El prefecto de Ginebra, M. Capelle, que había sucedido a M. de Barante, le insinuó que escribiese algo sobre el rey de Roma: una palabra le habría

allanado todos los caminos, le habría abierto las puertas de todas las ciudades; pero ni un instante pensó en ello, y en su ingeniosa sutileza sólo se le ocurrió desearle una buena nodriza. Los *Diez años de destierro* pintan con gran realidad las vicisitudes de esta época suya tan agitada, y la vemos estudiando sin cesar el plano de Europa como si fuese el plano de una gran prisión de la que quisiera evadirse. Todos sus deseos tendían hacia Inglaterra y, sin embargo, tuvo que ir a San Petersburgo.

En esta disposición, y después de una crisis resuelta, y de una gran madurez interior, la Restauración trajo a Francia a Madama de Staël. Había visto en Inglaterra a Luis XVIII y anunció a un amigo: "Tenemos un rey muy favorable a la literatura." Le agradaba este príncipe cuyas opiniones moderadas le recordaban algunas de su padre. Le había convertido completamente a la política inglesa, en esta Inglaterra que le parecía por excelencia para la vida familiar y para las libertades públicas. Se la vió volver calmada, más circunspecta, llena de impetuosidad generosa hasta el último momento; pero adepta a las opiniones semiaristocráticas que no había profesado nunca desde 1795 a 1802. Su hostilidad contra el Imperio, su ausencia de Francia, el frecuentar soberanos aliados y a sociedades extranjeras, la extremada fatiga del alma que rechaza las impresiones menos atrevidas, contribuyeron a esta metamorfosis. Madama de Staël, al envejecer, se acercó a las antiguas opiniones de su padre. Lo mismo que se observa que los temperamentos a medida que envejecen vuelven al estado primitivo de la infancia y pierden las variedades contraídas en el intervalo que media; lo mismo que las revoluciones tienen un fin más pequeño que el que se proponían al comenzar, Madama de Staël, hacia el final de su vida, vino a refugiarse en un sistema mixto, más atemperado, casi doméstico para ella. Al aceptar Madama de Staël la Charte de Luis XVIII, vemos a la hija de M. Necker volver a Saint-Ouen.

Las *Consideraciones sobre la Revolución francesa,* última obra de Madama de Staël, que sirve para formar un juicio total de ella y para clasificar su nombre en política entre el de su padre y el de su yerno, la dan a conocer bajo ese aspecto de liberal, mitigado, inglés, y un poco *doctrinario,* mucho mejor que nosotros podríamos hacerlo. En seguida de su vuelta a Francia, no tardó en ver cómo brotaban las exigencias de los partidos y todas las dificultades que complican las restauraciones. Las condescendencias, las medidas de conciliación, fueron desde el principio la vía indicada por ella. En la intimidad con Madama de Duras y con Chateaubriand buscaba una comunión más intensa que la suya. "Mi sistema —decía en 1816— está siempre en total oposición con el que se sigue, y mi afecto más sincero es para aquellos que le siguen." Desde entonces tuvo que sufrir mucho en sus relaciones y en sus afectos íntimos por las divergencias que estallaron; el grupo de amistades se desunía en su derredor y algunas adquisiciones nuevas, preciosas, como la de M. Mackintosh, reparaban imperfectamente las pérdidas sufridas. ¡Días penosos, que llegan tarde o temprano en todas las existencias, durante los que se ve a los seres preferidos, que con una especie de arte reunimos en el seno de un mismo amor, separarse, mirarse con rencor, deshojar la flor del afecto que tanto les agradaba antes! Estos desengaños, que no se detienen ni aun ante las amistades más queridas, afectaban singularmente a Madama de Staël y la arrancaron, si no de la vida, al menos de las vanidades y de las dulzuras perecederas. Acabó por perder el gusto de escribir a Monsieur de Montmorency, al *admirable amigo,* a causa de las malhadadas divergencias a las que él concedía una gran importancia. M. de Schlegel odiaba mucho a esta política invasora, y se mostraba muy a disgusto en aquellos círculos turbulentos, en los que no estaba representada la bella literatura como en Coppet. Madama de Staël, muy sensible a todo esto, y ya herida por un mal siempre creciente,

se refugió en la familia o, más bien, en la fidelidad de *Este que no nos puede ser infiel.* Murió rodeada de todos los nombres escogidos, a los que desearíamos unir el nuestro. Murió en París [1] en 1817, el 14 de julio, día de libertad y de sol, pletóricos sus órganos minados por la edad, del genio que siempre les animó, haciendo dos días antes que la llevasen en una butaca al jardín, en donde distribuyó entre los nobles seres que abandonaba, hojas de rosa y santas palabras.

La publicación póstuma de las *Consideraciones,* que tuvo lugar en 1818, fué un acaecimiento y constituyó brillantes y públicos funerales hechos a Madama de Staël. Ella proponía a la Revolución francesa, y aun a la misma Restauración, una interpretación política de gran resonancia y de influencia duradera. Era una Monarquía, según la Charte, a su manera; fuera de ésta y de la de Chateaubriand, no había apenas salud para la Restauración, en tanto que el camino continuado entre los dos límites habría podido prolongarse indefinidamente. Cada partido de entonces, en el entusiasmo de la novedad, se apresuró a pedir a este libro armas para defender su propio sistema. Las alabanzas fueron justas y los ataques apasionados. Benjamín Constant, en *Minerve,* y M. de Fitz-James, en el *Conservateur* hablaron con gran elocuencia; aunque, como supondrán los lectores, cada cual desde puntos de vista totalmente opuestos. M. Bailleul y M. de Bonald publicaron folletos. La influencia que con esta obra ejerció Madama de Staël en el naciente partido liberal filosófico, que más tarde representó *Le Globe,* fué directa. La influencia conciliadora, expansiva, irresistible que resultó de su presencia, ha faltado en más de una ocasión, al partido político que, por decirlo así, emana de ella.

Mas, según pienso yo, en los dominios del arte es su acción más bella, eficaz, cordial, inteligente, favorable a los talentos nuevos, buscándolos y modificándolos con pro-

[1] Calle Neuve-des-Mathurins.

vecho para ellos. Entre todos los que brillan hoy, pero diseminados y sin lazos de unión, acaso ella hubiese sido esta unión, el hogar comunicativo y caliente en el que se habrían comprendido y prendido los unos en los otros y se habrían perfeccionado. ¡Oh, si Madama de Staël hubiese vivido, admirativa y sinceramente amante como era! ¡Cómo habría buscado la compañía de esa mujer de talento eminente con quien yo no quiero compararla todavía! ¡Cómo, en ciertos momentos de severidad de los falsos moralistas, al día siguiente de la aparición de *Lelia,* habría ido en busca del autor rebosando ternura e indulgencia. Delfina sola entre todas las mujeres fué a sentarse al lado de Madama de R... En lugar de la banal curiosidad, o de maliciosas alabanzas, cómo habría estrechado francamente contra su corazón a este genio más artista que ella, pero hasta ahora menos filosófico, menos creyente, con menos clarividencia en asuntos políticos! ¡Cómo ella le habría hecho amar la vida y la gloria! ¡Cómo le habría hablado elocuentemente de la *clemencia del cielo* y de *una cierta belleza del universo que no existe para atemorizar al hombre, sino para predecirle mejores días!* ¡Cómo le habría aplaudido y animado hacia inspiraciones más serenas! ¡Oh, tú que la opinión proclama como la primera en literatura, después de Madama de Staël, tú sientes, yo lo sé, hacia ella, una admiración en la que hay un profundo agradecimiento por todo aquello que ella habría querido hacer por ti y que habría hecho! Habrá siempre en tu gloria un primer nudo que te une a la suya [1].

MAYO, 1835.

[1] Se comprende bien que se trata de Madama Sand. Desde hace treinta años que este estudio sobre Madama de Staël apareció se han publicado muchos trabajos y documentos que han hecho la luz en muchas cosas. Me contentaré con indicar el artículo ***Madama de Staël, embajadora,*** de Geoffroy, en la *Revue des deux Mondes* en 1º de noviembre de 1856, el volumen titulado *Coppet y Wéimar,* publicado por M. Lenormand en 1862, la obra que tiene por título ***La Condesa de Albany*** y la recopilación de *Cartas inéditas* de Sismondi publicada por M. Saint-René Taillandier en 1862 y 1863.

MADAMA ROLAND

I

La Revolución francesa ha cambiado más de una vez de aspecto por los que se dicen sus hijos. A medida que nos alejamos, las disidencias, en la manera de juzgarla, aumentan entre las generaciones que antes unánimemente reconocían. Los unos, los más ardientes, los más *avanzados*, según ellos mismos aseguran, la sistematizan en sus apreciaciones. Quieren coordinar hombres y cosas en orgullosas fórmulas que pretenden ser filosóficas y sociales, pero que, según nosotros, torturan los hechos, y les imponen por la fuerza un sentido sofístico, independientemente de las pasiones miserables que, con frecuencia, dominan. Bajo la máscara de doctrinas generales que ellos adoptaron, ultrajando a los detalles verdaderos y a las sencillas nociones de la evidencia, fabrican este antifaz para figurar que, ante todo, son odiosas y para monstruosidades individuales. Los otros, los que no adoptan esta fórmula y que, en la vía democrática abierta en 1789, habían concebido esperanzas más moderadas, más realizables, parece que al ver

[1] Este trozo ha servido de introducción a las Cartas inéditas de Madama Roland, publicadas por la casa Renduel en 1835.

las dificultades, los fracasos, los desengaños desde hace cuarenta y seis años hasta el día, consideran el programa de entonces como una grande y generosa ilusión de nuestros padres, como una herencia prometida, pero que disminuye sin cesar, y de la que apenas queda la cuarta parte. Entre esta disminución poco valiente y la exageración de los otros, está el medio a que debemos atenernos. Sin duda, si la mayor parte de los autores, de los héroes de la Revolución volviesen por un momento a convivir con nosotros, si viesen lo que ellos pagaron con su sangre, sonreirían piadosamente, a menos que la edad hubiese enfriado sus antiguos ardores y tranquilizado la sangre en sus venas. Sin embargo, hemos obtenido grandes resultados visibles de bienestar, ya que no de gloria; la igualdad en las costumbres, ya que no en la grandeza de las acciones; el goce de los derechos civiles, ya que no de los políticos; la facilidad de ocuparse en industrias y en otras aplicaciones del talento, ya que no la consagración de todos los talentos al interés general de la patria. Para nosotros, que adoptamos y disfrutamos estos resultados, si bien vemos lo que es la miseria a un precio que valía lo que habíamos soñado, que creemos en un perfeccionamiento social, seguramente muy lento y muy difícil a causa de los defectos de todos, constantemente nos volvemos a mirar al horizonte en donde brilló espléndida nuestra aurora, hacia aquellos nombres tan a menudo invocados cuyos ejemplos y virtudes esperamos ver reproducidos. Mas los tiempos son otros; los deberes han cambiado, las aplicaciones directas que se creían lograr fueron engañadoras. Al menos, en esta hornada caliente de nuestra primera Revolución, hay al lado de los despojos deformes y abyectos, admirables estatuas, que brillan espléndidamente. Mantengamos relaciones con estos personajes, preguntémosles sus pensamientos, que elevan nuestras almas; admirémosles por lo que han tenido de heroico y de desinteresado, como a esos grandes caracte-

res de Plutarco que han estudiado y admirado ellos mismos, independientemente del éxito de las causas que defendieron y de la suerte de las ciudades de que fueron honra.

Más que nunca, es la inmortal Gironda el límite en que nuestro pensamiento se encuentra a su gusto y en donde obstinado se detiene. Es preciso comprender esto; pero nuestra admiración, salvo raras excepciones, está más allá. Al ver la fatal y creciente preocupación que inspiran a sus sucesores estas figuras gigantescas muy frecuentemente salidas del lodo y lívidas de sangre, al mismo tiempo que alumbradas por relámpagos de tormenta, al ver la lógica intrépida de las doctrinas que de ellas nacen y que sirven, según el pretexto y la ocasión a temores y a represiones contrarias, se puede pensar que el mal, los medios violentos, inicuos, inhumanos, aun suponiendo que en un momento de crisis hayan tenido utilidad inmediata, dejan en la imaginación de los huérfanos huellas funestas y contagiosas, ya por las exageraciones teóricas imitadas, ya por los temores pequeños y pusilánimes. A medida, pues, que el tumulto de los recuerdos se aclara y se calma para mí, yo me siento más inclinado hacia sus nobles figuras humanas de una bella proporción moral, que se detuvieron todas juntas con un instinto sublime y con un grito misericordioso, al borde del río de sangre, y que, por sus errores, sus sinceras ilusiones, las ternuras de su juventud que los enemigos les imputaban como *señales de corrupción,* cuando no eran sino debilidades de gentes honradas, y, por último, por el pequeño número de verdades inmortales que ellas predicaron, están grabadas en nuestros corazones y se hacen dueñas del pensamiento de los que sin sofismas buscan la dicha de los hombres. Madama Roland es la primera y la más bella figura del grupo; ella es el genio en toda su fuerza, su pureza y gracia; la musa más brillante y más severa en toda la santidad del martirio. Mas,

las exaltaciones que en este sentido se van idealizando, es preciso moderarlas, pues esta mujer es, sencillamente, un personaje histórico y majestuoso.

Está pintada por su propia mano de una manera que hace desechar toda intención de describirla. Si no se tienen algunos rasgos originales que añadir, como los poseían Lemontey y varios otros contemporáneos que la han visto, no hay más que ajustarse para lo esencial de su persona, a sus deliciosas e indispensables Memorias. ¿Cómo contar la vida de Juan Jacobo, su niñez, sus comienzos tan penosos, sus bellos años; cómo describir las particularidades de su fisonomía de mozuelo después de sus *Confesiones*? Lo mismo podemos decir de Madama Roland. No se debe pasar el lápiz sobre el hermoso dibujo de esta figura fina y atrevida, grandiosa y elegante, sonriente y genial; no se debe querer trazar el perfil sencillo y sombrío, modesto y orgulloso; osar el retoque de esos días de la niñez que ella pintó con colores tan distintos y tan frescos, con todos sus encantos, a través de las verjas de la Abadía o de Santa Pelagia, desde el taller de su padre en el muelle de las Lunettes, y el pequeño rincón favorito del salón que había elegido para su vivienda; desde las lecciones de catecismo en la iglesia de San Bartolomé, la retirada al convento de la calle Nueva de San Esteban y sus paseos por el Jardín de Plantas, hasta su permanencia dichosa y recogida en casa de su abuela Philipón en la isla de San Luis; su vuelta a la casa paterna cercada al Puente Nuevo y sus excursiones en domingo al bosque de Meudón. Todo esto está hecho y no hay más que leerlo. Esos detalles tan frescos, tan afortunados en ingenio y en expresión; esos inocentes y hondos recuerdos que se mueven en el fondo sangriento y fúnebre que les rodea y les estrecha hasta aplastarlos, forman una de las lecturas eternalmente encantadoras y saludables, las más propicias para templar el alma y para exhortarla a la fortaleza.

La Correspondencia con Bancal, y algunas otras cartas inéditas que hemos tenido a la vista, nos presentan a Madama Roland en una fase de su vida que ella no detalló en sus Memorias, después de los años puramente familiares e íntimos, y antes de la entrada de su marido en el Ministerio. Entre las cartas dirigidas a Bosc, publicadas en la última edición de sus Memorias, hay muy pocas que se refieran a esta época; es decir, al espacio de tiempo desde 1789 a 1792, a los últimos meses de su permanencia en Lyón y a los primeros meses de su llegada a París. La Correspondencia con Bancal, abraza precisamente este período. Las diarias impresiones de los memorables sucesos de entonces fielmente transmitidas a esta alma conmovida, son un precioso tesoro. Las sacudidas, con frecuencia contradictorias; las esperanzas prematuras seguidas de desaliento, y luego acariciadas cor más fervor; las opiniones exageradas y apasionadas, hijas de la ira, pasaron bien, pronto mitigadas; el buen sentido que casi siempre preside, la constante sinceridad, todo contribuye a hacer de estas páginas sin artificio un testimonio que honra mucho a quien las escribió, al mismo tiempo que constituye una buena lección para los que buscan en las reflexiones sobre el pasado alguna tendencia de acuerdo con su temperamento, alguna regla para sus opiniones en materia política, algún freno para sus primeros y generosos impulsos. En ellas se siente mejor que en ninguna otra parte la importancia de un punto de contención, de una marcha mesurada hacia adelante, a despecho del ardor alocado de esas almas *girondinas* que se perdieron entre M. Nécker y Robespierre.

Madama Roland y su esposo habían acogido la Revolución del 89 con regocijo. Desde 1784 se hallaban instalados en Lyón, pasando algunos meses de invierno en esta ciudad y la mayor parte del año unas veces en Villefranche y otras a dos leguas, en el cercado de La Platière, pequeño dominio campestre frente al bosque de

Alix y cerca de la aldea de Thézée. M. Roland, inspector de las manufacturas, se dedicaba a los estudios industriales y económicos que su mujer compartía, variándolos por efecto de las lecturas filosóficas y de los poetas. La Revolución, y el movimiento expansivo que se comunicó a todas las almas patrióticas, les puso en correspondencia con varias personas activas de París, particularmente con Brissot, al que M. Roland tenía en mucha estima por sus trabajos sobre los Negros y sus cartas al marqués de Chastelluy y que había fundado por aquel entonces *Le Patriote*, y también con Bancal, que había dejado el notariado para dedicarse de lleno a la política, y que Lanthénas, amigo íntimo de Roland, había encontrado en un viaje. Las cartas a Brissot, inéditas en su mayor parte, están en las manos de M. de Montrol, a quien nunca invitaríamos bastante para que las publicase, y a cuya buena amistad debemos el haberlas leído. El principio de esta correspondencia con Brissot se parece mucho al de la correspondencia con Bancal: "Si mi excelente amigo, escribe Madama Roland a Brissot, en los primeros meses de 1790, tuviese algunos años menos, América nos habría recibido ya en su seno; lloramos menos a esta tierra prometida desde que esperamos de ella una patria. La Revolución, por muy imperfecta que sea, ha cambiado la faz de Francia, ha fomentado el desarrollo de un carácter que antes no teníamos, y deja a la *verdad* un camino abierto del que sus adoradores pueden aprovecharse." Las rápidas conquistas del 89, estaban, pues, como se ve, muy lejos de satisfacerle; su desconfianza y su aversión contra las personas que dirigían en esta primera época no tardaron en aparecer. Así, a propósito de la sesión real del 4 de febrero de 1790, cuando el juramento cívico y el discurso de Luis XIV, que causó tan general entusiasmo, ella escribía a Brissot el 11 del mismo mes: "Las opiniones están aquí muy divididas... Se atribuye su discurso a M. Nécker, y aunque al principio hay giros mi-

nisteriales y un poco de esa insipidez que en él son muy frecuentes, en general se observa un tono que no es el suyo y algunas veces un llamamiento a lo sentimental que él no ha sabido nunca unir a sus escritos confusos." Esta prevención contra M. Nécker, que se remonta a 1788, como lo atestigua una palabra en una carta a M. Bosc, y que de una manera poco conveniente se ve en la correspondencia con Bancal (pág. 12), no es otra cosa en el fondo, en su crudeza, sino el juicio instintivo y casi invencible de los individuos de raza girondina sobre los de familia doctrinaria, juicio muy amargamente devuelto por éstos. Entre Madama Roland y M. Nécker observamos la disidencia en su origen, el divorcio en su nacimiento; pero los partidos, o al menos las familias políticas a que pertenecieron, se han perpetuado lo bastante para que podamos generalizar sus caracteres fuera de sus personas. El tipo girondino que se reproduce en cada generación que llega, es ardiente, aventurero, dado a la simpatía popular, confiado sin medida en las reformas rápidas, en la potencia de la única libertad y en la sencillez de los medios; sombrío para con sus adversarios y nunca para con sus aliados, pronto a irritarse contra lo encubierto y lo confuso, negando en seguida a los que se atraviesan en su camino el *sentimiento* y el *corazón*. Estos a su vez, demasiado restrictivos y negativos en su prudencia, sin titubeos en caso de necesidad, en sus sistemas complejos, para limitar o disminuir el derecho en nombre de la razón del Estado, cargan con la enemistad de los de raza girondina, que ellos unas veces fingen que desprecian y otras los envuelven en una común injuria, afirmando que pertenecen a la secta jacobina para presentarlos como peligrosos. Madama Roland, imputando el maquiavelismo a M. Nécker, a los Comités de la Asamblea Constituyente y a las notabilidades nacionales de 1790, se excedía. Ausente del foco principal, alejada de los sucesos desde el 5 de octubre, y sin observar los deta-

lles, no veía más que la lentitud y la incertidumbre de la Asamblea y los esfuerzos que hacía para detenerse. Creía demasiado que las luchas de París estaban fielmente representadas en las de Lyón, en las que los intereses del antiguo régimen y del nuevo se hallaban más enconados sin intermediario moderador. Asqueada bien pronto de Lyón, y desesperanzada de ver salir nada de intereses tan ciegos y apasionados en la lucha, añadió irritabilidad a la querella general en la que antes no había intervenido, y cuya complicación no había previsto ni estando cerca, ni durante la primera fase del entusiasmo. Desconociendo, pues, el papel cada vez más difícil de los hombres sinceros del 89, no viendo desde entonces en la oposición patriótica y en los Constituyentes más que amigos o enemigos, y persuadida de que en la capital también hacía falta una lucha grande, su punto de partida para su conducta política activa, fué un grave desconocimiento de los hechos, una falsa creencia de la situación. En este estado de espíritu llegó a París en febrero del 91, obcecada, con *partipris* y con todos los resentimientos de Lyón, como tropa de refresco en socorro de Brissot y de los demás.

Las cartas de Madama Roland a Bancal y a Brissot, ofrecen una gran cantidad de sucesos interesantes que pueden servir para la historia de Lyón en esta época. Al relacionarlos con los acaecimientos recientes (y no podemos evitar el hacerlo al ver los mismos intereses que se miran amenazadores, las mismas luchas que se recrudecen, y hasta las mismas divisas en las banderas) se ve cuánto dura la llaga y cómo empeora; cuán pocos remedios ha encontrado esta ciencia social tan ponderada después de cuarenta años y cuán medianamente hemos avanzado, a pesar de la innovación perpetua del dios *Progreso* que en todas partes han inaugurado [1].

[1] Esto era en el tiempo en que se escribió este artículo una alusión a las insurrecciones de Lyón en los primeros años del reinado de Luis Felipe.

Madama Roland se nos aparece como uno de los representantes más perfectos, más dignos de estudiar, más elocuentes y más íntegros de esta generación que había deseado el 89 y a la que el 89 no había satisfecho. Al primer paso se coloca en la vanguardia, y como ella lo sabe, dice: "Al hacernos nacer en la época en que la libertad nace, la suerte nos coloca en la posición de los hijos del ejército que debe combatir por ella y triunfar. Así, pues, debemos cumplir bien lo que nos fué encomendado y preparar la dicha para las generaciones venideras". En tanto que persiste esta mira filosófica de la situación, su actitud magnánima responde a la verdadera necesidad, y el tiempo ha justificado sus palabras. El desinterés que reclama la causa pública, encuentra en su pluma una virtuosa energía de expresión. "Cuando no se está acostumbrado —dice— a identificar su interés y su ansia de gloria con el bien y el esplendor general, se va siempre mezquinamente hacia el egoísmo y se pierde de vista el fin a que debemos tender." Mas en el mismo momento, su noble corazón, tan desinteresado y tan desprovisto de ambiciones vulgares, se deja arrastrar de buen grado a la idea de las turbulencias, y casi las llama para tener la ocasión de desplegar todas sus energías. Bancal, contándole una ascensión que él había hecho a Puy-de-Dôme, había comparado los huracanes y las tormentas que se observan a una cierta altura, con las fatigas que esperaban en su camino penosamente en cuesta, a los amigos de la libertad: "La elevación de esa soberbia montaña —le respondió Madama Roland—, es la imagen de aquella a que llegan las almas nobles en medio de las agitaciones políticas y del tumulto de las pasiones". Presentía que aquel era su nivel, y, secretamente, su corazón no rechazaba la idea que de un día fuese elevada hasta él. Pero cuando se limita a juicios más prácticos y a opiniones sobre el gobierno, su sistema es sensiblemente defectuoso. Ella profesa —según dice en un párrafo de sus principales má-

ximas— la teoría de que *la seguridad es la tumba de las libertades* y que *la indulgencia para con los hombres que tienen la autoridad, servía para invitarlos a que fuesen despóticos.* Más lejos pide a la Asamblea que declare la *libertad ilimitada para la prensa,* de la que se gozaba sin restricción en 1890. En una carta de diciembre del mismo año a Brissot resumía así todos sus consejos: "*¡Cuentos y razón!* No hay más que esto para arreglar los asuntos y para hacer a los pueblos dichosos". A través de esta flaqueza y de esta falta de ciencia política positiva, vemos algunas veces observaciones muy justas y muy previsoras que demuestran que tampoco se hacía ilusiones sobre el estado real de la sociedad. A propósito de un libelo de Lally-Tollendal, decía de los hombres aliados a éste: "Adulan las pasiones de los *descontentos,* seducen a los *hombres sin firmeza,* se aprovechan de los *débiles de espíritu;* quitad a todos esos seres de la sociedad, descontad a los ignorantes que están influenciados por ellos a su manera, y veréis aun pocos seres de talento y qué corto número de personas sensatas fundan para resistir a la invasión y para predicar la verdad". Mas el ardor del combate y una especie de alegría marcial la llevan a veces más lejos. Ante el peligro, sus expresiones son más vivas y su pluma lanza chispazos. Decía, escribiendo a Bosc: "Decís que no se atreven a hablar; lo creo; pero lo que se debe hacer es *tronar*". Una carta escrita a Lanthénas el 6 de marzo de 1790, comienza con estos gritos, tres veces repetidos: *¡Guerra, guerra, guerra!* Y en todas ellas refrena con estos: *¡Salud y gozo!* O bien: *¡Vigilancia y fraternidad!* Se creería la voz del centinela desde la muralla que llama al combate al salir la aurora. El *morbleu* [1] se repite en todas sus cartas. Una carta a Brissot, del 7 de enero de 1794, acaba con estas palabras: "Adiós, solamente; la mujer de *Catón* no se divierte en hacer cumplidos a *Bruto*".

[1] Especie de juramento jocoso. *(N. del T.)*

A partir del mes de febrero, época en la que Madama Roland vino a París, hasta el mes de septiembre, época de su vuelta a Lyón, durante esos seis meses de tanta efervescencia, en los que tuvieron lugar la fuga del rey y los sucesos del Campo de Marte, vemos sus disposiciones agresivas desplegarse por grados y exaltarse en la atmósfera turbulenta en que vivía. La correspondencia con Bancal es preciosa para nosotros, sobre todo porque nos ofrece sus impresiones tumultuosas durante este lapso. En las páginas de sus Memorias que consagra a esto, las emociones, vivas todavía, son menos agrias por la distancia y por estar fundidas con los juicios de fechas subsecuentes, en tanto que en sus cartas piensa y obra día por día. La vemos despreciando las representaciones teatrales y las diversiones, correr a la Asamblea, encontrarla débil, después llena de corrupciones, y, por último, juzgarla con severidad primero, y luego con indignación y con cólera. "El 89 y los imparciales —declara sin rodeos— son los peores enemigos de la Revolución". Sieyes, Barnave, Theuret, Rabaut, y la mayor parte de los que luego mueren con rilla, no escaparon a los calificativos de *cobardes* y *pérfidos*, y sólo Petion, Buzot y Robespierre le satisfacen. Pero nada es tan expresivo como un artículo dirigido a Brissot, escrito en una sesión de la Asamblea el 20 o el 28 de abril [1]. A propósito de las guardias nacionales y de su organización, se había llegado a dividir a los ciudadanos en activos y pasivos, y esa fué la causa de su cólera y de sus lágrimas de sangre. El artículo, que comienza con estas palabras, *"echa tu pluma a la hoguera, Bruto, y ve a cultivar tus lechugas"*, acaba con esta metáfora militar: *"Adiós; debemos batirnos atacando o en retirada; no hay término medio"*. Y, sin embargo, a pesar de estos ardores apasionados, casi temerarios, conservaba una gran clari-

[1] M. de Montrol la ha publicado en la *Nouvelle Minerve*.

videncia digna de su talento superior. El juicio sobre Mirabeau es la obra de una bella calma y de una completa lucidez. Y en cuanto a los acontecimientos, se ve repetidas veces que los presiente, y aunque no ignora el camino que sigue, no quiere ni acortar el paso ni volverse. Así escribe a Bancal: "No se trata ahora de morir por la libertad; hay ahora algo más importante que hacer: es preciso vivir para establecerla y para su defensa". Y más allá: "Yo sé que buenos ciudadanos miran el porvenir con tranquilidad, pero, a pesar de todo lo que dicen, yo estoy convencida de que abusan de su tranquilidad". Y luego: "Yo creo que los más prudentes son los que declaran que el calcular los sucesos futuros es imposible". Se extiende largamente sobre esta virtud perezosa que se llama *paciencia,* pero que es tan necesaria a las buenas gentes para llegar a resultados útiles a ellos mismos; pero, por una contradicción singular, ella se impacienta en seguida. Lamentando la captura de Luis XVI, fugitivo en Varennes, ella da por razón que sin este fastidioso suceso, la *guerra civil era inevitable, y, entonces, la nación hubiera sido una gran escuela de virtudes civiles.* Exasperada por los acaecimientos del Campo de Marte, dice que acaba aplaudiendo los últimos excesos de la Asamblea y deseando mayores aún, como último medio de despertar a la opinión pública. A mí me agrada mucho más su alma virgen, largo tiempo contenida, y de repente expansiva, cuando sueña con perspectivas infinitas de esperanza para estos sobrinos que ya no verá más, cuando proclama con lágrimas su fe sin tibiezas en esta religión del porvenir tan respetada aun por los mismos que no la comprenden. Testigo de un triunfo elocuente de Brissot ante los jacobinos, exclama: "Por fin he visto el fuego de la libertad encenderse en mi país y ya no podrá apagarse. Los últimos sucesos le han alimentado, las luces de la razón se han unido con el instinto de mantenerle y aumentarle... Yo moriré cuando

la naturaleza quiera; mi último suspiro será un suspiro de alegría y de esperanza por las generaciones que nos sucederán".

Los juicios de Madama Roland sobre La Fayette nos asombran por el contraste que forman con el unánime respeto de que hemos rodeado a esta patriótica vejez. En su Correspondencia con Bancal, Madama Roland se muestra muchas veces injusta. En una carta a Brissot del 31 de julio de 1792, muy importante históricamente, llega a ser, es preciso decirlo, insultante, vomita injurias y califica al virtuoso general en los mismos términos que Voltaire irritado calificaba a Rousseau. Enrojezcamos ante estas pasiones políticas y ante los errores que traen consigo, y que más tarde las almas bellas lloran. Madama Roland, quince días antes de su muerte, se retractaba sin duda de su crudeza contra La Fayette, justificándole en los términos siguientes, con motivo de la acusación lanzada por Amar contra Brissot de complicidad con el general: "El era partícipe del error que sobre La Fayette, arrastrado por teorías que su talento adoptaba, no tuvo la fuerza de carácter suficiente para sostenerse en los momentos difíciles de la lucha, o, acaso que, asustado por las consecuencias que traería el tener un gran ascendiente sobre el pueblo, juzgó prudente guardar su equilibrio". Estas diversas suposiciones, son evidentemente los grados recorridos por Madama Roland en su arrepentimiento por su primera injusticia. Pero se observará cuántas precauciones toma, lo que prueba que, una vez cometida una injusticia, es muy penoso el repararla [1].

De regreso a París, al final del año 1791, Madama Roland entró, puede decirse así, con su marido en el mi-

[1] Es conveniente ver en la *Vida de Madama La Fayette,* por Madama Lasteyrie (1858), la correspondencia de Madama de La Fayette con Roland, ministro, cuando fué detenida en septiembre de 1792. También se observa una gradación desde los primeros rigores hasta el despertar de los sentimientos de humanidad y de justicia. Madama de La Fayette, en su generoso deseo de ir en socorro del general cautivo, había acabado por tener un apoyo sincero en Roland, es decir, con Madama Roland.

nisterio en marzo de 1792. La correspondencia con Bancal, que también vino a París, es muy escasa. Al salir de este primer ministerio, Roland y su mujer habitaron unas veces en una casita de campo en Champigny-sur-Marne, y otras en un piso de la casa núm. 81 de la calle de la Harpe [1]. Durante los meses que precedieron al 10 de agosto, la actividad política de nuestra heroína no tuvo tregua; pero la experiencia había dado su fruto, y ya no fomentaba los movimientos como antes y más bien les ponía freno. En sus relaciones con los hombres influyentes, pronto los hubo comprendido con las sutilezas de una mujer, y después clasificado con la entereza de carácter de un hombre. En las proximidades de la crisis inminente del 10 de agosto, no pedía, como al día siguiente de Varennes, medidas bruscas y absolutistas; deseaba que las secciones unidas pidiesen; no quería el fallo, pronunciado difícilmente sin romper el acta constitucional, pero sí la *suspensión provisional,* que aunque con dificultad, según escribía diez días antes a Brissot, era posible fundarla en uno de los artículos de la Constitución. Una carta de Louvet a Brissot, de siete días antes del 1° de agosto en el mismo sentido, denota los mismos temores entre la poca fortaleza de una parte y la exageración de la otra. Madama Roland, como Louvet, se quejaba del silencio de la Asamblea y de la actitud de incertidumbre de su amigo en circunstancias tan amenazadoras. El juicio que merecen a Madama Roland los hombres políticos de la segunda época revolucionaria, los que ella conoció y experimentó, es tan neto y definitivo como confuso y equivocado fué el que emitió sobre los hombres del 89; y es que, a partir de 1791, vió desde cerca los acontecimientos y poseyó gran número de datos para juzgarlos. Sus memorias contienen brillantes y verídicos retratos de sus amigos, un poco a lo Plutarco, y es realmente curioso que los dibuje en el mo-

[1] Hoy ocupado (1835) por M. Pitois. (Todo esto ha desaparecido con el nuevo París. *N. del T.).*

mento de la acción, y bajo el aspecto tumultuoso; pero confidencialmente, y no oficialmente; para los íntimos, y no para la posteridad. La carta de Brissot, ya citada (de 31 julio, 1792), contiene indicaciones muy particulares sobre los personajes principales de este grupo ilustre y fraternal que al observarlo desde lejos le rodea una sola aureola. Cada uno está diseñado con pocas líneas, y todos pasan, uno después de otro, ante nuestra vista con fisonomías diferentes; el digno Sers (después senador), amable filósofo, habituado a los placeres honestos, pero lento, tímido, incapaz para la revolución; Gensonné, tan débil para con Dumouriez en el asunto de Bonne-Carrière, que no sabe aprovechar el momento para perder a un hombre cuando es preciso; con mucho talento, pero con poca resolución; el estimable Cuadet, por el contrario, expeditivo, pronto al desdén y comprensivo, equivocado sobre la capacidad de Duranthon, que él ayudó a intervenir en los asuntos públicos; Vergniaud, que no le agrada a Madama Roland, demasiado epicúreo, demasiado voluptuoso y con mucha pereza para esta alma de Cornelia, quien dice que aun no permitiéndose juzgarle, y no explicándose las contemporizaciones del despreocupado y sublime orador que nosotros juzgamos simples caprichos y negligencia de carácter, le encuentra demasiado cuidadoso de su *toilette*, y que se desconfía, no sabe por qué, de su mirada sin brillo, y que, no obstante, se ilumina con la magia de su palabra. El retrato final que da de él para reparar la injusticia que pueda haber en su primera impresión, atestigua que no había gran simpatía recíproca entre ellos. El *amigo* Clavière, en revancha, le parece muy sólido y muy agradable, cuando no se muestra partidario de quintaesenciar las cosas. Madama de Staël contestaba a alguien que le reprochaba su costumbre de emitir juicios sobre sus amigos: "Qué le voy a hacer; había de ir camino del patíbulo y no podría impedirme de juzgar a los amigos que me acompañasen". Y esto es lo que hace Madama Roland. Entre todos

estos hombres de bien y de mérito, busca un gran carácter capaz de resolver la crisis y de llevar la nave a buen puerto con sus consejos. ¡Oh, cómo debió de sentir la desaparición del noble y desinteresado Mirabeau! Aun cuando animaba a Brissot para que fuese el hombre buscado, se ve que confiaba poco y que sabía que era *excesivamente confiado, muy sereno y casi ingenuo.* Acaso, si ella hubiese sido hombre, habría llegado a ser el genio patriótico, el salvador del imperio. Nos complacemos en creerlo, y nada en su conducta desmiente la idea de una gran audacia clarividente, de una capacidad superior y aplicable.

Pero, ateniéndonos al juicio que hace de los otros, actor incompleto que fué a causa de su sexo, sorprende la penetración de sus ojos en el fondo de las almas, aun en el momento en que la pasión la ofusca. Sus afirmaciones sobre Garat, por ejemplo, son de una gran dureza, y no dejan lugar a ver las cualidades secundarias de este hombre de talento, de sensibilidad, amable, amigo de disertaciones, tan bueno y tan sincero como podía serlo; pero sofista de ingenio y sin el freno de la virtud. No obstante, después de haber leído la apología de Garat en sus Memorias, me parece que, a pesar de las negativas de la escritora y de sus explicaciones ingeniosas, analíticas y elegantes, los juicios de Madama Roland subsisten en el fondo contra él. ¡Cómo se conciben, leyendo las descripciones sutiles y los periódicos ciceronianos de quien no osaba atacar a Codius ni a Catilina, cómo se concibe la indignación de Madama Roland contra estos paliativos, contra esta dulzura de lenguaje en presencia de lo que ella llama un crimen, contra las pretensiones conciliadoras de esta inteligencia flexible al servicio de una imaginación vibrátil! Madama Roland adelantaba las palabras futuras que le escribió desde la prisión: "Haz ahora bellos escritos, explica como filósofo las causas de los sucesos, las pasiones, los errores que los acompañaron; la posteridad dirá siempre: *El fortificó el partido que envileció a la representa-*

ción nacional, etc." En cuanto a Brissot aceptamos por completo el juicio de Madama Roland sobre él, sobre su perfecta honradez y su condición de desinteresado; y así lo declaramos porque nos es doloroso y amargo el ver que los autores de la Historia de una Revolución que merece acreditarse, autores concienzudos y sabios, pero sistemáticos, reproducen como incontestables, imputaciones odiosas contra la probidad del jefe de la Gironda. Es muy difícil, después de cincuenta años, limpiar a Brissot de las calumnias de Morande; pero toda la parte política de su vida rechaza y desmiente las recriminaciones hechas a la parte privada. Nacido en un país en el que Brissot vivió al principio, en Boulogne-sur-Mer, en donde trabajó con Swinton y donde se casó; pariente de personas que le acogieron y de la familia Cavilliers, que precisamente lo conoció en los años a que se refieren las calumnias, nunca ha oído una palabra de duda sobre su integridad, y su pobreza siempre virtuosa. ¿La biografía de Brissot presenta, como intentan, en pretender la inmolación teórica de la Gironda *protestante y corrompida,* a Robespierre *católico y puro?* ¡Así sea! Lo que se puede afirmar es que este último sonreiría con su peor sonrisa al leer la biografía de su víctima.

Se ve en la correspondencia con Bancal figurar con frecuencia Blot y Lanthénas, de los que la alejaron disidencias de opinión; Lanthénas, de quien Madama Roland habla en sus memorias como de un enamorado exigente y a quien llama en sus cartas el *buen apóstol,* lo era, en efecto, aun en la acepción más vulgar de la palabra. Excelente hombre, exaltado, uno de los que la Revolución se apoderó en los primeros momentos y elevó en el aire como una cometa, hasta entonces de una gran utilidad, el ideal de *famulus,* quiso más tarde obrar y pensar por sí mismo, y perdió la cabeza en la revuelta, quiero decir el talento; pues Marat, para colmo de injuria, Marat, su ex-colega en medicina y que lo apreciaba sin odio, le hizo borrar de la

lista fatal como pobre de espíritu. Se concibe, se presiente el triste destino de Lanthénas desde que se ve dirigir a Brissot artículos encabezados como éste: *Cuando el pueblo está maduro para la libertad, una nación es siempre digna de ser libre;* o bien, cuando propone a Bancal *hacer alguna gran confederación para trabajar algunos años, al mismo tiempo en Inglaterra y en Francia, para desembarazarnos absolutamente de los curas.* Sea como quiera, por las cualidades de su corazón y su antiguo amor por Madama Roland, el buen Lanthénas merecía acabar mejor.

La Correspondencia con Bancal se interrumpe en la época del segundo ministerio Roland y por el doble grito de alarma heroico ante la aproximación de los prusianos y de horror y de execración ante las matanzas de septiembre. Madama Roland y sus amigos se agrupan con la cabeza alta del lado de la resistencia. ¿Qué cambio teórico se operó en el pensamiento de los Girondinos? No tuvieron tiempo para reflexionar, para rehacer sus ideas de gobierno y de constitución. Divididos entre ellos por las medidas más inmediatas, su resistencia fué un instinto humanitario del corazón. ¿En qué habrían acabado sus ideas políticas si ellos no hubiesen perecido? A juzgar por los supervivientes, por Louvet, Lanjuinais y los del 71, que se agruparon en torno de sus memorias, creemos que habrían pertenecido a las filas de los que defendieron una libertad franca, entera, republicana, aunque entonces pareciese insuficiente contra las pasiones y las intrigas. El 89 les habría calmado y habría cesado su antipatía contra sus hombres, y la estimación acabaría con una guerra de injurias. El noble Andrés Chenier no habría insultado a Brissot; Madama Roland, seguramente, habría tendido la mano a La Fayette. En una palabra, todos estos cerebros, desde M. Nécker hasta Louvet, aunque tenían diferentes grados de velocidad y de atrevimiento, comulgaban con los mismos principios sociales y se encontraban todos en la misma orilla. Había habido entre ellos discusiones acerca

del derecho y disidencias sobre la medida de la libertad; pero la incompatibilidad radical de los principios, de costumbres y de temperamento, un abismo, en fin, que se abrió el 2 de septiembre al paso de la Gironda, los separaba de todos los demás hombres de los partidos extremos y sanguinarios y de los sistemas hoscos. Desde el momento en que *matar* llega a ser uno de los medios ante el que no retrocede el fanatismo, toda sociabilidad desaparece; lo que era el límite de la moral humana, de la naturaleza civilizada, queda violado, y la primera garantía de quienes somos, de que hablamos y discutimos con un *semejante*, no existe ya.

Pido perdón si insisto tanto sobre este abismo, sobre este estrecho Rubicón, pero sin fondo, que sirve de separación entre los más avanzados girondinos y sus adversarios los jacobinos. La demarcación es históricamente esencial. Si hubiese en nuestros días una separación casi parecida (lo que Dios no quiera) entre partidos análogos, sería preciso advertirles para que se librasen de la confusión. Tanto era el candor de las almas girondinas de entonces, para no darse cuenta del punto radical que los separaba de sus futuros adversarios, como el que no existe en las almas girondinas actuales alumbradas por la experiencia para que lo disimulen.

Detalles íntimos sobre Madama Roland nos son revelados en la Correspondencia con Bancal, y vienen a aumentar el caudal de los que ya conocíamos. Muy dada a los afectos individuales, les otorga una bella y grande parte, los cultiva piadosamente, sin pensar en inmolarlos en el altar de la patria como una mujer espartana. Le gusta asociar los nombres de la amistad a las emociones públicas que invaden su alma y la enamoran. "Es añadir —dice en un estilo cuyo giro recuerda la conversación de Madama de Wolmar—, es añadir al interés de una historia soberbia el interés emocionante de un sentimiento particular; es reunir al patriotismo que generaliza, que enaltece

los afectos, el encanto de la amistad que los embellece y aun los perfecciona". Las cartas del 24 y del 26 de enero de 1791 a Bancal, que entonces estaba en Londres, en las que intenta consolarle de la muerte de su padre, merecen un lugar al lado de las más elocuentes efusiones de una fuerte filosofía, pero llena de sensibilidad. Cicerón y Séneca consolaban mucho más que ella con lugares comunes, con consideraciones vagas y más medianamente sensibles. Marco Aurelio, si hubiese sido más estoico se habría entregado menos al dolor, pero me figuro que el yerno de Agrícola, si hubiese tenido que consolar a un amigo por la muerte de su padre, lo habría hecho en términos a la vez viriles y compadecidos, sobriamente apropiados a una realidad seria.

A quien leyese superficialmente esta correspondencia, podría escapársele uno de los detalles más interesantes. Pasa, en efecto, se anuda y se desata entre Madama Roland y Bancal durante estos dos años, una especie de novela de corazón de la que, a través de las distracciones de los grandes acontecimientos y de las discreciones de lenguaje, podemos seguir aquí y allá sus trazas. Bancal, desde el comienzo de la unión, parece que se halla muy vivamente atraído. Se ve, por una broma amable que le dedica Madama Roland, que sus relaciones no eran debidas a la Revolución, que habrían existido lo mismo sin las circunstancias patrióticas, y que estaban como fatalmente predestinados a una mutua amistad: "Eran lazos secretos, eran simpatías". Durante una de sus permanencias en La Platière, hacia septiembre de 1790, este atractivo había arraigado más aún, y un día tuvo lugar una conversación en la que no pudo ocultar a su amiga los sentimientos de turbación que abrigaba en su alma. Luego escribió una carta común a M. y a Madama Roland; pero ésta, a quien su marido se la envió, interpretó algunas frases de una manera particular, y se aventuró a escribir, desde el campo y a escondite de M. Roland, una carta el

8 de octubre que así explicada entregamos a la perspicacia de los lectores. La emoción que traiciona esta carta era solamente el indicio de un sentimiento y no de una pasión. Madama Roland, en otra carta *secreta* del 28 de octubre, vuelve sobre sus pasos y trata de calmar la imaginación de su amigo y de llevarlo a la realidad. Más tarde, el 30 de noviembre, se queja con una especie de coquetería, en la fábula del *Ruiseñor y la Curruca* del olvido del viajero que parecía en efecto no preocuparse más de ellos. Se encuentran también en las cartas de consuelo algunas promesas de fidelidad a recuerdos bastante íntimos; después, al regreso de Londres, la expresión de una tierna inquietud por la melancolía prolongada de que es testigo; pero todo termina con la confesión de una nueva pasión de Bancal, por la que Madama Roland, como amiga generosa y abnegada, le prodiga con sus consejos ofrecimientos de intercesión. Aún no había llegado el momento de la verdadera pasión, largo tiempo retardada, que se apoderó del alma poderosa de Madama Roland, y de la que ella habla en dos pasajes de sus Memorias, al aludir a *ciertas razones* que hacia el 31 de mayo la obligan a marcharse al campo; y cuando saludando al imperio de la filosofía que sucedió en ella al sentimiento religioso, añade que estas salvaguardias interrumpidas, parecía que debían preservarla del huracán de las pasiones, las que, *con el vigor de un atleta, abandona en los comienzos de la edad madura.* ¿Quién fué el objeto de esta sola, de esta tardía, de esta avasalladora pasión de su alma? Un prejuicio vulgar ha designado a Barboux, porque cantó alabanzas en honor de su cabeza de Antínoo; pero esto no prueba que fuese cierto. Un velo sagrado continuará cubriendo esta tempestad, que aumentaba silenciosamente en su alma en las proximidades de la muerte[1].

[1] Se sabe ciertamente hoy que fué Buzot quien tuvo el honor de ocupar el corazón de Madama Roland. Se han encontrado y publicado cartas que ella le escribió desde su prisión, y, por último, pasajes suprimidos antes y añadidos recientemente en sus Memorias, son una confesión formal.

Madama Roland ha nombrado una vez a Madama de Staël en una carta que se ha encontrado entre los papeles de Brissot, pero que no está dirigida a él, pues la fecha de 22 noviembre de 1789 no permite concebir entre ellos la familiaridad con que está escrita: "Se inventan aquí (Lyón) —dice Madama Roland— cuentos sobre Madama de *Staal (sic)*, de quien dicen se muestra muy asidua a la Asamblea y que envía a los caballeros desde la tribuna cartitas animándoles a defender las mociones patrióticas. Añaden que el embajador de España, en casa de su padre, le hizo graves reproches. No podéis figuraros la importancia que nuestros aristócratas conceden a estas tonterías, acaso nacidas en su cerebro; pero es que quieren presentar a la Asamblea como conducida por algunos aturdidos excitados, y a su vez, guiados por una docena de mujeres". En revancha, Madama de Staël no nombra, en ninguna parte (que yo me acuerde) a Madama Roland. ¿Era esto instinto de venganza filial por su padre desconocido y maltratado? ¿Era esto debilidad de mujer frente a una rival? Madama Roland, en lo que dice sobre los girondinos en un capítulo de las *Consideraciones*, brilla por su ausencia. Sea como quiera, no podemos sustraernos a comparar estas dos mujeres ilustres; Madama Roland, once años más vieja, debió a su educación burguesa el escapar a los falsos brillos y a las ficciones vanidosas de la sociedad. El recogimiento en el salón próximo al taller de su padre, valía más como asilo de la niñez, como cuna de estudio o de graves reflexiones, que la butaca en el salón de Madama Nécker, en el círculo de los bellos ingenios, y que los propios bosques novelescos de Saint-Ouen. La señorita Philipón se hizo, pues, un carácter más viril y más sencillo; tuvo desde muy temprano la costumbre de suprimir su sensibilidad y su imaginación, de detenerse en los principios razonadores y de regular su conducta. No se la ve exaltada por un M. de Guibert, y Monsieur de Boismorel que desempeñó un análogo papel

cerca de ella, no fué sino una figura de orden y de calma a sus ojos. El tinte filosófico y razonador que tiene, que afecta un poco, y que la hace más bien antipática e injusta para con los bellos ingenios y literatos en boga, tan queridos de la señorita Nécker, es lo contrario del entusiasmo; no se le escapa ninguna de sus ridiculeces, encuentra la cara de Alambert raquítica, las arengas del abate Delille pesadas y toscas; Ducis y Thomas le parecen elogiarse el uno al otro como los dos asnos de la fábula y solamente veía un mediano escritor en el hombre de quien Madama de Staël ha dicho: "Garat, entonces ministro de justicia, y, en tiempos más dichosos para él, uno de los mejores escritores de Francia". No se vaya a creer a Madama Roland un completo filósofo estoico, un ciudadano rígido como su marido, en una palabra, otra cosa que una mujer. Aparece así bajo su filosofía y su prudencia por la necesidad de la acción. ¡Con qué satisfacción hace su autorretrato en su mesita, en aquel gabinete que Marat llamaba un *boudoir*, escribiendo la famosa carta al Papa! Más de una vez, durante el segundo ministerio de Roland, fué llamada inopinadamente ante el tribunal de la Convención, en donde contestaba con modestia, pero con desenvoltura, concreta y netamente. Bajo su aspecto modesto, se observaba el gozo que le causaba el intervenir en los negocios públicos. ¡Después de sus seis meses en París, en 1791, a su vuelta a Villefranche, bien lejos de prever el ministerio para su marido, y en vísperas de retirarse a la vida privada, en la obscuridad que la ahogaba de la vida provinciana; carta a Bancal el 11 de septiembre; cómo sufría! Se sentía nacida para un papel más activo, influyente, múltiple, para este escenario en el que se encuentra a cada paso el alimento de la inteligencia y la emoción de la gloria. Como Madama de Staël, lejos de París, desterrada de la vida agrandada y superior en que había debutado, clamaba, pero muy bajito, por el arroyo de su calle de la Harpe. Ciertamente que si alguna profética visión, si algún espejo

encantado le hubiese anunciado su carrera pública tan corta y tan llena de acontecimientos, su despacho al Papa y al rey, desde el fondo de su austero *boudoir,* sus apariciones emocionantes, siempre aplaudidas, ante las Asambleas y, como final, el drama, ella vestida de blanco con la cabellera tendida sobre sus espaldas, subiendo triunfal el patíbulo; si hubiese podido escoger, seguramente que no habría titubeado, y como Aquiles, habría preferido el destino militante roto a tiempo e inmortal, a la pacífica tranquilidad, al calor del fuego. Y, sin embargo, sentía la vida doméstica, las prácticas del hogar, la vocación maternal, y sabía escuchar a solas la voz de la naturaleza. Los detalles de los campos, el color de las viñas y de los nogales, los trabajos y fatigas de los vendimiadores, la cosecha, el gallinero, las reservas de frutas secas, las peras de cuelga, eran sus ocupaciones. "Yo me embrutezco, a fuerza..." escribía a Bosc en una carta admirablemente rústica, casi, por decirlo así, platónica de rusticidad, que habría sonado mal, según creo, bajo las sombras majestuosas de Coppet [1], pero tal como la escribía nuestro seudónimo George Sand desde su Berry en sus mejores días. Para completar el cuadro de las virtudes domésticas de Madama Roland, no es preciso más que recordar el principio de esta otra carta escrita a Bosc desde Villefranch "Sentada al lado del fuego, a las once de la mañana, de pués de una noche apacible y de los diversos cuidados q me ocupan desde muy temprano, mi amigo en su desp cho, mi pequeña haciendo crochet, hablando con uno, vig lando la labor del otro, saboreando el placer del seno mi familia querida, escribiendo a un amigo en tanto q la nieve cae, etc." Al lado de estas costumbres, de est cualidades buenamente burguesas, osemos notar, a falta resabios aristocráticos, la jactancia plebeya y filosófic ¿No aparece alguna vez? Madama Roland me sorpren

[1] Madama de Staël decía que le agradaría la agricultura si oli menos a estiércol.

cuando critica con una sonrisa de superioridad a los *discípulos de Jesús*. Escribiendo, a imitación de Juan Jacobo, sobre ciertas particularidades que la mujer cuida de ocultar, se complace con una especie de buen humor estoico y de desdén para con los sexos, en alusiones menos castas que ella, que era la castidad misma. Esto le hace encontrar *bonitas* y de *buen gusto* las novelas de Louvet. Estos pequeños descarríos *filosóficos* no podían anular la perfecta gracia que las relaciones revolucionarias no han podido nunca marchitar.

El estilo de Madama Roland es más fuerte, más conciso, más neto que el estilo de Madama de Staël; pero la diferencia que entre las dos existe es debida al carácter, a las costumbres, a la educación de ambas escritoras, y a que Madama Roland tenía diez años más que Madama de Staël. La primera escribió mucho en sus retiros solitarios sobre toda clase de asuntos, llegó a ser conocida en su madurez y sus escritos a la ligera son testimonio de una pluma muy ejercitada y de un talento premiso que sabía expresarse con facilidad. Probablemente, Madama de Staël, ante las mismas Asambleas, se habría expresado con menos calma y serenidad, y la emoción le impediría hablar. La una, como una dama romana, acomodando la modestia con el orgullo, escondía bajo los pliegues de sus vestiduras el estilete y las tablas de cera. Delfina, palpitante y cuyo seno se hincha de exaltación, como un poco mujer del Norte, no temía mostrar su arpa y que flotasen las cintas que le servían de adorno. Y no obstante, Madama Roland obedece a la misma inspiración que esta otra hija de Juan Jacobo: "Cualquiera que sea el fruto de la observación y de las reglas de la filosofía —escribe Bancal—, yo creo en un guía más seguro para las almas sanas: en el *sentimiento*". Como Madama de Staël, lee a Thomson con lágrimas, y si más tarde en su vena republicana se apega o Tácito y no quiere más que a él, ¿el autor republicano de *La Literatura* no se alimentaba con las Cartas

de Bruto? Las dos dejan notar en sus escritos una burla, un verbo igualmente despreciativo para los perseguidores de baja estofa que las rodean; las dos son dueñas, cuando hace falta, de la ironía, esa arma fácil de las mujeres superiores. A medida que pasaron los años, según creo, la una escribiendo y rechazando por estoicismo la realidad, y la otra desembarazándose de sus velos según maduraba, la diferencia entre ambas habría sido menor [1].

Un elogio aplicable a muy raras existencias gloriosas, pero muy debido a Madama Roland, es que cuanto más se ahonda en su vida, en sus cartas, más el conjunto parece sencillo, siempre el mismo lenguaje, los mismos pensamientos sin reservas; ni una sola complicación, ni un solo repliegue, ni siquiera deseos o tendencias diversas. La última y misteriosa pasión, cuyo objeto se ignora, y que sólo dos trazos delatan, es majestuosa en su silencio. En cuanto al resto, verdad, evidencia limpidez perfecta, ni una mancha, ni un velo, podéis mirar en cualquier momento su casa de vidrio transparente que pedía el Romano. La luz de la inocencia y de la razón alumbraba dentro purificándolo todo. ¡Cuánta es su firmeza al mirar la realidad y al porvenir! Cerca de la muerte, exclama sin ficción alguna en un himno de despedida. "¡Adiós mi hijo, mi esposo, mi criada, mis amigos; adiós sol, cuyos rayos brillantes serenaban mi alma y la elevaban hasta los cielos; adiós campos solitarios cuyo espectáculo me ha emocionado muchas veces, y a vosotros rústicos habitantes de

[1] Muchas veces han comparado con Madama Roland a Mistress Hutchinson, mujer muy enérgica, y autora de *Memorias* que si bien no son muy divertidas, son de una lectura sana. Mistress Hutchinson diserta demasiado sobre las discusiones de su marido, gobernador de Nottingham con los comités locales, y en cambio no describe bastante su conducta en el Parlamento en el asunto del rey, pero su obra desde el principio al fin está impregnada, mejor dicho, petrificada de honradez. Es conmovedor ver cómo Mistress Hutchinson atribuye a su noble esposo todas sus propias virtudes. "Lo que ella era no fué sino lo que él era cuando vivía, y lo que es ahora, no es sino una imagen que pierde su brillo". Mas Mistress Hutchinson y Madama Roland difieren tanto como las dos Revoluciones que las produjeron. La una es vecina de Rousseau y la otra de Milton.

Thézée que bendecíais mi presencia, cuyos sudores limpiaba, cuya miseria aliviaba y cuyas enfermedades atendía, adiós! ¡Adiós, gabinete de paz en donde mi espíritu se complacía con la verdad, en donde mi imaginación se cautivaba con el estudio y en donde aprendí en el silencio y en la meditación a regular mis deseos y a despreciar las vanidades!"

Se ha querido hacer en estos últimos tiempos de Madama Roland el modelo para la mujer futura, una mujer enérgica, republicana, inspiradora del esposo, igual o superior a él, reemplazando por una noble clarividente audacia la timidez cristiana, que alguien llama sumisión virginal. Las mujeres como Madama Roland sabrán siempre hacerse un lugar, pero siempre serán una excepción. Una educación más sana y más sólida, fortunas más módicas, matrimonios más de acuerdo con sus verdaderas consecuencias, deberán sin duda asociar cada vez más a la mujer y al esposo, tanto por la inteligencia como las demás cualidades del alma; pero no es preciso trasformar las antiguas virtudes ni las gracias, basta sólo con preservarlas. A los que citan a Madama Roland como modelo, les recordaremos que ella no descuidaba sus gracias, que eran en ella un imperio que es común a todas las personas de su sexo, y que el genio que relucía muy a menudo y se imponía, en otras no tendría autoridad.

AGOSTO, 1835.

MADAMA ROLAND [1]

II

Parece que se ha hablado mucho de Madama Roland, y yo mismo he escrito extensamente; pero, puesto que la ocasión se presenta una vez más, hablemos de ella aún. En crítica como en la vida debemos fidelidad a las antiguas relaciones, pues es tan dulce como obligada. Hoy para la vida y para escribir el corazón y el cerebro no bastan. Todos nos tratamos y todos lo hacemos todo. Aparte de esto, en el fondo, somos como un salón banal. No olvidamos del todo los antiguos rincones preferidos.

Es cierto que todo el mundo no piensa así; las costumbres antiguas no agradan al público. Cuando se cansa de un autor o de un personaje, aun siendo excelente, no quiere nada de él. *¡Conocido, conocido!* dicen, y es preciso pasar a otros. Así, no me extrañaría que, a pesar del interés real que tiene esta correspondencia publicada, ciertos lectores la juzgasen fastidiosa y monótona. Para los que al contrario crean que un alma es todo un mundo, que un carácter eminente no está nunca demasiado profundizado, los que además de la opinión que tengan sobre Madama

[1] Este segundo trozo fué escrito en ocasión de las cartas publicadas por Coquebert (1840).

Roland, sientan por ella en su corazón un culto de afecto, encontrarán aquí mil razones más para su simpatía y entresacarán numerosos detalles encantadores.

La señorita Philipón entró a la edad de once años en el convento de *Dames de la Congregation,* en la calle Nueva de San Esteban para hacer su primera comunión. Allí conoció a dos señoritas de Amiens, dos hermanas de poca más edad que ella: Enriqueta y Sofía Cannet, con las que se unió en estrecha amistad. Al salir del convento, y de vuelta a casa de su padre, en el muelle de Lunettes, sostuvo una correspondencia frecuente con Sofía, que también había regresado a Amiens. Esta correspondencia, que ha sido guardada preciosamente por la familia Cannet, es la que M. Augusto Breuil, abogado, ha obtenido de las manos de sus dignos herederos, con el permiso para publicarla hoy.

Comprende y ocupa, casi sin interrupción, el intervalo de enero 1772 a enero 1780. Cuando comienza, la muchacha no tiene más que diez y ocho años, y llega a los veintiséis cuando escribe la última carta. Sin duda hubo otras más, pero no fueron conservadas. La carta final anuncia el matrimonio de M. Roland, cuyo conocimiento con la señorita Philipón fué debido a las dos amigas de Amiens. Esto cortó la correspondencia. Estas cartas acaban, como una novela, con el matrimonio, y al observarlas bien, se ve que realmente son una novela, la novela de la primera juventud y de la amistad entre dos muchachitas que hacen su entrada en la vida.

Sofía es más fría, más tranquila, tiene dicha, y Manon Philipón es lo que se puede augurar, lo que ella misma en sus Memorias nos ha pintado con tan vivos colores. Pero su desenvolvimiento se muestra en cada carta ingenuo, continuo; se puede seguir con el ojo del alma y de la razón que se apresuran a tomar color y forma.

Las cartas de Madama Roland a sus jóvenes amigas me demuestran cuán cierto es que si existe en nosotros un ser moral perfecto, existe al principio de la vida; a los

veinte años existe en toda su integridad y en toda su gracia. Entonces es cuando llevamos dentro al héroe de Plutarco, a nuestro Alejandro. A medida que crece y que se hace más visible para los demás, se pierde para sí mismo; cuando los demás pueden apreciarlo (¡verdad horrible!), ya ha desaparecido. Franqueza, abnegación, fidelidad, valor, todo esto conserva sus respectivos nombres, pero ya los merecen poco. Toda alma, al avanzar, sufre el menoscabo de que es capaz. "Todos los hombres, ha dicho el noble y bondadoso Vauvenargues, nacen sinceros y mueren hipócritas", y le hubiera bastado para expresar su pensamiento decir que mueren *desengañados*. Al menos, aun entre los mejores, lo que se llama progreso de la vida es bien inferior al ideal de la juventud. Así, pues, somos dichosos cuando encontramos ese primer retrato de personajes que llegaron después a la celebridad y cuando el azar nos depara el espectáculo de lo que fueron en ese momento único y selecto, en ese capullo, en esa *hora adornada,* que decían los griegos. Todo lo demás que en ellos vemos tiene más o menos anacronismos.

Madama Roland pareció, seguramente, más grande más tarde; pero ¿fué más prudente, más honda, más atrayente entonces que en esas horas de íntimo e ingenuo esparcimiento? ¡El drama público le costó muchas escenas privadas! El cuarto acto se estropeó mucho; pero el quinto lo reparó todo, afortunadamente, y la aureola del patíbulo cubrió los errores. Pero aquí no vemos más que sencillas escenas de sus comienzos, una exposición irreprochable y conmovida de hechos.

Madama Roland habría podido vivir bajo este aspecto hasta el fin, aunque realmente no cambió mucho. Sus amigos, aun sintiendo por ella misma que este campo fuese muy estrecho, no habrían pensado nunca en la idea de transportarla a la esfera huracanada donde tan ampliamente vivió y murió triunfante. Y, sin embargo, fué siempre la misma, pues su naturaleza moral era tan completa,

sabía tan bien regular sus deseos, que nunca pareció contradecirse. ¡Qué interesante es adivinar el genio a través de la vida doméstica en personas en las que está pronto a resurgir o que no resurgirá jamás! ¡Cuántos Hampden —dice Gray en su *Cementerio de aldea*— duermen desconocidos bajo el césped! Muchas veces he intentado figurarme lo que sería el cardenal Richelieu restringido por la vida doméstica; acaso un mal vecino o, hablando vulgarmente, un *mal cucheur* [1]. Bonaparte, en vísperas del 95, puede dar una idea aproximada cuando sin empleo lanza sus afirmaciones originales ante Burrienne y Madama Permon. ¡Qué raros son los seres que parecen buenos y excelentes en la vida privada y grandes en la pública, como Wáshington y Madama Roland!

Hay que tomar una precaución al abordar estas cartas para no tener un poco de desencanto: es preciso saber la preocupación y los deseos de la muchacha que las escribe. En algunas páginas asistimos a ejercicios de retórica y de filosofía. La joven Phlipon, en su ávido deseo por saber, en su instinto del talento, lee a toda clase de autores, hace extractos de las lecturas, y estudiando, se corresponde con su amiga: "Pues —dice muy juiciosamente—, no se aprende nada cuando no se hace más que leer; hace falta sacar la substancia, lo que se quiere conservar, es preciso penetrarse de su esencia". ¡Talento fuerte y raro en el que todo era natural, aun la misma educación! Ella habla en sus Memorias de lo que llama extracto de sus *Obras de Muchacha,* que no son sino estas cartas. Unas veces analiza un tratado de metafísica, otras a Delolme en doce páginas (lo que es un poco largo), y otras intenta escribir una elegía en prosa. Comienza a formar su estilo, en el que las frases reputadas elegantes y los epítetos del diccionario, como *cascabel de la locura, dócil discípula del indolente Epicúreo, alocado hijo de la risa,* abundan a ve-

[1] Cascarrabias.

ces demasiado. "Sabes —escribe un día a su amiga—, vivo a la orilla del Sena, hacia la punta de esta isla en donde está la estatua *del mejor de los reyes.* El río que corre apaciblemente delante de mi casa me deja sus ondas saludables". He aquí sin duda, un armonioso comienzo para pintar el muelle de Lunettes, y sentimos que el editor no haya hecho numerosos cercenamientos en toda esta parte elemental que no tenía otro interés que el de servir como muestra con lo que habrían ganado otras descripciones excelentes. Dos cartas después de la precedente, habla con mucha gracia de la vida prosaica que hace en Vincennes, en casa de su tío el canónigo. "En tanto que un buen canónigo hace resonar su viejo violón con un arco que tiembla, yo rasco el violín; un segundo canónigo nos acompaña con su flauta quejumbrosa, y he aquí un concierto que haría huír a todos los gatos. Cuando termina esta obra maestra, estos señores se felicitan y aplauden, y yo corro al jardín donde cojo el perejil y la rosa, luego voy al gallinero en el que me interesan las incubadoras y en el que los pollitos me divierten; guardo en mi memoria todas las noticias y todas las historias que pueden servir para deslumbrar a estas imaginaciones entumecidas y para variar la conversación del espíritu que me produce sueño. Esta es mi vida". Y luego: "Me gusta esta tranquilidad que no es interrumpida más que por los cantos de los gallos; me parece que palpo mi existencia, y siento el bienestar análogo al que sentiría un árbol sacado de una maceta y trasplantado en pleno campo". En todo esto el estilo es otro; es decir, ya no hay estilo: la discípula de filosofía, habla una vez terminada su lección de retórica. Es preciso decirlo, no se ha traicionado completamente la intención de la muchacha que escribió estas cartas, publicándolas, pues en más de un párrafo se ve que ella piensa en el empleo que algún día pueden tener. A cada instante el escritor se muestra. Si por desgracia se pierde una carta en el camino, asistimos a sus lamentaciones y a sus

pesquisas. Cuando habla de sus garrapatos, ¿lo hace en serio? "Además, ¡qué importa nuestra manera de escribir! Al arreglar mis cartas *(las arregla, pues)*, ¿tengo yo la esperanza de que, después de mi muerte, encontrarán un editor para colocarse al lado de las de Madama de Sévigné? No; esta locura no está en el número de las mías, y si guardamos nuestras mamarrachadas es para reír cuando ya no tengamos dientes". Y todavía, en un momento de los de más tiernas confidencias, y de las más secretas de un corazón que se cree sorprendido dice: "Abre la carta, léela, piensa en mis tormentos y en los suyos... y mira si debes enviarla. Pero, en todo caso, no quememos ninguna. Si algún día mis cartas debieran ser vistas por todo el mundo, no quiero ocultar ni una de mis debilidades ni uno de mis sentimientos". Puesto que nos es permitido, y puesto que nos invita, penetremos en el interior virginal al que ella misma nos guía.

La unidad de esta Correspondencia, en la que algunas supresiones habrían sido convenientes, está en la amistad de dos muchachas, en esta amistad apasionada que cuando menos siente la señorita Phlipon, comenzada en el convento, con sus pequeños huracanes, sus diarios incidentes, sus alzas y bajas y que expira en el matrimonio, y al decir expira, hablo solamente de la forma y de la expresión apasionada, pues el fondo subsistió siempre. Aun antes del final de esta amistad apasionada, se ve que sufre un enfriamiento, una variación bastante sensible, causa de un primer sentimiento amoroso que anida en este corazón que no sabía dividirse. Mas me es preciso ajustarme más a los comienzos y proceder con método. La señorita Phlipon tiene diez y ocho años y es devota todavía. Las cartas de 1772 a Sofía son de una gravedad que hace sonreír. Se ve que la joven ha leído a Nicole y luego que acaba de leer a Rousseau. Ha sido —dice— *prevenida* (prevenida por la Gracia su estilo de Nicole) poco después que su amiga. Ha obrado hasta los doce años guiada por esa especie

de razón envuelta aún entre las tinieblas de la infancia, y solamente después el rayo divino ha comenzado a brillar para ella. Mas el amor propio, el grande y detestable enemigo, no ha desaparecido por esto. "Le llamo detestable —escribe—, y le detesto por muchas razones, pues me hace muchas trastadas, y es un ladrón muy hábil que siempre me quita algo. Unámonos, mi buena amiga, para hacerle la guerra, y le juro un odio implacable, etc., etc." Y sigue una pequeña arenga de Santa Cruzada contra este *odioso yo*. San Francisco de Sales que les permite algunas coqueterías a las muchachas casaderas, le parece demasiado indulgente. Cuenta y confiesa en muy buen estilo didáctico, sus propias luchas espinosas contra la vanidad: "¡He aquí una pintura ingenua de las *revoluciones que tienen lugar en mi corazón!*" Esta fase duró poco; seguimos en la Correspondencia el declinar de esta devoción un momento tan viva, y aunque en marzo de 1776 hace paradas en algunas estaciones, en septiembre del mismo año, las amigas de Amiens rezan por su conversión. Mucho tiempo se entrega a lo que ella llama *calaveradas de razonamiento:* "La universalidad me ocupa, la bella quimera de lo útil (si se le puede llamar quimera) me emborracha". Juzga filosóficamente su religión de antes y se la explica así: "Por ella comienza siempre todo aquel que tiene un corazón sensible y un espíritu dado a las reflexiones". Su ideal de amistad con la piadosa e indulgente Sofía no sufre ningún enfriamiento, a pesar de todo.

Severa, activa, diligente, estudiosa, y siempre buena mujer de su casa, pasando de Plutarco al abate de Nollet, y de la geometría a los deberes familiares [1], la joven Philipón, cerca de los diez y nueve años, no se escapaba siempre a una vaga melancolía que tampoco quería desterrar, complaciéndose en confundirla con el sentimiento que le

[1] También dedicada al oficio de familia... Su padre era artista grabador y ella trabajó algún tiempo para aprenderlo. Madama Roland sabía dibujar muy bien y M. Courtois tiene un dibujo de ella.

produjera la ausencia de su amiga. Si un domingo en el mes de mayo, al salir de la misa del convento iba a pasearse con su madre al Luxemburgo, comenzaba para ella un ensueño, el silencio y la calma de este jardín entonces campestre y solitario, no eran interrumpidos para ella más que por el ligero estremecimiento de las hojas. Sentía la ausencia de Sofía durante este paseo delicioso, y en las cartas siguientes el tinte del *sentimiento* era más acentuado; palabra de entonces, y color reinante durante la mitad del siglo XVIII. Pero la alegría natural y un gozo inocente corregían en seguida esta languidez, la calma y equilibrio se sostenían, y repitiendo alguna oda rústica de Thomson, o moralizando sobre las pasiones que deben corregirse, añadía con una gravedad encantadora: "Yo encuentro en mi religión el verdadero camino de la felicidad; sumisa a sus preceptos, vivo dichosa; canto a mi Dios, a mi dicha y a mi amiga, canto sus alabanzas en mi guitarra y encuentro regocijo en mí misma". Y es que ella estaba todavía en la primera estación, en los primeros días de mayo del corazón.

Un viaje de Sofía a París, y la viruela, fueron causa de la interrupción de esta correspondencia. La viruela era frecuentemente, en las muchachas, síntoma de su entrada en la edad de emociones. Era como un temible juicio de la naturaleza que dejaba intacta u hollaba cada beldad. La señorita Philipón era una de esas bellezas que no temen a ninguna prueba y apenas restablecida de su larga convalecencia, tuvo los pretendientes a cual mejor y más enamorado. "En cuanto una muchacha —escribe en sus *Memorias*— llega a la edad de su desarrollo, los pretendientes revolotean en torno de ella como las abejas en torno de la flor recién abierta". Pero, al mismo tiempo que escribe tan bonitas figuras, se burla de este enjambre de hombres casaderos que hace desfilar ante nuestra vista con gran regocijo por su parte. Se diría una heroína de Juan Jacobo, tal como éste se complace en situarlas en el

país de Vaud; una Clara de Orbe que bromea con inocencia. En las cartas las chanzas no son tan frecuentes como en las *Memorias,* y como los pretendientes se presentan uno a uno, y como sus pretensiones pueden ser convenientes se muestra muchas veces preocupada. Se enfada y se irrita a veces contra ellos, tanto como más tarde ríe. "Mis sentimientos me parecen extraños; no encuentro nada más extraño que odiar a una persona por el solo hecho de que me ama, y esto desde que quise amarle. Y, realmente es cierto; te escribo sinceramente lo que pasa en mi alma". Las cartas a Sofía son en este momento de una delicada confidencia y luego se vuelven más vehementes y excitadas. La amistad no es sino la ocasión, el pretexto, el velo tembloroso y agitado; yo no sé qué idea confusa y púdica está en juego en lontananza. "Sin embargo, no siempre me siento capaz de aplicación. Esto me ocurrió últimamente. Cogí la pluma, y para divertirme hice tu retrato, que guardo cuidadosamente con esta inscripción: *Retrato de Sofía.* Emborrono papel escribiendo todo lo que se me ocurre y esto me sirve para limpiar mi cerebro... Adiós, espero a una prima que debe llevarnos a paseo; mi imaginación galopa, mi pluma trota, mis sentidos están agitados, mis pies arden. Mi corazón es todo para ti".

Por tranquila y sana que sea en el fondo por naturaleza una muchacha, parece difícil que en esta carrera alocada y joven de emociones y de pensamientos, permanezca fría, siendo tan solicitada. Así, la señorita Phlipon tuvo, en cierto momento su llama. ¿Cuál fué entre todos el preferido? ¿El primer mortal que la encontró, no dejó intacto el ideal de tan noble corazón?

Entre estos pretendientes, los había de todas clases y profesiones, desde el comerciante de diamantes hasta el médico y el académico; desde el tendero hasta el tabernero; y la burlona muchacha decía que, si presentase un cuadro de esta corte más o menos amorosa, cada cual

con los atributos de su profesión, como hacen los turcos en el teatro en cierta ceremonia célebre, resultaría un abigarramiento singular. Pero, al fin, no bromeó siempre, y ese momento de seriedad, tierno, no muy violento ni tempestuoso, pero, no obstante, muy bello, es el que traiciona la Correspondencia.

Ha hablado mucho en sus Memorias de La Blancherie, especie de escritor y de filósofo que incurrió pronto en la insipidez y en la manera filantrópica. Le juzga desde un punto de vista muy alto y, por último, exclama: *Echemos al fondo este personaje.* Pero antes de ser ahogado, había sabido hacerse amar, y nada probaría mejor que no hay en el amor nada más que lo que en él se pone, y que el objeto de la llama es casi en realidad nada. La muchacha enérgica, sensata, de imaginación, recta y severa, distingue desde el primer día a un ser que es el conjunto de todas las insulseces y de todas las tonterías en boga, y cree encontrar en él al tipo seductor de su sueño. Y es que La Blancherie, *joven prudente,* amigo de Greuze, con sus versos, sus proyectos, sus consejos de moral a los padres y madres de familia, representaba precisamente en su flor, el lugar común del romántico filosófico y sentimental de aquel tiempo, y el romanticismo en el corazón de una muchacha, aun cuando ésta haya de ser Madama Roland después, tiene aunque sólo sea una sola vez, muchas probabilidades de éxito. Las cartas de Sofía se resienten bien pronto de este acontecimiento interior; la postdata a ocultas de su madre es cada vez más larga y el pequeño gabinete ya no le parece seguro y teme ser sorprendida. "Nada de respuesta, a menos que sólo sea inteligible para mí. Adiós; el corazón se sobresalta al menor ruido, y tiemblo como un ladrón". ¡Con qué impaciencia y con qué angustia son esperadas las respuestas! Si estas cartas tan deseadas llegasen durante la comida de la familia, tendrá que abrirlas delante de todos y, olvidando que no está sola, llorará, y entonces los padres sonreirán,

y la abuela dirá por todos: "Si tuvieses un marido e hijos, esa amistad desaparecería y olvidarías a la señorita Cannet". Y la muchacha, contando esta escena, se rebela contra los que tal piensen. "Me sorprende ver cómo la gente considera la amistad como un sentimiento frívolo o quimérico. La mayor parte se imagina que el más pequeño afecto de otra especie alteraría o borraría la amistad. ¿Crees tú, Sofía, que la nueva situación rompería nuestra amistad? Esta palabra *romper* es muy dura; pero, ¿por qué, ¡oh jovencita! tu amistad parece exaltarse en estos momentos en que tienes una preocupación más dulce que embarga tu corazón? ¿Por qué el día en que volviste a ver a ésa cuyo nombre no quieres citar, el día en que leíste las pruebas de un libro virtuoso que él había escrito, el día en que creíste descubrir en él si no un Rousseau, cuando menos un Greuze, por qué acababas tu carta a tu amiga tan apasionadamente? Recibe las lágrimas emocionadas y un beso ardiente que pongo en estas líneas". ¿De dónde viene ese beso ardiente que aparece de pronto y por primera vez? ¿La amistad virginal no cambia? ¿Y por qué, en fin, cuando más tarde la *nueva situación* se define decididamente, cuando el matrimonio, si no hijo de la pasión, del razonamiento, puso fin a sus sueños, por qué la última carta de la correspondencia que leemos es precisamente la de *participación de tal suceso*? La abuela, en su oráculo de La Bruyère iba un poco lejos sin duda; pero, ¿no tenía un poco de razón?

Este sentimiento que inspiró La Blancherie, si no merece en absoluto el nombre de amor, y si no es en absoluto la idea que se podría formar de tal pasión en tal alma, pasa los límites de un simple interés, y es muy natural que Madama Roland en sus Memorias juzgándole de lejos, trate de desvirtuarlo, pero aquí le podemos observar en toda su fuerza. Lo que le sirvió notablemente a La Blancherie en los comienzos, fué que se le veía poco y sólo por apariciones. Estaba con frecuencia en Orleáns, reapareció

en la casa en ocasión de la muerte de la madre de Madama Roland; M. Phlipon se preocupaba poco de él y hubo rogarle que moderase sus visitas. Estos eclipses y poca claridad que le rodeaba contribuyeron en su fa La joven heroína, que ya he comparado con un perso de la *Nueva Eloísa,* había llegado a parecerse much alguna amante de Corneille, cuando pensaba en el vir so y sensible ausente. La Blancherie, a quien no t ocasión frecuente de ver, se halla en un funeral del versario de la muerte de Madama Phlipon, y ento exclama la muchacha: "Imagínate —escribe a su ami todo lo que podía inspirarme su presencia en semej ceremonia. Me avergoncé por estas lágrimas adúlteras brotaban a la vez por mi madre y por mi amante... ¡ los! ¡Qué palabra! Pero, ¿realmente había razón p avergonzarme? No; segura de la rectitud de mis se mientos, te he tomado a ti por testigo, ¡sombra queri sagrada!" Se ve que el tono a que se remontaba es el la escena sublime:

¡Adiós, muy desgraciado y muy perfecto amante!

Y luego, como Paulina, habla de la *sorpresa* de los tidos a la vista de La Blancherie; pero ya se sabe que existe tal sorpresa, puesto que todo está relacionado el sentimiento inspirado. El primer desencanto que t fué en el Luxemburgo, en donde encontró a su amado una *pluma* en el sombrero. ¡Un filósofo con *pluma*! A nas ligerezas que contaron de él contribuyeron a com meter el ideal. Finalmente, ocho o nueve meses desp del encuentro en la iglesia cayó la careta; cuando le ju o cree juzgarle, escribe: "Tú no sabes qué raro me parecido; sus facciones, aunque son las mismas no tie la misma cosa que antes. ¡Oh, qué poderosa es la ilusi Le estimo mucho más que a los demás hombres, so todo de los de su edad; pero ya no es el ídolo de per ción, ya no es el primero de su especie; en una palal ya no es mi amante; esto es decirlo todo". Estos párra

comparándolos con ciertas páginas de las *Memorias* son una lección eficaz sobre las falsas perspectivas del corazón. La última escena, sobre todo, en la que La Blancherie le pareció tan diferente de lo que fué antes, aunque siempre profesándole estima; esta escena, de entrevista, un poco misteriosa, que duró *cuatro horas,* está contada en sus *Memorias* con una fidelidad relativa y con cierta crueldad. Según estas páginas de las *Memorias,* echó a la calle a La Blancherie casi con ademanes de reina, y según la carta a Sofía del 21 de diciembre de 1776, parece que al oír una visita le hizo seña de salir por una puerta en tanto que ella iba a recibir al visitante por otra, adoptando un aire coqueto para disimular su estratagema. ¿Se encuentran estas variaciones inevitablemente aun en nuestros relatos más sinceros?

Puede ser, pues en materia tan delicada es preciso tenerlo todo en cuenta; puede ser que la carta a Sofía no sea fiel y acaso fuese más dura y desdeñosa para con La Blancherie que lo que cuenta a su amiga confidente, por su amor propio, por sí misma y por el pasado. Sin embargo, temo que sus *Memorias,* reuniendo en una sola escena los juicios posteriores, hayan alterado un recuerdo mucho tiempo despreciado.

Pero, ¿cuál es el autor de Memorias que resistiría una total confrontación de éstas con sus cartas y con los relatos de sus impresiones?

Ese sentimiento, tal como existió un instante, la muerte de su madre, sus variadas lecturas, todo contribuyó, junto con sus amistades con hombres distinguidos, a que a los veintidós años, su alma enérgica tuviese una impulsión y se revelase aun en aquel círculo estrecho. En vano repite, con una sinceridad perfecta: "Deseo sombra, la claridad media me basta para una dicha, y, como dice Montaigne, no se está bien sino en la trastienda"; su naturaleza potente, sus facultades superiores, se encuentran con frecuencia muy entumecidas en el entresuelo en que la suerte

la había confinado. Su vida desborda y ella se compara con un león en una jaula; debía haber nacido mujer romana o espartana u hombre francés. Osemos citar uno de sus deseos, después realizado por muchas heroínas célebres: "Ven a París —escribe a la dulce y piadosa Sofía—, nada vale más que la estancia en donde las ciencias, las artes, los grandes hombres de toda especie, los recursos de todas clases, se reúnen hasta colmar nuestro deseo. ¡Cómo pasearíamos y qué estudios haríamos juntas! ¡Oh, cómo me gustaría conocer a los hombres hábiles de todo género! Algunas veces me siento tentada a ponerme un pantalón y un sombrero para poder ver los bellos resultados de todos esos talentos. Cuentan que el amor y la abnegación impulsan a la mujer a tal disfraz... ¡Ay! Si yo razonase un poco menos, y si las circunstancias me fuesen un poco favorables, tendría bastante valor para hacer otro tanto. No me extraña que Cristina haya abandonado el trono para vivir apaciblemente ocupada de las ciencias y de las artes que la encantan... Sin embargo, si yo fuese reina, sacrificaría mis gustos al deber de hacer dichosos a mis súbditos... ¡Sí, pero qué sacrificio! Bah, no me entristece el no llevar corona de reina, aunque me falta mucho para ello... Mas, charloteo sin ton ni son; te amo siempre igual, adiós, adiós". La amistad con Sofía y las cartas que le escribe durante los primeros meses de 1776, participan de este conflicto de emociones. Ella misma lo confiesa y nos da la clave de esta complicación: "¡Ay, Sofía, Sofía! Juzga hasta qué punto estará arraigada en mí tu amistad si te digo que es el único afecto que no está cautivo!"

Pero Sofía sola no bastó, y hacia mediados del año de 1776, se nota un descenso y se oye una ligera queja: "Sofía, Sofía, tus cartas se hacen esperar mucho..." Al mismo tiempo que pensaba en La Blancherie y en Amiens, pensaba en el claustro; Sofía había tenido la idea un momento de hacerse religiosa. Las dos amigas no eran ya

la una para la otra todo un mundo. Vuelven a amarse con vehemencia; pero es ya como un nuevo avance, y ya sabemos que en el camino del amor, como en el de la virtud, se retrocede en el momento en que no se avanza, y la misma Madama Roland es quien ha dicho esto. La hermana mayor de Sofía, Enriqueta, viene a pasar algún tiempo en París, y forma el tríptico en aquella amistad. Su vivacidad de imaginación y su alegría perjudican a la languidez de su hermana pequeña. Enriqueta entra en la intimidad y ya las cartas son para las dos. También Monsieur Roland comienza a parecer raro y austero. Todo esto no deja lugar al esparcimiento y aun mucho menos a las pequeñas luchas domésticas. La correspondencia avanza, pues, como la vida: sin unidad.

Al mismo tiempo, el talento del escritor gana; la muchacha, hecha mujer completa, es dueña de su pluma como de su alma, y la frase y el pensamiento funcionan según su deseo. Y aquí es donde yo hubiese querido que el editor hiciese algunos cercenamientos. Concibo las dificultades y los escrúpulos cuando se tienen en las manos materiales tan ricos; pero me parece que importaba al interés de la lectura conservar unidad, evitar lo que no es sino intervalos y, sobre todo, teniendo las *Memorias* a la vista, suprimir todo aquello que fuese *duplicata*.

Una postdata de esta Correspondencia que debemos al editor, es muy digna de ser el final y su corona. Acabo de nombrar a Enriqueta, la hermana mayor, la segunda y más íntima amiga. Era en 1793; muchos años de ausencia y de acontecimientos políticos habían entibiado, si no borrado, la amistad, y Madama Roland cautiva en Santa Pelagia, esperaba su sentencia y el patíbulo. Enriqueta corrió a salvarla; quiso cambiar sus ropas con ella y quedar prisionera en su lugar: "Pero te matarían, mi buena Enriqueta", le replicaba la noble víctima, sin consentir jamás.

Independientemente de la novela que yo he querido

hacer resaltar se encontrarán con placer en estos volúmenes muchas anécdotas y detalles que pintan bien aquel siglo. Era muy natural que la jovencita entusiasta desease conocer a Rousseau, y creyó idear un medio para esto. Un genovés, amigo de su padre, había de proponer al ilustre compatriota la composición de algunos trozos musicales, y ella reclamó el encargarse de ello. Dos días después del brazo de su criada se encaminó hacia la casa y subió temblando las escaleras; pero fué Teresa la que vino a abrir la puerta, y la que contestó que *no* a todas las preguntas sin abandonar un instante la cerradura. Es mucho mejor que no haya visto nunca a Rousseau, el objeto de su culto, pues es así que las religiones del espíritu son más fervientes.

Acerca del amable y bueno M. de Boismorel, que tiene tan bello papel en sus *Memorias;* acerca de Sevelinges, el académico [1], que no está desprovisto de agrado; sobre cierto genovés menos aturdido, *y cuyo talento parece una linterna sorda que no alumbra sino a quien la tiene en la mano;* sobre todo figuras conocidas para ella y luego para nosotros, hay detalles de observación que encantan. Nos hace apreciar particularmente a uno de sus amigos más afectuosos, a M. de Sainte-Lette que viene de Pondichery y a donde regresará, que conoce el mundo, que conoce las pasiones por experiencia propia, que se lamenta de su juventud perdida, y que, además, es *ateo.* En el siglo XVIII había el *ateo,* y casi era una profesión. Cuando se descubría esta cualidad en un individuo, se sentía por él una especie de horror no sin un poco de atractivo. Se hacían partícipes del descubrimiento a los amigos misteriosamente, y esto ocurrió con M. de Wolmar, con M. de Sainte-Litte y con el amigo de Rousseau, Deleyre. En nuestros días, las tres cuartas partes de la gente no creen en nada después de la tumba y no creen por eso que son

[1] Le califica de académico de provincias.

ateos; lo son con perfecta indiferencia, y apenas nos damos cuenta de ello.

Monsieur Roland hace su presentación en una carta a las amigas de Amiens; pero estamos mucho tiempo sin adivinarlo. Desde el primer día, la que está destinada a ilustrar históricamente su nombre, le estima y se esfuerza por parecer más preocupada por él, pero solamente su espíritu está comprometido. En sus visitas se habla de todo: el abate Raynal, Rousseau, Voltaire, Suiza, el Gobierno, los griegos, los romanos, son motivos de conversación. Están bastante de acuerdo en muchas cosas, pero Raynal es un campo de batalla objeto de muchas disputas. M. Roland, en su buen sentido de economista, se permite juzgar al historiador filosófico de las dos Indias, como un charlatán un poco filósofo, y no estima sus extensos volúmenes más que como buenos a rodar en *ciertos gabinetes*. La muchacha, admiradora de Raynal, le defiende como defendería a Rousseau. Todavía no ha podido encontrar la diferencia entre el uno y el otro, y aún no ha colocado en su lugar todo lo que debió a La Blancherie. En toda época, lo declamatorio está al lado de lo original, y para los contemporáneos se confunden fácilmente. El mejor compositor puede parecer Racine, y a Raynal puede creérsele Rousseau. Sólo el tiempo hace la separación, y muestra al escritor original que ha obedecido demasiado a los deseos de sus discípulos y que se emborracha con los aplausos excesivos. En estas páginas que ojos contemporáneos tocados del mismo mal admiran como igualmente bellas, y que una especie de unanimidad complaciente proclama, el tiempo, con su ala, indica lo que debe pasar y deja grandes placas injuriosas que hacen resaltar más el pequeño número de colores legítimos que son imperecederos. Los volúmenes de las cartas de Madama Roland nos llegan manchados por el ala del tiempo con esa tinta que salta a la vista, y estas manchas son los lugares comunes de su tiempo.

Los cuatro o cinco años que pasan desde la muerte de su madre hasta su unión con M. Roland, son para ella rudas, terribles y mezquinas pruebas. Su padre se arruina y ella, sabiéndolo todo, quiere sonreír ante el mundo y ante su padre, y disimular: "Preferiría el silbido de los dardos y los horrores de la lucha —exclama—, al ruido sordo que me destroza. Esto es la guerra del bueno contra la suerte". Acababa de leer a Plutarco o a Séneca, cuando profirió esta frase estoica; pero también había leído a Homero cuando decía sonriendo: "La alegría perfora mis penas y sale como un rayo de sol que perfora las nubes. Gran necesidad tengo de la filosofía para prepararme contra los grandes asaltos que se preparan. He hecho gran provisión, y estoy como Ulises en la higuera esperando que el reflujo me traiga mi barca".

Monsieur Roland, que había hecho un viaje a Italia, al pasar por París lo visita poco, y ella está poco interesada. Una vez soñó con él; pero nada sentimental. Así escribía a las dos hermanas: "Decididamente es un hombre ocupado y que se prodiga poco"; y ella, que tan aficionada es a hacer el retrato de sus amigos, no intenta hacer el suyo; lo ve *con anteojo* y nada le hace suponer que esté de regreso de Italia. No se habla así de un indiferente, y es buena señal que M. Roland, prudente observador, no se inquieta gran cosa, y avanza tardío, pero seguro, como la razón y como el destino.

En esta parte final de la Correspondencia, en medio de las vicisitudes familiares y de las desgracias que sitian la existencia de la que ya no es una muchacha, resalta una cualidad nunca bastante alabada, un no sé qué de sano, de probo y de valiente emana de estas páginas; obrar, ante todo obrar. "Es cierto —se complace en repetir— que el principio del bien reside únicamente en esta preciosa actividad que nos saca de la nada y nos hace aptos para todo". De este amor al trabajo nacen según ella la estimación, la virtud, la dicha, todas aquellas cosas

en que ella supo vivir y que no la abandonaron hasta su muerte. Y porque las últimas generaciones del siglo XVII tan calumniado creían firmemente en estos principios, de los que es un noble ejemplo Madama Roland, y porque estuvieron formados en las tormentas horrorosas que sobrevinieron, la nación tan quebrantada no ha perecido [1].

15, NOVIEMBRE.

[1] He hablado de Madama Roland por última vez en ocasión de publicarse nuevos documentos en 1864 (tomo VIII de *Nouveaux Lundis*).

MADAMA GUIZOT

(ANTES PAULINA DE MEULAN)

Ciertos talentos, al llegar al mundo, y casi desde su primera juventud, traen una facultad de observación sagaz, penetrante, en guardia contra el entusiasmo, vuelta hacia la verdad, y sensible sobre todo al ridículo, a la mentira, y a la tontería. Cuando la mayor parte de los espíritus elevados debutan por la pasión, unas veces por una especie de ilusión confiada y pastoril, y otras por la misantropía más soberbia y más rebelde; cuando para los unos se abre el mundo risueño y encantado como para Pablo y Virginia y para los otros más activo, más severo e imponente, como para Emilio y Werther, para las naturalezas pronto maduras y prudentes de que queremos hablar, el aprendizaje es más seguro, menos aventurado, el mundo no es para ellas ni tan risueño, ni tan solemne, ni tan engañador, y vale a la vez más y menos que todo eso. La mayor parte de los hombres, cuando pasan de la juventud, tienen un sentido real de las cosas. Los que han comenzado por el entusiasmo confiado e inocente, aprenden a fuerza de desengaños a conocer el mal, y con frecuencia en esta edad de experiencia dolorosa se sienten inclinados a aumentarle. Cuando La Rochefoucauld dejó de ser enamorado y criticón, pondera-

ba la malicia humana, contra la cual le excitaban su gota y sus ojos malos. Los que conocieron la Maldad pronto y que después fueron estoicos y sombríos soñadores a los veinticinco años, al continuar viviendo se hacen más indulgentes, o cuando menos, más indiferentes. El autor de *Werther*, si en algún momento se ha parecido a su héroe, sería una buena prueba de esta apacibilidad gradual, de la que se podrían citar otros ejemplos más incontrovertibles. Pero los espíritus esencialmente críticos no tienen necesidad, la mayor parte de las veces, ni de grandes desengaños ni de experiencias directas para llegar a desarrollarse totalmente; son críticos y moralistas por instinto, por facultad innata y no por convencimiento posterior. Boileau no tuvo necesidad de experimentar vivas pasiones ni de atravesar torrentes amargos para escribir sus versos incisivos y discretos. A pesar de lo que se sabe de la vida de La Bruyère, yo no sé que tuviese necesidad de grandes pruebas personales para leer en los corazones. Esta facultad, este don de ver aparece en seguida en aquellos que están dotados de él y Vauvenargues se nos mostró desde muy temprano un hombre prudente. En esta familia seria e ilustre que desde La Rochefoucauld y La Bruyère se continúa hasta Vauvenargues y Duclos, Madama Guizot es la última, sin que todavía sea bastante estimada a este título.

El moralista, propiamente hablando, tiene una facultad y un placer de observar las cosas y los caracteres, y puede penetrarlos y profundizarlos de cualquier manera que se presenten. Para él no hay teoría, ni sistema, ni método: le guía la curiosidad práctica. Así toda persona y toda sociedad son materia de observación. Su placer es mirar en derredor suyo y descubrir la verdad bajo cualquier forma. Para un individuo cualquiera, si un personaje es enojoso o insignificante, bien pronto queda definido por el espíritu crítico. Al leer un libro, en el prefacio conoce al autor, entra en su pensamiento, y en

la página veinte, las reflexiones sugeridas son infinitas, y ya ha hecho un volumen a propósito de aquella lectura. La crítica literaria no es nunca para el talento moralista más que un punto de partida y una ocasión más de revelarse. Al asistir a la representación teatral no dice solamente: "Esto es bueno o es malo, me he divertido o aburrido"; entabla un diálogo consigo mismo, y ve a los caracteres; no duda desde el punto de vista teatral, sino desde el de la realidad de la vida. Así *Tartufo* hace concebir a *Onufro*.

El moralista va así, con interés, pero sin prisa, sabiendo y anotando cantidad de cosas sobre cantidad de motivos. En cuanto a las leyes metafísicas no se aventura nunca en ellas, pues como tiene más tacto que doctrina, se atiene al hombre civilizado y a los accidentes sociales, para sus fallos a ciertos aspectos para él manifiestos, seguro de que las cosas justas no pueden nunca contrariarse entre ellas. La Bruyère me parece el modelo del moralista concebido así. Tenemos, según dicen, libertad de prensa; pero ¿es que un libro como el de La Bruyère se encontraría a salvo entre nuestras costumbres? El pobre autor sería maldecido, me figuro yo, cuantas veces saliese de las máximas. Los gentileshombres de Versalles comprendían las chanzas mejor que varios de nuestros soberbios modernos. Hay otra razón fundamental para que La Bruyère no encaje en nuestros días, y es que no se sabe lo que son ciertos defectos que el moralista, que ve con sus ojos penetrantes, pone de relieve con su sagacidad. Una palabra, por ejemplo, que no se dice casi nunca, y de la que vivían antes los moralistas, los satíricos y los cómicos, la palabra *tonto*, y es que hoy casi no es defecto, y la tontería, un poco de tontería en unión de un poco de talento es casi un arma para triunfar. Un poco de tontería con un poco de talento viene a ser lo que un cartel que dijera: *Mirad qué grande cualidad poseo*. Y hoy vivimos en una época en la que el público prefiere que le enseñen

oficiosamente el talento a tomarse el trabajo de descubrirlo. Mas en ocasión de hablar de un excelente moralista no desesperemos demasiado por el porvenir de tan precioso género y que hasta nuestros días nunca había sucumbido en Francia. Madama Guizot lo ha dicho, no sé en dónde: "Cuando se produce en un orden cualquiera un obstáculo, siempre vienen sin tardanza gentes de talento que saben obviarle".

Madama Guizot ha sido más conocida y clasificada hasta hoy como autora de notables tratados de educación que como moralista en el verdadero sentido del vocablo. Los dos volúmenes que tienen por título *Consejos de Moral* la presentan bajo este aspecto mejor que un estudio atento puede hacérnoslo ver. Sus brillantes ensayos de moralista, pertenecen sobre todo a la parte de su vida en el siglo XVIII y han sido menos alabados que sus últimas obras.

La señorita Paulina de Meulan, nacida en 1773 en París, fué educada en el seno de las ideas y de las costumbres de la sociedad distinguida de entonces. Su padre, M. de Meulan, tesorero general de París, gozaba de una gran fortuna, a la que hacía honor con generosidad y buen gusto. Su madre, educada en Saint-Chamans, pertenecía a una antigua y noble familia de Périgord, que tuvo sus representantes en las Cruzadas. La sociedad que frecuentaba la casa de M. Meulan, no difería de la que frecuentaba la casa de M. Nécker, y figuraban en ella Rulhière, Condorcet, Chamfofort, De Vaines, Suard, etc. M. de Meulan tenía como secretario con muy buen sueldo a Collé, de quien la señorita de Meulan en *El Publicista* juzgó más tarde las *Memorias* y en quien reconocía a través de su alegría una gran elevación de alma [1]. Muy querida de su madre, muy seria, muy inteligente, pero sin vivacidad, bastante enfermucha, la joven Paulina pasó sus

[1] Ver el *Diario* de Collé; agosto 1781, tomo I, pág. 417.

primeros años en esa sociedad de la que recibía lentamente el sello bien marcado entonces y muy visible después. No hubo en ella durante su infancia ni durante su juventud, ese entusiasmo de que la señorita Nécker, siete años mayor que ella, daba elocuentes pruebas. "Me acuerdo muy imperfectamente de Werther, que he leído en mi juventud", escribe varios años después, y así debió de ocurrirle con muchas lecturas que impresionan a las almas jóvenes a la edad en que la suya aún no regía. En las proximidades de la Revolución, el movimiento impulsivo de su talento comenzó a ser sensible para ella; se interesaba con los acontecimientos de entonces, y por el triunfo de las ideas del 87 y del 89 que eran las suyas y las de la sociedad que la rodeaba. Pero no tardaron mucho en aparecer las disidencias, y las sacudidas cada vez más potentes la apartaron del primer camino emprendido. La impresión que le produjo la Revolución fué la de un horroroso espectáculo que hería todos sus afectos y todas sus costumbres aunque algo favorables a sus opiniones. Acaso esto fué la causa de que no hubiese juventud para ella. Estas dos ideas contradictorias en apariencia eran un enigma y opresor terrible. Su cerebro aprobaba y rechazaba a la vez, una misma causa. Así se formó un espíritu enérgico, mordaz, incisivo, que iba siempre en línea recta hacia lo real y lo recortaba netamente.

Y así, en estas pruebas, esta alma se templó para la virtud. La muerte de su padre en 1790, la ruina de su familia, su estancia forzosa en Passy y las reflexiones sin tregua durante el invierno de 1794 a 1795, concentraron sobre las desgracias de los suyos todas sus potencias morales, y su energía salió triunfante. En este largo invierno, en un día en que dibujaba, nos dice M. de Rémusat, concibió la sospecha de que acaso ella tuviese talento [1]. La

[1] Nos abstenemos de reproducir varias particularidades que se encuentran con agrado en la obra de M. de Rémusat escritas con la delicadeza y el ingenio de que nunca se muestra avaro.

idea de que podría servirse de este talento un día para atender a sagrados apuros, hizo que las lágrimas saltasen a sus ojos. Desde entonces leyó más, leía lentamente, y desde las primeras páginas de un libro reflexionaba en sus propias ideas sugeridas por las del autor. Conocía el inglés y se perfeccionó más aún, hasta que este idioma neto, sensato y enérgico, le fué tan familiar como su propia lengua. Antiguos amigos de su familia, Suard y De Vaines, la animaron a hacer sus primeros ensayos. Un interesante trozo escrito en 1807, *Los amigos en la desgracia,* me parece contener algunas alusiones a la situación de años precedentes. Todos los amigos de la señorita Meulan no fueron sin duda tan esenciales como De Vaines y Suard, y las mismas personas que más tarde se lamentaban de que se hubiese hecho *periodista,* pudieron hacerla alguna vez reír con sus vanos consejos. "Muchos amigos —dice—, pero pocos con quienes contar; mucho dinero manejado sin poder guardar ninguno; muchas deudas y ningún crédito; muchos asuntos que no nos producen nada". Probablemente pensaba en sus propios apuros domésticos, en esa fortuna de varios millones completamente agotada sin que ella pudiese salvar más que la satisfacción de nó deber nada. En este cuidado desplegó durante muchos años unas facultades activas y de conocimiento de los negocios que luego le fueron muy útiles. El primer intento literario de la señorita de Meulan, titulado *Las Contradicciones o lo que puede ocurrir,* se publicó el año 7, cuando tenía veintiséis próximamente. Este ensayo me parece muy característico de un autor muy joven y mujer. El héroe, en el primer capítulo, se levanta muy feliz una mañana en que debe casarse con la adorada Carlota. Su criado Pedro, especie de *Jacobo el fatalista,* honrado y decente, le viste diciendo según su costumbre: "Y bien, ¿no se lo había yo dicho siempre al señor?" Va a casa de la novia que ya está dispuesta, y luego a la alcaldía, pero el empleado municipal no llega; su mujer está de

parto y el hombre se divierte con sus amigos para festejar el nacimiento del niño. "Lo dejaremos para mañana", se dicen un poco descorazonados. El rival, que figura en el cortejo como primo de Carlota, sonríe, y el optimista Pedro contesta a su amo irritado, como acostumbra: "¿Quién sabe?..." Al día siguiente llueve y llegan tarde a la alcaldía y el empleado se ha marchado ya. Al otro día el novio tiene que marcharse porque una tía suya está moribunda. En una palabra, de contratiempo en contratiempo, el matrimonio con Carlota, que es coqueta, se deshace, porque además el mismo novio es bastante veleta e irresoluto. La situación, que comienza muy interesante, se prolonga demasiado y se enfría. El regocijo que encontramos es algo obscuro; pero para concebir la idea de hacer una novela con este *guiñol*, para haberse limitado a este fondo de pequeña ciudad de provincia en el que aparecen personajes bastante graciosos aunque no heroicos, coquetos ni irresolutos, era preciso obedecer a un ingenio sin duda muy original a su edad y a una comprensión grande de las ridiculeces, de las discordancias y de los inconvenientes. Así Despreaux debutaba con una *Sátira* contra las costumbres presuntuosas de París. Se observarán fácilmente en las *Contradicciones*, que también podrían titularse *Contrariedades*, cierto número de graciosas observaciones sobre las personas que se creen las *necesarias* y sobre los individuos denigrantes. He aquí una muestra de las evasiones que buscamos en los casos difíciles: "Yo no sé —dice el héroe de la novela— si todo el mundo es como yo, cuando me he ocupado largo tiempo en un proyecto que me interesa mucho, cuando encuentro una dificultad en sacar partido, que me obliga a seguir diferentes sendas, me enfrío y ya no me importa nada de aquello que antes yo creía que nunca me interesaría bastante". Y después: "Como ocurre siempre que nos preocupa un asunto, por poco importante que sea, olvidé por el momento todas mis penas". ¿Qué diría mejor un irónico de

cuarenta y cinco años retirado del mundo? Lo que se llama ensueño y melancolía no lo encontramos en ningún párrafo, pero hay un conmovedor capítulo, el del *Escudo de seis francos,* que recuerda un capítulo a lo Sterne escrito por la señorita de Lespinasse. Enriqueta, que reemplazó a Carlota en el corazón del héroe, es una personita de veinticuatro años, *bastante gorda y muy fresca,* que tiene encanto. La mudable Carlota es ridícula y no tiene agrado. Este héroe tan poco apasionado, algo extraño como un original de La Bruyère, y que sueña una noche alegremente que se va a casar con *cuatro,* se vuelve sentimental al fin y cae de rodillas llorando a los pies de Enriqueta [1]. El estilo es bueno, claro y conciso, sin malas locuciones. Sin embargo, una vez cuenta que conoció a una persona *sous un rapport semblable,* manera de decir que no toleraban ni Voltaire ni Couvier. M. Suard no debió dejar que esto pasase y habría cortado de raíz el defecto más tarde reprochable en este estilo tan sencillo, tan real y tan fiel al pensamiento.

No hay en las *Contradicciones* ningún trozo de sentimentalismo religioso ni de cualquiera otra disposición soñadora ni apasionada. El personaje Pedro, que se somete en todo a la Providencia, tiene algo de broma suave y fina que podría chocar a alguien, pero nunca exaltarnos. El buen Pedro, ya lo hemos dicho, es una especie de *Pangloss* honrado, un *Jacobo el fatalista* que podemos aceptar. Al pronunciar estos nombres, siempre un poco sospechosos y malsonantes, quiero aprovechar la ocasión para afirmar que uno de los rasgos característicos de la señorita de Meulan en sus comienzos y en sus folletines de *El Publicista,* era el de no tener ninguna falsa gazmoñería ni ningún ceño ficticio. Este cerebro prudente, esta conciencia

[1] Madama Guizot contaba que siendo muchacha comenzó esta novela y que estudió ciertos personajes de aquel tiempo, describiéndolos tal como los veía y sin escrúpulos pues se decía: *"¡Esto es para mamá!"* Si hubiese visto o sospechado algo más lo hubiese escrito, pues confiaba en *que sólo era para mi madre.*

perfecta, no trazaba en su derredor ningún círculo engañador. La señorita Meulan no creía condescender al escribir extensamente sobre Collé. Entre un folletón sobre *La Princesa de Cleves* y otro sobre *Eugenio de Rothelin,* aborda francamente la novela de Louvet, y sin indignación altisonante ni adoptar máscara, le reputó falso cuadro de costumbres y se lo entregaba a las costureras, tenderos de vestidos, peluqueros y escribientes de los procuradores anteriores a la Revolución, para los que sin duda había sido escrito. La señora Roland, que encontraba esta novela *bonita,* y quien con secreto placer buscaba las costumbres de una sociedad que detestaba, habría enrojecido si hubiese leído el folletón de la señorita de Meulan y se habría curado de repente.

Un párrafo de las *Contradicciones* demuestra hasta qué punto el pensamiento se formaba solo en la señorita de Meulan. Cuando Pedro, animado por el mediano entusiasmo de su amo ante las columnas del Louvre, dice: "Sí, esto es bello; pero, con permiso del señor, a mí me parece que lo encuentran bonito porque para verlo hay que venir de lejos. A mí me gusta mucho más nuestra iglesia que tiene diferentes dibujos y figuras en los nichos, que estas columnas todas iguales y que no significan nada". Esta opinión sobre el arte gótico imitada el año 7 por boca de Pedro, ¿no tiene otro alcance que el de una broma? Yo no me atrevería a afirmarlo. Pero yo encuentro más tarde en la señorita de Meulan opiniones igualmente nuevas y justas sobre poesía, que son como consecuencia de su independencia y de su recto juicio. En dos folletones de noviembre de 1808 sobre el *Uso de las expresiones comunes en Poesía,* el crítico hablando de un verso de *Boudouin,* en el que Lemercier había escrito *chevaux* en lugar de *coursiers,* intenta determinar las condiciones según las cuales se pueden introducir expresiones comunes en poesía. En otro folletón de marzo de 1809, acerca del *Cristóbal Colón* de este mismo autor, hoy tan negativo y entonces

tan en boga, el crítico discute la mezcla de lo cómico y lo trágico. Ningún falso escrúpulo, ninguna tradición supersticiosa estorba a su sagacidad en este delicado examen. No trata las cosas ni por el lado pintoresco, ni por el contraste dramático, y no examina, según yo, los recursos infinitos del talento y del arte, pero en cada palabra se ve a una persona de ideas, de gusto sano e ingenioso, sin prejuicios, derecho al fondo, y *racionalista* clarividente en toda materia.

La *Capilla de Ayton,* que apareció poco después de las *Contradicciones,* y que ofrece muy poco interés novelesco, me parece tener mucha menos significación como principio y como presagio del género futuro del autor. La señorita de Meulan, que traducía una novela del inglés, *Emma Courtney,* se decidió a continuarla a su manera y por su cuenta. Entonces estaban muy en auge las novelas inglesas con muchos acontecimientos y muchas emociones. Nuestra joven escritora intentó hacer esto y lo logró con éxito, pues su imaginación la ayudó en esta trama bastante real y llena de ternura. Si se compara con la mayor parte de las novelas de entonces la *Capilla de Ayton* parecerá muy razonable, muy sobria de exaltación y exenta de la sensiblería de entonces. La autora siempre sensata domina sus personajes, sus situaciones, las detiene, las prolonga o las anima a su gusto, y así ocurre que se presiente demasiado el artificio y la ausencia de la realidad vista o experimentada. Encantadoras escenas domésticas y familiares, y la continuidad del carácter de los personajes, atestiguan esta facultad dramática, esta ciencia de pretensión en la escena y de diálogo, de que Madama Guizot hace las pruebas en otras muchas obras, en sus *Cuentos,* en el *Colegial* y hasta en las *Cartas sobre la educación.* Y es que en un grado moderado y en los límites de moralista, tenía imaginación e inventiva; sus pensamientos en lugar de permanecer en estado de máximas entraban de buen grado en juego en su ingenio. Sabía hacer vivir y accio-

nar caracteres que no eran sencillas copias. Nada le gustaba tanto como el don creador en su maravillosa plenitud: Molière, Shakespeare y Walter Scott eran sus tres grandes admiraciones literarias y las solas que le conquistaron su afecto.

Monsieur Suard había fundado *El Publicista* hacia 1801. Lo que M. Guizot ha dicho tan bien acerca de los salones y de la sociedad de tan distinguido académico, se puede aplicar a la hoja de papel que era el eco de las opiniones de la gente que frecuentaba sus salones con moderación, urbanidad y en un tono honrado y libre. La filosofía del siglo XVIII impulsada o intimidada por la Revolución, ha dicho M. de Rémusat, formaba el espíritu de aquella hoja. *La Deuda,* que luego había de desaparecer, representaba esta filosofía en lo que quedaba de ardor y de proselitismo en su conjunto sistemático y en sus doctrinas generales, y abrazaba a la vez la política, la religión, la ideología y la literatura. *Le Journal des Débats* alzaba la bandera opuesta en todos sentidos. M. Suard, el abate Morellet y sus amigos que eran partidarios del siglo XVIII y no de la Revolucion, que se detenían en d'Alambert sin pasar a Condorcet, que permanecieron fieles a sus costumbres y a los delicados gustos de otros tiempos, no eran realmente representados por *La Década,* y todas las mañanas se indignaban tanto con él, como con las diatribas y las palinodias del *Journal des Débats* o *El Mercurio.* La señorita de Meulan, que ingresó en *El Publicista* desde su fundación por su amistad con M. Suard, encontró allí ideas conformes con las suyas, y un campo propicio a toda clase de ensayos. Durante cerca de diez años que escribió en esta hoja sobre moral, sociedad, espectáculos, literatura, los romanos, etc., etc., no podríamos formarnos una idea, a menos que leamos sus artículos, del talento complejo, de la fecundidad y de la justeza original que desplegó. Unas veces anónimamente, otras con la inicial P., otras con la inicial R., otras conversando con un personaje figurado, y

otras atacando vivamente a Geoffroy, Fièvе, Laharpe y Bonald (pues le gustaba la polémica y no la evitaba); juzgando en ocasión de algún elogio académico o de una reimpresión a Vauvenargues, Boileau, Fenelón, Duclos, Madama de Sévigné, Madama de La Fayette, Madama des Houlières, Ninón, Madama Du Châtelet, sin olvidar vengarse de estúpidos ataques, definiendo a Collin d'Harleville, Beaumarchais, Picard, Madama Cottin, Madama de Souza; disertando sobre la elegía o corrigiendo dulcemente a Madama de Genlis, su verbo razonador no se fatigó nunca, ni se perdió en vanas frases. En alguna parte dice acerca de Boileau: "La razón en él, era un órgano delicado, irritable, herido por un giro, como el oído sensible se resiente ante un tono falso, y sublevado en cuanto algo le era extraño". Hay algo de esta vivacidad, de esta vigilancia de la razón en la señorita de Meulan durante el período tan activo que hemos de examinar. Los dos volúmenes que hemos titulado *Consejos Morales,* han sido formados casi por completo con párrafos extraídos de aquí y de allá en sus artículos, de los prefacios de algunos folletones acerca de alguna comedia olvidada; pero han dejado a un lado sus juicios sobre los autores. Recorriendo con un indescriptible interés estas hojas reunidas por la piedad familiar, se nos ha ocurrido que, un volumen de estos extractos, un volumen más literario que los *Consejos morales* que conservase todo su sello primitivo, podría salvar del olvido tantos juicios hijos de la rectitud y del buen gusto, más de una opinión que debería ser repetida al hablar de las mismas cosas.

Los primeros artículos que la señorita de Meulan dió a *El Publicista* fueron coleccionados y reimpresos en 1802 en un pequeño volumen in-12, que no fué puesto a la venta. También encontraron su lugar en uno de los volúmenes de *Mélanges* publicado por M. Suard[1]. En esta

[1] M. Suard publicó primero tres volúmenes de *Mélanges* y luego dos más, formando un total de cinco. Al principio de los dos últimos (1804) se cuida de advertir que una gran parte de sus páginas están escritas

ocasión Madama de Staël siempre devota del talento naciente, escribía al académico: "He leído con infinito placer algunos trozos de *mélanges*, y no tengo necesidad de decirle qué diferencia he encontrado entre los firmados P. y los restantes. Pero le ruego que me diga si es la señorita de Meulan quien ha escrito esos trozos sobre Vauvenargues, el Tibet, los ingleses, etc. Es tan superior de lo que se puede esperar aún de una mujer de mucho talento, que me ha parecido encontrar su propia mano". Debió de ser después de la respuesta que recibiera de M. Suard, cuando Madama de Staël escribió a la señorita de Meulan ofreciéndole su amistad, rogándole que hiciese uso de ella en todo momento. La señorita de Meulan no aceptó más que el perfume bondadoso que exhalaba tal ofrecimiento. En sus primeros artículos había figurado Madama de Staël. A propósito de una frase del autor de *Malvina*, de Madama Cottin, que parecía negar a su sexo la facultad de escribir ninguna obra filosófica, el crítico recuerda la reciente obra de Madama de Staël sobre *La Literatura* y aprovechaba la ocasión para alabar ciertos pasajes y haciendo algunos reparos justos. Madama de Staël, al recibir tan ingeniosos consejos como éste, de *prestar menos atención a las alabanzas que al juicio*, sintió, como vemos, un agradecimiento que la honra, lo mismo que estos consejos honran al buen juicio de la señorita de Meulan.

Atala fué apreciada en un artículo por este crítico tan inteligente y tan maduro en sus comienzos, con una admiración atemperada, con muy discretas observaciones. Y aparte de este homenaje rendido al talento desde las filas de la causa religiosa, la señorita de Meulan colocaba en su lugar al *ciudadano* Laharpe y al ciudadano Vauycelles que se habían apoderado de un artículo sobre la *Educación de las niñas* de Fenelón, para dedicarse el uno, en pleno

por la misma mano que la firma P. en los primeros y M. de Barante me asegura que la mayor parte de los artículos sobre la *Historia del Teatro francés* están escritos por ella.

Liceo, y el otro yo no sé dónde, a la declamación de costumbres, sobre el fanatismo religioso y otros lugares comunes que entonces hacían furor. En una carta a un amigo, a quien suponía meditando un volumen en favor de los filósofos, le pregunta con mucho ingenio, *¿por qué un libro?* ¿Es acaso para probar que Voltaire es un poeta y *Zaida* una obra encantadora, o bien para probar que el vocablo filósofo no es exactamente el sinónimo de *septembreurs?* [1]" Y luego añade: "La manía de vuestra edad es querer que los hombres entiendan la razón; la experiencia de la mía me enseña que es más prudente dejar que el tiempo los guíe a la razón y a la verdad puesto que la razón y la verdad no han casi nunca convenido a nadie". Este talento tan experimentado y tan seguro que debutó por donde otros acaban, está dotado de una gran paciencia, y veremos cómo al avanzar con el tiempo se desarrolla en él la fe, el entusiasmo y la ternura. Estas almas avaras para la pasión y bien preservadas contra ella, retroceden calurosamente a las impulsiones que los demás, agotados, abandonan; las nobles y tardas pasiones brotan en su razón profundas. Así ésta de quien hablamos empieza por Duclos y acaba haciéndose leer a Bossuet. Pero no nos anticipemos.

En los primeros folletones de *El Publicista,* en la fecha del Floreal año 10, bajo el título de *Pensamientos sueltos,* se encuentran algunos admirables como éste: "Una frase ingeniosa no tiene mérito sino cuando nos da una idea que no habíamos concebido, y una frase sentimental cuando nos produce un sentimiento que no habíamos experimentado, es la diferencia que existe entre un antiguo y un nuevo amigo". Y este otro: "La gloria es lo superfluo del honor, y como todo lo superfluo, se adquiere a costa de lo necesario. El honor es menos severo que la virtud y la gloria es más fácil de satisfacer que el honor, y así

[1] Epíteto aplicado a aquellos que tomaron parte en el degüello de los presos en septiembre de 1792. *(N. del T.).*

cuanto más un hombre nos deslumbra con su liberalidad menos pensamos en preguntarle si paga sus deudas". Muchas veces marcha hacia la verdad por el camino paradójico, a la sensatez por la broma. Hay algo de Séneca en esta primera fase, algo de Séneca con menos imaginación y color, pero más firme y seguro y con cierto humorismo. Le agrada citar al filósofo Lichtenberg. Muchos de sus folletones, son otros tantos pequeños trabajos encantadores que forman un bello conjunto relacionados el uno con el otro por situaciones imaginadas por ella, por correspondencia que ella imagina. Como es expresión vulgar, *sabía hacer una forma.* Pero su talento no se reservaba para ciertos días y ciertas ocasiones. Gran cantidad de pensamientos imperecederos recogidos en los *Consejos morales* han sido entresacados de algún artículo acerca de una monótona novela o de un descabellado vaudeville, y nacen como flores en un muro. Estos numerosos pensamientos que no se contradicen nunca porque son exactos, y que hasta llegan a confundirse con el espíritu de la señorita de Meulan, componían para ella una perspectiva del mundo y de la sociedad más bien que un juicio filosófico sobre las almas y sobre las leyes. Una mujer que mantuvo con honor un nombre ilustre, Madama de Condorcet, quince años más vieja que la señorita de Meulan, y que pertenecía más a la *Década,* intenta en esta misma época en sus *Cartas a Cabanis sobre la simpatía,* un análisis filosófico de los diversos sentimientos humanos. En este ensayo poco conocido, no sería difícil notar cierta semejanza con la señorita de Meulan, cuando dice que "el talento es uno de esos instrumentos que fatigan a la mano que lo lleva sin hacer uso de ellos. Pero en general el método que cada cual sigue es muy distinto y hasta casi opuesto. Cierta pasión, como la sentía Helvetius, por la felicidad universal, una creencia en la verdad y un extremado celo en observarla (que todavía no poseía la señorita de Meulan), alientan con este análisis, circulan en estas páginas abstractas,

y en cierto momento son de una sensibilidad y una elocuencia que nos conmueve. ¡Qué atractivo tan austero tiene el retrato del hombre indulgente! ¡Y cuántas veces se ocupa del amor, con qué complacencia grave y triste lo hace! ¡Cómo *esta copa encantada* delata la irremediable pena en medio de las disertaciones hijas de la prudencia! Madama de Condorcet había tenido la pasión y la llama del siglo XVIII. La señorita de Meulan no había tenido de él más que las costumbres y ciertas maneras de juzgar y de decir, pues la pasión vino más tarde.

Sería muy del agrado nuestro, pero demasiado minucioso y demasiado extenso, recoger en los artículos de Madama Guizot todas las observaciones que le sugirió cada amor. Aunque la crítica literaria no sea nunca para ella lo principal, ha dejado huellas que yo sentiría ver borradas o perdidas para siempre. Duclos no fué nunca mejor descrito que en el folletón de pluviario del año XIII. Tenía ciertas semejanzas su ingenio con el de Boileau, pero en ella predominaba la moral sobre la literatura. Conocía a maravilla la literatura inglesa, los poetas y los filósofos, y por ello se le podía también encontrar semejanzas con los grandes críticos y moralistas Addison y Johnson. Encuentro en julio y en agosto de 1809 artículos de ella sobre Collin d'Harleville. Su talento distingue dos épocas distintas separadas por la Revolución; la una está llena de éxitos y la otra de fracasos. En esta última Collin muy interesado con el cambio de las costumbres quiso juntarlas y fracasó: "Pues —dice ella— no era la sociedad que Collin d'Harleville estaba destinado a pintar; sus observaciones responden más bien a su interior que a su exterior, y así pinta mejor lo que siente que lo que ha visto". El nombre de Collin d'Harleville quedará siempre en la historia de la literatura, y estamos expuestos, si no conocemos este juicio sobre él, a creer en otros menos exactos. Se reimprimían y se publicaban entonces hacia 1806 en casa de Leopoldo Collin, una cantidad grande de cartas

del siglo XVII y de principios del XVIII, de la señorita de Montpensier, de Ninón, de Madama de Coulanges, de la señorita de Launay, etc.; y la señorita de Meulan habla como si hubiese sido contemporánea suya, llegada con retraso. Dice de Madama Des Houllières: "Sus idilios no tienen acaso otro defecto que el de quererlos por fuerza. Ha puesto ingenio y flores en cuantos sitios ha podido". — "El talento de Madama Cottin no permite ser juzgado hasta que las emociones que nos hizo sentir pasaron, y estas emociones tardan mucho tiempo en pasar". Acerca del estilo de Madama de Genlis dice que es siempre bueno y nunca mejor [1]. Con tantas cualidades delicadas e ingeniosas que hacían de ella una última heredera de Madama de Lambert, tenía cualidades enérgicas; la polémica no la asustaba y los golpes dados con finura burlona eran más fuertes y rudos que los que el poeta atribuía a Herminia. ¡Cuántas veces se ha complacido en rebatir con alegría y malicia, la pedantería de Geoffroy y su consorte, incluso acerca del latín que ella conocía un poco! [2] Pero la más memorable polémica y que merece ser recordada, fué la que sostuvo con M. de Bonald. El autor de *La Legislación primitiva* había demostrado extensamente en el *Mercurio*, según el método de los talentos violentos y paradójicos fundados en tesis absolutas, que era preciso ser ateo si no se era cristiano y católico. La señorita de Meulan, bajo el pseudónimo de *Disputeur* censuró al razonador testa-

[1] Al dar cuenta de la aparición del *Almanaque de las Musas* del año XIV (1806) la señorita de Meulan distinguía y citaba extensamente un idilio titulado *Glycère* y firmado *Beranger*, en el que encontraba naturalidad y un asunto encantador. Y es sorprendente que el primer elogio otorgado a Beranger sea por esta causa. (Se puede ver este idilio en la página 96 del volumen de mis *Retratos contemporáneos*, 1869).

[2] La señorita de Meulan, como muchos escritores franceses distinguidos, no admiraba a la antigüedad más que por la forma del espíritu *latino*. Se acercaba un poco a Séneca, es decir, que adoptaba la antigüedad por los más modernos. Con frecuencia reflexionaba sobre la diferencia que existe entre ellos y nosotros. En un artículo de *Los Archivos literarios* (tomo III, pág. 395), dice: "Los antiguos decían *rápido como el rayo* y si yo no me equivoco, *rápido como el pensamiento*, debe de ser de origen moderno". En esto se equivocaba, como Boissonade (edic. de Aristaenete, pág. 318) y Dugas-Monthel (Observaciones a la *Ilíada*, libro XV) lo han demostrado.

rudo con una broma análoga y sensata: "Es preciso discutir, sí, señor; sin esto la vida sería demasiado larga y la vida tiene sus encantos precisamente en ser corta... Para mí es un tesoro su razonamiento contra el discurso... ¡Cómo, señor mío! ¿La verdad se encuentra necesariamente *en uno o en otro extremo*? ¡Y esto porque una afirmación *no puede* ser más o menos verdadera!, etc." Un defensor oficioso de M. Bonald intervino en la polémica, y en cartas dirigidas a *El Publicista* intentó poner un paliativo a la paradoja de su amigo, y vituperar el tono bromista usado por el *Disputeur*. Entonces éste contestó en una última y vigorosa carta que llega a tener acentos elocuentes. Después de citar esta frase antigua de que toda idea que no resiste una broma es por lo menos sospechosa; después de haber recordado a Pascal en *Grâce*, a Boileau en *Amor de Dios* y a Laharpe riendo él mismo de *Les Theophilanthropes*, la señorita de Meulan lanza a sus adversarios el argumento de que creían ver en esta disputa un peligro para las ideas religiosas: "Vosotros tratáis en los periódicos de cosas que no queréis que sean tratadas a la manera de los periódicos. ¡Habláis de religión! ¿Quién no puede hablar como vosotros? Un hombre podrá ser el oprobio de la literatura y ser el sostén de la religión; ¡los amigos de la religión le aplaudirán! Y, además, parecerá que siendo muy afortunada, pues encuentra defensores, la abandonan en las manos de quienes se dignan servirla. No, señores; deberéis eludir estas discusiones que no son propias de la multitud, y guardarlas para asilos más inviolables y para vías más incorruptibles", etc., etc., hasta el final de la carta. El combate en la vida de esta alma, revivía ante la pasión por la verdad y al calor de la razón.

No será difícil suponer que entonces se hablaba mucho de los artículos de la señorita de Meulan y en diversos sentidos. Un talento tan alto, una franqueza de pluma que encuentra campo fácil en todas las materias, no des-

pertaron siempre benevolencia muy sincera. No se podía negar a la escritora la estimación, y entonces se criticaban las condiciones particulares de la persona. Esos *amigos* que se tienen *en la desgracia*, esos amigos de Job en todo tiempo los mismos, la compadecían por la necesidad en que se encontraba, siendo mujer y de tal nacimiento, de escribir folletones, y sobre todo folletones de teatro. Molestada por esta compasión falsa contestó admirablemente el 18 de diciembre de 1807 en *una carta de una mujer periodista a un amigo:* "Censuran pues mis folletones, amigo mío, y en verdad que eso es hacerme mucho honor; pero la crítica llega hasta mí porque me he decidido a escribir en un periódico, y sobre todo porque doy cuenta de las novedades teatrales. Este reproche que se me hace, es porque soy mujer, y no porque soy periodista, y censores que me conocen saben muy bien por qué lo soy. ¿Pero no temen tener que reprocharse ellos a su vez, si por una opinión emitida con ligereza, me amenguasen el ánimo del que tengo necesidad para sacrificar a lo que yo creo un deber, convencionalismos que mi educación y mis costumbres me habían enseñado a respetar? Usted sabe, amigo mío, que no desconozco esos convencionalismos que hacen del periodista el papel más extravagante que puede escoger una mujer, dado caso que a ésta le sea posible escoger... ¡Oh, le aseguro que no le ha parecido a sus amigos tan ridículo como a mí, pues no lo han visto tan de cerca como yo! Si conociesen como yo los graves intereses que hay que acomodar, las importantes consideraciones de que es preciso preocuparse, los risibles agravios a los que hay que contestar y los homenajes no menos risibles que hay que aceptar, y todas esas baraúndas de pequeñas pasiones, de cuyo ruido no se puede librar una mujer ni en su soledad, si ellos viesen en medio de todo esto un trabajo sin atractivo para el espíritu y sin indemnización para el amor propio, entonces les permitiría decir lo que piensan, y pensar, si les conviene, que he emprendido esto

por placer. Que no se crean obligados a compadecerme sin embargo, pues sería tan fuera de lugar como el criticarme.

"Lo que hice, Abner, he creído deber hacerlo;"

lo creo todavía, y no veo la razón para afligirme con inconvenientes que yo he previsto antes sin asustarme. Usted sabe con qué gozo estoy sometida, y con qué esperanza, y usted mismo acaso haya creído que he tomado con orgullo esta resolución cuyo único mérito son los inconvenientes Y puesto que nada ha cambiado, ¿por qué habrían de cambiar mis sentimientos?, etc." He aquí la mujer santamente penetrada de las ideas del deber y del trabajo, tal como la sociedad nueva la reclama, tal como Madama Guizot será toda su vida desde su salida de los salones ociosos y educados del siglo XVIII; y el ejemplo de la mujer enérgica, sensata en las filas primeras de la clase media.

Durante el curso de esta colaboración en *El Publicista* tuvo lugar un incidente muy conocido, casi novelesco dado las personas de orden y de inteligencia que en él intervenientes. Y puesto que nada ha cambiado, ¿por qué hade la señorita de Meulan. En el mes de marzo de 1807, bajo el peso de nuevos dolores familiares, y de una alteración de su salud, se vió obligada a suspender un momento su trabajo. Un día recibió una carta en la que le ofrecían artículos que tratarían de hacer dignos de ella, durante todo el tiempo que durase la interrupción. El autor de la carta no firmada, y de los artículos que al fin aunque con dificultad aceptó, era M. Guizot. Muy joven, obscurecido aún, había oído hablar a M. Suard de la señorita de Meulan, de su situación, y se decidió a escribirle. En efecto, se encuentran en *El Publicista* de estos meses un cierto número de artículos de literatura y de teatro, firmados F. Esta singular circunstancia fué la causa de la unión de estos dos ingenios, mucho más que

la desigualdad de las edades y la diferencia de opiniones pudieran haberla hecho. M. Guizot llegaba al mundo con convicciones filosóficas y religiosas muy acentuadas y que casi eran de rigor absoluto en la juventud. Hostil al siglo XVIII y a su escepticismo más que a la Revolución, cuyos resultados aceptaba con ciertas interpretaciones y modificaciones, encontró a la señorita Meulan en disposición muy antagónica. Esta como hemos visto estaba un poco convencida de que "sólo el tiempo guiaba a los hombres a la verdad y a la razón, pero que la verdad y la razón, por desgracia, no estaban hechas más que para las gentes razonables". El mozuelo, que salía de Nîmes y de Ginebra, había conservado del calvinismo una creencia en el cristianismo unitario y una especie de entusiasmo racionalista y se creía en el deber y en la precisión de ir hasta el fin y de alentar a los demás a la misma convicción. En una palabra, al encontrarse la señorita de Meulan y él, llegaban cada cual de orígenes intelectuales distintos y casi contrarios. Bien es verdad que durante estos años de largo y serio estudio, la señorita de Meulan había aprendido a amar la verdad, a creerla útil, a defenderla, a apasionarse al menos indirectamente por ella buscando querella a todo error, y también a regular cada acto de su vida entera al imperio, ya casi religioso, de la verdad y de la razón. Sin embargo no fué pequeño el talento de Guizot al conquistar, inflamar por grados en sus convicciones, renovar asociándosele, este otro talento ya hecho, al que el escenario de M. Suard le bastaba, y que parecía haber llegado a su madurez natural en su singularidad sorprendente.

De todas maneras, se puede suponer lo que él dió por lo que consiguió. No se conquista, no se ocupa íntimamente un cerebro de la fuerza del de la señorita de Meulan, sino modificando el propio y amoldándolo en muchas cosas. En ciertas acciones recíprocas cada cual se cree el triunfador. En este caso el talento victorioso tuvo que abdicar de

una parte esencial de sus ideas absolutas y del conocimiento precoz que tenía del mundo y del manejo de la sociedad y de los hombres.

El matrimonio no tuvo lugar hasta abril de 1812. A partir de esta fecha comienza la época en que es más conocida Madama Guizot. El calor de los afectos fortifica el ardor de las convicciones, y este doble fuego menos brillante, pero más confortable, subsiste durante los años de su verdadera felicidad. Ya no será más un moralista del siglo XVIII, será un escritor de la moderna era laboriosa, una madre cuidadosa y educadora que conociendo las pruebas prepara a los hombres a ellas; un filósofo lleno de virtudes que se esfuerza en acordar el derecho y el deber, la fe y el examen, el orden y la libertad. Su forma será menos inquieta que antes, menos incisiva y menos despreocupada y con una suave ironía. El constante y perfecto sentido de la verdad dominará y dirigirá su talento. Debutó en este camino, después de su matrimonio, con artículos, cuentos y diálogos, que fueron insertos en los *Anales de la educación*, revista fundada por Monsieur Guizot y que los hechos de 1814 interrumpieron. Hacia la misma fecha publicó *Los niños*, un libro de cuentos que fué el primer volumen que firmó con su nombre, como guiada por un sentimiento de responsabilidad moral. En 1821 continuó estos trabajos suspendidos durante el período de actividad política de su marido, y escribió sucesivamente *Raúl y Víctor o el Colegial* (1821), *Nuevos cuentos* (1823), *Cartas de familia sobre la educación*, y su mejor obra, *Una familia*, no apareció hasta 1828, después de su muerte. La que había debutado *como persona de cierta edad*, a medida que envejecía entre esa pequeña sociedad de diez a catorce años, sembraba una moral santa, la moral evangélica, eterna. "Su idea favorita, su idea más cara, está en el prefacio de *Una familia*, cuando dice que la misma educación moral debe aplicarse en todas las clases sociales, que bajo el imperio de las más diversas

circunstancias exteriores, con mucha o poca fortuna, ante el destino pequeño o grande, monótono o agitado, el hombre puede llegar, el niño puede ser guiado a un desarrollo interior casi igual, a la misma rectitud, a la misma delicadeza, a la misma altura de sentimientos y de ideas; que el alma humana posee algo que se basta en las distintas fases de la condición humana, que no se trata sino de revelarle el secreto de su fuerza y la manera de emplearla". ¿Cómo siendo Madama Guizot un poco irónica, cómo siendo un poco desdeñosa, se encontró inducida a esta idea de la verdadera democracia humana? ¿Cómo nació en ella la inspiración única que alienta en todas sus obras? Es que había sido madre. Su sentimiento filial había sido muy ardiente, muy piadoso, pero su amor maternal fué mucho más como toda persona que se casa tarde, apegándose a un hijo que no esperaba, y en el que, según la afortunada expresión de un padre, dejó bien marcado su sello. Sus obras sobre educación fueron para ella un acto de amor y de deber maternal, y en el prefacio de las *Cartas de Familia*, no se puede contener y le llama *este querido interés*. Antes de ser madre escribía para sostener a la autora de sus días, no podía dudar de la acción de la verdad en el mundo, veía el mal, el ridículo y la estupidez y apenas esperaba; pero una vez madre, concibió el deber de creer en un mejor porvenir, en el hombre apto para ser perfecto, en las virtudes de las generaciones contemporáneas de su hijo. Confiaba muy poco en el hombre y no veía otro medio de mejorarle que mejorando el niño, y creyendo esto, puso mano a la obra sin tardanza. Los que no son padres ni madres y no tienen la fe pura y sencilla del catecismo, si conocen un poco el mundo y la vida, cuando llegan a los treinta años se encuentran un poco confundidos ante la infancia. ¿Qué decir a este ser encantador pero que ya tiene el germen de los defectos? ¿Cómo iniciarle por grados en la vida? ¿Cómo alumbrarle, sin causarle turbación y cómo dejarle que viva dichoso sin

engañarle? Si tenemos sensibilidad, diremos lo que Gray al recordar el colegio de Eton y los juegos de las generaciones alocadas después de haberlos descrito con complacencia:

¡Ay! Delante de la manada,
Como corderillos tiernos,
Alegres, lanzan risotadas
Ignorando el fin del juego.
Corriendo en loca carrera
No conocen el destino.
¡Ay! Decidle su suerte triste!
¡Hombre, dile lo que has sido!

Pero en cuanto no se es como Gray, un célibe melancólico y sentimental, en cuanto se es padre o madre sobre todo, no se limita uno a esos vagos temores ni a ese quietismo desolado, y nos hacemos más vigilantes y más accesibles a la esperanza. Se ve que muchas nubes de espanto que la imaginación amontona, se desvanecen al emprender la marcha por cada sendero. Madama Guizot que, en todos sentidos, era opuesta a lo vago y al ensueño y la enemiga de todo fantasma, tuvo una preocupación desde que fué madre, y fué resuelta contra la dificultad. Había creído al hombre incorregible, y a la razón, un afortunado azar y casi un don, y así escribió burlonamente sobre la *inutilidad de las buenas razones.* Quiso entonces rechazar su primitiva prevención abordando la obra en su raíz por el solo lado corregible de la humanidad, por la infancia, y todo el resto de su vida y de su inteligencia fué dedicado al desarrollo y a la aplicación de ese pensamiento saludable.

La señorita de Meulan había tenido ocasiones frecuentes de escribir algunas páginas sobre educación y exponer sus ideas acerca de este asunto. De 1802 encontramos un artículo de ella, con motivo de la reimpresión de un tratado de Fenelón; allí decía: "Los preceptos para la educación me han parecido siempre la cosa más insegura del mundo. La aplicación de los principios varía con tanta frecuencia, las reglas están sujetas a tantas excepciones,

que un tratado de este género no podría ser nunca suficiente, ni contener ideas bastante generales para ser aplicadas en todos los casos particulares". Bajo la forma de *Cartas de una suegra a su yerno* (año 13), había hablado de la mayor o menor conveniencia de la educación pública por las mujeres, declarándose en contra con un perfecto sentido y con su mayor ironía de entonces. En la primera de las *Cartas de familia,* el tono es otro, cuando la señorita de Attilly abre su corazón *que se enternece mirando a sus hijos.* La mordacidad aparece aún, asoma sus ribetes, como cuando habla del tío de Revey, pero en el fondo hay gravedad que, no obstante, no impide la creación de ciertos trazos finos y delicados. Para bien juzgar tal libro, de tanta utilidad y de tanta aplicación, es preciso tener autoridad, experiencia y haberse formado sus propias ideas. "El momento de las reformas políticas en esta materia es el de los planes de educación", dice a una mujer de talento y generosa, a Madama de Rémusat. Desde *Emilio,* en efecto, los planes de educación no han faltado, se han duplicado en estos últimos tiempos, o, por lo menos, las quejas contra la educación y contra la situación de la mujer se han recrudecido. De en medio de tantas vanas declamaciones, en las que figuran algunos deseos reales, el libro de Madama Guizot, que comprende la educación del hombre y de la mujer, es como una especie de transacción entre las antiguas ideas y el nuevo progreso. Lo que yo llamo transacción no era para ella sino el acomodamiento del género humano sobre bases firmes. Las cartas XII y XIII, de una gran belleza filosófica, demuestran los principios de conciencia y de razón en que funda su deber y explica cómo todo su cuidado tiene por objeto el hacer aparecer y dibujar por grados la regla a la razón del niño, para que dirija libremente y desde muy temprano su joven voluntad. Hacer reinar muy pronto en derredor de estos jóvenes cerebros una atmósfera de moralidad; que se dirijan guiados por el placer que dimana del bien; hacer

gente buena lo más pronto posible; éste es su objeto y a esto tiende su esfuerzo, y a menos que no se tengan prejuicios, se le concede el mérito de haber indicado los verdaderos medios. Es bien cierto que cuando el niño *es bien nacido,* cuando no se recela en él ninguna pasión demasiado obstinada, estos medios dan excelentes resultados. Por otra parte, Madama Guizot, en un caso de insuficiencia, advierte: "Cada día lo veo más claro —dice la señorita de Attilly—: de todas las edades de la vida la juventud es en la que los niños se revelan menos; una influencia independiente del carácter la domina imperiosamente, contra la que se le pueden dar fuerzas, pero sin saber si sabrá darles empleo". Madama Guizot cita una aserción de Mistress Hannah More sobre la naturaleza corrompida de los niños y la combate. En este punto, obsérvalo Madama Guizot, pertenece al siglo, a la filosofía, y a la experiencia que va hasta el final en el examen y no se rinde nunca, y no hace intervenir en la educación ningún elemento misterioso ni irracional. Por eso se distingue esencialmente de Madama Necker de Soussure, este otro autor excelente con el que tiene muchos puntos de contacto, como Madama Necker se complace en hacerlo observar en su segundo volumen. Ella es una especie de término medio entre Juan Jacobo y Madama Necker a la vez, práctica que no es Juan Jacobo, y racionalista en cuya acción no cree Madama Necker de Soussure. En el tomo segundo, las cartas XLIX, L y siguientes tratan con un admirable tacto toda esa cuestión tan delicada, tan embarazosa, de la educación religiosa necesaria a los niños. Si la manera de ver de Madama Guizot no puede satisfacer a los que tienen una idea muy arraigada de fe pura y según la tradición rigurosa, tiene la ventaja de responder, de adaptarse a las demás opiniones que ordinariamente forman a la sociedad actual, y ofrecer un resultado práctico para Madama Mollard como a la señorita de Lassay. En un momento de esta discusión el nombre

de Turgot es invocado, y entonces se ve cómo las predilecciones del autor se apoyan en el siglo XVIII, pero aumentadas y corregidas. El libro de Madama Guizot será, después de *Emilio,* el que marque en este sentido el progreso de la sana razón moderada y rectificada de nuestros tiempos sobre el genio del azur, como en política la *Democracia* de Tocqueville es un progreso sobre el *Contrato social.* Digno de meditaciones, como consejo, en toda educación que tiende a hacer hombres buenos, este libro encierra aún, en materia de exposición, las más bellas páginas morales, las más sinceras y las más convencidas, que las doctrinas del racionalismo espiritualista hayan inspirado a la filosofía de nuestra época.

¿Hasta qué punto Madama Guizot, independientemente de sus trabajos personales, tomaba parte en los de su marido y en tan numerosas publicaciones accesorias como acompañaron a su obra histórica fundamental, y en las que, a partir de la traducción de Gibbón pudo serle en efecto su mejor auxiliar? Bástenos saber que adoptó todos sus intereses, y sus estudios como sus convicciones y no intentemos separar lo que ella se complacía en agrupar. Su dicha fué grande, su sensibilidad que aumentaba con los años, delicado privilegio de las costumbres austeras, le hacía querer cada vez más, y casi diré que sentir. Esa sensibilidad de la que en su juventud había dicho tan deliberadamente: "La sensibilidad ahorra más males que proporciona, pues de un golpe destruye las penas, el egoísmo, la vanidad, el fastidio, la ociosidad, etc.", esa sensibilidad a quien ella debió tan puras delicias fué siempre una fuente inagotable. Pero, con el tiempo, ella, de razón tan firme y segura ¿no fué un alma dolorosa? La salud alterada y en medio de tan virtuoso acuerdo el desacuerdo de las distintas edades, sus secretos votos, por la felicidad de su hijo y de su esposo con otra que no era ella, en todo ello hubo bastante para que se apasionase más de lo que ella había supuesto en su juventud. Apenas viajó, aparte

de unos paseos por Languedoc y por el Mediodía a donde fué con M. Guizot en 1814. Había visto y habitado poco el campo, pero, en los últimos tiempos de su vida, estaba enamorada de los árboles, y así el más pequeño arbusto de Passy o del Bosque de Bolonia le producía una emoción vivificante.

Sin embargo, nunca ha descrito a la Naturaleza. Siempre pensó menos en describir y pintar lo que sentía que lo que pensaba. Ante todo amaba el arte viendo más bien el fondo que la forma, prefiriendo el pensamiento moderno a la belleza antigua. Su idea ingeniosa y acaso muy verdadera, era que la sensibilidad no acepta las obras de arte sino apartándose un poco de la vida. Leo en un trozo del 17 de julio de 1810: *'Nuestra llama se enciende con el fuego del sentimiento,* ha dicho el poeta de *La Métromanie,* y yo creo que la sensibilidad puede considerarse como el alimento de la poesía; pero cuando no está empleada en otra cosa y que toda está al servicio del poeta, sirve para despertar su imaginación y no para abstraerla. Sin duda es preciso que un poeta sea sensible, pero no sé si será conveniente que se conmueva". Y continúa rechazando o interpretando el verso de Boileau sobre la elegía. Esta idea que tenía de una especie de ilusión o casi de mentira inherente al arte, no le impidió, al final, quedar absorta ante ciertas representaciones o lecturas... Como persona amiga de realidad, de prácticas y de pruebas no se dejaba arrastrar de buen grado ni por el dolor ni tampoco mecer en la región ideal. M. de Rémusat ha citado de ella esta patética confesión (1821): "El efecto de las obras de arte debe estar desligado de toda idea de realidad, pues en cuanto ésta existe la impresión se turba y llega a ser insoportable. He aquí por qué no puedo soportar en las novelas o en los poemas y bajo los nombres de Tancredo, Otelo o Delfina, el espectáculo de los grandes dolores del alma o del destino. Por fortuna o por desgra-

cia, mi vida ha sido tan *viva* que no puedo ahondar en ella sin que la mano no me tiemble. La realidad, para mí, perfora todos los velos en que pueda envolverse el arte. Desde hace mucho tiempo sólo la música ha producido en mí, en *Agnese*, el efecto inherente en general a las obras de arte. No he podido soportar el final de *Romeo y Julieta* y el de *Agnese* me ha hecho llorar sin destrozarme el corazón".

¿Fué por efecto de una selección simpática y por cierta predilección, por lo que en los últimos años de su vida se ocupó de *Eloísa y Abelardo*, donde la pasión atraviesa la austeridad y donde la sabia abadesa tiene suspiros de Safo y se expresa con frases de Séneca? Este intento tan bien comenzado fué interrumpido por la muerte.

Si la sensibilidad de Madama Guizot se hizo más sutil y más dolorida, por decirlo así, su religión no tuvo nunca esas inquietudes muy frecuentes en las almas dotadas de ternura. Nacida católica, y tocada desde muy temprano por la indiferencia que se respiraba en la atmósfera del siglo; vuelta, después de algunas dudas que no fueron nunca hostiles ni sistemáticas, a un deísmo cristiano muy ferviente, a la verdadera piedad, encontró el reposo. Tenía confianza. La oración era una conversación con el Ser Todopoderoso y bueno que la fortificaba y la consolaba. Un día, después de su regreso de Plombières, en donde en vano había buscado un alivio, en su derredor hablaron de la cuestión de saber si la individualidad persiste después de la muerte o si el alma se absorbe en el gran Ser. Madama Guizot salió de su abatimiento extremo, y con una voz que se hacía más firme por grados, resumiendo las diversas opiniones, declaró la persistencia del alma individual en el seno de Dios [1]. El primero de agosto de 1827 a las diez de la mañana, al final de su lenta enfermedad, rogó a su marido que le leyese algo. El leyó primero una carta de Fenelón a una persona enferma, y cuando la

[1] Ver el artículo de *Le Globe* (7 agosto 1827) de M. de Guizard.

hubo terminado pasó a un sermón de Bossuet sobre la inmortalidad del alma. Mientras que M. Guizot leía, ella expiró. Se la enterró según su deseo y según el rito de la iglesia reformada a que pertenecía su marido, cuyas ceremonias fúnebres no contrarían en nada estas sencillas creencias que ella tenía. Amante de la verdad hasta el fin, no quiso mezclar ni aun a los actos que siguen a la muerte nada ficticio ni convencional.

Encontraba gran placer en la conversación y no para brillar en ella, sino como ejercicio intelectual. Al principio podía parecer un poco brusca su razón *inquisitiva*, como ella le llama, buscaba la base de todas las cosas; pero casi sin darse cuenta ejercía gran influencia en su derredor. ¿Qué más decir cuando no se ha tenido el honor de conocerla personalmente, de esta mujer inteligente, de sagacidad, de gran mérito y virtud y que entre las mujeres de su tiempo no fué superior a ella más que Madama de Staël, superior, no por el pensamiento, sino por algunos dones? Lo que nos inspira sólo en términos de estimación y de respeto puede encontrar expresión, y es casi agraviar a ella casi siempre tan preocupada por ser y tan poco por aparecer el pronunciar sobre su memoria palabras de porvenir y de gloria.

15 DE MAYO DE 1836.

MADAMA DE LA FAYETTE

En el tiempo de Madama de Sévigné, a su lado, y en su intimidad más estrecha, vivió una mujer cuya historia está casi fundida con la de su grande amiga. Esta es la que Boileau designaba como *la mujer de Francia que tenía más talento y la que escribía mejor.* Sin embargo, esta mujer escribía poco, sólo en los momentos de ocio, casi por diversión y con una negligencia demostrativa de que el escribir no era para ella un oficio. Le gustaba muy poco escribir cartas, de suerte que se conservan de ella muy pocas y muy cortas. En las de Madama de Sévigné la reconocemos mejor que en las suyas propias. Pero en su tiempo, desempeñó un papel serio y delicado, sólido y encantador, un papel muy importante, y en su categoría, al nivel de los primeros. A su gran ternura de alma y a su imaginación novelesca, unió una gran clarividencia, y como decía su admirable amiga, una *divina razón* que nunca la abandonaba. La mantuvo tanto en sus escritos como en su vida, y es uno de los modelos dignos de estudio de su siglo. Ultimamente, al rehabilitar el Hotel de Rambouillet, se ha intentado presentar como su heredera perfecta y triunfante a Madama de Maintenón; pero Segrais se decide en favor de Madama de La Fayette como poseedora de aquel tesoro desaparecido, y después de un retrato

de Madama de Rambouillet, añade: "Madama de La Fayette tenía mucho de ella, pero Madama de La Fayette poseía un talento más sólido, etc." Esta perfecta heredera de Madama de Rambouillet, esta amiga de siempre de Madama de Sévigné y de mucho tiempo de Madama de Maintenón, tiene su lugar en nuestra literatura, por la forma que hizo de la novela, y porque una parte de su *divina razón* la aplicó a poner un límite a los sentimentalismos que hasta entonces eran grandes con exceso, formando un género que encontró buena acogida entre los que parecían dispuestos a combatirle.

Este género secundario, en el que cierta delicadeza y un cierto interés bastan, sin que este de más el genio, si existe en él; que *El Arte Poética* no menciona, que Le Sage y Juan Jacobo consagrarían; y que en el tiempo de Madama de La Fayette llegaba a los límites conmovedores de *Berenice* y casi de *Iphigenie.* Madama de La Fayette hizo lo que muchos de sus contemporáneos ilustres se habían propuesto. L'*Astrée,* implantando la novela en Francia había sido la savia de interminables retoños, *Cyrus, Cleopatra, Polexandre* y *Clélie.* Boileau asestó un golpe con sus burlas lo mismo que a los poemas épicos, a *Moise sauvé,* a *Saint-Louis* y a *La Pucelle;* pero Madama de La Fayette sin burlas, y bajo la protección de sus antecesores que Segrais y Huet envolvían en las mismas alabanzas, les asestó el golpe más certero con su *Princesa de Cleves.* Y lo que hizo no fué inconscientemente, sino con propósito firme. Acostumbraba decir que un período suprimido en una obra valía un luis de oro y una palabra una peseta, y esta frase tiene un gran valor cuando se piensa en las novelas de diez volúmenes que era preciso suprimir. Proporción, sobriedad, honestidad, medios sencillos e inspirados que sustituyeron a las grandes catástrofes y a las frases altisonantes, tales son los caracteres de la reforma, o para hablar menos ambiciosamente, del retoque que hizo

de la novela, en lo que se mostró pura adepta al siglo de Luis XVI.

La unión tan larga y tan inviolable que mantuvo Madama de La Fayette con La Rochefoucauld parece reunir su vida en una novela discreta pero novela al fin, más fuera de la regla que la vida de Madama de Sévigné, que ama más que a su hija, y menos calculada y concentrada que la de Madama de Maintenón, que no aspira sino al Sacramento con el rey. Es hermoso el espectáculo que ofrece un corazón tierno y delicado uniéndose a una razón triste y desengañada, para proporcionarle calma; una pasión tardía, pero fiel, entre dos almas maduras, en la que la más sensible corrige la misantropía de la otra, en la que la llama tiene más de delicadeza, de sentimiento y de consuelo recíproco, que de ilusión. En una palabra: la vida de Madama de La Fayette es la de Madama de Cleves enferma y entristecida al lado de M. de Nemours, viejo y autor de Máximas. Esa poca ilusión que observamos en ella, esa melancolía que existe en el fondo de su vida, existen un poco en lo ideal de su novela, y creo que también en todas las otras novelas que en cierto modo emanaron de ella y con su posteridad, como *Eugenio de Rothelin, La señorita de Clermont* y *Eduardo*. Por mucha que sea la ternura en estas afortunadas creaciones, la experiencia humana alienta y entibia la pasión. Al lado del alma enamorada que se abandona, hay algo que advierte y que pone freno: M. de la Rochefoucauld está presente.

Si Madama de La Fayette reformó la novela en Francia, la novela caballeresca y sentimental, si le imprimió ese carácter particular que concilia el ideal con la observación, se puede decir también que fué la primera en dar un ilustre ejemplo de esas emociones duraderas, honestas, legítimas, y consagradas por la constancia [1] en todo mo-

[1] *Exemplum cana simus uterque coma,* había dicho el antiguo elegíaco.

mento hasta la muerte, que casi tan desaparecido con ella. La *Princesa de Clèves* y su unión con M. de La Rochefoucauld, son dos títulos casi iguales de Madama de La Fayette, delatadores de la literatura y de la sociedad de Luis XVI.

Yo habría dejado el placer de recomponer esta existencia bien sencilla en acaecimientos a los lectores de Madama de Sévigné, si un pequeño documento inédito, pero muy íntimo, no me hubiese animado a hacer la orla que le sirviese de marco. El padre de Madama de La Fayette, mariscal de campo y gobernador del Havre, era, según dicen, hombre de gran mérito, y había cuidado mucho de la educación de su hija. Su madre (nacida en Pena) era de Provenza, y contaba algún trovador entre sus abuelos. La señorita María Magdalena Pioche de la Vergne, se dió a las lecturas mucho más temprano que varias personas, aun de talento, de la generación precedente. Madama de Choisy, por ejemplo, tenía un prodigioso talento natural en sus cartas y en su conversación, pero no tenía ni siquiera ortografía. Madama de La Fayette y Madama de Sévigné añadieron a sus excelentes dones una perfecta cultura. Se tienen como testimonios irefutables de esta educación, los arrobamientos de Ménage, quien, como sabemos, se enamoró de sus bellas discípulas. Celebró en todos los metros del verso latino, la belleza, la gracia, la elegancia en el bien hablar y en el bien escribir de Madama de La Fayette o de la señorita de la Vergne, *La Verna,* como él decía [1]. Más tarde le

[1] *Laverna* en latín significa diosa de los ladrones y esto le proporcionó el poder escribir muchas bromas galantes, y gritar ¡Ladrones, ladrones! como Mascarille:

Omine felici nomen præsaga dedere
Fata fibi, Furtis pulcra Laverna præest.
Tu veneres omnes cunctis formosa puellis,
Tu cunctis sensus surripis una viris.

También escribe versos a Madama de Sévigné, a la señorita de Scudery, a la señorita Scarrón; pero Madama de La Fayette es para él la belleza perfecta. La bonita edición elzeviriana de sus poesías (1663) con-

presentó a su amigo el doctor Huet, que fué también para ella un consejero literario. Segrais, que con Madama de Sévigné basta para dar a conocer a Madama de La Fayette, nos dice: "Cuando hacía tres meses que Madama de La Fayette aprendía latín, sabía más que M. Ménage y que el Padre Rapin, sus maestros. Un día en que juntos explicaban a su discípula, discutieron sobre una frase sin que ninguno quisiese darse por convencido. Madama de La Fayette les dijo: "Ni el uno ni el otro saben nada". Y en efecto los dos estuvieron de acuerdo con la explicación que ella dió: Y lo que ella explicó fué un poeta, pues no le gustaba la prosa y no había leído a Cicerón; pero como se complacía con la poesía y leía con predilección a Virgilio y a Horacio, y como ella tenía inspiración poética, sabía todo lo que concernía a este arte, y penetraba sin gran esfuerzo en la médula de los autores. Luego insiste sobre los méritos de M. Ménage, y dice: "¿En dónde se encontrarán poetas como M. Ménage que hagan buenos versos latinos, buenos versos griegos y buenos versos italianos?" Era un ilustre personaje aunque sus envidiosos hayan dicho: "No sabía, sin embargo, todas las delicadezas de la poesía, pero Madama de La Fayette las entendía bien". La persona que sentía así, y que prefería los poetas a todo, es la misma que se mostraba *verdadera* por excelencia, como M. de La Rochefoucauld dijo empleando una expresión que quedó imperecedera: "Talento poético y talento real, su mayor mérito y su mayor encanto estaba en la alianza de ambos". Además, Madama de La Fayette tenía un gran cuidado (como Segrais nos dice) en no

---

tiene su nombre en cada página, y a ella están ofrecidas décimas, baladas, églogas y elegías. Buscando algo que tenga algún sabor, encuentro este madrigal que acaso me parezca más sentido porque está escrito en italiano.

In van, Filli, tu chiedi
Se lungamente durerá l'ardore
Che'l tuo bel guardo mi destó nel core
Chi lo potrebbe dire?
Incerta, o Filli, é l'ora del morire.

hacer ostentación de su ciencia ni de su latín para no ofender a las otras mujeres. Ménage nos cuenta que un día contestó a M. Huyghens que le preguntaba lo que era un yambo, *que era lo contrario de un troqueo,* pero, creedlo bien, era preciso M. Huyghens y su pregunta, para que ella hablase de yambo y de troqueo.

Perdió a su padre a los quince años. Su madre, buena persona, nos dice Retz, pero bastante vanidosa, se volvió a casar poco después, con el caballero Renaud de Sévigné tan mezclado a las intrigas de la Fronda, y que fué de los más solícitos en salvar al cardenal del castillo de Nantes. Leemos en las Memorias del cardenal a propósito de esta prisión de Nantes (1653) y de las visitas que recibía: "Madama de la Vergne, que se había casado en segundas nupcias con el caballero de Sévigné y que vivía en Anjou con su marido, vino a verme y trajo consigo a la señorita de la Vergne que ahora es Madama de La Fayette. Esta era muy bonita y muy amable, y tenía mucho del aspecto de Madama de Lesdiguières. Me gustó mucho, y la verdad es que yo le gusté apenas, sea porque no sintiese inclinación hacia mí, o sea por la desconfianza que su madre y su padrastro le habían inspirado desde París respecto de mis inconstancias y mis diferentes amores, y que la había puesto en guardia contra mí. Yo me consolé de sus crueldades con la facilidad que me es tan peculiar". La señorita de la Vergne, que tenía veinte años, no tuvo necesidad más que de su razón, para hacer poco caso al prisionero y a su capricho banal y tan fácilmente consolado.

Casada en 1655 con el conde de La Fayette, lo que hubo probablemente más de acuerdo con su imaginación en este matrimonio, fué el ser cuñada de la Madre Angélica de La Fayette, superiora del convento de Chaillot, antes dama de honor de Ana de Austria y cuyos perfectos amores con Luis XIII forman una novela casta y sencilla muy semejante a la de Madama de Cleves. Su marido, después

de haberle dado el nombre que ella debía ilustrar, se borra y desaparece por decirlo así, y no sabemos de él nada que le distinga [1]. Tuvo dos hijos a quienes quiso mucho, el uno militar, y que murió poco después que ella, y el otro, el abate de La Fayette, de quien se sabe que prestaba los manuscritos de su madre y los perdía.

Madama de La Fayette fué introducida joven en el hotel de Rambouillet y aprendió mucho de la marquesa. Monsieur Roederer, que tenía interés en que ninguna de las burlas de Molière tocasen a Rambouillet, hizo que éste se despoblase y que acabase antes de lo que convenía. Madama de La Fayette pudo ir antes de su matrimonio y aprovechar tanto como Madama de Sévigné. M. Auger en los detalles exactos e interesantes, pero en tono seco, que da acerca de Madama de La Fayette dice: "Introducida desde muy temprano en la sociedad del hotel de Rambouillet, la finura y la solidez naturales de su talento no habrían podido acaso resistir al contagio del mal gusto del que era centro este palacio, si las lecturas de los poetas latinos no le hubiesen servido de preservativo". El preservativo debió obrar antes sobre Ménage. Esto es algo injusto para el hotel de Rambouillet, y M. Roederer tenía completamente razón contra aquellas maneras de decir; pero se contradice cuando nos presenta este hotel como la cuna del buen gusto, y cuando nos muestra a la señorita de Scudery como más tolerada que exaltada y admirada. Olvida que Voiture, mientras vivió, fué el que predominaba, y ya sabemos quién fué Voiture en cuanto a talento y buen gusto. En cuanto a la señorita de Scudery, basta leer a Segrais, a Huet y otros, para ver el caso que hacían a esta ilustre muchacha, al *ilustre Bassa,* al *gran Cyrus,* a sus versos tan *sencillos* y tan *tiernos* que despreciaba Despreaux, pero *que no sabía criticar;* y lo que Segrais y Huet admiraban no debió ser juzgado más severamente por una sociedad

[1] ¿Hay una mujer que obscurezca a su marido hasta el punto de que no se haga de él en el mundo ninguna mención? ¿Vive todavía? ¿No vive ya?... (La Bruyère, *Las Mujeres).*

en la que ellos fueron los últimos oráculos. Madama de La Fayette que tenía un talento sutil y firme, como Madama de Sévigné, no conservó del palacio sino lo mejor. Por su edad pertenecía a la corte joven, y casi con menos solidez de talento no le habrían faltado las más justas elegancias. En los primeros tiempos de su matrimonio había tenido frecuentes ocasiones de ver en el convento de Chaillot a la joven princesa de Inglaterra al lado de la reina Enriqueta entonces desterrada. Cuando la joven princesa llegó a ser *Madama* y la gala más preciada de la corte, Madama de La Fayette, aun siendo diez años mayor que ella, mantuvo su antigua e íntima amistad, tuvo siempre sus entradas particulares, y pudo pasar por ser su favorita. En la historia encantadora que ha trazado de los años más brillantes de esta princesa, hablando de ella misma en tercera persona, se juzga así: "La señorita de La Trimouille y Madama de La Fayette formaban parte *(parte del grupo de personas que veían con frecuencia a Madama)*. La primera le agradaba por su bondad y por la ingenuidad con que contaba lo que su corazón sentía, parecida a la sencillez primitiva de los primeros siglos; la otra le era agradable, por fortuna para ella, pues aunque le encontraban ciertos méritos, eran unos méritos tan serios en apariencia que no parecían debían agradar a una persona tan joven como *Madama*". A los treinta años, Madama de La Fayette se encontraba en su centro de esta cortesanía y de esta galantería de los más florecientes años de Luis XIV; formaba parte de las excursiones de *Madama* a Fontainebleau o a Saint-Cloud, más como espectadora que actora, no interviniendo, como nos dice confidencialmente, en ningún asunto ruidoso, sino oyéndolos de la propia boca de la princesa, y escribiéndolos para complacerla. "Vos escribís bien —le decía *Madama*—, escribir y yo es diré cosas interesantes". "Era una labor bastante difícil —declara Madama de La Fayette— describir la verdad de manera que se la reconociese y que, sin embargo, no fuese

ofensiva ni desagradable para la princesa". Uno de los pasajes que pusieron a prueba toda la sutileza de Madama de La Fayette, y que causaron las burlas de *Madama,* por el trabajo de la amable escritora, me imagino que debió de ser este: "Ella *(Madama)* se unió con la condesa de Soissons... y no pensó sino en agradar al rey como cuñada; yo creo que ella le gustó a él de otra manera, y creo también que ella pensó que él no le gustaba sino como cuñado aunque pudo gustarle mucho más, pero en fin como los dos eran infinitamente adorables, y los dos nacidos con disposiciones de galantería, y como ambos no se veían más que en sus momentos de placeres y diversiones, pareció a los ojos de todo el mundo, que el uno sentía por el otro el sentimiento que precede casi siempre a las grandes pasiones". *Madama* murió en los brazos de Madama de La Fayette, que no la abandonó en sus últimos momentos. El relato que hace de su muerte se iguala a los más conmovedores de circunstancias análogas: "Yo subía a sus habitaciones. Me dijo que tenía pena, y el mal humor que demostraba, habría hecho las horas más afortunadas de las demás mujeres, pues tanta era su dulzura que no era capaz de sentir cólera. Después de comer se acostó sobre unos almohadones y me hizo sentar a su lado para apoyar su cabeza en mí. Durante su sueño cambió tan considerablemente, que tras de haberla mirado mucho quedé sorprendida y pensé que acaso el estado del espíritu contribuyera a desfigurar su cara: sin embargo estaba en error haciéndome esta reflexión, pues la había visto dormir varias veces y nunca había observado este cambio". Y luego: "*Monsieur* estaba ante su cama, le besó y le dijo con una dulzura que conmovería los corazones más bárbaros: ¡Ay, *Monsieur,* hace mucho tiempo que no me amáis, y eso es injusticia, pues yo no he dejado de amaros nunca. *Monsieur* pareció muy conmovido y todos los que se encontraban en la habitación también, hasta el punto de que no se oía otro ruido que el que hacen las personas al llorar.

Cuando el rey salió de la cámara, yo me quedé al lado de su lecho y me dijo: Madama de La Fayette, tengo ganas de llorar... Yo no le contesté sino con lágrimas... Continuaba apagándose..." El 30 de junio de 1673 escribía Madama de La Fayette a Madama de Sévigné. "Hoy hace tres años que vi morir a *Madama;* he leído varias cartas suyas y me he saturado de su espíritu".

En medio de esta sociedad de galantería y brillante, durante diez años, Madama de La Fayette joven todavía, con nobleza y agrado en el rostro, si no bella, ¿no era más que una observadora perspicaz, sin otro interés en el corazón que su apego a *Madama,* y sin otra selección secreta? Hacia el año 1665, como yo conjeturo y explicaré después, había escogido en este torbellino y como amigo del alma, a M. de la Rochefoucauld, que ya frisaba con los cincuenta años [1].

Comenzó a escribir muy pronto por gusto, pero con sobriedad siempre. Era aquel el tiempo de los retratos. Madama de La Fayette en 1659 hizo uno de Madama de Sévigné que reputan escrito por un desconocido: "Vale más que yo —decía al encontrarla entre los viejos papeles de Madama de La Tremouille, en 1675— pero quienes me hubiesen amado hace diez y seis años, me habrían encontrado cierta semejanza con ella". Bajo estos trazos imperecederos de su amiga Madama de Sévigné se nos aparece inmortal. Cuando *Madama,* animando a Madama de La Fayette a poner manos a la obra le decía: *Vos escribís bien,* había leído sin duda *La Princesa de Montpensier,* primera novelita de esta escritora impresa en 1600 ó 1602. Como elegancia y vivacidad se destacaba de las novelas e historietas de aquel tiempo, y denunciaba un talento equilibrado y apto para la reforma. La imaginación de Madama de La Fayette al componer encontraba mayor acomodo en la época brillante y de cortesanía de

[1] Petitot, en su *Colección de Memorias relativas a la Historia de Francia,* hace comenzar esta estrecha unión diez años antes.

los Valois, en los reinados de Carlos IX o de Enrique II, que ella idealizaba un poco, y los embellecía como los lindos relatos de la reina Margarita nos lo hacen entrever. *La Princesa de Montpensier, La Princesa de Cleves* y *La Condesa de Tende,* no salen de estos reinados, cuyos vicios y crímenes han eclipsado en demasía su espiritual cultura. La corte de *Madama,* por sus intrigas y sus vicios también, no carecía de semejanza con la de los Valois, y la historia que intentó Madama de La Fayette se parece en más de una ocasión a las Memorias de esa reina tan amada en su tiempo; y en quien es preciso no creer siempre. El pérfido Vardes y el orgulloso M. de Guiche son figuras que no desentonarían en la corte de Enrique II, y a esta corte de *Madama* no le faltaba ni siquiera el caballero de Lorraine. Madama de La Fayette representaba en esta sociedad el papel de la autoridad, y ejercía el oficio de crítico circunspecto. Dos meses antes de la muerte desgraciada de *Madama,* Madama de Montmorency escribía a M. de Bussy en forma de burla (1° de mayo, 1670): "Madama de La Fayette, favorita de *Madama,* se ha roto la cabeza contra la cornisa de una chimenea que no ha respetado a una cabeza tan ilustre y tan gloriosa, merecedora de los favores de tan alta princesa. Antes de esta desgracia, se ha hecho pública una carta suya en la que se burla de lo que llaman palabras en moda y cuyo empleo es inútil; os la envío". Sigue esta carta que está toda ella escrita en esa jerga ininteligible de la que Madama de La Fayette querría corregir a sus contemporáneos. Es un amante celoso que escribe a su querida. Boileau no lo habría hecho mejor. Madama de La Fayette en un grado más fuerte era un poco el Despreaux de la educación de la corte. Al final de este mismo año de 1670, apareció *Zaida,* la primera verdadera obra de Madama de La Fayette, pues *La Princesa de Montpensier* no era realmente una novela, y apenas fijaron la atención en ella en aquel tiempo unas cuantas personas. *Zaida* llevaba el nombre de Segrais y el público

creyó fácilmente que Segrais era el autor. Bussy recibió el libro como estando escrito por Segrais y se dispuso a leerlo con placer "pues Segrais —decía— no puede escribir nada que no sea bonito", y después de haberlo leído lo criticó y lo alabó con la misma persuasión. Desde entonces no han faltado personas que han querido mantener sobre Segrais el honor de la paternidad de todo o por lo menos de una gran parte del libro. Adry, que ha dado una edición de *La Princesa de Cleves,* dejando la cuestión como dudosa, parece inclinarse en favor del poeta.

Pero el digno Adry, que es una autoridad como biógrafo, tiene el talento un poco esclavo de la letra. Segrais, sin embargo, lo ha dicho bien claramente: *"La Princesa de Cleves* es de Madama de La Fayette... *Zaida,* que apareció con mi nombre, es también de ella. Es cierto que yo he tenido alguna participación, pero solamente en la disposición de la novela en la que las reglas del arte están observadas con exactitud". Es verdad que en otro momento dice Segrais: "Cuando mi *Zaida* fué impresa, Madama La Fayette hizo encuadernar un ejemplar con una hoja de papel en blanco entre cada página, con el fin de repasarla de nuevo, y hacer correcciones sobre todo en el estilo, pero no encontró nada corregible, y creo que en muchos años ocurrirá lo mismo que hoy". Es evidente que Segrais, como tantos editores de buena fe, enrojecía un poco cuando se le hablaba de *su Zaida.* La confusión del autor al editor es cosa bien fácil y patente. Si se trata de una novela o de un poeta que han sido puestos en circulación, sus padrinos no aborrecen la sospecha maliciosa, y no la desmienten más que a medias. Y a fuerza de oír su nombre unido a la alabanza o a la crítica, la aceptan más gustosamente. Tantas veces me hablan de Ronsard que me cuesta trabajo no decir *mi* Ronsard. Además nos sentimos adulados de haber sido portadores de una buena noticia y casi también de una mala. El bueno de Adry, a falta de malicia, se encuentra perplejo ante la frase de

Segrais, *mi Zaida.* Huet es bastante categórico en sus *Orígenes de Caen,* y mucho más en su *Comentario* cuando dice: "Gentes mal informadas han creído que yo he querido injuriar en los *Orígenes de Caen* a la nombradía de Segrais; pero yo puedo atestiguar con la fe que me da mi propia experiencia, y con numerosas cartas de la propia Madama de La Fayette, que me enviaba cada parte de su obra sucesivamente a medida que las iba escribiendo para que las leyese y las corrigiese". Por último, Madama de La Fayette decía con frecuencia a Huet por haber insertado su tratado de *Origen de los romanos* a la cabeza de *Zaida:* "¿Sabéis que hemos casado a nuestros hijos?"

Es cierto que el género de *Zaida* no difiere notablemente del de las novelas de Segrais. *Zaida* es del antiguo y puro género novelesco, del que es la más fina joya, y la reforma se observa en los detalles y en la continuidad del relato más que en la concepción. *Zaida* es una especie de término medio entre *Astrea* y la novela del abate Prevost, siendo al mismo tiempo la cadena de unión entre los unos y el otro. Hay en él pasiones extraordinarias y súbitas, semejanzas asombrosas de rostros, sorpresas prolongadas y llenas de aventuras, resoluciones adoptadas por un retrato o una pulsera. Estos amantes desgraciados abandonan la corte para ir a horribles desiertos en donde nada les falta, pasan las tardes en el bosque, contando a las rocas sus martirios, y entran en las *galerías* de sus casas en las que se veían toda clase de pinturas. Encuentran de improviso al borde del mar, princesas infortunadas, en el suelo y como sin vida, que salen del naufragio con vestidos magníficos y que no abren de nuevo los ojos sino para entregarles su amor. Naufragios, desiertos, orillas del mar y arrobamientos, existen más o menos en la antigua novela de Heliodoro, en la de Hurfé, en el género novelesco español, en las pequeñas novelas de Cervantes. La particular novedad de Madama de La Fayette, consiste en la extremada delicadeza del análisis, y los tiernos sentimientos

se desgloban con sutileza de la confusión. Estos celos de Alfonso que parecen tan inverosímiles a los contemporáneos, y que según dice Segrais fueron copiados de la realidad, más bien disminuyéndola que aumentándola, están definidos con destreza y claridad en todas sus transiciones y en su descompostura. Entonces notamos el mérito y la presencia de la observación. Un bello pasaje, y que ha sido calificado de *admirable* por d'Alembert, es aquel en que los dos enamorados que se habían separado pocos meses antes sin saber el uno el idioma del otro, se encuentran inopinadamente y comienzan a hablarse cada cual en la lengua que no es la suya propia, que han aprendido en el intervalo, y luego se detienen enrojeciendo por aquella mutua confesión. Yo soy ferviente admirador de estas observaciones sentimentales como las hace Madama de La Fayette no sin una secreta mirada hacia ella misma: "¡Ay, don García! Teníais razón; pasiones que nos sorprenden y se apoderan de nosotros, en tanto que las otras son uniones a las que prestamos voluntariamente nuestro corazón. Las verdaderas nos las arrancan a pesar nuestro".

Madama La Fayette no conoció, creo yo, esas pasiones que nos arrancan el corazón, sino prestó el suyo voluntariamente. Cuando escogió a M. de La Rochefoucauld para unirse a él, yo he dicho que ella debía tener treinta y dos o treinta y tres años y él cincuenta y dos. Sin duda se veían desde mucho antes, pero yo me refiero a la unión definitiva. Veremos por la siguiente carta inédita hasta ahora, y que es de las más confidenciales que podemos desear, que por el tiempo de la publicación de las *Máximas,* y cuando la entrada del conde de Saint-Paul en la sociedad, corrían rumores acerca de la unión de Madama de La Fayette y M. de La Rochefoucauld, y como de un asunto reciente. Luego, la publicación de las *Máximas* y la entrada del conde de Saint-Paul en la sociedad concuerdan en el año 1665 ó 1666. Madama de La Fayette escribió esta carta a Madama de Sablé, antigua amiga de

Monsieur de La Rochefoucauld, la misma que tanta parte tomó en la confección de las *Máximas,* y que desde hacía algún tiempo se había unido a Port Royal más por deseo de reforma y por miedo a la muerte, según parece, que por sincera conversión: "Lunes por la noche. — No he podido contestar ayer vuestra carta porque tuve gente de visita, y creo que no contestaré hoy, porque la encuentro demasiado obsequiosa. Estoy avergonzado por las alabanzas que me otorgáis y, por otra parte, me agrada que tengáis tan buena opinión de mí no queriendo deciros nada contrario a lo que pensáis. Así, pues, os responderé diciéndoos, que el señor conde de Saint-Paul sale de casa en este instante, y que hemos hablado de vos, como sabéis que yo sé hablar. También hemos hablado de un hombre que siempre me tomo la libertad de compararlo con vos por sus condiciones tan agradables. Yo no sé si la comparación os ofende, pero aun siendo una ofensa en la boca de los demás, en la mía es una gran alabanza, si hemos de creer todo lo que dicen. Bien he visto que el conde de Saint-Paul había oído estos rumores y hemos hablado de ellos. Pero temo que no haya creído seriamente cuanto le he dicho. Yo os ruego que la primera vez que le veáis le habléis, como por propia inspiración, de estos rumores. Para esto tendréis ocasión propicia, pues le he dado las *Máximas* y seguramente os lo dirá. Mas yo os ruego que le habléis como es preciso para meterle bien en la cabeza que todo eso no es sino una broma... Pero pienso ahora, que acaso vos misma no estéis muy segura, y en ese caso, habrá que comenzar por persuadir al embajador. Sin embargo, podemos fiarnos a vuestra habilidad que está por encima de toda alabanza. Temo más que a la muerte el que las gentes de su edad puedan creer que yo tengo secretos galanteos. Parece que nos creen de cien años más en cuanto somos más viejos que ellos, y además, creerían todo más fácilmente tratándose de M. de La Rochefoucauld que de otro cualquiera. En fin, yo no quiero que

el conde piense nada, sino que sea uno de mis amigos, y os ruego que no olvidéis quitarle esto de la cabeza que tan dentro lo tiene que me ha hecho olvidar vuestra carta. No es generoso el recordaros un servicio pidiéndoos otro".

"*(Al margen).* — No quiero olvidar deciros que he encontrado al conde de Saint-Paul en un estado terrible de espíritu."

Para añadir interés a esta carta recordemos que M. de Saint-Paul, hijo de Madama de Longueville, es probablemente M. de La Rochefoucauld visitando a Madama de La Fayette que pasa por ser el objeto de una última y tierna pasión, y a quien querría ser desengañado... o engañado en esto. El *estado terrible de espíritu* del joven príncipe iba derecho, según me figuro, al corazón de Madama de Longueville, a quien la postdata, y acaso también el resto, fué enseñado en seguida. Esta frase encantadora de la carta y que debieran meditar todos los amores tardíos: "Temo como a la muerte el que la gente de su edad crea que tengo secretos galanteos", responde exactamente a este pensamiento de *La Princesa de Cleves:* "Madama de Cleves, que había llegado a esa edad en la que se cree que una mujer no puede ser amada en cuanto pasa los veinticinco años, miraba con asombro infinito el apego que sentía el rey por la duquesa (de Valentinois)". Esta idea, como se ve, era familiar a Madama de La Fayette. Temía sobre todo inspirar o sentir una pasión en esta edad en que otras las fingen. Su delicadeza era un último pudor.

Yo creo tanto más en que su unión con La Rochefoucauld no comienza sino en esta época cuanto que me parece que la influencia que ejerció sobre él fué contraria a las *Máximas,* las que le hubiese hecho corregir y podar, si le hubiese conocido antes, y que La Rochefoucauld misántropo, que decía que no había encontrado el amor más que en las novelas, puesto que nunca le había experimentado, no es el mismo de quien ella decía: M. de La Roche-

foucauld me ha dado talento, pero yo he reformado su corazón.

En una carta de su propia mano (inédita) a Madama de Sablé, que también había escrito *Máximas,* leo: "Me causaríais una gran pena si no me dejáseis leer sus *Máximas.* Madama Du Plessis me ha hecho sentir una curiosidad muy grande por verlas, y precisamente porque son honestas y razonables, es por lo que tengo este deseo, y porque ellas me convencerán de que todas las personas de buen sentido, no están tan persuadidas de la corrupción general de que está persuadido M. de La Rochefoucauld". Esta idea de corrupción general es la que se aplicó a combatir en M. de La Rochefoucauld logrando rectificarla. El deseo de alumbrar y dulcificar este noble talento, fué sin duda el atractivo de ella en esta estrecha unión.

El antiguo caballero de La Fronde, agriado y gotoso no era lo que podemos figurarnos por su libro. Había estudiado poco, nos dice Segrais; pero su sentido maravilloso y su ciencia del mundo, suplían al estudio. Siendo joven se había entregado a todos los vicios de su tiempo y se había retirado de ellos con el espíritu más sano que el cuerpo, si se puede llamar salud a una poca tristeza. Esto no impidió que fuese extremadamente agradable. Era el decoro perfecto y ganaba en estimación a medida que se le observaba más de cerca. Hombre de charlas íntimas, un grado más no le encajaba. Si le hubiese sido preciso hablar delante de cinco o seis personas un poco solemnemente, le habría faltado la fuerza, y la arenga que era acostumbrada en la Academia francesa le trastornó. En junio de 1672, cuando la muerte de M. de Longueville, la del caballero de Marsillac su nieto y la herida del príncipe de Marsillac su hijo, cuando esta granizada cayó sobre él, nos dice Madama de Sévigné, estuvo admirable a la vez en su dolor y en su energía: "He visto su corazón al descubierto —añade— en esta cruel aventura, y está en las primeras filas de los que yo he conocido con valor, mérito,

ternura y razón". Y luego añadía que era *patriarca* y que sentía casi como ella la ternura maternal. He aquí a M. de La Rochefoucauld tal como Madama de La Fayette lo reformó.

De 1666 a 1670, la salud de Madama de La Fayette, que aún no se había desgastado, y el favor con que la distinguía *Madama,* le daban ocasión de ir con más frecuencia a la corte, y no fué sino después de la muerte de *Madama,* y en la época de disminución de la salud de Madama de La Fayette, cuando la unión se consolidó, según nos dice Madama de Sévigné. Las cartas de la incomparable amiga, que se suceden de una manera ininterrumpida a partir de esta época, permiten seguir la más pequeña circunstancia y hasta la dichosa monotonía de esta tierna costumbre. La mala salud de ambos —escribía— los hacía necesarios el uno al otro, y les proporcionaba un placer de saborear sus buenas cualidades que no se encuentra en las otras uniones... En la corte no se tiene la ocasión de amarse; este torbellino, que es tan violento para todos, era apacible para ellos, y daba ocasión al placer de este cambio tan delicioso de afectos. Yo creo que ninguna otra pasión ha sobrepasado la fuerza de esta unión..." No citaré todo lo que puede extraerse de estas cartas de Madama de Sévigné, pues pocas hay en las que Madama de La Fayette no sea nombrada y varias de ellas han sido escritas o cerradas en casa de ésta con cumplidos muy vehementes de M. de La Rochefoucauld. En los buenos días, en los días de salud mediana y de comidas con charlas, tenían lugar las maliciosas alegrías sobre la alocada Madama de Marans y sobre los manejos de Madama de Brissac y de Monsieur le Duc. Había otros días más serios y no menos deliciosos, en Saint-Maur, en la casa que M. le Brince había prestado a Gouville, cuando se leía entre sociedad escogida la *Poética* de Despreaux que reputaban una obra maestra. Otras veces a despecho de Despreaux y de su *Poética,* iban a Lulli, y en ciertos pasajes de la ópera

Cadmus lloraban: "No soy yo la sola que no se puede contener —decía Madama de Sévigné—; Madama de La Fayette también siente su alma enternecida". ¡Esta alma enternecida es la delicadeza misma! ¡Oh, Zaida, Zaida, se ve en estos enternecimientos la ternura novelesca no satisfecha más que a medias y que no debemos despertar demasiado! Otros días Madama de La Fayette va todavía a hacer una visita a la corte, y el rey le da lugar en su carretela con las damas y le muestra las bellezas de Versalles como habría hecho un simple particular, y tal viaje y tal suceso, por muy circunspecto que se sea, suministra a la vuelta materia para largas conversaciones y hasta para cartas menos cortas que de costumbre de parte de Madama de La Fayette, que no gustaba de escribir cartas. También hablaban de Madama de Grignán alejada y un poco envidiosa por un escritorio de madera, de Santa Lucía que Madama de Montespán había regalado a Madama de La Fayette [1]. Cuando ya no iba más a Versalles y no besaba llorando de agradecimiento las rodillas del rey, después de la muerte de La Rochefoucauld, Madama de La Fayette conservó su crédito y su consideración. "Nunca una mujer sin salirse de su puesto —nos dice Madama de Sévigné— hizo tan buenos asuntos". Luis XIV vió siempre en ella la favorita de *Madama*, un testigo de su muerte conmovedora y de los hermosos años a los que ella quedaba ligada en recuerdo, pues apenas si aparecía en la corte desde entonces.

Mas Versalles y la Poética de Despréaux y la ópera de Lulli, y las alegrías sobre la Marans, fueron pronto interrumpidos por la quebrantada salud, y sus fiebres ter-

[1] Según las cartas de La Fayette, se ve que Madama de Grignán le repetía con frecuencia: "¡Veis, veis! ¿Vuestra Madama de La Fayette os ama tan extraordinariamente? No os escribiría dos líneas en diez años; sabe hacer lo que le acomoda y guardar su descanso, pero desde su indolencia vigila su crédito". Gouville, con quien Madama de La Fayette cometió el error de intimar como habría hecho con un amigo leal, escribió algo en este sentido más malicioso. Lassay, en la especie de Memorias que ha hecho imprimir, intenta también toda una acusación contra Madama de La Fayette interesada y hábil para sacar partido de todo, pero no podemos creerlo sin antes saberlo con certeza.

cianas llegaron a ser la principal ocupación. En su bello y extenso jardín de la calle de Vaugirard, tan verde y tan embalsamado; en la casa de Gouville en Saint-Maur, en donde entra como amiga franca; en Fleury-sous-Meudon, a donde va a respirar el aire del bosque, la vemos enferma, melancólica, la vemos enflaquecer y ser devorada. Su vida durante veinte años se convirtió en una fiebre más o menos lenta, y las cartas dicen siempre lo mismo: "Madama de La Fayette se va mañana a su casita cerca de Meudon en donde ha estado ya. Allí pasará quince días entre el cielo y la tierra, pues no quiere pensar ni hablar, ni contestar, ni escuchar; está fatigada de decir buenos días y buenas noches, todos los días tiene fiebre y el descanso la cura; así, pues, le es preciso reposo. Yo iré a verla alguna vez. M. de la Rochefoucauld está siempre en la silla como lo habéis visto; tiene una infinita tristeza cuya causa se comprende fácilmente". Peor que la gota y que los otros males, para M. de La Rochefoucauld, es la ausencia de Madama de La Fayette.

La tristeza que tal estado alimentaba, no impedía que sonriese y reapareciese en algunos momentos. Entre los remoquetes que aquella sociedad ponía a los suyos y que hacían de Madama Scarrón el *Deshielo,* de Colbert el *Norte,* de M. de Pomponne la *Lluvia,* Madama de La Fayette tenía el de la *Bruma;* pero la bruma desaparecía y se veían encantadores horizontes. Una razón dulce, resignada, melancólica, atrayente, reposada de tono, sembrada de palabras exactas y sorprendentes que se grababan en la memoria, eran la base de su conversación y de su pensamiento. *Bastante tiempo he sido,* decía aceptando su estado inactivo. Esta frase que la pinta de cuerpo entero, es muy bien de quien decía de Montaigne que le gustaría tenerle como vecino.

Una sensibilidad extremada y llena de lágrimas reaparecía por instantes y repentinamente, a pesar de su sensatez, como una fuente brota en medio de un campo.

En algunos momentos se la veía emocionada por la música. Cuando Madama de Sévigné se iba a los Rochers o a la Provenza, era necesario que no le dijese adiós y que su visita no pareciese ser la última, pues Madama de La Fayette se emocionaba enormemente por la marcha de su amiga. Un día hablaban delante de ella, estando M. le Duc presente, de la campaña que iba a emprenderse, y la idea de los peligros que arriesgaría M. le Duc la hizo llorar. Estas emociones tenían un encanto mayor y más valor, en una persona de talento tan sensato y tan reposado.

A pesar de su languidez no atendía menos a algunos puntos esenciales, y sin moverse lo vigilaba todo. Si reformó el corazón de M. de La Rochefoucauld, también reparó sus asuntos. Se concibe así que escribiese pocas cartas y solamente las necesarias. Su única corresponsal constante fué Madama de Sévigné. El pequeño número de cartas de Madama de La Fayette dice que no dirá más que dos palabras, pues diría más si no se lo impidiese el dolor de cabeza. Un día reaparece M. de La Fayette en persona, que viene no sé de dónde; basta leer la preciosa carta en que dice: "Y *bien, hermosa mía ¿por qué gritáis como un águila?* etc." Para conocer el género de vida de Madama de La Fayette y notar la diferencia que existe entre ella y Madama de Sévigné, se leen estas palabras citadas con frecuencia: "Estáis en la Provenza hermosa mía, tenéis horas libres y la cabeza más libre aún; el placer de escribir a todo el mundo existe para vos, en tanto que yo he perdido el de escribir a todo el mundo, y si yo tuviese un amante que quisiese una carta mía todas las mañanas, rompería con él".

Madama de La Fayette era muy franca y nada mentirosa, y era *preciso creerla* bajo su palabra [1]. "No habría otorgado el menor título a no importa quién, si no estaba persuadida de que lo merecía, lo que acaso haya hecho decir a alguien que era un poco ruda [2]". Madama de Main-

[1] Madama de Sévigné.
[2] *Segraisiana.*

tenón, con quien Madama de La Fayette estaba unida estrechamente, era un espíritu recto, pero de un carácter menos franco, muy juiciosa, pero menos *verdadera*, y esta diferencia contribuyó al enfriamiento de la amistad. En 1672, cuando Madama Scarrón criaba en secreto a los bastardos de Luis XIV, al final del faubourg de San Germán, cerca de Vaugirard, y más allá de la casa de Madama de La Fayette, ésta tenía gran amistad con ella y algunas veces le escribía, así como Madama de Coulanges, en cuya compañía debió visitar a Madama Scarrón en alguna ocasión. Pero las confidencias extremadas dieron lugar a ciertas palabras y conjeturas que son desagradables entre amigos: "La idea de hacerme religiosa no me ha pasado siquiera por la mente —escribía Madama de Maintenón al abate Testu—, tranquilizad a Madama de La Fayette". Dando a su hermano lecciones de economía, Madama de Maintenón escribía en 1678: "Había de poseer una renta de treinta mil libras, no tendría el lujo de gran señora, ni un lecho galoneado de oro como Madama de La Fayette, ni un ayuda de cámara como Madama de Coulanges. Los placeres que tienen, ¿valen las chanzas de que son víctimas?" Yo no sé si el lecho galoneado de Madama de La Fayette se prestaría a muchas burlas; pero acostada en él, seguramente tendría un aspecto de sencillez mucho más grande que su amiga envuelta en el manto color de *hoja muerta* que afecta usar hasta el fin. Por último, toda amistad cesó entre ellas según declara Madama de Maintenón. "No he podido conservar la amistad de Madama de La Fayette porque la continuación la ponía a un precio muy alto. Por lo menos, le he demostrado que era tan sincera como ella. El duque es quien nos ha enemistado aunque ya otras veces lo estuvimos por bagatelas" [1]. En las Memorias

[1] Carta a Madama de Saint-Geran en agosto de 1684. ¿De cuál duque se trata? ¿Es nuevamente del duque de La Rochefoucauld? Se ve,

de Madama de La Fayette, en los años 1688 y 1689, a propósito de la *comedia de Esther*, leemos: "Ella (Madama de Maintenón) ordenó al poeta que hiciese una comedia, pero escogiendo un asunto piadoso, pues en estos momentos, fuera de la piedad, no hay salvación en la corte, así como en el otro mundo... La comedia representaba la caída de Montespán y el encumbramiento de Madama de Maintenón, con la sola diferencia de que Esther era un poco más joven y menos piadosa". Al citar las palabras de estas dos mujeres ilustres, no me complazco en hacer resaltar las agrideces que marchitaron tan antiguo afecto. En suma, Madama de Maintenón y Madama de La Fayette eran dos potencias demasiado considerables que no cediendo ni una ni otra, no podían por menos de chocar. Madama de Maintenón, al engrandecer, la última, debió por grados cambiar para con Madama de La Fayette, que continuó siendo la misma, con ese proceder uniforme que Madama de Maintenón habría querido ver alterarse un poco al igual que su fortuna [1]. Madama de La Fayette moribunda, era de quien decía Madama Scarrón escribiendo a Madama de Chantelou cómo fué presentada a Madama de Montespán en 1666. "Madama de Thianges me presentó a su hermana... Le pinté mi miseria, sin exageraciones, hasta el punto de que Madama de La Fayette habría estado contenta de mis veraces palabras y de la brevedad de mi relato". Con respecto a la sociedad cortés y elevada que unía lo serio con la gracia, si yo hubiese sido M. Roederer, habría encontrado el tiempo más satisfactorio en el círculo de Madama de Sévigné y de Madama de La Fayette, más bien que en el encumbramiento y en el matrimonio de Madama

---

por una carta de Madama de Maintenón a la misma, en abril de 1679, que no podía sufrir a los Marsillac padre e hijo. Todas las cartas dirigidas a Madama de Saint Geran nos son muy sospechosas después de los últimos trabajos críticos sobre la edición de Boumelle.

[1] La Baumelle, en las Memorias que preceden a su edición de las Cartas de Madama de Maintenón, supone en Madama de La Fayette yo no sé qué defectos de carácter y qué pretensiones de querer reemplazar a Madama de Sablé, que alejaron a sus amigos y dejaron la casa desierta. No se pueden negar con más impertinencia tantos testimonios.

de Maintenón. Esta perjudicaba la buena sociedad, lo mismo que ciertos revolucionarios han perjudicado a la libertad llevándola muy lejos, hasta un exceso, que trae consigo la reacción. Era preciso detenerse ante la gazmoñería o la austeridad so pena de entrar en la Regencia.

En julio de 1677, un año antes de *La Princesa de Cleves,* la salud de Madama de La Fayette pareció llegar al último extremo, aunque estaba predestinada a sufrir sin tregua quince años más, pues pertenecía al número de esas *personas que arrastran su miserable vida hasta la última gota de aceite* [1]. Sin embargo, en el invierno siguiente, M. de La Rochefoucauld y ella se ocuparon en familiarizar esa bonita novela que apareció en casa de Barbín el 16 de marzo de 1678 [2]. Segrais, a quien aun encontramos en nuestro camino, dice que no se tomó la molestia de contestar a la crítica que hicieron de la novela, y añade que Madama de La Fayette desdeñó el contestar, de suerte que no habría duda si quisiéramos creerlo, acerca de la cooperación [3]. Mas no discutiremos, pues esta novela es muy superior a todo lo que él escribió para que titubeemos. Además, nadie fué sorprendido, pues las lecturas confidenciales habían sido comentadas, y se recibió el libro como siendo su solo autor Madama de La Fayette ayudada del buen gusto de M. de La Rochefoucauld. Des-

[1] Madama de Sévigné.

[2] En una carta de Madama de Sévigné a su hija, en 16 de marzo de 1672, leemos: "Estoy desolada porque hayáis tenido a *Befazet* de otras manos que las mías, y la causa es ese perro de Barbín que me odia porque yo no hago Princesas de Cleves ni de Montpensier". Podemos suponer que la novela *La Princesa de Cleves* estaba ya en proyecto en aquella fecha y que ya se había tratado de ella en la íntima sociedad de la autora, y casi que Madama de Sévigné y Madama de Grignán habían oído el principio. Me parece que en una carta de Madama de Scudery a Bussy, vemos que durante el invierno que precedió a su publicación Madama de La Fayette y M. de La Rochefoucauld se encierran y preparan algo. Todo se concilia fácilmente. *La Princesa de Cleves,* esbozada, durmió desde 1672 a 1677, y entonces la autora, de acuerdo con M. de La Rochefoucauld se propuso acabarla.

[3] Es digno de observar que en *Segraisiana* incurre en un error acerca de la novela que pretende como suya. Habla del encuentro de M. Nemours con Madama de Cleves, quien se encuentra con la que ha de ser su mujer.

de que esta novela, así anunciada de antemano, apareció, fué objeto de todas las conversaciones y de todas las correspondencias. Buny y Madama de Sévigné se escribieron hablando de ella, y en la gran avenida de las Tullerías se comentaba. Fontenelle la leyó cuatro veces en público, y Boursauit hizo una tragedia como hoy habrían hecho un vaudeville con su asunto. Valincour escribió sin firmarlo un folleto de crítica que atribuyeron al Padre Bouhours, y un abate de Charnes le contestó con otro que se le achacó a Barbier d'Aucourt, crítico célebre entonces, y adversario consecuente del ingenioso jesuíta. *La Princesa de Cleves* ha sobrevivido a este triunfo, y quedó para nosotros la primera, en fecha, de las más encantadoras novelas.

Es muy interesante pensar en qué situación tan singular nacieron estos seres tan encantadores, tan puros, estos personajes nobles y sin tacha, esos sentimientos tan juveniles y de tanta ternura; cómo Madama de La Fayette puso en ellos lo que su alma amante y poética tenía en reserva desde los primeros ensueños, y cómo M. de La Rochefoucauld se complació en encontrar en M. de Nemours esa brillante flor de caballerosidad que tanto él había lucido, como mirándose en el espejo de su juventud [1]. Así estos viejos amigos se remontaban con la imaginación a la edad tan bella en que no se conocían y en la que no habían podido amarse. Ese enrojecer peculiar de Madama de Cleves, y que es casi todo su lenguaje, señala bien el pensamiento de la autora, que es pintar el amor en todo lo que es de fresco y más púdico, de más adorable y de más turbado, de más indeciso y de más irresistible, de más *amor mismo*, en una palabra. En todo momento habla *de este gozo que la primera juventud junta con la belleza*, de *esa especie de turbación y de embarazo en to-*

[1] Monsieur de La Rochefoucauld —ha dicho el abate de Longuerue— ha sido toda su vida fiel a las novelas. Todas las tardes se reunía con Segrais en casa de Madama de La Fayette y leía *l'Astrée*". A pesar de todo, le quedaba un gusto por lo caballeresco.

das las acciones que causa el amor en la inocencia y en la juventud, de todo lo que está más lejos de ella y de su amigo en su unión tardía. En el sentido de la vida, era sensata, y su juicio estaba por encima de su talento, según decían, y cuya alabanza la complacía más que las otras. En la novela dominan la poesía y el sentimiento, aunque la razón no falta jamás. En ninguna parte como en *La Princesa de Cleves*, las contradicciones y las duplicidades del amor han sido expresadas con tanta naturalidad. "A Madama de Cleves le molestaba que M. de Nemours creyese que era él quien le impedía ir a casa del mariscal de Saint-André, pero luego sintió pena cuando su madre deshizo esta creencia..." — "Madama de Cleves suponía que el príncipe se había dado cuenta del sentimiento que le inspiraba, y sus palabras la convencieron de que no se había equivocado. Estaba desolada por no haber podido ocultar este sentimiento y por haberlo dejado aparecer ante los ojos del caballero de Guisa. También lo estaba porque M. de Nemours los conociese; pero en esta pena había una especie de dulce consuelo". Las escenas son naturales, bien trazadas y de justo diálogo, y aunque en una o dos ocasiones son inverosímiles, las salva el interés y cierta negligencia. Los episodios no se apartan nunca del progreso de la acción, y frecuentemente le ayudan. La circunstancia más inverosímil es la del pabellón, cuando M. de Nemours llega tan a tiempo para escuchar detrás de la empalizada la declaración hecha a Monsieur de Cleves. Esta escena, que tanto ponderan Bussy y Valincour, produce llanto aun en los mismos que han llorado una sola vez con *Ifhigenie*. Para nosotros, que nos chocan estas inverosimilitudes, y que admiramos en *La Princesa de Cleves* hasta su color un poco pasado, lo que nos encanta es la moderación de las pinturas, es la manera tan discreta que reina en todas partes y que hace soñar; algunos sauces a lo largo de un arroyo, cuando el amante se pasea, y por toda descripción de la belleza

de la amante, *sus cabellos confusamente anudados, los ojos un poco hinchados por las lágrimas* y como último trazo, *esta vida que fué bastante corta,* impresión final casi lacónica. El estilo es igualmente delicioso, con un lenguaje de una selección exquisita [1], con negligencias e irregularidades que tienen su gracia y que Valincour no los ha anotado detalladamente sino suponiéndolas observadas por un gramático amigo suyo, y con una especie de vergüenza de hacer un reproche directo a la admirable autora. Yo no veo más que dos locuciones que han envejecido: "El rey no sobrevivió apenas al príncipe su hijo", y "Milord Courtenay era también amado por la reina María, quien se habría casado con él con consentimiento de toda Inglaterra, *sin que conociese* que la juventud y la belleza de su hermana *Isabel* le conmoviera más que la esperanza de reinar".

El pequeño volumen de Valincour, que Adry ha reimpreso en su edición de *La Princesa de Cleves,* es una muestra patente de la crítica cortés, tal como los amantes del buen gusto la hacían bajo el reinado de Luis XIV. Valincour, que entonces no tenía más que veinticinco años, no se complacía con la sociedad de Huet y de Segrais. Llegó más tarde y representaba los juicios de Racine y de Boileau. Su malicia siempre atemperada no impide la equidad ni la alabanza, sin evitar la minucia y la sutileza del detalle. Los que atribuían la crítica al Padre Bouhours tenían derecho a encontrar chistoso que el censor reprochase que el primer encuentro de M. de Cleves y de la señorita de Chartres fuese en casa de un joyero y no en una iglesia. Sea como quiera, el conjunto atestigua un ingenio legítimo y sutil, irónico pero con hon-

[1] Un crítico, que nos complacemos en citar, ha dicho: "Es muy curioso observar cómo, bajo Luis XIV, la lengua francesa en toda su pureza y tal como la escribían Madama de La Fayette, Madama de Sévigné y M. de La Rochefoucauld, se componía de un pequeño número de palabras que se repetían con encanto en el transcurso de un diálogo. Se puede decir particularmente del estilo de Madama de La Fayette que es la propia pureza, que es la *líquida voz* de Horacio.

radez, al que Fontanes habría podido consultar con provecho antes de criticar a Madama de Staël. El abate de Charnes, que rechaza palabra por palabra esta crítica con injurias, me parece un provinciano que no había pedido a Madama de La Fayette el permiso para defenderla, y Barbier d'Aucourt, sin tener nada de ático, habría sabido hacer otra cosa mejor. Se puede ver en Valincour una teoría nueva y completa sobre la novela histórica, y esta teoría no es otra que la que Walter Scott en parte ha realizado.

Bussy, que en sus cartas a Madama de Sévigné habla muy extensamente de *La Princesa de Cleves,* añade con esa increíble fatuidad que lo estropeaba todo en él: "Nuestra crítica es de gentes de calidad y de talento; la impresa es más exacta y bromista en muchas ocasiones". Para vengar a Madama de La Fayette de las maldades de este personaje, baste citar esa frase suya [1].

Al avanzar en la composición de *La Princesa de Cleves,* los pensamientos de Madama de La Fayette se tornan más graves, y la idea del deber aumenta y la arrastra. La austeridad denota que *aquella vista tan perspicaz y tan próxima a la muerte ve las cosas de este mundo diferentes de como las veía con plena salud.* En el verano de 1677 ésto se había hecho sentir ya, y como indica Madama de Sévigné, era el presagio del acabamiento de su alma. El desengaño de todo se ve en ese temor que siente Madama de Cleves, en que el matrimonio no sea la tumba del amor del príncipe, y en no abrir las puertas a los celos. Este temor, tanto como el escrúpulo de deber se opone a su matrimonio con el amante. Y al acabar la novela, se observa claramente que los dos amigos —M. de La Rochefoucauld y ella— dudaban de que hubiese otra felicidad para sus queridos personajes, y se acogían con

[1] Se puede ver en el tomo II, pág. 304, de *Obras diversas,* de Bayle, una crítica muy agradable de *La Princesa de Cleves.* Esta crítica de Bayle es el antípoda del ideal, y es desde todo punto de vista, lo que se llama la *Buena grosería natural.*

mayor ahinco a su dulce unión como a su bien más consolador y más seguro.

No gozaron de él mucho más tiempo. En la noche del 16 al 17 de marzo de 1680, dos años después de la publicación de *La Princesa de Cleves* murió M. de La Rochefoucauld. "Tengo la cabeza tan llena del dolor y de la extrema aflicción de nuestra pobre amiga —escribe Madama de Sévigné—, que no puedo sustraerme al impulso de hablarte de ella... M. de Marsillac está también muy afligido; pero sin embargo, hija mía, encontrará luego al rey y a la corte, toda su familia hallará un lugar; pero Madama de La Fayette, ¿dónde volverá a encontrar otro amigo igual, parecida dulzura, igual agrado y consideración para ella y para su hijo? Está enferma, apenas si sale de su cuarto y a la calle nunca. M. de La Rochefoucauld era sedentario también; y este estado hacía que el uno fuese necesario al otro, y nada podría compararse a la confianza y al encanto de esta amistad. Comprenderás que no se puede considerar una pérdida más considerable, y que el tiempo puede consolar menos. En todos estos días no he abandonado a esta pobre amiga. Madama de Coulanges también la acompaña y las dos continuaremos consolándola durante cuanto podamos". Y en cada una de las cartas siguientes: "La pobre Madama de La Fayette no sabe qué hacer con ella misma... Todos se consolarán menos ella". Esto le repite Madama de Sévigné de cien maneras, las unas más expresivas que las otras: "Esta pobre mujer no puede arreglar su conducta de manera que llene este vacío". Madama de La Fayette no intentó llenarlo, pues sabía que nada repara tales ruinas. Ni aun la tierna amistad de Madama de Sévigné le bastaba. Para convencerse de la influencia de tales amistades leamos la carta de Madama de La Fayette a Madama de Sévigné del 8 de octubre de 1689, tan perfecta, tan imperiosa y tan llana, y leamos después el comentario que Madama de Sévigné hace en una carta a su hija: "¡Dios

mío, qué bella excusa para no estar más en mi casa, la de depender, la de no tener equipaje aquí, y la de deber mil escudos!", y se comprenderá cómo no se puede pedir todo a estas amistades que no son únicas y sin subdivisiones, puesto que las más delicadas juzgan así. Después del amor y de la amistad absoluta, sin pensamientos secretos, toda entera y toda ella ocupada, no hay más que la muerte o Dios.

Madama de La Fayette vivió trece años más, y en Madama de Sévigné podemos ver los pequeños detalles de su vida exterior durante estos años desiertos. Una viva unión con la joven Madama de Schomberg despertó cierta envidia entre las antiguas amigas, y esto es lo único que observamos en esta alma que pareciese reanimarla. Acaso por efecto de esta misma necesidad inquieta, después de los primeros meses de la pérdida, hizo agrandar por un lado el jardín de su casa ya muy grande, a medida, ¡ay!, que su vida disminuía. Según parece, para ocupar las horas Madama de La Fayette hizo algunos trabajos de los cuales algunos se han perdido. *La Condesa de Tende* debe de datar de estos años. En lo que el público y Bussy hicieron más hincapié, acerca de *La Princesa de Cleves,* había sido la confesión extraordinaria que la heroína hace a su marido. Madama de La Fayette, al imaginar una situación análoga, que trajo consigo declaración tan extraordinaria, pensó que la primera quedaría justificada. En *La Condesa de Tende* consiguió que *La Princesa de Cleves* tuviese una hermana digna de ella. En las *Memorias de la Corte* de Francia, los años de 1688-1689, son los más notables por su continuidad, la precisión y lo destrabado del relato. En ellos no hay ninguna divagación ni ninguna reflexión inadecuada, y están narrados concienzudamente y con gran exactitud. El autor de tal trabajo era sin duda un talento capaz de asuntos positivos. He citado la frase bastante mordaz sobre Madama de Maintenón a propósito de *Esther.* Racine, de rechazo, fué juzgado con

ligereza en su *comedia* del convento: "Madama de Maintenón, para divertir a sus nietas y al rey, hizo hacer una comedia a Racine, el mejor poeta del tiempo, a quien sacaron de su poesía en la que es inimitable, para hacer, por desgracia suya y de los que aman el teatro, un historiador muy imitable". Madama de La Fayette perteneció a un tiempo en que Corneille era preferido a Racine, había practicado en *Zaira* el género español, tan admirado por el autor del *Cid,* y que Racine y Boileau habían matado. Tenía amistad con Fontenelle, y contaba por amigos particulares hombres como Segrais y Huet, que casi odiaban a los dos poetas reinantes. M. de La Rochefoucauld los tenía en mucha estima como escritores, pero los consideraba pobres de encantos fuera de sus versos. Valincour, que había atacado a *La Princesa de Cleves,* era el discípulo y el amigo íntimo de los dos. Mas Madama de La Fayette tenía mucho talento para no admirar a los dos autores, cuya ternura encontraba en ella cuerdas tan bien preparadas. En el momento en que reverencia menos a Racine, le llama *el mejor poeta,* e *inimitable.* Ya hemos visto que en casa de Gourville, es decir en su casa, escuchaba la *Poética* de Boileau[1]. Tenía con Boileau más de un punto de semejanza en la rectitud de su talento, y en su crítica concisa, y era a su manera, una especie de oráculo entre aquella gente distinguida. Las frases a la manera de Despreaux que se conservan de ellas son muy numerosas, a las que hay que añadir aún esta: "El que se coloca por encima de sus semejantes por mucho talento que tenga queda por debajo de su talento". Boileau hablando un día con Olivet decía: "¿Sabéis por qué los antiguos tenían tan pocos admiradores? Pues porque las tres cuartas partes de los que los han traducido eran ignorantes o tontos. Madama de La Fayette, la mujer de

[1] Aún más; *Madama,* como sabemos, había sido en la Corte la mayor protectora de los nuevos poetas y Racine le había dedicado *Andromaque.* Madama de La Fayette era la consejera de *Madama,* y su influencia literaria debía de ser muy directa y poderosa.

Francia que tenía más talento y que escribió mejor, comparaba a un traductor tonto con un lacayo a quien su ama enviase a hacer cumplidos. Lo que la señora le dijera en tono cortés él lo repetiría groseramente y estropeado, y cuanta más delicadeza hubiese en el cumplido, menos sabría el lacayo explicarse. He aquí, en una palabra, la verdadera representación de un mal traductor". El mismo Boileau, pues, parece ratificar esa semejanza de ella a él, que nosotros indicamos. M. Roederer tiene mil veces razón cuando habla de las relaciones de Molière con la sociedad de Madama de Sévigné y Madama de La Fayette, y cuando dice que la comedia *Las Mujeres Sabias* no se refería a ellas. Respecto a La Fontaine, está demostrado que en una época tuvo gran familiaridad con Madama de La Fayette. Se conocen versos muy afectuosos que escribió para enviarle una diminuta mesa de billar. Esto debió ocurrir por el tiempo en que dedicó una fábula al autor de las *Máximas* y otra a Madama de Sévigné [1].

Después de la muerte de M. de La Rochefoucauld, Madama de La Fayette volvió la vista hacia la religión, y de esto tenemos un precioso testimonio en una hermosa y extensa carta a Du Guet. Le había escogido como director. Sin estar unida directamente con Port Royal, se inclinaba de su lado empujada más bien por la hipocresía de la corte. Su madre, como hemos visto, le había dado

[1] Madama de La Fayette era del mismo grupo, y casi del mismo *Parnaso* que La Fontaine, Racine y Despreaux, y el pequeño relato no es más que la imagen un poco borrosa de la realidad. "En 1675, dice Ménage, regaló el día de Año Nuevo al duque de Maine una habitación toda dorada del tamaño de una mesa. Encima de la puerta, con letras muy grandes, se leía *Cámara sublime*. Dentro había un lecho y una butaca en la que estaba sentado el duque, hecho de cera y con gran parecido. Cerca de él M. de La Rochefoucauld, a quien daba unos versos para que los examinase. Alrededor M. de Marsillac y Bossuet, entonces obispo de Condom. En el otro lado de la alcoba, Madama de Thianges y Madama de La Fayette leían versos juntas. Despreaux con una horca de campesino impedía que entrasen siete u ocho malos poetas. Racine estaba cerca de Despreaux, y un poco más lejos La Fontaine, a quien hacía señas de que entrase. Todas estas figuras eran de cera en pequeño, y cada uno de los representados había dado la suya". Ménage no nos dice si él figuraba entre los cinco o seis malos poetas echados por Despreaux.

como padrastro al caballero Renaud de Sévigné, y uno de los bienhechores de Port-Royal-des-Champs, cuyo claustro había hecho reconstruir. Murió en 1672 [1]. Madama de La Fayette conoció a Du Guet, quien comenzaba a tener una gran significación como director espiritual de las conciencias, y quien en la decadencia de Port-Royal, no tenía más que las tradiciones justas e íntimas, sin nada de contencioso ni de estrecho. He aquí algunas de las frases severas que dirigía este sacerdote a la penitente que se las había pedido:

"He creído, señora, que debíais emplear útilmente los primeros momentos del día, durante el cual apenas si se despierta más que para soñar. Ya sé que son pensamientos sin continuidad, y que a veces os esforzáis para no tenerlos; pero es muy difícil no depender de nuestros instintos cuando se quiere que ellos sean los dueños y señores. Importa pues mucho que os alimentéis con otro pan que no sea el de esos pensamientos sin objeto definido, y de los cuales, los más inocentes son aquellos que simplemente son inútiles. Yo creo que podríais emplear mejor un tiempo tan tranquilo, que en rendiros cuentas a vos misma de una vida tan larga, de la que sólo os queda una reputación cuya vanidad mejor que nadie comprendéis.

"Hasta aquí las nubes con que habéis querido ocultar a la religión os han envuelto a vos misma. Como con relación a ella debemos examinarnos y conocernos, al afec-

[1] Hacia el final, las relaciones de Madama de La Fayette con Port-Royal fueron más directas que lo que yo creía. Leo en una carta de Racine a M. Bonrepaux de 28 de julio de 1693, esto que no ha sido impreso y que yo transcribo del original (Collection de M. Fueillet de Conches). Se trata de una cena en casa de la condesa de Grammont, en donde se encontraban Madama de Caylus, Cavoye, Valincour, Despreaux y el propio Racine. "Vuestra amiga Madama de La Fayette —escribe este último— nos hizo una impresión muy triste. No había tenido desgraciadamente el honor de verla en estos últimos años de su vida. Dios había echado una amargura saludable sobre sus ocupaciones mundanas, y ha muerto después de haber sufrido en la soledad, con una piedad admirable, los rigores de su dolencia muy ayudada por el abate Du Guet y por *alguno de los señores de Port-Royal,* a quien ella veneraba mucho, lo que ha hecho que la condesa de Grammont, a quien estima considerablemente Port-Royal, cante sus alabanzas..."

tar ignorarla os ignoráis a vos misma. Ya es tiempo de poner cada cosa en su lugar, y de colocaros vos en el vuestro. La Verdad os juzgará, y vos no estáis en el mundo para juzgarla, sino para seguirla. En vano disimulamos; el velo se rasga a medida que la vida y sus concupiscencias se desvanecen, y no nos convencemos de que es preciso seguir otra conducta, sino cuando no debemos vivir más. Es preciso, pues, comenzar por el deseo sincero de querer conocerse a sí misma como nos conoce el Juez. Esta vida es insoportable aun para las personas menos partidarias del disfraz. Ella nos arrebata todas nuestras virtudes y todas nuestras buenas cualidades, y la estima que ellas nos conquistaron. Sentimos que hemos vivido hasta aquí en la ilusión y en la mentira; que nos hemos alimentado con falsos panoramas; que no aprendimos de la virtud sino a aparentarla, y que hemos descuidado el fondo porque ese fondo es relacionarlo todo con Dios y la salvación, despreciándose a sí mismo en todo sentido, no por una vanidad más circunspecta y por un orgullo mas brillante y de mejor gusto, sino por la sensación de la injusticia y de la miseria."

El resto de la carta es igualmente admirable y en este tono apropiado y solemne. ¡Así que vosotros, los que soñáis, dejad de soñar! Los que os estimábais por amantes de la verdad y que la gente os adula por ello, no lo erais mas que a medias, y vuestra discusión sin Dios era puro *buen gusto.* Leo mas lejos una frase sobre esos años de los que nos arrepentimos sinceramente, porque somos lo bastante injustos para excusar sus debilidades y para *amar lo que fué su causa.*

Un año antes de morir Madama de La Fayette escribía a Madama de Sévigné una carta que expresa su enfermedad sin reposo ni de día ni de noche, su resignación en Dios, y que acaba con estas frases: "Creedme, querida mía, vos sois la persona que he amado más en el mundo".

El otro afecto que ella no nombraba, ¿había sido, pues, al fin enterrado, consumido por el sacrificio?

Todo concuerda hasta el final. Madama de Sévigné escribió a Madama de Guitaud, el 3 de junio de 1693, dos o tres días antes de la fecha funesta, y deplora la muerte de esta amiga de cuarenta años: "Su enfermedad, desde hace dos años, había llegado al último extremo; y yo la defendía cuando la tachaban de loca por no querer salir ni siquiera un momento. ¡Qué locura! ¿No era la mujer más dichosa del mundo? Pero yo decía a las personas tan ligeras en sus juicios: Madama de La Fayette no está loca. ¡Ay! La pobre mujer está ahora muy justificada. Tenía dos pólipos en el corazón, y la punta del corazón marchitada. ¿No era esto bastante para tener esas desolaciones de que se quejaba? Tuvo razón durante su vida, y ha tenido razón después de su muerte, y nunca le ha faltado ese claro talento que es su cualidad principal. Perdió el conocimiento durante los cuatro últimos días que estuvo enferma. Para consuelo nuestro, Dios le hizo una gracia particular y que nos señala cuál es su destino; se confesó el día de Corpus con un recogimiento y una devoción que no podían provenir sino de El, y recibió a Nuestro Señor de la misma manera. Así, mi querida señora, consideramos esta comunión que ella acostumbraba hacer en Pascuas, como una misericordia de Dios que nos ha querido consolar de que no haya podido recibir el Viático". Así vivió y murió en una mezcla de dulzura triste y de vivos sufrimientos, de circunspección ante el mundo y de arrepentimiento ante Dios, esta mujer cuyas ideales producciones nos enamoran. ¿Quién puede añadir más como materia de reflexión y de enseñanza? La carta a Madama de Sablé, *La Princesa de Cleves*, y la carta de Du Guet, ¿no son toda una vida?

1º DE SEPTIEMBRE DE 1836.

M. DE LA ROCHEFOUCAULD [1]

Es preciso saber evocar el espíritu y el fruto de su época. Hay un momento en la vida en el que La Rochefoucauld gusta más, y en el que parece más allegado a la verdad que lo que en realidad es. Los desengaños del entusiasmo nos llevan al cansancio. Madama de Sévigné decía que sería muy bonito ver una habitación tapizada con reversos de cartas. En su imprudencia no ve más que lo punzante y lo divertido. El hecho es que en un cierto día, todas esas bellas damas de corazón, esos nobles y caballerescos valetes de carreau [2], con los que jugábamos tan franco juego, cambian de dirección. Se habían dormido creyendo en Héctor, en Berta o en Lancelot, y se despiertan en esa habitación de que nos habla Madama de Sévigné, no descubriendo en ella por todas partes sino el anverso. Buscan en su escritorio el libro de la víspera que era Elvira o Lamartine, y encuentran en su lugar a La Rochefoucauld. Abrámosle, pues consuela a fuerza de

[1] Nos ha parecido que no se podía separar a M. de La Rochefoucauld de las mujeres que tan gran lugar ocuparon en su vida. Al incluirlo por excepción en este volumen dedicado a nuestras glorias femeninas, no queremos dar ocasión a que piensen que su éxito fué éxito de mujeres, como de cuando en cuando llega hasta nosotros el rumor. Creemos simplemente hacerle un favor de que es digno, seguros de que no se quejará.

[2] En las cartas francesas el *valet de carreau* equivale a la sota de copas de los naipes españoles. (N. del T.)

tener más pena que nosotros; divierte. Estos pensamientos, que en la juventud nos sublevaban como demasiado falsos o nos disgustaban como demasiado verdaderos, y en los que no se veía más que la moral de los libros, se nos aparecen por primera vez en toda la frescura de la novedad. Tienen también su primavera y al descubrirlos exclamamos: ¡Cuán verdad es! Hemos acariciado la secreta injuria y hemos saboreado el placer de la amargura. Este exceso puede en parte tranquilizarnos, y el entusiasmo por estos pensamientos es en cierto modo dejarlos atrás y el comienzo de la curación.

El propio M. de La Rochefoucauld, si nos es permitido hacer conjeturas, suavizó y corrigió discretamente ciertas conclusiones demasiado absolutas. Durante el tiempo que duró su unión delicada y constante con Madama de La Fayette, se puede decir que pareció abjurar de ellas, al menos en la práctica, y su noble amiga pudo felicitarse por haber reformado, o simplemente alegrado su corazón.

La vida de M. de La Rochefoucauld, antes de su enlace con Madama de La Fayette, se divide naturalmente en tres partes de las que la Fronda no ocupa sino la de en medio. Su juventud y sus primeros destellos datan de antes. Nacido en 1613, entró en la sociedad a la edad de dieciséis años. No había hecho ningún estudio, y no añadía a su vivacidad de ingenio otra cosa que un buen sentido natural oculto tras una gran imaginación. Antes del nuevo texto de las *Memorias* descubierto en 1817, y que da sobre este primer período un sinfín de detalles particulares suprimidos por el autor en la edición hasta entonces conocida, no se podía dudar del grado caballeresco y novelesco a que llegó en los comienzos de su vida el joven príncipe de Marsillac. Buckingham y sus reales aventuras, parecen ser su punto de mira, como Catilina lo fué para el joven Retz. Todo el bello ardor de La Rochefoucauld se consumió en sus abnegaciones íntimas para con la reina desgraciada, con la señorita d'Hautefort y

con la propia Madama de Chevreuse, y al emprender el camino de la abnegación y del sacrificio, volvía sin darse cuenta la espalda a la fortuna. Se indisponía con el rey, irritaba al cardenal, mas ¿qué importaba?; la suerte de Chalais y de Montmorency, de estos ilustres decapitados parecía ser el atractivo de su juego. En cierta ocasión (en 1637, cuando tenía veintitrés o veinticuatro años), la reina perseguida "abandonada de todo el mundo —dice la Rochefoucauld—, y no atreviéndose a confiarse a nadie más que a la señorita d'Hautefort y a mí, me propuso que las robase a las dos y me las llevase a Bruselas. Aunque en tal proyecto vi dificultades y peligros, puedo decir que nunca tuve más alegría en mi vida. Y estaba en esa edad en la que nos gusta hacer cosas extraordinarias y de mucho ruido, y no encontraba nada mejor que robar la reina al rey su marido y al cardenal de Richelieu, que era celoso, y quitar la señorita d'Hautefort al rey que estaba enamorado". Todas estas fabulosas intrigas acabaron para él cuando la fuga de Madama de Chevreuse, con ocho días en la Bastilla y un destierro de tres años en Verteuil (1639-1642). Esto era un arreglo de cuentas bastante bueno tratándose de Richelieu, y este destierro un poco aburrido era aún más agradable, según su propia declaración, con las dulzuras de la familia [1], los placeres del campo y, sobre todo, las esperanzas de un reinado próximo, en el que la reina le pagaría sus fieles servicios.

Esta parte primera de las *Memorias* era esencial, según me parece, para esclarecer las *Máximas*, y para medir toda la altura de que cayó el ambicioso caballero para convertirse en moralista. Las *Máximas* fueron la revancha de la novela.

Resulta de este primer período mejor conocido, que Marsillac, que tenía treinta y tres años bien cumplidos

[1] Se había casado muy joven con la Señorita de Vivonne, de la que no encuentro nada en relación con él, sino que tuvo cinco hijos y cinco hijas.

cuando su unión con Madama de Longueville, y treinta y cinco cuando su comunión con la Fronda, no llegó a esto sino desengañado, agriado, y para no ocultar nada, muy pervertido. Y esto sin excusarlo explica mejor la conducta detestable que observó. Se le ve malvado desde el principio. No se oculta de los motivos que le impulsaron: "Yo no titubeaba —dice—, y sentía un gran placer viendo que cualquiera que fuese el estado a que me hubiesen reducido la severidad de la reina y el odio del cardenal (Mazarino), siempre me quedaban medios para vengarme de ellos". Mal pagado de su primera abnegación, se había prometido que no le ocurriría de nuevo.

La Fronda es, pues, el segundo período de la vida de Monsieur de La Rochefoucauld. El tercero comprende los diez o doce años siguientes, durante los cuales se rehizo como pudo de las heridas físicas y se vengó, se divirtió, y se volvió hacia la moral en sus *Máximas*. La íntima unión con Madama de La Fayette, que le consoló verdaderamente, no vino hasta casi después.

Se podría dar a cada uno de los cuatro períodos de la vida de M. de La Rochefoucauld el nombre de una mujer, como Herodoto da a cada uno de sus libros el nombre de una musa. Estas podrían ser Madama de Chevreuse, Madama de Longueville, Madama de Sablé y Madama de La Fayette. Las dos primeras, heroínas de la intriga y de la novela, la tercera, amiga, novelista y confidente, la última, tornando sin quererlo, a la heroína por una ternura atemperada por la sabia razón, separando, mezclando los matices y haciéndoles encantadores como en un último rayo de sol.

Madama de Longueville fué la pasión deslumbradora; ¿fué una sincera pasión? Madama de Sévigné escribía a su hija el 7 de octubre de 1676: "Cuanto a M. de La Rochefoucauld iba como un niño a volver a ver Verteuil y los sitios en donde ha cazado tan a su placer, y no digo en donde estuvo enamorado, pues yo no creo que lo que

llaman enamorado lo haya estado nunca". El mismo, según Segrais, decía que no había encontrado el amor más que en las novelas. Si es verdad la *máxima*: "No hay más que una clase de amor, pero hay diferentes copias", el de Monsieur de La Rochefoucauld y Madama de Longueville podía ser muy bien, en efecto, una de esas mejores copias. Marsillac, cuando se unió con Madama de Longueville, quería ante todo vengarse del olvido en que le habían dejado, y la juzgó buena para sus deseos. El nos cuenta cómo habló de ella con Miossens [1], que había sido su antecesor en sus amores: "Tuve motivos para creer que podría hacer un uso más considerable que Miossens de la amistad y de la confianza de Madama de Longueville, y así se lo hice reconocer. El sabía mi estado en la corte; le dije mis proyectos; pero mi consideración hacia él me haría abstener siempre y que no intentaría nada cerca de Madama de Longueville si no me daba antes su consentimiento. *Confieso que con intención le predispuse contra ella para obtener esta libertad que deseaba, sin que, no obstante, le dijese nada que no fuese verdad* [2]. Me concedió el permiso, pero luego le vino el arrepentimiento". Sin duda también existía el atractivo y ayudaban el deseo y la imaginación. M. de La Rochefoucauld amaba las *bellas pasiones* y las creía propias de un *hombre honrado*. ¡Qué intención más bella para interesarse! Pero todo esto, por lo menos en su origen, ¿no era una resolución premeditada?

Por lo que toca a Madama de Longueville no habría menos a reflexionar y a distinguir. No hay temor de sutilizar con ella el sentimiento, puesto que ella era más que sutil. En devoción, tenemos por Port-Royal sus exámenes secretos de conciencia y vemos que los refinamientos y los escrúpulos exceden a toda idea. En amor, en

[1] Después mariscal de Albret.
[2] ¿No admiran ustedes la franqueza? Durante La Fronda, el remoquete de La Rochefoucauld, era "El camarada franqueza".

galantería era la misma, salvo los escrúpulos [1]. Su vida y su retrato no podrían ser dibujados al pasar; merecen lugar aparte y lo tendrán. Su destino tiene tales contrastes y tales armonías en su conjunto, que sería una profanación desvirtuarle. Pertenecía a esa clase de mujeres de las que se murmura mucho; tanto de su corazón como de su belleza; pero tenía tal esplendor, tal expresión lánguida y tal encanto, que atraía.

Había pasado de los veinticinco años cuando se unió a M. de La Rochefoucauld. Hasta entonces había intervenido poco en la política, aunque Miossens había intentado iniciarla. La Rochefoucauld se preocupó de ello y la hizo más activa que hábil, puesto que él mismo casi no lo fué.

El gusto natural de Madama de Longueville era el que predominaba en el hotel de Rambouillet. Nada le agradaba tanto como las conversaciones galantes y regocijadas, las distinciones sobre los sentimientos y las agudezas que atestiguaban la calidad del ingenio. Aspiraba a hacer ver que el suyo era de los de mayor sutileza, a fin de salirse de la generalidad y figurar entre los escogidos. Cuando se creyó personaje político, no le molestaba que la creyesen menos sincera imaginándose que pasaba por más hábil. Las pequeñas consideraciones la decidían en los grandes momentos. Había en ella quimera, falsa gloria, lo que bautizaríamos también *poesía*, y siempre estuvo fuera de lo positivo. Su hijastra [2], la duquesa de Nemours, que ella no sacaba nunca de casa, argos poco indulgente pero muy en lo cierto, nos la muestra tal como era, en sus *Memorias* tan exactas, pero que no obstante querríamos menos rigurosas. La Rochefoucauld, a su manera, nos dice lo contrario, y él, tan bien situado para saberlo, se queja to-

[1] "Las mujeres creen que aman cuando no aman todavía: la preocupación de la intriga, la emoción del espíritu que causa la galantería, su natural deseo del placer de ser amadas y el trabajo que les cuesta el rehusarlo, las persuade de que sienten la pasión, siendo así que lo que sienten es la coquetería". (Máximas).

[2] Hija de M. de Longueville en sus primeras nupcias.

davía de la facilidad con que se la gobernaba, y de la que él hizo tan gran uso sin llegar a ser el dueño: "... Sus bellas cualidades eran menos brillantes a causa de un defecto que no se ha visto nunca en princesa de tanto mérito —dice—, y este defecto consistía en que, bien lejos de poner leyes a los que la adoraban, se identificaba tanto con los pensamientos de ellos, que llegaba a olvidar los suyos propios". En todo tiempo, bien que fuese M. de La Rochefoucauld, M. de Nemours, Port-Royal o M. Singlin quienes la gobernasen, Madama de Longueville se sirve menos de su cerebro que del de los demás.

Monsieur de La Rochefoulcauld, para guiarla en la política no era bastante fuerte, pues como dice Retz, "hubo siempre un no sé qué en todo M. de La Rochefoucauld". Y en una página maravillosa, en la que se esfuma el antiguo enemigo y no aparece sino el amigo malicioso [1], desarrolla este *no sé qué* definiéndolo por algo de irresoluto, de insuficiente, de incompleto en la acción, en medio de tan grandes cualidades: "Nunca fué guerrero aunque fué muy soldado. No ha sido nunca buen cortesano, aunque siempre tuvo intención de serlo. Nunca fué hombre de partido a pesar de que toda su vida fué política". Y lo deja en él más hombre en la vida privada. En un solo punto me atrevería a contradecir a Retz; niega la imaginación a La Rochefoucauld que a mí me parece la tuvo muy grande [2]. Una vez más practica la novela en el tiempo de Madama de Chevreuse, y bajo la Fronda, intenta la historia y la política, y fracasa. La venganza y el despecho le impulsaban más que la ambición. Bellos restos de la novela se interponían, y la vida privada y la dulce pereza por donde había de acabar comenzaban a llamarle. Apenas había emprendido algo, estaba impaciente por

[1] La Rochefoucauld ha dejado un retrato de sí mismo. Los defectos los pinta como dignos de alabanza, y Retz, en el suyo, los elogios que hace son maliciosos e intencionados.

[2] Y hasta como escritor cuando dice: "No se pueden mirar fijamente ni el sol ni la muerte".

salir de ello y sus pensamientos no estaban allí [1]. Ahora, sabiendo cuán... era Madama de Longueville, podemos pensar en lo que llegó a ser desde que *este no sé qué* de M. de La Rochefoucauld fué su estrella, y alrededor de esta estrella, como otras tantas lunas sus propios caprichos.

Sería demasiado emprender el seguir estos caprichos, y respecto de M. de La Rochefoucauld el acompañarle sería con frecuencia muy penoso y muy humillante [2] para los que le admiran. En él vale más el resultado que su carrera. Baste indicar que durante la primera Fronda y el sitio de París (1649), su ascendiente sobre Madama de Longueville fué completo. Cuando después de la prisión de los príncipes ella huyó a Normandía y desde allí por mar a Holanda, y luego a Stenay, se olvidó un poco de él [3]. A su vuelta a Francia todavía fué dirigida por los consejos de M. de La Rochefoucauld, que ya los daba mejores a medida que se tornaba desinteresado. Por fin se le escapa totalmente en 1652 y presta oídos al amable duque de Nemours.

Le gustaba a Madama de Longueville, M. de Nemours, sobre todo porque le sacrificaba a Madama de Chatillón.

"Cuesta mucho trabajo, cuando ya no se ama, el romper." Esta dificultad la salvó M. de Nemours y M. de La Rochefoucauld aprovechó la ocasión regocijado, haciéndose el ofendido. "Cuando estamos cansados de amar, nos agrada que nos sea infiel para desembarazarnos de nuestra fidelidad".

El se mostraba satisfecho, pero no sin que en alguna ocasión sintiese amargura: "Los celos —ha dicho—, nacen con el amor, pero no siempre mueren con él". El castigo

[1] Matha decía de M. de La Rochefoucauld, "que todas las mañanas hacía un borrador y que todas las noches trabajaba para deshacerlo".

[2] Esta palabra humillante no parecerá demasiado fuerte a los que han leído las memorias de la duquesa de Nemours y la triste escena del Parlamento con Retz. ¡Cuántos desgarrones en el noble y galante jubón!

[3] "La ausencia disminuye las pasiones pequeñas y aumenta las grandes, como el viento apaga una vela y reaviva el fuego". (Máximas).

de estas uniones está en que se sufre igualmente cuando persisten y cuando acaban. Quiso vengarse y obró con tanta maña, que consiguió que Madama de Chatillón reconquistase a M. de Nemours sobre Madama de Longueville, y que ya en el camino del triunfo, hizo perder a esta última la confianza del príncipe de Condé a quien también se unió Madama de Chatillón. Madama de Chatillón, el Príncipe, M. de Nemours y La Rochefoucauld gozaban cruelmente. ¡Así la herida era mucho más dolorosa para Madama de Longueville!

Poco tiempo después, M. de Nemours murió en un duelo con M. de Beaufort, y (¡extravagancias del corazón!), Madama de Longueville le lloró como si aún le perteneciese. Las ideas de penitencia la preocuparon después.

Monsieur de La Rochefoucauld fué el primer castigado de su odiosa acción; en el faubourg de Saint-Antoine recibió una perdigonada en la cara que le dejó casi ciego durante algunos meses. Varias veces se han citado, y con toda clase de variantes los versos trágicos que parodió con este motivo. Mas nunca fueron dichos sinceramente, puesto que ya en esta época estaba distanciado de Madama de Longueville.

¡Por ese corazón inconstante que ahora conozco
Hice la guerra a los reyes; en ella perdí los ojos!

Todos somos así. Cuando ya no contestamos a la suerte sino con una burla a esta divisa heroica de la juventud:

Hice la guerra a los reyes y la habría hecho a Dios

ya no hay ni seriedad ni tragedia; nos acompaña una profunda ironía.

Este fué el final de sus activos errores. Ya tiene cerca de cuarenta años, la gota se apoderó de su cuerpo y le vemos casi ciego. Vuelve a caer en la vida privada y se

hunde en su butaca para no salir más de ella. Amigos devotos le rodean, y Madama de Sablé le presta los más tiernos cuidados. El hombre honrado debuta y el moralista se presenta.

Monsieur de La Rochefoucauld se nos aparece circunspecto cuando está totalmente desinteresado. Así son los hombres; circunspección a un lado y la acción al otro. El buen sentido llega a su colmo cuando no se ocupa más que en juzgar a los que no le tienen.

El *no sé qué* cuya explicación buscaba Retz, se reduce a esto que yo me atrevo a precisar: Su verdadera vocación era ser observador y escritor. Con sus diversas cualidades de guerrero, de político, de cortesano, ensayadas, en ninguna fué completo y había en él algo esencial que se extraviaba y que descentraba el equilibrio. Sin que él mismo lo notase, tenía pensamientos ocultos en todo lo que emprendía, y este pensamiento oculto era el de reflexionar cuando hubiese transcurrido cierto tiempo. Todas sus aventuras debían terminar para él no con cauciones, como en la Fronda, pero sí con máximas, con una burla encubierta y grave. Lo que parecía un despojo recogido por la experiencia después del naufragio, era el verdadero centro de su vida al fin encontrado [1].

Una ligera señal muy singular me parece indicar más aún en M. de La Rochefoucauld esta vocación expresa de su naturaleza. Para un hombre de tanto mundo, tenía (nos lo dice Retz) cierto aspecto avergonzado y tímido en la vida civil. Huet, en sus *Memorias,* nos lo muestra realmente embarazado en público, y si hubiese tenido ne-

[1] En plena Fronda se le escapó una frase con frecuencia citada que revelaba en él al futuro autor de las *Máximas.* Durante las conferencias de Burdeos, en octubre de 1650, encontrándose un día con M. de Bouillón el moralista futuro. Y, sin embargo, como hace observar M. Bazin, aún se echó a reír diciendo: "¿Quién habría podido creer hace ocho días que estaríamos hoy en la misma carroza?" *Todo ocurre en Francia* — replicó el moralista futuro. Y, sin embargo, como hace observar M. Bazin, aun estaba lejos de ver todo lo que debía ocurrir. Un moralista de la escuela de M. de La Rochefoucauld ha dicho: "No hay más que vivir para ver todo lo contrario de todo".

cesidad de hablarle *oficialmente* delante de un círculo de seis o siete personas, los ánimos le habrían faltado. El temor a la solemne arenga le impidió siempre ser de la Academia Francesa. Nicole era así, y no habría podido predicar ni sostener una tesis. Una de las características del moralista está en la observación a hurtadillas y en el arte que si hubiese tenido necesidad de vivir predicando, no habría podido. ¡Cómo se comprende esto en moralistas como La Rochefoucauld, Nicole y La Bruyère! Las *Máximas* pertenecen a ese género de cosas que no enseñan nada, y recitarlas delante de seis personas es ya demasiado. No se concede al autor sino que únicamente obraba con el cerebro. Cuando se quiere al hombre completo, nos acordamos más bien de Juan Jacobo o de Lamennais [1].

Las *Reflexiones o Sentencias y Máximas morales* aparecieron en 1665. Habían pasado doce años desde aquella vida aventurera y el disparo fué su última desgracia. En el intervalo, había escrito sus memorias que una indiscreción había divulgado (1662), a las que opuso una de esas negativas que no prueban nada. Una copia de las *Máximas* se descubrió también y fué impresa en Holanda. Y

[1] Monsieur de La Rochefoucauld no desconocía, aunque bajo otros nombres, esta diferencia. Segrais, en sus *Memorias*, cuenta lo siguiente: "M. de La Rochefoucauld era un hombre muy bien educado, que sabía guardar todas las conveniencias y, sobre todo, que no se alababa jamás. M. de Roquelaure y M. de Miossens, que tenían un gran partido, tenían mucho talento, pero se alababan incesantemente. M. de La Rochefoucauld, hablando de ellos, decía, sin que estos fuesen realmente sus pensamientos: "Me arrepiento de la ley que me impone de no alabarme, pues si lo hubiese hecho tendría más partidarios. Ved a M. de Roquelaure y M. de Miossens, que delante de veinte personas se adulan constantemente. De los que le escuchan tres solamente no pueden sufrirles, pero los diez y siete restantes les aplauden y los miran como a gentes superiores a ellos. Si Roquelaure y Miossens hubiesen unido el elogio de los que le escuchan a los suyos propios, el resultado aún habría sido mejor". En un gobierno constitucional, en el que es preciso alabarse a sí mismo en alta voz (se tienen ejemplos de esto) y alabar a la vez a la mayoría de los asistentes, se ve que M. de La Rochefoucauld no habría podido ser otra cosa que un moralista. Todavía añadiría esta nota escrita después, pero que viene a ser lo mismo que lo que precede: "Hablaba hasta encantar delante de cuatro o cinco personas; pero cuando se convertía en un círculo, y mucho más en auditorio, ya no podía hablar. Tenía gran miedo a lo ridículo y lo veía allí donde otros menos delicados no lo veían. Así se creaba obstáculos sobre los que otros habían saltado a pie juntillas".

él terminó haciéndolas publicar en casa de Barbín. Esta primera edición sin firma del autor, pero cuya paternidad está bien patente, comienza con un *aviso al lector* muy digno del libro, un *Discurso* que lo es mucho menos y que lo atribuyen a Segrais, lo que yo no creo, y en el que contesta a las objeciones que ya entonces le hacían, con citas de antiguos filósofos y de Padres de la Iglesia. El pequeño aviso al lector contesta mejor con una sola frase: "Es preciso estar en guardia...; no hay nada que demuestre más la verdad de estas *Reflexiones,* que el calor y el ingenio que pondrán en combatirlas". [1].

Voltaire, que ha juzgado las *Máximas* en algunas líneas breves y encantadoras, dice que ningún otro libro contribuyó más a formar el gusto de la nación: "Se lee rápidamente esta pequeña compilación. Acostumbraba a pensar y a encerrar sus pensamientos en una frase concisa y delicada. Este era un mérito que nadie en Europa había tenido antes que él, desde el renacimiento de las Letras". Trescientos diez y seis pensamientos formando ciento cincuenta páginas tuvieron este resultado glorioso. En 1665 ya hacía nueve años que habían aparecido *Las Provinciales,* y aún faltaban cinco para la publicación de los *Pensamientos* y veintidós para la de los *Caracteres.* Los grandes monumentos en prosa, las elocuentes obras oratorias que consagran el reinado de Luis XIV no aparecieron hasta después de 1669, comenzando por la Oración fúnebre de la reina de Inglaterra. Se estaba pues en 1665, en el umbral del bello siglo, en el primer plano del pórtico, en vísperas de *Andrómaca.* La escalera de Versalles se inauguraba para las fiestas; Boileau al lado de Racine subía las gra-

[1] Y añadía: "El mejor partido que el lector puede tomar es convencerse de que ninguna de estas máximas se refiere a él en particular, y que él es el solo exceptuado, aunque ellas parezcan generales. Si se hace esto le respondo que él será el primero en suscribirlas..." ¿Por qué este intencionado *aviso* no se encuentra reproducido en ninguna de las ediciones ordinarias de La Rochefoucauld? En general, las primeras ediciones tienen una fisonomía que no es la suya, y poseen un no sé qué del autor, que las otras aumentadas y corregidas no dicen. Esto es exacto, sobre todo en las primeras ediciones de La Rochefoucauld y de La Bruyère.

das, a La Fontaine se le olvidaba, Molière dominaba ya, y Tartufo se ponía su capa. En este momento, decisivo del impulso universal, M. de La Rochefoucauld, que gustaba poco de los discursos altisonantes, y que no era partidario sino de las charlas confidenciales, pronunció su frase: hubo un silencio y vió que había hablado para todo el mundo y que cada palabra era imperecedera.

Un misántropo cortés, insinuante, sonriente precedía y preparaba la venida del otro *Misántropo*.

En la historia de la lengua y de la literatura francesa, La Rochefoucauld es el primero en su género que viene después de Pascal y como en pleno Pascal [1]. Tiene esa claridad y esa concisión de giro que Pascal sólo, en este siglo, ha tenido antes que él, que La Bruyère recogerá, que Nicole no ha sabido conservar, y en el que perpetuamente Voltaire fué el sello especial del siglo XVIII.

Si las *Máximas* pueden parecer en su nacimiento no haber sido sino un entretenimiento, un juego de sociedad, una especie de apuesta entre gente de ingenio que jugaban a los proverbios, ¡cómo adquieren importancia por su resultado, y cómo adquieren un carácter por encima de las circunstancias! Saint-Evremond y Bussy, que han sido comparados a La Rochefoucauld por el talento, la bravura y las desgracias, son también escritores de calidad y de mundo. Son muy agradables a veces, pero tienen, me parece, algo de la corrupción de la Regencia. Como moralista, M. de La Rochefoucauld es severo, grande, sencillo, conciso, llega hasta la belleza y pertenece al puro Luis XIV.

No se puede alabar bastante a La Rochefoucauld de una cosa, y es que diciendo mucho, no expresa nunca demasiado. Su forma es siempre honrosa para el hombre cuando el fondo lo es tan poco.

[1] Este murió en 1662, pero la colocación de orden de sus Pensamientos y su publicación, fueron retardados a causa de las querellas jansenistas, hasta la época llamada de la paz de la Iglesia, 1669. Resulta de este retraso que La Rochefoucauld no pudo inspirarse en nada suyo, y así quedan ambos perfectamente originales y colaterales.

En corrección es de la escuela de Boileau y antecesor de *Arte poética*. Algunas de sus máximas han sido corregidas más de treinta veces, hasta que consiguió la necesaria expresión. Y esto, no obstante, no parecen fueron causa de tormento para el autor. Este pequeño volumen original cuyo primitivo ordenamiento fué alterado después, ofreciendo sus trescientos quince pensamientos tan breves encerrados entre las consideraciones generales sobre el *amor propio* al principio y sobre el *desprecio a la muerte* al final, me gusta mucho más que las ediciones siguientes en todo armoniosas, en los que cada detalle espaciado detiene la atención. La perfección moderna del género está en esto; es el aforismo sutil y cortés. Si se puede admirar a Racine después de Sófocles, se puede leer a La Rochefoucauld después de haber leído a Job, Salomón, Hipócrates y Marco Aurelio.

Tantos talentos profundos, sólidos o delicados han hablado después, que sería una temeridad querer añadir algo más. Citaré, entre otros cuyos escritos tengo a la vista, a Suard, Petitot, Vinet, y el más reciente, Gerugez. Apenas si queda nada por desgranar.

Nadie ha tratado mejor la filosofía de las *Máximas* que M. Vinet [1]. Está muy de acuerdo con Vauvenargues, que dice: "La Bruyère era acaso un gran pintor, pero no era un gran filósofo. El duque de La Rochefoucauld era filósofo y no era pintor". Alguien ha dicho, corroborando esta opinión: "En La Bruyère el pensamiento parece más bien una mujer bien arreglada que una mujer bella. Tiene menos cuerpo que elegancia". Mas sin pretender empequeñecer del todo a La Bruyère, se puede encontrar en La Rochefoucauld una observación más grande, una vista más penetrante. Hasta creo que hubo en él más sistema y más unidad de principios que los que Vinet le reconoce, y que por eso está más justificado el nombre de filósofo que el ilustre crítico le acuerda. Los *a menudo, algunas*

[1] *Ensayos de Filosofía moral* (1837).

veces, casi siempre y *en general* con que modera sus conclusiones un poco desagradables, acaso sean precauciones corteses. Al mismo tiempo que acierta con el resorte, parece retroceder, cuando le bastaría con no soltar su presa. Después de todo, la filosofía moral de La Rochefoucauld no es tan opuesta a la de su siglo, y aprovecha esta semejanza para atreverse a ser franco. Pascal, Molière, Nicole y La Bruyère no adulan apenas al hombre; los unos dicen el mal y el remedio y los otros no hablan sino del mal. Vauvenargues, que fué uno de los primeros en intentar esta rehabilitación, lo hace observar muy bien: "El hombre —dice— cayó en desgracia ahora con todos los que piensan, los cuales están en pugilato a quién le achacará más vicios; mas acaso esté a punto de rehabilitarse y de hacerse restituir todas sus virtudes... y acaso más [1]". Juan Jacobo se ha encargado de este *acaso más* y tan lejos lo ha llevado que casi podría creerse en su agotamiento. Mas no; no puede acabarse tan bello camino; la veta sublime crece cada día. El hombre está tan rehabilitado en nuestros días, que no se atreverían a decirle en alta voz ni casi a escribir lo que pasaba por verdad inconcusa en el siglo XVII. Es un rasgo característico de nuestros tiempos. Cualquier talento que hablando no es menos irónico que un La Rochefoucauld [2], en cuanto escribe o habla en público exalta la naturaleza humana. Se proclama en la tribuna lo bello y lo grande. El filósofo no practica más que el interés y no predica sino la idea pura [3].

[1] Vauvenargues repite este pensamiento en dos sitios y casi en los mismos términos.

[2] Benjamín Constant, por ejemplo.

[3] Un descendiente del autor de las *Máximas*, el duque de La Rochefoucauld, el amigo de Condorcet, que era su oráculo, y nutrido de todas las ideas y de todas las ilusiones del siglo XVIII (ver su retrato en el tomo III de las obras de Roederer y en el tomo I de las *Memorias* de Dampmartin) ha escrito una carta a Adam Smith en mayo de 1778, sobre las *Máximas* de su abuelo. En esta carta, al mismo tiempo que trata de disculparlo, recordando el tiempo en que vivió, le reprocha el conjunto, pero quien la escribió, no había visto todavía a los hombres más que por el lado bueno. El duque de La Rochefoucauld fué después víctima de las

Las *Máximas* de La Rochefoucauld no contradicen en nada el Cristianismo, aun cuando no hacen ningún caso de él. Vauvenargues, más generoso, es mucho mayor enemigo, aun en el momento en que no habla del Cristianismo. El hombre de La Rochefoucauld es el hombre frascado; si no como lo entienden Francisco de Sales y Fenelón, sí como lo estiman Pascal, Du Guet y Saint-Cyran. Quitad a la moral jansenista la *reducción,* y tendréis a La Rochefoucauld. Si parece que olvida el rey desterrado que Pascal pondera, y los restos de la diadema, ¿qué es, pues, ese insaciable orgullo que demuestra, y quien de grado o por fuerza quiere ser el único soberano? Mas él se limita a sonreír, y no basta —dice Vinet— con mortificar; es preciso ser útil. La desgracia de La Rochefoucauld consiste en creer que los hombres no se corrigen: "Se dan consejos —dice— pero no se puede ser guía de una conducta". Cuando se pensó en buscar un preceptor para el Delfín se acordaron un momento de él, y me cuesta trabajo creer que M. de Montausier, menos amable y más doctoral, no fuese más a propósito.

Las reflexiones morales de La Rochefoucauld parecen verdaderas, exageradas o falsas, según el humor y el estado de aquel que las lee. Pueden muy bien gustar a cualquiera que haya tenido una Fronda y recibido un disparo en los ojos. El célibe amargado será un adepto. El hombre dichoso y honrado unido a la vida por lazos sagrados y discretos, para no encontrarlas odiosas, tiene necesidad de no aceptarlas sin interpretarlas. Qué importa, si hoy yo he parecido creer en ellas, mañana, o esta noche, la sola vista de una familia excelente y unida me hará olvidarlas.

---

jornadas de septiembre de 1792, y asesinado por el populacho detrás del coche en que iban su madre y su mujer, las cuales podían oír sus gritos. Un filósofo de nuestros días, que si no se contiene concibe con más vivacidad que razona con exactitud, ha creído encontrar en todo esto pretexto para vituperar las *Máximas,* y exclama: "¡Admirables represalias ejercidas por el nieto contra los escritos del abuelo!" Yo no veo nada de admirable y, si ellas probasen algo, sería que, en definitiva, el abuelo no se equivocaba mucho al juzgar a los hombres como los juzgó.

Una madre que cría a su hijo, una abuela a quien se venera, un padre todo ternura y nobleza, los corazones abnegados y rectos, no alambicados por el análisis, las altas frentes de los hombres jóvenes, las frentes cándidas y ruborosas de las muchachas, estos llamamientos directos a la naturaleza, franca, generosa y sana, recomponen una hora vivificante, y entonces toda la sutileza del razonamiento ha desaparecido.

En el tiempo de La Rochefoucauld, y en torno de él, se hacían las mismas objeciones y las mismas preguntas. Segrais y Huet le encontraban más sagaz que justo, y este último observaba muy discretamente que el autor no había intentado ciertas acusaciones al hombre sino por no perder ocasión de revestirlas con algunas frases ingeniosas [1]. Por muy poco autor que pretendamos ser, siempre hay algo en un rincón de nuestra alma. Si Balzac y los *académicos* de esta escuela no han tenido nunca la idea sino para la frase, el propio La Rochefoucauld, estricto pensador, se sacrificaba a ello. Sus cartas a Madama Sablé, en el tiempo en que escribía sus *Máximas*, nos lo muestran lleno del verbo, pero de preocupación literaria también. Esto era una emulación entre él y ella, entre M. Esprit y el abate de La Victoire: "Sé que dáis cenas sin mí y que hacéis leer sentencias que yo no he hecho; de lo que no me quieren decir nada..." Y desde Verteil, no lejos de Angulema: "No sé si habréis observado que el deseo de escribir sentencias se coge como el constipado; aquí hay discípulos de Balzac que han sentido un poco de este viento y ya no quieren hacer otra cosa". La moda de las máximas había sucedido a la de los retratos. La Bruyère se apoderó de esta última más tarde y reunió a las dos. Las postdatas de las cartas de La Rochefoucauld están llenas y sazonadas con las sentencias en que se ensayaba, que retoca y que sentirá haber escrito cuando el correo se haya mar-

[1] *Huetiana*, pág. 251.

chado: "Me siento avergonzado —dice— por enviaros estas obras imperfectas; pero si las encontráis ridículas, devolvédmelas sin enseñárselas a Madama de Sablé". Pero no dejaban de enseñárselas y él lo sabía muy bien. Adelantándose así, estos pensamientos excitaban las contradicciones y las críticas. Se tiene una de Madama de Schomberg, esa misma señorita d'Hautefort, objeto de un casto amor de Luis XIII, y de quien Marsillac, en sus primeros tiempos caballerescos, había sido el amigo y el servidor abnegado: "¡Oh, quién lo hubiese creído entonces! —decía ella—. ¿Cómo habéis decaído tanto?" Se les reprochaba la falta de claridad y Madama de Schomberg no creía lo mismo y casi se quejaba de comprenderlos demasiado. Madama de Sévigné escribía a su hija al enviarle la edición de 1672: "Las hay divinas y mi vergüenza es que no las entiendo". Corbinelli las comentaba. Madama de Maintenón, a quien iban dirigidas, escribía en 1666 a la señorita de Lenclos, a quien se referían mucho más: "Le ruego que hagáis presente a M. de La Rochefoucauld mis mayores cumplidos, y que le digáis que el libro de Job, y el de sus *Máximas* son mis solas lecturas [1].

Los éxitos, las controversias y los elogios no quedaron limitados a las conversaciones de sociedad y a las correspondencias, pues los periódicos también se mezclaron en la contienda. Al decir los periódicos me refiero al *Journal des Savants*, el sólo fundado entonces, y cuya existencia apenas databa de unos pocos meses. Esto llega a ser interesante y yo me atrevo a revelarlo todo. Hojeando yo mismo [2] los papeles de Madama de Sablé, he encontrado el primer proyecto de artículo destinado al *Journal des*

[1] Se puede añadir a estos homenajes rendidos a las *Máximas* la fábula de La Fontaine (oncena del libro I), una oda de Madama Des Houillères, la oda de La Motte sobre el *Amor propio* y la respuesta en verso del marqués de Sainte-Aulaire (ver las Memorias de Trevoux, abril y junio de 1709).

[2] Por consejo de M. Libri, tan docto en estas cosas. — Biblioteca del Rey, paquete 3, nº 2.

Savants que delata a esta dama de tanto talento. Helo aquí:

"Los unos creen que es ultrajar al hombre el hacer tan terrible pintura, y que el autor no ha podido tener como modelo sino a sí mismo. Dicen que es peligroso poner tales pensamientos al descubierto, y que habiendo demostrado que no se hacen buenas acciones impulsado por malos principios, la mayor parte de la gente creerá que es inútil buscar la virtud, puesto que es imposible hallarla si no es simplemente en ideas, que es, en fin, derrocar la moral, el hacer ver que todas las virtudes que ella nos enseña no son sino quimeras puesto que tienen malos fines.

"Los otros, por el contrario, encuentran este tratado muy útil porque descubre a los hombres la falsa idea que tienen de ellos mismos, y les hace ver que sin la religión son incapaces de hacer ningún bien; que bueno es siempre convencerse aun cuando no hubiese otra ventaja que la de no permanecer engañados en el conocimiento que se tenga de sí mismo.

"Sea como quiera, hay tanto talento en esta obra y tan gran penetración por conocer el verdadero estado del hombre, que todas las personas de buen sentido encontrarán infinidad de cosas que acaso habrían ignorado si este autor no las hubiese arrancado del caos del corazón del hombre para exponerlas con tal claridad que casi todo el mundo puede verlas y comprenderlas sin trabajo".

Al enviar este proyecto de artículo a M. de La Rochefoucauld, Madama de Sablé incluía esta carta fechada el 18 de febrero de 1665:

"Os envío lo que he podido sacar de mi cabeza para *poner* (sic) en el *Journal des Savants*. Os aseguro que quedaría muy agradecida si hiciéseis de ello el mismo uso que si fuese vuestro, corrigiéndole, echándolo al fuego, o haciéndole un honor que no merece. Nuestros grandes

autores son demasiado ricos para que teman perder nada con nuestras producciones..."

Notemos bien esto: Madama de Sablé, devota, que desde hace muchos años habita en el Faubourg Saint-Jacques, calle de la Bourbe, en los edificios de Port-Royal de París; Madama de Sablé, muy ocupada en este tiempo con las persecuciones que sufrían sus amigas las religiosas y las solitarias, no está menos presente en los cuidados mundanos y en las cuestiones de ingenio. Estas *Máximas* que ha oído de antemano, que ha hecho copiar y que ha prestado a muchas personas con toda clase de misterios, sobre las cuales ha recogido para el autor las diversas opiniones de su sociedad, quiere ayudarlas en un periódico ante el público, y *trabaja su éxito.* Por otra parte, Monsieur de La Rochefoucauld, que teme sobre todo aparecer como autor, y que dice en su *Discurso* a la cabeza de su libro, "que su pena, si supiese que sus *Máximas* eran del dominio público, no sería menor que la que tuvo cuando las *Memorias* que le atribuyen fueron impresas"; M. de La Rochefoucauld, que tanto ha murmurado del hombre, va a revisar su propio elogio destinado a un periódico y quitará lo que no le plazca. El artículo, en efecto, fué inserto en el *Journal des Savants* el 9 de marzo, y si se le compara con el proyecto [1], se ve que ciertas cosas han desaparecido, y totalmente el segundo párrafo que dice: "Los unos creen que es ultrajar a los hombres, etc." Después del final del primero, en el que trata de los juicios tan diferentes que ha merecido el libro, salta al tercero en estos términos: "Se puede decir, no obstante, que este tratado es muy útil porque descubre, etc." Las otras alteraciones pequeñas están relacionadas con el estilo. Así Monsieur de La Rochefoucauld dejó subsistir todo, excepto

[1] Lo que no ha hecho Petitot, que en su folleto sobre La Rochefoucauld da el proyecto de artículo como siendo lo impreso y no ha sacado partido de ello. M. Cousin, al contrario, ha sacado un gran partido, y como acostumbra, ha dado gran importancia a su descubrimiento. Como hombre delicado se ha abstenido de recordar que antes que él se había hecho la misma observación.

el párrafo que le era menos agradable. El primer periódico literario no hacía más que tres meses que había aparecido, y ya entonces cada cual se arreglaba su artículo. Al perfeccionarse los periódicos, el abate Prevost y Wálter Scott escribieron los suyos desde el principio hasta el fin.

La parte que Madama de Sablé tiene en la composición de las *Máximas*, el papel de amiga del moralista y un poco literario que desempeñó durante estos años cerca del autor, daría lugar a hablar de ella ahondando más, si no fuese con relación a Port-Royal, como nos conviene más estudiarla. Era un talento encantador, coqueto pero sólido; mujer extraordinaria a pesar de sus ridiculeces, a quien Arnould enviaba el Discurso manuscrito de la *Lógica* diciéndole: "Unicamente personas como vos son las que queremos tener como jueces", y a quien casi al mismo tiempo M. de La Rochefoucauld escribía: "Sabéis que no creo en vos en ciertos capítulos, sobre todo en los repliegues del corazón". Ella es el lazo de unión entre La Rochefoucauld y Nicole.

Solamente diré dos palabras acerca de sus *Máximas*, puesto que están impresas y que pueden servirnos para medir lo que deben a las de su ilustre amigo. Fué su consejera, pero no otra cosa, y La Rochefoucauld es el autor de su obra entera. En los ochenta y un pensamientos que he leído firmados por Madama de Sablé, apenas podría citar uno que tenga relieve y belleza. El fondo es de moral cristiana o de pura cortesía y usos mundanos; mas la forma, sobre todo, es defectuosa, se alarga, se arrastra, y nada queda grabado. La simple comparación hace comprender mejor hasta qué punto (si no, no se piensa apenas en ello) La Rochefoucauld era un escritor.

Madama de La Fayette, de quien nos hemos ocupado poco en la vida de M. de La Rochefoucauld, interviene de una manera íntima poco después de publicadas las *Máximas*, y se dedica a corregirlas, en cierto modo, en su corazón. Sus dos existencias, desde entonces, no se sepa-

ran más. Al hablar de ella he contado las aflicciones tiernamente consoladas de estos últimos quince años. La fortuna al mismo tiempo que la amistad parecieron sonreír a M. de La Rochefoucauld. Tenía la gloria, y el favor de su hijo le hacía un lugar en la Corte. Había ocasiones en que no se movía de Versalles, retenido por aquel rey con quien no se había conducido bien durante su juventud. Las alegrías y las penas de familia le hacían incomparable. Su madre no murió hasta 1672: "le he visto llorar —escribía Madama de Sévigné— con una ternura que me le hizo adorable. Su gran dolor fué la *granizada* del paso del Rin en donde tuvo un hijo muerto y otro herido. Mas al joven duque de Longueville que fué una de las víctimas, nacido durante la primera guerra de París, era a quien quería más. Había hecho su entrada en el mundo en 1666, casi el mismo año de las *Máximas*. ¡El libro apenado y la hermosa esperanza de estos dos hijos de la Fronda! En la carta tan conocida de Madama de Sévigné, en que cuenta el efecto producido por esta muerte sobre Madama de Longueville, añade: "Hay un hombre en el mundo que no está menos conmovido, y creo que si los dos se hubiesen encontrado en los primeros momentos sin testigos, habrían lanzado gritos y vertido lágrimas".

Nunca ningún muerto, según los contemporáneos, ha hecho verter tantas y tan bellas lágrimas como éste. En su cuarto del hotel de Liancourt, encima de la puerta, Monsieur de La Rochefoucauld tenía un retrato del joven príncipe. Un día, poco después de la fatal noticia, la bella duquesa de Brissac que iba a visitarle, entrando por la puerta opuesta a la del retrato, retrocedió de repente, y después de permanecer inmóvil un momento, hizo una reverencia con la cabeza y se marchó sin decir palabra. La simple vista inopinada del retrato había reavivado todos sus dolores, y no siendo dueña de sí misma no pudo por menos de retirarse [1].

[1] Ver el retrato en las *Memorias* del abate Arnauld, 1872.

En sus cuidados y en sus consejos a los encantadores ardores de la princesa de Cleves y de M. de Nemours, Monsieur de La Rochefoucauld pensaba en esa flor de la juventud, y encontraba a su vez, a través de sus lágrimas, algo del retrato no imaginario. Y casi sin esto, la frente del moralista envejecido, inclinada sobre estos seres novelescos tan encantadores, puede conmovernos más que sorprendernos. Cuando en el fondo el talento tiene rectitud y el corazón es bueno, después de muchos esfuerzos se retrocede a la sencillez; después de apartarse un poco de la moral se regresa al virginal amor, aunque sólo sea para contemplarle.

Sí, sed más firme
Que esos vulgares humanos.

Y a Madama de Sévigné es a quien tenemos que pedirle el relato de su última enfermedad y de sus supremos instantes, sus dolores, la aflicción de todos, su constancia. Miró *fijamente* a la muerte [1]. Murió el 17 de marzo de 1680, antes de cumplir los sesenta y siete años. Bossuet le asistió en sus últimos momentos y, naturalmente, le sirvió para hacer inducciones religiosas. M. Vinet parece menos convencido: "podemos interpretar a nuestro gusto —dice— estos párrafos de Madama de Sévigné testigo de sus últimos momentos: "Temo mucho que esta vez perdamos a M. de La Rochefoucauld. Su fiebre ha continuado y ha recibido a Nuestro Señor. Pero su estado de espíritu es digno de admiración. La conciencia está preparada, *helo*

[1] En la oda que le dedica Madama Des Houillières, hablándole de la muerte en términos virriles, le dice:

Quien al final de la vida
Muy grandes terrores siente,
Cual bueno que nada teme
Sométase resignado
A inevitables destinos.
Y con paso acompasado
Pase el límite fatal
Que no se vuelve a pasar.

aquí dispuesto... Créeme hija mía, no inútilmente reflexionó toda su vida y tanto se ha acercado a estos últimos momentos, que ahora nada hay de extraño para él". No es permitido suponer después de estas palabras, añade M. Vinet, que murió como han dicho más tarde, *con facilidad*".

Hemos reunido en las páginas siguientes cierto número de pensamientos que nos parecieron más o menos análogos, por la forma y por el espíritu, a las *Máximas.* Si el primer soplo de viento, el deseo de escribir pensamientos sorprendía *como un constipado* en 1665, nada hay de extraordinario que nos hayamos contagiado con la lectura de ese libro. Sin embargo, con esto queremos rendir al autor un último homenaje, tanto más grande cuanto menos éxito obtengamos.

I

En la juventud los pensamientos se me ocurrían en forma de sonetos y ahora en forma de máximas .

II

Cuando se entra en un baile de máscaras, todo parece nuevo; pero luego se puede decir a todos: *¡Bella máscara, te conozco!*

III

La vanidad en el hombre es como el mercurio. Los unos le tienen en masa y los otros en glóbulos. Algunos se jactan de destruirlo. Cuando ven el más pequeño glóbulo, con el dedo lo reducen a parcelas; pero siempre persisten el mismo peso y la misma cantidad.

IV

Los ingenios y las costumbres son diversos, pero todos entran en una cierta cantidad de formas que se reproducen invariablemente.

V

El estudio de la naturaleza humana es infinito. Cuando se cree haberla definido es preciso volver a comenzar.

VI

Nuestras opiniones en todo son consecuencia de la naturaleza individual de nuestro talento más que del estudio de las cosas.

VII

La poca consistencia del talento humano es tal, que las impresiones recibidas por las mismas causas, difieren según las personas, según las edades y según los momentos. La forma y el color del vaso hacen el color del agua.

Esto es bueno para mí, *por lo menos ahora,* decía el abate Saint-Pierre cuando aprobaba. El prudente que conoce el reverso de la trama humana habla así.

VIII

Si observásemos detenidamente nuestra persuasión más arraigada, veríamos que lo que en otros llamamos más o menos *locura,* es todo aquello que no es puramente nuestro pensamiento, todo lo que no es *yo*. *Loco* es sinónimo íntimo de *tú.*

IX

En vano se puede invocar como argumento de la verdad de una idea su triunfo maravilloso en la tierra. Es preciso que en definitiva algo triunfe en este mundo, y como los hombres no son necesariamente discretos hay muchas probabilidades para que este *algo* sea una locura.

Los buenos razonadores vienen luego y sobre el papel ponen las cosas en su lugar.

O bien esta variante del mismo pensamiento:

Ocurre con frecuencia que la idea que triunfa entre los hombres es una locura; mas después del triunfo, el buen sentido obra en cada uno insensiblemente, la organiza, la hace viable y la locura y la utopía llegan a ser una institución que perdura muchos siglos. Esto se ha visto y acaso se vea aún.

X

Al avanzar la vida, a los pensamientos de la mayor parte de los hombres les ocurre lo que a sus cuerpos; que se convierten en cenizas. Cualquiera que sea la diversidad de los puntos de partida, los talentos capaces de madurar llegan más de lo que se cree a los mismos resultados. Mas los papeles siguen representándose, permanecen las apariencias, y el secreto se guarda con reserva.

XI

A veces me parece que en el fondo de equidad de la naturaleza inexorable, cada hombre, a pesar de la desigualdad aparente de los lotes, obtiene su parte equivalente de dicha y de desgracia, y que cada alma recibe todos los mimos de que es capaz.

XII

Cuando nos damos cuenta de que no hemos caminado por el sendero de la vida guiados por una cualidad o por una virtud, el momento es terrible.

Pero, ¡cuidado! la ira que resulta, si se prolonga, vale tanto como el mal que la produce.

XIII

En un sentido profundo, la palabra *inocencia,* que quiere decir literalmente *no hacer mal,* significa que *no se conoce.* Conocer el mal, si no estamos alerta, es hacerle.

XIV

La experiencia es útil y fecunda, pero lo es como el estiércol que ayuda a brotar a las flores y al trigo. Mi establo ¡ay! está lleno. ¡Ah, cuánto mejor sería que la tierra produjese sin necesidad de su ayuda!

..... Tibi dœdala Tellus
Submittit flores.....

XV

Hay quien, por haber hecho demasiado cada mañana y cada tarde la vuelta exterior al Palacio Real, en el lodo, no sabe gozar una hora de sol en la bella avenida.

XVI

¡Cuántas gentes mueren sin haber mirado en torno de ellos mismos!

XVII

Es preciso tener un poco de ilusión en la vida. En cuanto conocemos el secreto y el fin, la naturaleza nos separa de ella para que no interrumpamos la representación del drama.

XVIII

Este mundo es una vieja cortesana que no deja de tener amantes jóvenes.

XIX

Si se dijesen en alta voz todas las verdades, la sociedad no se mantendría un solo instante, se despeñaría con espantoso ruido, como esas galerías subterráneas de las minas o como esos pasajes peligrosos de las montañas, en las cuales, dicen, no se puede levantar la voz.

XX

Una de las cosas que más parecen estar hechas para asombrarnos, es que cuando quitamos a un hombre todo lo que sea buena educación, buenas intenciones, buenas maneras, opiniones aprendidas, descubrimos que mucha gente en el fondo es estúpida. No es esto lo contrario sino el correctivo de lo que ha dicho Pascal, de que a medida que se tiene más talento se encuentran más hombres originales.

XXI

La mayor parte de los defectos que aparecen en la segunda mitad de la vida existían en nosotros formados desde mucho antes; pero estaban ocultos, en cierto modo, por el pudor de la juventud. No nos atrevemos a presentarnos tal como somos por miramientos hacia los demás. La rudeza que sigue, los descubre todos.

Me atrevería a decir que estos defectos también están ocultos para nosotros mismos por las diversiones de la bella edad; en cuanto terminan estos bonitos placeres aparecen las fealdades.

XXII

Ciertas almas, una vez que han sido saturadas en su tiempo por el mal que ellas saboreaban, se convierten en inofensivas y envejecen casi buenas.

XXIII

A cierta edad, todo el aporte de la dicha, si esto mereciese este nombre, sería poder aislarse de los hombres.

XXIV

¿Cuál pues es el misterio de la vida? Se hace más

difícil y se ve que se complica mucho más a medida que avanza y que se desarrolla.

XXV

Hay ocasiones en las que el fondo de la vida se abre dentro de nosotros, como una llaga que sangra y que no quiere cerrarse.

XXVI

Jóvenes, nos amamos, nos admiramos constantemente, creemos amar a los otros y lo que amamos en ellos es nuestra propia juventud. Pero algunos, después de la juventud continúan amando y admirando. ¡Afortunadas naturalezas! La juventud de su alma se prolonga. Continúan amando en torno suyo el buen humor alegre y la fuente viva de todo regocijo.

XXVII

Hay hombres que ponen tan de duelo su corazón por la muerte de su juventud, que no sobrevive su amabilidad.

XXVIII

Los lugares más hermosos de la tierra son tristes y no tienen ningún encanto cuando se han perdido las esperanzas.

XXIX

Los lugares son como las obras del hombre, una vez hecha su reputación, cada cual pasa por turno y las admira. Si aun está por hacer, otros que tampoco tienen nombre pueden competir con ellos.

De los lugares citados se puede rechazar la mitad, y sólo la otra mitad es realmente divina.

XXX

El recuerdo es como una planta que es preciso plantarla muy temprano, sin lo cual no echa raíces.

XXXI

En el mismo amor, si alguna vanidad extraña no interviene, se es mucho más sensible a lo que se aparta que a lo que encuentra. De ahí, que en el instante en que sentimos que aportamos menos experimentemos cansancio y que no resistamos fácilmente al que hubimos inspirado.

XXXII

Hay bastante variedad en las cosas para que cada talento justo, en su día y según su estado, puede tomar su parte, parecer contradecirse y tener razón.

XXXIII

Al leer a La Rochefoucauld no se debe olvidar esto:

Todos los que han usado mal de su juventud tienen interés en demostrar que son mentira todos los grandes pensamientos de la juventud. Es cierto, que los que han usado bien, es decir, sobriamente, tienen interés en no perder el fruto de su economía.

XXXIV

Si nos preguntásemos en qué preciso momento comenzamos a leer en uno o en otro corazón, veríamos que casi siempre fué en ocasión en que nuestro amor propio estaba alerta. Pero no importa con qué barrena hayamos hecho el agujero, con tal de que se vea el interior.

XXXV

Montesquieu ha dicho de las *Máximas* de La Rochefoucauld: "Son proverbios de gente de talento". Y Vol-

taire: "No es un libro, sino materiales para adornar un libro". Son piedras preciosas talladas para engarzar en un relato.

XXXVI

Los proverbios de Franklin son granos de puro trigo candeal que enterrados en la tierra fructifican.

XXXVII

No hay un solo nombre propio en las *Máximas* de La Rochefoucauld, y para un pensador de su condición, esto es degenerar.

XXXVIII

Hay esto de singular en las *Máximas* de La Rochefoucauld, y es que se las puede leer inversamente y obtener un sentido tan justo o tan punzante. Dice: "No tenemos bastante fuerza para seguir a nuestra razón". Lo que Madama de Guignán cambiaba así: "No tenemos bastante razón para emplear toda nuestra fuerza". El dice: "Se perdona mientras se ama". Podría decirse también: "No se perdona mientras se ama". Hermíone exclama:

¡Ay! ¡Le he amado demasiado para no odiarle nada!

Además, esta contradicción posible en las *Máximas,* justifica el talento, y sirve para mejor traicionar las propias contradicciones del corazón.

XXXIX

El filósofo sistemático y el moralista no se encuentran bien juntos. El moralista, al sonreír, importuna al otro, sabe la cuerdecita secreta y estorba los aires de conquistador. Descartes y La Rochefoucauld si se hubiesen visto habrían podido difícilmente sufrirse.

XL

Una gran parte de las cualidades del estilo en el autor notable, responde a un defecto de su carácter. La inquietud que impulsa a ingeniarse en los matices, si fuese más pasiva haría menos [1].

XLI

La mayoría de las gentes, aun las de más talento, mienten sin saberlo: admiran en lo consagrado a los artistas inferiores y no harán caso a los que se dedican a cosas que aun no recibieron la consagración.

XLII

Hay una cierta forma y cierta especie de ropaje para las ideas contemporáneas de nuestra juventud, la cual se borra en la vida y en la conversación, pero reaparece en cuanto escribimos. Esto marca nuestro tiempo mejor que nada.

XLIII

El poeta, el artista y el escritor, no son sino los que lo devuelven todo sin guardar nada.

XLIV

Hay día en que el espíritu se despierta por la mañana con la espada fuera de su funda y querría saquearlo todo.

XLV

¡Amadle, admiradle, coronadle!; pero pensad del poeta lo que Platón. Cambiaría su vida y el universo por un capricho, por un deseo.

[1] Este pensamiento hace pensar en Villemain, como el precedente recuerda a Cousin. Más lejos, al margen del pensamiento XLVII, veo escrito con lápiz el nombre de Nisard.

XLVI

El grado en que comienza el fastidio es el indicio más discreto para juzgar el espíritu. Los que se aburren pronto son delicados, pero frívolos. Los que no se aburren fácilmente son fastidiosos en seguida. Los que sintiendo el fastidio lo soportan mucho tiempo acaban por saturarse y exhalarlo.

Aquellos para quienes el fastidio tiene su encanto son enamorados o poetas: el ensueño del poeta es el *fastidio* encantado.

XLVII

Un poco de tontería con muchos méritos no estorba; más bien sirve de levadura.

XLVIII

A la filosofía del siglo XVIII que preconizaba la naturaleza humana, ha sucedido el gobierno parlamentario, que le adula día y noche. ¿Cómo no ha de estar mimado el hombre?

XLIX

En todos esos edificios fantásticos, en esas fachadas de palacios encantados que nuestros filósofos construyen para honor y dicha del hombre, leo siempre esta irónica inscripción del más piadoso de los poetas: ¡Mortalibus ægris!

Es igual que la frase acostumbrada del más antiguo cantor: Δειλοῖσι Βροτοῖσιν.

L

Mucho se ha hablado de la locura de los veinte años, y hay la de los treinta y cinco que no es menos particular y frecuente. Alcestes, después de Werther. Rousseau no

ha escrito sino después de esa segunda locura, y continuamente ha mezclado las dos en un mismo reflejo.

La Rochefoucauld lo ha dicho: Al envejecer nos tornamos más prudentes y más locos.

Si alguna de estas máximas asombra demasiado, prometo no tardar en corregirla [1].

15 DE ENERO DE 1840.

[1] Este artículo sobre La Rochefoucauld (si me es permitido hacer hoy esta observación) indica una fecha y un *tiempo*, una vuelta decisiva en mi vida intelectual. Mi primera juventud, desde el momento en que he comenzado a reflexionar, había sido filosófica, y de una filosofía positiva de acuerdo con los estudios fisiológicos y médicos a que me dedicaba. Pero una grave afección moral, una gran turbación en mi sensibilidad, sobrevino en 1829, y había producido una verdadera desviación en el orden de mis ideas. Mi compilación de poesías *Los Consuelos* y otros trabajos que le sucedieron, notablemente *Voluptuosidad*, y los primeros volúmenes de *Port-Royal*, son testimonios de esa disposición inquieta y conmovida que admitía una gran parte del misticismo. El estudio sobre La Rochefoucauld demuestra mi cura y el final de esa crisis, y la vuelta a las ideas sanas, en las que los años y las reflexiones me han hecho afirmar (1869).

MADAMA DE LONGUEVILLE

Los nombres de Madama de La Fayette y de M. de La Rochefoucauld, en los que nos hemos detenido precedentemente, parecen recordar otros muy ligados a los suyos por toda clase de relaciones atrayentes, de conveniencia y reverberaciones más o menos misteriosas. Madama de Longueville está aún por describir en toda su delicada preponderancia. Su vida está dividida en dos partes contrarias: la una de ambición y de galantería, la otra de devoción y de penitencia, no ha encontrado con frecuencia testigos más que para uno de estos aspectos. Madama de Sévigné sólo, en su célebre carta, ha esclarecido su retrato en el más patético momento. Nosotros, a quienes un encuentro fortuito, por decirlo así, nos ha ofrecido el corazón y el conjunto, hemos podido seguirle de cerca, casi frecuentarla en sus horas de retiro, y aun en los momentos en que se hallaba más oculta a las miradas. Se nos aparece como la más ilustre penitente y protectora de Port-Royal durante muchos años; de ella y de su presencia en el monasterio dependió únicamente el que se respetase la *paz de la Iglesia* y su muerte fué la causa de la ruptura. Sin pretender trazar una vida tan varia y tan fugaz, sentimos el placer y la presión del deber de trazar, cuando menos, esta fisonomía de la que emana un encanto

inmortal, y que, a pesar de los velos tan espesos, viene a sonreírnos desde el fondo tan austero. De él la sacamos para presentarla aquí.

La señorita Ana-Genoveva de Borbón, hija de una madre muy bella [1], y cuya belleza tan deseada por Enrique IV pudo ser la causa de muchas guerras, apareció muy joven en la Corte, y añadió al esplendor de Madama la Princesa, aún muy hermosa, "los primeros encantos de ese angelical rostro que tan brillantemente ha lucido, y cuyo primer destello fué seguido de innumerables acaecimientos saludables" [2].

Sus más tiernos pensamientos se inspiraron en la devoción, y durante el final de su vida se ocupó en realizar los sueños místicos de su infancia. Acompañaba frecuentemente a Madama la Princesa a las Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques. Pasaba muchas horas absorta en el círculo ideal de su imaginación azul, que fueron realizadas cuando el torbellino se hubo disipado. Tenía trece años (1632) cuando su tío Montmorency fué inmolado en Toulouse a las venganzas y a la política del Cardenal. Su joven sobrina, tocada en su orgullo y en su ternura de golpe tan sensible, hubiese imitado de buen grado a la augusta viuda, y elevado su duelo a la perpetuidad doméstica. Sin embargo, su madre comenzaba a temer demasiada inclinación en ella hacia las Carmelitas, y encontraba que aquel rubio y angelical rostro no sonreía al mundo espléndido en el que iba a dar los primeros pasos. A lo que la señorita de Borbón contestaba con una adulación instintiva que desmentía ya los temores: "Vos, Señora, tenéis gracias tan encantadoras que cuando voy con vos, y esto es siempre, me parece que no me ven" [3]. El ingenio de Madama de Longueville se le descubre en esta frase.

Cuentan, que cuando se trató del primer baile al que

[1] Carlota de Montmorency, princesa de Condé.
[2] Frase de Madama de Motteville.
[3] Para este principio tengo muy en cuenta la *Verdadera vida de la duquesa de Longueville*, por Villefore, 1739.

debía asistir la señorita de Borbón para obedecer a su madre, en el convento de las Carmelitas tuvo lugar un gran consejo. Se decidió, para conciliar todo antes de afrontar el peligro, que pondría bajo el vestido una pequeña coraza llamada cilicio. Hecho esto, se creyó haberlo previsto todo, y la señorita de Borbón no se ocupó más que de aparecer bella. Apenas había entrado en el baile, se oyó un murmullo general de admiración y de alabanzas; su sonrisa, de la que su madre había dudado un instante, no se apagó más. ¡Delicioso estrago! En aquel instante el cilicio perdió su virtud y desde aquel día, las buenas Carmelitas no tuvieron razón nunca más.

No obstante, en algunos instantes pensó en ellas, y en medio de sus grandes disipaciones mantenía correspondencia. Les escribía en ocasión de cada asalto y de cada dolor, y al final se dividió entre ellas y Port-Royal. Cuando murió estaba con las Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques, y también se encontraba allí cuando entró Madama de La Vallière, contándose que entre los asistentes a la ceremonia, fué la que llamó más la atención por la abundancia de sus lágrimas. La vida de Madama de Longueville tiene sus simetrías armónicas, acuerdos y retrocesos que la hacen fácilmente poética, y que, a pesar de todo, arrebatan la imaginación. He omitido decir que había nacido en el castillo de Vincennes, durante la prisión del príncipe de Condé, su padre (1619), en ese Vincennes donde su hermano el Gran Condé, cautivo, cultivara un día los claveles, en ese Vincennes de San Luis, destinado a llevar en la fachada la salpicadura de la sangre del último Condé.

Frecuentó mucho, con el duque de Enghien, el hotel de Rambouillet, entonces en sus comienzos, y se conservaron cartas de M. Godeau, obispo de Grasse, a ella, que están llenas de mirto y de rosas. Esto tuvo una gran influencia sobre ella, y aun arrepentida se resiente siempre de sus afectos. En esta época y antes que la política la ocupase,

ella y su hermano no pensaban sino en brillar en las conversaciones galantes y humorísticas, y en comentar hasta perderse de vista por las sutilezas, las delicadezas del corazón. Para ellos no había gente honrada sino a este precio. Todo lo que era conversación seria, para ellos era grosero y vulgar. Era una resolución y un empeño de ser *distinguido,* como se decía sesenta años más tarde; ser *superior,* como se dice hoy, y *precioso,* como se decía entonces.

La señorita de Borbón tenía veintitrés años (1642) cuando se casó con el duque de Longueville que tenía cuarenta y siete, viudo de una princesa de más virtud que talento, que he mostrado muy ligada a las Madres de Port-Royal durante la época llamada del *Instituto del Santo Sacramento* y en el tiempo de M. Zamet. Tenía una hija de diez y siete años, que antes de ser duquesa de Nemours permaneció mucho tiempo al lado de su joven madrastra, observó todos sus extravíos, y finalmente, en sus *Memorias,* no la disculpó de ninguno.

El duque de Longueville podía pasar por el más gran señor de Francia; pero no descendía sino de una línea después de príncipes, y esto era descender un poco para la señorita de Borbón. Su padre M. el Príncipe la obligó a este matrimonio y ella había obedecido. Desde los primeros tiempos un gran esplendor vino a adular su pasión de gloria, y a la vez, a abrir campo a las vanidades de su corazón.

Monsieur de Longueville, además de la desproporción de edades, tenía en contra suya el parecer que amaba a Madama de Montbason, y las dos rivales no tardaron en odiarse. Un día que había reunión en casa de Madama de Montbason, alguien recogió una carta perdida y sin firma, pero que estaba escrita por la mano de una mujer que amaba tiernamente a uno. Se leyó y releyó la carta, tratando de adivinar, y se convino en que la autora era la duquesa de Longueville, y que seguramente había caído del bolsillo del conde de Coligny que acababa de salir. Parece que

se equivocaban. Este fué el primer ataque que sufrió la virtud de la joven duquesa. Se susurró el incidente sin creerlo demasiado. Ante el primer rumor que llegó a los oídos de la joven ofendida, sabiendo que era falso, pero sin querer revelar la verdad, creyó más oportuno callarse. Madama la Princesa su madre no pudo sufrirlo, tomó la cosa en el tono de una persona muy orgullosa de pertenecer a la casa de los Borbones, y exigió reparaciones solemnes. Su queja llegó a ser asunto de Estado. Estaban entonces en el primer año de la Regencia; Mazarino ensayaba su poder, y esta fué la primera ocasión que tuvo para desenredar las intrigas de la Corte, y para poner de lado a los amigos de Madama Montbason, Beaufort y los *Importantes*. Todo esto lo deduce Madama de Motteville perfectamente.

La redacción de las palabras de excusa fué debatida en el pequeño gabinete del Louvre, con gran detenimiento, en presencia de la Reina, y se escribieron en la propia mesita del Cardenal, que se divertía con esta comedia. Después se copiaron en un pequeño cuaderno que Madama de Montbason llevaba colgado de su abanico. Acudió a la hora fijada a casa de Madama la Princesa, y leyó el papel, pero en un tono orgulloso que parecía decir: *Je m'en moque* [1]. Poco después Coligny se batió con el duque de Guisa, partidario de la Montbason, en la Plaza Real. Coligny recibió una herida de la que murió, y aseguran que Madama de Longueville estaba escondida tras de una ventana presenciando el combate. Cuando menos todo esto la había encantado, pues era el hotel de Rambouillet en ocasión. Coligny habría obtenido su recompensa si hubiese vivido.

¿Fué antes o después de esta aventura cuando Madama de Longueville fué atacada de la viruela? Fué posiblemente un poco antes; la tuvo el mismo año de su casa-

[1] Expresión muy común que podría traducirse libremente: No me importa.

miento, y su belleza puesta en jaque un momento no sufrió más que un pasajero eclipse. "Por lo que concierne a Madama de Longueville —dice Retz—, la viruela le había arrancado la primera flor de su belleza, pero le dejó casi todo su esplendor, y este esplendor junto con su languidez y su ingenio la hacían una de las mujeres más adorables de Francia". M. de Grasse se creía más fiel a su condición de obispo, escribiéndole cuando estuvo restablecida: "Doy gracias a Dios por haber conservado vuestra vida... En cuanto a vuestro rostro, otro se alegrará de que no haya sufrido agravio. La *señorita Polet me lo ha dicho.* Tengo tan buena opinión de vuestra prudencia, que creo que os habríais consolado fácilmente si el mal hubiese dejado huellas. A veces, estos son signos que graba la Divina Misericordia para hacer comprender a las personas que tienen en mucho la belleza, que es una flor sujeta a marchitarse antes de tiempo, y que, por lo tanto, no pertenece a la categoría de las cosas que se deben amar". El cortés obispo se extiende con tanta complacencia sobre las huellas misericordiosas, porque sabía por la señorita Polet que no habían quedado en el rostro de Madama de Longueville.

Madama de Motteville va más lejos. Nos describe, después de este accidente, aquella belleza que consistía más en ciertos matices incomparables de la tez [1] que en la perfección de los rasgos; aquellos ojos menos grandes que dulces y brillantes de un azul admirable, *parecido al de las turquesas;* y los cabellos rubios plateados que acompañaban profusamente esta maravilla, que le daban semejanza con un ángel. Además un talle esbelto, un no sé qué que llamaban *buen aire,* aire galante en toda su persona, y en todo, una extremada delicadeza. Ninguno

[1] ..... Clyceræ nitor.
Et vultus nimium lubricus aspici.
(HORACIO, *Odas,* I, XIX.)

Una tez de *perla.*

de los que se le acercasen escapaba al deseo de serle grato, y su irresistible agrado se extendía hasta las mujeres [1].

El duque de Longueville, aun siendo descendiente de Dunois, era poco caballeresco. Era un gran señor magnífico y pacífico, sin ingenio, tan hábil para las negociaciones como puede serlo un indeciso. Fué enviado para seguir las de Munster. Madama de Longueville no se le unió sino al cabo de dos años (1646), y cuando ya el príncipe de Marsillac había hecho en ella la impresión que él a su vez había recibido.

La sociedad diplomática y los honores de que fué objeto, la hicieron perezosa y pensativa. Sentía lo que un día dijo bostezando de *La Pucelle* de Chapelain, que intentaba hacerla admirar: "Sí, es muy bello, pero es muy aburrido". "¿No valdría más, Madama, le escribía en este tiempo el cuidadoso M. de Grasse, que volviéseis al palacio de Longueville, donde sois aún más plenipotenciaria que un Munster? Todos os desean este invierno. Monseñor, vuestro hermano, ha vuelto cargado de palmas; volved vos, pues, cubiera con los mirtos de la paz, pues me parece que no es bastante para vos las ramas de olivo". Reapareció en París en mayo de 1647. Este año de ausencia la había avalorado y la vuelta era el colmo del éxito. Todos los deseos la buscaban. Su salón, dicen, fué el teatro de bellos discursos, del famoso duelo de los dos sonetos, y también de preludios más graves. Para hablar en el lenguaje de M. Godeau, los mirtos comenzaban a adornar las espadas.

Su hermano el victorioso, hasta entonces tan unido a sus sentimientos, poco a poco se separa, y ella se encoleriza. Su otro hermano, el príncipe de Conti, se apega cada

[1] Después de estos testimonios de una persona verídica como Madama de Motteville y de un conocedor desinteresado en esto, como Retz, no he querido pedir a esa mala lengua y a ese loco de Brienne algunos detalles menos encantadores acerca de esa belleza, detalles sospechosos que de otra parte no se referirían sino a la época declinante. Lo cierto es que Madama de Longueville, no teniendo atractivos completos, supo tener toda la gracia.

vez más a ella. Marsillac comienza a gobernar decididamente su corazón. Seguir la vida de Madama de Longueville en esta época, y en las rivalidades que comenzaban, en las intrigas, y poco después en la guerra de la Fronda, sería condenarse (cierto que muy agradablemente) a desmenuzar las Memorias del tiempo; sería querer enumerar todos los caprichos de un alma ambiciosa y tierna, en la que el corazón y el cerebro se engañan el uno al otro; sería pretender seguir paso a paso la espuma ligera y las ondas rizadas:

In vento es rapida scribere oportet aqua [1].

Limitémonos al carácter. La Rochefoucauld, que tuvo más que nadie cualidades para juzgarla, nos ha dicho, y repito aquí ese pasaje demasiado esencial en el retrato de Madama de Longueville para ser olvidado: "Esta princesa tenía todas las ventajas del ingenio y de la belleza en tan alto grado, que parecía que la naturaleza se había complacido en hacer una obra perfecta en su persona; pero tan bellas cualidades eran menos brillantes, a causa de un defecto que no se ha visto en una persona de su mérito, y que consistía en que, bien lejos de imponer la ley a los que tenían una extraordinaria adoración por ella, se transformaba a los sentimientos de ellos y olvidaba los suyos propios".

La Rochefoucauld no puede quejarse de este defecto, puesto que él debía guiarla. El amor fué lo que despertó en ella la ambición, pero la despertó tan pronto que se confundió con él.

¡Singular contradicción! A medida que se examina la política de Madama de Longueville, más se confunde con su capricho amoroso, pero si se hace la disección de este

[1] Cuatro libros de Memorias bien leídos bastan; Retz, La Rochefoucauld, Madama de Motteville y Madama de Nemours.

amor (y más tarde ella nos lo declarará), parece que no es sino la ambición disfrazada, un deseo de brillar aún.

Su carácter estaba falto, pues, de consistencia, de voluntad propia. Y su talento, observémoslo bien, tan brillante y tan sutil como fué, no era suficiente para contrarrestar la falta de carácter. Se puede ver con precisión y no obrar con ella. Se puede ser un talento razonador y no tener firmeza de conducta por defecto de carácter. Pero este caso es diferente. El talento de Madama de Longueville no es razonador, es sutil, rápido, ingenioso y sigue de buen grado el carácter que se impone; brilla fácilmente antes de consumirse al fin en los escrúpulos. Hay mucho del hotel de Rambouillet en este talento.

"El talento, en la mayoría de las mujeres, sirve más para fortificar la locura que la razón". El propio autor de las *Máximas* es quien dice esto, y Madama de Longueville, con todas sus metamorfosis, estaba presente en su imaginación cuando lo dijo. Ella, la más femenina de las mujeres, le pudo servir más de campo de observación que todas las demás. Y si él la observó de cerca, ella también hizo sus deducciones; el acuerdo es perfecto. La confesión final de Madama de Longueville que leemos, no nos parecerá la traducción cristiana de las *Máximas*.

Retz, menos comprometido en esto que La Rochefoucauld, aunque hubiera querido estarlo tanto, ha hablado maravillosamente de Madama de Longueville. La única gloria de nuestros retratos es de reunir todos estos trazos: Madama de Longueville tiene —dice— un talento profundo, pero tiene más perspicacia y agilidad. Su capacidad, que no ha sido activa por la pereza, no llegó hasta las cuestiones a que fué inducida por el odio contra M. el Príncipe, y en las que se mantuvo por galantería. Tenía una languidez que interesaba más que el esplendor de las que eran más bellas, y su ingenio tenía destellos luminosos y sorprendentes. Pocos hubiesen sido sus defectos si los galanteos no se los hubiesen dado. Como su pasión

hizo que la política ocupase un segundo lugar, de heroína de un gran partido degeneró en aventurera".

Así como en la Fronda se ve a Madama de Longueville superior en talento a Madama de Montbasón, a la señorita de Chevreuse y hasta a *Mademoiselle,* es inferior a su amiga la Princesa Palatina, verdadero genio, enérgica, poseyendo el secreto de todos los partidos, dominándolos, aconsejándolos con lealtad y sangre fría, no aventurera, pero sí el hombre de Estado de la Fronda. "Yo no creo que la reina Isabel tuviese más capacidad para gobernar un Estado", dice Retz.

¿Por qué Bossuet no ha elogiado a Madama de Longueville como ha hecho con esa otra princesa penitente, cuya oración fúnebre pronunció en la iglesia de las Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques? M. el Príncipe, que le había pedido este elocuente oficio en memoria de la Palatina, no pensó, según parece, algunos años antes, en expresarle el mismo deseo para su hermana. ¿Juzgó demasiado imposible este cumplimiento en boca de tanta resonancia? Las dificultades, en efecto, eran grandes, pues la propia penitencia de Madama de Longueville había tenido algo de rebelde. Bossuet no habría podido decir en alta voz como de la Princesa Palatina: "Su fe no fué menos sencilla que ingenua. En los famosos asuntos que tantas veces turbaron su reposo, declaraba parcamente que no había lugar más que para la obediencia a la Iglesia". Port-Royal hubiese sido un escollo más peligroso que la Fronda, y allá en el fondo se podría presentir vagamente a M. de La Rochefoucauld o a M. de Nemours, pero no a M. Singlin.

Sin embargo, ¡cómo unos trazos del poderoso orador habrían podido pintar en toda su graciosa majestad esta figura de alucinadora languidez, este carácter de ingeniosa y seductora fragilidad, de una flaqueza más activa cuanto más subyugada estaba! ¡Cómo habría quedado dibujada en el fondo de las tempestades y torbellinos civiles del que destacó a la otra princesa! Conocemos esta grandiosa pá-

gina y nunca la leeríamos bastante y yo invito a ello [1]. No le escribió de otra manera para esa oración fúnebre, cuya falta es una de mis penas.

A falta de esta grandiosa pintura la crónica de las Memorias está ahí para ayudarnos. Sirviéndome de la clave que nos da M. de La Rochefoucauld, he podido, en el retrato de este último, simplificar y decir que la conducta de Madama de Longueville fué otra, antes de la época de la prisión de los príncipes, y después de esta prisión. En los primeros tiempos, es decir, durante el sitio de París (1648), disgustada con el príncipe de Condé, no siguió más que los intereses y el sentimiento de M. de La Rochefoucauld. Los siguió aun después de la firma de la paz (abril 1649); postulaba para él patentes y privilegios. Cuando, después de la prisión de sus hermanos los príncipes (enero 1670) huyó con muchos peligros de Normandía a Holanda por mar [2], y llegó triunfante a Stenay, en donde trató con los españoles y turbó a Turenne.

A su vuelta a Francia, después de la salida de los príncipes, y en los preliminares de empuñar de nuevo las armas, parecía seguir aún los mismos impulsos, aunque con menos abandono. Sus consejos a M. el Príncipe en Saint-Maur, unas veces son en favor de la transacción porque M. de La Rochefoucauld lo desea y otras en favor de la guerra, porque la guerra la separa de su marido, "que nunca amó —dice Retz—, pero a quien comenzaba a temer". Y añade: "Los talentos que aconsejaban al Príncipe habrían embarazado al propio Sertorius [3]". ¡Triste y

[1] Oración fúnebre de Ana de Gonzaga después de estas frases: "Para hundirla enteramente en el amor del marido..." Hasta esta otra: "Oh eterno Rey de los siglos, he aquí lo que alucina a las almas que llaman grandes".

[2] Sus aventuras cerca de Dieppe fueron novelescas. Estuvo errabunda muchos días a lo largo de las costas. Si hubiese podido hacer allí una Vandée, o como se decía entonces una Fronda, lo habría intentado pues tenía razón para ello. Por fin pudo embarcarse en un barco inglés bajo el nombre de un gentilhombre que se había batido en duelo.

[3] Lemontey, en su libro sobre Madama de Longueville, dice que se pueden definir los últimos años de la guerra civil en estos términos: "Torneo de dos mujeres, Genoveva de Condé y Ana de Austria; la una por huir de su marido y la otra por acercarse a su cardenal".

extraño augurio! Esta aversión para el marido combatía los intereses del amante, y por éste no triunfar. Aquello era decaer. Por fin los impulsos de M. de La Rochefoucauld cesan de ser la brújula de Madama de Longueville. Parece acoger sin mala cara los homenajes, los pierde poco a poco por las intrigas de Madama de Chatillón, quien se apodera de ellos como de un bien perdido, y quien al mismo tiempo encuentra medio de obtener los del príncipe de Condé, el cual escapa de nuevo a la confianza de su hermana. M. de La Rochefoucauld fué quien concertó por la política y por su propia venganza esta revancha tres veces dolorosa para Madama de Longueville. Estaba reñida ya abiertamente con su otro hermano el príncipe de Conti, que hasta entonces había gobernado y casi subyugado [1]. Pronto perdió los últimos restos de su esperanza cerca de M. de Nemours, que murió en el duelo con M. de Beaufort, y entonces su cólera y su odio se tornaron en lágrimas, como si fuese la primera vez que desapareciese para ella. Hacia esta misma época fué conclusa la paz final (octubre 1652). La Corte y Mazarino triunfan; la juventud huye y sin duda la belleza también empieza a emprender el mismo camino. Todo falta, pues, a la vez, o faltará para Madama de Longueville. Estando en Burdeos en un convento de Benedictinas, en donde se había refugiado ante las proximidades de la paz, escribió a las queridas Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques, con quienes, en medio de las mayores disipaciones mundanas, no había roto nunca: "Nada deseo ahora con más ardor sino que esta guerra acabe para ir a echarme para el resto de mis días en vuestros brazos... *Si tuve al mundo ciertos apegos de la naturaleza que podéis imaginaros, están ya rotos y casi destrozados.* Esta noticia no os será desagradable. Yo pretendo que para hacerme más sensible a Dios, que para conseguirlo haría lo que os he dicho si hubiese paz, me

[1] Sus relaciones con sus dos hermanos tuvieron todo el aspecto huracanado de las pasiones. El príncipe de Conti se había propuesto *agradarle como hombre honrado más que como hermano* (Madama Motteville).

hagáis la gracia de escribirme con frecuencia para afirmarme en el horror que me causa el siglo. Mandadme algunos libros que deba leer".

Anteriormente a esta época, se tienen cartas de ella a estas mismas Carmelitas. Cada desgracia conducía involuntariamente su mirada hacia ellas, y les había escrito cuando perdió a su hija y cuando murió la Princesa su madre. La muerte de ésta ocurrió durante la estancia de la duquesa en Stenay [1]. Entonces, en respuesta a los pésames llegados del monasterio (octubre 1650), escribió una carta conmovedora a la Madre Superiora pidiéndole detalles acerca de esta muerte: "Afligiéndome, debo consolarme —escribía Madama de Longueville—. Este relato hará este triste efecto y por eso os lo pido, pues en fin, bien veis que no debe ser el reposo lo que suceda a un gran dolor como el mío, sino un tormento secreto y eterno al que me preparo, llevándolo ante Dios junto con los crímenes que han hecho caer su mano sobre mí. Acaso me valga ante El la humillación de mi corazón y el encadenamiento de mis miserias profundas... Adiós, mi querida Madre; las lágrimas me ciegan, y si fuese de la voluntad de Dios que ellas fueran causa del fin de mi vida, más bien me parecerían un alivio que el efecto de mi mal". M. de Grasse no dejaba de escribirle, y lo hizo elocuentemente acerca del fallecimiento de la Princesa. Así se habían conservado, aun en los momentos de más pródigo delirio, esos tesoros en el corazón de Madama de Longueville. Sus lágrimas, a tiempo abundantes, impidieron que las fuentes secretas se secasen.

[1] Un elocuente detalle nos aportan las *Memorias*, de M. de Chateaubriand: "La Princesa de Condé dijo antes de expirar a Madama de Brienne: "Decidle a esa pobre miserable que está en Stenay el estado en que me veis, y que sepa cómo se debe morir". ¡Bellas palabras! Pero la princesa olvidaba —continúa M. de Chauteaubriand— que había sido amada por Enrique IV, que llevada por su marido a Bruselas, quiso unirse a él y escaparse de noche por una ventana y hacer treinta o cuarenta leguas a caballo. Entonces era una pobre miserable de diez y siete años.

Abandonó a Burdeos por orden de la Corte, y avanzó hasta Montreuil-Bellay, dominio de su marido en Anjou, y desde allí hasta Moulins. En esta ciudad se alojó en el convento de Hijas de María y visitó la tumba del duque de Montmorency, su tío, cuya muerte trágica la había conmovido tanto a la edad de trece años, y que entonces, cuando salía de facciones civiles, le servía de provechosa lección. Su tía, viuda de M. de Montmorency era superiora de monasterio. Un ejemplo de tan casta y piadosa uniformidad, influyó más que nada en esta imaginación abúlica, en esta alma apenas fracasada y aún luchadora en el naufragio. Un día, en Moulins, escuchando una lectura piadosa, "se corrió (es ella quien habla) ante mis ojos la cortina; todos los encantos de la verdad reunidos en un solo objeto se presentaron ante mi espíritu; la fe, que había permanecido como muerta y enterrada bajo mis pasiones, se renovó; yo me encontraba como una persona que se despierta después de haber soñado que era muy grande, dichosa, honrada y estimada de todo el mundo y se ve cargada de cadenas, cubierta de llagas, abatida y prisionera, en un calabozo obscuro". Después de una permanencia de diez meses en Moulins, fué a buscarla el duque de Longueville, quien la llevó con toda clase de miramientos a su gobierno de Normandía. Nuevas intentonas se añadían a las pasadas, y el menor anuncio de algún éxito del Príncipe, que se había aliado a los españoles y que en definitiva no obraba sino por la sugestión de su hermana, reavivaba los remordimientos de ésta, y prolongaba el equívoco de su situación relacionada con la Corte. En estos años se reconcilió con su hermano el príncipe de Conti y se unió estrechamente con su cuñada la princesa, quien, sobrina de Mazarino, suplía su sangre sospechosa con sus altas virtudes. Estas tres personas fueron émulos en las vías de la conversación. Sin embargo, Madama de Longueville no tenía orientación aún, y con su carácter y con su costumbre de no seguir

sino los impulsos adoptivos y de no regularlos sino por la voluntad del preferido, tenía necesidad de un guía enérgico. Escribía a Rouen para pedir consejos a Madama de Montmorency su tía, a una amiga íntima, la superiora de las Carmelitas de París, la Señorita de Vigean [1] y aun a otras. Se dirigió al abate de Camus (después obispo de Grenoble y luego cardenal), recientemente convertido, quien le contestaba: "Dios os llevará más lejos que vos misma imagináis, y pide de vos cosas de las que aun no es tiempo de hablaros. Cuando se examina su conducta relacionada con los principios del Evangelio, se encuentran vacíos espantosos". Pero el médico iluminado, que supo guiar de la mano a esta alma vacilante y dolorida, no llegaba todavía. Entonces los consejos de M. de Bernières, acaso también de M. Le Nain (padre de M. de Tillemont y director consejero de Madama de Longueville), y seguramente por indicación de Madama de Sablé señalaron a la postulante en pena a Port-Royal y sus directores.

Con fecha de abril de 1661 se lee en una carta de la Madre Angélica a Madama de Sablé, que había visto a Madama de Longueville, y que la encontraba más fuerte y madura que lo que de ella le habían anunciado: "Todo lo que he visto en poco tiempo en esta princesa me parece oro fino". M. Singlin, ya obligado en esta época a ocultarse para evitar la Bastilla, consintió en ir cerca de Madama de Longueville, y fué el primero que alumbró su conciencia.

Encuentro una carta de la señorita de Vertus a Madama de Sablé, así concebida (según yo, todos los detalles tienen un gran valor tratándose de personas de tan alta jerarquía, tan delicadas y tan respetables):

"Al fin, recibí ayer por la noche una carta de la señora (Madama de Longueville). Os suplicamos pues que hagáis cuanto os sea posible para que vuestro amigo (M. Singlin)

[1] La señorita de Vigean había sido amada del duque de Enghein antes de la Fronda, y dicen que quiso deshacer su matrimonio para casarse con él. Estos amores suspendidos por Madama de Longueville, que advirtió al Príncipe su padre, tuvieron por parte de la dama el claustro por tumba.

venga mañana aquí. Para que no tema ser reconocido en su barrio, puede hacerse traer en silla de manos, y despedir en la puerta sus portadores. Luego los míos lo llevarán adonde le plazca. Si gusta venir a cenar, se le pondrá en un cuarto en donde quien le conozca no podrá verle, y me parece mejor que venga temprano, es decir, entre diez y once, lo más tarde... Tengo muchos deseos de que se haga esto, pues esta pobre mujer [1] no tiene momento de reposo. Os ruego que oréis a Dios. Si la puedo ver en tan buenas manos, tendré una gran alegría, os lo declaro. Me parece que sois una de esas personas que viendo a sus amigos tranquilos gozan ellas también de tranquilidad. Y a decir verdad, esta persona tiene grandes penas de las que quedará libre cuando la tranquilicen. Temo que vuestro amigo sea demasiado severo para nosotros. En fin, es preciso rogar a Dios y encomendarle este asunto".

Monsieur Singlin, una vez introducido, volvió con frecuencia. Hacía sus visitas disfrazado de médico y bajo la enorme peluca que entonces estaba en moda, teniendo necesidad de decirse a sí mismo para justificar este disfraz, que en realidad era un médico. Le tuvieron oculto algún tiempo en Méru, en una propiedad de la princesa. ¿Sería demasiado sutilizar, el creer que estos misterios, estas precauciones infinitas y concertadas para la penitencia, eran para Madama de Longueville, como un último atractivo de imaginación novelesca a la entrada de la vida austera?

Poseemos su examen de conciencia escrito por ella misma después de la confesión general que hizo a M. Singlin el 24 de noviembre de 1661. Es un trozo que debemos comparar con esa otra confesión de la princesa Palatina, escrita por consejo del abate de Rancé, y tan magníficamente parafraseada por Bossuet. Es preciso leer sin soberbia y

[1] *Esta pobre mujer.* Madama de Sévigné hablando de la muerte de Monsieur de Turenne dice: *Este pobre hombre.* Por grandes que seamos y que creamos ser, un día vendrá en que digan de nosotros: *¡Pobre hombre!* Esa pobre mujer, que después de todo será una expresión piadosa.

con el corazón sencillo; en ello no hay nada agradable ni adulador.

Pero aun viendo sólo humanamente, y desde el punto de vista de observación psicológica, tales trozos merecen nuestro respeto. Si nos detallan el corazón humano en sus más diminutas pequeñeces, es que estas pequeñeces son el fondo ordinario definitivo.

Madama de Longueville considera esto como su primer paso en una vida verdaderamente penitente:

"Hace mucho tiempo que yo buscaba, me parecía, la vía que conduce a la vida; pero creía siempre que no estaba en ella, sin saber, no obstante, cuál era el obstáculo. Sabía que existía entre Dios yo, pero no lo conocía y notaba que yo no estaba en mi puesto. Tenía una cierta inquietud por entrar en él, pero no sabía cuál era, ni por dónde era preciso buscarle. Me parece, al contrario, que desde que estoy bajo la custodia de M. Singlin, me paseo en el lugar que buscaba, es decir, en el verdadero camino de la vida cristiana, en cuyos alrededores estuve hasta ahora [1]."

Antes de escuchar su confesión general y de comprometerse por ello a servirle de guía, M. Singlin quiso saber si se sentía dispuesta a dejar este mundo en el caso que un día fuese invitada a ello. Ella le contestó sinceramente que *sí*. Una vez obtenidos esta declaración y este voto, él exigió que continuase ocupándose de las cuestiones exteriores tanto como hiciese falta, sin permitirle llamarlas *miserables*.

[1] *Suplemento del Necrólogo de Port-Royal*, in-4º, pág. 137 y siguientes. Se puede observar en este examen de la duquesa de Longueville, y en general, en todas sus cartas y manuscritos, un estilo anticuado y mucho menos elegante que lo que puede esperarse, mucho menos preciso que el de las divinas cartas de la señorita de La Vallière publicadas en un volumen por Madama de Genlis. Y es que hay veinte años de diferencia entre estas dos ilustres personas: Madama de La Vallière es una contemporánea exacta de La Bruyère, casi de Fenelón. Madama de Longueville se había formado completamente antes de Luis XIV. Pero ahondando en esas languideces de frases, se encontrará la delicadeza. Y, además, el estilo de Madama de La Vallière ha sido ligeramente corregido en estas últimas ediciones.

Como hábil y práctico doctor de almas que era, M. de Singlin, a la primera ojeada, descubrió que su defecto capital era el orgullo, ese orgullo que casi ella misma había ignorado tantos años. Esto es lo que también dice muchas veces la duquesa de Nemours en sus *Memorias*. Es muy curioso ver cómo las recriminaciones, las indicaciones de Monsieur Singlin y las confesiones de Madama de Longueville concuerdan: "Las cosas que él *(el orgullo)* producía —escribe la penitente—, no me eran desconocidas, mas yo me detenía solamente en sus efectos, que consideraba como grandes imperfecciones; sin embargo, por todo lo que me han descubierto veo que no encontraba la fuente. Y no es que reconociese que el orgullo había sido el principio de todos mis extravíos; pero yo no lo creía tan potente como en realidad lo era, y yo no le atribuía todos los pecados que cometía, a pesar de que veía que tenían su origen en él". Reconocía entonces que en el tiempo de sus extravíos criminales, el placer que la arrastraba era el del amor propio satisfecho, pues *los otros no la atraían*. Estos miserables impulsos del orgullo participaban de todos sus actos, y eran el alma de ellos. "Encontraba el placer que tanto buscaba, en lo que adulaba a mi orgullo, y llegué a decirme lo que el demonio dijo a nuestros primeros padres: *"¡Seréis como Dioses!"* Y esta palabra que agujereó su corazón, hirió de tal manera el mío, que la sangre corre todavía por esta llaga, y correrá mucho tiempo si Jesucristo por su gracia no la detiene". Este descubrimiento, que debió toda su importancia a M. Singlin, este filón monstruoso que él le hizo tocar con el dedo y seguir todas sus ramificaciones, y que le parecía que era la única substancia de que se componía su alma, la espanta y la lleva al borde de la tentación, del desaliento. Desde entonces cree encontrar el orgullo en todo, y esa misma docilidad que parece ser la única parte sana de su

alma, le parece sospechosa. Teme no ser dócil más que en apariencia y porque al obedecer nos hacemos agradables y recuperamos la estimación que perdimos. Le parece ver hasta en esta docilidad el *orgullo que se transforma, si se puede decir así,* en un ángel tutelar. Asustada, se detiene y no puede sino exclamar postrada en el suelo: *Sana me et sanabor.*

Pero una carta que recibe de M. Singlin, y que lee después de haber rezado, la consuela, pues la prueba que este servidor de Dios no desespera ni de ella ni de sus llagas. Yo podría, si aquí fuese oportuno, multiplicar los extractos, y presentar sin afeites, en toda su utilidad ingenua y en su negligencia envejecida, esas delicadezas de conciencia de un talento antes tan pujante y tan soberbio y entonces tan abatido y como abismado. Se conoce ya, se describe y se muestra al desnudo. Su descripción, en un momento, concuerda exactamente con lo que dice Retz, y casi parece contestarle. He aquí la traducción cristiana y moralmente rigurosa de este rasgo de apariencia encantadora. Una vez más pido perdón por haber olvidado este relato. Aun siendo indignos de ellos, cuando entramos en el fondo de las cosas, nos sentimos tentados de decir como Bossuet hablando del sueño de la Princesa Palatina: *Me complazco en repetir estas bellas palabras a pesar de los oídos delicados; ella borran los más grandiosos discursos y no querría hablar más que este lenguaje.*

"Al recibir la carta de M. Singlin, que me ha parecido muy extensa —escribe Madama de Longueville—, por lo que me hacía esperar muchas cosas relacionadas con lo que es ahora mi preocupación, la abrí rápidamente, como mi naturaleza me impulsa a obrar cuando se trata de lo que me preocupa en el momento, y como (digo esto para hacerme conocer) me da una gran negligencia cuando no

se trata de lo que es mi ocupación presente. Y esto es lo que hace que unos me crean violenta e impulsiva, porque me vieron en mis pasiones o en mis pequeñas inclinaciones o deseos, y otros lenta, perezosa, casi muerta, si se puede usar esta palabra, porque no me han visto interesada por aquello que lo estuve para bien o para mal. También por esto me han definido como habiendo en mí dos personas de carácter opuesto, lo que ha hecho decir unas veces que era trapacera, y otras, que había cambiado de carácter, no siendo cierto ni lo uno ni lo otro, sino que dependía de la situación en que me hallase. *Pues yo permanecía muerta como la muerte para todo aquello que no germinase en mi cerebro, y muy viva para todo lo que me interesase.* Siempre tuve el diminutivo del carácter y me dejé dominar demasiado. Por todo esto abrí rápidamente la carta."

De tal suerte prosigue y añade muchas confesiones acerca de sus repentinos cansancios, sus movilidades de carácter, sus bruscas *sequedades* para con las gentes si no ponía cuidado en evitarlas. Sorprendo sobre todo increíbles testimonios de este talento que no se ocupa sino en desenmarañar su propio laberinto [1]. Felice al acabar: "Aún he tenido un pensamiento sobre mí misma y consiste en que me agrada mucho, por amor propio, que me hayan ordenado escribir esto, porque sobre todo me gusta ocuparme de mí misma y ocupar a los demás; y el amor propio es el que hace que prefiramos hablar de nosotros aunque sea mal, antes que no decir nada. Expongo este pensamiento y al exponerlo lo someto como todos los demás" [2].

[1] Por ejemplo, en este pasaje, que escapa casi a fuerza de ser tenue al pensamiento. Se reprocha, al mismo tiempo que se condena el desear ver sus confesiones condenadas, y quiere descubrir por medio de esta provocación ensañada, si no se tiene de ella alguna buena opinión: "Me desfiguro en parte —dice—, para proporcionarme el placer de saber que creen algo bueno en mí, y es casi un artificio de mi amor propio y de mi curiosidad mi interés en descubrirme defectuosa para saber ciertamente lo que piensan de mí, y satisfacer por este medio mi orgullo y mi curiosidad". Siempre el método del hotel de Rambouillet, con el solo cambio de aplicación.

[2] Monsieur de La Rochefoucauld habría tenido algún derecho a reivindicar este pensamiento como muy parecido a los suyos: "Lo que hace que

He copiado varias cartas manuscritas de Madama de Longueville, todas ellas llenas igualmente de escrúpulos y de turbaciones sobre alguna acción que ella cree de fuente humana, sobre algún pecado olvidado, sobre una absolución recibida con conciencia dudosa [1]. Practicaba la penitencia y la mortificación por sus vigilancias continuas y las angustias, más que con cilicios.

---

los amantes no se aburran juntos es que hablan siempre de ellos mismos". Yo me hago esta pregunta: ¿Si M. de La Rochefoucauld hubiese leído esta confesión de Madama de Longueville se habría emocionado? ¿Su opinión sobre ella habría cambiado? Podemos dudar. Habría pretendido seguir la misma naturaleza y persistir en las mismas trazas. "El orgullo es igual en todos los hombres —ha dicho—, y la diferencia sólo existe en los medios y en las maneras de ponerlo en juego". Le faltaba un poco más de clarividencia para ver cómo era él. En esto estriba siempre la dificultad.

[1] Son las mismas cartas que M. Cousin ha publicado recientemente en sus *Fragmentos literarios* (1843). Constantemente hice uso de ellas para este retrato, pero nunca creí que la memoria de Madama de Longueville mereciese una publicación completa. M. Cousin obedeciendo a cierto impulso que muchas veces es un gran encanto en tan gran talento, ha pensado de distinta manera y no se ha ocultado para decirlo. El verbo de este maravilloso ingenio se sabe de qué lado se inclina, porque nunca es elocuente a medias. En un solo punto me permitirá que no le imite, y es cuando afirma que Madama de Longueville era un talento *superior, templado* en Madama de La Fayette. A pesar de nuestra deferencia a sus palabras y de nuestra admiración por sus bellas páginas, no podemos aceptar tal opinión. ¿Se puede juzgar la calidad del talento de estas dos mujeres por lo que se cita de Madama de Longueville en estos momentos de penitencia y por lo que apenas sabemos de Madama de La Fayette fuera de sus escritos literarios? Para juzgar a estas dos mujeres no se puede tomar a la más seria en una noche de baile, y a la otra en un Viernes Santo. Si se tuviesen las confesiones de Madama de La Fayette a Du Guet, ya sería otra cosa. Pero no se puede sin contradecir todos los testimonios del tiempo, no ver en Madama de La Fayette un espíritu enérgico, recto y delicado, y en Madama de Longueville un espíritu tierno, sutil, glorioso, interesante, pero no del mismo temple. Perdón por esta disputa, pero quiero que mi buena, mi prudente, mi juiciosa y seria Madama de La Fayette quede en su lugar. Después de escrita esta nota, he aquí que en un muy picante trozo sobre *Las Mujeres ilustres del siglo* XVII (*Revue des Deux Mondes*, 15 enero 1844) M. Cousin vuelve con elocuencia y pasión a esta disputa. Esta vez se extiende aún más y trata a M. de La Rochefoucauld de tal suerte que siento ganas de recoger el guante si hubiese derecho a ello y no hubiésemos dicho ya demasiado. Pero dejemos al lector agitar estos agradables debates que consuelan otros muchos, y agradezcamos a M. Cousin, tan ilustre maestro, el haberlos reavivado por su potencia. Y notado bien, es siempre el encanto de Madama de Longueville el que opera y el que nos hace rivales a los dos. ¿Es preciso, pues, decirlo? (1852). El duelo a la fuerza de prolongarse se separó de los términos de la cortesía. ¿No será que uno de los caballeros, sin duda creyéndose más favorecido, y también por haber tomado demasiado el aire de héroe de la Fronda, el aire de conquistador, no admite sombra de rivalidad?

Por consejo de M. Singlin, Madama de Longueville se ocupó ante todo de dar limosnas y de las restituciones a las provincias saqueadas por su causa durante las guerras civiles. A la muerte de M. Singlin pasó bajo la dirección de M. de Saci. Cuando éste fué encerrado en la Bastilla, tuvo a M. Marcel, cerca de Saint-Jacques. Escribía muy asiduamente al santo obispo de Aleth (Pavillon) y seguía en todos sus puntos las respuestas como oráculos.

El duque de Longueville había muerto en mayo de 1663, y así pudo seguir en adelante con menos distracción la vía de penitencia que la reclamaba. Sólo las turbaciones de la Iglesia en esta época la retenían aún. En sus años difíciles se mostró muy activa para Port-Royal. La revisión del Nuevo Testamento, llamado *de Mons* se acabó en las conferencias que tenían lugar en su casa. A partir de 1663, tuvo escondidos en su hotel a Arnauld, a Nicole y al doctor Lalane. Se cuentan algunas anécdotas bastante verosímiles que debieron disminuir las languideces de este retiro.

Arnauld un día fué atacado de fiebre. La princesa hizo venir al médico Brayer a quien le recomendó que tuviese un cuidado especial de un gentilhombre que alojaba en su casa, pues Arnauld, con su gran espada y su peluca tenía todo el aspecto de un gentilhombre. Brayer sube, y después de haberle tomado el pulso, comienza a hablar de un nuevo libro que ha hecho mucho ruido y que se atribuye a los señores de Port-Royal: "Los unos se lo atribuyen a Monsieur Arnauld y los otros a M. de Saci; pero yo no creo que sea de este último porque no escribe tan bien". Ante estas palabras, Arnauld olvidando el papel que representaba y sacudiendo su amplia peluca exclama: "¿qué queréis decir, señor? Mi sobrino escribe mejor que yo". Brayer bajó riendo y dijo a Madama de Longueville: "La enfermedad de vuestro gentilhombre no es importante. Sin embargo os aconsejo que no vea a nadie; es preciso no dejarle hablar". Tal era en su ingenuidad el gran jefe de partido Arnauld.

Se ve en algunos fragmentos de la Historia de Port-Royal por Racine, que Nicole era más agradable a Madama de Longueville que Arnauld, por más cortés y más atento. En las conversaciones de la noche, el bueno de Arnauld, antes de dormirse cerca del fuego, se quitaba tranquilamente sus ligas *y esto la hacía sufrir un poco.* Nicole tenía más comedimiento; pero no obstante, dicen que un día por distracción puso, al entrar, su sombrero, sus guantes, su bastón y su manguito en la cama de la princesa. ¡Todo esto formaba parte de su penitencia!

Ella contribuyó como ningún prelado a la Paz de la Iglesia. Estas negociaciones tan frecuentemente rotas y renovadas, su secreta actividad y el centro en que se movía, tenían para ella las apariencias de la sola Fronda permitida. Al saber una mañana (hacia 1663) una de las rupturas que imputaban a los jesuítas decía: "He sido muy tonta al creer que los Reverendos Padres obraban sinceramente: es verdad que esta creencia no existía sino desde ayer por la noche". Por fin se entablaron negociaciones serias, y M. de Godrin, arzobispo de Sens, concertaba todo con ella. Escribió al Papa para justificar a los acusados y garantir su fe, al secretario de Estado y al cardenal Azolín, para interesarle a la conclusión. Con la princesa de Conti, mereció ser saludada como *Madre de la Iglesia.*

Hecha la paz, hizo construir en Port-Royal-des-Champs un pequeño palacio que por una galería comunicaba con una tribuna de la iglesia. A partir de 1672, se dividió entre este palacio y la estancia de sus fieles Carmelitas del Faubourg Saint-Jacques, en cuyo convento tenía alojamiento. Pruebas muy dolorosas la empujaron hacia estos dos asilos: primero la pérdida de su cuñada la princesa de Conti, la imbecilidad y la mala conducta de su hijo mayor el conde de Dunois, y la muerte de su hijo más querido el conde de Saint-Paul. No abandonó del todo el palacio de Longueville sino después de esta muerte. El joven M. de Longueville fué muerto, como se sabe, en el paso del

Rin, echándose en un momento de valor temerario contra un grupo numeroso de enemigos que huían, y con él perecieron muchos gentileshombres. Era preciso decir esta desgracia a Madama de Longueville. Por temor a parecer incompleto, repito aquí esta página inmortal:

"La señorita de Vertus, escribe Madama de Sévigné (20 junio 1672) había vuelto hacía dos días a Port-Royal, en donde está casi siempre, y fueron a buscarla con M. Arnauld para decirle esta terrible noticia. La señorita de Vertus no tenía sino que presentarse, pues su vuelta precipitada indicaba algo funesto. En efecto, en cuanto apareció: "¡Ay señorita! ¿Cómo está mi hermano? (el gran Conde)". Los pensamientos no se atrevieron a ir más lejos. "Señora, está bien de su herida". — "¿Hubo un combate? ¿Y mi hijo?"

No le contestaron nada. — "¡Ay, señorita, mi hijo, mi querido niño, contestadme ¿ha muerto?"—"Señora, no tengo palabras para contestarle". — "¡Ay mi querido hijo! ¿Ha muerto en el campo de batalla? ¿No ha sobrevivido un solo momento? ¡Ay, Dios mío! ¡qué sacrificio!" Y después cayó en el lecho presa del más vivo dolor, de convulsiones, de desvanecimientos, y tras un silencio mortal, se oyeron gritos ahogados, lágrimas amargas, lanzando al cielo sus tiernas quejas que movían a piedad. Vé a ciertas personas, toma algunos caldos porque Dios lo quiere, no tiene ningún reposo, y su salud está visiblemente alterada. Yo le deseo la muerte, comprendiendo que no podrá vivir de esta pérdida".

Y siete días después, esta carta (27 de junio): "Por fin he visto a Madama de Longueville; la casualidad me puso al lado de su lecho. Me hizo acercar más, y ella fué quien habló primero, pues yo en estas ocasiones no sé hablar. Me dijo que no dudaba de que me apiadase de ella, que su desgracia era completa. Me habló de Madama de La Fayette y de M. de Hacqueville como de las dos personas que la compadecerán más. Me habló de mi hijo y de la amistad que tenía con el suyo. Omito mis respues-

tas; fueron como debían ser, y estaba tan sinceramente conmovida que no podía decirle nada malo. La gente me echó de allí. Pero, en fin, la amargura que me hiere el corazón cuando me pongo en su lugar, cuando estoy en el mío, alabo a Dios porque conserva a mi pobre Sévigné y a todos nuestros amigos".

Pronto se descubrió que antes de partir a la guerra, M. de Longueville se había convertido secretamente, que había hecho una confesión general, que los señores de Port-Royal habían dirigido esto, que distribuía limosnas, y que no obstante las queridas y un hijo natural que tenía, era casi un santo. Esto fué una dulzura última a la que su inconsolable madre fué crédula.

Tan pronto como pasó esta ráfaga de pésames, Madama de Longueville se fue a Port-Royal-des-Champs, en donde su alojamiento estaba preparado, y allí redobló su soledad. Salía de cuando en cuando, y volvía a permanecer en las Carmelitas, desde donde vió sucesivamente pasar como una procesión de las grandezas del siglo a Madama de la Vallière que tomó el velo, y poco después llegar el corazón de Turenne; ese corazón ¡ay! que un día había turbado.

Sus austeridades junto con sus penas apresuraron su fin. Un cambio se operó en su enfermedad y cas. gozó de calma. Murió en las Carmelitas el 16 de abril de 1679 a la edad de cincuenta y nueve años y siete meses. Su cuerpo fué enterrado en este convento, sus entrañas en Saint-Jacques-du-Haut-Pas y su corazón fué a Port-Royal.

Un mes después de su muerte el arzobispo de París, Monsieur de Halay, fué en persona a esta abadía, para decirle a las religiosas, de orden del rey, que despidiesen a los pensionistas y postulantes, prohibiéndoles que admitieran de nuevo. Sólo esperaban la muerte de esta princesa para comenzar el bloqueo final en el que el célebre monasterio debía sucumbir.

La oración fúnebre de Madama de Longueville fué pronunciada, no por Bossuet, que lo siento, sino por el obispo

de Autun, Roquette, el mismo que se supone no era extraño a la idea de *Tartufo,* y del que decían que los sermones que predicaba eran bien suyos porque los compraba. Madama de Sévigné (carta del 12 de abril de 1680) alaba de extraña manera y no exenta de ironías a esta oración fúnebre que no permitieron imprimir; lo que era más elocuente que las frases de Roquette en este aniversario de la señorita de Longueville, eran las lágrimas de la señorita de La Rochefoucauld que lloraban a su padre, Madama de La Fayette a quien después de la ceremonia Madama de Sévigné visitaba y encontraba llorando, pues Madama de Longueville y M. de La Rochefoucauld habían muerto el mismo año. "¡Mucho había que pensar sobre estos dos nombres!"

Nuestros dignos historiadores de Port-Royal han dicho muchas banalidades y pequeñeces acerca de Madama de Longueville. La calidad de Alteza serenísima la alucinaba. Cuando hablan de ella, o de la señorita de Vertus o de Monsieur de Pontchâteau, no se agotan, y en la uniformidad de la alabanza, en la plenitud bien legítima de su conocimiento, no se les puede pedir el discernimiento de los caracteres. Se ve en un pequeño fragmento que sigue al Abregé de Racine, que no tuvo tiempo de fundir y de disimular con el relato, que Madama de Longueville había guardado hasta sus últimos años, la gracia, la sutileza, y, como decía Bossuet de las personas vueltas al mundo, *la insinuación en las conversaciones,* y conservando los prontos impulsos, los cansancios y los excesos de sospecha: "Ninguna vez estaba celosa de la señorita de Vertus que era más igual y más atrayente". En fin, ¿por qué extrañarnos? Hasta en el frío abrigo de los claustros, hasta en las losas funerarias a las que pegaba el rostro, continuó siendo la misma, y aunque en una esfera más depurada, siempre existieron para ella los mismos enemigos y la continuación secreta de los mismos combates.

La verdadera corona de Madama de Longueville en estos años, y que es preciso reverenciar tanto como ella la

ocultaba con sus dos manos, es la verdadera corona de la humildad. He aquí su gloria cristiana que los otros defectos no deben obscurecer. Tenía sus enemigos y sus envidiosos, y cuando llegaban hasta ella palabras insultantes lo sufría todo diciendo a Dios: *¡Mortifícame más!* Un día que iba en silla de manos desde las Carmelitas a Saint-Jacques-du-Haut-Pas, fué abordada por un oficial que le pidió no sé qué gracia. Ella le contestó que no podía, y entonces el hombre, encolerizado, replicó en términos insolentes. Sus servidores iban a echarse sobre él: "¡Deteneos —gritó—, no le hagáis nada; merezco mucho más!" Si indico al lado de tan gran virtud las otras pequeñeces persistentes, no es para desvirtuar esta penitencia profunda y sincera, sino para poner de relieve las miserias obstinadas de estas elegantes figuras [1].

[1] En la rica correspondencia manuscrita que posee la biblioteca de Troyes, encuentro numerosas cartas de M. de Pontchâteau a su hermana la duquesa de Epernon, en la que habla de Madama de Longueville. Monsieur Pontchâteau, penitente en Port-Royal, quería atraer a su hermana ya retirada al Val-de-Grâce. El ejemplo de Madama de Longueville es citado con frecuencia: "Madama de Longueville no tiene más que dos lacayos: ¿no sería esto bastante para vos? ¿cuando estáis en Val-de-Grâce qué hacen vuestras gentes en la casa?" Mas citaré algunos párrafos sobre la muerte de nuestra penitente para que sea conocido el rigor de Monsieur de Pontchâteau y que se vea el precio que tiene en su boca cualquier elogio: "1º de abril de 1679. He aquí, pues a Madama de Longueville que se ha marchado a ese gran viaje de la eternidad del que no se vuelve jamás. Las muertes de estas personas que tienen una gran categoría en el mundo, y, sobre todo, con las que tenemos relaciones, nos conmueven un momento, pero la impresión se borra bien pronto y ni siquiera tratamos de retenerla. Durante algún tiempo no se hablará de otra cosa... Creo que será dichosa y que Dios habrá tenido misericordia de ella. Amaba mucho a la Iglesia y a los pobres, que son los dos objetos de nuestra caridad sobre la tierra, y me acuerdo haber visto cantidad de cartas en el comienzo de su conversación llena de sentimientos de humanidad y penitencia. Las penas soportadas durante un año le han servido de expiación..." Y, en otra carta, del 22 de abril de 1679: "No me gustan las exageraciones, pero es preciso confesar de buena fe que ha habido cosas bastante singulares en la penitencia de Madama de Longueville, y que, al principio, muy frecuentemente, se acostaba en el suelo, se disciplinaba y llevaba un cinturón de hierro. Y en cuanto al espíritu, sé de ella muchas cosas que pocas personas saben, y que eran muy humillantes. No es que quiera hacerla pasar por santa y que la suponga gozando ya de la presencia de Dios, pues cuanto ocurre en la otra vida para nosotros está oculto. Mas es cierto que se ven pocas personas de su clase abrazar este género de vida y vivir firmes hasta el final en las grandes verdades de la religión, en un gran desprecio de sí mismo, que se observa en la sencillez de sus vestidos y en la uniformidad de sus deberes. ¿Tenía sus debilidades? ¿Quién no tiene ninguna? Ella las veía y las odiaba, y esto

Lemontey, en su ingenioso libro, pero seco y ligero, no repara en llamarla *alma* teatral y vana. ¿Quién se atrevería, después de haber asistido como nosotros a su penitencia, llamarla de otra manera que pobre alma delicada y angustiada?

Nicole, ese talento tan delicado, y que la frecuentó tanto tiempo, la ha juzgado muy bien. Siempre estuvo muy de acuerdo con ella. Ella encontraba que él tenía siempre razón en las pequeñas disputas de Port-Royal. Decía que una vez muerta ella, había perdido él muchas consideraciones. "He perdido también —decía— mi abadía, pues ya no me llaman más el abate Nicole, sino simplemente M. Nicole". En el tomo XII de las *Obras de Moral y de Política,* del abate de Saint-Pierre, se encuentra este testimonio particular sobre el espíritu y la calidad intelectual de Madama de Longueville, que no era fácil suponer allí y cuya existencia es bastante extraña e interesante [1].

"Yo preguntaba un día a M. Nicole cuál era el carácter del espíritu de Madama de Longueville, y me dijo que tenía un talento muy sutil y delicado para conocer el carácter de las personas; pero que su espíritu era muy pequeño y débil y que era muy limitada en materia de ciencias y en todas aquellas cosas en que no obraba el sentimiento. Por ejemplo —añadía—, le dije un día que yo podía apostar y demostrar que en París había dos personas que tenían igual número de cabellos, aunque yo no pudiese citar los nombres de ellas. Me dijo que yo no podía estar seguro hasta tanto que no los hubiese contado. He aquí mi demostración: Pongamos que la cabeza mejor dotada tenga 200.000 cabellos y que la cabeza peor adornada tenga uno solo. Si ahora suponemos que 200.000 cabezas tienen un

---

es lo que Dios no exige. Podemos excedernos en la alabanza, pues encontramos algo nuestro cuando alabamos a los demás, y es preferible esperar ese gran día en que Dios alabe a cada cual según sus obras". Esta carta de Monsieur Pontchâteau en su ingenuidad y su discreción es la más digna oración fúnebre.

[1] Suprimo la ortografía del abate de Saint-Pierre pues bastante álgebra hay ya sin ella.

número diferente de cabellos, es preciso que cada una posea una de las cifras comprendidas entre 1 y 200.000, pues si suponemos que entre estos 200.000 había uno que tuviese el mismo número yo habría ganado la apuesta. Mas suponiendo que estos 200.000 tienen un número diferente, en cuanto añadamos un solo habitante más con cabellos, y que no tenga más de 200.000, necesariamente tiene que tener un número de los comprendidos entre 1 y 200.000 y que, por consiguiente, sería igual al número de cabellos de una de esas 200.000 cabezas. Ahora bien, como hay más de uno por encima de 200.000 habitantes, puesto que hay cerca de 800.000 en París, tiene que haber muchas cabezas iguales en el número de cabellos aunque yo no los haya contado; Madama de Longueville no pudo nunca comprender la demostración, y sostuvo siempre que el solo medio de demostrarlo era el de contarlos."

Esto nos prueba que Madama de Longueville, que tenía tanta semejanza de espíritu con Madama de Sablé, era muy diferente de ella en este punto. A Madama de Sablé le gustaban estas disertaciones y era buen juez de ellas, y Arnauld no habría pensado en hacer leer la Lógica de Port-Royal a Madama de Longueville para distraerla y obtener un consejo competente.

Pertenecía propiamente a esos *ingenios sutiles* que Pascal opone a los talentos geométricos, "a esos ingenios sutiles que no son más que sutiles y que acostumbrados a juzgar las cosas en una sola ojeada rechazan toda definición en apariencia estéril, y que no tienen la presencia de ahondar hasta las bases de las cosas especulativas y de especulación, que no acostumbran a ver en el mundo".

Mas, geometría aparte, el mundo y su golpe de vista, la sangre de princesa que lleva en venas, un alma femenina con todos sus repliegues, este deseo de agradar, las bellas pasiones, sus grandes desgracias, su finura y su elegancia, la aureola de santa al morir, los enlazamientos de los nombres de Condé, de La Rochefoucauld y de Port-

Royal, bastan para otorgar a Madama de Longueville una distinción duradera, y le aseguran en la memoria francesa una parte de gloria que ninguna heroína sobrepasa, y que ninguna otra gloria aun de mujer superior borrará. ¿Qué diría yo más? Si desde el fondo del mundo en que se halla pudiese sonreír, el efecto y el encanto que produce ni los que la juzgan su solo nombre sonreiría.

1° DE AGOSTO 1840.

P. S. Después de haber escrito este retrato, cae en mis manos un precioso documento que extraigo de un manuscrito jansenista, y que viene en apoyo de cuanto he dicho. (Biblioteca del Rey, suplem. francés 1485):

CARÁCTER DE MADAMA DE LONGUEVILLE

"Era cosa digna de estudiar la manera de conversar con la gente de Madama de Longueville.

"Se podían observar sus cualidades igualmente estimables según Dios y según el mundo. Nunca murmuraba de nadie, y demostraba su pena cuando se hablaba de los defectos de los demás, aunque a decir verdad,

"No decía nada en alabanza propia;

"Trataba, sin afectación, de humillarse siempre que había ocasión.

"Decía tan bien todo lo que decía, que habría sido imposible decirlo mejor, sin ignorar ningún asunto.

"Había muchas cosas originales en lo que decía M. de Treville; pero había más delicadeza y tanto talento y buen sentido en la manera de expresarse de Madama de Longueville.

"Hablaba sensatamente, modestamente, caritativamente y sin pasión.

"Nunca se observaban en sus discursos malos razonamientos.

"Escuchaba mucho y no interrumpía jamás, y no demostraba prisa por hablar.

"El aspecto que adoptaba menos era el aspecto científico, y sé de muchas personas muy estimables que a ella no le placían, porque tenían algo de este aspecto.

"El efecto contrario producían en ella el formar parte de su corte, hablar de todo el mundo con equidad y sin pasión, e intimar en todos los que tenían de bueno.

"En fin, todo su exterior, su voz, su cara, sus gestos, eran una música perfecta, y su ingenio y su cuerpo le servían tan bien para expresar todo lo que ella quería hacer entender, que era la más perfecta actriz del mundo.

"Sin embargo, aunque estoy persuadido de que era un excelente modelo de conversación prudente, cristiana y agradable, no dejo de creer que el estado de una persona que no hubiera tenido nada de esto, y que fuese sin talento y sin agrado, pero que hubiese sabido pasarse de la conversación mundana y permanecer silenciosa ocupada en Dios y en sus pequeños trabajos, es mucho más dichoso y envidiado que ella, porque está menos expuesto a la vanidad, y menos tentado por el espectáculo de los juicios favorables que merecen sus bellas cualidades."

El final de este retrato es acaso excesivo para nosotros, jansenistas mundanos y que no hacemos lepra del agrado de Madama de Longueville aun después de convertida. Mas, ¡qué encantador ejemplo de la dueña de la casa cristiana, austera y sin embargo amable!

Este pequeño retrato podría muy bien ser de Nicole, pues sabía que creía de más talento a M. de Treville que a Pascal. En este párrafo le acuerdan más originalidad que a Madama de Longueville. Una mujer de talento me hace observar que este M. de Treville era el *M. Joubert* del bello tiempo del jansenismo. ¡Dichosos estos hombres para todos sus amigos e ignorados para los demás! [1]

[1] Por muy completo que parezca este retrato, los lectores que deseen más, pueden buscar en la edición de 1867 de mi *Port-Royal*, en el tomo V, páginas 123-139 y en el *Apéndice* del tomo IV, páginas 591-593, todo lo que yo he podido encontrar y decir.

UNA ALCOBA [1] POÉTICA BAJO LUIS XIV

PAVILLON. - SAINT-PAVIN. - HESNAULT. MADAMA DES HOULLIERES, etc.

Volvamos a nuestros corderos y no mordamos más a nadie [2]. Esto me han aconsejado y es lo más prudente. Un poco de idilio aún en crítica; vuelvo a coger mi cayado y hago callarse a mi perro.

Recorriendo últimamente esos cuarenta pequeños volúmenes en los que bajo el título de *Anales poéticos* está enterrado todo lo que no se lee ya, donde La Monnoie ocupa un lugar como Racine, y Pavillon ofrece dos veces más fachada que Despreaux, he logrado un pequeño resultado evidente.

Ha habido una escuela poética al final de' siglo XVII y comienzos del XVIII para la que ciertas circunstancias no han existido, y en la que no tuvo influencia ninguna la época de Luis XIV pues continuó siempre fiel a Luis XIII y a la primera Regencia y acabó con la segunda bajo La Motte y Fontenelle. Comienza en Voiture y Saint-Evre-

[1] *Ruelle,* en francés. Con este nombre eran conocidos en tiempos de Luis XIV los dormitorios de ciertas damas de calidad, que servían como sala de conversación, y en donde se empleaba el discreteo más refinado. — *(N. del T.)*

[2] Este artículo, cuando se publicó en una revista, sucedía a otro de polémica lanzado contra una de esas plagas que infestan la literatura.

mond; se muestra de acuerdo con los ensayos de La Fontaine, y se acantona en el tiempo de Boileau y Racine, en el Hotel de Bouillon, siendo sus mantenedores Nevers, Des Houillières, Hesnault, Pavillon, Charles Perrault, y los suyos.

Un doble carácter de esta pequeña escuela es estar a la vez en atraso y en adelanto; mirar a la época que se va y al siglo venidero, ser preciosa [1] y atrevida; mezclar un ingenio delicado con un espíritu fuerte.

Esto último no es cierto más que en algunos, pero lo es en bastantes para que se pueda calificar de rasgo. Saint-Pavin, Hesnault y la misma Madama Des Houillières eran filósofos y poco devotos. Por su libertad de pensamiento en moral, no menos que por su gusto en poesía, debían de ser antipáticos a Despreaux y a Racine. El gusto educado exclusivo de éstos se combinaba en el fondo con la moral y en ella se ahogaba. Ellos representaban precisamente la época de Luis XIV. Bayle, que vivió mucho tiempo fuera de Francia, que no tiene realmente ningún punto de contacto con el reinado de Luis XIV ni en el estilo ni en las ideas, y que fué más bien del siglo anterior o del posterior, admiró mucho a esta pequeña escuela que fué muy de su agrado. Sus afinidades como sus antipatías, cuando no van dirigidas a una sola persona sino a un grupo, no se engañan jamás.

Cierta conciencia interior, en medio de los éxitos de sociedad, parece advertir a los poetas y a los bellos ingenios de esta orilla, que no encajaban en la época, que la suya había pasado, que otros, realmente grandes, reinaban, que en fin, ellos estaban despojados. Quiero creer que esta especie de desaliento y de despecho hizo más incompleto, en algunos, el talento, y que contribuyó al mezquino empleo que le dieron, pues esto, al menos, es una excusa. Y cuando perdieron la calle ancha guardaron la

[1] *Preciosa* se decía por distinguida bajo el reinado de Luis XIII y aun bajo Luis XIV. *(N. del T.)*

callejuela. En ellos no hay nada grande ni fuertes impulsos. Vivieron día por día como epicúreos de la gloria, dichosos de las rosas y de los favores de cada mañana, mascullando mil gracias por insignificantes cumplidos.

Cuando se recorren sus obras hilvanadas, desiguales, sin composición y sin dibujo, nos encontramos sorprendidos cuando encontramos un trozo encantador, un idilio, un epigrama afortunado. Todos ellos durante su vida hicieron una cosita buena, pero no se encuentra la segunda.

Si alguno mereció por su talento pretender y atreverse a algo más, fué ciertamente Hesnault. El es también el único de todo el grupo que comprendió mejor la situación falsa en que se hallaban, y que los gustos libertinos se encontrarían bajo Luis XIV y con un censor como Despreaux, notablemente exagerados.

Desde muy temprano consideró su vida de poeta casi perdida, y volviendo la espalda al porvenir como a un gran enemigo, no se ocupó más que en saquear primero el botín.

El amable y menos atrevido Pavillon no era así. Yo no sé que se atormentase mucho por el renombre, pero no lo despreciaba y creía poseerlo suficientemente. Las tres cuartas partes de su larga vida toda sembrada de madrigales y de consejos a Iris, se pasaron en los goces literarios sin envidia, sin disgustos, y encontró la gloria en su habitación. Tan en buena amistad con Boileau como con Tallemant, sucedía a Benserade en la Academia Francesa y a Racine en la Academia de las inscripciones. Murió a la edad de setenta y tres años, escribe el honrado Nicerón, *habiendo conservado hasta el último momento su buen sentido, su reputación y sus amigos; nada más que esto.* ¿Se podrá decir otro tanto hoy de nuestros grandes hombres? Su fábula titulada *El Honor,* muy corta en verdad, parece de La Fontaine y de Fouquet [1].

[1] ¿Es de Pavillon? La encuentro atribuída a Fontenelle también, y en este caso tan grave no me atrevo a ser juez. *Los Anales Poéticos* la

Saint-Pavin, que es superior a él en vivacidad, en atrevimiento tiene precio como poeta. Fontenelle le leía mucho. En una selección de seis volúmenes, muy bien hecha, en los que la poesía del siglo de Luis XIV parece que no existía y en los que parece haber puesto la mano Fontenelle, Saint-Pavin ocupaba un buen lugar entre Charleval y Voiture. Lo merece en justicia. ¿Fué un poco contrahecho como lo indica el retrato hecho por él mismo? Su talento, en este caso, justifica el proverbio y era el más coqueto y el más fino en la sociedad de Madama de Sévigné, su vecina en Livry. En sus costumbres, tenía algo de Chalieu en su vida de beneficiario fué bastante licencioso, y sus giros exquisitos y sus chanzas, recuerdan mucho a otro abate poeta, Mellin de Saint-Quelais. En su juventud frecuentó a Des Barreaux, y también dicen que al poeta Theophile. En medio de sus delicias pensaba en el arte y en lo práctico. Sus versos son muy cuidados e hizo numerosos sonetos. Se puede decir que si el rondó, en esta época, murió con Benserade [1], el soneto acabó con Saint-Pavin. Mas éste no abusó tanto de esto como el otro, y en sus manos la punta no se embota. Podría citar uno tierno y delicado, mas veamos este punzante:

Il ne faut point tant de mystère;
Rompons, Iris; j'en suis d'accord.
Je vous aimois, vous m'aimiez fort;
Cela n'est plus, sortons d'affaire.

Un vieil amour ne sauroit plaire;

---

atribuyen también al poeta Ferrand, de suerte —me decía un bromista— que vuestro pobre M. Pavillon no ha escrito más que una cosa y tampoco es de él.

[1] El último rondó en fecha que conozco; es este dedicado en nuestros días a una belleza que hacía la Diana cazadora en los bosques de Fontainebleau.

Doux Vents d'automne, attiédissez l'amie!
Vaste Forêt, ouvre-lui tes rameaux!
Sous les grands bois la douleur endormie,
En y rêvant, souvent calma ses maux.
Aux maux plus doux dont tu fus hospitalière.

On voudroit déjà qu'il fût mort:
Quand il languit ou qu'il s'endort,
Il est permis de s'en défaire.

Ce n'est plus que dans les romans
Qu'on voit de fidèles amants,
L'inconstance est plus en usage.

En la primera escena de la *Señorita de Belle Isle*, la marquesa de Prie, esperando al duque de Richelieu, ¿no podría encontrar en su mesa de tocador este soneto?

Saint-Pavin ha escrito muchos tan bonitos y con tanta sutileza. No era fácil burlarse de él [1]. Boileau lo hirió y recibió sus mordeduras. Esperaba la gloria para sus versos, así, pues, rindámosle homenaje cuanto sea posible leyéndolos.

[1] Tantos son los juegos de palabras que hay en este soneto que renunciamos a traducirlo, pues si hiciéramos la versión castellana, no quedaría rastro de él. *(N. del T.)*

Noble Forêt! Ici vint La Vallière,
Ici Diane, en ces règnes si beaux;
Et la charmille èclatait aux flambeaux.
La chasse court, le cerf fuit, le cor sonne:
Pour prolonger ce que l'ombre pardone,
Vous ménagiez le fueillage aux berceaux.
Doux Vents d'automne!

O ma Beauté, n'y soupirez-vous pas?
Pour quoi ce cri vers le désert sauvage?
Sur son coursier la voilà qui ravege
Rocs et halliers, et franchit tous les pas.
Cœur indompté, l'air des bois l'aiguillonne

L'odeur des pins l'envire. Ah! c'est assez;
Quand la forêt la va faire amazone,
Soufflez sur elle et me l'attiédissez.
Doux Vents d'automne! [2]

[2] El mismo lo dice:

Mis réplicas, cuando son vivas,
Pican más que las ortigas.

Con frecuencia se encuentra con mujeres coquetas y se venga.

Os gusta tanto el cambiar,
Que quien con vos logra estar,
Vanagloriar no se puede.

¿Y por qué hacer de este placer lepra de buey? Un viejo amigo que tengo en el Cantón de Vaud, verdadero conocedor en poesía, un hombre que ha visto a Andrés Chénier en 1789, y que hacía en París en esta época un periódico que tuvo gran éxito, que luego se encerró con los viejos libros, y que conoce a su La Fontaine mejor que ningún editor del mundo, M. Casat, me decía: "Cuando he leído a Teócrito, leo a Fontenelle: prefiero al uno y no puedo pasarme sin el otro. *Me pongo otro gorro de dormir y gozo con el otro oído*".

Sería, sin embargo, mucho exigir del lector de hoy, si le pidiésemos que siguiese detalladamente a cada poeta de esta familia, o de este corrillo. La mayoría de ellos son, para nuestro colega M. Charles, víctimas de Boileau. Hay un célebre nombre que bastará para reunir y desarrollar mi opinión; me limitaré a Madama Des Houillières.

Quien os puede conseguir
Tan poco tiempo le dáis
Que no se puede alabar.

A una devota un poco ferviente, pero que no lo era bastante:

Escuchad una pasión:
Dos juntas es tontería,
Dejad la galantería,
O dejad la devoción.
La gente sufre y se apena,
Al veros siempre dudosa
Sin un partido tomar.
Acabaréis siendo tonta
No seréis nunca devota
Y nunca podréis amar.

Pero he aquí el epigrama de este género el más sangriento que si no es de él, es de uno de sus discípulos:

Como una mujer honrada,
El supremo punto me negáis,
Regateos hacéis a quien amáis
De dicha tan deseada.
Mas me parece señora
Que no sois tan triunfadora
Cuando no lo he conseguido:
Si a medias nos entregamos,
Y medio cuerpo nos damos,
Media virtud hemos sido.

M. Monmerqué posee muchos versos inéditos de Saint-Pavin.

A pesar de sus injusticias contra Racine, a pesar de la enemistad de Boileau, y de las alusiones vengadoras del satírico poco galante, ha sobrevivido. Ella gozó mucho tiempo del primer puesto entre las mujeres poetas, y solamente ante un gusto más nuevo y más desdeñoso ha muerto su nombradía. Se han impacientado al final contra esos *corderitos* siempre presentes. Se comenzó por hacerlos observar y decir que los había tomado de alguna parte, pero bastó atribuírselos para tacharla de insípida. Ella vale, y valía mucho más que su reputación de hoy.

Cuando se leen seleccionados sus versos, de los que hay en absoluto que prescindir de tantas insulseces sobre su gota y su perro, nos encontramos con cualidades en ella que ni aun en su época le acordaron. Parece más moralista que lo que conviene a una pastora, y tiene pensamientos bajo sus cintas y sus flores. Es una digna contemporánea de M. de La Rochefoucauld. Nos damos cuenta de que conocía el fondo de las cosas de la vida, que su talento era muy amante de la verdad y casi de lo positivo, y no hubiéramos pensado así viendo tan poco de esto cuando escribió. Mas estas contradicciones se concilian. Se llama *Iris* o *Climène,* es en nuestros días con otro nombre a la Medora, pero el resultado es lo mismo.

Madama Des Houillières cuando sólo era la señorita de La Garde, tuvo por maestro a Hesnault, y Bayle quiere que nos demos bien cuenta de esto. Parece que Hesnault estuvo un poco enamorado de ella, como Menage lo estuvo de su discípula Madama de La Fayette [1]; pero no siendo pedante, no se lo dijo en versos griegos ni latinos. Se tiene su *Epístola a Safo,* en la que trata de no pretender a la gloria y que la funde en el amor, y es una ingeniosa obra contra la inmortalidad poética. En revancha nos dicen que tenía tres sistemas para alcanzar la gloria, como si temiese no conseguirla. Después de haber demostrado

[1] En versos dedicados a la señorita des Houillières hija, Menage la llama Hullería, como había llamado a Madama de La Fayette Laverna.

muy lindamente que la gloria no es nada después de la muerte, continúa:

Cessez donc, ô Sapho, de vous en faire accroire;
Dans un monde nouveau ne cherchez plus la gloire,
Et faites succéder, au soin de l'acquérir,
Le soin de la connoître et de vous en guérir.
Mais quoi! faut-il purger d'une erreur si grossière
Un esprit si perçant et si plein de lumière?
.....

Si vous avez besoin d'être désabusée,
C'est d'une erreur plus fine et plus autorisée:
Le partage des morts se fait peu souhaiter,
Mais celui des vivants a de quoi vous tenter;
Si la gloire pour vous n'est rien après la vie,

Tandis que vous vivez, elle vous fait envie.
Cependant pourrait-elle exciter un désir,
Si l'on ne la croyoit elle-même un plaisir?
C'en estun, il est vrai, pour quelques âmes vaines,
Mais, hélas! c'en est un qui donne mille peines.
Il en est, ô Sapho, qui n'ont rien que de doux:
Si vous les connoissez, que ne les cherchez-vous?
S'ils vous sont inconnus, vous manque-t-il un maître?
.....

Ecoutez donc, Sapho, la nature et l'amour.
Je vous viens, de leur part, révéler leur mystère,
Je n'en parle pas mal, et je sais bien me taire.

Hesnault no iba por dos caminos y Madama Des Houillières no le siguió sino con discreción. Sin embargo, en sus versos se resiente de los preceptos generales del maestro. Bayle les hizo a los dos el insigne y mal intencionado favor de implicarlos en una nota de su artículo *Spinosa*. Cita de ella los versos con que termina el idilio del *Arroyo:*

Courez, Ruisseau, courez, fuyez-nous, reportez
Vos ondes dans le sein des mers dont vous sortez;
Tandis que, pour remplir la dure destinée

Où nous sommes assujettis,
Nous irons reporter la vie infortunée
Que le hasard nous a donnée,
Dans le sein du néant d'ou nous sommes sortis!

Pareciendo admitir como correctivo que probablemente la dama. no había seguido sino ideas poéticas, Bayle se cuida en seguida de añadir según su método: "Esto no quiere decir que no se pueda ocultar mucho libertinaje bajo los privilegios de la versificación".

Al lado de los versos del *Arroyo*, se encontrarían buen número de otros notables por su alcance filosófico y menos contestables para la doctrina. Bajo el título de Moralidades, ha expresado serias reflexiones verdaderas y amargas, que tiende a desenmascarar nuestra vanidad. ¿Qué se puede hallar más seriamente pensado que esta meditación sobre la muerte?

Que l'homme connoit peu la mort qu'il appréhende,
Quand il dit qu'elle le surprend!
Elle naît avec lui, sans cesse lui demande
Un tribut dont en vain son orgueil se détend.
Il commence à mourir longtemps avant qu'il meure:
Il périt en détail imperceptiblement;
Le nom de mort qu'on donne à notre dernière heure
N'en est que l'accomplissement.

Madama Des Houillières, que se ve desde muy lejos con su vestido color de rosa, era triste; era una de esas personas que teniendo medios para ser dichosas. se complacen en quejarse de la fortuna. Nacida en 1638, siete años antes que Madama de La Fayette[1], se casó siendo aún muy niña con M. Des Houillières, bravo y hábil ofi-

[1] Esta fecha de nacimiento de Madama Des Houillières ha sido fijada por M. Ravanel en 1840 en el *Anuario Histórico*. Hasta entonces se creía que nació en 1634. Resulta del registro de Estado civil que fué bautizada el 2 de enero de 1638 en Saint-Germain-l'Auxerois, en cuya ciudad nació probablemente la víspera o el último día de 1637. Se casó en 1651, de modo que apenas tenía trece años, pero sin duda la familia decidió esta conclusión precoz, aunque parece ser que no se unió a su marido en los Países Bajos sino varios años después.

cial, que siguió al príncipe de Condé en La Fronda y con los españoles. Pasó sus primeros años de matrimonio solitaria y retirada en casa de sus padres. La filosofía de Descartes y de Gasendi se apoderó de ella. En lugar de inflamarse como Madama de la Sablière por Descartes se inclinó más hacia Gasendi, lo que en el fondo no era ocuparse menos

De cierta filosofía
Sutil, seductora y atrevida.

Al ir a reunirse con su marido en los Países Bajos españoles, encontró al príncipe de Condé y a toda su corte en Bruselas. Su talento y su belleza hicieron conquistas. Allí brilló y aquel fué su más dichoso momento [1]. El pronto regreso tuvo más amargura. Sus reclamaciones

[1] Se dice que le gustó al príncipe de Condé, y parece en efecto que algo bueno hubo entre ellos. En el tomo VI de *Mélanges publiés par la Société de Bibliophiles*, se lee la carta siguiente de Madama Des Houillières al príncipe: "22 de diciembre de 1656. Mi enfermedad variolosa me ha hecho aplazar mi viaje, pero, a pesar de mi mal y de las amenazas de los médicos, no dejaré de marcharme dentro de seis días. Me aseguran que habrá peligro para mi vida, pero ella me importa tan poco cuando se trata de vos, que me aventuraré con toda la alegría de que es capaz una persona que siente por vos una ternura infinita. Esta es una verdad de la que sé que dudáis, mas por muy difícil que sea persuadiros y me comprometo, por poco que agradezcáis mi amistad, sintáis la misma. Espero que el invierno que viene podré deciros esto más a mis anchas. Si queréis que esto ocurra es preciso guardar el secreto e impedir que M. M. (¿su marido?) sepa que os he hablado ni escrito a Charleville, pues si supiese algo, nos colocaría en mala inteligencia y haría cesar la que vos sabéis. Es preciso que evitéis otra cosa todavía, y son esos cien cuentos que algunos malos bromistas de vuestra corte han inventado sobre mí, pues ellos harían el mismo efecto que lo anterior. Vos podéis arreglarlo todo, y nuestros intereses están tan unidos que no me pueden hacer un asunto sin destruir el qùe os causa tanta impaciencia. Para el de París continuad conteniendo las cartas de Mons. He recibido algunas que me aseguran cosas tremendas, de las que no os diré nada hasta que tenga pruebas, pues no se debe decir nada a medias de personas tan importantes. Cuando tenga el espíritu más tranquilo os haré reproches por los consejos que disteis al mariscal La Ferté acerca de mí. El pobre hombre no ha encontrado lo que buscaba y me confesó todas vuestras confidencias. Me parece muy bien que seais malicioso, y si os regañase por ello lo haría con la mayor alegría del mundo. Esto no impide para que os ruegue para que tengáis un poco de amor para una persona de quien sois tan amado. Quemad mi carta, pues es muy importante para mí". A pesar de las confusiones que querríamos aclarar, esta carta de una mujer de diez y nueve años no deja de ser significativa.

demasiado vivas por los sueldos de su marido fueron causa de que estuviese presa ocho meses. Vuelta a Francia, habiendo negociado el perdón para M. Des Houillières, que ingresó de nuevo en el servicio y vivió poco a su lado, no pudo nunca rehacer su fortuna empequeñecida por tan larga ausencia. Su vida se pasó en constantes intranquilidades que la sociedad no pudo hacerle olvidar más que a medias. Los versos alegóricos a sus hijos: *En estos prados florecidos*, etc., no son sino una manera de presentar a Luis XIV dibujado como el dios Pan. Así en todos sus idilios en el fondo hay una queja. Su salud se alteró desde muy temprano, y murió el 17 de febrero de 1694, cuando apenas tenía cincuenta y seis años, de una enfermedad en un pecho. Un viaje a las orillas del Lignon, y una visita a Vaucluse, forman parte mejor de esa existencia campesina que se le supone. Al observar en derredor suyo, y en ella a la humanidad con un poco de pesimismo, envidió a los carneros, las flores, los pájaros, los arroyos, a la naturaleza en fin, que ella no profundizaba demasiado. No cesó de señalar sus cosas extrañas y sus injusticias, de recordar al hombre sus flaquezas, sus vanas decepciones, la insuficiencia de su razón.

Homme, vante moins ta raison;
Vois l'inutilité de ce présent céleste
Pour qui tu dois, dit-on, mépriser tout le res'e.
Aussi foible que toi dans ta jeune saison,
Elle est chancelante, imbécile;
Dans l'âge où tout t'appelle à des plaisirs divers,
Vile esclave des sens, elle t'est inutile;
Quand le sort t'a laissé compter cinquante hivers,
Elle n'est qu'en chagrins fertile:
Et quand tu vieillis tu la perds.

Tomando la cuestión que planteó su maestro Hesnault sobre el deseo inmoderado que tienen los hombres de legar sus nombres a la posteridad, rechaza no con menos seriedad esta quimera... Mas ¿espera curarlos o curarse ella misma?

Non, mais un esprit d'équité
A combattre le faux incessamment m'attache,
Et fait qu'à tout hasard j'écris ce que m'arrache
La force de la vérité.

Se complació en rimar, variándolas, algunas de las máximas de La Rochefoucauld cuyo espíritu se acordaba muy bien con el suyo, pues ella también había visto perecer su ideal en la Fronda.

A su entrada en Francia de los Países Bajos, frecuentó el hotel de Rambouillet en el que tuvo un primer puesto entre las *preciosas*. Somaise no ha dejado de registrarla en su *Gran Diccionario* bajo el nombre de *Dioclée*. Su tono y sus gustos se consolidaron entonces y diferentemente de Madama de Sévigné y de Madama de La Fayette, no se modificó en avanzar, siendo esto la causa de que sus poesías pareciesen viejas en los últimos años de aquel siglo. En pleno reinado de Luis XIV, en los años de *Iphigénie* y de *Phédre*, creía en la decadencia; pero pasemos sobre esto sin detenernos porque ahí está su crimen. Digamos solamente que fué fiel a los recuerdos y á las admiraciones de su juventud, a la antigua y galante corte, como ella la llamaba. Se remontaba así en ideas hasta los Bellegarde y Bassompierre. Todo lo que vino después, aun saliendo de Versalles, le parecía poco cortesano. Pero en sus versos de idilios o de canción no era tan exquisita como parece desprenderse de estas delicadezas. El hotel de Rambouillet no ha reducido todo a vapor. Sus *Sylvandres* son algunas veces ejecutivas y sus *Iris* saben enrojecer hasta hacerse comprender. Si por casualidad las sombras que renacen no sirven a ocultar las lágrimas, la pastora exclama:

¡Ay nunca necesitaré sino a vos!

Hasta cerca de la fuente de Vaucluse, se imagina (¿quién lo creería?) ver a Laura enternecida y a *Petrarca victorioso*.

Sabemos la frase poco platónica de Madama de La Sablière que luego empleó Fígaro: "¿Cómo amar siempre? Los animales, al menos, no tienen más que una época". — "Es que son animales". Madama Des Houillières, sin decirlo en prosa, y bajo el aspecto inocente de dar la razón a los animales, no está muy lejos de esta idea en sus idilios. Sus corderitos *son tan amados como amorosos.*

Pajaritos de mi encanto
¿Queréis amaros?
Dedicaros al amor.

La señorita de Lenclos debió de cantar en su laúd estos versos que recuerdan la *Canción Pastoral* del poeta Láinez, y que comienza por el ruiseñor y acaba por el gorrión.

En una palabra, un poco del siglo XVIII en Madama Des Houillières, pues que hemos acordado llamar a esto siglo XVIII [1]. Al lado de estas libertades de su musa, una vida pura, irreprochable al decir de sus biógrafos, y acaso bastantes prácticas religiosas, al principio por el bien parecer, y al final con sinceridad. Así se regula la inconsecuencia de nuestro espíritu, reuniendo las contradicciones según las épocas. En 1686 hizo una oda cristiana en cambio de los sufrimientos físicos que la mortificaban, entre cuyos versos cito éste:

¡Quitadme este talento que entibia mi fe!

El talento persiste; la filosofía se asemeja en esta oda penitente a algunos párrafos de los Salmos por sus reflexiones estoicas en alto grado, y se diría que intenta la muerte por todas partes:

Miserable juguete de la ciega fortuna,
Víctima de las leyes y de los males,
Hombre, tú que en todas partes
Encuentras vida importuna,

[1] Por ejemplo, la canción del abate Testu.

¿Cómo es que de la muerte temes el poder?
Cobarde, mírala sin turbarte,
Y piensa que si es ultraje
Es el último que sufrirás.

Fué muy ferviente a la amistad; la vemos rodeada de mil nombres entonces en boga, de los que algunos se han obscurecido; mas para la dicha, no es preciso relacionarnos sólo con inmortales. Gozaba con todos ellos, sin tener necesidad, como Madama de La Fayette, de apegarse a ninguno. Parecía decir ante los cumplidos de que era objeto, como al abate Lavau:

¿Qué daros, pues, como pago?
Un simple saludo es muy poco;
Mi corazón es demasiado aunque no vale ya nada.

Escribe a Mascarón una epístola bromista fechada en las mismas orillas del Lignon. Cultivó cuidadosamente a Flechier, y Flechier a ella. Flechier no tiene en contra suya sino el haber sido demasiado comparado con Bossuet, pues sólo se le podía poner en parangón con Bussy, Pellisón y Bouhours, y su retrato hecho por él mismo es la mejor obra de la literatura de Rambouillet. No fué a Madama Des Houillières, sino a su hija o a una señorita amiga suya a quien lo envió. Viviendo en su diócesis de Lavaur, en Nîmes, es decir, en provincias, sentía un poco la nostalgia de París y de su sociedad y de las bellas compañeras de letras. Se comunicaba por carta, quien se quejaba algunas veces de sus involuntarias negligencias.

Le trataba de *sabio de Pórtico* y le amenaza por llamar al amor en socorro de la amistad:

¡Un sabio enamorado! ¿Qué se diría?

Flechier, para calmarla, le enviaba como ofrenda miel de Narbona.

En sus mejores y más poéticos momentos, Madama Des Houillières ha hecho bonitas canciones. Llama simplemen-

te *couplet* a una idea tierna, fugitiva, a un sentimiento que experimentamos a través de su viejo laúd o de su clavicordio. Nuestros abuelos gustaban de esta emoción no muy prolongada, y Bertaut tiene *couplets* de ésta encantadores, *verdaderas ingenuidades encantadoras*. Madama Des Houillières prefería este género que recordaba la juventud de Madama de Motteville. Casi siempre la primavera es motivo preferido, como ocurre a los trovadores:

La amable primavera hace nacer
Al amor como a las flores.
Temblad, temblad, corazones:
Al hacer su aparición
Hace cesar los rigores
Mas las dulzuras que os dé
No os dejarán sin dolores;
Temblad, temblad, corazones:
La amable Primavera hace nacer
Al amor como a las flores.

Pero ¿qué más conmovedor y más sentimental que esta canción?

Amables moradores de naciente follaje
Que acaso sirve para ocultar al amor,
Ruiseñor que en las ramas
Del sueño despierta el sol,
¡Cuán dulces son vuestros cantos!
¿Qué penas no harán huir?
¿No hay peligro en escucharlos
Cuando el amor murió en mí?[1]

Así, en Madama Des Houillières, la sensibilidad y la melancolía reemplazan a la falta de imaginación y hacen llamamiento al moralista y al pensador. En otras poesías más largas, ha acertado menos, y en algunas de sus estrofas hay relámpagos de pasión y de gracia. En algunas de

[1] Para los diletantes que gustan de los sonetos ofrécese el soneto de Milton *Al ruiseñor.*

sus églogas la pastora desilusionada acusa a la floresta de prestarse a los amores infieles del ingrato.

> Depuis que les beaux jours, à moi seule funestes,
> D'un long et triste hiver eurent chassé les restes,
> *Jusqu'à l'heureux débris de vos frêles beautés.*

Madama Des Houillières ofrece muy pocos versos como este último.

Creo, sin embargo, haber dicho bastante para demostrar que mereció sobrevivir. No se trata ahora de rehabilitarla ni proponerla como modelo, sino simplemente de reconocer lo que fué y de encontrar, si se puede, la poesía en todas sus huellas. El último período de la existencia de Madama Des Houillières no estuvo exento de vicisitudes, y parecía esperarlas cuando decía:

> Tandis que le soleil se lève encor pour nous,
> Je conviens que rien n'est plus doux
> Que de pouvoir sûrement croire
> Qu'après qu'un froid nuage aura couvert nos yeux,
> Rien de lâche, rien d'odieux
> Ne souillera notre mémoire;
> Que, regrettés par nos amis,
> Dans leur cœur nous vivrons encore,
> Pour un tel avenir tous les soins sont permis;
> C'est par cet endroit seul que l'amour-propre honore:
> Il faut laisser le reste entre les mains du sort.

La acusaron, sin embargo, de una cosa odiosa, que consistía en haberse apropiado de *Los Corderos* en la compilación de Coutel. En 1735, se hizo este descubrimiento. Casi al mismo tiempo *Le Mercure Suisse*, el barón de La Bastie y el presidente Bouhier en sus cartas al abate Le Clerc (enero y febrero de 1735), denunciaban o discutían este plagio [1]. Fréron y otros entraron luego en lid; pero nosotros los abandonamos, ciertos de que la idea de dirigirse a los carneros no es nueva, y que la forma en que

[1] Tomo V de Nuevas memorias de *Historia de Crítica y de Literatura* por el abate de Artigny.

lo hace Madama Des Houillières se ajusta muy bien a su espíritu [1]. Aparte de esta sospecha injuriosa, continuó ocupando su puesto. J. J. Rousseau la quiere empequeñecer; mas no es sino por viejos rencores contra la escuela de Fontenelle [2]. Voltaire, que tiene tanto tacto cuando es desinteresado, nos señala con el dedo en su *Templo del buen gusto,* "al dulce pero débil Pavillon figurando humildemente en la corte de Madama Des Houillières, que está muy por encima de él". Y volviendo a la escuela que esta dama representó y que hemos mostrado inclinada hacia el siglo XVII, me parece que tuvo su revancha en el XVIII. Quiero decir que sin que se diesen cuenta, esta forma ante todo espiritual, metafísica, moralista y a la vez pomposa de los versos, prevaleció y puso el sello a la poesía de esta última época, con la sola diferencia de algunas cintas y lazos. Se puede pedir noticias a Saint-Lambert, que vivió en el período de plenitud. Voltaire escapa a fuerza de talento y de ímpetu. ¡Y cuánto hay de Madama Des Houillières en esa espiritual Launay contra la que un ilustre crítico ha sido tan ingeniosamente severo! Tuvo razón para serlo [3]; el género más o menos precioso que se había mantenido entre bastidores bajo Luis XIV salía a escena emancipándose. La mayoría de los nombres, sobre todo, se alejan y se desvanecen. Al comienzo de este siglo nos

[1] Para los que duden hay una excelente nota de Lemontey que lo aclara definitivamente. Mas como está decidido que nada quede en claro, Monsieur Violet-le-Duc en su *Biblioteca política* (1843) cita esta nota con una interrogación al final.

[2] Carta de Rousseau a Brossette del 4 de julio de 1730: "Hay más substancia en una sencilla cuarteta de la señorita Cherón que en todo lo que ha hecho en su vida Madama Des Houillières..." ¡Demonio! Rousseau es bien severo. Sus estrofas demasiado alabadas sobre las Miserias del hombre: *Que el hombre es bien durante su vida,* etc., están muy lejos de valer lo que el *couplet* filosófico de Madama Des Houillières: *Hombre, alaba menos tu razón...* Es el mismo pensamiento, pero los versos están concebidos mejor.

[3] Monsieur Villemain, *Cuadro del siglo* XVIII. — Tuvo razón en todo lo que dijo del estilo, pero fué injusto en lo que concierne a la persona y al carácter. M. Villemain, que tenía tan excelentes cualidades de crítico, no ha podido olvidar que la señorita de Launay había sido doncella. Ha querido ver en ello un sello de la naturaleza en lo que no fué sino una injuria de la suerte y un accidente irónico del destino.

volvemos aún para mirar un momento estas pequeñas glorias que van a desaparecer. La señorita de Meulan, que tenía algunas semejanzas espirituales y moralistas con Madama Des Houillières, ha hablado de ella más de una vez y bastante bien. Y puesto que estamos en lo que ya desapareció diremos que fué una mujer poeta más nombrada que leída, que me parece perteneció desde ciertos puntos de vista a la escuela de que he hablado con la diferencia de la época, Madama Dufrenoy.

La diferencia existe primero en la distancia que separa el final del siglo XVII del XVIII. Los contemporáneos de Madama Dufrenoy creyeron que era una ventaja para ella, y que sería clásica. M. Jay escribe en sus *Observaciones* sobre ella y su obra: "Superior en todos sentidos a Madama Des Houillières, pero no debiendo acaso su superioridad sino a la influencia de los grandes espectáculos de que fué testigo, y cuyas impresiones han conquistado la palma inmortal"... La originalidad poética de Madama Dufrenoy (si la tiene) no está en los versos consagrados a los acaecimientos públicos, sino en la sencilla represión de sus tiernos pensamientos. Beranger soñaba cuando decía:

Luce lámpara, luce,
Leo los versos de Dufrenoy.

Desde muy temprano, el maestro hábil que tuvo (como Madama Des Houillières a Hesnault), que no era otro que Fontanes, la apartó de los poemas serios y le indicó el verdadero camino.

Amar, siempre amar, he ahí tu energía.

En sus elegías no hay ni corderos, ni pastora Climène. Había menos necesidad de disfraz en el amor después de Parny. Bouflers había cantado el corazón, y lo positivo aparecía en su desnudez. Observó en el estilo algo muy preciso, pero no tuvo más imaginación ni ingenio que

Madama Des Houillières. Cuando la amante poeta nos dice:

Arrangeons ce nœud, la parure
Ne messied point au *sentiment.*

¿No tiene algo de hotel de Rambouillet? Las primeras elegías de Madama Dufrenoy aparecieron en el 89. Si se comparan las primeras con las últimas ediciones, nos sorprenden muchas diferencias. Ella misma presenció la pérdida del color de sus cintas y quiere volverlas a teñir. Si leemos en el Almanaque de las Musas de 1790 la poesía que tiene por título *Poder de un amante:*

Amo todo en el que reina en mi corazón, etc.

quedamos sorprendidos del lenguaje corrompido que se atreve a aventurar, y que parecía muy natural en esta época. Ella lo ha visto después y ha corregido las reimpresiones, suprimiendo este verso increíble:

¡Su infidelidad llegó a ser un favor!

O se lee:

Su tierno arrepentimiento
Produce dicha todavía.

Yo llamo a esto semejanzas con Madama Des Houillières, porque este delirio de Zulmé, en tiempo de Bertín, habría sido insulsez de Iris en tiempos de pastores. Un parecido entre ellas en los rayos pasionales, evidentes en Madama Dufrenoy, pero no ausentes en la otra musa. Las dos parecen haber sufrido la infidelidad con una pena que no empequeñeció el amor.

Amor, dadle de nuevo el placer de agradarme;
Mas a pesar de lo que el ingrato pueda hacer
No salga nunca de mi corazón.

Madama Des Houillières lo ha dicho en sus estrofas;

Madama Dufrenoy lo ha repetido de mil maneras en sus elegías y con más ardor en *Los juramentos.* Ambas pusieron en acción la frase de La Rochefoucauld: *Se perdona mientras se ama.* Parece que esta inspiración de un amor sin dicha y el dolor apasionado han hecho también el genio de Madama Velmore. Corina y Safo, todas acaban ahí. Siempre el corazón herido que canta, siempre el grito en poesía de esa otra palabra dicha en voz baja, en prosa más resignada, y en la que muchas existencias han pensado al envejecer. "Hay una fecha en la que las mujeres deben morir, y es en la que no son amadas ya". Pero entro en la elegía moderna y hoy no quiero ocuparme de ella [1].

En poco ha estado que no encontrase este asunto literario, pero una vez visto no quise dejarle huir. Hojeando al azar algunos volúmenes in-12 olvidados, un rayo de sol me pareció alumbrarme y dibujar exactamente estas parcelas de oro en el polvo. Si no las hubiera recogido entonces, se habrían perdido para siempre. ¡Nosotros mismos pasamos tan de prisa, parecemos tan insignificantes! Es muy dulce saborear todo lo que ha vivido.

15 OCTUBRE 1839.

[1] Se encontrará en el tomo IX de mis *Nuevos Lunes* con motivo de *Las Reminiscencias* de M. Coulmann algunas páginas sobre Madama Dufrenoy, que son la continuación de lo que se acaba de leer.

MADAMA DE KRUDNER [1]

Cuando las producciones de las personas contemporáneas nos inducen a estudiar su fisonomía y su carácter, nos complacemos en averiguar qué rasgos de edades precedentes dominan en ellas, y a qué momento pertenecen tan exactamente como el día en que vivieron. Este género de suposiciones tiene, sin forzarlo, su ventaja, pues ocurre lo que con los cuadros, que se los ve mejor a medida que nos alejamos, y cuando se les sube y baja hasta encontrar la verdadera perspectiva. Si hemos encontrado que Madama de Souza, por ejemplo, perteneció al siglo XVIII, aun continuando en el nuestro, aun representando de cerca en su mejor matiz a la Restauración, no representaba menos, en una lejanía poética, por su vida, por sus páginas elegantes, por sus sentimientos apasionados seguidos de retrocesos cristianos, y por su muerte, algo de lo más conmovedor del siglo XVII. Hoy, al abordar a Madama de Krudner bajo la aureola mística, en su blancura nebulosa, en la vaga y dorada luz desde la que nos sonríe, nuestra

[1] Como biografía, este *pastel* deja mucho que desear. Uno de nuestros amigos a quien se debe ya la *Vida* del célebre médico Tissot, prepara desde hace mucho tiempo una biografía completa de Madama de Krudner, en la que detalles íntimos y cartas originales no faltarán. Deseamos la pronta publicación (1844). — La Vida de Madama de Krudner por M. Eynard ha aparecido y nos da lugar a un artículo que rectifica y corrige éste. (Ver últimos retratos en el tomo).

vista y nuestras conjeturas van más allá de nuestro siglo y de los precedentes. Era como una santa de la Edad Media, una santa del Norte del siglo XIII, una Santa Isabel de Hungría, o una hermana del gran maestre de los Caballeros *porte-glaive,* que, desde el fondo de su Livonia, atraída hacia el Rin, y mucho tiempo unida a las delicias de la corte, habiendo amado e inspirado a los ilustres minnesinger del tiempo, habiendo hecho alguna novela en verso como un poeta de la Wartbourg o más bien habiendo querido imitar a nuestro Chrestien de Troyes o a algún otro famoso trovador en rima francesa, en lengua la *más deleitable* entonces, habría por fin vuelto sus ojos a Dios, a la penitencia, habría renegado de todas las ilusiones y las adulaciones que la rodeaban, habría predicado a Thibaut, habría consolado de las calumnias y santificado a Blanca, habría entrado en una orden que ella reformara, y cual otra Santa Clara siguiendo a San Francisco de Asís, habría conmovido como él a las muchedumbres, y hablando en el desierto a los pájaros.

He aquí, en efecto, a Madama de Krudner, tal como hubiera debido ser para cumplir su destino, para no ser solamente una novelista encantadora y luego una iluminada que hizo sonreír cuando en la segunda mitad de su vida quiso entregarse sin reservas a Dios, a la limosna y la obra de la santa palabra, de la salud y del renovamiento del mundo. Mas, ¿qué hacer? Había nacido en pleno siglo XVIII; los descendientes de la orden teutónica se habían vuelto luteranos. Luterana pues, y luego mujer de un embajador, tuvo que cruzar esta vida mundana de escepticismo y de placeres, y cuando pudo escapar, cuando la llama de los sucesos vino a prender en esta alma ferviente bajo cubierta tan frágil, y le hizo creer que había llegado la hora de predecir y de consolar, vió que muy pocos la escucharon; que fué como la profetisa estéril de Ilión en cenizas; que los mismos de que su rápida elocuencia se apoderaba, como el polvo que la nube levantó, en

cuanto ella desaparecía volvían a caer; y que ella misma, sin orden fijo, sin disciplina, sin tradición, levantada por el hálito ardiente de las catástrofes y no habiendo visto sino sus resplandores, perdió en seguida la huella del porvenir, y murió en una Crimea sin dejar nada, sin servir a nada, como copo de nieve llevado y traído por el aquilón, un relámpago y un grito más en el gran huracán.

El último límite en que se concibe a Madama de Krudner con todas sus facultades completas y en todo su desarrollo, es en el final del siglo XVI y principios del XVII. Habría podido entonces como Santa Teresa y un poco más tarde como Madama Chantal, encontrar todavía apoyo en una de esas columnas subsistentes del gran edificio católico estremecido, habría abierto una vía monástica nueva en la línea indicada de las santas carreras. Habría tenido en sus momentos de vértigo y de obscurecimiento a estos sabios y seguros doctores de las almas, a un San Francisco de Borja, a un venerable Pedro de Alcántara, a un San Francisco de Sales. Yo no le hubiese aconsejado venir más tarde, ni siquiera en el tiempo del venerable Fenelón, que acaso abundó demasiado en el mismo sentido que ella, y acaso acarició mucho la quimera. Mas en nuestros días, ¿qué es? ¿dónde están sus guías? Débil mujer en sus más bellos impulsos, vaso desbordado de amor, ¿en dónde aprendió su doctrina? Cañizo agitado por todos los vientos que luchaban entre sí ¿a quién pidió ella el aliento puro de la palabra? Buscó y no encontró a su lado ni siquiera la sombra de un Fenelón, y únicamente apóstoles a la ventura. Cuando la cercamos con preguntas, cuando se la interroga acerca de los medios, el objeto, la legítima tradición y el símbolo, vemos que se detiene. Su gran corazón la abandona y se vuelve preguntando hacia M. Empeytas.

Para nosotros, que queremos mirarla como autora de una obra deliciosa, es completa, y el inacabamiento de su destino se convierte en un rasgo novelesco más. Puesto

que no fué una santa, *Valeriana* es su título principal, y en torno del cual gira, de mejor o de peor grado, toda vida. Sin tentar más sacarla de su puesto y llevarla en idea más allá de las lejanías del horizonte, vamos a seguirla y a examinarla en todo lo que le fué permitido ser en los días en que vivió.

Nacida en Riga, en las orillas del Báltico, hacia el fin del mismo año en que nació en Francia Madama de Staël, Madama Juliana de Krudner, hija del barón de Wiettingoff, uno de los más grandes señores del país y de una familia todavía recientemente ilustrada por el mariscal de Munich, tuvo una infancia tal como se complació en pintar en los recuerdos de su *Valeriana.* Fué educada primero en el fondo de una campiña, pintoresca y salvaje. El pequeño lago en el que el viento arrojaba las hojas de los árboles del bosque, en el que ella guiaba una frágil barquilla, los pájaros, los abetos como pirámides poblados de ardillas que se miraban en las ondas, los juncos, los rayos de luna reflejándose en los álamos blancos, tal fué el panorama, nunca olvidado, en el que se reveló su inocente y ya apasionado ensueño. A esto se unieron bien pronto las elegancias del mundo y de la sociedad. La alta nobleza del Norte era atraída entonces por un encanto invencible hacia París, hacia esta Atenas de las artes y de los placeres. Los príncipes y los reyes se honraban pasando en París unos instantes, y saborear, por decirlo así, los grados de nuestros bellos ingenios y de nuestros espíritus fuertes. Sus mismos embajadores eran adornos esenciales de la filosofía y de la conversación francesa, y aún se recuerda la distinción del barón de Gleichen, embajador de Dinamarca, y la del de Suecia el barón de Creutz. La joven del Norte cuando vino muy temprano a París vió esta sociedad. Casada a los diez y ocho años con el barón de Krudner, pariente suyo, que aunque todavía joven tenía muchos años más que ella, no pareció ocuparse gran cosa de él hasta que lo pintó, idealizándolo un poco, en el per-

sonaje del esposo de Valeriana. Entonces era la costumbre: un marido daba un nombre definitivo, una situación y una representación conveniente y cómoda, y apenas si exigía nada, y de él pasado esto, en la vida de la mujer célebre no se hacía más mención. Se le descubría cuando más de perfil o vuelto de espaldas en un rincón de la novela. M. de Krudner embajador de Rusia en muchas cortes de Europa, llevó consigo a la persona que nos ocupa, quien por doquiera que iba enamoraba y encadenaba los corazones a sus pies.

Los detalles de sus primeros años están ya muy lejos. Había cumplido ya los veinte años cuando comenzó la Revolución francesa, sin tener todavía ninguna celebridad ni cuestiones literarias; era simplemente una mujer a la moda. Todo lo que su gracia, su talento y su alma no inspiraron no ha dejado más que huellas ligeras como ella misma. Sería inútil y fastidioso buscarla en otra parte que en *Valeriana,* que reúne como un espejo todos los rayos más puros.

Parece ser que, al estallar, la Revolución no alteró en nada a la que más tarde los sucesos del final habían de producir exaltación. Sus pasiones, sus ternuras y sus alegrías eran en aquella feliz edad muy ruidosas para que pudiese oír nada más. La parte profunda de su alma era (sirviéndome de una expresión de *Valeriana*) como una de esas fuentes cuyo ruido se pierde en los otros ruidos del día, y que no vencen sino cuando la noche llega. A pesar del 89, a pesar del 93, cuando ya voces proféticas y bíblicas se oían distintamente, cuando Saint-Martin, menos desconocido que antes, escribía su *Eclair,* cuando De Maistre lanzaba sus primeras atronadoras amenazas, cuando Madama de Staël llegaba hablando del *sentimiento;* a potentes destellos de elocuencia política, Madama de Krudner no había cesado de ver en París una continua Atenas.

Una carta de febrero del 93, escrita por ella desde Léipzig a Bernardino de Saint-Pierre, nos da cuenta so-

lamente de grandes dolores personales. La muerte de su padre, algún secreto desgarro de su alma de otra naturaleza, acaso el clima de Livonia, habían, durante los últimos catorce meses, producido en esta organización nerviosa un alteramiento del que ella comenzaba a reponerse: "La fiebre que quemaba mi sangre —dice— ha desaparecido, mi cerebro funciona normalmente, y la esperanza vuelve a reinar de nuevo en mi alma agitada por amargas penas y terribles huracanes. Sí, la naturaleza me ofrece otra vez sus dulces y consoladoras distracciones. Ya no está cubierta ante mis ojos con un velo fúnebre... Al recobrar mis facultades y al recobrar mis recuerdos, mis pensamientos van volando hacia vos [1]. ¿Cuál es vuestra existencia en estos momentos de turbaciones tan universales?" Esta frase es la sola que hace alusión a los sucesos públicos. M. de Krudner ocupaba entonces en Dinamarca su puesto de embajador. Ella de acuerdo con él debía permanecer en Léipzig para la educación de su hijo.

Pero su primera mirada al renacer su moral se dirigía hacia el autor de *Pablo y Virginia* (de Virginia, que sería un día para Valeriana una hermana) y hacia París.

Volvió a esta ciudad después de varios viajes a través de Europa en 1801, en el momento de la paz y del renacimiento de la sociedad y de las letras. Estaba bastante joven y bella siempre, deliciosa de gracia; pequeña, blanca, rubia, con esos cabellos de *un rubio ceniza que no los tiene más que Valeriana,* con los ojos de un azul sombrío; una voz suave, un hablar lleno de dulzura y de música que es el encanto de las mujeres de su país, un vals embriagador, una danza admirada. Sus vestidos no los usaba nadie más que ella; su imaginación los componía y se le han escapado algunos secretos. Recordemos la danza del chal, y ese vestido de baile en el que sobre los

[1] En esta frase a Bernardino de Saint-Pierre vemos cuán exaltada era Madama de Krudner. Con un gran escritor y poeta que se hubiese prestado, habría sido de esta raza de mujer del Norte, Lili, la condesa de Bernstorf, Bettine, esas entusiastas devotas de Goethe.

cabellos de Valeriana puso una guirnalda azul de malvas. Así me la imagino yo siempre, entrando en alguna fiesta espléndida en medio del canto de Garat; todas se vuelven al ruido aéreo de sus pasos como si fuese la misma Música.

En París, cuando acababa de aparecer René, en Berlín, a donde regresó bien pronto y en donde recibía en cada correo cajas llenas de nuevos adornos, mientras que Madama de Staël publicaba en Francia *Delfina,* Madama de Krudner, reuniendo los recuerdos ya lejanos, y acaso algunas páginas escritas precedentemente, se puso a componer *Valeriana.*

Valeriana apareció en el año XII (1804) sin nombre de autor, en París [1]. Cuando Madama de Staël, en plena celebridad, y acogida en triunfo por la escuela francesa del siglo XVIII, Alemania comenzaba a evolucionar; pero Madama de Krudner, en el seno de la patria alemana, y a pesar de la literatura gloriosa de este país, tenía los ojos fijos en el nuestro. En esta lengua preferida nos enviaba una pequeña obra maestra, cuyos matices del Norte venían a enriquecer el género de las La Fayette y de las Souza. Después de Saint-Preux, después de Werther y de René, ella supo ser a la vez de su país y del nuestro, e introducir su melancólica Escandinavia en el verdadero estilo de Francia. Gustavo en su más fuerte delirio amoroso escribe en su diario: "Tengo conmigo algunos autores favoritos; tengo las odas de Klopstock, de Gray y de Racine, y aunque los leo, me hacen soñar en un más allá de la vida..." Notad que Gray, y sobre todo Racine, después de Klopstock, sirven para atemperar. En *Valeriana,* en efecto, más que en Madama de Staël, la inspiración germánica tan sentimental como pueda ser se corrige y por decirlo así se termina con un cierto gusto y por una

[1] Se encuentra en el *Mercurio* del 18 frimario año XII (10 diciembre 1803) un artículo de M. Michaud sobre *Valeriana.* Cerca de un año antes el *Mercurio* había publicado *Pensamientos.* Chateaubriand llamaba a Valeriana unas veces la hermana de René "y otras" la hija natural de René y de Delfina.

cierta forma discreta francesa. Lo que al principio tenía la intención de una oda de Klopstock acaba con los sonidos de *Berenice.*

Delfina es ciertamente un libro lleno de potencia, de pasión, de detalles elocuentes, pero el conjunto deja mucho que desear, y a medida que avanzamos en él, la impresión del lector es con frecuencia confusa y desconcertada. Por el contrario, los libros que son ejecutados según el propio pensamiento, y cuya lectura compone en nuestra imaginación como un cuadro que se termina con el último trazo, sin que el lápiz se rompa y sin que los colores se mezclen, estos libros, cualquiera que sea su dimensión, tienen un valor artístico superior, pues ellos mismos se completan. El otro día leí en una compilación de pensamientos inéditos: "La facultad poética no es otra cosa que el don y el arte de producir cada sentimiento verdadero, *en flor,* desde el lirio real y la dalia hasta la margarita". Lo que queda dicho de la poesía puede aplicarse a toda obra creada y compuesta, en la que la idea de lo bello se refleja. *Eugenio de Rothelin* es, ciertamente, un cuadro de dimensiones pequeñas, y si se quiere, de menor *alcance* que *Delfina,* pero es una obra maestra en su género. Un riachuelo, con ondas perladas, encauzado a maravilla y corriendo sobre un lecho de arena fina bajo una atmósfera transparente, tiene su valor intrínseco, y como belleza a los ojos de un pintor es superior al río más ancho, desigual, cortado y de repente cubierto de niebla. Si nos atenemos a los maestros, Juan Jacobo, queriendo recomendar por sus delicadezas la cuarta parte de su *Nueva Eloísa,* no ha desdeñado compararla con la *Princesa de Cleves* y parece visar a ésta como modelo. Tenía razón, y hoy, como encanto si no como potencia, *La Princesa de Cleves* está acaso por encima de *La Nueva Eloísa;* así *Eugenio de Rothelin, Valeriana* y *Adolfo* son obras de una calidad y de un valor mayor que su volumen. *Valeriana,* además, en el orden de los pensamientos y de

las sensaciones, no es inferior a ninguna novela de más grande composición, pues ha guardado, sin pensar en ello, la natural proporción, la verdadera unidad, y tiene como su autor un encanto del conjunto.

Valeriana tiene partes imperecederas y otras que ya pasaron de moda. En la novela ha habido talentos muy notables que no han tenido más que éxitos pasajeros, y cuyas producciones exaltadas se desvanecen a medida que el tiempo pasa. La señorita de Scudery, a pesar de su ingenio, y Madama Cottin a pesar de lo patético de la acción, pasaron. No hay una obra de ellas que se pueda leer sino por curiosidad, para saber las modas de la sensibilidad, en nuestras madres. Lo propio ocurre a Madama de Montolie: *Carolina de Lichtfield,* que tanto encanto nos produce a los quince años, no se puede leer de nuevo, y lo mismo se puede decir de *Clara de Alba.*

Valeriana, al contrario, tiene una parte duradera y siempre encantadora; es una de las lecturas que pueden tener lugar tres veces en la vida y en tres edades diferentes.

La situación de esta novela es sencilla, lo mismo que en *Werther;* un hombre joven que se enamora de la mujer de su amigo. Pero se nota aquí, a través del disfraz ideal, una extraña realidad que da al relato una vida no prestada. Werther se mataría aunque no amase a Carlota, se mataría por lo infinito, por lo absoluto, porque está en su naturaleza; pero Gustavo no muere sino por amar a Valeriana. El nacimiento de este amor, sus progresos, el aliento de todos los sentimientos puros colman nuestros deseos en la primera mitad. Las escenas variadas y las graciosas figuras expresan con fortuna esta situación de un amor violento y devorador, al lado de una amistad inocente que lo ignora. Así, cuando en Venecia, en el baile de la Villa Pisani, Gustavo, que no ha ido, al pasar cerca de un pabellón oye la música y subido sobre una maceta del jardín acecha a la ventana para verla. Cuando

asiste desde afuera a la maravillosa danza del chal de Valeriana y que al final embriagado y fuera de sí, ante Valeriana que se acerca a la ventana, pega sus labios al cristal en que toca por dentro el brazo de su amada, le parece respirar torrentes de fuego, pero ella no ha sentido nada. ¡Qué símbolo más perfecto de sus destinos, y cuántos destinos semejantes en el mundo! Un sencillo cristal entre ellos, y de un lado el fuego abrasador y de otro una afectuosa indiferencia. En el día del santo de Valeriana, el conde va a reunírsele, y Gustavo envía a un niño para felicitarlo y pedirle al conde que no la aflija en este día. Valeriana se siente conmovida, besa al niño y se lo envía de nuevo a Gustavo, quien le besa en la misma mejilla y encuentra una lágrima: "Sí, Valeriana —murmura—, tú no puedes enviarme, no puedes darme más que lágrimas[1]". Esta misma idea de separación y

[1] Este niño, inocente mensajero de un beso y de una lágrima, recuerda una poesía del minessinger alemán Hadloub, traducida por M. Marmier (*Revue de Paris*, 2 abril 1837), y este fragmento de André Chénier, sin duda de origen griego: *Yo era tan niño como ella grande y bella*, etc. Observemos los proyectos y los matices de la idea. En André Chénier, imitando algún epigrama, el solo sentimiento expresado es el de la soberbia belleza y los rivales azorados. En Hadloub lo que resalta es el dolor del amante respetuoso y tímido cuyos labios buscan las huellas adoradas. El amor caballeresco que coronaría Petrarca rompe el capullo. Mas ni el uno ni el otro tienen la idea de la lágrima de *Valeriana*. He aquí la poesía de Hadloub traducida en verso en un estilo del siglo XVI, y se puede suponer que alguna Clotilde de Surville, vecina de Ronsard y de Baiff, o aun mejor, alguna María Estuardo, la rimó:

Vite me quittant pour Elle,
Le jeune enfant qu'elle appelle
Proche son sein se plaça:
Elle prit sa tête blonde,
Serra sa bouchette ronde,
O malheur! et l'embrassa.

Et lui, comme un ami tendre,
L'enlacoit d'un air d'entendre
Ce bonheur qu'on me défend.
J'admirois avec envie
Et j'aurois donné ma vie
Pour être l'heureux enfant.

Puis, Elle aussitôt sortie,
Je pris l'enfant à partie,
Et me mis à lui poser,

de duelo, y el anillo nupcial que nota en el dedo de Valeriana cuando le toma la mano, reaparecen bajo una nueva forma en cada escena conmovedora.

El retrato de Valeriana pasa sin cesar a través de todas las situaciones, en todas posturas, sonriente, triste, inquieta y como amorosamente retratado en mil fieles espejos.

El segundo volumen ofrece algunos defectos novelescos, y me parece ver ya la invención. El final, en efecto, de estas novelas íntimas no está nunca conforme con la realidad. Son verdaderos hasta la mitad o las dos terceras partes; pero luego se continúan con la imaginación, y es preciso un extremado cuidado para que parezcan naturales. Es necesario matar al héroe, aunque realmente esté convaleciente en Baden o en Ginebra. En esta segunda parte hay un pasaje en el que Gustavo, cuando va a separarse de Valeriana, se hiere de repente al apoyar la cabeza en la ventana. Esta es una herida ilusoria y convencional, pues ningún amante por exaltado que sea no sabría herirse así. Pero después Gustavo, pasando durante la noche cerca del cuarto de Valeriana, castamente dormida, no puede resistir el deseo de mirarla una vez más, y entonces la oye murmurar en su sueño las palabras *Gustavo* y *muerte*, y eso es el sueño oficial de la novela, y el de una fábula sentimental que tiene todo el color de 1803. Afortunadamente encontramos a Gustavo en seguida en una situación real. Uno de los pasajes de la novela mejor hechos es aquel en que vemos a Valeriana en góndola, ligeramen-

---

Aux traces qu'elle avoit faites,
Mes humbles lèvres sujettes:
Même lieu, même baiser.

Mais quand j'y cherchois le bâme *(baume)*
Et le nectar de son âme;
Une larme j'y trouvai.
Voilà donc ce que m'envoie,
Ce que nous promet de joie,
Le meilleur jour achevé!

te asustada, y que ha puesto familiarmente la mano de Gustavo sobre su corazón, pero que en cuanto siente mayor terror se precipita en brazos del conde. "¡Oh! —exclama Gustavo— entonces vi cuán poco era yo y la distancia que nos separaba". Cuando Gustavo se va sólo con su herida a las montañas, cuando, durante los meses de otoño que preceden a su muerte, se embriaga perdidamente con sus ensueños y sus dolores, cuando se convierte casi en René, se compara con el almendro desterrado en medio de aquella vegetación salvaje, que ha dado flores que el viento ha dispersado. ¡Cómo vemos en esto a la frágil y tierna adolescencia echada al borde del abismo, a la naturaleza de un alma amable, mística, ossianesca, pariente de Swendenborg, amante del sacrificio, a ese hombre joven que como René sobrepasa a su edad, que no ha sabido tener ni talento, ni felicidad ni defectos, pero que el conde con una voz menos austera que el Padre Aubry para Chactas, convidaba solamente a esos dulces afectos que son las gracias de la vida y que funden juntas nuestras virtudes!... Gustavo, que en ciertos momentos de su entusiasta soledad se asemeja a Werther, e iguala casi esta voz elocuente y poética en esta especie de himno que entona: *"Me paseo por estas montañas perfumadas por el espliego..."* Gustavo se diferencia a tiempo y continúa siendo el mismo, desechando la idea de hacerse piadoso, inocente y puro hasta su extravío, siendo original en su desesperación. En una palabra, Gustavo logra verdaderamente dejar en el alma del lector, como en la de Valeriana, lo que él ambiciona más, *algunas lágrimas solamente,* uno de esos recuerdos que duran toda la vida y que honran a los que son capaces de tenerlos.

Monsieur Marmier, que ha escrito un trozo muy sentido[1] acerca de Madama de Krudner, ha observado en *Valeriana* numerosos pensamientos hondos y religiosos, que hacen presagiar a la mujer venidera bajo los velos de la pri-

[1] *Revue Germanique,* julio 1833.

mera elegancia. Quiero citar algunos párrafos que son como augurios:

"Su cuerpo delicado es una flor que el más ligero viento puede inclinar, y su alma fuerte y valerosa desafiaría a la muerte por el amor y por la virtud."

"...No —proseguí—; la belleza no es verdaderamente irresistible, sino cuando no presentamos otra cosa más pasajera que ella, cuando nos hace soñar en lo que es el encanto de la vida más allá del momento fugitivo en que somos seducidos por ella; es preciso que el alma la encuentre cuando los sentidos han gozado de su presencia demasiado."

"Tú lo sabes, amigo mío —escribe Gustavo—, yo quiero amar a los hombres, los creo en general muy estimables, y si esto no fuese así ¿no haría mucho tiempo que la sociedad estaría destruída? El orden subsiste en el universo, la virtud es, pues, más fuerte. Mas la alta sociedad, esta clase que la ambición, las grandezas y la riqueza separan del resto de la humanidad tanto, el gran mundo, me parece un erial cubierto de lanzas, en el que a cada paso tememos herirnos. La desconfianza, el egoísmo y el amor propio, estos enemigos de todo lo que es grande y bello, velan sin cesar a la entrada de este erial y dan leyes que ahogan esos impulsos generosos por los que el alma se eleva, se hace mejor y por consecuencia más dichosa. Con frecuencia he reflexionado en las causas que hacen que todos los que viven en la alta sociedad acaban por detestarse los unos a los otros, y mueren casi todos calumniando a la vida. Existen pocos malos, los que no se contienen por la conciencia se contienen por la sociedad; el honor, ese sublime resultado de la virtud, el honor guarda las entradas del corazón y rechaza a las acciones viles y bajas, como el instinto natural rechaza a las acciones atroces. Cada uno de estos hombres separadamente, ¿no tiene casi siempre algunas buenas cualidades y algunas virtudes? ¿Qué es lo que produce en esta

muchedumbre esos vicios que nos hieren sin cesar? ¡Es que la indiferencia hacia el bien es la más peligrosa de las inmoralidades!..."

Ya lo vemos: Madama de Krudner, cediendo su experiencia a Gustavo, se expresa en esta página anunciando sus predicaciones futuras. Denuncia la llaga que no solamente existe en la alta sociedad sino en el mundo entero, esta antigua plaga de Pilatos, que Dante castigaba con el *infierno de los tibios,* y que en nuestros días, tantos innovadores generosos, comenzando por ella, se han fatigado en recriminar.

El estilo de *Valeriana* tiene, como las escenas que pinta, algunos falsos colores de la moda sentimental de su tiempo. No me puede gustar que el conde envíe mármol de Carrara, *rosa* (dice) *como la juventud,* y *con vetas negras como la vida.* Pero estos defectos del gusto son raros. Así como algunas locuciones viciosas *(en imposer* por *imposer)* que un simple trazo de pluma corregiría. El estilo de este encantador libro es en su totalidad excelente, tuvo por guía un género poco severo, y tiene el ritmo, la vivacidad de giro y un perpetuo y perfecto sentido de la frase francesa.

El éxito de *Valeriana* fué prodigioso, en Francia y en Alemania, en la alta sociedad. Se encuentran en el interminable fárrago titulado *Mélanges Militaires, littéraires et sentimentaires* del príncipe de Ligne, una continuación de *Valeriana* que no es sino una broma de este hombre de talento. La encantadora princesa Sergia Galitzin no habiendo podido cenar en casa de éste porque la lectura del libro la hizo llorar, quiso salvar este obstáculo para el día siguiente, enviándole un final, en el que Gustavo resucita. Es una parodia cuyas sales muy tenues se evaporaron hace mucho tiempo. Se supo que había causado mal efecto en Alemania el que Madama de Krudner hubiese desertado de su lengua para pasarse a la nuestra, y el propio Goethe se lamentó de que un talento como el suyo se hubiese ido a Francia.

Sin embargo, el movimiento teutónico contra Francia o al menos contra el hombre que la tenía en su mano, debía ganar bien pronto a Madama de Krudner, y empujarla por grados hasta la actitud en que la vemos finalmente. Ya en *Valeriana* hay trazas de alguna oposición al Consulado, en el pasaje de las reflexiones del conde sobre los cuadros y las estatuas de los grandes maestros que es preciso ver en la propia Italia, bajo su cielo, y que sería descabellado el trasladarlos. La muerte del duque de Enghein añadió indignación a este primer prejuicio. La estancia en Berlín, la intimidad con la reina de Prusia y los acontecimientos de 1806 fueron el colmo. En este tiempo en Suecia, en medio de una sociedad brillante pero en la edad irreparable en que huye la juventud, es cuando yo creo que se operó una revolución en el espíritu de Madama de Krudner, que un rayo de la Gracia —decía ella— la tocó, y entonces volvió su vista hacia la religión, primero con matices humanos, y más tarde con el carácter de absoluto y profético. Podemos ver en el segundo tomo de las Memorias de la señorita Cochelet [1], destacándose en aquellas páginas sin relieve, una carta admirable fechada en Riga en diciembre de 1809, que denota el grado en que se encontraba entonces esta alma maravillosa. Si aún no profetizaba, predicaba ya a sus amigos con todo el celo y la obsesión de una santa ternura. Su influencia cristiana sobre la reina de Prusia, su abnegación sin límites para con este heroico y conmovedor infortunio, y los consuelos y esperanzas celestes de que la rodeó, son suficientemente atestiguados. Parece ser que ya en esta época había escrito otras obras que no han sido nunca publicadas, y cita en sus cartas a la señorita Cochelet, a una *Othilde*, en la que habría querido pintar la abnegación caballeresca de la Edad Media: "¡Oh, cómo os gustaría

[1] El periódico *Le Semeur* (octubre 1843) ha consagrado dos artículos a Madama de Krudner insistiendo naturalmente en sus aspectos religioso y místico. El respetable crítico nos reprende nuestra sonrisa. Cita las cartas a la señorita Cochelet, no solamente las de 1809 sino otras además.

esta obra! —escribe ingenuamente—; ha sido hecha con ayuda del cielo y por eso me atrevo a decir que tiene tantas bellezas". Colocándose así en la Edad Media, y en los horizontes de la cruzada teutónica y cristiana, parecía que Madama de Krudner volvía a sus orígenes naturales.

Un gran poeta, el Tasso, sujeto a la ilusión como Madama de Krudner, debió, me parece, ofrecer a su imaginación, en el cuadro que intentó, algunos tonos de la misma armonía, y me figuro que esta *Othilde* podría ser escrita y concebida en el color de Clorinda bautizada.

Madama de Krudner pasó estos años de transición recorriendo Alemania, unas veces en Baden, con ingresos nuevos en la alta sociedad, y otras visitando a los Hermanos moravios y escuchando a Carlsruhe y al iluminado Jung Stilling con quien predicaba a los pobres. Trabajaba en su propia educación, tratando de apartarse cada vez más de los pensamientos de los *hombres del torrente,* como ella decía, mas cambió menos de lo que ella creyó. Si de algunas conversaciones de algunas almas sensibles se ha podido decir *eso es amor todavía,* me parece que la frase se había hecho expresamente para ella.

Ponía en sus nuevos senderos, en su real *camino del alma,* como decía siguiendo a Platón, toda la sensibilidad y toda la imaginación afectuosa que existían primitivamente en ella. El inagotable deseo de agradar se había transformado en una necesidad de amor, o más bien, ese deseo persistía siempre.

Los sucesos de 1813 acabaron de definir la misión de que Madama de Krudner se creía encargada, y ese movimiento de regeneración de Alemania que produjo tantos guerreros, poetas nacionales y libelistas elocuentes llevó a sus filas a ella. Vedla evangélica y profetisa del Norte. Además del carácter religioso de que se revistió, lo que particulariza el papel de Madama de Krudner entre todos los entusiasmos teutónicos de entonces, es que se apoyó

en el extremo Norte, en Rusia, y como ella dice de los pueblos del Aquilón, los concilia con un amor ardiente a Francia. Su imaginación va a buscar el renacimiento de la civilización más allá de la misma antigua Germania, en lo que era la barbarie helada y que se convirtió, según ella, en el asilo de la pureza perdida. Lo que ella desea ardientemente, lo que ve en visión con contraste, es la revancha de la invasión de Atila, esta vez para bien del mundo.

El año 1814 lo pasó en París, en Suiza y en Baden, en el valle de Lichtenthal a donde afluirán siguiendo sus huellas los pobres nutridos y consolados; en Alsacia, en Estrasburgo, en donde vió la muerte trágica y cristiana del prefecto M. de Leiza-Marnesia, en los Vosgos en la aldea de Banc-de-la-Roche edificada por Oberlin. Todo lo que veía arraigaba y crecía en su imaginación. No conocía al emperador Alejandro más que indirectamente, aunque ya le llamaba el *Salvador universal,* el *Angel blanco,* oponiéndole al *Angel negro* que era Napoleón. El solo pensamiento en éste, su sombra, le daban en el instante en que hablaba el vértigo sagrado de las sacerdotisas. Predecía su salida de la isla de Elba y todos los males que se desencadenarían con él. Su idea fija era el año 15, y asignaba a esta fecha próxima la catástrofe y el renovamiento de la tierra.

El 1815 justificando en parte sus predicciones exaltó su fe y realzó su influencia política. Había visto en Suiza al Emperador Alejandro, poco antes de los Cien Días, y encontró en él una naturaleza dispuesta. Había comenzado por compararle con el otro Alejandro y con Cyrus, y rejuveneciéndole, lo ponía en parangón con Cristo. Sin duda lo creía sinceramente, pero también había un poco de maña y de insinuación aduladora. Su ascendiente al principio fué inmenso. En París, a la llegada de Alejandro fué su consejera habitual. Salía del Elíseo Borbón por una puerta del jardín para ir a casa de ella, y

allí oraban juntos invocando las luces del Espíritu Santo. Ella confesó entonces a un amigo que difícilmente podía contener su vanidad, al pensar que era tan poderosa como el más poderoso de los soberanos. En los primeros días de septiembre de aquel año tuvo lugar una gran revista de tropas rusas ante Alejandro, en las llanuras de Vertus, en Champagne. Madama de Krudner con su gente, su hija, su yerno y el joven ministro Empeytas que la dirigía, fué a alojarse en el castillo de Mesnil muy cerca de allí. Por la mañana los coches del emperador vinieron a buscarla y los honores que Luis XIV rindió a Madama de Maintenón, en el campo de Compiegne, no fueron mayores que la veneración con que el conquistador la trató. No era la nieta del mariscal de Munich su persona favorita, era la enviada del Cielo que conducía sus ejércitos. Con la cabeza al aire, o cuando más cubierta con un sombrero de paja, los cabellos rubios colgando sobre sus hombros y con un bucle en la frente, un vestido obscuro, elegante por la manera con que ella lo llevaba, tal como se la veía en esta época, llegó a esta llanura al alba, y de pie, como un Pedro el Ermitaño, apareció en la oración ante las tropas prosternadas. Escribió y publicó con motivo de esta solemnidad, un pequeño volumen titulado *Campo de Vertus,* en el que sus sentimientos y sus deseos de magnificencia están expresados mejor que nosotros podríamos hacerlo:

"¿Quién no se ha dicho asistiendo (assistant) [1] en las llanuras de Champagne y ha visto la derrota de Atila: "Otra cuerda ha sido rota?" Nunca ha existido más que un crimen, y este consiste en olvidarse de Dios... ¡Cuán satisfechos debieron de estar los inmensos deseos de vuestro corazón, feliz Alejandro, cuando en esta jornada del Cielo

[1] Esta es una incorrección de lenguaje. (Assistant en francés no tiene un sentido absoluto. El autor de *Valeriana* al convertirse en instrumento divino y profetisa cuidaba menos de la corrección en su estilo. San Paulino después de su conversión se permitió o se impuso toda clase de incorrecciones en sus versos.

habéis visto en estas llanuras, donde hace seiscientos años cien mil franceses, en presencia de un rey de Navarra, vieron el suplicio de ciento ochenta herejes a la luz incierta de las antorchas fúnebres, ciento cincuenta mil rusos pedir perdón a la religión del amor! ¡Ah! ¿Quién después de haber presenciado esta jornada del cielo, no comulga con nosotros en las mismas esperanzas? ¿Quién no ha pensado, viendo a Alejandro bajo esos grandes estandartes, en todas las victorias de la fe y en todas las lecciones de la caridad? ¿Quién se ha atrevido a dudar de que hay en esto altas inspiraciones, y quién no ha dicho con el apóstol: "Las cosas viejas pasaron; he aquí que todas las cosas son nuevas"?

"¿Y quién no ha sentido la necesidad de algo nuevo en medio de tantas miradas? Los hombres colocados en lo más alto de la escala por las grandes luces han visto esta época a la claridad que proyectaba sobre ella la majestad de las Escrituras... La naturaleza lo ha confiado a sus observadores; las ciencias la adivinaban, la política, cubierta de vergüenza, la presentía en sus caídas...

"Sí, todos, ya sea gozando de este gran secreto todavía velado como Isis, ya sea temiendo que el velo de los tiempos no se rasgase, todos tienen la esperanza o el terror de esta época...

"¡Qué corazón, viendo todo esto, no ha latido por ti! ¡Oh, Francia, antes tan grande, y que saldrás más grande todavía después de los desastres! ¡Francia, que has querido desterrar de tus consejos al Todopoderoso, y que has visto los brazos de carne, aunque apoyados en imperios, caer de espanto y ser impotentes!

"¡Decid a los pueblos asombrados que los franceses sufrieron el castigo para su gloria misma; decid a los hombres sin porvenir que el polvo que se levanta cae para ser devuelto a la tierra de los sepulcros!

"¡Y tú, Francia primera, antigua heredera de las Galias, hija de San Luis y de tantos santos que le valieron

bendiciones eternas, y patria de la caballerosidad, cuyos sueños han encantado al universo, vuelve en ti, pues estás viva de inmortalidad! Tú no estás cautiva en los lazos de la muerte, como todo lo que no ha tenido más que el dominio del mal para reinar o para servir."

Acabó enseñando la Cruz, dejada en estos lugares como un altar magnífico que diría: "Aquí fué adorado Jesucristo por el héroe y el ejército querido de su corazón. Aquí los pueblos del Aquilón pidieron la felicidad de Francia".

Estas páginas expresan claramente en qué sentido Madama de Krudner concebía y aconsejaba la *santa alianza;* pero lo que era su sueño, lo que fué un momento el de Alejandro, se desconcertó pronto y se desvaneció en presencia de los intereses contrarios y de las ambiciones positivas. La especie de triunfo de Madama de Krudner en el campo de Vertus fué la cima luminosa de su influencia. Se asustaron seriamente, y trataron de alejarla del emperador y hacer de manera que la viese menos. Cuando Alejandro abandonó Francia, Madama de Krudner declinó ante él, y la veneración piadosa que antes sintiera por ella, se torró en aversión y casi en persecución.

Los que creen seriamente en la intervención de la Providencia en las cosas de este mundo no deben juzgar con sonrisas la tentativa de Madama de Krudner. Es cierto que 1815 fué un momento decisivo, y a los espíritus religiosos debe parecer natural que produjese su testigo místico y su profeta. Madama de Krudner se equivocó menos sobre la importancia de los sucesos de 1815 que sobre las consecuencias que auguraba. En estos momentos de sacudidas universales ocurre, me imagino yo, que el ideal que está detrás de este mundo terrestre se revela, aparece a los ojos de algunos y se cree que intervendrá. Mas la abertura se cierra en seguida y el ojo que le ha visto un instante, cegado por su luz, sigue creyendo en sus rayos misteriosos. La desgracia de ciertas

almas, la equivocación de Madama de Krudner no está acaso más que en haber concebido lo bello en las cosas humanas, en un cierto momento decisivo y terrible, en el que en efecto bastase un grande hombre para realizar el ideal. Pero el hombre no vino, y el que concibió su extraordinario papel no es más que un visionario. Nosotros mismos, cuando soñamos, nos decimos todos los días: "¡Qué habría sido en 1830, con un buen gobierno, con un gran corazón!" Si el noble, el interesante, pero demasiado frágil Alejandro hubiera sido un Carlomagno verdadero, un monarca a la altura de su fortuna, Madama de Krudner estaría justificada; mas ¿habría sido entonces necesaria? Su más grande ilusión fué creer que tales pensamientos se aconsejan y se inspiran a los cerebros en los cuales no germinan.

Después de todo, bajo una forma particular, en su lenguaje bíblico y vago, pero con un sentimiento original y nuevo, Madama de Krudner no ha hecho otra cosa sino entrever en el seno del huracán político, esta llaga de la falta de fe, de la indiferencia y de la miseria moderna que con más o menos autoridad, genio, ilusión y ventura, han sondeado, suavizado, deplorado y atormentado todos los sentidos diversos que tienden al mismo fin de la regeneración social: Saint Martin, de Maistre, Saint-Simón, Ballanche, Fourier y Lamennais.

Fuera de la política, la influencia de Madama de Krudner en 1815 en París, su acción puramente religiosa fué muy pasajera, pero muy viva y vehemente, aun en aquellos en los que no duraba mucho. Todos los que se le acercaban sentían el encanto de su palabra y respiraban el perfume de su alma generosa. Citaríamos numerosísimos ejemplos. Madama de Lezai-Marnesia, una mujer joven y encantadora que había visto perecer tan espantosamente a su marido en Estrasburgo, en su pena se había acogido a Madama de Krudner, y compartía cada noche el mismo cilicio, esperando por ella encontrar algu-

na comunicación con el que había perdido, y que ya se revelaba a su santa amiga. En aquel castillo cerca del campo de Vertus, todos los que rodeaban a Madama de Krudner predicaban más o menos siguiendo su ejemplo; su hija y su yerno predicaban a la familia del viejo gentilhombre que los alojaba, y hasta la joven doncella predicaba al viejo criado del castillo. Algunas palabras cambiadas en el encontrarse no importaba con qué motivo ni en qué lugar, se convertían en seguida en predicaciones. El respeto y la admiración que ella inspiraba, corregían el efecto que producían los sermones de los que la rodeaban. Muchos burlones de París que iban a oírla a su gran salón del Faubourg Saint-Honoré, abierto a todos, volvían si no convencidos al menos encantados de su persona. Cualquiera de su conocimiento familiar que se jactaba de haber sido fuerte, en cuanto no estaba en presencia de ella comenzaba a predicar siguiendo su ejemplo. Tenía una elocuencia admirable sobre todo cuando hablaba de las miserias humanas de los grandes: "¡Oh, cuánto he habitado en esos palacios! —decía a una muchacha digna de escucharla—, ¡oh, si supiéseis cuántas miserias y cuántas angustias se recelan! Nunca veo una de éstas sin sentir el corazón oprimido". Pero cuando el efecto de sus palabras era soberano era cuando hablaba de los pobres y de sus miserias. Una vez en París, solicitada por la amistad de un hombre de bien, M. Degerando, penetró con la autorización del Prefecto en la prisión de San Lázaro, y allí se encontró en presencia de la porción verdaderamente más enferma de la sociedad. Comenzó a hablar ante aquellas mujeres asombradas y pronto conmovidas presentándoles las llagas de los poderosos. Llamó a su corazón, se confesó también gran pecadora, y habló de ese Dios que, como ella decía con frecuencia, *la había recogido de entre las delicias del mundo.* Esto duró varias horas; el efecto fué instantáneo, creciente, y no se oyeron más que sollozos y palabras de reconocimiento. Cuando

salió, las puertas y los corredores estaban llenos de gente ansiosa de verla pasar. Le hicieron prometer que volvería y que haría el envío de buenos libros. Pero otras emociones sobrevinieron; no volvió más, y en esta falta de consecuencia se veía la falta de disciplina, de orden fijo y de doctrina definida que existían en Madama de Krudner.

Cuántas veces, cuando se le cercaba con preguntas acerca de esta doctrina, cuando se la interrogaba acerca de la fuente de sus testimonios, y cuando se le decía sobre sus místicas ideas: ¿Quién sois vos? ¿De dónde venís?, se contentaba con hacer un gesto indicando a Empeytas, quien contestaba: "Yo os explicaré todo eso", y el viento de la inspiración cambiaba, y la explicación no era nunca más concreta.

Esta vacilación existía en todos los resultados y en todas las acciones de su vida. Acaso hubiese salvado a Labedoyère si hubiese obedecido a un solo pensamiento; pero las sugestiones diversas se sucedían, la inspiración variaba a gusto de la última persona que veía, y una de las personas hostiles a Labedoyère había tenido gran cuidado en no abandonarla sino pocos instantes antes de que llegase el emperador Alejandro, el cual encontró la inspiración clemente combatida y enfriada.

Su sensibilidad y su imaginación, no contenidas, emprendían una loca carrera. Sus ilusiones sobre las cosas eran extremas y las tuvo fácilmente en todo tiempo. Un día, en 1815, a un amigo que la venía a ver en la hora de su oración, le decía: "Grandes obras se realizan; todo París joven..." Y este amigo que salía del Palacio Real, en donde había visto comer a todo el mundo, no pudo desengañarla como habría querido. Este es un rasgo muy de ella que, mujer mundana, se había figurado de buen grado que *Gustavo* o algún otro había muerto de amor por ella [1].

[1] "¿Cómo? —replicaba alguno ante quien ella decía que había muerto—. ¿Muerto? ¡Si está en Ginebra!" — "¡Oh! querido amigo —exclamaba ella—, no está muerto pero no está mejor por esto".

Nos complacemos en averiguar, en esta época de 1815, cuáles fueron las relaciones de Madama de Krudner con algunas personas célebres, cuyas almas debían de tener más de un punto de contacto con la suya. Madama de Staël admiraba a la autora de *Valeriana,* pero era un espíritu político e histórico demasiado pronunciado para admitir su exaltación profética y más bien sonreía. Benjamín Constant no sonreía. En 1815 vió mucho a Madama de Krudner, y en ella encontró muchos consuelos en sus crisis y alimentos para su alma; sabemos cuáles fueron las vicisitudes políticas del ilustre publicista, y sus sentimientos religiosos no menos agitados, en este último extremo de su juventud, volvían a exacerbarse en él y libraban un último combate. Otras alteraciones secretas se unieron formando el último huracán. Cerca de Madama de Krudner iba durante estas horas en busca de algún reposo y a compartir algunas oraciones. Adolfo siempre el mismo cerca de Valeriana renegada. Una benevolencia preciosa nos permite reproducir algunas líneas que pintan esta situación interior: "Ayer he visto a Madama de Krudner —escribía Benjamín Constant[1]—, a solas durante varias horas. Su presencia causó en mí un efecto que nunca había sentido, el cual ha sido aumentado esta mañana. Me ha enviado un manuscrito rogándome que os lo enviara a vos sola. Querría leerlo con vos; me ha consolado aunque no contiene cosas nuevas. Lo que el corazón siente como ducha o como necesidad no es nunca nuevo pero ha arraigado en mi alma. Hay verdades que son triviales, pero que repentinamente me han conmovido. Cuando he leído estas palabras que no tienen nada de extraordinario: *Cuántas veces envidiaba a los que trabajan con sudor en la frente, que añadían una labor a otra y al final de todos los días se acostaban sin saber que todo hombre tiene una mina interior que debe explotar.*

[1] Se dirigía a Madama de Récamier.

Mil veces me he dicho: Sé como los otros; me he echado a llorar. El recuerdo de la vida tan dispendiada, tan tormentosa, que yo he llevado contra toda clase de escollos, con rabia, se apodera de mí de una manera que yo no sabría expresar".

¡Contradicción punzante y patética! Al mismo tiempo que cerca de una persona admirada y amada se quejaba de cierto rigor habitual que quiso suavizar, se hacía órgano de cierta santidad mística que quería sugerir. El escribía: "Yo me digo que es preciso que yo sea así para atraeros a una esfera de ideas en la que yo mismo no tengo la dicha de estar; mas la lámpara no ve su propia luz y la extiende en torno de ella... He pasado todo el día solo y no he salido sino para ir a ver a Madama de Krudner. ¡Mujer excelente! No sólo sabe todo, pero ve que una pena terrible me consume. Me ha tenido a su lado tres horas para consolarme, aconsejándome que rezase por lo que me hacían sufrir, y que ofreciese mis sufrimientos en expiación por ellos si tenía necesidad". Y más lejos: "Yo soy una lira que el huracán destroza, pero que al romperse esparce la armonía que vos debéis escuchar... Yo estoy destinado a alumbraros consumiéndome... Yo querría creer e intento rezar..." Por desgracia para Benjamín Constant, estos anhelos que revivían cerca de Madama de Krudner, y que llegaban hasta la exaltación cuando rezaba el *Padre Nuestro* con ella, no se sostenían en su intensidad, y pronto tornaba a la ironía, al cansancio que le producía todo, de lo que no le sacaban más que los asaltos de sus nobles pasiones de ciudadano [1].

A su salida de Francia después de 1815, Madama de Krudner atravesó sucesivamente diversos Estados de Alemania, conmoviendo con su voz a los pueblos y en seguida expulsada por los gobiernos. M. Bonald la hizo objeto de sus

[1] Al hablar de la relación de Madama de Krudner con hombres ilustres, digamos que conoció a M. de Chateaubriand cuando *Atala* (1801). Las ilustres *Memorias* darán cuenta de una carta que ella le dirigió a Roma en ocasión de la muerte de Madama de Beaumont.

rechiflas por esto en *Le Journal des Débats* del 28 de marzo de 1817 y una pluma amiga, que no puede ser otra que la de Benjamín Constant la defendió en el *Journal de Paris* del 30, y recordó al patricio ofensor los miramientos que al menos debía a la nieta del mariscal de Munich. Bien pronto, al alejarse sus ecos de Suiza y del valle del Rin, los acentos de Madama de Krudner se perdieron. La perdemos también de vista en este relato, pues lo que podríamos añadir no resultaría sino una variante monótona de todo lo que ha precedido. Publicó algunos pequeños trabajos en alemán, de los cuales se pueden ver los extractos en la Noticia de M. Marmier. Algunos profesores de universidad imprimieron con todos sus detalles conversaciones sostenidas con ella. En toda esta última parte de su apostolado no me parece diferir de los numerosos sectarios que surgen cada día en Inglaterra y en los Estados Unidos de América, pues desapareció la originalidad de sus acciones. Habiendo obtenido el permiso para ir a San Petersburgo, fué expulsada por haberse declarado en favor de los griegos, y murió en Crimea en donde intentaba fundar una especie de establecimiento penitenciario. ¡Honor y bendiciones a la que supo vivir hasta el final y bajo el escándalo de su celo, como un infatigable mártir de la caridad!

Pero Francia, para no ser ingrata, es la que debe guardar el recuerdo de una persona que desde muy temprano volvió los ojos hacia ella, que embelleció su sociedad, adoptó su lengua y honró su literatura, que la amó siempre como María Estuardo la amó, y que traicionando su embriaguez mística, no soñó sino con el deseo de ser una Juana de Arco de la paz, de la unión y de la misericordia [1].

1º JULIO 1837.

[1] En un tono diferente del nuestro pero sin malevolencia y con pleno conocimiento de causa, un primo de Madama de Krudner, el conde de Allonville, le ha consagrado un capítulo en el tomo VI, pág. 292, *Memorias secretas.*

MADAMA DE CHARRIÈRE

¿Es crítica lo que hago al esbozar estos retratos? Hay muchas personas que lo creen así, y que me compadecen por mi absorción o disipación. Otros, partidarios de la crítica, me aconsejarían que fuese más enérgico dudando de mi rigorismo. Para mí, en efecto, ¿es preciso confesarlo?, este cuadro en el que la crítica no interviene con frecuencia sino en un lugar muy secundario, no es más que la forma particular y acomodada para expresar mis propios sentimientos acerca del mundo y de la vida, y para exhalar disfrazadamente cierta poesía oculta. Es un medio, algunas veces, para continuar la elegía interrumpida. Si reúno según mi ideal un buen número de estos artículos medianamente severos y algunos de estos retratos parecerá algo como una ojeada a los rincones de Alcibíades, encontrados y trazados aquí y allá, pero que no deberán formar parte del mapa del Atica. Este mapa es la historia general de la literatura que esperamos escriba bien pronto nuestro amigo Ampère o algún otro semejante. Al escoger con predilección algunos nombres poco conocidos o ya olvidados, y fuera del camino tantas veces recorrido, obedezco a ese placer del corazón y de la fantasía que hace producir a los demás, más afortunados en imaginación, cuentos o novelas. Solamente mis personajes

no fueron creados aun cuando parezcan extraños. Son verdaderos, han existido, y así me cuesta menos trabajo que el inventarlos y describirlos. Resulta de este primer cuidado, y de este primer misterio de mi estudio con ellos, que los amo, que un reflejo mío llega hasta ellos, un matiz que da al conjunto de sus figuras una cierta emoción. Este interés que en mí se despierta, es el mismo que con frecuencia existe en las novelas de un solo personaje. He aquí uno todavía, hacia el que el azar me guió y con el que deseo unirme estrechamente después de nuestro conocimiento.

Horacio se complace en colocar a Venus cerca de los lagos de Albania en mármol blanco bajo las ramas del naranjo o del limonero: *sub, trabe citrea*. Muchos libros pequeños nacidos de Venus y queridos de sus gracias se ocultan perfumados en sus mesitas de palo santo. Para quien, hace veinte años, echó una mirada curiosa, y ha paseado su mano distraída sobre algunos de estos volúmenes preferidos, nada le es más conocido que *Calixta*, o *Cartas escritas desde Lausana;* nada le es menos que el autor. De él es de quien yo quiero hablar.

A juzgar por la obra se creería que el autor nació en Lausana o al menos en la Suiza francesa. Madama de Charrière vivía allí, pero no nació. Su nombre es uno más a añadir a esta lista de ilustres extranjeros que han cultivado y honrado el ingenio francés, la literatura francesa del siglo XVIII, en la que figuran el príncipe de Ligne y Madama de Krudner. Era holandesa y es preciso atreverse a decir todos sus nombres.

La señorita I. A. E. van Tuyll van Serookerken van Zuylen, era hija de nobles barones que tenían un tan largo nombre. La llamaban *Belle,* abreviatura de Isabelle o de Arabelle. Tengo a la vista numerosas cartas de ella a su madre desde 1760 a 1767. En estas fechas aún no se había casado y tendría veinte años próximamente en 1760. Pasó su vida en la alta sociedad holandesa, los veranos en el

campo de Voorn, en Heer, y en Arnhem, y escribió a su madre siempre en francés. Leyó con avidez a nuestros autores, a Madama de Sévigné, la *Mariana* de Marivaux y hasta *La Escocesa*, de Voltaire, exquisitos frutos de aquel tiempo. *El Mundo moral* de Prevost, le califica de una especie de novela original y muy bien escrita pero sin desenlace, y dice que es también más que una intriga una serie de reflexiones sobre diversas historias que no se relacionan entre sí, teniendo algo de risueño y de trágico, de delicadeza y de solidez. "Me ha costado trabajo —dice— al salir de estas lecturas ocuparme, como quería, de Pascal y de Dubois". Sin embargo volvió a leerlos y aun a otros más serios en esta patria adoptiva —como ella dice— de Descartes y de Bayle.

Sus tías y sus abuelos en sus cartas advierten, que es preciso contestarles en *holandés*. "Me he apresurado a hacerlo —dice—, y lo mejor que pude: las *h, w, gb* no faltan, así como tampoco las *th*". Se burla, como Boileau lo hacía del Wahal o del Leck y de los generales del país con nombres tudescos:

Wurts... Ay, qué nombre, gran rey...

Pinta con soltura y naturalidad a la sociedad holandesa de *entonces* como habría hecho una francesa salida de París que hubiese anotado en un diario las ridiculeces y las torpezas [1]: "Ayer gozamos de las bromas de un joven Amsterdamés". Y a las señoritas nobles casaderas, olvidando que ella lo es y que tendrá poco dote las hace objeto de sus alegrías:

"Te ruego que hagas mis cumplimientos a esa *freule*. ¿No creerá como Madama Ruisch que, durante un tiempo tan lluvioso y que no sabemos qué hacer, le haría falta para divertirse casarse un poco?"

[1] *De entonces*, y quiero hacer constar que yo no me hago eco de lo dicho por Madama de Charrière, sino en lo que se refiere al pasado. La sociedad holandesa de hoy me aseguran que es encantadora.

"Lo que me dices del poder del dote y de la inutilidad de la apariencia, me hace sonreír, como si yo no tuviese interés y como si no tuviese nada de común, con esas señoritas que pierden sus trabajos y su tiempo, sin atraer más que estériles dulzuras. ¡Ay! déjame este placer, esta ligera esperanza como consuelo. ¿Quién sabe? Hay amantes menos positivos."

"¡Ay, mi querida madre, no pienses más! Mira más bien a mi prima *(que se casaba)* con su aspecto, su vestido y sus pensamientos, pues te pediré cuentas de todo ello. Me parece que un paquete voluminoso de títulos no me haría envidiar este día, pues me parece que es preciso otra cosa para compensar lo que un compromiso eterno tiene de terrible. Deseo que mi prima sienta esa otra cosa o que no sienta el terror. Querría que estuviese siempre alegre y que no llorase más que un poco; pero llorará, pues según dicen, esto está en el orden de las cosas establecidas."

Esto no es nada pero ya tiene el tono. ¡Qué neto y qué bien dicho! De pensamiento firme tanto como de agilidad, reflexiona acerca de los sentimientos humanos y ve las cosas por el lado positivo. Tiene talento y moraliza: "Nosotras estamos (su tía y ella) maravillosamente hasta ahora; juntas hacemos descubrimientos acerca del carácter de los hombres; por ejemplo, hemos descubierto que en este mundo hay mucha vanidad y que casi todo el mundo la tiene. Juzga por esto la sutileza y la novedad de nuestras observaciones". Ya se ve en el tono; es una señorita de Launay extraviada hacia Harlem. Cuando se burla del *Landdag* extraordinario en Nimègue, *en donde se delibera acerca de algunos barcos de heno* y que ocupan *a todas las bestias de la provincia,* nos recuerda a Madama de Sévigné en los Estados de Bretaña. Hay caricaturas trazadas con una sola frase:

"En el almuerzo, M. de Casembrood (el capellán) lee generalmente la Biblia, en camisa de dormir y con su

gorro de lana; pero con botas y pantalones de cuero, con lo que resulta una figura muy risible y encantadora. Su mujer parece mirarle como a un nuevo Adonis. Siempre tiene buen humor, servicial, bastante cómodo y siempre se muestra muy atareado. Ayer nos complació con la visita del barón van H..., gentilhombre muy noble y no menos alegre. El lenguaje y sus vestidos, todo, invitaba a la risa. Yo preguntaba: ¿Qué es el nacimiento? Y después de sus discursos, me respondía yo misma: Es el derecho a cazar."

Me parece que ya comenzamos a conocerla; he aquí a su talento que se dibuja, pero su corazón... Lo sujetó a la razón tanto como pudo, y sintiéndole impetuoso trabajó por contenerle. Era medianamente bonita, apenas tenía dote (pues los hijos gozan de toda la fortuna), era muy noble y no podía descender. Comprendió su suerte, y se resignó con un alto desdén oculto bajo la alegría. Madama de Charrière era un alma llena de fortaleza. Poco antes de morir, en 1804, escribía a su amigo particular acerca de una visita importuna e indiscreta que había tenido:

"Si creéis que M. y Madama R... podrían reemplazaros estáis en un error. Monsieur me ha hecho algunas pesadas preguntas en tanto que M. de Charrière dormía. Después de haberle escuchado con una especie de sorpresa le contesté: "Todo lo que puedo responderos es que Monsieur de Charrière se pasea mucho en el jardín, lee durante una parte del día y juega todas las noches..." Cuando yo era joven he repetido mil veces subiendo al castillo de Zuylen:

El espíritu sabio y fuerte,
En el tremendo fastidio,
Desdeña que cualquier otro
Su triste suerte lamente.

No he olvidado mi lección para entretener a Madama R... con mis cosas. Apenas puedo decidirme a hablar a un mé-

dico de mis males, y cuando yo hablo a alguien de mi tristeza, es preciso que me vea forzada por un exceso de impaciencia que yo podría llamar desesperación. No me exhibo de buen grado sino para las distraciones que aun puedo proporcionarme."

Tal como era estoicamente en vísperas de su muerte, trataba de serlo desde la edad de quince años. Al salir de la infancia, hacia 1756, escribía sus reflexiones entristecidas y bien maduras a uno de sus hermanos muertos poco después.

"... Se alaban con frecuencia las ventajas de la amistad, pero algunas veces pienso si son más grandes que los inconvenientes. Cuando se tienen amigos, los unos mueren y los otros sufren, y los hay imprudentes y los hay infieles. Sus males y sus defectos nos afligen tanto como los nuestros propios. Su pérdida nos desola, su infidelidad nos hace daño, y la dicha no es nunca como la desgracia. La buena salud de un amigo no nos alegra tanto como su enfermedad nos inquieta. Su fortuna crece insensiblemente, pero puede decrecer repentinamente y su vida está pendiente de un hilo. Un error, un olvido, un malhumor pueden cambiar sus sentimientos con respecto a nosotros, y ¡cuán dolorosos pueden ser los menores reproches que podamos hacernos por esta causa! ¿No valdría más hacer todo por deber, por razón, por caridad y nada por un sentimiento? Veo a un hombre enfermo, le consuelo cuanto me es posible, y si muere me conmueve un poco.

"Veo a otro hombre que comete faltas: le reprendo y le doy los consejos conformes a mi razón, y si no los sigue, ¡peor para él! Creo que sería mejor amar a todo el mundo como al prójimo y no tener ningún afecto particular, pero dudo mucho de que esto fuese posible. Dios ha puesto en nuestro corazón un anhelo de amistad que creo sería muy difícil vencer. Una bondad general no sería acaso bastante para hacernos cuidar de todos los que nos rodean,

ni siquiera cuando son desgraciados para excitar nuestra compasión. Piensa, querido hermano, y dime si encuentras tanta alegría en *desahogar* nuestro corazón en el pecho de un amigo y descubrirle nuestros defectos y nuestras alarmas para recibir sus consejos y sus consuelos, como amargura sentimos por la muerte de un amigo y por sus sufrimientos..."

Y en postdata añadía después de la muerte de su hermano: "Me ha hecho sentir la amargura de la primera pena".

La señorita Zuylen leía y hablaba el inglés y conocía su literatura. Hizo un viaje a Inglaterra en el otoño de 1766 y permaneció allí hasta la primavera de 1767, conociendo a la alta sociedad, a todas las embajadoras y a la *nobility*. Su campo de observación varió. El siglo XVIII de esta sociedad inglesa se dibuja maravillosamente en sus cartas, como se reflejará después en las novelas:

"Te asombrarías viendo a estas bellezas sin ninguna gracia, talles esbeltos que no hacen una reverencia soportable, algunas damas virtuosas que tienen el aspecto de modistillas, mucha magnificencia con poco gusto. Este es un extraño país. Se contaban ayer en nuestra vecindad seis mujeres separadas de sus maridos, y esta noche he cenado con la séptima. La mujer de mejor aspecto que he visto, la más educada y la mejor en costumbres ha dado un número infinito de padres a sus hijos, tiene una hija que se parece a milord... y que es muy bella. Ella no cesa de hacer observar esta semejanza, y me ha hablado de lo mismo las dos veces que la he visto."

Tenía lugar entonces, en Inglaterra, el renacimiento gótico al estilo del *Castillo de Otranto*, que luego se perfeccionó, pero que no ha cesado:

"Marzo, 1767. — Nada me había asombrado en Londres, pero he visto varios campos durante quince días que me han encantado. En los comienzos del mes de marzo, esto me parece cien veces más agradable que todo lo que

yo he admirado en otras partes, aun en la más bella estación. Pero, ¿admirarías tú, ruinas recién construídas? Esto está bien imitado con sus agujeros, el color y sus piedras separadas, con yedra verdadera que cubre la mitad del viejo edificio, y es engañarse a sí mismo sin poder engañarse. Sabemos que todo eso es nuevo, y aun admirando la fantasía y la imitación, no puedo decir que me guste este arte... Yo no haría construir ruinas en mi jardín temiendo que se burlasen de mí. Y estas ruinas están muy en moda. Se escoge el siglo y el país como se quiere; los unos son góticos, los otros griegos, y los otros romanos. Mi madre a quien tanto gustan los viejos edificios se complace viendo la Iglesia de Windsor con las banderas de los caballeros y sus armaduras completas. Yo he hecho una gran reverencia a la armadura del Príncipe Negro."

Su carácter natural, como su aguda observación, quedan pues bien establecidos.

A la vuelta de este viaje, la señorita de Zuylen, enamorada según parece de M. de Charrière, gentilhombre vaudés, preceptor de su hermano (el país de Vaud era como el seminario de preceptores y de institutrices), se decidió a casarse con él y seguirle a la Suiza francesa. Su vocación literaria encontró entonces ocasión para nacer. En esta patria de Saint-Preux, próxima a Voltaire, pensó en realizar sus ideales. Allí debió de conocer a Madama Necker, y seguramente a Madama de Staël. Fué la primera *madrine* de Benjamín Constant.

Y aún no hemos hablado de esto: ¿vino a París? [1] El conde Javier de Maistre, ese encantador y fino ático llega, por la primera vez en su vida, a la edad de setenta y seis años. Poco importa, pues, que Madama de Charrière no viniese nunca.

[1] Vino. Más de una pregunta que pudiéramos hacer encuentra la respuesta en el artículo *Benjamín Constant y Madama de Charrière* (Derniers portraits).

Habitaba de ordinario en Colombier, a una legua de Neuchatel, y observó las costumbres del país como una persona extraña a él, y con el perfecto conocimiento de quien en él vive. De ahí su primera novela. *Las cartas neuchatelesas* aparecieron en 1784. Gran tormenta a orillas del lago y sobre todo en los pequeños estanques cercanos. Ella misma ha contado en una carta algunos detalles muy interesantes.

"La pena y el deseo de distraerme me hicieron escribir las *Cartas neuchatelesas*. Acababa de ver en Sara Burgerhart [1] que pintando los lugares y las costumbres que se conocen bien, se da a los personajes ficticios una realidad preciosa. El título de mi pequeño libro despertó gran miedo, pues creyeron encontrar en él retratos y anécdotas. Cuando vieron que no era eso dijeron que no encontraban nada interesante. Pero sin pintar a nadie pinto a todo el mundo sin casi pretenderlo yo. Cuando se pinta con fantasía, pero con verdad, un rebaño de corderos, cada cordero encuentra su retrato, o, al menos, el retrato de su vecino. Esto ocurrió en Neuchatel y se enfadaron. Yo querría poder enviaros el artículo que hizo de mis *Cartas* M. el ministro Chaillet en su periódico, porque es muy bonito y alabatorio. Me escribieron una molesta carta anónima en la que me decían muchas tonterías. La señorita *** dijo que todo el mundo podía hacer un libro parecido: «Inténtelo», le dijo su hermano. Se pensó que yo había querido pintar a mis parientes; pero no se parecen éstos en nada a mis personajes, y si lo hicieron fué para despistar. Los ginebrinos me juzgaron con más talento que nadie. Una mujer muy ingeniosa y muy ginebrina dijo a otra: «Dicen que es muy tonto, pero a mí me divierte». Esta frase me agradó en extremo."

Como se comprende, el enfado de los burgueses susceptibles ayudó al éxito que la sencillez del libro no habría obtenido. En el mismo año se hizo una segunda edi-

[1] Novela holandesa.

ción de las *Cartas*. Continuaban tan quisquillosos, que los versos graciosos y aduladores que el autor puso como prefacio (Madama de Charrière hacía versos muy agradables) fueron mal interpretados y tomados por una ironía más. "¿Está tan claro —decía un hombre de talento de aquel país—, que no pueden decirnos un cumplido que no sea una burla?"

Para nosotros, desinteresados, las *Cartas Neuchatelesas*, son sencillamente una pequeña perla en este género de literatura en el que hemos tenido a *Mademoiselle de Liron;* en el que Genoveva de *Andris* es la misma poesía y en el que *Manón Lescaut* es la obra maestra. A falta de pasión propiamente dicha, un fondo discreto y suavemente patético se une a la chanza realista y al tono ingenuo de los personajes y de la vida familiar de la ciudad pequeña, sorprendida. Algo del de talle holandés, pero sin la aplicación ni la minucia, y con la rapidez bien francesa. Como no exagero nada no temo citar mucho. — La primera carta es de Juliana C... a su tía. Juliana, pobre obrera modista, en su dialecto ingenuo, cuenta cómo le ha ocurrido anteayer una gran aventura. Todo el día habían trabajado en un vestido de la señorita Le Prise, una bella señorita de la ciudad, y cuando estuvo acabado sus maestras enviaron a Juliana para que fuese a llevarlo. Pero bajando el Nerbourg, la pobre muchacha deja caer el vestido en el suelo cubierto de barro, pues había llovido. ¿Cómo atreverse a llevarlo en tal estado? ¿Cómo volver a casa de sus maestras tan severas? Permaneció inmóvil y llorando. Pero un señor joven estaba allí, vió el desconsuelo de la muchacha, y sin preocuparse de los burlones, le ayudó a recoger el vestido, le ofreció acompañarla a casa de sus maestras, la disculpó ante ellas y al despedirse le entregó una moneda de plata. En todo esto, notadlo bien, había bondad y una especie de valor, pues la muchachita, aunque bonita, estaba tan mal vestida, que un elegante un po-

co vanidoso no habría querido ser visto en la calle con ella.

Este buen caballero, que ocupa el cerebro de la pobre muchacha, es un extranjero, Enrique Meyer, hijo de un honrado comerciante de Estrasburgo, sobrino de un rico comerciante de Francfort y llegado hacía poco a Neuchatel para aprender el comercio; era un aprendiz de mostrador y nada más. Pero tiene talento, buenos sentimientos, bastante instrucción y es bien nacido. Sus cartas, que siguen a las de Juliana, y que dirige a su amigo de la niñez Godefroy Dorville, de Hamburgo, nos demuestran su natural distinción y nos hacen quererle. Comienza juzgando severamente a Neuchatel y a sus habitantes. Mas ¿por qué es preciso que caiga en la ciudad en plena vendimia, en las calles sucias y llenas de obstáculos? Nadie se ocupa de grandes ni de pequeños, y cada cual piensa en su vino:

"¡Es una cosa terrible este vino! Durante seis semanas no he visto a dos personas juntas que no hablasen de la *venta* [1], y sería muy largo explicarte, y llegarías a aburrirte como me he aburrido yo. Baste decirte que la mitad del país encuentra muy alto lo que la otra mitad encuentra muy bajo, según el interés que cada uno puede tener, y hoy se discute la cosa de nuevo aunque hace tres semanas que está decidida. Yo, si hago un oficio, al ganar dinero, trataré de no hablar a nadie del vivo deseo que tengo de lograrlo, pues esa conversación es repugnante."

Enrique Meyer, siendo buen dependiente en el mostrador, tiene el corazón liberal, gustos nobles; ha tomado un profesor de violín, no quiere renunciar a los frutos de su buena educación y se preocupa de hablar el latín. En una ocasión cita el *Hurón* o *El Ingenuo,* y sin embargo, no lo es él mismo. Pero esto no tiene nada de extraño. He aquí una de las páginas burlonas, que los neuchateleses de *entonces* (así como de Holanda yo no hablo más que

[1] *La venta* es el precio fijo anual del vino establecido por el Gobierno.

del tiempo pasado) no perdonaban a Madama de Charrière:

"Una cosa me ha llamado la atención aquí. Mi zapatero, mi peluquero, un muchachito que me hace los recados y un rico comerciante tienen todos el mismo nombre. Es también el de dos sastres que por casualidad he conocido, un oficial muy elegante que vive enfrente de mi jefe y un ministro a quien he oído predicar esta mañana. Ayer encontré una dama muy bien vestida, le pregunté su nombre y era el mismo. Hay otro nombre que es común a un albañil, a un tonelero y a un Consejero de Estado. Le he preguntado a mi jefe si todas esas personas eran parientes, y me ha contestado que en cierto modo sí; esto me ha agradado. Es seguramente agradable trabajar para sus parientes cuando se es pobre, y dar trabajo a sus parientes cuando se es rico No debe de haber entre esta gente la misma triste humildad ni el mismo orgullo que he visto en otras partes."

"Hay algunas familias que no son tan numerosas, pero cuando nombraban a las personas de estas familias me decían casi siempre: Es la señora tal, hija del señor tal (de una de las familias numerosas), de suerte que me parece que todos los neuchateleses son parientes los unos de los otros, y se visten, como los he visto con asombro, en el tiempo de las vendimias, con unos zapatones, medias de lana y unos pañuelos de seda al cuello."

Meyer está invitado a un concierto pocos días después de la aventura del vestido, el cual ha tenido para la obrerita algunas ligeras consecuencias, y en el concierto está poco interesado. Sin embargo, cuando oye anunciar a la señorita Mariana de La Prise, esa bella señorita de quien todo el mundo dice tanto de bueno y a quien iba destinado el vestido, cuando ve subir a la orquesta a esta personita, alta, delgada, muy elegante aunque sencilla, cuando reconoce el vestido un día levantado del suelo con la mayor delicadeza que pudo, se turba, a pesar de que en todo

aquello no había nada de extraordinario. Ella debía cantar a su lado y él debía acompañarla. Absorto, la mira andar, detenerse, y coger el papel de música:

"Yo la miraba con un aspecto tan raro, según me han dicho después, que no dudo que fuese aquello lo que la hizo enrojecer hasta los ojos. Dejó caer el papel de música sin que yo tuviese la ocurrencia de recogerlo, y cuando fué preciso coger mi violín, el que estaba a mi lado tuvo que tirarme de la manga. Nunca estuve más tonto ni con más enojo por haberlo estado. Enrojezco cuando lo pienso, y te habría escrito aquella misma noche mi pena si no hubiese sido preciso emplear la hora que quedaba desde el concierto hasta el correo, en ayudar a estos señores a enviar las cartas comerciales."

¿Quién es, pues, la señorita de La Prise? ¡Virginia, Valeriana, Natalia, Sénange, Princesa de Cleves, criaturas encantadoras, bajaos, bajaos un poco, para dar a esta sencilla, elegante, ingenua y generosa muchacha un beso de hermana!

Y vos, bella Saint-Ives de cierto conde muy bromista, elevaos, ennobleceos un poco, haced vuestras lágrimas más razonables, haceos más pura y respetada para llegar a ella.

Después del incidente del concierto, Meyer no había vuelto a ver a la señorita de La Prise. La vuelve a encontrar en un baile para el que le han enviado de dos lados diferentes dos billetes. De uno de ellos ha dispuesto con bastante ligereza, para un amigo de mostrador que estaba presente cuando recibía el segundo, pero no ha podido resistirse a la petición.

"Ayer, viernes, fué el día esperado, temido, deseado; y nos encaminamos hacia la sala, él muy contento y yo con alguna intranquilidad. El asunto del billete no era la sola cosa que me tenía preocupado, sino que pensaba en que la señorita La Prise estaría en el baile y me preguntaba si sería preciso que yo la saludase y en qué forma,

si debía hablarla y si podría pedirle que bailase conmigo. Mi corazón latía, tenía su figura y su vestido delante de mi vista, y cuando en efecto al entrar en la sala la vi sentada en un banco, cerca de la puerta, apenas la vi más distintamente que había visto su imagen. Pero yo no titubeé más, y sin reflexionar, sin temer nada, me fuí derecho a ella, le hablé del concierto, de su aria, de otra cosa todavía, y sin azorarme, por los grandes ojos asombrados de una de sus compañeras, le rogué que me concediese el honor de bailar con ella la primera contradanza. Me dijo que estaba comprometida. — Pues bien ¿la segunda? — Estoy comprometida. — ¿La tercera? — Estoy comprometida. — ¿La cuarta? ¿La quinta? Yo no me cansaré —le dije riendo—. Eso está muy lejos —me contestó—; es tarde ya, van a comenzar; si el conde Max no viene, bailaré con usted la primera. — Yo le di las gracias y en aquel momento viene a mí una dama y me dice: — ¡Ah, señor Meyer!, ¿ha recibido usted un billete? — Sí, señora, y le doy mil gracias, pues no he recibido uno, sino dos, de los cuales uno lo di a mi amigo M. Monin. — ¡Cómo! —dijo la dama—, ¡un billete enviado para usted; esa no era la intención y no está dentro del orden! — Temí, señora, haber hecho mal —le contesté—; pero ya era demasiado tarde para rehacerme con el billete, y hubiera preferido no venir aquí, aunque muchos eran mis deseos, a quitarle a mi amigo el billete y venir sin su compañía. El no ha pensado en que yo haya cometido una falta, y ha venido conmigo en la mayor seguridad. — ¡Oh, bien! Por una vez no ha habido ningún daño. — Pero —añadí yo—, señora, si están descontentos de nosotros no nos invitarán más, pero si desean que uno de nosotros vuelva, creo que no será sin el otro. — Después se ha marchado echando de lejos a mi amigo una mirada de observación y protectora. — Trataré de bailar también con su amigo, me dijo la señorita de La Prise, con un aire encantador. — Y he aquí que empieza el baile y el

conde Max no había llegado todavía. Me presentó la mano con una gracia exquisita. Ya íbamos a comenzar cuando la señorita de La Prise exclamó: — ¡Ah, ya está ahí el conde! — En efecto, era él, y se aproximó a nosotros con un aspecto de pena y mortificado. Yo le dije: Señor conde, la señorita me ha rogado que bailase con ella en su lugar. Se alegrará seguramente de que le entregue a usted mi puesto, y acaso ella tenga la bondad de indemnizarme. — No, señor, dijo el conde, usted ha sido demasiado bueno y esto no es justo. Es imperdonable el haberme hecho esperar, y estoy tan castigado como merezco. — La señorita de La Prise ha parecido tan contenta como el conde de mi conducta, y le ha prometido el cuarto baile, y a mí el quinto para mi amigo, y el sexto para mí. Yo estaba muy contento, y nunca bailé con tanto placer. El baile era para mí una cosa nueva, y lo encontraba más espiritual que nunca. De buena gana le hubiera dado las gracias al inventor, y pensaba que debía de tener un alma y una señorita de La Prise para bailar. Sin duda unas muchachas como ésta fueron las que sugirieron la idea del baile a las Musas.

"La señorita de La Prise bailaba alegremente, suavemente y decentemente. He visto bailar a otras muchachas con más gracia, y a algunas hasta con más habilidad, pero ninguna que baile más agradablemente. Lo mismo se puede decir de su cara; las hay más bellas, más deslumbrantes, pero ninguna que agrade tanto como la suya; me parece al ver cómo la miran que todos los hombres piensan lo mismo que yo. Lo que me sorprende es la especie de confianza y casi de alegría que me inspira. Algunas veces me parece que somos antiguos amigos, y me pregunto si no nos habremos visto durante nuestra infancia. Me parecía que ella pensaba igual que yo y esperaba que me lo dijese. Mientras que yo esté contento de mí mismo quiero tener a la señorita de La Prise por testigo; pero cuando esté descontento mi pena y mi vergüenza serían dobles si supiese ella lo que me reprocho. Hay ciertas co-

sas en mi conducta que me disgustaban bastante antes del baile; pero que me disgustan mucho más desde que deseo que ella las ignore. Yo deseo que su recuerdo no me abandone nunca para preservarme de una nueva caída. Sería un bonito ángel tutelar, sobre todo si pudiese interesarla."

La señorita de La Prise es hija única de un gentilhombre de los más nobles, nacido en Bourgogne, de una rama recién venida al país con Filiberto de Chalons, pero cuya fortuna está muy decaída. Ha servido en Francia, está casi arruinado y está gotoso. Su mujer, que no tiene el aspecto de ser la esposa de su marido ni la madre de su hija, es guapa, y a esto sin duda debió su matrimonio, pues es un poco vulgar. El padre adora a su hija, y contiene sus lágrimas cuando la mira, pues los bienes disminuyen, ha sido preciso vender un campo en Val-de-Travers, las viñas de Auvernier apenas producen, y cada día sus piernas se hinchan más. Sus rentas se terminarán con él, y ¿qué será luego de la adorable niña? Aún no la conocemos sino por Meyer, pero ella va a presentarse. Escribe a su mejor amiga, Eugenia de Ville, quien hace un año que está en Marsella, y se le escapan algunos detalles de su aburrimiento:

"¿Y tú qué haces? ¿Pasarás el invierno en Marsella o en el campo? ¿Piensas en casarte? ¿Has llegado a pasarte bien sin mí? Yo no sé qué hacer de mi corazón. Cuando me ocurre expresar lo que siento, lo que exijo de mí y de los demás, lo que deseo, lo que pienso, nadie me escucha y no intereso a nadie. Contigo todo tenía vida y sin ti me parece que todo está muerto. Seguramente los demás no sienten la misma necesidad que yo, pues si buscasen un corazón encontrarían el mío."

Sin embargo, no siempre se queja ni siempre está tan desilusionada como en este momento; pero por la mañana, su madre ha echado una antigua criada que le servía desde hacía diez años, y la pena de la muchacha ha desbordado. En su primera carta no habla más que de algu-

nos jóvenes a la moda, dos condes alemanes recién llegados (el conde Max y su hermano), pero en la segunda adivinamos a Meyer:

"Los conciertos han comenzado —escribe—, he cantado en el primero y creo que se burlaron de mí por el azoramiento que sentí no sé por qué, pues la causa fué un conjunto de cosas pequeñas que no sabría explicarte. Cada una de ellas es una nada, o no debe parecer nada aun cuando fuese algo."

Pero he aquí que se dibuja mejor y se aclara el misterio:

"Me parece que tengo algo que decirte, y cuando voy a empezar no veo nada que valga la pena de ser dicho. Todos estos días me disponía a escribirte, y he tenido la pluma en la mano mucho tiempo sin trazar una sola línea. Todos los hechos son tan pequeños que el relato sería aburrido aun para mí, y la impresión es a veces tan fuerte que yo no sabría descubrirla, pues además es muy confusa. Algunas veces me parece que no me ha ocurrido nada y que no tengo nada que contarte, que nada ha cambiado para mí y que pasará este invierno como el otro; que hay algunos jóvenes extranjeros en Neuchatel desconocidos para mí, cuyo nombre apenas sé y con los que no tengo nada de común. En efecto, he ido al concierto, dejé caer mi papel de música, he cantado bastante mal, he bailado con todo el mundo, sobre todo con dos condes alsacianos y dos jóvenes comerciantes; ¿qué hay en todo esto de extraordinario para que yo pueda contarte una historia detallada? Otras veces me figuro que me han ocurrido mil cosas, y que si tú tuvieses paciencia para escucharme podría escribir una larga historia. Me parece que he cambiado y que todo el mundo también ha cambiado; que tengo otras esperanzas y otros temores; que excepto para ti y para mi padre me he vuelto indiferente para todo aquello que antes me interesaba, y que, en revancha, me intereso en cosas que antes no miraba sino maquinalmen-

te. Adivino que hay gentes que me protegen y otras que me perjudican; en una palabra, mi corazón y mi cabeza son dos caos. Permíteme, mi querida Eugenia, que no te diga más hasta que esto esté más desembrollado, y que entre en mi estado normal, suponiendo que pueda volver a él."

Al entresacar estas frases sencillas, no puedo evitar hacer notar que las copio precisamente del ejemplar de *Cartas Neuchatelesas* que ha pertenecido a Madama de Montolieu, y pienso en el contraste de este tono perfectamente unido y real, con el género novelesco, desde luego muy interesante, de *Caroline de Lichsfield*. Madama de Charrière no tiene nada tampoco de Juan Jacobo; todo es natural en su novela como en el antiguo cuento italiano.

La señorita de La Prise tiene franqueza, y como la abadesa de Castro, y como Julieta ama y lo dice y sabe mirar de frente al relámpago cuando brilla:

"Ocurra lo que ocurra, me parece que si me aman mucho y si yo amo mucho, no podré ser desgraciada. Mi madre me riñe desde entonces, pero esto no turba mi alegría. Mis amigas me parecen más toscas, y digo *mis amigas* por pura benevolencia, pues sabes que no tengo más amigas que tú. Te prefiero a M. Meyer, y si tú estuvieses aquí y te gustase te lo cedería. No creerá que hablamos de él, pues desde el concierto no he vuelto a verle. Mas espero que venga a la primera reunión porque las señoras, sin que yo se lo pida, tendrán la galantería de invitarle. Cuando entre estaré cerca de la puerta. Entonces se decidirá la cuestión: saber si M. Meyer será el alma de la vida entera de tu amiga o si no habrá sido más que un sueño ligero y agradable que me ha divertido durante un mes; será lo uno o lo otro, y en unos momentos quedará aclarado. Adiós, Eugenia mía, mi padre está más contento de mí que nunca; me encuentra encantadora, dice que no hay otra igual a su hija, y que no la cambiaría por las

mejores piernas del mundo. Ya ves que mi locura sirve para algo bueno. Adiós."

Esta amante tan resuelta es la misma que escribe a su amiga a quien quiere casar, esta otra página llena de caprichosos consejos y de exquisitas y graciosas delicadezas:

"Todos tus detalles son encantadores; tú no amarás, no amarás nunca al hombre que te destinan; es decir, no le amarás nunca mucho, si no te casas con él podrás casarte con otro. Si te casas os seréis agradables el uno al otro y viviréis contentos. Acaso tú no exijas que todas sus miradas sean para ti ni todas las tuyas para él, no te reprocharás el haber pensado en otra cosa ni el haber dicho nada que pueda causarle pena. Le explicarás la cosa, y como habrá sido buena, todo irá bien. Tú harás más por él que por mí; pero me querrás más que a él. Nosotras nos entenderemos mejor, puesto que ya estamos compenetradas y hay entre nosotras una simpatía que no nacerá entre vosotros. Si esto te conviene, cásate, Eugenia. Piensa, sin embargo, y mira en torno tuyo si no hay otro que despertaría en ti otro sentimiento. ¿No has leído novelas y no has compartido las sensaciones con la heroína? Averigua si tu esposo no te ama de diferente manera que tú a él. Dile, por ejemplo, que tienes una amiga que te quiere mucho, y que tú no quieres a nadie tanto como a ella. Mira si se pone colorado y si se enfada, y si es así no te cases. Si esto le es absolutamente igual no te cases tampoco. Pero si te dice que siente verte alejada de mí, y que vendréis juntos a Neuchatel a verme, cásate porque será un buen marido. No sé de dónde saco todo esto, pues antes no había pensado en ello, acaso no tenga todo esto sentido común. Te declaro, sin embargo, que tengo muy buena opinión de mis observaciones..., no observaciones, ¿cómo diría yo?, de esta luz que he encontrado en mi corazón y que parecía lucir para alumbrar el tuyo. No obstante, no te fíes; piensa y pregunta. ¡No pre-

guntes a nadie; no te entenderán! Interrógate a ti misma. Adiós."

Y Meyer es digno de ella por el espíritu. Escribiendo a su amigo Godefroy, no permanecen ocultas sus delicadezas de alma súbitamente reveladas:

"¿Encuentras el estilo de mis cartas cambiado, mi querido Godefroy? ¿Por qué no decirme si es para bien o para mal? Pero me parece que debe de ser para bien, aun cuando yo hubiese cambiado para mal. Ya no soy un niño, es verdad, y casi debería decir, es demasiado verdad. Pero al fin de cuentas, puesto que la vida avanza, es preciso que avancemos también nosotros. Que se quiera o no, se cambia, nos instruímos y somos responsables de nuestras acciones. La despreocupación se pierde, la alegría sufre; pero si la circunspección y la dicha quieren ocupar sus puestos no tenemos por qué lamentarnos. ¿Te acuerdas de *Huron,* que leíamos juntos? Allí dice que la señorita K... (no me acuerdo de su nombre) se convirtió en una persona. Yo no comprendía lo que quería decir *persona,* pero ahora lo comprendo. Comprendo que pague la experiencia que adquiero, mas querría que otros no la pagasen por mí. Esto es, sin embargo, muy difícil, pues nada hacemos solos ni nada nos ocurre a solas".

Es preciso omitir (aunque lo mejor habría sido imprimirlo aquí extensamente) todo este libro desconocido que no habría ocupado más que el espacio de un cuento. Pero continúo glosando. Un encuentro en un día de lluvia, al regreso de un paseo, hace que Meyer y su amigo el conde Max hagan compañía a la señorita de La Prise, quien delante de su casa les invita a entrar. Este cuarto interior nos ha encantado. Se improvisa un concierto muy agradable; Meyer toca muy bien el violín, la señorita de La Prise le acompaña, y no podría encontrar mejor embocadura una flauta que la del conde Max, y la flauta es un instrumento que llega al corazón más que ningún otro. El tiempo pasa de prisa. Son ya casi las nueve de la no-

che, hora de la cena, y la señorita de La Prise dice mirando al reloj: "Señores, cuando yo era rica no sabía dejar a la gente que se marchase, y como tampoco lo he aprendido desde que no lo soy, si ustedes quieren cenar conmigo me harán un gran placer". Se quedan, la alegría crece, y la propia señora de La Prise no riñe más.

"A las diez (habla Meyer), un pariente y su mujer vinieron. Se ha hablado de las noticias, entre otras, del matrimonio de una joven del país de Vaud que se casa con un hombre muy rico, pero muy tosco, amando ella apasionadamente a un extranjero que no tiene fortuna, pero sí mucho talento y mérito. *¿Y le ama ella?* — ha preguntado uno. Dicen que sí; tanto como ella es amada. — *En ese caso creo que se equivoca* — dijo M. de La Prise. — *Pero es muy buen partido para ella;* díjo la madre, *esa muchacha no tenía nada, ¿qué podría hacer mejor?* — *Pedir limosna con otro* — dijo entre dientes la señorita de La Prise mezclándose en la conversación. — *¡Pedir limosna con otro!* — repitió su madre. *Mirad qué buenos propósitos de una muchacha. ¡Creo que realmente está loca! — No, no; no está loca, tiene razón* —dijo el padre—. *Eso me gusta a mí y es lo que yo pensaba cuando me casé contigo. — ¡Oh, bien, buen negocio hicimos! — No tan malo,* dijo el padre, *puesto que nació esta hija.*

"Entonces la señorita de La Prise, que desde hacía un momento se había inclinado sobre su plato cubriendo sus ojos con ambas manos, se arrodilló ante su padre, cogiendo las de su padre y cubriéndolas de besos y de lágrimas. Oímos tiernos sollozos. Fué aquel un cuadro imposible de pintar. M. de La Prise, sin decir nada a su hija, la levantó, y la sentó en una silla delante de él, sujetándola con una mano y limpiándole las lágrimas. Nadie hablaba. Al cabo de unos momentos se levantó, y sin volverse, salió del comedor. Yo me levanté para cerrar la puerta, que había dejado abierta. Todo el mundo se levantó. El conde Max cogió su sombrero y yo el mío.

"En el momento en que nos acercábamos a Madama de La Prise para despedirnos, su hija entró de nuevo. Venía más serena. *Deberías rogar a estos señores que fuesen discretos* —le dijo su madre—. *¿Qué pensará de ti la gente si supiese tus propósitos? — Querida mamá* —dijo su hija—, *si continuamos hablando de esto no lo podré olvidar en mucho tiempo.*

"Salimos juntos. Caminamos algún tiempo sin hablar. Luego el conde me dijo: —*¡Si yo fuese más rico!... Pero esto es casi imposible. Es preciso no pensar más en ello y trataré de no pensar un solo instante. ¿Pero usted?...* añadió cogiéndome una mano. Yo se la apreté y nos separamos".

Si Diderot hubiese conocido estas páginas ¿qué habría dicho? Habría corrido con ellas en la mano a casa de Sedaine. Lo admirable es que en todo ello no hay ni sombra de misterio, que en nada vemos al autor, y que ese delicioso *Terburg* se nos presentó sin necesidad de pinceles.

Llegamos al punto delicado, para el que hubieran hecho falta a Madama de Charrière cualidades superiores a las de un talento sencillo, una vena franca y como ha dicho muy bien el crítico de entonces, *una especie de espíritu valeroso* [1]. La pobre modista Juliana, que hemos olvidado un poco, Meyer la ha olvidado también; pero no tan pronto para no ocuparse más de ella. El no le ha tendido un lazo sino que ella vino por su propio impulso inocente, pero no volvió igual. Juliana va a ser madre. ¿Qué hacer? Un día trabajando en casa de la señorita de La Prise, que ha tenido muchas bondades con ella y que viéndola triste, pálida y temblorosa la cerca con preguntas afectuo-

[1] En el *Nuevo Diario de Literatura*, Lausana, 15 de junio de 1784, el ministro Chaillet defendió a las *Cartas Neuchatelesas* contra sus compatriotas en un artículo admirable y nada tonto, lo aseguro. Decía: "No es más que una bagatela, pero una bagatela muy bonita. En ella hay facilidad, rapidez de estilo, cosas que componen el cuadro, observaciones justas, ideas que quedan, una afortunada mezcla de fragilidad y de honradez en los personajes, una especie de *espíritu valeroso* y sostengo que un alma vulgar no se podría haber inventado..."

sas, por la noche, antes de marcharse, con sollozos le confiesa todo. Meyer, que ha roto con la pobre niña desde varios meses no sabe nada y la señorita de La Prise es quien se lo hará saber. Al día siguiente en el baile, también pálida, grave y solemne encuentra a Meyer, que impresionado palidece sin saber por qué. La saca a bailar, pero ¡se trata de esto! Esta escena, según mi opinión, es encantadora y realmente *casta;* es una de esas escenas que los que han llorado leyéndola, temen la indiferencia. La señorita de La Prise tiene que hablarle extensamente, pero sin llamar la atención, y para esto no encuentra nada mejor que rogar al conde Max, al leal amigo de Meyer, que se siente a su lado. Ella, entre los dos que la escuchan (escena casta porque son *dos*), como si no hablase más que del baile y sus placeres, algunas veces interrumpida por las damas que pasan, a quienes saluda con una sonrisa, y luego siguiendo el hilo del relato, lo dice todo, la falta, que *esa muchacha está embarazada,* y que no sabe lo que será de ella, y habla del deber y de la piedad. Meyer, confundido, no tiene más que dos pensamientos, dar satisfacción a todo y convencer a la señorita de La Prise que no ha habido tal seducción y que todo es anterior a ella. La sencillez de las frases iguala a la de la situación. Meyer ha pedido unos minutos para reponerse del golpe y sale de la sala agitado por el dolor, la vergüenza, y hasta por la embriaguez confusa de ser padre. Pasado un cuarto de hora regresa. La señorita de La Prise y el conde Max vuelven a sentarse con él en el mismo banco:

"Y bien, señor Meyer, ¿qué debo yo decir a la muchacha? — Señorita —contesta—, *prométale, dele, o haga darle, por algún criado antiguo de confianza, o por su nodriza, hágale dar lo que usted crea conveniente. Y lo suscribiré todo, muy dichoso de que sea usted quien lo fije... Acaso no la hubiera escogido a usted para esto, pero me encuentro muy dichoso de que usted sea digna de*

hacerlo. Esto es una especie de lazo, mas, ¿qué me atrevo a decir? Una obligación eterna que usted me habrá impuesto, y usted no podrá rechazar nunca mi reconocimiento, mi respeto, mis servicios y mi abnegación. — Yo no los rechazaré —me dijo con uno de sus acentos más encantadores— *pero es mucho más de lo que yo merezco.* — Entonces añadí: *¿Se encarga usted de este cuidado? ¿Me lo promete? ¿Esa muchacha no sufrirá? ¿No tendrá que trabajar puesto que no le conviene? ¿No tendrá que soportar más insultos ni reproches? — Esté usted tranquilo* —me contestó—; *le daré a usted cuenta cuando le vea de lo que he hecho y me haré agradecer por mis asiduidades y pagar mis servicios.* — Sonreía diciendo estas últimas palabras. — *¿No será, pues, necesario que la vuelva a ver?* — dijo el conde. — *De ninguna manera* — contestó precipitadamente ella. Yo la miré; ella me vió y se puso roja. Yo estaba a su lado, y me incliné hasta el suelo. — *¿Qué ha dejado usted caer? ¿Qué busca usted?* — me preguntó. — *Nada, he besado su vestido. Es usted un ángel, una divinidad.* Me levanté y de pie me puse frente a ellos. Mis lágrimas brotaban, pero no me avergonzé porque sólo ellos me veían. El conde Max ha hablado de mí algunos momentos con benevolencia. *Esta historia acaba bien* —decían—, *pues esa muchacha era digna de compasión; pero no absolutamente desgraciada.* Convinieron en ir a buscarla en seguida al sitio en que trabajaba. Me ordenaron quedarme, y para no despertar ninguna sospecha, que bailase si podía. Di mi bolsillo al conde y los vi marchar. Así acabó esta extraña reunión".

Las últimas cartas que siguen a esta escena decaen suavemente, pero sin desilusionarnos. La señorita de La Prise desde este momento ha cambiado; siempre sigue siendo tan natural, pero no tan alegre, y a los ojos de Meyer más imponente. Una carta a su amiga Eugenia acaba de abrirnos su corazón. Ama, ha pasado la crisis, es dichosa, y convencida de la sinceridad y de la lealtad de su

novio, no ha tenido nada que perdonar. Un poco de ilusión se ha perdido; pero la flor de ella gana en perfume. "Ciertamente habíamos nacido el uno para el otro —dice—, acaso no para vivir juntos, pero sí para amarnos... Adiós, querida Eugenia, ya no te lo cedería". Una enfermedad de su amigo Godefroy obliga a Meyer a marcharse a Estrasburgo inopinadamente. No tiene tiempo más que para escribir su marcha a la señorita de La Prise con la declaración de su amor, pues hasta entonces no la había habido de palabra, y esta es la primera carta que se atreve a dirigirle. La confía a su leal amigo Max que corre a una tertulia en la que se encuentra la señorita de La Prise. Se la entrega sin afectación, y ella, en una tarjeta, como si dibujase una flor, contesta con un lápiz dos palabras discretas, que dejan al afortunado Meyer y a su porvenir toda esperanza.

Este es el verdadero final, el solo que convenía. Llevarlo más lejos habría sido atropellarlo, y llegar al matrimonio hubiera sido demasiado vulgar. Al contrario, queda la duda; los ojos continúan húmedos cuando se vuelve la última página y soñamos. Las *Cartas Neuchatelenses* no tuvieron continuación y no debían tenerla.

Dos años después, en 1786, Madama de Charrière dió su libro más conocido, *Calixta* o *Cartas de Lausana.* Se podría titular *Cecilia* mejor que *Calixta,* pues Calixta no es más que un personaje episódico y Cecilia la verdadera heroína [1]. La madre de Cecilia escribe con regularidad a una amiga y pariente de Languedoc y no le habla más que de esa querida niña sin fortuna que tiene diez y siete años y a quien es preciso casar. Nada más gracioso que todos esos pensamientos de una madre joven todavía. Describe su Cecilia, sus bellezas, su salud, su frescura, sus pequeños defectos, el cuello un poco grueso; pero todo

[1] Para la entera exactitud biográfica debo decir que el título de *Calixta* o *Cartas de Lausana* figuró en ediciones posteriores, pues la primera se titulaba: el primer volumen, *Cartas escritas desde Lausana,* y el segundo, *Calixta o continuación de las cartas,* etc.

con gran encanto. "Y bien, sí, un guapo saboyano vestido de mujer. Esto es bastante. Pero no olvidéis para figurárosla tan bonita como es, cierta transparencia de la tez, no sé qué de satinado, lo contrario del mate, el satinado de la flor roja de los guisantes olorosos". Por todas partes le hacen el amor a Cecilia, que no tiene más que escoger entre los amantes: un primo ministro, un bernés de mérito... Pero, decididamente, el preferido de la muchacha es un pequeño *milord* que está de paso, que le hace la corte muy tiernamente, pero que no se declara. Todos estos detalles de una coquetería inocente, de emoción ingenua, de prudencia maternal y de franqueza casi de hermana, se destacan en un fondo de paisaje brillante y en una descripción de la ciudad de Vaud. Nada de drama, situaciones sencillas y un no sé qué de interés atrayente. Cecilia no se hace ilusiones, ella no ve lleno como merece el corazón del *lord* demasiado frívolo. ¡Dos lágrimas brillan en sus ojos al confesarlo! La carta XVI nos ofrece una escena entre la madre y la hija como las *Cartas Neuchatelenses* pueden hacernos asegurar.

"...Nuestras palabras acabaron ahí, escribe la madre, pero no nuestros pensamientos. Los intervalos de inquietud están llenos por el fastidio. Algunas veces me repongo dando un paseo con mi hija, o bien sentándome, como él, en la ventana que mira al lago. Agradezco a las montañas, a la nieve y el sol, el bien que me proporcionan, y al autor de todo lo que veo el haberme hecho ver cosas tan agradables. Las leyes que rigen al universo hacen caer la nieve y lucir el sol. Este, al fundirla, producirá los torrentes y las cascadas, y dará al agua los colores del arco iris. Estas cosas son bellas aunque no haya ojos que las miren. ¡Su variedad es tan necesaria como lo es su existencia y prolonga mi placer! Bellezas impresionantes de la naturaleza, todos los días ojos os admiran, todos los días causais nuevas sensaciones!"

El pequeño lord tiene un pariente, una especie de

gobernador, muy diferente de él, un hombre serio prematuro, a quien rodea una tristeza misteriosa. En la confidencia que tiene con la madre de Cecilia aparece Calixta. El amaba en su país, ama siempre a Calixta, y esta criatura adorable le amaba igualmente, pero había representado en el teatro *The Fair Penitente,* el papel del que le quedó el nombre. Su reputación primera había sido equivocada. Gracia, talento, alma celeste, fortuna, no pudieron doblegar a un padre para que diese a su hijo el consentimiento de matrimonio. Esta historia novelesca tiene en el detalle un poco de color inglés, algo de lo que Osvaldo, más tarde, reproducirá un poco menos sencillamente con Corina, y esta primera Corina, notadlo bien, exquisita ingenua, ha vivido durante mucho tiempo en Italia. Después de muchos sufrimientos y de vicisitudes, Calixta se casó con otro y pura y consumida muere. Muere como aquel emperador quería morir, en medio de músicas sagradas, genio de las Bellas Artes y de la ternura, y exhala su alma a Dios haciendo ejecutar el *Messiah* de Haendel y el *Stabat* de Pergolese. El que ella amaba recibe la funesta nueva estando en Lausana, y si no le rodeasen en estos momentos consolándole, su desesperación sería extremada. Entretanto, su pupilo, el joven *lord,* no se ha declarado todavía, y Cecilia y su madre se marcharon a ver a su parienta de Languedoc. Esta novela parece que no acaba y sin embargo está terminada. La conclusión, la moraleja, ¿es preciso decirla? es que a nuestro lado un amigo desconsolado y arrepentido se acusa de haber herido un corazón, y se mataría por la desesperación que causa el haberle dejado morir, en tanto que tú, hombre joven que le acusas, cometes la misma falta. Te excusas diciendo, este caso es indiferente, pero las consecuencias, si no eres prudente, llegarán terribles más tarde por poco corazón que tengas. Y aun cuando no vengas, y que no ocurra la muerte, ¿no es nada hacer sufrir? ¿No es nada perder el inestimable bien de ser únicamente amado? Así va el

mundo, ilusión y sofisma, en un círculo siempre igual de deseos, defectos y amarguras.

Calixta tuvo mucho éxito en París y fué introducida por el salón de Madama Nécker. Buscando bien, se encontrarán en los periódicos de aquel tiempo varios artículos. *Le Mercure* de abril de 1786 contiene uno acerca del *Marido sentimental,* que es de M. Constant (tío de Benjamín); y a continuación de él, Madama de Charrière había añadido una ingeniosa contrapartida bajo el título de *Lettres de mistress Henley.* Esta novela de M. Constant es filosófica y muy agradable, y he aquí el asunto: M. de Bompré, de cincuenta y cinco años, retirado del servicio, habita en paz en tierras del país de Vaud, pero habiendo ido a Orbe a la boda de un amigo envidia su felicidad. A pesar de su buen caballo, su fiel perro, su excelente y viejo Antonio, se da cuenta de que está solo y que las veladas del invierno le parecen muy largas. Breve, estando un día en Ginebra, encuentra en la familia de un amigo una muchacha instruída, encantadora y se casa con ella.. Hele aquí dichoso. Mas su mujer tiene diferentes gustos que él, mucho carácter y una gran voluntad. Al llegar a la tierra de su marido, tiene al buen Antonio a distancia, ha leído *Los Jardines* del abate Delille y ha revuelto el viejo jardín. Un retrato del padre de M. de Bompré estaba en el salón. Era mala pintura, pero se le parecía y ella hace que sea escondido en el piso más alto. La buena cabalgadura que M. de Bompré había llevado a la guerra, y que le había salvado más de una vez la vida, se vende por dos caballos y una carroza, y el pobre perro Héctor que envejece, ha sido matado por temor a que rabie. Monsieur de Bompré es desgraciado. Esto acaba con una catástrofe; tantos dolores le desesperan y se mata. Lo interesante es que en este tiempo en Ginebra se creyó reconocer a los originales de M. y Madama de Bompré. Una Madama Caillat se enfadó y protestó en un folleto, porque su marido se había matado. En una carta escrita a un pastor

respetable, se esforzaba en demostrar que ella no había tenido en Aubonne ni caballo vendido, ni perro matado, ni retrato quitado de su sitio. Fué preciso tranquilizarla y el autor de la novela le escribió diciéndole que eran cosas imaginadas, y jurándole que no había pensado en ella. Todo esto fué impreso y a pesar de todo y de todas las afirmaciones, el público siguió creyendo que la anécdota de la novela era la historia de la reclamante. Madama de Charrière, en las cartas que añadió al *Marido sentimental* no entró en esta cuestión, pero mostró el lado inverso y más frecuente en el matrimonio. Una mujer delicada, sentimental y *no comprendida.* Mistress Henley, persona novelesca y tierna, se casa con un marido perfecto; pero frío, sensato, sin pasión, un Grandisson insoportable; el cual sin darse cuenta, y a fuerza de nada la deja morir. Lo que resulta de la comparación entre el *Marido sentimental* de M. Constant y *Mistress Henley* de Madama Charrière, es que el ideal del matrimonio está muy comprometido. El doble aspecto de estas dos novelas nos lleva a una deducción muy triste pero curiosa para los observadores de la naturaleza humana. En estas cartas de Mistress Henley hay algunos pensamientos delicados y la melancolía aparece, bastándome para prueba esta página:

"Este sitio de permanencia *(tierra de Hollowpark)* es como su dueño: en ella no hay nada que cambiar, nada que exija mi actividad ni mis cuidados, todo está demasiado bien. Un viejo tilo quita a mi ventana una bella vista, pero cuando deseaba que le cortasen comprendí que sería una lástima. Cuando me encuentro mejor es cuando veo en esta estación brillante las hojas aparecer y desplegarse, y una muchedumbre de insectos volar y correr en todos sentidos. No conozco nada, no profundizo nada, pero contemplo y admiro este universo tan completo y tan animado. Me pierdo en este vasto Todo tan asombroso, y no diré tan sabio, porque yo soy demasiado ignorante.

Yo ignoro los fines, no conozco los medios, ni el fin, y no acierto a explicarme que tantos mosquitos sirvan de alimento a esta voraz araña... Pero miro, y las horas pasan sin que yo haya pensado en mí ni en mis pueriles penas".

Desde que el *panteísmo* se convirtió para nosotros en un lugar común, una tesis novelesca y literaria, dudo que se haya producido algo más sentido que estas sencillas palabras escapadas en el ensueño de una mujer joven [1].

No entraré en el detalle de las diferentes obras de Madama de Charrière que siguieron, son de todas clases y numerosas. El inconveniente de la falta de arte, y también (*Calixta* aparte) de la falta de éxito central, se hacen sentir. Escribe para ella y para sus amigos día por día, sin preocuparse mucho. El menor detalle de sociedad, una lectura, una conversación sostenida durante la noche anterior hacen nacer un opúsculo que apenas es terminado. Así sucede bajo su pluma las pequeñas comedias, los cuentos y las novelitas. A pesar de mis cuidados, no me alabo de haberlo recogido todo, y siempre se descubre algo nuevo y desconocido. La bibliografía de sus libros es una verdadera erudición, y si hubiese muerto dos mil años antes sería un verdadero caso de Academia de las inscripciones el hacer una lista exacta y completa. Ahí estamos. Me atendré para el conjunto al testimonio de Madama Nécker de Saussure, que siendo aun niña vió un día a Genoveva Madama de Charrière y quedó sorprendida de la gracia de su talento: "Este recuerdo —exclama— me hizo leer con interés todas sus novelas y las más medianas me han dejado la idea de una mujer que siente y que piensa".

En los años de *Cartas Neuchatelenses* y de las *Cartas de Lausana,* Madama de Charrière conoció a Benjamín Constant al salir de la infancia. Pero ¿tuvo infancia Benjamín Constant? A la edad de doce años (1779) le vemos

[1] En lo posible no hemos hablado del estilo de Madama de Charrière, pero las citas que hemos hecho pueden servir para juzgar. Escribe en el mejor francés, en el francés de Versalles.

por una carta a su abuela, ya lanzado con su espada al cinto, en la alta sociedad de Bruselas. Hablan de la música que aprende y de qué manera: "Yo querría que se pudiese impedir que mi sangre circulase con tanta rapidez en mis venas para darle una marcha más cadenciosa y he intentado si la música produciría este efecto. Toco *adagio* y *largo* que dormiría a treinta cardenales. Los primeros compases van bien, pero yo no sé por qué arte de magia acabo siempre con el *prestísimo*. Lo mismo ocurre con el baile; el minué se termina siempre con cabriolas. Yo creo, querida abuela, que este mal es incurable". Y a propósito del juego de que es testigo en estas reuniones mundanas: "Sin embargo el juego y el oro que veo rodar me causan alguna emoción". En esta carta aparece ya su peligrosa sutileza con todos sus brotes abiertos.

A la vuelta de sus viajes y una vez su educación terminada, vió a Madama de Charrière, apoyándose algún tiempo en ella, quien le amó. El recuerdo se ha conservado. Se cuenta que estando en Colombier en casa de ella, como permanecían hasta muy tarde cada uno en su habitación, todas las mañanas desde la cama se escribían cartas como una especie de conversación. Era un mensaje perpetuo de un cuarto al otro, y esto les parecía más fácil que levantarse, pues ambos eran muy perezosos y muy *escribidores*. Cerca de un talento tan sutil, tan firme y tan atrevidamente escéptico, el joven Constant pulió el suyo, en esas conversaciones matinales de Colombier; discutiendo y acaso dudando de todos pudo llegar desde el principio a esta frase: *Una verdad no es completa sino cuando en ella está comprendido el argumento contrario.* Más tarde, cuando Benjamín Constant se lanzó a un escenario diferente, ella le hablaba y él contestaba poco. Hablaba de ella con ligereza, según dicen, como un hombre que ha abandonado una bandera para servir bajo otra. Se quejaba de que las cartas que recibía de ella estaban llenas de las erratas de las obras que había publicado, y parecía

creer que la infidelidad de los impresores le preocupaba menos que la suya. "He aquí la suerte que amenaza a las mujeres autoras; se creen que los afectos ocupan en ellas un lugar secundario". Un moralista profundo y mujer fué quien dijo esto.

Madama de Charrière conoció a Madama de Staël y se escribieron. Me han hablado de una controversia entre ellas, precisamente, sobre esos puntos de litigio que se encuentran discutidos en las cartas de Delfina y sobre los que vamos a ver la opinión de Madama de Charrière; debía de parecerse más por el tono a otra Madama de Staël (señorita de Launay).

En todas las cosas iba al fondo y al hecho con un ingenio libre, con mucho menos *talento,* como se oye decir vulgarmente, pero con menos énfasis y declamación que es costumbre ahora. Se puede juzgar por la pequeña novela *Tres mujeres,* muy notable filosóficamente, y sola en que, por estas razones, tenemos todavía que insistir. La señorita Paulina de Meulàn, que estaba muy bien informada acerca de las diversas obras de Madama de Charrière, y con quien tenía tantas cualidades comunes, no titubeaba en hablar con elogio de *Tres mujeres* en *Le Publiciste* del 2 de abril de 1809. Después de una discusión seria y por medio de una interpretación motivada, acaba diciendo que "pensando un poco se encontrará que esta última producción del autor de *Calixta* es una de las obras *más morales* así como también *una de las más originales e interesantes* que hayan aparecido durante estos últimos tiempos". No nos atrevemos a ser más descontentadizos en moral que lo ha sido Madama Guizot.

(Estamos en casa de la joven baronesa de Berghem, hacia 1794 ó 1795). "—¿Para quién escribir ahora? decía el abate de La Tour. — Para mí, decía la baronesa. — No se piensa más que en la política, continuó el abate. — Tengo a la política horror —replicó la baronesa—, y los males que la guerra causa en mi país hacen preciosas mis

distracciones. Tendría el más grande agradecimiento al escritor que entretuviese agradablemente mi sensibilidad y mis pensamientos aunque sólo fuese uno o dos días. — ¡Dios mío! señora, replicó el abate, si yo pudiese... — Vos podéis, interrumpió la baronesa. — No, yo no podría —dijo el abate—, mi estilo parecería insulso comparándolo con el de los escritores del día. ¿Se mira marchar a un hombre que marcha sencillamente, cuando se está acostumbrado a ver saltos peligrosos? — Sí, dijo la baronesa, se miraría como marchaba a cualquiera que lo hiciese con gracia y rápidamente hacia un fin interesante. — Lo intentaré, dijo el abate. Las conversaciones que tuvimos días pasados acerca de Kant, su doctrina y su deber, me han recordado a tres mujeres que he visto. — ¿Dónde? preguntó la baronesa. — En vuestro propio país, en Alemania, dijo el abate. — ¿Alemanas? — No, francesas. Me he convencido cerca de ellas de que basta para no ser una persona depravada, inmoral y totalmente despreciable y odiosa, tener una idea cualquiera del deber, y algún cuidado por cumplirlo se llama *nuestro deber*. No importa que esta idea sea confusa o borrosa, que nazca de una fuente o de otra, que se funde en tal o cual fin, y que nos sometamos más o menos imperfectamente. Me atrevería a vivir con todo hombre o toda mujer que tuviera una idea cualquiera del deber".

Sobre esto un gran debate. Un kantiano da una explicación del deber, idea universal, indestructible; un teólogo protesta de esta explicación y quiere recurrir a la intervención divina; un aficionado que ha leído a Voltaire y a Montaigne, duda de que un salvaje apruebe nada parecido de lo que el kantiano proclama. — ¿Qué sabéis vosotros? dice el abate. — Id a escribir, le dijo la baronesa. — El abate trae bien pronto su cuento de las *Tres mujeres*.

Emilia es una emigrada de diez y seis años que ha perdido a sus padres, sus últimos medios de existencia y la esperanza de encontrar ninguno. Josefina, su don-

cella, era su confidente. Atenta, respetuosa, celosa, era a la vez la madre y la sirviente de Emilia. La sirve y la alimenta y se muestra abnegada con ella, no ama sino a ella. Emilia descubre los desórdenes de Josefina en medio de un afecto exaltado por el agradecimiento. Esta pequeña Josefina, en su ingenuidad, generosidad y en su juicio, no deja de ser un filósofo que pone en graves aprietos. Todo lo que dice en su primera confesión a Emilia, lo que ésta sabe acerca de su tío el gran vicario, sobre su tío el marqués, sobre su tía la marquesa, hace abrir los ojos a la huérfana, y nos presenta el siglo XVIII en su fácil desnudez. De otra parte, una joven viuda, Madama Constancia de Vaucourt, siente gran afecto por Emilia. Vehemente, amable, tierna, irreprochable en su conducta, Madama de Vaucourt no busca alegrías más que en el empleo generoso y bienhechor de una gran fortuna: pero esta fortuna que le han dejado sus padres está adquirida un poco mal. Ella lo sabe, y como no tiene medio de saber en perjuicio de quiénes la han hecho sus padres, se contenta en bien gastarla. Entre Constancia y Josefina, Emilia, buena, recta y cándida, se ve a cada instante obligada para permanecer fiel al propio espíritu de su virtud, a alterar un poco la forma algo rigurosa. Así cuando al principio, para no ser indiscreta con Enrique, el amante de Josefina, se muestra menos sensible de lo que debiera a la pena de ésta. Se lo reprocha en seguida, y temiendo una desgracia, se compadece de la culpable en un movimiento generoso: "¡Oh, bien —dice Josefina—; no me mataré, no quiero contrariar vuestras ideas; devuélveme un poco de dicha y no me mataré. Ya esta conversación me consuela un poco; pero estaba desesperada cuando os veía ocupada tan sólo de vos y de ciertos méritos que queréis tener, y con lo cual dejarías sufrir tranquilamente a todo el mundo..."

Así también, cuando Emilia, después de la declaración de Madama de Vaucourt, de que sus bienes estaban mal adquiridos, muestra sus escrúpulos, la viuda después de

una justificación, añade sonriente: "Sin embargo, permitidme que os diga que podríamos burlarnos de vos acerca de muchas cosas que encontráis muy naturales, y esto porque os conviene". — ¿Qué queréis decir? exclama Emilia. — ¿No véis, dijo Constancia, que en el castillo seducís a Teobaldo, inquietáis a su madre, y desoláis a su prima?..."

"Lo que Constancia había hecho sentir a Emilia se parecía mucho a lo que Josefina le había hecho comprender hacía cerca de tres meses, cuando se encontró en el mismo sufrimiento, y que sus reflexiones fueron poco más o menos las mismas. La una tenía amantes, a los cuales no quería renunciar, y la otra poseía unos bienes mal adquiridos que no quería devolver. A la una y a la otra las quería; la una y la otra le eran útiles; la una y la otra habían unido en sus confesiones el reproche y la justificación. A los ojos de la una ni de la otra no era perfectamente inocente la que se creía con derecho a juzgar, a censurar, a demostrar casi desprecio..."

El propio Teobaldo (el joven barón alemán, enamorado de Emilia), cuando se quiere mostrar severo, partidario absoluto del deber y convencido de las flaquezas y vuelto a la tolerancia:

"—¿Vuestro señor hijo —dice Constancia a Madama de Altenford—, es lo mismo que quiere que sean los demás? — ¿Cómo responderos? —dijo Madama de Altenford—. Suponiendo que mi hijo no tuerza nunca la regla, pero que en ciertos casos la desconoce, la rompe y no hace caso de ella ¿es o no es como él quiere que sea? — Cuando la pasión ciega y extravía —dice Teobaldo bajando los ojos— ¿qué se es? Se cesa de ser el mismo. — ¿Cómo? —dijo Constancia—, ¿vuestras pasiones se hacen dueñas de vos hasta ese punto? Eso es muy peligroso. — Teobaldo, convertido de acusador en acusado, se mostró más suave como más modesto, y agradeció mucho el silencio que guardó Emilia".

La segunda parte de *Tres Mujeres,* que se compone de cartas escritas desde el castillo de Altenford por Constancia al abate de La Tour, se parece mucho y con frecuencia a las conversaciones que sostenían las amistades de Madama de Charrière en esto de 1794 y 1795 sobre los asuntos de aquella época. El culto de Juan Jacobo y de Voltaire al Panteón, un clérigo-filósofo, sustituído por un clérigo-pastor, la libertad, la educación, todos estos motivos a la orden del día son tratados. Ninguna ofuscación, cada cosa está juzgada en su justo valor, hasta Madama de Sillery (de Genlis). "Admiro, dice Constancia, algunas de sus comedias cortas; hago caso de ese talento rígido y expeditivo que encuentro en sus obras y reconozco a la vez su vocación y el talento. Deberían nombrarla inspectora general de las Escuelas de la República Francesa". *Adela de Sénange* fué muy alabada.

Constancia dice que no ha querido vivir con Juan Jacobo, ni con Voltaire. ¿Con Duclos? ¿Con La Fontaine? ¿Por qué no?... Mas acaso después de todo, el mejor no valga nada. Todos ellos están sujetos, no solamente a preferir su gloria a sus amigos, sino a ver en sus amigos, en su naturaleza y en los acaecimientos, más que relatos, cuadros y reflexiones que serán publicados. "Creemos que Constancia se engaña en lo que se refiere a Racine, La Fontaine y Fenelón, y tememos que no esté en atraso en ella lo que era tan cierto en su siglo y que lo es sobre todo en el nuestro [1].

[1] El más manifiesto ejemplo de este egoísmo soberano y radiante, sometiendo y sacrificando al arte las relaciones privadas, es Goethe y su *Werther*. Es preciso, mis queridos irritados, escribía a los jóvenes esposos Kestner, es preciso que os escriba para desahogar mi corazón; ya está hecho, se ha publicado, perdonadme si podéis. Y luego: "Si pudiéseis sentir la milésima parte de lo que es Werther para millares de corazones, no sentiríais la parte que habéis tomado... Con peligro de mi vida yo no quería revocar a *Werther*... Es preciso que Werther exista, es preciso... ¡Oh! tú (se dirige al esposo que pinta tan flemático bajo el nombre de Alberto) no has sentido cómo la humanidad abrasa y consuela". El verdadero amigo no gustaba mucho de este insigne favor y era más de la opinión de quien escribía: "Salvo el respeto debido a vuestro amigo, es peligroso tener un amigo autor".

La conclusión de la primera parte de las *Tres Mujeres* tiene lugar entre el abate y la baronesa.

"No he encontrado nada en vuestras tres mujeres — dijo Madama de Berghem cuando volvió a ver al abate—, ni he visto que probasen nada, pero me han interesado. — Eso debe bastarme —dijo el abate—; pero ¿no tenéis alguna estimación por cada una de mis tres mujeres? — No puedo negarlo, contestó la baronesa. — Y bien —dijo el abate—, ¿he pretendido yo otra cosa? Si os hubiese hablado de uno de esos seres como yo conozco muchos, que hasta cuando no hacen daño. no hacen ningún bien, que no teniendo más que su interés por guía, no suponen que pueda existir otro en los demás corazones, seguramente las habríais despreciado. Talento, ingenio, gracia, nada os reconciliaría con un hombre de este temple. Es preciso para poder estimarle que algo le parezca *bien* y que algo le parezca *mal,* que tenga una moralidad cualquiera".

"Así habla a la joven baronesa de Berghem este amable y escéptico abate de La Tour, *que encuentra poco seguro para su tranquilidad el pasar un invierno en Altenford, cerca de Constancia*".

La conclusión de la segunda parte repite la misma idea pero en un tono más ligero y con cierto aspecto elevado en boca de Constancia:

"¡Oh! la rectitud es buena. No tendré ninguna disputa con Teobaldo. Respeto todos los escrúpulos, los escrúpulos religiosos, los escrúpulos de honor, en una palabra, todos, aun aquellos que no tengan nombre y hasta la sumisión a las leyes que nada sancionan. Mi espíritu, tan enemigo de todos los galimatías, respetará siempre éste. Me gustará siempre ver a una extremada delicadeza someterse a reglas que ella no puede definir, y que no sabe de dónde emanan".

Acaba esta novela de la que yo no he entresacado más que el pensamiento, olvidando el detalle y su delicadeza,

se presta a muchas reflexiones. ¡Cuántas cosas hay ahí, me decía yo, más de las que veo! ¡Cuántas consecuencias y observaciones pasan sin pretender ser admiradas! ¡Y qué agradable es adivinarlas en un trazo o en una palabra! La moral es muy escéptica pero tiende al bien. Hay una tolerancia que no es la total indiferencia. Es una *novela del Directorio,* pero que se puede volver a ver después de las restauraciones.

No seamos tan orgullosos: austeros regentes de nuestros tiempos, kantianos, eclécticos y doctrinarios, no somos tan ricos en moral como a la larga hemos probado. ¿Qué queda por decir? Desde hace treinta años ¿quién no ha leído en el alma de los hombres, sin hablar de la suya, y quién no ha comprendido? En literatura estamos peor que en otras cosas; el espíritu es el que impone la ley. Intriga, piratería, vanidad sin freno, venalidad. ¡Oh! si en todas esas gentes de talento hubiese en el corazón un sitio sano, un grano de honradez, uno sólo en cada uno ya sería mucho. En estos momentos de disolución de doctrinas y de corrupción universal, es preciso a toda costa tener dentro de sí, en su carácter, en su conducta, sitios invencibles, inexpugnables, aunque estuviesen aislados de todos los demás; especie de peñones de Malta o de Gibraltar, en donde se mantiene la bandera. O para hablar más bajo, más al unísono de la naturaleza, respecto de moral, yo soy como Madama de Charrière; me basta que haya algo en cada uno [1].

[1] Como corolario de esto, tengo necesidad de añadir un precepto, igualmente contrario al *todo o nada* de una moral inaccesible. La indulgencia que se tiene para con los demás se debe tener sin duda para con nosotros mismos. Es preciso tanto como sea posible no cometer una falta; pero en fin, es una regla bien esencial de conducta el no encontrar razón para cometer una segunda falta por haber cometido una primera. Alguien veía a Madama de Montespán muy exacta en los rigores de la cuaresma y se asombraba: "¿Porque se comete una falta, es preciso cometerlas todas?", decía ella. Yo me apodero de la frase. Ayer meditábais una vida pura, abnegada, honrada por todas las virtudes, sembrando con ambas manos las buenas obras. Esta mañana, porque habéis cometido un error, ¿no seguís el camino emprendido y os desesperáis como el soldado que deserta en el combate y no cree poder honrarse de nuevo en él? ¡Oh! haced las

Madama de Charrière tuvo, me parece, una vejez bastante triste y que encerraba estoicamente su queja. Alma firme y orgullosa, como hemos podido ver en el fragmento de la carta citada al principio y que se refiere a su final, estaba hecha a las necesidades diversas de la sociedad o de la naturaleza. Se aplicaba secretamente lo que escribió con acento penetrante y elocuente en las cartas de Constancia: "Madama de Horst (alguna dama de Osnabruck) estaba en nuestra compañía. Se quejaba de su estado de aburrimiento. *¿Y yo estoy sobre rosas?* dijo la emigrada sonriendo. Madama de Horst fué la única que no lo oyó. Pues bien, he aquí una cosa que las gentes sensibles y juiciosas deben al duelo que cubre a Europa. Enrojecerían al hablar de sus pérdidas particulares y disimulan sus pequeñas humillaciones. Desde hace tres años oigo a Catimozin por todas partes, y cuando nace mi queja muere en mis labios, y en el silencio a que yo misma me obligo mi alma se reconforta".

Había contado poco con el amor y no había deseado la gloria, más aun cuando la razón ahuyenta a las quimeras, la sensibilidad no pierde nada. Este lindo jardín del país de Vaud y la vista de las colinas no la consolaban más que a medias. El anillo misterioso de la dicha estaba para ella, desde hacía mucho tiempo, hundido en el abismo de los lagos tranquilos. Expiró el 27 de diciembre de 1805 a las tres de la mañana, y ya hacía varios días que no daba señales de vida. Tenía sesenta y cuatro o sesenta y cinco años próximamente. Su marido la sobrevivió. Desde hacía mucho tiempo seguía las huellas de Madama de Charrière por la lectura de *Cartas de Lausana*. Mejor informado de todas las cosas relacionadas con ella durante mi estancia en su país, habría creído faltar a una especie de justicia, no hablar más pronto o más tarde, de

---

buenas obras como si fuéseis puros, no para honraros sino para consolar al que sufre. Que el pobre no se dé cuenta de vuestro error, pues ese es el medio para que desaparezca pronto.

una de las mujeres más distinguidas del siglo XVIII, de una persona tan perfectamente original de gracia, de pensamiento y de suerte, que nacida en Holanda y viviendo en Suiza, no escribía sus libros sino para que los tradujesen en alemán, pero que sin embargo, por el espíritu y por el tono, fué de la pura literatura francesa, y de la más rara hoy, de la de *Gil Blas,* de Hamilton y de *Zadig* [1].

15 MARZO 1839.

[1] En el momento de esta reimpresión tengo a la vista cartas de Benjamín Constant a Madama de Charrière (1787-1795) que M. Gaullieur de Lausana se propone publicar. La familia de Constant posee por su parte cartas de Madama de Charrière a Benjamín. Saldrán a la luz cosas dolorosas. Ha sentido todas las tristezas de la vida la que escribía: "Vos no tenéis como yo estos momentos en los que no sé siquiera si tengo sentido común. Mas sería preciso ser conocida o entendida".

MADAMA DE RÉMUSAT

Siento gran debilidad por los autores que lo son sin saberlo. Se vive en el mundo al lado de ellos, gustamos de su ingenio, y estamos a cien leguas de pensar en el hombre de letras, en la mujer de letras, en el autor, ni en nada que se le parezca. Pero, un día, un verano, en un momento de aburrimiento, después de los años brillantes, esta persona, en el campo, toma una pluma, y traza, sin objeto determinado de antemano, una novela con sus recuerdos para ella sola, o bien escribe cartas muy largas a sus amigos. Dentro de cincuenta años, cuando todos se hayan muerto, cuando ya no se leerá más el hombre de letras de profesión y sus treinta volúmenes que pasaron irán a enterrarse en los catálogos fúnebres, la humilde y espiritual mujer será leída, saboreada con tanto placer como cualquiera de nuestros contemporáneos, y se convertirá en uno de los más admirables y duraderos ornamentos de esta literatura, en la que no parecía pensar más que nosotros cerca de ella.

Los ejemplos dignos de citarse en este género no faltan en el pasado, y es preciso esperar que el porvenir nos reserve algunos. Desde ahora todo no será regulado por la profesión, y lo imprevisto nos sorprenderá. En esta rara y fina hilera, en que figuran desde Madama de Sé-

vigné hasta Madama de Motteville, Madama de Rémusat ocupa su puesto. Lo tendrá más preeminente el día en que las memorias que dejó sobre el Imperio puedan ser publicadas. Entretanto, podemos reivindicar aquí al autor de un excelente *Ensayo sobre la Educación de la mujer.* Pero nuestras miradas no se limitarán al libro, pues la persona nos atrae mucho más. Nuestro gran placer consistirá en llevar, tanto a los lectores que se acuerden de ella, como a los que no la conozcan nada, a la intimidad de su noble espíritu que una confianza amigable nos ha permitido descubrir. Hablar de ella dignamente y con todos los matices correspondería a otra pluma tan delicada como seria, si el pudor filial no fuera una de sus primeras delicadezas.

Clara Elisabeth Gravier de Vergennes nació en París en 1780. Era biznieta del ministro de Luis XVI. Su padre había sido intendente en Auch, y ocupaba en París, cuando la Revolución, un puesto muy importante, algo como una dirección general. Formó parte el 89, de la administración de la *commune* en París y pereció en el patíbulo en el 94. Su viuda (señorita de Bastard), que ejerció una gran influencia en la educación de sus hijas, era una mujer de grandes méritos, de talento original, alegre y sensata. Templada por la experiencia de su siglo, parecía estar dotada de esa superioridad de carácter que tomando a la vida tal como es, sabe presentarla a los demás tal como debiera ser. Madama de Vergennes educó severamente a sus dos hijas, anticipándose a las condiciones de la nueva sociedad que preveía. La ruina económica repentina que tuvieron a la muerte de su tío el ministro (1787) había sido para ella la primera lección que no le causó asombro, pues desde muy temprano había leído a La Bruyère. La Revolución la encontró desconfiada, y quería abandonar a Francia antes de los acontecimientos funestos, pero su marido no consintió en ello. Entonces se dispuso a ser fuerte ante las desgracias, y al día siguiente

de los desastres a salvar el porvenir de su joven familia.

La cuna de Madama de Rémusat está bien dibujada, y estas circunstancias primeras y decisivas que rodearon su infancia son los gérmenes de sus grandes cualidades. El ambiente social en que nació, como el en que se formó su hermana mayor la señorita Paulina de Meulan, se puede decir (y me apoyo en palabras ciertas) que "era el de esas familias de altos funcionarios y de buena sociedad, que sin formar parte precisamente de la sociedad aristocrática, ni tampoco de la sociedad filosófica, tenían muchos puntos de contacto con el movimiento del siglo aunque con moderación, casi lo mismo que como en justicia B. de Vergennes, que contribuyó a la Revolución de América, fué colega de Turgot y de M. Nécker y preparó la Revolución francesa, sin ser filósofo ni innovador".

Protegida y abrigada hasta salir de estas terribles desgracias bajo el ala de su excelente madre, la joven Clary, en un lejano retiro campestre, prolongaba cerca de su hermana menor [1] una infancia apacible, unida, estudiosa, no cesando de amasar cada día el fondo de su alma sana, sólida y sensible. Tal la creó la naturaleza y tal la hizo una educación lenta y continua. Su fisonomía y la forma de sus rasgos acusaban un poco este interior grave, pero sus gustos, no debemos exagerar, no eran nunca impropios de su edad. Su rostro regular estaba animado, sobre todo, por la expresión de sus bellos ojos negros. El resto, sin causar asombro, ganaba siendo observado, y toda su persona parecía mejor a medida que se la miraba más. Desde muy joven conservó su sencillez en sus vestidos, que podríamos llamar negligencia decente.

Casada a los diez y seis, y por afecto con M. Rémusat, antiguo magistrado, encontró en este esposo que le doblaba la edad, un guía instruído, un amigo seguro, y entre su madre, su hermana y él, continuó su vida retirada, de

[1] Hoy la condesa de Nansouty.

dicha oculta y de cultura interior. Algunas citas de Horacio que se le escapan, me demuestran que, como Madama de La Fayette y Madama de Sévigné, sabía el latín. Lo aprendió en aquellos momentos de calma, alternando su estudio con los cuidados a su marido y a su hijo, pues era madre a los diez y siete años.

Así todo concurría a hacer en ella su sentido delicado, que llamaríamos rectitud adornada. El valle de Montmorency era el feliz cercado, aunque primero habitaron en Saint-Gratien y luego en Sasmois. Encuentro entre papeles y notas de un tiempo posterior la expresión y el sentimiento de su dicha tan completa entonces, cerca de una madre que no duraría mucho: "Me parece verla todavía —escribe a su hijo—, en aquella casita que tú acaso recuerdas todavía, trabajando en alguna labor para una de sus hijas, alegrando nuestras veladas con su conversación tan interesante y tan variada, unas veces contando con la originalidad que le era peculiar mil historias risueñas, o que nos lo parecían por el encanto que ella sabía prestarles, y otras animando a nuestra sociedad con una discusión seria, que ella sabía según la conveniencia prolongar con interés o terminar en un momento dado. De entre esas numerosas bromas inocentes se escapan algunos pensamientos fuertes y hondos, que su buen gusto sabía revestir siempre con una especie de color femenino..." Sin detenerme demasiado en este retrato familiar que se refiere a los orígenes de la persona que nos ocupa, sin pretender tampoco penetrar en el misterio de la transmisión, me parece que estas amplias excelentes cualidades maternales habrían bastado como una rica herencia que debía fructificar. Una de sus hijas, esta que nos ocupa, desarrolla más tarde la parte seria y filosófica, en tanto que en la otra encontramos (iba a decir aplaudimos) la ingeniosa y alegre festividad, el brillo de su imaginación, en tanto que la vena original, primitiva, permanecerá oculta para brotar en su nieto cuya infancia era su encanto.

De un carácter muy diferente del de Madama de Vergennes, y perteneciendo a una generación mucho más anterior, Madama de Houdetot habitaba en Sannois. Sólo un muro separaba a las dos familias, y la vecindad y las amables conveniencias las unieron. La intimidad que siguió fué de un efecto duradero en el espíritu de Madama de Rémusat, y determinó en cierto modo el medio social en que pasó su vida. Madama de Houdetot no murió hasta enero de 1813, a la edad de ochenta y tres años. En los años en que nosotros la tomamos, es decir, un poco antes de 1800, el salón de esta amable anciana reunía los restos de la buena sociedad y de la sociedad filosófica que en ningún momento había sido absolutamente desterrada. Se puede decir de Madama de Houdetot, que su ideal de existencia no salió nunca de ese valle de Montmorency, en el que la llama de Juan Jacobo ha grabado su recuerdo con caracteres inmortales. Su primavera de idilio floreció muchas veces y su frescura de impresiones se conservó hasta el último día. Madama de Houdetot pasó en el campo la época del Terror. Su retiro fué respetado, sus parientes se agruparon en torno suyo, y podría haber ocurrido muy bien (escribe Madama de Rémusat en un retrato de su vieja amiga) que no guardase de estos días terribles nada más que el recuerdo de las obras más tiernas y de las relaciones más afectuosas que le demostraron. Madama de Houdetot era de esas almas que se pintan con esta frase: *han pasado por el mundo viéndole bien.* Esto es accesible a todo el mundo. La feliz ilusión de que se rodea una naturaleza amante, lanza destellos en torno suyo, y presta un poco de calor a los demás. Mas quiero, de este retrato que tengo a la vista y que tiene por epígrafe la frase de Massillon: *Es el amor lo que decide al hombre a todo,* quiero extraer algunos párrafos que fijarán mejor los matices, y nos acostumbrarán más a la observación juiciosa y sutil, a la línea graciosa y pura de la que lo ha trazado:

"Apenas se puede —escribe Madama de Rémusat— llevar más lejos que Madama de Houdetot, no diré la bondad, pero sí la benevolencia. La bondad exige una especie de discernimiento del mal, y viéndole, le perdona. Madama de Houdetot no le ha observado en nada. No la hemos visto sufrir, sufrir realmente por él, y cuando alguien condenaba ligeramente algo delante de ella, imponía silencio pidiéndole en nombre de la pena que le hacían sentir. Esta benevolencia ha prolongado la juventud de sus sentimientos y de sus gustos. La costumbre de vituperar es buena para el espíritu, mucho más que lo que ella creía, pero es cierto que seca el corazón y produce un descontento anticipado que descolora la vida. Dichoso aquel que muere sin ser desengañado, pues el velo claro y ligero que cubre sus ojos dará a todo lo que le rodea un encanto y una frescura que la vejez no marchitará. Madama de Houdetot decía con frecuencia: Los placeres me han abandonado, pero no puedo acusarme de haberme cansado de ninguno. Estas cualidades la hacían indulgente y fácil para con la juventud. Permitía que los otros gozasen de los mismos bienes que ella había apreciado, y cuyo recuerdo amaba, pues su alma conservaba una especie de agradecimiento a todas las épocas de su vida.

A causa de su misma disposición expansiva, se complacía en el campo. Avida de apoderarse de todo aquello que se ofrecía a sus impresiones, se había guardado de conocer todo lo que puede inspirar el espectáculo de un sitio bello y risueño. Permanecía en éxtasis ante un punto de vista que le agradaba, escuchaba embelesada el canto de los pájaros, contemplaba una flor y esto lo hacía en los últimos años de su vida. Siendo joven hubiera querido amarlo todo, y los gustos que ella había podido conservar embellecían su vejez, como habían concurrido a adornar esa feliz época que nos permite encontrar un placer en cada una de nuestras sensaciones.

"...Vuelta a la sociedad cuando cesaron las turbaciones,

vino con su benevolencia acostumbrada y quiso gozar todavía de los bienes que no podían escaparle. La necesidad de amar que existió siempre en ella la guió a reemplazar a amigos que había perdido con otros amigos jóvenes, que ella escogió a su gusto, y cuyos nuevos afectos consolaban las pérdidas. Creía honrar todavía a los que había amado y de quienes se veía privada, cultivando en su edad avanzada las facultades de su corazón. Muy débil para mantenerse en su vejez con sólo sus recuerdos, creía que no se debía cesar de amar antes de cesar de vivir. Una Providencia indulgente le otorgó este placer preservando sus últimos años del aislamiento que generalmente les acompaña. Cuidados asiduos y delicados embellecieron sus últimos días con algunos colores que había repartido su primavera. Una amistad muy complaciente [1] consintió en tomar con ella la forma que acostumbraba a dar a sus sentimientos. La razón austera y desengañada podía a veces sonreír ante esta juventud eterna de su corazón, pero esa sonrisa habría sido sin malicia, y al final de la vida, Madama de Houdetot encontró en la gente esa indulgencia afectuosa que sólo la infancia tiene derecho a reclamar.

"De otra parte ha probado por el valor y la calma que demostró en los últimos momentos que el ejercicio prolongado de estas facultades del corazón no quita energías. Cuando se sintió morir, no dejó escapar más que la expresión de un sentimiento tan tierno como conmovedor: —No me olvidéis —decía a sus parientes y a sus amigos que lloraban en torno de su lecho—, tendría más valor si no fuese preciso abandonaros; ¡pero, al menos, que viva en vuestro recuerdo!

[1] La de Madama de Sommariva. Sería toda una historia renovada el decir la pastoral a que se prestó. Joven, rica, se fingió desgraciada, arruinada, desterrada a fin de representar mejor el papel de extranjera enternecida y llena de agradecimiento, para dar pretexto a Madama de Houdetot que dijese en su candor: "¡Pobre joven! No es extraño que me ame".

Así reanimaba todavía a su vida que se apagaba, y estas solas palabras *yo amo,* han sido los últimos acentos que su alma exhaló al encaminarse hacia Dios".

Madama de Rémusat dibujaba este admirable retrato en 1813. Quince años antes había entrado en esa sociedad restaurada que componía tantos restos, y que se disponía a sonreír graciosamente, a pesar de sus arrugas. Esta sociedad de Madama de Houdetot, en la que reinaban todavía los últimos filósofos, M. de Saint Lambert, M. Suard y el abate Morellet, no era más filosófica que literaria. Había allí, nos dice un buen juez, una mezcla bastante pacífica de luces modernas, de deseos retrógrados, de gustos del antiguo régimen, costumbres sencillas, tristes pesares por los dolores del 93, y había, sobre todo, un vivo deseo de felicidad, de tranquilidad final y de placeres de sociedad. Lo que habría sido una contradicción diez años antes se ajustaba maravillosamente a aquel momento. A través de esta mezcla de ideas y de sentimientos, nada oprimía la acción libre del pensar y nada forzaba su dirección. Los talentos jóvenes podían gobernarse ellos mismos y trazarse una línea de conducta. En política, se era realista, en el sentido de que preferían Luis XVI a sus jueces, y los emigrados a los jacobinos; pero, en general, se mostraban muy dispuestos a acatar todo gobierno regular, todo lo que garantizase el orden y el reposo. Era la buena compañía del Consulado. El Consulado desde el primer día fué saludado y reconocido.

Madama de Vergennes había tenido en todo tiempo algunas relaciones con Madama de Beauharnais, y no las había interrumpido con Madama de Bonaparte. La casualidad las había acercado por primera vez en una aldea de los alrededores de París en donde habían pasado el terrible verano del 93, y otra casualidad las unió en el tiempo de la expedición a Egipto. Madama Bonaparte habitaba entonces Malmaison, y Madama de Vergennes vino a permanecer algunos meses en Croissi, muy cerca

de allí, en el castillo de un amigo. La fortuna del ilustre ausente, en esta época, no era como la juzgamos hoy, pues su astro parecía por momentos eclipsarse. Madama Bonaparte, después del radiante destello de la primera campaña de Italia, se encontraba ya un poco viuda, un poco repudiada, y presa de mil estrecheces y preocupaciones en el seno de los restos suntuosos de una primera y pasajera grandeza. De un natural expansivo y de un fácil abandono, apenas se encontró con Madama de Vergennes depositó en ella todas sus confidencias. El desembarco en Frejus la sorprendió en medio de estos temores y volvió a colocarla bruscamente sobre su carro triunfal. Cuando después de un año, y una vez que aquel gobierno se hubo afirmado, Madama de Vergennes recurrió a ella y le expresó el deseo de una posición para su yerno en el consejo de Estado, la encontró muy complaciente. Las Tullerías volvían a abrirse; y Madama Bonaparte pensó un momento en tomar por dama a Madama de Rémusat, y agregar a su marido al servicio del Cónsul. Esto era más de lo que habían deseado. Pero tales favores eran órdenes que no se discutían. M. de Rémusat llegó a ser gobernador del palacio.

Se intentaba un comienzo de corte, y en el año 1802 Madama de Rémusat se estableció por primera vez en Saint-Cloud, donde estaba entonces el primer Cónsul. Tenía entonces veintidós años. Su nombramiento y el de su marido fueron un acontecimiento, pues hasta entonces todas las personas del séquito eran militares. Se podía ver en ello un pensamiento del señor, un primer paso y un primer eslabón entre él y el elemento civil para captarse a las personas considerables. Había muchos grados en los antiguos nombramientos, pero el de Vergennes era conocido, histórico, y estaba relacionado con el antiguo régimen. Esto era una barrera en el camino para los más grandes, que sin embargo no dejaron de lanzarse en tumulto en cuanto el Consulado se convirtió en Imperio.

Además, el Cónsul, que quería *que se supiese por él lo que él ignoraba,* encontraba en M. de Rémusat un tacto seguro, un conocimiento perfecto de las conveniencias y costumbres que había que establecer, todo lo que, en fin, en esta época, podía servir a esa parte importante y delicada. No se trataba de nada menos sino de restablecer la dignidad en las formas y en la cortesanía.

Tendría que decir demasiado, y diría siempre poco, si quisiese seguir a Madama de Rémusat en esta corte en donde se encontró lanzada a los veintidós años al salir de una existencia solitaria y moral. El entusiasmo agradecido y abnegado, cuya necesidad sintió primero, sufrió muchos fracasos consecutivos para subsistir mucho tiempo. Ella misma pinta este decrecimiento gradual en sus Memorias, que no me creo casi con el derecho a desflorar [1]. Pronto encontraremos algunos resultados de su experiencia trazados bajo el velo de una novela, y entonces podremos más fácilmente hacerlo resaltar.

Una particularidad esencial, y por decirlo así, histórica, queda por anotar: Madama de Rémusat fué una de las personas que durante estos primeros años habló más con el Cónsul. ¿A qué debió este favor? Ella misma lo deduce no sin burlarse un poco. Llegaba sencilla y franca, con costumbre de conversación fácil, al centro de esa sociedad de la etiqueta, en la que al principio, en general, se es tímido e ignorante. Admiraba a Bonaparte y aún no había aprendido a temerle. A las bruscas preguntas que le dirigía, en sus rápidos monólogos, las otras mujeres no

[1] Ha hecho algo mejor. Admitida como Madama de Motteville a ver desde muy buen sitio esta *comedia bella,* había pensado en que no perdiesen ninguno de sus recuerdos. Escribió cada noche los sucesos, las impresiones y los diálogos del día. Por desgracia, en 1815, durante los Cien Días algunas circunstancias que sin duda ella exagera, la hicieron temer por aquellos papeles tan llenos de nombres y de cosas: lo que es verídico es casi siempre terrible. Salió para dejarlos en seguridad en casa de un amigo, pero no habiéndole encontrado al regresar los echó a la chimenea. Una hora después eran los pesares. Sólo después de la publicación del manuscrito de Madama de Staël sobre la Revolución Francesa, tuvo la idea de reunir de nuevo estos recuerdos.

contestaban sino con monosílabos, en tanto que ella si tenía algún pensamiento se permitía decirlo. Las primeras veces esto causó grandes comentarios y risas, y debió hacérselo perdonar por el silencio de los días siguientes. Pero lo que hacía mejor que contestar, era comprender, escuchar y deducir cuando Bonaparte reflexionaba en alta voz. El era muy sensible a este género de inteligencia y no sabía que la mujer lo posee en un grado infinito. ¿Era esto lo que le extrañaba? M. de Lamennais, en un reciente escrito, del que se sacarían seguramente pensamientos más graciosos, ha dicho: "Nunca he encontrado una mujer capaz de seguir un razonamiento durante un cuarto de hora". Esto es muy duro y denota el rencor. Bonaparte no era precisamente galante y se mostraba muy severo para con el talento de las mujeres; pero nunca habría dicho cosa semejante, pues sólo hubiese tenido que acordarse de Madama de Rémusat.

Diversas razones y circunstancias interrumpieron en seguida estos *débuts* comunicativos, pusieron fin a las conversaciones del héroe con la mujer espiritual. Primero fué la prudencia que le indicó la poca seguridad del lugar; y luego la etiqueta soberana del Imperio que puso el nivel. Sin duda Madama de Rémusat era un talento muy reflexivo y diligente para escuchar conversaciones políticas sin hacer deducciones, y el emperador pudo darse cuenta de ello y desconfiarle. Unida por afecto y por posición a la emperatriz Josefina, comprendió que su único papel era seguir su destino. Desd muy temprano su salud estuvo alterada y esto impidió un servicio muy activo, aun cuando fué simplificado en el retiro de Malmaison. M. de Rémusat continuaba cumpliendo el suyo con exactitud y conciencia. La situación bastante alta que había obtenido desde el primer día no llegó nunca hasta el favor. Después del divorcio hubo un enfriamiento definitivo, y su amistad con M. de Talleyrand, durante los últimos años del Imperio, extendió sobre ellos como una sombra de la misma desgracia.

Hacia esta época, el gusto de la conversación y de la literatura fueron las ocupaciones crecientes en la vida de Madama de Rémusat. Las serias reflexiones vinieron con la edad, aunque su madurez databa desde su juventud. En un viaje que en 1806 hizo a Coterets por su salud, el aislamiento en que se encontró al salir de una corte que había anticipado su experiencia, le dió lugar a reunir los frutos ya tristes y amargos. Sus sufrimientos la inclinaron hacia las ideas religiosas en las que durante su infancia fué ferviente, pero que se habían entibiado un poco después. Rezó y sobre todo meditó: "La meditación —ha dicho ella— se diferencia del ensueño en que la primera es la operación voluntaria de un espíritu". Las reflexiones que escribió hacia el mismo tiempo después de haber leído las de Madama du Châtelet sobre la *Dicha,* nos la muestran muy contraria a la moral egoísta y secamente calculada de la amiga de Voltaire, así como también estuvo poco inclinada a la moral puramente sentimental extraída de Rousseau. La suya buscaba más bien su apoyo en la razón y se encaminaba al deber. Sin embargo, las ideas y hasta las mismas prácticas religiosas intervinieron, y tuvieron más eficacia que lo que sus amigos lo hubiesen creído, pero acaso menos que lo que ella decía. En un excelente trozo fechado en 1813 *sobre la coquetería,* no había tenido necesidad de consultar su observación moralista, su juicio sano ni sus gustos delicados para decir:

"A los treinta o cuarenta años es cuando las mujeres se dan más a la coquetería. Cuando son más jóvenes gustan sin esfuerzo y por su misma ignorancia. Pero cuando su primavera ha desaparecido, comienzan a emplear las mañas para conservar los homenajes a los que les es muy difícil renunciar. Algunas veces también intentan adornarse con las apariencias de inocencia que les valieron tantos éxitos. Se equivocan; cada edad tiene sus ventajas y sus deberes. Una mujer de treinta años ha visto el mundo y conoce el mal aunque no haya practicado sino

el bien. A esta edad es generalmente madre, y la experiencia ha llegado a ser su verdadera salvaguardia. Entonces debe ser tranquila, reservada, y casi diría un poco fría. Ya no debe aparecer lánguida y con la gracia de la ingenuidad, sino con la dignidad majestuosa que dan los títulos de esposa y de madre. En esta época es preciso tener el valor de quitarse el cinturón de Venus. Ved los encantos con que el poeta la adornó [1]: ¿Son esos los atributos de la virtud y de la maternidad?

"Mas ¡cuánta resolución se necesita para abandonar parecido ornamento! Con un poco de cuidado ¡sienta tan bien todavía! Sin embargo, algunos años después el cinturón caerá por sí solo, no queriendo adornar encantos marchitados. Entonces enrojecerán mirándole, y se dirán como aquella cortesana griega que consagraba su espejo a la Belleza eterna: *Yo se lo doy a Venus puesto que ella es siempre bella...*

"¿No es más prudente prevenirse de antemano contra la amargura de parecido momento, y buscar consuelos contra el desengaño? Los sacrificios dictados por la razón, tienen la ventaja de que el esfuerzo que costaron es siempre la recompensa. ¡Oh, madres! Rodeaos desde muy temprano de vuestros hijos. En cuanto lleguen al mundo atreveos a pensar en que vuestra juventud va a pasar a la suya. ¡Oh, madres! ¡Sed madres, y seréis prudentes y dichosas!"

Escribía estas cosas con un sentimiento profundo y las decía con un acento penetrado. En efecto, a esa edad dejó el cinturón de Venus que no había tenido para ella más que gracias púdicas. Todo nos dice que pudo permitírsele todavía. Tendríamos una afortunada idea de su persona en este momento, en un retrato exquisito de Clary trazado por una mano, iba a decir por una garra, muy conocida, no en tal materia, y poco acostumbrada

[1] "Ahí están encerrados todos los encantos; ahí el amor, el deseo, murmullo de amantes, el insinuante propósito que roba el corazón hasta a los más prudentes". *(Homero).*

a escribir [1]. En estos años veía mucho a Madama de Ventimille y a esa sociedad escogida, cuyos detalles nos ha pintado con una vivacidad tan afectuosa como punzante Monsieur Joubert en sus cartas. La sociedad de Madama de Ventimille era más y mejor que una continuación del siglo XVIII. En este tiempo en que todo renacía, había en ciertos rincones como una reflorescencia del puro XIV. El gusto se remontaba a sus más altas fuentes, y la religión servida por M. de Chateaubriand representaba sus grandes modelos. Mientras que fuera, una librería inteligente, ayudando a esta reacción del público, reimprimía colecciones de antiguas memorias, selecciones de cartas de Madama de Montmorency, de Madama de Scudery y de Madama de Coulanges, se citaba tal círculo en el que las mujeres se vestían de duelo en ocasión del aniversario de la muerte de Madama de Sévigné.

La moda de los retratos, que no había desaparecido por completo, parecía revivir como en los mejores tiempos de *Mademoiselle*. Después del de Madama de Houdetot por Madama de Rémusat, podría citar todavía el retrato de Madama de Ventimille y el de M. Pasquier, el cual, en muchas cosas, nos parecería de ayer, tanto acompañan mi trabajo hasta el final a los méritos sólidos las facultades amables que la sociedad ejerce. Madama de Rémusat, en las horas libres que le dejaban sus funciones de servicio oficial, desde entonces atemperadas, se complacía quedándose en casa. Su salón de la plaza de Luis XV fué uno de los tiempos del Imperio. La sociedad de Madama de Ventimille y la de Madama de Houdetot se encontraban en él con algunas ligeras variaciones. Formaban parte de ella M. Molé, M. Suard, el abate Morellet, M. de Bausset (el cardenal), M. Galloix, M. Cuvier, la señorita de Meulan y Monsieur Guizot, M. de Barante, M. de Fontanes, algunas veces, Gerard el pintor, y más tarde M. Villemain. En un

[1] M. de Talleyrand, un día que presidía el Senado, aburriéndose, cogió una hoja de papel oficial, y con su letra diminuta trazó el retrato de *Clary*.

cuaderno de recuerdos, en uno de esos álbumes entonces más raros que hoy y más íntimos, en los que se leen los nombres de los amigos, y en donde buscamos de cada uno de ellos con curiosidad y tristeza algunos detalles particulares y lejanos, encuentro con fortuna, y la copio, una página luminosa firmada por Chateaubriand. Nada de lo que sale de ciertas plumas podría escapar ni desaparecer. Monsieur de Chateaubriand tiene grandeza hasta en la gracia, y me figuro que Homero hubiese sido Homero hasta en las proporciones de la Antología. He aquí el espléndido fragmento.

"La Gloria, el Amor y la Amistad bajaron un día del Olimpo para visitar los pueblos de la tierra. Las tres divinidades decidieron escribir la historia de sus viajes, y el nombre de los hombres que les diesen hospitalidad. La Gloria tomó para cumplir sus propósitos un pedazo de mármol, el Amor unas tablas de cera, y la Amistad un libro blanco. Los tres viajeros recorrieron el mundo y se presentaron una tarde en mi puerta. Yo me apresuré a recibirlos con el respeto que es debido a los dioses. Al día siguiente, cuando se marcharon, la Gloria no pudo grabar mi nombre en el mármol, el Amor, después de haberlo escrito en sus tablas lo borró riendo, y sólo la amistad me prometió conservarlo en su libro.

DE CHATEAUBRIAND. — 1813." [1]

[1] Cuando publiqué por primera vez esta página, M de Chateaubriand se disgustó viéndose sorprendido en estrecha amistad con una persona de esa sociedad imperial o doctrinaria con la que se había enfriado y por la que sentía antipatía. Dijo a Madama de Récamier que nunca había escrito nada en el álbum de Madama de Rémusat, y que el fragmento no era de él. Madama de Récamier me lo dijo, pues la verdad para esta encantadora mujer no era sino la que querían sus amigos. No había que hacer otra cosa, ante la declaración de M. de Chateaubriand, sino decir que el fragmento estaba escrito y firmado por su mano. Los elogios que yo le añadí y el gran nombre de Homero que intercalé por precaución no habían podido conjurar un acceso de mal humor. Nadie sabe todos los trabajos y las mañas de que tenemos que valernos los críticos cuando tenemos que tratar de delicados puntos de la historia literaria contemporánea de los cuales debemos estar informados y que no queremos escribir dictados por nadie. Gracias a Dios no he tenido nada que gobernar en este mundo, pero me basta con el amor propio de los autores y ya es bastante.

Sería muy importante averiguar si Madama de Rémusat aportó algo de particular y de nuevo a la conversación de aquel tiempo, pues seguramente que intentó introducir la seriedad. Las dos partes estaban antes sensiblemente separadas: se tenía la seriedad en el gabinete y en la soledad, y lo frívolo y lo divertido en los círculos mundanos. Así, pues, había lugar a un intento de transacción y de conciliación. Nosotros, literatos, que juzgamos desde un poco lejos y sólo por libros, diremos que si Madama de Staël introdujo y mantuvo una especie de seriedad más exaltada, que si Madama Guizot (señorita Paulina de Meulan) no temió a una seriedad más razonadora y perfecta, Madama de Rémusat debió de buscar una seriedad más unida y más suave. Pero todas estas distinciones son *fórmulas* dictadas después para uso de los que no han visto. Me apresuro a salir de esto, pues veo desde aquí los verdaderos testigos, los solos que han vivido y que saben, que sonríen.

En la historia (casi imposible desgraciadamente) de la conversación en Francia, un rasgo bastaría para calificar a Madama de Rémusat: fué la mujer con quien gustaban más de conversar Napoleón y M. de Talleyrand.

La historia de la conversación, acabo de decir, es imposible, como la de todo lo que es esencialmente relativo y pasajero, y que se refiere a las propias impresiones. ¿Dónde encontrar los elementos y la medida? Aun cuando los propósitos exactos se transmitieran a manuscritos, nos llegarían sin fuerza, pues el papel no sonríe [1]. Nada se adapta más al gusto de cada época que la conversación. El diálogo serio de ayer parecerá tímido mañana, o superficial o insulso. La conversación delicada y cortés de un tiempo parecerá pesada en otro. Madama de Rémusat lo ha hecho observar en su *Ensayo sobre la Educación* (cap.

[1] El inconveniente de los libros de *Pensamientos*, parecen con frecuencia pretenciosos y las mismas cosas dichas no lo serían. La sonrisa y el acento les hacen agradables; pero en el papel ya es otra cosa, porque el papel es estúpido.

XI). El ideal de la conversación, cuando se quiere fijar su más bello momento, retrocede y huye como todas las edades de oro. Madama du Deffand y Madama du Châtelet se quejaban de las costumbres de los hombres y Madama de Lambert decía que han perdido el verdadero tono. Madama Des Houillières creía que era preciso remontarse hasta Bossampierre, y Madama de La Fayette ha retrotraído la fecha de su novela hasta los Valois. Prefiero creer que, a pesar de nuestras quejas, no debemos desesperar. Cuando nos lamentamos tan vivamente de la pérdida de los placeres de la conversación (esto es como los escrúpulos en moral), se está muy cerca de merecer la excepción afortunada. Después de todo, ¿hubo nunca algo más?

Y puesto que estoy en esta cuestión de la introducción de la seriedad en las conversaciones mundanas, quiero señalar, al pasar, una consecuencia, pues es particularmente literaria. Desde el punto de vista del escritor, es un inconveniente el aportar más uniformidad entre lo que se *habla* y lo que se *escribe;* se habla con gran verbo y se escribe con menos. El tacto, la conveniencia que se encuentra con la pluma, no es siempre para el talento una compensación suficiente. Cuando se habla mucho de cosas que han de ser escritas se las descolora, se las evapora y al escribirlas han perdido frescura. La sociedad, sin embargo, gana en interés, y cuando no es para las personas un accidente ni un lugar de paso, sino una estancia habitual y necesaria, es preciso sacar todo el partido posible hasta pensar y reflexionar en alta voz, pues si no, se corre el riesgo de no tener tiempo para reflexionar. Ahora bien, para pensar en alta voz, operar sobre las ideas delante de testigos es un ejercicio brillante, un juego lleno de encanto y que acaba de apoderarse de nosotros. El pensamiento casto, recogido y ardiente se enfada y tiene también sus orgullos y sus pudores. No se piensa solamente en alta voz, se estudia, y así el giro va adquiriendo claridad y rapidez. La sensibilidad y la imaginación en

el estilo, la expresión continente y celosa, se adquieren y se conservan de otra manera. M. de Buffon lo sabía bien, demasiado bien, y fuera de su torre de Montbard, no los prodigaba.

Tornemos a nuestro asunto. Madama de Rémusat había tenido siempre afición a la literatura. Había escrito desde muy temprano con facilidad, con agrado, y han sido encontradas algunas pequeñas composiciones, cuentos e intentos de traducción de algunas odas de Horacio, de cuando tenía quince o dieciséis años. Durante mucho tiempo, durante cada noche, escribía en un papel sus impresiones del día. Toda su vida ha escrito muchas cartas y largas, de las que la mayor parte han sido conservadas y podrían recogerse. Pero yo hablaré un poco de sus novelas. Ha compuesto varias y yo he leído dos. Una que se titula *Carlos y Clara, o La Flauta,* es de 1814. Su asunto es singular y gracioso: En cierta ciudad de Alemania, dos emigrados franceses, un mozo y una muchacha, vecinos el uno del otro, se aman sin haberse visto nunca. El muchacho está enfermo; pero, sin embargo, por la noche toca la flauta. La muchacha, que vive en un convento de al lado, cuidando a su abuela enferma, le escribe un día sabiendo que era francés, para rogarle que no toque en ciertas horas porque molesta a su abuela, pero sí en otras, porque eso le serviría de distracción a la enferma y a ella misma. Ahí empieza ese cambio de cortos y diversos incidentes naturales que retardan el encuentro. Nace un amor tal como podemos suponerlo entre dos jóvenes muy jóvenes, muy puros y muy desgraciados. La joven criada María, que sirve de mensajera entre ambos, contesta a algunas preguntas que le hace el muchacho acerca de su amada, y esto poco sirve para fijarla en su imaginación. La muchacha se dice que enseñará las cartas a su padre cuando llegue, a quien esperan de un día a otro. Esta idea la tranquiliza y continúan escribiéndose. La flauta y sus

sonidos más tiernos tienen horas determinadas, y son como verdaderas citas.

El muchacho dice *nuestros pequeños conciertos,* y con razón, pues aunque él solo toca, sus dos corazones están de acuerdo. Un día, ciertos aires de Languedoc muy escogidos arrancan lágrimas a la abuela y despiertan tiernos recuerdos en su memoria debilitada. Otro día es la fiesta de Clara, y la música realista no falta. *¡Encantadora Gabriela! ¡Ricardo o mi rey!* Los dos sentimientos redoblan sus pasos asociándose a los de los padres y los de los abuelos. En cierta ocasión, el muchacho, que lee *Werther,* se exalta; el estilo de sus cartas es más ardiente, cuando de pronto el padre, en vez de llegar, envía a una de sus hermanas, una tía de la muchacha, que llega en su busca y se la lleva de la noche a la mañana. La pobre niña no tiene tiempo de prevenir al amable vecino que no ha visto nunca. Un minuto, un segundo solamente en el momento de la marcha, a las cinco de la mañana, el corto intervalo que pasa entre el llegar desde el umbral de la puerta del convento al estribo de la diligencia, el muchacho puede verla; pero ella cubre sus ojos con un pañuelo, acaso por la emoción que le causa la presencia de su amigo. Ella deja caer su pañuelo, que el recoge, y se marcha para siempre. Este es un cuadro admirable; dos almas hermanas separadas por un tabique, por un velo, y que se han adivinado desde el primer día sin deberse encontrar nunca de frente. Pero acaso la idea fuese más a propósito para enunciada que para seguida, y se prestase a un capítulo titulado *Viaje sentimental* o *Viaje alrededor de mi cuarto,* más que a su desarrollo bajo la forma de cartas. Recordamos en las Memorias de Silvio Péllico, la encantadora novela esbozada de esa Magdalena arrepentida cuyos cánticos no oye sino a través de un muro, mas la novela queda en el aire y flota como un ensueño. Madama de Rémusat dibuja bien las escenas y yo pediría al estilo, siempre elegante y puro, si no más brillantez, al me-

nos, menos previsión, y algunas negligencias femeninas. Falta muy poco a esta novela para ser digna de figurar entre una agradable producción de Madama Riccoboni y otra de Madama de Souza. Le falta una cierta juventud, es decir, debió salir a tiempo del cajón, a fin de vivir en su estación y haber respirado pleno aire y pleno sol.

En estas obras, en las que hay colores y flores, va una gran diferencia entre el envejecer en el cajón o envejecer a la luz. Las obras que se encuentran en este último caso pueden decir: *He tenido mi tiempo.* Se han unido al público, formaron parte de sus impresiones una vez, y envejecen con armonía.

La segunda novela de Madama de Rémusat, de la que quiero hablar, *Cartas españolas* o *El ministro,* es una composición de otro orden más importante. Comenzada hacia 1805, en la corte imperial, no fué terminada hasta 1820, y así ocurre que en su trama se ven las modificaciones sucesivas que sufrieron las ideas del autor, pues el talento de Madama de Rémusat, siempre activo, se modificó y se maduró incesantemente.

La primera restauración la encontró dispuesta. La fatiga de los ingenios era grande al final del Imperio. Había visto demasiado y tocado muchos resortes para no haber sufrido desengaños. Hablaba confidencialmente desde hacía muchos años con el personaje más elevado (M. de Talleyrand). Con un sentimiento de esperanza, y casi con una cierta vehemencia de antiguos recuerdos, acogió el orden que renacía, que debía ciertamente disminuir la posición adquirida por ella. La pequeña novela de los jóvenes emigrados demuestra en varios detalles el matiz borbónico que tuvieron sus pensamientos. Pero los sucesos y las ridiculeces de la reacción realista, sobre todo en 1815, hicieron que adquiriese la exactitud en el punto de mira de todas las cuestiones. Las ideas constitucionales reaparecieron en el tapiz como por la primera vez, y su firme inteligencia se hizo cargo de ellas en toda su extensión.

Las condiciones de una sociedad nueva y de un porvenir laborioso quedaron desenmascaradas en la lucha, y ella aplicó sus meditaciones y sus previsiones de madre. Los resultados principales de su experiencia definitiva acabaron en su obra *Educación de las mujeres,* de la que aprovecharon también las *Cartas españolas.*

De primera intención esta novela no debía probablemente analizar sino el titubeo de un joven español, don Alfonso de Alovera, colocado entre dos encantadoras muchachas, pues mientras que a una de ellas la ama, su ambición le aconseja que prefiera a la otra. Me figuro que el tono general habría sido fundado en pensamientos como este: "¿Por qué la prudencia que sospecha ha de vencer a la confianza? ¿Por qué las conveniencias de la sociedad han de turbar la alegría del corazón?" Al avanzar la vida se agranda y se transforma; el joven enamorado se encuentra mezclado en los asuntos importantes. El ministro, padre de Inés, la muchacha que le conviene a su ambición, ocupa el primer plano de la novela con la descripción de su carácter. Las novelas de Wálter Scott pasaban entonces el estrecho y se comenzaba a pensar en la exactitud necesaria en las producciones de los lugares y de las personas. Al principio la descripción histórica era vaga, no decía el reinado y no dibujaba al ministro más que en términos generales; pero luego Madama de Rémusat logró imprimir a sus cuadros un color fiel y reproducir verdaderos españoles, una verdadera corte, verdaderos frailes, y un jesuíta que habla maravillosamente. Su lectura hace pasar ante los ojos una larga novela desarrollada por cartas, sensata, regular, de un interés lento y creciente, con caracteres estudiados y seguidos, con situaciones prolongadas y complicadas, perfectamente definidas y seguidas hasta el final. Encuentro que hay observaciones acerca del mundo y delicadezas sentimentales, que no son ni el verdadero mundo ni el ideal novelesco. Se ve a una persona que conoce el mundo, que posee

bien el secreto de las cortes, pero que no lo dice todo. Cómo no reconocer su *début* entusiasta de 1802, en la exclamación de Alfonso después de una frase aduladora del soberano: ¡Ay hermana mía! Qué fuerza y qué poder tienen las palabras de los reyes. Qué agradecimiento nos despiertan los menores testimonios de su benevolencia. Un pequeño signo de su bondad, una prueba de su recuerdo decide de nuestra suerte, y la abnegación de toda nuestra vida entera es la respuesta que creemos debida a la más leve apariencia de interés". Me extrañaría que no mezclase un recuerdo presente al relato de esa excursión al campo que la reina idea para reponer al rey enfermo, y a la etiqueta: "En efecto, a nuestra llegada a Aranjuez el rey nos anunció que, fijándose en nuestro respeto, el ceremonial sería suspendido, y que cada uno tendría la libertad de obrar según su propia fantasía. Tú, hermana mía (es una carta de Alfonso), que eres algunas veces burlona para con nuestros cortesanos, te habrías divertido viendo el embarazo en que nos puso esta declaración. Es cierto que nos fué hecha con la gravedad que no abandona nunca el rey. La improvisación es siempre cosa difícil, y particularmente la de la libertad. Es preciso confesar que no sabíamos qué hacer de la nuestra. La imaginación no se atrevía a ir muy lejos, y los propios soberanos se esforzaban en averiguar lo que ellos podían hacer. A pesar de la buena disposición del señor y de los súbditos, las horas han transcurrido como de ordinario, y al regreso a Madrid, cada cual ha continuado en buen grado sus obligaciones, los unos mandando y los otros obedeciendo". Y las reflexiones que siguen son de una perfecta y triste realidad: "En el fondo, hermana mía, el ceremonial de la corte, del que se quejan con frecuencia, tiene, a mi entender, algo de útil y casi de moral. Cerca de los príncipes, el interés personal está tan en guardia, las malas pasiones están con frecuencia tan en juego, que si fuese preciso obrar siguiendo nuestras propias

sensaciones, daríamos a quien nos observase un triste espectáculo. La etiqueta echa un velo uniforme sobre todo esto, y es una especie de medida positiva que da a los tonos discordantes las apariencias de la armonía".

Hay en esta corte una condesa de Lemos, mujer de talento, que se atreve a presentarse tal como es, preocupándose poco de lo que de ella piensen: "La actitud independiente que sabe conservar, dice el autor, me hace imaginar algunas veces que, en esta misma corte, en la que apenas se habla, no sería difícil creer que es permitido decir todo con tal de permitir que lo piensen todo". En efecto, con gran facilidad se piensan muchas cosas. Don Alfonso ha tenido la dicha de salvar la vida a la reina en una cacería. La soberana le ha demostrado su agradecimiento con vehemencia, que sale de los límites de la etiqueta y he aquí que se le supone enamorado y favorecido. A la política del ministro le interesa que se crea esto y que Alfonso se preste a ello. El sutil arte con que el hábil patrón intenta inocularle la idea, la especie de negligencia con que le dice cómo por casualidad el rumor que circula, el primer impulso de protesta y de indignación de Alfonso, quien luego poco a poco se somete, todos estos puntos están tocados sabiamente. Se adivina, por muchas escenas, que Monsieur Tallevrand ha servido de modelo y la pintura parece en general suavizada, más bien que disfrazada, por la amistad. Esta figura imposible, *demasiado hábil para traicionar su propio triunfo, ese tono medio burlón y medio benevolente que le es muy característico, esa suavidad que puede ser una maña más*, son rasgos que no se parecen más que a los de M. Tallevrand. El autor está muy lejos de negarle al ministro español toda cualidad afectuosa. "Nos engañamos con frecuencia en nuestros juicios cuando pensamos que un hombre es por completo lo que parece. La naturaleza no tiene esta unidad, y porque la vida de la corte y la práctica de sus intrigas hayan desvirtuado las facultades sensibles de tal personaje, no se puede

afirmar que estén totalmente destruídas". Un día, después de una comida oficial en casa del ministro, la conversación se sostiene con un extraño interés: "Cosa rara (dice uno de los personajes de la novela), gracias a la libertad de espíritu de que el ministro daba ejemplo a todos, sus convidados diplomáticos no parecían estudiarse. Yo hice esta observación al duque cuando los comensales se hubieron marchado: "Pienso, me dijo, que es una señal de medianía y casi de desdén, el no permitir que ninguna cuestión seria sea tratada delante de él. Existen nociones importantes que no se pueden obtener más que por la conversación. Basta con saber resistir al arrastramiento que le acompaña, pues hay una especie de borrachera en ese placer del cerebro". La maquinación tramada por el ministro, que está a punto de ser la causa de que perezcan los personajes que le son más queridos, no hace más que retardar un poco su caída. Su vieja amiga la condesa de Lemos le había dicho: "Tened cuidado, la intriga cuando se complica deja de ser un medio y se torna una dificultad más". En el momento de su retirada y de su viaje por el campo, que no ha visto desde hace tanto tiempo, en donde se pasea con una sombra de sonrisa y mirada apagada, sorprendo este pensamiento: "En todas las desgracias que nos ocurren, hay un momento doloroso que debemos apresurarnos a recorrer; es como un pasaje obscuro y difícil, una especie de pórtico entre la desesperación y el resignarse. Yo pondría la inscripción contraria a la de Dante en las puertas del Infierno. Una vez pasado este momento se miden las pérdidas y nos damos cuenta de los consuelos que nos quedan. Para un ministro en retirada, este momento debe hallarse en el primer día, en la primera noche que sigue a su desgracia". Debemos desear a todos nuestros ministros que han caído, o que caerán, que franqueen en un día, o en una noche, este pasaje subterráneo, que como el del Pausliupo, debe hacerles visible el espectáculo de más bellos cielos.

No hago más que insistir acerca de una cuestión que todos no pueden juzgar como yo, y cuyas pruebas serían muy largas de conseguir. Podría citar escenas verdaderamente encantadoras y profundas, en las cuales esta reina tan encadenada por la etiqueta, admitiendo el efecto que todo el mundo achaca a don Alfonso, traiciona delante de él su flaqueza de mujer y no puede acallar sus lágrimas. En suma, si las *Cartas españolas* están faltas de otra cosa que la publicidad para ser una bella novela, son al menos un lindo estudio.

Llegamos al último trabajo de Madama de Rémusat, a su libro sobre la *Educación de las Mujeres* publicado por su hijo. Con mucha frecuencia las mujeres serias y sensibles se asombran en su juventud, ante los obstáculos que el mundo opone a la realización de sus sentimientos, a los afectos naturales, y más tarde ante otras trabas para los estudios serios y profundos. De ahí que se sientan inclinadas a hacer novelas sentimentales cuando son jóvenes y libros de educación cuando son viejas. En Madama de Rémusat todo contribuyó, consideraciones y circunstancias, a esta última fase de su madurez. La Revolución había cambiado la condición de las diversas clases sociales y desquiciado, en cierto modo, el centro de sus fuerzas, tendiendo a establecerse para el porvenir en la clase media. Pero los períodos turbulentos y después el brillo del Imperio, habían aminorado este resultado, que no volvió a emprender de nuevo la marcha sino después de la Restauración. Madama de Rémusat, un poco distraída por los sucesos de que había sido testigo presencial, se encontró de repente, con su talento meditativo, en presencia de esas cuestiones que sobrevinieron, y en posición más adecuada para bien informarse. Su puesto y el de su marido estuvieron desde entonces, en el partido constitucional de la Restauración, en esa opinión el Centro de la izquierda de entonces. M. de Rémusat, nombrado prefecto de Toulouse en 1815 y de Lille en 1817, no debía ser destituído

más que por el ministro Villèle, cuyo primer acto reaccionario fué éste. Esta vida de provincia dejaba a Madama de Rémusat más tiempo para dedicarlo a sus placeres; pero continuaba ocupándose del movimiento íntimo de París por la precocidad de su hijo que entraba entonces en el mundo, con quien sostenía correspondencia constante. El le proporcionó nuevos amigos, entre ellos Madama de Broglie, con la que tuvo en los últimos años verdaderas y tiernas relaciones. Si el más noble adorno de un hijo es el tener a su madre por confidente y compañera, veo en este caso también un rejuvenecimiento de la madre. Por muy inteligente que se sea, es preferible comprender las ideas por el corazón. Entre madres e hijos se observa que la afinidad es grande. Por ellos, ellas tienen un espíritu más valeroso. En su compañía irán de buen grado a los viajes, a las luchas y hasta a las ideas nuevas. A esta mujer tierna, tranquila, acostumbrada a los deberes amables de la sociedad, cuyo talento reflexivo no había pensado nunca en trasponer los límites de un horizonte reducido, la vemos de repente, en la edad del reposo, cuando el corazón gime y se queja por las cosas que se van; la vemos reanimarse, sonreír ante nuevos puntos de vista, tomar parte en nuevos proyectos, y en lugar de volver la espalda al porvenir marchar acompañando o más bien precediendo a su guía muy amado, y al verla de lejos tan activa y tan ligera diríamos que era su hermana.

Como Madama Nécker de Saussure y como Madama de Guizot, Madama de Rémusat se preocupa vehementemente del porvenir de su sexo en esta próxima sociedad que ha de asentarse en bases aún vacilantes. No abordaré los detalles de un libro que cada cual puede apreciar. Todo su objeto tiende al acuerdo de la moral, de la seriedad y del ingenio. Se adivina una inspiración particular como una musa secreta. Es preciso ser madre para preocuparse tan tiernamente de lo que vendrá después de nosotros, y el trazar su ideal es pensar en su hijo.

Madama de Rémusat estaba, pues, hacia 1820, en la madurez de su talento, en el desarrollo de sus opiniones probablemente definitivas, pero sin embargo, muy activas; había vuelto a la misma sencillez alegre y con una gran facilidad en la conversación. Amaba la juventud y lo nuevo, era un poco burlona, piadosa o más bien cristiana, sin gran fervor aparente, pero muy firme en las creencias esenciales. Aunque envejecida antes de tiempo, su salud parecía mejorada o, al menos, le dejaba más libertad de acción. Se había adicionado a la vida interior y doméstica y se había entregado por completo a la dicha de los suyos, cuando murió prematuramente en diciembre de 1821.

En un cuadernito de pensamientos, leo preciosas confidencias que trazó como continuación de sus sentimientos religiosos de toda su vida acerca de sus distracciones en los años de frivolidad. Es toda una vida íntima, un filón oculto al mundo y del que nadie sabe la existencia. No seamos nunca prontos a prejuzgar los misterios de las almas. Es consolador pensar que si no se adivina todo el mal tampoco se sospecha todo el bien. A partir de 1806 en que hizo un viaje a Cauterets estando enferma, el pensamiento cristiano no la abandonó totalmente, y podemos seguir sus huellas en este cuaderno por una continuación de extractos de Pascal, de Fenelón, de Bossuet, de Nicole y de San Agustín, y por las oraciones que ella misma había compuesto o que le había enseñado Madama de Ventimille. En él copiaba la bella carta de Madama de Maintenón a la duquesa de Ventadour. Pero esto no era sino lo que ella llama *medios intestinos*, pues el gran suceso interior, la reconciliación, tuvo lugar en abril de 1812. Una grave enfermedad que sufrió al principio de este año, y otra que sufrió su hijo, fijaron de una vez sus irresoluciones. Se acercaba la Pascua y se decidió a escribir al prudente abate Le Gris-Duval. Ella exageraba un poco sobre el acceso a la religión, la dificultad de obra, la nece-

sidad de pruebas extraordinarias; pero el respetable eclesiástico la tranquilizó. Osemos alzar, no como alabanza para ella, sino como lección para algunos, una punta de este santo velo. "Sois vos, Dios mío —exclamaba—, quien ha permitido que yo viniese a este mundo al que todos somos llamados para hacer un corto y penoso viaje. Cuando éste termine volveremos hacia vos. ¿Cómo me recibiréis cuando haga al pie de vuestro santo tribunal el relato de una vida, casi exenta de buenas obras? ¿Me podré alabar de haber sido prudente, habiendo sido dichosa? ¿Podré contaros algunas pequeñas limosnas que no me costaron privaciones? ¿Diré yo que no odiaba nada a mis enemigos, cuando vos habéis permitido que mi corazón estuviese ocupado enteramente por los sentimientos más dulces? ¿Qué será de mí cuando me reprochéis el haberme enorgullecido por mi felicidad y haberme sentido orgullosa por ser feliz hija, feliz mujer y feliz madre? Entonces me acordaré con amargura de que he olvidado dar gracias a mi creador por todos estos bienes que me ha entregado..." Y el abate Duval, con su acento sencillo y persuasivo le contestaba: Decís que sois dichosa; entonces ¿por qué afligiros? Vuestra dicha es una muestra del afecto que Dios siente hacia vos y si en efecto vuestra alma es amante, ¿puede negarse a responder a la benevolencia divina? La religión, fuera de ciertos casos, quiere una vida activa. Es más fácil, creedme, abandonar su corazón al amor y al reposo en el retiro, que servir a Dios en el mundo... Grabad en vuestra alma esta primera verdad, que la religión quiere al *orden* ante todo, y que puesto que ella ha permitido y consagrado el establecimiento de las sociedades, se complace en fomentar los deberes que concurren a sostenerla... Pero, sobre todo, desechad ese error, de que sólo las penas pueden hacernos agradables a Dios. Dejad a la vida y al tiempo que nos las traen. Basta con estàr dispuestos a sufrirlas. Disponeos a la

resignación y, entretanto, no ceséis de dar gracias a Dios por la paz que reina en torno vuestro".

Tan sabias palabras la tranquilizaron y probablemente acabaron de regular la línea interior de su conducta. Estas humildes oraciones de Madama de Rémusat recuerdan otras igualmente penetrantes de Madama de Duras. Nos complacemos en ver cómo las almas más tiernas, cómo las más tormentosas, buscan un mismo puerto. Pero me detengo; pues no he tenido otra intención al abordar este abismo insondable, que señalar a uno de los espíritus más serios, más delicadamente inteligentes y más perfectos que la antigua sociedad donó a la nueva.

En medio de los diversos papeles tan bien cumplidos, de críticos, de historiadores literarios y de biógrafos, me ha parecido que había uno digno de observarse y ser tenido por divisa: introducir lo más posible y fijar por primera vez en la literatura todo lo que no era antes del todo, es decir, lo que existió en la sociedad y que ha vivido.

15 JUNIO 1842.

MADAMA DE PONTIVY [1]

No, no es cierto que el amor no tiene más que un tiempo más o menos limitado para reinar en nuestros corazones, que después de una época de brillo y de embriaguez, su declinar es inevitable, que *cinco años,* como han dicho, sea el plazo asignado por la naturaleza a la pasión que muere por sí sola. No, no es verdad que el amor en los corazones sea un no sé qué, que una nada hace nacer y que otra nada desvanece, que esta bella y elevada pasión sea como un cristal precioso que se rompe al menor golpe sin que nada pueda repararlo. Esto, algunas veces, ocurre así. Pero, cuando el pensamiento y el alma preparan al amor el lugar debido, cuando los recuerdos antiguos encantadores intervienen, cuando los corazones son fieles, un accidente, un enfriamiento momentáneo no son irreparables. El amor, como todo lo que se relaciona con el pensamiento, no puede estar a merced de un error involuntario, no se rompe como el espejo cuyo marco nuevo se agrieta por efecto de un sol ardiente o bajo una lluvia constante: permanece intacto. No es siquiera un diamante que puede ser rayado. El alma misma, vive una vida invi-

[1] Aunque los dos retratos que siguen no tienen nada de literario, nos hemos atrevido a incluirlos en este volumen. Seríamos felices si no se los encontrase demasiado fuera de lugar y demasiado cerca de los autores de *La Princesa de Cleves* y de *Valeriana.*

sible, se cura con sus propios bálsamos, se repara, vuelve a empezar, no cesa ya hasta la tumba y se eterniza más allá. Esto es el amor, tal como merece ser recordado sin cesar, y del que se han visto tan tiernos ejemplos. Más de uno (y sin duda de los más bellos) ha estado oculto, pues el amor quiere el misterio y prefiere quedar envuelto en él. Quitemos el velo, sin embargo, con el pudor que merece, a un modelo más, ya muy antiguo, cuyos detalles preciosos los tenemos a mano y podemos escoger. Veremos una situación sencilla, todo ardor y todo sutileza, de este sentimiento eterno; veremos, sobre todo, la fuerza de vida y de inmortalidad que posee el verdadero amor, esa impotencia para morir, esa facultad de renacer, y esa juventud de la pasión con todas sus flores, que es como los rosales de Pœstum, que dan dos cosechas en un año.

Madama de Pontivy, antes señorita de Aulquier, huérfana, había sido llamada por una tía suya a París y colocada con el favor de Madama de Maintenón en la casa de Saint-Cyr. En medio de esta generación graciosa, parlante, ligera y poco apasionada, en que iba a tornarse la sociedad de mujeres jóvenes en los comienzos de Luis XV, ella guardaba su sensibilidad concentrada y dormida. Una especie de orgullo modesto, o de rusticidad tímida, aislaba su alma y no permitía que se la conociese. Se la creyó indiferente, cuando solamente era indiferente a las nadas y que esperaba algo más. No vió a Racine y no tuvo lecciones en *Esther,* pues acababa de nacer cuando él murió. Pero las tradiciones del buen preceptor habían sido transmitidas. Un día vió representar sus obras sagradas y aun en ellas tuvo un papel; pero no debió de obtener gran éxito, como si se reservase para efectos más serios.

Un velo cubría su voz y un solo velo cubría su alma, sus ojos y todas sus bellezas hasta que llegó su hora. Su vida debía ser como uno de esos valles casi ocultos en los que el sol no aparece sino cuando ya está muy alto, hacia las once de la mañana. Para sus sentimientos, como

para sus agrados, tuvo pocas señales precursoras, y pocos matices. Se podía decir de ella, cambiándolo algo, el verso del poeta:

Y la misma gracia esperó a la belleza.

Al salir de Saint-Cyr, cuando ya la muerte de Luis XIV determinaba la caída de los poderes elevados por este rey, la señorita de Aulquier, que perdía el apoyo de Madama de Maintenón, fué pedida en matrimonio por un gentilhombre bretón que se enamoró de ella perdidamente. La poca fortuna que ella tenía, y el deseo de su tía por desembarazarse de una pupila de esta edad, decidieron su casamiento. M. de Pontivy se la llevó en seguida a Bretaña a una morada muy sombría. Una correspondencia con España emponzoñaba la situación. La muchacha de Saint-Cyr, en medio de aquellos gentileshombres sublevados, y de ese *próximo* de Bretaña, menos *bonito* y más tumultuoso que nunca, lo tomó en otro tono de interés y de emoción que el de Madama de Sévigné, simple espectadora. M. de Pontivy se encontraba en el número de los más exaltados y de los más comprometidos. Madama de Pontivy creía amarle, y acaso le amaba con un primer amor, pero débil y poco hondo, no sospechando entonces que se le puede concebir de otra manera. Más tarde ella se acordó de que un día, una tarde, seis meses próximamente despues de su matrimonio, ella, que se inquietaba cuando su esposo no entraba a la hora de costumbre, había dejado sonar la hora en el gran reloj sin prestar atención y absorta en un ensueño. Desde aquel día, aquel amor primero, que era como un niño que no debía vivir, había muerto en ella. Mas no se dió cuenta de esto hasta mucho después, y continuó su vida sencilla y abnegada.

La Revolución fracasó, como podía esperarse. Un gran número de gentileshombres fueron presos. M. de Pontivy, con otros, logró escapar por mar y se refugió en España. Madama de Pontivy llegó a París, reclamada por su tía,

a quien aterraba la idea de una pariente comprometida. Pero ella no pensaba sino en obtener el indulto de su marido, o, al menos, que no confiscasen sus bienes, en nombre de una hija de su matrimonio a la que adoraba con pasión singular, y que dejaba ver la ternura de esta alma todavía confusa.

Establecida en casa de su tía se encontró en una sociedad muy diferente de la que había abandonado, pero también, a su manera, tan belicosa. Estaban en plenas intrigas molinistas, y Madama de Noyón, su tía, aligada a los Tencin y los Rohán, mantenía la bandera de este partido. Mas a través de estas discusiones sobre la Bula, y sus propias inquietudes para obtener el indulto de su marido, Madama de Pontivy conoció en casa de su tía a M. de Murçay.

Monsieur de Murçay era un carácter muy abstraído, muy matizado, del que ella no se habría dado cuenta si él, para prestarle un servicio en aquella situación angustiosa en que la vió, no se hubiese acercado a ella con más vehemencia que lo que acostumbraba. Aliado o pariente lejano de Madama de Maintenón, había nacido protestante, pero bien pronto se convirtió a la religión católica. Siendo muy joven; había servido distinguiéndose en la última guerra de Luis XIV, y había sido honrado en Denain con un magnífico apóstrofe de Villars. Pero una delicadeza siempre vigilante y muy fina, le prohibió valerse del favor de su pariente ni de una conversión impuesta a su infancia. Ante este recuerdo enrojecía, y era poco calvinista y ligeramente católico, inclinado a la filosofía, pero disimulando todo esto con una discreción habitual. Lo cortés cubría a la vez a un carácter enérgico y a un tierno corazón. Aunque el final del reinado de Luis XIV y la devoción reinante fuesen para él un enorme peso de menos, aunque se sintió con gozo, librado del favor a que difícilmente hubiera podido sustraerse, y cuya idea le hería por una vergüenza secreta (siendo niño había sido convertido por astucia y por interés), no veía en la Regencia más que

un desbordamiento deplorable y la ruina de todas las nobles costumbres; en una palabra, sus hábitos y sus sueños de ideal estaban bastante en contra de sus otras opiniones, y, como se había dicho más tarde, de sus principios. Esa especie de oposición se ha encontrado después con mucha frecuencia, pero nunca creo yo, en una naturaleza tan noblemente armónica y tan conciliadora en sus contrastes como la de M. de Murçay.

Por su situación en el mundo y sus ventajas personales, había conservado mucho crédito, un crédito siempre desinteresado. Cuando vió en casa de Madama de Noyón a la joven sobrina, bella e ingenua, un poco rústica, a pesar de la educación de Saint-Cyr, tan enteramente ocupada de un marido que la había puesto en tan cruel aprieto, y aportando una verdadera abnegación a un ambiente de tantas agitaciones ficticias, se interesó, y pidió a la tía permiso para ofrecer a Madama de Pontivy, con sus homenajes, los pocos servicios que pudiese prestarle. Aceptado esto solicitó tomar parte en sus asuntos, que cada vez eran más desesperados.

A fuerza de ver a Madama de Pontivy, de interesarse por el marido fugado, de intentar al menos la conservación de los bienes, y a fuerza de visitar a las gentes del rey convocadas en el Arsenal, y de dar cuenta a su clienta del poco éxito de sus gestiones, la amó y una noche no pudo dudar de que su corazón le traicionaba. Madama de Pontivy estaba aquella noche más encantadora que nunca; la moda de los pabellones en la falda que había adoptado por primera vez, hacía resaltar más la esbeltez de su talle, una languidez más dulce aparecía en su rostro, bien por los polvos que cubrían sus cabellos hasta entonces castaños o bien por obra de un poco de amor. Acababan de hablar con ardor del desastre del *Sistema* y la exaltación de más de un interlocutor había animado el diálogo. También habían hablado, no con menos celo, de la Bula. Es preciso decir que la figura y la situación de Madama de Pontivy

comenzaban a hacer ruido, que su abnegación tan sencilla le hacía una existencia en moda sin que ella misma lo pensase, y que Madama de Noyón, al principio indiferente o contrariada, se acomodaba ya mejor, en su vanidad de tía, a una sobrina de reputación de Alceste. Cuando se extendían con bastante complacencia acerca de Madama de Pontivy, Madama de Tencin, que acababa de cumplimentarla por su belleza, añadió de repente como con una inspiración luminosa: ¿Pero no ve al Regente? Al Regente es a quien debe ver". Una sonrisa rápida y equívoca pasó por los rostros de las mujeres, repitiendo todas: "Es preciso que veáis al Regente". Madama de Noyón, que se entusiasmaba ante esta nueva perspectiva se mostraba de acuerdo con esta opinión con una facilidad y una satisfacción que no parecían sospechar ninguna consecuencia. Madama de Pontivy, con su franqueza de alma iba a decir: "Pues bien, si es preciso veré al Regente", cuando M. de Murçay, que hasta entonces había guardado silencio, avanzando bruscamente hacia Madama de Pontivy, cuyo *bilboquet* (entonces era furor) acababa de caer precisamente a tierra, le dijo en voz muy baja, al mismo tiempo que se lo entregaba apretándole significativamente la mano: "Guardáos muy bien". Madama de Pontivy enrojeció súbitamente, y cuando iba a aceptar la proposición, dijo: "Sería muy poco conveniente, me figuro, ir a ver al Regente"; y el consejo de Madama de Tencin pasó en medio de la mayor indiferencia.

Pero en su gesto y su impulso del corazón, M. de Murçay comprendió que la amaba.

Madama de Pontivy también había sentido algo desconocido, y cuando estuvo sola y buscó el nombre, el del amor vino a su pensamiento, se asustó y se arrodilló en su oratorio escondiendo la cara entre sus manos. Al día siguiente, por la mañana, sin darse cuenta, besó más frecuentemente a su hija, y la niña despertó de nuevo sus temores diciéndole: ¿Por qué me amas hoy más?

Sin embargo, se tranquilizó pensando que todas las conversaciones y todos los pensamientos habían tenido por motivo a M. Pontivy, su llamamiento, o al menos la conservación de los bienes y del honor de la casa. Y ocurría que este pensamiento, comenzado por M. de Pontivy, no conducía más que a hacer admirar todo lo que había de delicado en la conducta de M. de Murçay, que amándola (ella no podía dudar), obraba sinceramente por la vuelta de su rival. Mas esta idea del rival la hacía exaltarse, viendo el peligro. Lo que no impedía que en la próxima visita, no queriendo hablar con M. de Murçay sino de los medios de salvar al ausente, lo olvidaba insensiblemente del todo para gozar del encanto de la conversación tan atenta y tan suave, tan varia y tan agradablemente conducida.

Luchaba en vano contra una pasión de la que no se suponía capaz y que ya descubría formada en ella. Sufría y su salud se alteraba; pero cada día, su languidez creciente, en los rasgos un poco pálidos, redoblaba la gracia.

La primavera acababa de llevarla a una tierra alejada con su tía, cuando M. de Murçay que se había quedado en París hasta la terminación del asunto, llegó un mediodía de mayo para anunciarle el resultado. Las señoras estaban en el jardín y allí fué a buscarlas. No hizo más que saludar en el camino un momento a Madama de Noyón, a quien una visita llamaba al salón, y se encontró solo en presencia de Madama de Pontivy, que no le esperaba, sentada o más bien acostada en un banco, al pie de una estatua del Amor que parecía sacudir sobre ella su llama, y en una actitud que causaría envidia a las ninfas. La pudo ver algunos instantes sin que ella se diese cuenta de su presencia. Al oír su voz comenzó a balbucear toda turbada. "Llego, le dijo, la gracia completa ha sido desechada. Tenemos que someternos al destierro por toda la vida. He aquí toda nuestra amnistía. A este precio los bienes son conservados". —¡El destierro! —dijo ella indi-

cando con el dedo una carta que acababa de recibir y que estaba entreabierta sobre el banco. M. de Murçay envalentonado por esta señal, la tomó y la leyó mientras que ella guardaba silencio, y vió que M. de Pontivy le decía que en caso de destierro definitivo ella iría a unírsele a España. "¿Y qué? ¿Os marcháis?" —exclamó implorando más que interrogando—. "¡Oh, debería — contestó llorando—, debería, por él y por mí. Mi hija, es cierto, mi hija es un lazo, y por ella también debería marcharme..., y yo no puedo, no puedo!" Escondía su cabeza entre ambas manos, sollozando. El se acercó arrodillándose ante ella, y le cogió una mano con fuerza y con respeto: "¡Para siempre; marcháos, quedáos, tenéis mi vida!"

Madama de Noyón, que no tardó en volver, interrumpió la escena. El sufrimiento de Madama de Pontivy se cambió por grados en un delicioso ensueño que a su vez desapareció en una alegría encantadora. M. de Murçay tenía una propiedad vecina de la de Madama de Noyón. Esta señora y su sobrina le fueron a ver durante toda una semana, y él pudo gozar a cada paso, en los jardines y en las praderas, del inefable compartir de un amante sensible que hace los honores de la hospitalidad a la que ama. En cuanto a ella, la sola idea de haber dormido bajo el mismo techo que él, *bajo el techo de su amigo,* era su mayor fiesta y la enternecía hasta hacerla llorar.

El invierno en París multiplicaba las ocasiones de verse, en casa de Madama de Noyón y en otras partes, y pudieron hacerlo sin chocar a nadie. Las asiduidades de Monsieur de Murçay, cuando fueron continuas, cambiaron poco la situación exterior de Madama de Pontivy. La más prudente discreción regulaba sus relaciones. Y además la gente que quiso hacer de Madama de Pontivy una heroína conyugal se mantuvo en su afirmación. Madama de Pontivy era acaso la sola en su género, y la gente, que tiene necesidad de personificar ciertos aspectos humanos, le otorgó éste, del que ninguna mujer estaba envidiosa. Esto

fué, pues, como una *utilidad* convenida, y no respondo de que algunas mujeres hubiesen creído hacer un epigrama punzante, diciendo como Madama du Deffand: "Cuanto a Madama de Pontivy, se sabe que no piensa más que en el próximo ausente".

La pasión, tal como puede estallar en un alma poderosa, iluminaba los días de Madama de Pontivy. ¡El amor, el mismo amor, el amor solo! Las mañas de la coquetería y sus defensas graciosamente irritantes, que tienen lugar a veces hasta en el verdadero amor, no existieron en ella. El alma sola le bastaba o al menos le parecía bastarle; pero cuando el amigo le demostraba su sufrimiento, no resistía, se entregaba entera a su deseo, no porque ella lo compartiese, sino, porque quería ver a quien amaba plenamente dichoso. Después, cuando los obstáculos de la vida se redoblaban, lo que ocurría con frecuencia con tal de poderle ver. Fué divinamente dichosa cuando, aprovechando una ausencia de Madama de Noyón, pudo pasar un día entero con él; pretextando ir al convento de la Visitación de Chaillot a ver una amiga de infancia. Con pasión deseaba días y noches como aquél. Y no era menos dichosa cuando le veía en una reunión, en medio de gente que impedía toda confianza, y la felicidad debida a la sola mirada y a la sola presencia del ser amado, la poseía toda entera. Hay venenos tan violentos que una sola gota mata como una dosis fuerte. Su amor, en sentido contrario, era uno de estos venenos. La violencia del filtro hacía necesaria la medida. Vivía tanto en un cuarto de hora en su presencia muda, como en una eternidad compartida.

Monsieur de Murçay también era feliz, mas la dicha en cada uno tiene sus matices, y en él eran pálidos. A veces era presa de una tristeza que acaso aumentaba el encanto pero que disminuía la brillantez. Este era el aspecto habitual de su amor, y aunque en él nada faltaba, un cierto ardor deseable no era la corona. Este ingenio tan sutil, esta alma tan tierna, que había tenido todas sus ventajas

en los preámbulos de la pasión, se reposaba de buen grado entonces, y se perdía en las llamas de su amiga, como la estrella de la mañana en una magnífica aurora. Madama de Pontivy observaba esto y se quejaba tiernamente; pero bien pronto estas quejas eran apagadas con palabras serenas y con deseos ardientes, y porque además su propio sol cubría todas las frialdades. Eran, pues, dichosos sin que el mundo lo sospechase ni los turbase. Nada de celos entre ellos, ninguna vanidad; ella, toda llama; él, todo certeza y quietud. La historia de los dichosos es corta. Así se pasaron varios años.

Llegó, sin embargo, el desacuerdo de la situación y de los caracteres. Madama de Pontivy no veía más que la pasión. Con tal de que esta pasión reinase un día, una hora, un instante, con una palabra o con una mirada, los sacrificios y las ausencias no la asustaban, pues la estimaba de un valor único que no se podía pagar. M. de Murçay, que pensaba lo mismo, sufría por aquellas horas vacías o invadidas por pequeñeces. Talento libre e instruído, había acabado por rebelarse contra aquella fábrica de intrigas molinistas, cuyo hogar era la casa de Madama de Noyón. Otras veces había reído; pero desde entonces se irritaba, pues había de adorar a Madama de Pontivy en ese cuadro y separarla a ella, a su querido ídolo, como en medio de un arsenal o de una hornada teológica; ella no tenía más que una frase para demostrarle que exageraba un poco y que olvidaba que los du Deffand, los Caylus y los Pabère (sin contar a él mismo) aportaban a la monotonía de las Bulas y concilios alguna frescura. La sociedad a su gusto era aquella cuyos nombres ella citaba y aun la sociedad de Madama de Lambert y de M. de Fontenelle. Se había decidido por los *modernos*, y si hubiese sido preciso colocar a Madama de Pontivy en una o en otra orilla, habría preferido que lo fuese en esta última.

De cuando en cuando llegaba una carta del esposo trayendo un temor, y siendo como un punto negro en el

horizonte; pero Madama de Pontivy lo alejaba pronto de su pasión, como el sol rechaza las brumas; pero que él, menos ardiente pero sí tan sensible, no perdía nunca completamente de vista. Por una rara delicadeza se había hablado del marido al principio, pero después no se volvió a hacer mención entre ellos hasta el último extremo, por decirlo así. M. de Murçay, que acaso era quien más pensaba, evitaba hablar, y cuando le designaba lo hacía con alguna alusión, y creo que desde la entrevista del jardín no había vuelto a pronunciar el nombre del ausente. Mas este pensamiento era una espina oculta.

Madama de Pontivy, sin ser exigente, era apasionada, encontraba necesario y natural que M. de Murçay evitase ciertas palabras, ciertos juicios, ciertas relaciones que podían malquistarle con la tía, más absolutista a medida que envejecía, y hacer que sus entrevistas fuesen más difíciles. Colocada en el centro de una sola idea, ella no veía sino medios, y no concebía que una inclinación filosófica discreta o no, una opinión acerca de los oráculos o los milagros o sobre el sombrero del abate Dubois, pudiesen ser un obstáculo en aquello para ella tan esencial y tan sagrado. El le contestaba:

"Amiga mía, la pasión, creedlo, existe en mí como en vos; pero con diferencia de naturaleza que es preciso aceptar. Vos sois mi sol ardiente, ya lo sabéis; yo no soy sino un astro que toma la luz de vos, que se apoya con vos, y que no veis brillar sino cuando parecéis obscurecerse. Mas sea como quiera en mí, no olvidéis que el hombre tiene facultades diversas y que el amor más tirano deja al amante momentos para reflexionar y mirar. Tratemos de mirar los dos hacia el mismo sitio. No hablo solamente de lo que interesa a la honradez y a la justicia, estemos de acuerdo al hablar de todo, aun de aquellas cosas que son patrimonio del talento, y así haremos más firmes las relaciones de nuestras almas. Vemos con exactitud hasta los aspectos diferentes de nuestro amor, para

que su preferencia adquiera su valor real. Cuando leéis a Madama de Motteville o a Retz, que tanto os encantan, sentimos una gran dulzura al ver a nuestro amor tiernamente unido en esa concordancia de nuestros juicios. Encontramos ciertas aberturas en el follaje, por ella podemos mirarnos y darnos la mano y permanecemos detrás de la risueña cortina."

El le hablaba así, tratando de adornar y de introducir una parte de razón duradera en la pasión siempre viva, y entonces nada parecía faltar a su vida embellecida. Pero como la ilusión de una cierta perspectiva necesita encontrarse en el amor cuando su reinado se prolonga, estos personajes, que de lejos nos parecen realizar un ideal de vida amorosa, envidiaban otros cuadros y otros grupos que les parecían vecindades más dichosas. Habrían querido vivir cerca de Ana de Austria antes de La Fronda, en la Corte de Madama Henriette durante su viaje a Fontainebleau, en los últimos y bellos años de Luis XIV, en los laberintos todavía iluminados de Versalles, entre Madama de Maintenón y Madama de Montespán. En estos deseos estaban de acuerdo y a estos tiempos trasplantaban sin cesar su felicidad. Su novela estaba ahí, pues la novela no está en el día en que se vive, es el día siguiente de la gran juventud, y más tarde es la víspera y el pasado.

Ante los razonamientos amables de M. de Murçay, Madama de Pontivy, encantada y sonriente, contestaba que eran ciertos, pero no quedaba completamente convencida. Volvía siempre a su idea; que la pasión lo es todo, y lo demás insignificante o secundario, o bien convenía en que los distingos de M. de Murçay eran perfectos y que debía ella ser más razonable y un poco menos tierna proponiéndose lo uno y lo otro, lo que él no entendía así. De ahí resultaban algunas pequeñas contradicciones y hasta en algún momento enfriamiento, y los furores pasionales se calmaban. Pero después de estos ligeros desacuerdos, se dejaban arrastrar de tal manera que acaso hubiera sido

fatal. En estos instantes de pleno delirio ella era capaz de toda prueba. La muerte o la ruina le hubieran parecido poco. Deseaba morir con él y hasta deseaba un hijo. Pero esto no era posible. Una caída que sufrió hacía años, sin haberla dejado sin dolor ni traza, había sido causa de cierto desarreglo.

Este amor, que duraba varias estaciones, era, a pesar de todo, una rara dicha en una exacta fidelidad, sin ninguna de las coqueterías del mundo ni ningún fracaso, y no se veía turbado más que por propios errores. Un día que estaban en una gran fiesta de Sceaux (cuando la duquesa de Maine después de salir de prisión volvió a abrir sus salones), la velada había sido bella, la noche estrellada rechazaba las luces que luchaban con ella en brillantez, los paseos se habían prolongado por los parterres al arrullo de las orquestas escondidas, y las parejas fugitivas, las claridades chispeantes de las hojas, las divertidas extravagancias de las sombras en el césped, eran una magia completa en la que no faltaba el concierto de los dos amantes. Monsieur de Murçay, después de los lentos paseos veinte veces comenzados, se despidió de Madama de Pontivy, diciendo que tenía que ir a París para un asunto, pero que volvería a Sceaux por la mañana. Ella le dijo: "¡Cómo! ¿no os quedáis? "Es imposible —contestó—, lo he prometido"; y repitió que volvería al día siguiente. Pero aquella idea de dormir bajo un mismo techo después de una noche pasada juntos (aun cuando ninguna ternura era imposible) pasó inadvertida para él y sufrió un error. Al día siguiente, al alba, él había vuelto. Mas el efecto no era el mismo. "¡Oh! esto no habría sucedido en los primeros tiempos", le dijo ella respirando tristemente la rosa que él le ofreció, y le recordó la sensación tan deliciosa que tuvo al dormir *bajo su mismo techo* en el campo, en la primera primavera: "¡Oh, entonces no hubiera sido así!", repetía. El comprendió que había cometido una falta, y se confesó de no haber sentido en el instante la misma

impresión. Mas la pasión de Madama de Pontivy había sufrido y se esforzaba por disminuirla, decía, y ponerla al nivel de la ternura razonable.

"Descuidad —decía algunas veces—, llega la edad en que el corazón se marchita aun en la felicidad; no tendré que hacer muchos esfuerzos para apagar en mí esa llama imprudente en que se quema vuestro afecto prudente." El la tranquilizaba, la conjuraba a que continuase tal como él la amaba, y añadía que sería eternamente desgraciado si se creyese objeto de una pasión menor. Le creía un momento, pero al día siguiente repetía: "Antes, en mi amor de veinte años, creía que nada era imposible por parte de un hombre que ama. Amigo mío, esto era una ilusión. Hoy he envejecido, y vos no tenéis que pedir perdón puesto que en nada fuísteis culpable". Combatiendo este desaliento que él creía injusto, obtenía mejores declaraciones y descuidaba estos pequeños recuerdos acumulados, siempre creyéndoles devorados por la pasión. Confiaba con certeza en ella, sobre su amor siempre el mismo, cuando llegó un otoño...

Madama de Pontivy, llevada por su tía a un campo muy alejado, no vió durante algún tiempo a M. de Murçay, quien (distanciado de Madama de Noyón por algunas salidas un poco vivas contra ese espíritu perseguidor) se confinó a su vez en una propiedad aislada que no era aquella en que recibió a su amiga. Entonces, y sin más causa exterior que esta calma triste y dulce, una revolución pudo ocurrir en sus amores. Las cartas de Madama de Pontivy eran más raras, más abatidas, pues los recuerdos eran de preferencia su principal alimento. Una especie de escrúpulo y de conveniencia era como un pretexto que ella buscaba al enfriamiento. La idea de su hija, todavía en el convento, pero que no tenía muchos años para deber salir, la idea de su marido, entonces en América y que tenía pocas probabilidades y acaso pocas intenciones de volver a Francia; pero de quien, después de la muerte del Re-

gente, se podía hablar a M. le Duc, estos pensamientos flotantes se elevaban y aumentaban como vapores en el vacío en que ella se encontraba. No luchaba y se dejaba rodear por ellos, guardando sólo en su pecho el afecto profundo. "¡Oh, amigo mío! —le escribía— ¡qué mujer rica de amor y de llama ha muerto en mí! No creáis, mi muy querido amigo, que no pueda amaros más, vos sois siempre el ser necesario a mi existencia... ¡Mas vuestra Hermíone no es ya sino una triste Aricia! Amigo mío, he sufrido mucho". Y él, sin dudar de ella, sin creer en la muerte del amor, no podía tampoco disimular un cambio esencial. Se decía que ella no le amaba antes más, que no le amaba de la misma manera que durante anteriores ausencias, que algo se había calmado en ella en relación a él, y repitiéndose esto en una de las avenidas más sombrías en las que pasaba sus días, tocaba maquinalmente el tronco de cada árbol, aspiraba el suspiro de los vientos y sorprendía en su interior el deseo de perderse bien pronto en los Elíseos fúnebres.

La crisis era grave, este amor sin infidelidad, sin sospechas, sin accidente exterior, moría por sí solo y por su propia languidez. Sin embargo, en M. de Murçay, en quien el sentimiento había estado un poco eclipsado durante el reinado de llamas de la otra, volvía a brillar en su matiz dulce, y esta permanencia solitaria le era de una ternura inexplicable, cuyas quejas no llegaban sino imperfectas en sus cartas a Madama de Pontivy.

Había salido una mañana según su costumbre y entró en su avenida sombría aunque el tiempo fuese fresco ya y que el cielo estuviese cubierto por infinitas nubes pequeñas. Cuando había marchado un poco observó por la primera vez que su árbol había tapizado el suelo con sus hojas amarillas: "¡Oh, no es el otoño, es el sol!, decía, es ese pobre arbusto de las islas que se despoja antes de tiempo". Pero por la noche, cuando las nubes huyeron, y vió por encima de las colinas un horizonte transparente y

frío, en el que que brillaba la luna naciente, comprendió que había llegado el otoño y preguntaba a aquel cielo pálido y a la noche, si era también el otoño del amor.

Había momentos más sombríos y desesperados, y éstos tenían lugar cuando el silencio de Madama de Pontivy se prolongaba mucho tiempo. Erraba por los sitios desiertos no sabiendo decirse a sí mismo más que estas palabras: *"¡Dejadme, todo ha huído"* Y para continuar su queja, habrían faltado las lágrimas de Orfeo.

Lo que escribía de esto a Madama de Pontivy no recibía más que respuestas buenas y raras, pero cada vez demostrando mayor desaliento. Al acabar el otoño, volvió a París, y esperaba para presentarse en casa de Madama de Novón, cuyas relaciones se habían enfriado, una palabra, una señal de Madama de Pontivy. Pero nada. Ya se iba a aventurar a una resolución, cuando una noche, al entrar en casa de Madama de Ferriol, encontró entre los asistentes a Madama de Noyón y a su sobrina, que ya estaban también de regreso. Su primera mirada fué para Madama de Pontivy y contuvo mal su emoción.

Estaba rodeada de mujeres, cerca de la chimenea, y parecía muy entretenida para prestarse a un diálogo con él. No se movió de su sitio. Después de más de una hora de espera, de conversaciones tontas y frívolas, y después de haber hecho una paz suficiente por el momento con Madama de Noyón, M. de Murçay, yendo derecho a Madama de Pontivy, siempre rodeada, le dijo bastante alto para que su vecina pudiese oírlo, que deseaba hablarla algunos instantes de lo que ella sabía, y que le rogaba se los concediese antes de marcharse. "Ciertamente" —contestó Madama de Pontivy, y la vecina, que había comprendido a medias, se levantó algunos momentos después. Monsieur de Murçay se apresuró a ocupar su puesto sentándose al lado de aquella de quien no podía creerse desunido, y comenzó a hablar en los términos apasionados que el lugar permitía y devorando sus lágrimas: "¡Cómo! —le

decía— ¿es posible? ¿es posible que éste sea el final de un amor como el nuestro? ¡Cómo, señora! ¿El enfriamiento, el silencio y después nada? He cometido errores, he tenido detalles negligentes que confieso y que lloro, pero ¿qué son? ¡Cuánto me los he reprochado y cuánto he sufrido! Yo los hubiera corregido al cometerlos, pero ¡confiaba tanto en vos! Creía en un fuego eterno que purifica. Creía en un abismo sin fondo en donde se amontonaban mis errores. ¡Oh, señora, añadía elevando la voz al pronunciar esta palabra, pues había que pensar en la gente, la amistad, el afecto que me ofrecéis siempre para siempre con fidelidad, con una fidelidad en la que creo tan firmemente como nunca, ¡oh! no los desprecio, no los desdeño; mas, juro no pueden bastarme. Me dejan en el vacío y en el desierto después de precedentes dulzuras. Yo no quiero ser amado así, no; y si los obstáculos que separan nuestras existencias cesasen, si *el* de América muriese mañana en su destierro, yo no querría, con esa ternura que me ofrecéis sin pasión, yo no querría una unión continua. No, ¡ser amado como antes o desgraciado para siempre! El recuerdo de la pasión perdida es más dulce que esa amistad. Me marcharé, haré lejanos viajes y volveré a esta tierra tan llena de vos, y no os volveré a ver más; pero viviré un pasado destruído y mi vida será una desolación eterna y fiel". Hablando así volvía a ocupar el mismo puesto en el corazón de ella que parecía animarse como en los tiempos de los primeros encantos. Esta naturaleza sensible al lado de aquella otra apasionada aunque en tibiezas, le devolvía todos los rayos de calor que a su vez había tanto tiempo recibido, y él la miraba con los ojos llenos de lágrimas: "Bien, bastante; mañana a las once en Chaillot", le dijo, y él se retiró con la angustia de los primeros días.

Al día siguiente, a mediodía, con uno de esos cielos sonrientes que engañan acerca de la estación del año, marchaban juntos por las avenidas solitarias y verdes todavía, de un extenso jardín no cultivado y que no albergaba

sino a ellos. M. de Murçay prosiguiendo como la víspera le decía: "¡Todo se ha roto en un día... sin causa! ¡Por una palabra dicha u omitida sin intención! ¡El amor destrozado como una porcelana que unas manos dejaron caer! ¿vos no lo creéis así? ¡Oh! amiga mía, olvidad, olvidad solamente. Prometedme que nada ha pasado, suponed que estamos al principio. Volveos, *Silvia*. Quiero reconquistar vuestro corazón y lo espero. Quiero subir con vos paso a paso las gradas de mi trono. Lo haré, no me reconoceréis más, creeréis que es a otro a quien amáis, y sólo al final, comparándome, veréis que es el mismo. Dejadme resucitar en vos al amor, a ese niño muerto que sólo estaba dormido". Ella escuchaba en silencio y levantando con el dedo el encaje negro que le velaba el rostro a medias, no perdía nada de lo que añadían las miradas. "¡Oh! permitidme —decía él cogiéndole una mano con el más tierno respeto—, decid que me permitiréis dedicaros mis tímidas esperanzas, decid que trataréis de amarme y que permitiréis que trate de convenceros". — "Pues bien, trataré —le contestó—, os lo permito. Hasta esta noche en casa de mi tía". Y en seguida se escapó corriendo por la puertecita que comunicaba con el convento vecino, dejándole asombrado por su brusca marcha, y como en esos nuevos comienzos que imploraba, intentóse ella las mañas de los primeros encuentros.

Pero no tuvo que esforzarse mucho en ellas, pues la llama ardió fácilmente no habiéndose consumido nunca completamente. Y sin duda cooperó también un poco de voluntad por ambas partes. Continuó visitando con asiduidad a Madama de Noyón, y a todos los sitios que iba Madama de Pontivy, era él el primero que veía al entrar y el último cuyas miradas la acompañaban hasta la salida. La rodeaba de un cuidado afectuoso, de una frescura de deseo y de juventud, que ella no había conocido su sentimiento con tal vehemencia. Ella lo recibía todo con una gracia más clarividente, con una sonrisa más penetrada que no había

brillado nunca en su rostro en los tiempos del ciego ardor. Había un pequeño cambio de papeles entre ellos, o, más bien, se habían dado mutuamente algo de lo suyo propio para llegar a la fusión verdadera y perfecta de su alma. Sin embargo, ella aún guardaba reserva. En los primeros días de primavera fueron a Sceaux por una semana, a aquella corte en la que figuraba lo más brillante de la sociedad. Después de una de las comidas, la conversación versó sobre la duración del amor. Fueron invocadas grandes autoridades, entre ellas al Gran Condé entonces duque de Enghein, luchando con Voltaire y la señorita de Scudery, a M. le Duc, a la casa de Gouville en Saint-Maur, teniendo a la cabeza a Madama de Coulanges y Madama de La Fayette en sus mejores tiempos. Y como algunos se declararon partidarios del lustro, M. de Malezieu, el oráculo, y que había conocido a La Bruyère, citó de él esta frase: "En amor no hay apenas otra razón para no amarse más que la de haberse amado demasiado". M. de Murçay y Madama de Pontivy se miraron y enrojecieron, pero permanecieron callados con un mismo pensamiento más verdad que todos aquellos discursos. Se discutió hasta perderse de vista y se mostraban generalmente conformes con la frase de La Bruyère, cuando Madama du Maine, dirigiéndose a la señorita de Launay le preguntó: "Y vos, Launay ¿qué decís?" Y ésta, en un tono alegre le contestó: "Por lo que se refiere al amor y al corazón, yo no sé más que una máxima; lo contrario de lo que afirman es siempre posible".

Un cuarto de hora después, M. de Murçay y Madama de Pontivy, que sentían la necesidad de verse a solas, se encontraron por un instinto secreto en un sitio oculto del jardín. Lágrimas repentinas brillaron en sus ojos y cayeron el uno en los brazos del otro. Después de esta primera expansión y de repetirse confusas confesiones, M. de Murçay hizo observar a su amiga, que el banco en que se hallaban era igual a aquel en que se habían amado por

primera vez. Una estatua del amor estaba también, pero el dios (sin duda para iluminar la noche) cruzaba sobre sus dos cabezas dos antorchas: "He aquí nuestro segundo amor —dijo él—, el otoño no ha llegado todavía".

Tuvieron, de tal suerte, varias primaveras y en esta armonía restablecida hubiera sido difícil distinguir las diferencias primeras. El ardor de ella dejaba los matices, y las llamaradas de él iban a la pasión. La embriaguez que de ellos se apoderó era más igual, más dibujada, pero siempre embriaguez. El marido que estaba en las Antillas murió. Mas ya era tarde; se encontraban tan dichosos, tan amantes del pasado, que temieron alterar una situación definida de la que desaparecía el último recelo. Además, su hija había crecido y en el matrimonio de ella era en el que había que pensar. En efecto, se casó, y murió del parto de su primer hijo. Esto fué un gran dolor y los lazos entre ellos se estrecharon aun más si era posible. Así avanzaban hacia los años que pueden llamarse *crepusculares* y en los que el velo debe cubrir todas las cosas en esta vida, aun los mismos sentimientos que cada día fueron más hondos y más sagrados.

15 MARZO 1837.

CHRISTEL

Durante el invierno de 1819, hacia el final de febrero, una madre y una hija llegaron a una pequeña aldea del Perche para establecerse en un despacho de Correos que graves quejas contra el predecesor habían dejado vacante. Llegaron por la noche, y desde el día siguiente ocupaban, en la calle que continúa la plaza, la misma casita en donde había estado establecido el despacho. El alquiler de esta casa les había sido cedido, y la pieza del piso bajo se convirtió en su residencia habitual.

Después de algunos pequeños cambios que hicieron ejecutar, la distribución del despacho era la siguiente: la habitación con dos ventanas no tenía entrada por la calle, la puerta exterior era la de la antigua avenida, cuyo muro, por el lado del cuarto, había sido abierto y en cuya abertura colocaron una verja de madera por donde tomaban y daban las cartas. A continuación de esta verja, una puerta enverjada también daba acceso al despacho.

Las dos personas que ocupaban esta humilde y gravosa posición, y que pasaban los largos días sin murmullos en estas ventanas, eran personas poco acostumbradas a ello por su vida anterior. La baronesa de M..., viuda de un jefe de escuadrón muerto en 1815 de penas y de fatiga después del desastre de los Cien Días, era alemana de naci-

miento. Encontrada en Lintz, amada y raptada por su gusto por M. M..., entonces teniente a las órdenes de Moreau, se había disgustado para toda la vida con su muy noble familia y había seguido a su marido por todas las diversas comarcas. Su hija, nacida en Suiza, había dorado más tarde su infancia bajo el sol espléndido de España. Esta linda joven, que acababa de cumplir dieciocho años, era el único cuidado de su madre. A la muerte de M. M..., sin fortuna, sin pensión, la orgullosa y noble viuda había vivido durante dos años de la venta de algunas alhajas, restos de una situación brillante. Lo prefería todo a reanudar la comunicación con su familia de Alemania, de diez cuarteles en el escudo, que hasta después del matrimonio de María Luisa, no le había perdonado. La estrechez amenazadora, la vista de su hija iban a forzarla a escribirles, cuando la llegada del general Dessolle al ministerio fué un rayo de esperanza, pues su marido había servido a sus órdenes. El general, en espera de algo mejor, les otorgó este despacho de Correos.

Hacía dos meses próximamente que la madre y la hija cumplían la misión que era su único recurso en el presente y casi la última perspectiva para el porvenir (se decía que M. Dessolle se retiraba), y su vida así establecida parecía que había de ser igual mucho tiempo. No salían, no tenían ninguna amistad en el pueblo, y una antigua criada las servía. La madre enferma, no se movía de una butaca colocada al lado de la ventana. En cuanto se abría la puerta y aparecía en el fondo una cara, la muchacha estaba de pie, muy servicial (como si hubiese sido educada para aquello), recibiendo con su blanca mano el dinero del labriego. Los días de mercado, particularmente, contestaba a todos y a todo, y algunas veces les ayudaba a escribir el sobre y aun las cartas. Pronto fué conocida y respetada por las gentes de los alrededores, bien que fuesen de una fibra en general ingrata y dura.

Un día, una tarde, mientras que su madre después de la

comida dormitaba, como le ocurría con frecuencia, la muchacha *Christel* [1], pensativa, atenta al primer rayo de sol primaveral que entraba en la habitación, arreglaba distraídamente las cartas recibidas, la mayor parte para distribuir y otras para guardarlas en la lista. Entre estas últimas observó que había tres con la misma dirección, la del conde Hervé de T..., y las tres escritas por la misma mano, por una mano que parecía elegante, de mujer y misteriosa. Entre aquellos papeles groseros, la limpieza del doblez la separaba y decía que una uña delicada había pasado por él. El perfume fino que exhalaba, indicaba más el lugar embalsamado de donde había salido el triple mensaje. Estas pequeñas huellas hicieron sentir a Christel la pérdida de la vida elevada y distinguida para la que había nacido. Muchacha sencilla, generosa, capaz de todos los deberes y de todos los sacrificios, tenía en el fondo una distinción original, más de una gota de sangre de los nobles abuelos de su madre que se mezclaba sin perderse a todas las franquezas de una naturaleza ingenua y a las justas nociones de una educación sana. Su sumisión a la suerte, disimulaba el íntimo orgullo, así como su sencillez corriente permitía todas las gracias. Christel sufría y ese día sufrió más. Se ocultaba cuidadosamente de su madre, y por miedo a delatarse, trataba de no confesarlo ni a ella misma, más que durante la hora de sueño que la dejaba como a solas con su tristeza.

Christel no había amado ni pensaba amar más que a su madre; no la abandonó más que un año para ir a Ecouen, el último año de existencia de esta casa. Los dolores de su patria francesa ocupaban un gran lugar en su alma joven, y cubrían para ella lo vago de otros sentimientos. Sin embargo, los frescos recuerdos de la infancia que evocaba en esta hora, los bellos lugares que había atravesado, tal bosque de Alsacia o tal balcón de Burgos, los mil ecos

[1] *Christel* en las baladas del Norte, es algo más dulce que *Cristina*.

de la música militar en el laberinto cubierto de césped de un jardín, ya no existían, sino como un preludio, como un cuadro movido por el que ella esperaba sin darse cuenta, y que no venía. Christel cogió las tres cartas y las puso aparte en un rincón del despacho para que no se manchasen con las otras. ¡Qué saludo vehemente, qué llamamiento repetido, qué lindo canto de abril debían guardar para aquel que las leyere! Apenas acababa de depositarlas, entró un hombre joven, y descubriéndose respetuosamente detrás de la verja, preguntó si no había cartas al nombre que pronunció. Christel, en el momento en que se abrió la puerta abandonó su sitio, y se lanzó hacia el visitante como hacía con todos (temiendo la pobre niña no ser bastante servicial). Ante la pregunta, respondió *sí* sin haber tenido necesidad de mirar en el despacho, y al darse cuenta de la rápida respuesta entregó las cartas enrojeciendo.

El conde Hervé estaba muy ocupado con lo que recibía para darse cuenta de nada. Salió saludando y cuando pasó por delante de la ventana Christel vió que ya había roto uno de los lacres, y que comenzaba a leer ávidamente lo que parecía con tanta urgencia esperarle.

Otras cartas vinieron en los días siguientes y el conde volvió educado, silencioso, embebecido en lo que recibía. Un singular interés se despertó en Christel, pues sin duda era un joven que amaba y que era amado. El conde Hervé no tenía veinticinco años, era guapo, buen mozo, había servido algún tiempo en la guardia de honor y después en los mosqueteros, creo que en 1814. Desde hacía varios meses había abondonado el servicio, París y la sociedad, para vivir en una finca de su padre a una legua de allí. Pertenecía a una de las más antiguas y nobles familias del país. Christel no supo estos detalles sino sucesivamente y sin hacer nada por averiguarlos; pero aunque su madre y ella no recibían a nadie, los simples diálogos de las vecinas siempre atentas cuando el joven llegaba a galope hasta

la plaza y dejaba su cabalgadura atada a un árbol, habían bastado para instruirla. ¿Es *interés* de Christel por una situación que adivinó desde el primer momento o fué puramente curioso y si podemos decirlo así *desinteresado*? ¿No vinieron poco después ciertos sufrimientos y cierta turbación? ¿Ella misma lo supo nunca? Lo que sí es cierto es que un día, agitando entre sus manos una de aquellas cartitas olorosas y cuidadas, se sintió sangrar como de una repentina herida y se sintió envenenada por el perfume. Este día las entregó enrojeciendo como una amapola, y luego palideciendo de repente. Le amaba.

¡Amor, amor! ¿Quién podrá sondear uno solo de tus misterios? Desde el nacimiento del mundo y su brotar bajo tu ala, los suscitas siempre inagotados en los corazones y tú los varías. Cada generación de juventud comienza como en el Edén y te invoca con el encanto y la potencia de los primeros dones. Todo se perpetúa, todo se reanima en cada primavera, y nada se parece y cada uno de tus milagros es siempre nuevo. El más incomprensible y el más mágico de los amores, es aquel que se ve y, si es posible, aquel que se presiente. No digáis que no nace nada más que una vez por un mismo objeto en un mismo corazón, pues yo sé que las cenizas vuelven a inflamarse y sé de alguno que ha tenido dos primaveras. No digáis que no nace con una sola mirada y que la amistad una vez ligada se opone, pues un poeta que conocía tan bien la ternura ha dicho:

> Ah! qu'il est bien peu vrai que ce qu'on doit aimer,
> Aussitôt qu'on le voit, prend droit de nous charmer,
> Et qu'un premier coup d'œil allume en nous les flammes
> Où le Ciel, en naissant, a destiné nos âmes [1].

Dante, Petrarca, esos melodiosos amantes han podido notar el año, el mes y la hora en que el dios les visitó;

[1] Molière *(Princesse d'Elide,* acto I, escena I).

ellos han tenido la chispa rápida y sagrada, el relámpago luminoso. Otro tan sincero, después de dos años de tardanza, ha podido decir:

Tout me vint de l'aveugle habitude et du temps.
Au lieu d'un dard au cœur comme les combattants,
J'eus le venin caché que le miel insinue,
Les tortueux délais d'une plaie inconnue,
La langueur irritante où se bercent les sens;
Tourments moins glorieux, moins beaux, moins innocents,
Mais plus réels au fond pour la mœlle qui crie,
Qu'une resplendissante et prompte idolâtrie!

Cada uno a su vez se cree el mejor amante y el más tocado por el ala del dios. La juventud piensa que esos queridos huracanes no son completos más que para ella, ¡pero esperad! la edad madura, en su retraso, si se los encuentra, los acusará más violentos. Así, cada uno ama con un amor soberano y perfecto, si ama verdaderamente.

¿Por qué Christel amó al conde Hervé? ¿Por qué aquel segundo día le admiró tan apasionadamente? Llega, saluda, no es más que fríamente cortés, ni una palabra inútil, ni una mirada. Ella no le conoce más que de nombre y por una información debida a los vecinos. Le admiró por esa sencilla necesidad de admirar que hay en el amor. ¿Qué ha hecho pues para esto? ¡Cómo si para ser amado hubiese que merecerlo! Es bello, joven, evidentemente fiel y acaso desgraciado, ¿qué más hace falta? Tiene gracia a caballo cuando pasa ante las ventanas y cuando ella le ve montar. Le parece que ya conoce todo lo de él y cómo confiaría firmemente en él si ella fuese aquella que ama.

Estas cartas continuas eran como un fuego que circulaba por sus manos y que iba derecho al corazón. El correo de París llegaba a las dos y media, después de comer, cuando su madre comenzaba a dormitar; Christel arreglaba la correspondencia que había de salir y la tenía entre sus manos mucho tiempo, temblando, como si hiciese algo

prohibido. La tenía así hasta que su madre se despertaba o hasta que él venía a las cuatro como acostumbraba. Había acabado por leer corrientemente el pensamiento del sello de lacre que variaba sin cesar con capricho, fácil blasón de la coquetería más que del amor y que no pide más que ser comprendido. El sello del día le indicaba bien el matiz del sentimiento que había de transmitir, y hacía más cruel su tormento.

Algunas veces quería abusar; el sello de lacre rosa adoptaba la forma de una *flor*, un *pensamiento*, alto y derecho como un lis. Acaso sea un lis y no un pensamiento, se decía. Pero al día siguiente el *perro* fiel y acostado no le dejaba ninguna duda y le perseguía con tristes y amargas languideces. El *león* tranquilo la hacía soñar, y otras veces el sello sin ninguna forma la dejaba respirar libremente. Un día vió una calavera y dos tibias en cruz y se dijo: ¿Es en serio o en broma? ¿Se anuncia así el dolor?

Tampoco había tardado en distinguir entre todas, las cartas que él escribía, unas veces puestas en el buzón por él mismo, y otras, traídas por un criado. Aquellas cartas eran sencillas, bajo sobre, sin sello de lacre dirigidas a París, lista de Correos, a nombre de una mujer que no debía de ser el verdadero, y parecía que eran serias. ¡Con cuánta emoción las apretaba al ponerles el sello!

¿Cuál era este amor que ocupaba tanto al conde Hervé, que le había arrancado de los placeres de una vida brillante y relegado desde hacía seis meses en el campo con un solo pensamiento? Poco nos importa, y este relato sería demasiado parecido a esos de uniones incompletas y abortadas. Una mujer de alta categoría le había hecho concesiones y aparentaba amarle o lo había creído. Obstáculos que sobrevinieron habían decidido a él a confinarse en aquel destierro fiel. Desde entonces parecía amarle más y se lo repetía constantemente. Pero poco a poco los obstáculos o las distracciones habían llevado a ella a la *amistad* (gran palabra de las mujeres para admitir y para despe-

dir el amor), y llegó a olvidar las más dulces promesas escritas y hechas frente a frente y no solamente con la boca.

Aún no habían llegado a esto pero, sin embargo, ya se notaba cierta tardanza en las cartas. Hervé parecía adivinarlo no yendo al Correo, o yendo en vano.

Cuando la correspondencia iba bien, cuando los sellos de París traían un pensamiento (pues decididamente, por muy realista que se le quisiera hacer aquello no era un lis), cuando el correo tenía una respuesta de Hervé, Christel era presa de una ansiedad cruel y le parecía que el correo que llevaba la carta le arrancaba a ella lo más tierno de su alma, la sola encantadora esperanza de su juventud.

Pero si las cartas de París tardaban, si venían más de una vez inútilmente, si cortés, discreto, silencioso siempre, limitándose a la indispensable pregunta había hecho traición a su angustia con un movimiento impaciente de labios. Christel le compadecía y sufría por él y por ella a la vez. Pálida y temblorosa en su presencia, sin que él lo notase, le entregaba la carta retrasada a él pálido y tembloroso también por lo que temía o por lo que esperaba. Ella querría la carta dichosa y él la tenía dichosa, y su corazón se desgarraba si le veía sonreír al leer las primeras líneas, pero si él parecía triste al final ella se sentía más triste y desconsolada. (Cuando la carta era esperada muchos días la leía en el mismo despacho.)

¡Oh, si después, alguna muchacha labriega traía alguna carta para un soldado dándosela avergonzada y enrojeciendo hasta los ojos, ella también enrojecía y murmuraba: *¡Como yo!*

Hacia aquel tiempo, un muchacho hijo de un rico notario del lugar para quien Madama M. trajo una carta de recomendación, pero que luego no había cultivado, pareció desear entrar en casa de la dama y obtener el permiso para visitarla. La intención era evidente. Madama M.

sondeó aquella noche a su hija, pero ésta, a las primeras palabras, se echó en sus brazos y besándola le suplicó que no se volviese a hablar de aquello ni de nada parecido. La madre no insistió más, pero, ante tan rotunda negativa y otras señales que su juicio silencioso habían sorprendido, desde hacía algún tiempo, comprendió.

Sin embargo, el conde vino durante dos meses varias veces por semana, y entre él y Christel no había ocurrido nada exterior que fuese apreciable sino para la sagacidad de un corazón interesado. Para adivinar que hay una pasión en juego es preciso ser madre, una madre prudente, inquieta y enferma que vislumbra la probabilidad terrible de abandonar demasiado pronto a su hija. El mismo Hervé, apenas si se había fijado al entrar en aquel cuarto, en la muchachita mensajera de su amor. Ella tuvo de esto la prueba bien cruel. Era un domingo y había salido a dar un paseo con su madre, cosa que no hacían con frecuencia. Caminaban con paso lento por la carretera, en aquel paraje muy agradable desde el que se veía los campos regados y cortados como por infinitos riachuelos, y más allá,

Allá en el horizonte,
Los montes ondulados.

Había mucha gente en la carretera. A lo lejos vieron venir a caballo al conde Hervé. Era la hora de costumbre de su visita y en el despacho le esperaba una carta. Christel temblando se apoyó en el brazo de su madre. Hervé pasó por el centro de la carretera trotando, las miró fijamente, pero no habiéndolas visto nunca en la calle ni habiendo nunca pensado aparentemente en lo que podría ser Christel con su talle esbelto y en plena luz, no las reconoció a tiempo y nos las saludó. Diez minutos después las volvió a encontrar al regreso y entonces las saludó.

¿Qué hace, pues, el corazón en ciertos momentos, y cuáles son sus distracciones extrañas? Absorbido en una cosa y como ciego no discierne nada a su lado. Mil veces

hemos visto en las viejas novelas que el paje mensajero del amor, con su gracia adolescente hace olvidar a la dama del castillo a aquél que le envía. Los brillantes embajadores de los reyes, cerca de las bellas prometidas que van a buscar a países lejanos, han gozado con frecuencia de las primicias de sus corazones. En este caso es una muchacha bonita la mensajera elegante, ardiente, conmovida, alarmada, leyendo desde hace dos meses la muerte o la vida en sus miradas; y el mozo no ha visto nada. Bien es verdad que no se presenta sino con un vestido sencillo, sin otra flor que ella misma, detrás de los barrotes no dorados, en una habitación estrecha y casi obscura... mas ¿no la alumbra ella?

Christel tenía momentos terribles, humillados, amargos; la languidez y el ensueño del principio habían desaparecido ya, el recuerdo de lo que ella era le hacía salir la sangre a las mejillas y se preguntaba por qué se devoraba así. Hacía llamamiento en su estrechez, no a sus placeres antiguos, ni a sus graciosos amores de muchacha, ni a sus lecturas queridas (todo esto era insuficiente y desde hacía mucho tiempo perdido para ella) sino a sentimientos más viriles y más hondos, a su culto a la patria. Se representaba a su padre, la bandera bajo la que había combatido, el duelo de la invasión; excitaba y provocaba en ella el orgullo herido de los vencidos, intentaba implicar en la intimidad de sus represalias al joven y noble mosquetero de 1814; pero, en vano: el resorte en su mano no obedecía, el amor que se complace en pelear las banderas se reía de las cóleras ficticias. El mismo Emperador, evocado en persona sentado en su roca, no podía nada. Quería ver desprecio por parte de Hervé, orgullo insolente y no su conducta, tratando de irritarse contra él, pero esto era peor, pues ese pretendido desdén se le clavaba más cruel en su corazón.

¿Cómo olvidar? ¿Cómo huir de ella misma y aislarse del incendio interior que la devoraba? Echaba en un rin-

cón aquellas cartas odiosas y se juraba no volver a verlas ni a tocarlas. Si al menos hubiese podido salir, distraerse con la gente, bailar y aturdirse como la más frívola en el torbellino insensato, o, mejor, escaparse y correr por el bosque como una gacela, y buscar, si existe, el consuelo en los antros secretos del seno de la eterna naturaleza.

¡Dioses! ¡Cómo deseo sentarme a la sombra de los bosques!

Pero no, todavía no, su jaula la sujeta; es preciso que permanezca encerrada tras de aquella verja, cerca del lento veneno que pasa por sus manos y la mata, convertida en instrumento dócil y mudo de su propio martirio. Lágrimas de impotencia, de celos, de humillación y de vergüenza abrasan sus mejillas, y al caer dentro de su alma lo devastan todo, la vida, la esperanza, la frescura del bosque del recuerdo. Pero si él entra, si aparece en aquel momento haciendo la misma pregunta de todos los días, descubierto y estrictamente cortés, la vemos emocionada, su orgullo domado y convertido en humilde dolor, habiendo desaparecido todo lo demás.

Seis largos meses habían pasado desde la primera visita cuando llegó mediados de octubre. Desde hacía algún tiempo las cartas eran menos frecuentes, y una o dos veces había ido el conde sin hallar nada. Le costaba trabajo el creerlo. La segunda vez, cuando ya se marchaba, volvió a entrar y rogó a la joven que buscase de nuevo. Lo hizo para satisfacerle, aunque sabía bien el resultado. Llevó el paquete entero de las cartas a la verja, y los dos inclinados y cada uno inquieto por distinta causa, leían uno a uno todos los nombres. Sus cabezas se tocaban casi a través de los barrotes, pero ni aquel día se le ocurrió entrar en el despacho para buscar más cerca de ella, con ella.

¿La pobre madre dormitaba entonces? Permanecía silenciosa en su butaca y su corazón palpitaba tanto como el de su querida hija. ¿Qué hacer? Agravada su enfermedad desde hacía algunos días, no podía levantarse. Un

movimiento brusco hubiera advertido a su hija de que estaba descubierta, y por decirlo así esto habría sido aire para el incendio secreto que acaso permaneciendo encerrado se habría apagado. La prudente madre permaneció callada guardando sus pensamientos.

Por tercera vez volvió él y no había tampoco cartas. Insistió de nuevo siempre muy cortés, como un hombre a quien la inquietud extravía un poco y que no se cuida de disimularla. Ella, en medio de la habitación, de pie, más pálida que él, respondía con monosílabos, sin comprender apenas, hasta que de repente, se sintió desfallecer, quiso agarrarse a la verja y cayó desvanecida. La madre, que desde el principio no había dejado escapar nada, levantándose súbitamente del sillón en que los dolores la habían postrado; y tratando de levantar a su hija exclamaba con algún extravío: ¡Oh, señor! ¡Mi querida hija, mi pobre hija! ¿Qué habéis hecho? Señor, ¿no adiviináis? El mozo avanzó, franqueó la verja y entró por la primera vez en el despacho. ¡Demasiado tarde!

Con frecuencia entre los sentimientos humanos que podrían completarse y satisfacerse en una mutua dicha, hay por obstáculo... ¿qué? ni muralla, ni tabique, ni verja de hierro, sino una sencilla verja de madera entreabierta. ¡No se mira a través, no se adivina, se muere y se deja morir!

Christel se repuso lentamente y al abrir de nuevo los ojos vió a Hervé cerca de ella como si esperase su vuelta y contestó a su primera mirada con una sonrisa. Volvió los días siguientes, y ya no pedía más cartas pues no vinieron (al menos las escritas por la misma mano de antes).

Un singular, conmovedor y tácito concierto se estableció entre los tres seres. Ninguna explicación fué pedida ni dada. La madre no habló a su hija del asunto. Hervé, atento y discreto, volvió y con ellas pasaba varias horas todas las tardes. Comenzaba a apreciar a aquellas dos personas tan nobles y tan distinguidas. La debilidad

de Christel continuaba, la palidez y el frío no habían abandonado a sus mejillas, pero sus ojos azules de un azul celeste parecían agradecer una dicha. La enfermedad física la obligó a guardar cama y ya no permanecían en el despacho. Una persona que había indicado Hervé, una mujer vieja y de toda confianza y capaz pasaba el día por un sueldo módico tras de la verja y contestaba a los que llegaban sin abandonar la costura. Hacía vida en una habitación próxima a la de Madama M... La ventana daba al jardín, y siendo el muro de éste muy bajo, se veía a lo lejos las praderas y las colinas despojadas de hojas, pues ya había llegado el invierno. ¡Cómo este cuarto de una sencillez y original elegancia, que adornaba un retrato del padre y el arpa de Christel ¡ay! entonces muda, hubiera sido risueño en verano al lado de sus adorables moradores! Hervé pensaba esto cuando caían las primeras nieves.

La terrible estación no estuvo para ellos exenta de dulzuras. Sin interrogarse se contaban su vida pasada y entre las de ambos había muchos puntos de contacto. Hervé y Christel no tenían necesidad de confrontar mucho sus almas pues ha dicho el poeta:

Se conocen desde siempre cuando se aman.

Pero es muy dulce reconocerse, hacer paso a paso los descubrimientos en una vida amiga como en un país desconocido, gozar día por día de lo nuevo, apenas imprevisto, que se parece a reminiscencias ligeras de una antigua patria y a los sueños de oro de la cuna.

En poco tiempo tuvieron pasado de sus amores. La familia de Hervé tenía alianzas en Alemania y él mismo conocía el idioma. ¡Qué alegría para Christel, y qué enternecimiento para la madre, el encontrarse con él como en un rincón libre y extenso del bosque de los abuelos! La pequeña biblioteca de Christel poseía algunos volúmenes traídos de allá por su madre, y él les leía a veces odas de

Klopstock, algún poema de Mathisson, una literatura alemana ya un poco vieja, pero elevada y cordial siempre. Un libro entonces nuevo y que Hervé llevó, hizo las delicias de muchas horas, *Las Meditaciones poéticas*, y más de una vez leyendo estas elegías de un duelo tan melodioso, tuvo Hervé que detenerse emocionado, y como asido por un rayo de una ilusión dolorosa. Aquella arpa inmóvil en un ángulo del cuarto, atraía todas sus miradas y habría deseado que Christel tocase, pero la debilidad de la muchacha no lo habría permitido sin una extrema fatiga. Esperarían a la primavera y ella la saludaría con un cántico más gozoso después de tanto silencio. Tuvieron días de felicidad, sin demasiado prevenir.

Hervé amaba a Christel. ¿La amaba con el verdadero amor que no es ni agradecimiento, ni compasión, ni siquiera apreciación honda, razonada y sentida de todos los méritos y de todas las gracias? Pues el amor en sí, no es nada de eso, y hasta en algunos momentos se pasaría bien sin todo ello. No me atrevo a afirmarlo rotundamente por lo que concierne a Hervé; pero la amaba con ternura, la quería más que a una hermana, y cierto es que desde el segundo día de esta intimidad pensó en delicados y leales proyectos. A medida que conoció mejor los orígenes de Madama M... previó menos obstáculos por parte de su familia. Muchas veces las proposiciones para el porvenir habían errado en sus labios, y sólo la timidez, este pudor de todo efecto sincero, había hecho sus palabras menos precisas que él lo hubiera deseado. Una tarde que habían hablado mucho de curación y de esperanza, que habían proyectado paseos a caballo en la próxima primavera, que se proponían ir a los dominios de Hervé, hacia un bosque poblado de árboles centenarios en el que habían vivido las hadas de su infancia, creyó él llegado el momento oportuno, y después de algunas palabras sobre su madre, a quien había hablado, decía de esta visita deseada: "Ya es tiempo de que conozca a quien ha de ser su hija".

Christel se estremeció y se detuvo. Hizo un gesto con la cabeza, lanzó una mirada al cielo tan resignada, tan agradecida y tan negativa a la vez; y con una pálida sonrisa manifestó que presentía la inutilidad de los proyectos relacionados con una enferma como ella, que la madre y Hervé cambiaron miradas anegadas en llantos.

Llegaba la primavera, los brotes reventaban y los pájaros piaban en las ventanas lo mismo que cuando Christel hacía un año, había observado las cartas fatales por primera vez. El horizonte campestre del pequeño salón se volvía ya verde y hacía presagiar la sombra y las flores. Christel no abandonaba este cuarto, en donde habían colocado una cama oculta tras de unas cortinas. Se levantaba y permanecía todo el día en una silla. A pesar de su debilidad creciente, desde hacía algunos días parecía indicar la influencia de la feliz estación. Hervé esperaba y durante dos horas al sol habló del porvenir. Christel se había prestado a la ilusión y había trazado ante Hervé con todos los detalles de deseos y consejos, una vida de felicidad y de virtud que él escuchaba. Pero ella se sabía de antemano ausente excepto de allá arriba para bendecirle: "Viviréis en vuestras propiedades, pues París y el mundo no os llaman demasiado... ¡Hay tanto que hacer para que el bien sea duradero y seguro! Cuidaréis de los odios de allí abajo, y trataréis de buscar la consolación aquí". Y la familia y los hijos también eran motivos de conversación, embelleciendo ella sus deberes: "Tendrán las mismas hadas que vos en los mismos bosques". Hervé no quería oír más, se perdía en un santo goz), y al caer la tarde, animado por aquellas palabras, expresó su deseo de una pronta unión, y esta vez, sea porque ella se sintiese muy débil después de tantos esfuerzos, o acaso enternecida, le dejó explicarse hasta el final sin interrumpirle; cuando hubo acabado vió en la sombra una mano blanca que buscaba la suya. Se la dió y sintió que una mano temblorosa, la de Christel, no se retiraba sino después de haberle dado

la de su madre. Un largo silencio de emoción siguió; se había hecho de noche y sólo se oía un suspiro. Al cabo de algunos momentos, entró la criada sin que la hubiesen llamado trayendo un quinqué. La luz alumbró la frente blanca de Christel, que estaba echada hacia atrás, con los ojos dormidos para siempre.

¡Oh muerte, cuántas formas diversas tienes que hasta el que te encontró una vez, puede hallarte una nueva! Se te ha visto cuando te apegas a la juventud y a la belleza encarnizarte con violencia, y golpe tras golpe, como el hacha del leñador furioso, ser implacable en agonías terribles. Otras veces, atacas lentamente, arruinando al mismo tiempo la envoltura y el alma, operas grado por grado la obra de la destrucción en la naturaleza floreciente, destrozas todo con un arte cruel antes de asestar el último golpe al corazón, y una vejez de centenaria marcas en los rostros de veinte años. Mas otras veces, y cuando te sirves, ¡oh Clemente! de tus flechas más suaves, no haces más que debilitar, disminuir insensiblemente el aliento, conservando a los rasgos toda su armonía y a la frente todo su puro contorno, y cuando le das el beso glacial parece una última corona. ¡Oh muerte, cuántas formas diversas tienes, tantas casi como el amor!

Al día siguiente Hervé se llevó a la madre al castillo de su familia, en donde la rodearon todos los miramientos y por su parte un cariño filial. Esto no duró mucho tiempo, pues al final del otoño fué a unirse con su hija, el único tesoro que había perdido bajo las primeras hojas caídas de los árboles del cementerio.

¿Y qué fué de Hervé? ¡Oh, esto importa menos! Aun los más sensibles ¡tienen siempre recursos y tantas sucesivas juventudes! Volvió al mundo, las pasiones políticas le distrajeron, acaso también tuvo otras pasiones. Sea lo que sea lo que haga, se acuerda eternamente al menos, de aquel divino dolor de la muchacha, y en sus buenos y

graves momentos, bajo esa nieve que la edad puso en su cabeza, hace el refugio secreto de sus más puras tristezas, y la fuente más segura de lo que le resta de inspiraciones desinteresadas.

*
* *

"¡Qué verdad es! —dijo una mujer joven y bella que había escuchado en silencio esta historia— ¡oh hombres, cuántas existencias como éstas os son precisas para formar un recuerdo!"

15 NOVIEMBRE 1839.

LAS FLORES

APÓLOGO

Una tarde de otoño, en un castillo por el que pasó Voltaire[1], dos o tres mujeres jóvenes y muy espirituales, hablaban de metafísica, espiritualismo puro y estaban de acuerdo en que el alma no es solamente una cosa aparte, sino que lo es todo. Al día siguiente alguien que las había escuchado escribió:

Había una vez una bella exposición de flores en la Orangerie del Luxemburgo, la más bella que se había visto hacía mucho tiempo. Querría poder deciros los nombres y, sobre todo, los matices de estos admirables productos en los que el arte del jardinero se había excedido a sí mismo, pues eran flores compuestas y no sencillas, y habrían hecho falta sabias continuaciones y afortunados caprichos para obtener aquellas variaciones tan escogidas. No siendo Madama Sand, no las describiré, ni siquiera las nombraré por temor a una grosera confusión. Lo único que sé decir es que eran flores raras, de calidad, de noble porte, vivas o suaves de color, exquisitas de perfume. Una tarde, en que el público se hubo retirado, que los últimos y moribundos rayos de sol alumbraban la *serre*, que los cálices que se abrían al día no se habían cerrado y que los que esperan la noche para abrirse comenzaban a separar sus hojas, en esta hora encantadora, las más nobles de

[1] **El castillo de Maisons.**

las flores se acercaron unas a otras, y haciendo un grupo en un rincón del invernadero, se pusieron a soñar, a emborracharse con sus perfumes y a hablar entre ellas en el lenguaje de las flores. Aunque yo no soy ruiseñor, las oí, pero no sabré traducirlo bien. Ensayemos, no obstante, y balbuceemos.

Se decían que su destino era bello, que su papel era único entre todas las criaturas, que no hay nada parecido a una flor, sobre todo, flor de perfume. Este perfume era lo que más les interesaba, y bien pronto, como si se le hubiese subido a la cabeza, no hicieron más que contarse las delicadezas más sutiles y más finas. — Yo, decía una, estoy persuadida de que el perfume es una cosa que nos concedieron con intención elevada para embellecer y animar a la flor. Sin perfume, una flor no vive, no es más que una hierba de más o menos vivos colores; sólo el perfume le da alma y hace que respire de la misma vida de las esencias celestes.

—¿Y cómo no sería —dijo una que exhalaba un delicioso olor de vainilla (la primera tenía un olor que recordaba al de la flor de té)—, ¿cómo no sería así? Yo no veo nada en lo que forma la corteza, el tallo o las raíces —las viles raíces, si es permitido nombrarlas—, yo no veo nada en esta envoltura nuestra que esté en relación con el perfume. Esto es una cosa aparte, ligera, sagrada y ¿qué efecto no produce? Ayer, yo estaba todavía en casa de Olivia, adornaba su gabinete, estaba sola, y no había otra flor con quien compartiese este favor tan envidiado. Ella entró pensativa, se sentó y me olió. Sus ojos se animaron poco a poco, una nube voluptuosa se posó en sus párpados, una turbación nacida de un recuerdo agitó su pecho, las lágrimas brotaron y siguió un ensueño que duró una hora. No, el perfume, si no fuese una cosa celeste no produciría estos efectos.

—Y yo —dijo otra (una flor coqueta que olía a musgo)—, ¿qué no podré deciros? ¿No he tenido yo esos

milagros también? Estaba en casa de Cordelia, pero estaba sin que ella lo supiese. Una de sus mujeres me había colocado tras de una cortina y aunque yo soy bella no se me veía. Cordelia entró y apenas se había sentado se apoderó de ella como una languidez. Suspiraba ligeramente, y luego oí gritos ahogados, y vi que era presa de movimientos convulsivos y rápidos. Entraron: "¿Qué es esto? —dijo cuando pudo hablar—. Aquí hay algo, una flor, ¡buscad!" — Era yo, invisible y oculta, y mi perfume a distancia producía estas maravillas. Si no fuéramos más que una raíz o una corola brillante, ¿podríamos alabarnos de tales misterios?

—Pero, hermanas mías —se atrevió a decir otra que no estaba sin perfume—, ¿no será porque estamos ociosas y en invernadero por lo que hablamos tanto de nuestra fina energía? Yo he sido, me acuerdo bien, y durante muchas primaveras, una flor sencilla del campo. Allí había flores menos bellas que vosotras, hermanas mías, flores, sin embargo, que lanzaban sus perfumes a los vientos, a las brisas del desierto y algunas veces a los grupos alegres que pasaban. Vi hasta animales salvajes (no os escandalicéis) estremecerse tanto como Cordelia por un perfume y revolcarse con placer sobre las flores ingenuas que los embriagaban. Ellas no razonaban, vivían, no se creían de otra naturaleza que las otras hierbas vecinas menos favorecidas. Y aquellas hierbas cuando se las estrujaba bien, tenían, os lo aseguro, su perfume también, no siempre agradable, es cierto, pero al fin perenne. Hermanas mías, todo esto en la inmensidad de las praderas y de los bosques, nacía, vivía, moría, se renovaba sin cesar, todo esto se encadenaba sin decírselo, y por una especie de armonía que se bastaba a sí sola.

—Además, había allí cerca, no en la *serre* ni a título de flor rara (era digno de ello), sino en la ventana, un tallo de reseda que crecía en una grieta del muro. Escuchaba encantado la conversación de las flores y cuando

habló la última, murmuró de modo que fuese oído: "Sí, hermanas mías (pues lo sois en perfume), sí, el perfume es la gloria y el orgullo de las flores. ¡Mas que este orgullo no vaya hasta quererle separar del resto! Gocemos, démosle sobre todo con delicia, y, cuando le hayamos exhalado, sepamos que todavía renacerá para otras, pues la naturaleza es grande, y su perfume, nacido en cada repliegue, es universal".

MARIA

...In comptum Lacæmæ
More comas religata nodum.

A M. de Lurde

Sur un front de quinze ans la chevelure est belle,
Elle est de l'arbre en fleur la grâce naturelle,
Le luxe du printemps et son premier amour:
Le sourire la suit et voltige alentour;
La mère en est heureuse, et dans sa chaste joie
Seule en sait les trésors et seule les déploie;
Les cœurs des jeunes gens, en passant remués,
Sont pris aux frais bandeaux décemment renoués;
Y poser une fleur est la gloire suprème:
Qui la pose une fois la détache lui-même.

Même aux jeunes garçons, sous l'airain des combats,
La boucle a flots tombants, certes, ne messied pas:
Qu'Euphorbe si charmant, la tête renversée,
Boive aux murs d'Ilion la sanglante rosée,
C'est un jeune olivier au feuillage léger,
Qui, tendrement nourri dans l'enclos d'un verger,
N'a connu que vents frais et source qui s'épanche,
Et, tout blanc, s'est couvert de fleurs à chaque branche

Mais d'un coup furieux l'ouragan l'a détruit:
Il jonche au loin la terre, et la pitié le suit.

Quand une vierge est morte, en ce pays de Grèce,
Autour de son tombeau j'aperçois mainte tresse,
Des chevelures d'or avec ces mots touchants:
De l'aimable Timas, ou d'Erinne aux doux chants
La cendre ici repose; à l'aube d'hyménée,
Vierge, elle s'est sentie au lit sombre entrainée.
Ses compagnes en deuil, sous le tranchant du fer,
Ont coupé leurs cheveux, leur trésor le plus cher.

Et que fait parmi nous, dans sa ferveur sacrée,
Héloïse elle-même, Amélie égarée,
Celle qui, sans retour, va se dire au Seigneur?
Dès la grille, en entrant, elle a livré l'honneur
De son front virginal au fer du sacrifice,
Pour être sûre enfin que rien ne l'embellisse,
Que rien ne se dérobe a l'invisible Epoux.
Du rameau sans feuillage aucun nid n'est jaloux [1].
Or, puisque c'est l'attrait dans la belle jeunesse
Que ce luxe ondoyant que le zéphir caresse,
Et d'où vien jusqu'au sage un parfum de désir
Je veux redire ici, d'un vers simple a plaisir,
Non pas le jeu piquant d'une boucle enlevée,
Mais sur un jeune front la grâce préservée.

"J'étais, me dit un jour un ami voyageur,
D'un souvenir lointain ressaisissant la fleur,
J'étais en Portugal, et la guerre civile,
Tout d'un coup s'embrasant, nous cerna dans la ville:
C'est le lot trop fréquent de ces climats si beaux;
On y rachète Éden par les humains fléaux.
Le blocus nous tenait, mais sans trop se poursuivre;

[1] Apuleo ha dicho: "Si cuilibet eximæ pulcherrimæ que fœminæ caput capilio spoliaveris..., licet Venus ipsa fuerit..., placere non poterit, ne Vulcano suo".

Dans ce mal d'habitude, on se remit a vivre;
La nature est ainsi: jusque sous les boulets,
Pour peu que cela dure, on rouvre ses volets;
On cause, on s'évertue, et l'oubli vient en aide;
Le marchand à faux poids vend, et le plaideur plaide;
La coquette sourit. Chez le barbier du coin,
Un Français, un Gascon (la graine en va très loin),

Moi j'aimais a m'asseoir, guettant chaque figure:
Molière ainsi souvent observa la nature.
Un matin, le barbier me dit d'un air joyeux:
"Monsieur, le bonne affaire! (et sur les beaux cheveux
D'une enfant là présente et sur sa brune tête
Il étendait la main en façon de conquête),
Pour dix francs tout cela! la mère me les vend.
—Quoi? dis-je en portugais, la pitié m'émouvant,
Quoi? dis-je à cette mère empressée à conclure,
Vous venez vendre ainsi la plus belle parure
De votre enfant; c'est mal. Le gain vous tente: eh! bien
Je vous l'achète double, et pour n'en couper rien.
Mais il faut m'amener l'enfant chaque semaine:
Chaque fois un a-compte, et la somme est certaine."
Qui fut sot? mon barbier. Il sourit d'un air fin,
Croyant avoir surpris quelque profond dessein.
La mère fut exacte à la chose entendue:
Elle amenait l'enfant, et je payais à vue.
Puis, lorsqu'elle eut compris que pour motif secret
Je n'avais, après tout, qu'un honnête intérêt,
Elle me l'envoya seule; et l'enfant timide
Entrait, me regardait de son grand œil humide,
Puis sortait emportant la pièce dans sa main.

A force toutefois de savoir le chemin,
Elle s'apprivoisa: — comme un oiseau volage
Que le premier automne a privé du feuillage,
Et qui, timidement laissant les vastes bois,

Se hasarde au rebord des fenêtres des toits;
Si quelque jeune fille, âme compatissante,
Lui jette de son pain la miette finissante,
Il vient chaque matin, d'abord humble et tremblant,
Fuyant dès qu'on fait signe, et bientôt revolant;
Puis l'hiver l'enhardit, et l'heure accoutumée:
Il va jusqu'à frapper à la vitre fermée;
Ce que le cœur lui garde, il le sait, il y croit;
Son aile s'enfle d'aise, il est là sur son toit;
Et si, quand février d'un rayon se colore,
La fenêtre entr'ouverte et sans lilas encore
Essaye un pot de fleurs au soleil exposé,
Il entre en se jouant, innocent et rusé;
Il vole tout d'abord a l'hotesse connue,
En sons vifs et légers lui rend la bienvenue,
Et becquète son doigt ou ses cheveux flottants,
Comme un gai messager des bonheurs du printemps.

Telle de Maria (c'était ma jeune fille)
Jusqu'à moi, du plus loin, la caresse gentille
Souriait, s'égayait, et d'un air glorieux
Elle accourait montrant à deux mains ses cheveux.
Je pourrais bien ici faire le romanesque,
Vous peindre Maria dans la couleur mauresque,
Quelque gitana fière, a l'œil sombre, au front d'or;
Mais je sais peu décrire et moins mentir encor.
Non, rien de tout cela, sinon qu'elle était belle,
Belle enfant comme on l'est sous ce climat fidèle,
Comme l'est tout beau fruit et tout rameau vermeil
Prêt à demain éclore au pays du soleil.
Elle avait jusque-là très peu connu sa grâce;
Elle oubliait son heure et que l'enfance passe.
L'intérêt délicat qu'un regard étranger
Marquait pour les trésors de son front en danger
Éveilla dans son âme une aurore naissante:
Elle se comprit belle, et fut reconnaissante.

Pour le mieux témoigner, en son charme innocent,
La jeune fille en elle empruntait à l'enfant;
Ses visites bientôt n'auraient été complètes
Sans un bouquet por moi de fraîches violettes,
Qu'elle m'allait cueillir, se jouant des hasards,
Jusque sous les boulets, aux glacis des remparts.

"Souvenir odorant, même après des années!
Violettes d'un jour, et que rien n'a fanées!
J'ai quitté le pays, j'ai traversé des mers;
Ce doux parfum me suit parmi d'autres amers.
Toujours, lorsqu'en courant je me surprends encore
A contempler un front que son avril décore,
Un cou d'enfant rieuse élégamment penché,
Un nœud de tresse errante à peine rattaché,
Toujours l'idée en moi renaît pure et nouvelle:
Sur un front de quinze ans la chevelure est belle."

15 AVRIL 1843.

(Incluímos esta linda poesía en francés, con una traducción en prosa, pues el traductor no ha intentado hacerla en versos temiendo desvirtuar tan bellos pensamientos como tiene, seguro de que en prosa podrá ser más fiel a ellos. — *N. del T.*)

MARÍA

...In comptum Lacæmæ
More comas religata nodum.

A M. de Lurde

En una frente de quince años la cabellera es bella, es la gracia natural del árbol en flor, el lujo de la primavera y su primer amor: la sonrisa la sigue y vuela en torno suyo. La madre es dichosa en su casto gozo. Ella sola sabe los tesoros, y sola los despliega. Los corazones de los hombres pasan estremecidos y quedan presos en las trenzas anudadas modestamente. Una flor colocada, es la gloria suprema y quien la pone una vez la quita más tarde.

Ni a los muchachos jóvenes en el ardor del combate los bucles sientan tan bien, ni tampoco al encantador Euforbio, bebiendo bajo los muros de Ilión el sangriento rocío. Es un joven olivo que tiernamente crece en un vergel sin haber conocido más que aires puros y aguas cristalinas. Todo blanco, se ha cubierto de flores en todas las ramas; pero un huracán lo ha arrancado y en el suelo mueve a piedad.

Cuando una virgen muere en este país de Grecia, en torno de su tumba vemos su frente, a fin de estar segura de que nada la embellece ya, que nada se extravía para el invisible Esposo. De la rama sin hojas ningún nido está celoso [1]. Y puesto que el atractivo de la bella juventud, ese lujo ondulante que el céfiro acaricia y del que viene hasta el más circunspecto un perfume de deseo, quiero repetir sus versos sencillos, no la historia de unos bucles cortados, sino la de una cabellera que en una frente se conservó.

"Estaba —me dijo un día un viajero amigo— en Portugal, y la trenza hecha con cabellera de oro y estas palabras que dicen: De la adorable Timas, o de Eurina la de los dulces cantos, aquí reposan sus cenizas. Siendo Virgen, en el alba del himeneo se sintió arrastrada al lecho sombrío. Sus compañeras en duelo han cortado sus cabellos, su tesoro más caro."

¿Y qué hace entre nosotros, en su fervor sagrado, la misma Eloísa, Amelia extraviada, la que sin titubeos va a decirse del Señor? Al entrar en la verja, el hierro del sacrificio le ha arrancado la gloria de guerra civil; de repente nos sintió en la ciudad. El bloqueo nos cercaba, pero la vida, pocos días después fué casi normal, pues la humanidad, aun bajo la lluvia de las balas de cañón, abre sus ventanas, los hombres hablan y pronto vienen al olvido. El vendedor que da el peso falto sigue vendiendo, el desgraciado sigue quejándose y la coqueta sonríe como antes.

En casa del barbero de la esquina, un gascón (pues la mala hierba crece bien), iba yo a sentarme con frecuencia. Así hizo muchas de sus observaciones Molière. Una mañana el barbero me dijo muy alegre: Señor; buen negocio —y al mismo tiempo extendía la mano sobre la

[1] Apuleo ha dicho: "Si cuilibet eximæ pulcherrimæ que fœminæ caput capillo spoliaveris... licet Venus ipsa fuerit... placere non poterit, ne Vulcano suo".

cabellera de una muchacha morena—. Por diez francos la madre me vende todo esto—. ¿Cómo? —dije yo en portugués a la madre—, ¿vais a vender en diez francos el bello adorno de vuestra hija? Eso está mal. La ambición os tienta; pues bien, yo pago doble por no cortar nada; pero es preciso que cada semana vaya la niña a verme. Cada vez que vaya le daré una cantidad hasta que lleguemos a la suma—. ¿Quién fué tonto? Mi barbero, que sonrió maliciosamente, creyendo adivinar otro deseo en mí. La madre fué exacta, y cada vez que me presentaba la niña le daba yo la cantidad fijada. Cuando comprendió que mi interés era honrado, ya no acompañaba a la niña, sino que me la enviaba sola, y la muchacha, tímida, entraba, me miraba con sus ojos grandes y luego salía con las monedas en la mano. A fuerza de venir muchas veces, perdió el miedo, como un pájaro a quien el otoño ha privado de hojas y que tímidamente se aventura al borde de una ventana, cuando una muchachita le echa una miga de pan, vuelve todos los días, primero humilde y tembloroso, después más atrevido llega hasta llamar con el pico en el cristal, y por último, cuando febrero llega, y la ventana, en la que hay una maceta de lilas está entreabierta, vuela hacia su amiga picando tiernamente su dedo y sus cabellos como un alegre mensajero de la primavera y de la dicha.

Así María (este era el nombre de la muchacha) llegaba hasta mí sonriente, mostrándome sus cabellos. Podía hacerla más interesante si la pintase con color morisco, como una gitana orgullosa de mirada sombría y frente dorada. Pero no, no era nada de esto, era bella como lo son las mujeres bellas bajo este clima, como lo es todo fruto hermoso que ha de abrirse al Sol, y hasta entonces había olvidado que la juventud pasa.

El interés delicado que una mirada extraña demostraba por los tesoros de su frente, despertó en ella una aurora naciente, se supo bella y fué agradecida. Para demostrar

esto mejor, su encantadora inocencia me traía algunas veces ramos de violetas, que ella misma cogía aventurándose bajo las balas de cañón, entre las hierbas de las fortificaciones.

"Recuerdo oloroso, aun después de pasados los años, violetas de un día que nada marchitó! Abandoné Portugal y atravesé muchos mares, y el dulce perfume me sigue entre otros amargos. Ahora cuando me sorprendo contemplando una frente que su abril decora, un cuello de niña risueña, elegantemente inclinado, siempre pienso que en una frente de quince años la cabellera es bella."

15 DE ABRIL 1834.